PERO NO; HAY TODAVÍA MUCHO DE LA ES

ANTIGUA ENTRE NOSOTROS: LA INTOLERAN

LA FALTA DE … DERACIÓN Y DE RESP

POR TODO LO … ES LA ANTIGUA MA

…VIR. SE … SUJETAR EL PENSAM

A …ABAR… STAD POR LA ALTANERÍA

… ON DERECHO

… DE … S GRATU

QUÉ SIRV…

MÍO, SAB…

CUANDO

LLEGA

R U I N A D E L

… EÍDO CO…

P R O G R E S O? … D E

…NUE… T R A S C O … U M B R E S

Q U E H A S T A L A

… R I A D … L O S

… P A S A D O S

… A R E C E I N M O R A L.

DEREC…

QUEJ…

…UEBLO

NO SER

…IDO COMO

PRÍNCIPE

RECOM…

UNIFIC…

Obras de
Domingo Faustino Sarmiento

Tomo I
Artículos críticos y literarios
1841-1842

Santiago de Chile
Imprenta Gutenberg
1888

Datos sobre edición digital

Título:

Obras de Domingo Faustino Sarmiento, Tomo I

Artículos críticos y literarios 1841-1842

Autor:

Domingo Faustino Sarmiento

Digitalización:

University of Toronto

https://archive.org/details/obrassarmiento01sarm

Imagen original de cubierta:

Wikimedia Commons

http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sarmiento_(1873).jpg

Diseño de cubierta:

JP Avila Foto

https://plus.google.com/+JPAvilaFotografíaMendoza

Tipo de letra:

DejaVu Fonts

https://dejavu-fonts.github.io/

Maquetado:

Sebastián Javier Avila

avila.seba@yahoo.com.ar

epub:

Diciembre 2014

Versión 1.0

Antecedentes oficiales sobre la presente edición

Ley del Congreso de la República Argentina

Por cuanto el Senado y Cámara de Diputados de la Nación Argentina reunidos en Congreso, &, sancionan con fuerza de

LEY:

Artículo 1.° Acuérdase al publicista don Domingo F. Sarmiento, la suma de veinte mil pesos con destino a la publicación de sus obras completas.

Artículo 2.° Hecha la edición, el señor Sarmiento distribuirá cien ejemplares en las bibliotecas públicas o municipales.

Artículo 3.° El gasto que ocasione esta ley, se hará de rentas generales y se imputará a la misma.

Artículo 4.° Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dada en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, a doce de Septiembre de mil ochocientos ochenta y cuatro.

Departamento de Justicia, Culto e Instrucción Pública.

Téngase por ley de la nación, comuníquese, publíquese e insértese en el Registro Nacional.

ROCA.

E. Wilde

Sesión de la Cámara Nacional de Diputados de 9 de septiembre de 1884

SEÑOR ROCA.—La Comisión de Instrucción Pública ha despachado, como la Cámara lo sabe, el proyecto del Poder Ejecutivo, acordando un crédito de veinte mil pesos para la publicación de las obras del general Sarmiento.

Este proyecto no va a ofrecer para su sanción dificultad alguna; no hay que estudiarlo, porque todos los señores diputados saben cuán importantes son las obras de este eminente ciudadano, uno de nuestros más grandes hombres de Estado, que ha prestado a la nación tantos y tan variados servicios, desde el humilde puesto de maestro de escuela hasta el de primer magistrado del país.

Con esto la Cámara va a hacer un verdadero acto de justicia, premiando en la vejez al hombre que por espacio de cincuenta años, no ha cesado un solo instante de trabajar para el engrandecimiento de la patria.

Espero, pues, que mis honorables colegas apoyarán la moción que hago para que este proyecto sea tratado antes de entrar a la orden del día.

—La moción es apoyada. Se vota sin discusión y resulta aprobada, leyéndose en consecuencia el despacho de la

Comisión de Instrucción Pública sobre el proyecto de ley remitido por el Poder Ejecutivo, destinando la suma de veinte mil pesos para la reimpresión de las obras completas de don Domingo F. Sarmiento.

SEÑOR PRESIDENTE.—Está en discusión general.

SEÑOR LEGUIZAMÓN (O).—Honrado por la Comisión con el encargo de exponer a la Cámara los motivos de este despacho, voy a hacerlo en breves palabras, por ser altamente plausible su objeto y conocido el asunto.

Pienso que la historia de cada pueblo se compone sustancialmente del catálogo de sus grandes acciones, en que el presente no hace más que acrisolar el pasado, para la enseñanza de la posteridad.

Obedeciendo a esta ley moral, el Congreso argentino ha hecho también actos de historia cada vez que ha honrado el esfuerzo heroico de los fundadores de nuestra Independencia.

Siguiendo el orden natural del tiempo y de los sucesos, tócale ahora desempeñar la misma tarea con los precursores y los fundadores de nuestras instituciones.

El Poder Ejecutivo lo ha comprendido así, y tomando una iniciativa que la honra altamente, nos propone esta vez la reimpresión de las obras del publicista señor Sarmiento.

La Comisión ha estudiado el proyecto, y cree que la Cámara debe prestar a la iniciativa del Ejecutivo una adhesión inmediata y calorosa.

Es un acto de patriotismo, señor Presidente, difundir el conocimiento de la acción intensa del pensamiento argentino, y principalmente cuando ella se refleja todavía sobre nuestros actuales progresos.

La Comisión cree que la acción intelectual del señor Sarmiento sobre el país se encuentra en este caso.

Con las obras del señor Sarmiento, se abre para la República el período de las ideas, la controversia de los principios, cerrada violentamente después de Rivadavia, por la guerra civil, primero; por la tiranía, en seguida.

En aquella época tan lejana, de que apenas conservamos memoria muchos de los presentes, el señor Sarmiento era uno de los pocos argentinos, por no decir el único, que ocupaba las amargas horas de la proscripción en escribir sobre la organización de su país; y las cuestiones de libertad fluvial, de supresión de las aduanas internas, de colonización, de inmigración, de correos, de vías públicas, de educación, fueron tratadas por él en extensos y luminosos escritos, que el tiempo ha dispersado o perdido, sustrayéndolos por completo al conocimiento de sus contemporáneos, y privando a la historia de nuestro país de antecedentes tan preciosos.

Gran número de esas publicaciones, editadas en el extranjero, pesaron exclusivamente sobre el peculio de su autor o de sus pocos amigos; y escasamente leídos por los extraños a quienes no interesaban directamente, llegaban muy difícilmente al país, porque el despotismo tenía buen cuidado de detenerlas y de destruirlas en la frontera.

El mensaje del Poder Ejecutivo manifiesta que se ha preocupado de esta doble consideración; y su proyecto contiene claramente, no solo el pensamiento de rescatar para el país el conocimiento de las obras del señor Sarmiento, sino también de compensarle en parte, contribuyendo a una nueva publicación, los sacrificios que la primera pudo originarle, en una época en que la nación no podía remunerar tales servicios.

Las obras impresas del señor Sarmiento, posteriores a aquella época, se encuentran también completamente agotadas.

La Comisión ha creído, respecto de este punto, que la suma que se propone, dados los objetos que propende a satisfacer, es

completamente exigua; pero no ha querido modificarla, no solo por respetar la iniciativa del Poder Ejecutivo, sino también por creer que tanto el país como el mismo interesado, apreciarán este acto, ante todo, por su significación moral.

Inútil me parece, por lo demás, dada la ilustración y el patriotismo conocidos de la Cámara, hacer un examen detenido de las obras del eminente publicista Sarmiento.

Debo manifestar, sin embargo, con entera franqueza, que en todas ellas palpita un espíritu progresista y liberal que concilia a su autor, aun en su más avanzada edad, con las tendencias del mundo moderno, en cuyas filas milita como protagonista y como soldado.

Sus obras pueden dividirse en diferentes categorías; sus obras políticas y constitucionales produjeron generalmente la mayor contradicción y crítica, de que, por otra parte, no están exentas ni las obras de los más grandes pensadores.

Pero es innegable que los escritos políticos del señor Sarmiento, por el carácter elevado y patriótico que los anima por lo general, han ejercido una grande y benéfica influencia en nuestro país, en una época en que las nociones de la nacionalidad eran todavía vagas, y en que quedaba mucha confusión respecto de las de gobierno, de orden, y de disciplina militar y política.

Las obras de esta clase bastarían para llenar volúmenes.

Son también muy importantes las obras del señor Sarmiento en lo relativo a administración, economía e industria. Poco conocida de los presentes, ha merecido grandes elogios de los extraños, su memoria sobre la emigración alemana y sajona al Río de la Plata, escrita en 1846, en una época en que nadie se preocupaba de estas cosas.

Igualmente tiene mucho nombre y mérito su memoria al Instituto Histórico de Francia sobre colonización, inmigración y distribución de tierras a los europeos, escrita en 1850 o 1851; y

tampoco dejan de tener la misma importancia, sus memorias sobre fronteras, sobre correos, sobre aclimatación e importación de árboles útiles, y principalmente, sus trabajos sobre sericicultura, respecto de los cuales débese a este publicista la fundación de una sociedad americana.

También ha descollado el señor Sarmiento, a mi juicio, en sus publicaciones históricas. No son ellas de gran extensión, pero son siempre relevantes. El escritor que en ellas se muestra, no es el cronista atado pesadamente a los sucesos; como historiador, tiene por modelo a Plutarco, y de su pluma fecunda han brotado bocetos notables e interesantes sobre vidas ilustres de hombres de la República Argentina y del extranjero, entre los cuales basta recordar a la Cámara la de San Martín, Lincoln, Horacio Mann, Franklin, Vélez Sarsfield y muchos otros de grandes hombres de nuestro país y de Chile.

Sus *Viajes*, sus *Recuerdos de Provincia*, y en general, todos aquellos estudios de un carácter social y descriptivo, vivirán siempre por su colorido, por su novedad, y por la sagacidad de sus observaciones.

¿Quién de nosotros no ha leído alguna vez aquellos cuadros admirables de la vida de nuestra campaña, y de la tendencia de las masas medio salvajes que producen, como por una necesidad de cohesión e influencia, caudillos de la talla de Quiroga, Aldao y Peñaloza?

Estas obras son tal vez las que más repercusión han tenido, pues se han hecho cuatro o cinco ediciones en castellano y dos o más en idiomas extranjeros.

Los discursos, mensajes y correspondencia del señor Sarmiento, que responden a una inmensa variedad de temas, es uno de los géneros en que su inteligencia ha recorrido los mayores y más variados horizontes.

Su célebre discurso, de carácter patriótico, pronunciado en la Convención de Buenos Aires, justificando el título de

Provincias Unidas del Río de la Plata dado en nuestra Constitución, puede parangonarse a las más grandes arengas por sus resultados de sensación. Cuando el orador hubo concluido, la Asamblea entera se puso de pié, como movida por una fuerza magnética,y tomándose sus miembros de la mano, exclamaron: «¡Vivan las Provincias Unidas del Río de la Plata!», rescatando para nuestra patria el grito con que había sido proclamada la independencia de 1816.

Yo no conozco en nuestro país triunfo oratorio más grande que este, dado el teatro y las condiciones en que era obtenido.

Su discurso sobre *La Bandera*, que es una de las últimas producciones de este género que conozco, según la opinión general, alcanza las más grandes alturas a que ha llegado la concepción política.

Todo esto que he mencionado, y mucho que omito todavía, por no ser demasiado extenso, es ya inapreciable como elemento de la historia intelectual del país.

Pero queda todavía lo más relevante, lo más humanitario, lo que es de notoriedad en toda la América, la acción educacional del señor Sarmiento.

Maestro de escuela, autor de libros de pedagogía y lectura, director de escuelas primarias, fundador de institutos de educación primaria y secundaria, creador de planes y sistemas de enseñanza, puede asegurarse que el señor Sarmiento ha sido, a la vez, durante veinte años, el preparador de los materiales, el obrero de mano y el arquitecto del gran edificio de la educación común, con que hoy se enorgullece la República.

Las producciones del señor Sarmiento, en lo relativo a educación, ya en libros, ya en folletos, ya en periódicos, ya en diarios, bastaría para formar una biblioteca de regulares proporciones.

Apoyado en estas consideraciones, yo diré que si el proyecto

presentado por el Poder Ejecutivo y aceptado por la Comisión de Instrucción Pública, no tuviese otro título para su sanción, este último bastaría, en mi opinión, para aclamarlo.

Pensar en los niños, vivir entre ellos, enseñarlos, educarlos, es amar la patria dos veces: amarla en su presente, amarla en su porvenir.

Y ¿cuál no sería, señor Presidente, el porvenir de nuestra patria en aquellos días del oscuro despotismo en que el señor Sarmiento inauguraba su propaganda y su enseñanza? ¡Quién podría pensar en ese porvenir tan oscuro entonces, sin tener una profunda fe en el triunfo de la libertad y de las instituciones, a cuyo favor hemos podido realizar los progresos actuales en que nos toca ser modestos pero honrados obreros!

Esta fe del precursor, sostenida por una acción inquebrantable de cerca de medio siglo, se condensa todavía en nuestros días y a nuestra vista, en una obra verdaderamente extraordinaria.

No se trata ya de educar niños, sino de educar pueblos; no ya de educar a su país, sino a la América Española entera; acabamos de verle recorriendo naciones, armonizando gobiernos, para ponerlos de acuerdo en el sentido de tener al día, vertidas a nuestra lengua, las grandes producciones del inagotable pensamiento europeo.

Este es el resultado de un tratado celebrado últimamente con Chile y varias repúblicas americanas, que se encuentra actualmente pendiente de la resolución del Honorable Senado, debido a la honrosa iniciativa y apoyo de nuestro gobierno.

En nombre de todos estos antecedentes que tanto realzan el nombre argentino, solicito de la Cámara, para el proyecto que se discute, su adhesión más unánime.

VARIOS SEÑORES DIPUTADOS.—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—No haciéndose observación, se vota en general el proyecto, y es aprobado contra dos votos.

Bibliografía
de las publicaciones que hizo en Chile el señor Sarmiento

1841

1—El Mercurio de Valparaíso.—Valparaíso. Imprenta de... 1827-1887.

Gran fol.

El señor Sarmiento principió a escribir en este diario el 11 de febrero de 1841. Encargado de su redacción desde el 5 de marzo, la desempeñó hasta el 25 de agosto de 1842. [1]

2—El Nacional. Periódico político y literario.—Santiago. Imprenta de la Opinión. 1841.

Gran fol.

Salieron nueve números, desde el 14 de abril al 7 de julio de aquel año.

Lo redactaron el señor Sarmiento y don Miguel de la Barra.

3—Crónica contemporánea de Sud-América. Colección de artículos políticos, biográficos, científicos, de literatura y costumbres.—Valparaíso. Imprenta de M. Rivadencira. 1841.

Fol. a dos col.

Salieron 4 números, desde el 12 de marzo hasta el 29 de

mayo.

Escribieron en ella los señores Sarmiento, Domingo de Oro, Vicente F. López, y Martín Zapata.

4—Noticias de la República Argentina.—*Al pié:* 1841. Imprenta y lit. del Estado.

Fol.; una hoja.

Parece ser de junio o julio de ese año. Principia así: «De Copiapó con fecha 13 del corriente se escribe por persona fidedigna...».

5—Emigración Argentina.—*Al pié:* Santiago. 15 de octubre de 1841. Imprenta y lit. del Estado.

Fol.; una hoja.

Breve noticia sobre el número y graduación de los emigrados venidos con La-Madrid.

Reproducida al pié de la pág. 18 del tomo VI de estas *Obras*.

6—Sucesos de la Cordillera.—*Al fin:* Imprenta y Litografía del Estado.

Fol.; 4 pág.

Relación del paso de los Andes por los restos del ejército de La-Madrid.

Reproducida en la pág. 11 del tomo VI de estas *Obras*.

7—Método de lectura en quince cuadros, por Bonifaz. 1841.

Reimpreso por el señor Sarmiento, no sabemos si con adiciones. Tomamos la nota de *Recuerdos de Provincia.*

1842

8—República Argentina.—*Al fin:* Santiago, enero 25 de 1842. Imprenta Liberal.

Fol. 2 pág.

Reproducción con breve comentario, de partes y noticias de una victoria obtenida por el general Paz en Caa-guazú sobre el caudillo Echagüe.

9—Algunos pormenores del uso que han hecho de sus victorias Rozas y sus tenientes Orive y Pacheco, en las provincias que sojuzgaron.—*Al fin:* Santiago. Imprenta y Lit. del Estado. 1842.

Fol. 4 pág.

Comentarios sobre noticias de política argentina. Se nos informa que son del señor Sarmiento, aunque por el estilo no lo parecen.

10—El Progreso. Diario comercial, político y literario.—Santiago. Imprenta del Progreso. 1842-1852.

Gran fol.

Redactóle el señor Sarmiento, con pocas interrupciones, desde el primer número, hasta octubre de 1845.

11—Análisis de las cartillas, silabarios y otros métodos de lectura conocidos y practicados en Chile, por el Director de la Escuela Normal.—Santiago. Imprenta del Progreso. 1842.

8.°, 69 pág.

12—El Heraldo Argentino.—Santiago. Imprenta del Progreso. 1842.

Gran fol. a tres col.

Salieron dos números con fechas de 23 y 30 de diciembre. Este segundo no hemos logrado verlo. La publicación del tercero, ya en prensa, se suspendió por haber llegado la noticia de la derrota del Arroyo-Grande, que concluyó por entonces con las esperanzas de los emigrados. Véanse las pág. 83 y 93 del tomo VI de estas *Obras*.

13—Silabario, por el Director de la Escuela Normal.—Santiago.

Imprenta del Progreso. 1842.

No hemos visto esta obrita, que tampoco se registra en la *Estadística bibliográfica* de Briseño, y cuyo título tomamos del editorial del Progreso de 10 de diciembre de aquel año, que da noticia de ella.

1843

14—Vaya un refresco, para don Domingo Godoy, que ha caminado tanto estos días.—*Al fin:* Santiago de Chile. Imprenta del Progreso.

Fol.; 2 pág. a dos col.

15—Mi defensa.—*Al fin:* Santiago de Chile. Imprenta del Progreso.

Fol.; 16 pág. a dos col.

Salió en pliegos sueltos en este orden:

Introducción.

1. Mi infancia.
2. El militar y el hombre de partido.
3. El hijo, el hermano, y el amigo.
4. El libelo.

No conocíamos la parte 4.° cuando reprodujimos la *Defensa* al principio del tomo III de las *Obras*.

16—Programa y reglamento del Liceo, casa de educación establecida en Santiago de Chile.—Santiago. Imprenta del Progreso. 1843.

8.°; 31 pág.

Suscrito por los señores Sarmiento, José A. Ortiz, y Vicente F. López.

17—Memoria leída en la Facultad de Humanidades el 17 de

octubre de 1843 por el Licenciado Domingo F. Sarmiento, Miembro de la Universidad de Chile, Director de la Escuela Normal, del Liceo, etc.—Santiago de Chile. Imprenta de la Opinión.

8.°; dos, v, 54 pág.

Sobre ortografía americana. Reproducida al principio del tomo IV de las *Obras*.

1844

18—Liceo.—*Al pié:* Santiago. Febrero 28 de 1844. Los directores Vicente F. López y Domingo F. Sarmiento.

Fol.; una hoja.

Programa de los cursos de ese año, modificando el apuntado bajo el núm. 16 Imp. del Progreso.

19—Ejercicios de idioma francés, arreglados y reimpresos por los directores del Liceo, para el uso de las escuelas.—Santiago. Imprenta del Siglo. 1844.

16.°; dos, 40, dos pág.

Selección de trozos en prosa y verso para servir de temas de traducción a niños de corta edad.

20—La Conciencia de un Niño. Traducida del francés por don Domingo F. Sarmiento para el uso de las escuelas primarias.—Santiago. Imprenta del Progreso. 1844.

32.°; 85 pág.

Pasan de veinte las reimpresiones que hemos visto de este librito, hechas dentro y fuera de Chile.

21—Vida de Jesucristo. Con una descripción sucinta de la Palestina. Traducida por don Domingo F. Sarmiento. Y adoptada por la Universidad de Chile para el uso de las

escuelas primarias.—Santiago. Imprenta del Progreso. 1844.

16.°; 147, 4 pág.

En los cuarenta y cuatro años hasta hoy transcurridos, ese libro lleva más de cincuenta ediciones en Chile.

1845

22—Apuntes biográficos.

32.°; 63 pág.

Con aquel simple titulo, y sin portada ni designación alguna, apareció la biografía del fraile y general Aldao, reproducción, a corto número de ejemplares, de la composición con que se publicó en *El Progreso* en febrero de 1845.

23—Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina. Por Domingo F. Sarmiento, miembro de la Universidad de Chile y director de la Escuela Normal.—Santiago. Imprenta del Progreso. 18-15.

16.°; 324, 6 pág.

Tiraje hecho sobre la composición del Progreso donde apareció como folletín.

Otras ediciones:

En castellano:—Santiago, Imp. de Belin. 1850.—París, Imp. de Hachette. 1874, edición estereotípica.

En francés:—París, 1853, traducción de Giraud.

En inglés:—Nueva York, 1868, traducción de Mrs. M. Mann. [2]

El Dr. Wappaüs, de la Universidad de Gotinga, tradujo al alemán los capítulos descriptivos.

24—Método de lectura gradual, por Domingo F. Sarmiento,

director de la Escuela Normal, miembro de la Universidad de Chile. Adoptado por la Facultad de Humanidades para la enseñanza pública,—Valparaíso. Imprenta del Mercurio. 1845.

16.°; 79 pág.

Pasan de ciento las ediciones chilenas de este método, que todavía se usa en las escuelas, sin que hayan logrado desterrarlo otros silabarios compuestos por sistemas que se dicen más modernos. En 1859 el gobierno hizo hacer en Estados Unidos una hermosa edición estereotípica ilustrada, cuyos clisés han servido después hasta agotarse para numerosísimos tirajes.

1846

25—Instrucción para los maestros de escuela, para enseñar a leer por el *Método gradual de lectura*.—Santiago. Imprenta de los Tribunales. 1846.

16.°; 28 pág.

Reimprimióse en 1849 corregida y con el nombre del señor Sarmiento.

1848

26—Informe presentado al Ministerio de Instrucción Pública sobre el plan seguido en el viaje de exploración pedagógica en Europa y Norte- América, por Domingo F. Sarmiento.—Valparaíso. Imprenta Europea, 1848.

8.°; 17 pág.

Encuéntrase reproducido al principio de *Educación popular*.

27—Viaje a Chile del canónigo don Juan María Mastai Ferreti,

hoy Sumo Pontífice Pio Papa IX. Traducido del italiano y seguido de un apéndice por D. F. Sarmiento, miembro de la Universidad de Chile, del Instituto Histórico de Francia, y de otras corporaciones literarias.— Santiago de Chile, mayo de 1848. Imprenta de la Opinión.

8.°; 95 pág.

El apéndice contiene noticias sobre la residencia en Chile del presbítero que en el pontificado se llamó Pio IX.

28—Discurso presentado para su recepción en el Instituto Histórico de Francia, por D. F. Sarmiento.—Valparaíso. Imprenta Europea. Marzo. 1848.

8.°; 29 pág.

Sobre la célebre conferencia de Guayaquil entre Bolívar y San Martín.

29—Sociedad Sericícola Americana. Exposición de los fines que se propone, sus sesiones y estatutos.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª Noviembre de 1848.

8.°; 32 pág.

Leyó el señor Sarmiento su exposición, se organizó la sociedad y murió, sin dejar otro rastro de su cortísima vida que este folleto y algunos cientos de moreras en los huertos de Santiago.

1849

30—La Crónica, periódico político y literario.—Santiago, Imprenta de Julio Belin y C.ª; 1849-53.

Fol. a dos col.

Apareció semanalmente desde el 28 de enero de 1849 hasta el 20 de enero de 1850, primer tomo; y desde el 12 de noviembre de 1853 hasta el 7 de enero de 1854 el segundo

tomo.

31—De la Educación Popular, por D. F. Sarmiento, miembro de la Universidad de Chile , del Instituto Histórico de Francia, de la Sociedad de Profesores de Enseñanza Primaria de Madrid, y primer Director de la Escuela Normal de Santiago.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1849.

8.°; seis, 542, 2 pág.

32—Viajes en Europa, África y América, por D. F. Sarmiento, miembro de la Universidad de Chile, del Instituto Histórico de Francia, y de otras corporaciones literarias.—Santiago. Imp. de Julio Belin y C.ª 1849.

8.°; 2 vol.

Reimpresos en Buenos Aires en 1850, e incluidos en el tomo V de las *Obras*.

33—La Tribuna.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1849-1851.

Gran fol. a cuatro col.

Diario que apareció desde el 1.° de mayo al 13 de septiembre de aquellos años.

Tuvo varios redactores, don Juan María Gutiérrez, don Antonio García Reyes, y el señor Sarmiento, a quien pertenece casi toda la redacción desde 1850 adelante.

34—Manual de la historia de los pueblos antiguos y modernos. Obra elemental para el estudio de la historia, por D. Lévi Alvarès, traducido por F. Sarmiento.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1848.

32.°; dos, vii, 84 pág.

Las diez últimas páginas contienen un resumen de la historia contemporánea de Chile hasta 1846.

35—El Porqué? o la Física puesta al alcance de todos, por M.

Lévi Alvarès; traducido por don D. F. Sarmiento.—Santiago de Chile. Imp. de Julio Belin y C.ª 1849.

32.°; dos, iii, 124 pág.

Con una introducción del traductor. Ha servido de texto de lectura en las escuelas, y ha sido muchas veces reimpreso.

1850

36—Argirópolis o la capital de los Estados Confederados del Río de la Plata. Solución de las dificultades que embarazan la pacificación permanente del Río de la Plata, por medio de la convocación de un congreso, y la creación de una capital en la isla de Martín García, de cuya posesión, (hoy en poder de la Francia) dependen la libre navegación de los ríos, y la independencia, desarrollo y libertad del Paraguay, el Uruguay y las Provincias Argentinas del litoral.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1850.

8.°; dos, 161 pág.

Alejo Champgobert, corresponsal de la *Crónica*, tradujo al francés este opúsculo y lo publicó en París.

37—El Consejero del Pueblo.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1850.

Fol. a dos col.

Periódico semanal que salió desde el 14 de septiembre hasta el 2 de noviembre sosteniendo la candidatura Montt.

38—¿A quién rechazan y temen? A Montt. ¿A quién sostienen y desean? A Montt. ¿Quién es entonces el candidato? Montt.—*Al fin:* Santiago, noviembre 5 de 1850. Imprenta de Julio Belin y C.ª

Fol; 16 pág. a dos col.

39—Recuerdos de Provincia, por el autor de *Civilización y Barbarie, Viajes por Europa, África y América, y Educación Popular*.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1850.

8.°

Reproducidos en el tomo III de las *Obras*, con pequeñas correcciones indicadas por el señor Sarmiento.

40—Motín de San Felipe y estado de sitio.—*Al fin:* 1850. Imprenta de Julio Belin y C.ª

Fol.; 8 pág. a dos col.

Reproducido en las *Obras* omitiendo los documentos justificativos que lo acompañan.

41—Almanaque pintoresco e instructivo para el año 1851.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1850.

16.°; 72 pág.

Trae un artículo del señor Sarmiento sobre el Ferrocarril de Copiapó.

El Almanaque de 1852 contiene tres artículos, sobre el *presidente Montt, el general San Martín, y la arquitectura civil de Santiago*.

1851

42—Sud-América. Política y comercio. Dirigido por D. F. Sarmiento.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1851.

4.°; 3 vol.

Revista quincenal.

43—Las Filípicas de los Andes.—*Al fin:* 1851. Imprenta de Julio Belin y C.ª

4.°; 15 pág.

44—Motín en Santiago.—*Al fin:* Imprenta de Julio Belin y C.ª Abril de 1851.

4.°; 16 pág.

45—Candidato a la presidencia de Chile para 1851. Don Manuel Montt, antiguo Ministro de Estado y Presidente de la Suprema Corte de Justicia.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª Mayo de 1851.

4:°; 16 pág.

Reproducido en el tomo III de las *Obras*.

46—Emigración alemana al Río de la Plata, memoria escrita en Alemania por D. F. Sarmiento, y enriquecida con notas sobre el Chaco y los países adyacentes a los ríos interiores de la América del Sud, por el doctor Wappaüs, profesor de estadística y geografía en la Universidad de Gotinga. Traducida del alemán, por don Guillermo Hilleger. Y seguida de Argirópolis.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1851.

8.°; dos, viii, 176 pág.

47—Decretos sobre Comercio de tránsito terrestre de Chile y de Bolivia, para inteligencia de los comerciantes de las provincias del interior de la Confederación Argentina.—*Al fin:* Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1851.

4.°; 8 pág.

Tiraje aparte de un artículo de *Sud-América*

48—Réplica al *Archivo Americano* de abril.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1851.

4.°;

49—«Manifiesto del Partido de Oposición a los pueblos de la República sobre la nulidad de que adolecen las elecciones hechas en los días 25 y 26 de junio último».—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª Agosto de 1851.

8.°; dos, 45 pág.

Contestación a un folleto de don Domingo Santa María que lleva aquel mismo título.

50—Artículo biográfico sobre la señora doña Paula Jara-Quemada de Martínez.

4.°;

Tiraje aparte de la composición de *Sud-América* en que apareció esta biografía. Se la reprodujo en los primeros números de la *Civilización* diario de 1851.

1852

51—Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud-América del teniente coronel D. F. Sarmiento.—Rio de Janeiro. Imprenta Imp. y Cons. de J. Villeneuve y C.ª 1852.

8.°; xv, 254 pág.

Solo las primeras 45 páginas fueran impresas en Rio de Janeiro, las restantes lo fueron por Belin en Santiago.

52—Actos colectivos de los argentinos residentes en Chile.—*Al fin:* Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1852.

4.°; 16 pág.

53—D. F. Sarmiento, diputado al Congreso Nacional por la Provincia de San Juan, al general don Justo José de Urquiza, vencedor en Caseros.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1852.

8.°; dos, 19 pág.

Reimpresa el mismo año y por la misma imprenta.

54—Convención de San Nicolás de los Arroyos.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª Octubre de 1852.

4.°; dos; 24 pág.

55—San Juan, sus hombres y sus actos en la regeneración argentina. Narración de los acontecimientos que han tenido lugar en aquella provincia antes y después de la caída de Rosas. Restablecimiento de Benavídez, y conducta de sus habitantes en masa con el caudillo restaurador. Tomada de fuentes auténticas y apoyada en documentos públicos.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª Octubre de 1852.

4.°; dos, 40 pág.

1853

50—Los sitiadores antes del triunfo de Buenos Aires.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1853.

4.°;

57—Congreso de Santa Fe.—*Al fin:* Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª Marzo de 1853.

4.°; 16 pág. a 2 col.

58—Misión Bedoya.—*Al fin:* Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª Marzo de 1853.

4.°; 16 pág. a 2 col.

59—Los sanjuaninos.—*Al fin:* Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª Abril de 1853.

4.°; 16 pág. a 2 col.

60—Tratados de Buenos Aires, no ratificados por el Directorio. —*Al fin:* Imprenta de Julio Belin y C.ª 1853.

4.°; 16 pág. a 2 col.

Primera contestación al folleto del señor Alberdi titulado: *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina.*

61—Y va de zambra.—*Al fin:* Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª Abril 27 de 1853.

4.°; 16 pág. a 2 col.
Segunda contestación al señor Alberdi.

62—Sigue la danza.—*Al fin:* Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª Abril 30 de 1853.

4.°; 16 pág. a 2 col.
Tercera contestación al señor Alberdi.

63—Ya escampa! (Quinta de las ciento y una).—*Al fin:* Imprenta de Julio Belin y C.ª Mayo. 1853.

4.°; 16 pág. a 2 col.
Última contestación a las *Cartas* del señor Alberdi.

64—Noticias de Buenos Aires.—*Al fin:* Agosto de 1853. Imprenta de Julio Belin y C.ª

4.°; 8 pájaro. a 2 col.

65—Memoria enviada al Instituto Histórico de Francia, sobre la cuestión décima del programa de los trabajos que debe presentar la 1.ª clase, por D. F. Sarmiento miembro de dicho Instituto, de la Universidad de Chile, etc.—Santiago de Chile, Imprenta de Julio Belin y C.ª 1853.

4.°; 55 pág.

66—Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina, con numerosos documentos ilustrativos del texto, por D. F. Sarmiento, diputado al Congreso Constituyente, electo por unanimidad de sufragios por la provincia de San Juan.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª septiembre de

1853.

8.°; cuatro, xxii, 236 pág.

67—Monitor de las escuelas primarias.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1853.

4.°; 12 vol.

Periódico mandado fundar por decreto supremo de 6 de agosto de ese año; con esa misma fecha se confió su redacción al señor Sarmiento.

1854

68—Asamblea constituyente de la provincia de San Juan. Lista de representantes propuesta al voto popular, previa la ley de la Legislatura ordinaria que debe convocar a elecciones de asamblea constituyente.

Fol. ; 4 pájaro.

Lista de candidatos propuestos, seguida de la solicitud que debería dirigirse por los electores a la legislatura pidiendo la convocación a constituyente. Lleva fecha de enero de 1854.

Publicada en Santiago e impresa por Belin.

69—Don Domingo F. Sarmiento, su juzgamiento y absolución por los tribunales de Mendoza.—*Al fin:* Febrero 25 de 1854. Imprenta de Julio Belin y C.ª

Fol.; una hoja a dos col.

Sentencia absolutoria de una causa que se le siguió por denuncio de conspiración; precedida de un artículo del *Constitucional* de Mendoza que la comenta.

70—El ciudadano argentino D. F. Sarmiento electo diputado a la Legislatura del Estado de Buenos Aires, a sus electores.—

Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1854.

8.°- 36 pág.

71—Derecho de ciudadanía en el Estado de Buenos Aires, por D. F. Sarmiento.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1854.

8.°; 40 pág.

72—Observaciones con motivo de los artículos suscritos por J. B. A. en el *Mercurio* de Valparaíso con el título de *Cuestiones Americanas*, y que son un examen de la Constitución del Estado de Buenos Aires.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1854.

8.°; 64 pág.

Publicado por D. Mariano de Sarratea.

73—Exposición e historia de los descubrimientos modernos, tomada del francés de M. Luis Figuier, por D. F. Sarmiento.—Santiago de Chile. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1854.

16.°; xii, 315 pág.

74—Don José de San Martín. Reseña biográfica publicada en el tomo 1.° de la *Galería de hombres célebres de Chile*, Santiago. Imp. Chilena, 1654.

2 vol. fol.

Reproducida en el tomo III de las *Obras*.

1855

75—Educación común en el Estado de Buenos Aires.—Santiago. Imprenta de Julio Belin y C.ª 1855.

8.°; 96 pág.

Reimpresa en Buenos Aires en 1887.

1856

76—Memoria sobre educación común presentada al Consejo Universitario de Chile, sobre estas cuestiones: «1.° Influencia de la instrucción primaria en las costumbres, en la moral pública, en la industria, y en el desarrollo general de la prosperidad nacional; 2° Organización que conviene darla atendidas las circunstancias del país; 3.° Sistema que convenga adoptar para procurar las rentas con que costearla». Por D. F. Sarmiento.—Santiago. Imprenta del Ferrocarril. 1856.

8.°; cuatro, 240 pág.

1871

77—Discursos sobre la educación popular, tomados de la obra *Ambas Américas* del señor don Domingo F. Sarmiento. Edición hecha por encargo del Excmo. Gobierno de Mendoza.—Santiago. Imprenta de la Libertad. 1871.

8.°; x, 63 pág.

Discurso pronunciado en una asociación por J. P. Vickersham; y en la cámara de diputados de Estados Unidos por Garfield, ambos traducidos, según se nos informa, por el señor Sarmiento.

Advertencia

La muerte del señor Sarmiento, acaecida en la Asunción del Paraguay el 11 del mes pasado, obligándonos a apresurar la publicación de este tomo que destinábamos para que apareciera el último de la colección, nos obliga también a omitir la noticia de la vida de su autor que aparece prometida en los ya publicados, y que debía ser su natural encabezamiento.

Ese trabajo, que en la parte que tenemos escrito alcanza ya alguna extensión, lo reservamos para darlo por separado después que, impresas todas las *Obras*, podamos recorriéndolas despacio, agrupar en él las noticias que sirvan a dar idea del tiempo y de las circunstancias en que aparecieron, a fin de que se llegue a apreciar fuera de su mérito intrínseco, su alcance doctrinario y de propaganda.

Este primer volumen de las *Obras*, bajo el título de críticos y literarios, reúne los artículos no políticos que el señor Sarmiento publicó en el *Mercurio* de Valparaíso en 1841 y 1842, entre los cuales se comprenden los primeros que dio a la prensa de Chile.

Fuera de la clasificación general de materias bajo la cual hemos formado cada volumen, al compaginar los artículos de la prensa periódica, seguimos el orden cronológico de su publicación, sin otras alteraciones que la de reunir bajo un

título y formando como un solo capítulo, todos los que se refieren a un mismo argumento tratado de un mismo modo; así, por ejemplo, podrán leerse de seguido en este volumen las dos interesantes polémicas literarias que sostuvo con el señor Bello y sus discípulos.

En los artículos que no se encuentran en ese caso, el orden cronológico rigurosamente conservado sirve para mostrar los progresos que su autor hacía en el arte de escribir, y la extensión cada vez mayor que sus críticas y observaciones abrazaban.

Guiados también por ese criterio, en esta sección de crítica y de literatura, hemos desechado menos artículos que en los de política o instrucción pública, porque, aunque algunos parezcan muy de circunstancias, juzgamos que conservan cuando menos el interés de pintar el estado de nuestra cultura intelectual y de nuestras costumbres en aquella época. Siguiendo estos artículos fácil sería hacer la historia del teatro en Chile, que como institución permanente no lo hemos tenido sino desde 1841 adelante.

Septiembre 30 de 1888.

Luis Montt.

Artículos críticos y literarios

12 de febrero de 1817
(*Mercurio* de 11 de febrero de 1841)

I

Un día pasa todos los años precedido y seguido de otros días; si en algo se distingue de los que anteceden y suceden, si el habitante de Chile fija por un instante en él sus miradas, es solo por las frías fórmulas con que se *representa* el regocijo público, como las viejas religiones sustituyen la pompa de ceremonias emblemáticas, a los grandes recuerdos que no mueven ya el corazón de los creyentes. Algunas salvas en las fortalezas, algunos pabellones flotando en lo alto de los edificios, he aquí todo lo que recuerda un día que debiera ser tan caro al corazón de todo chileno. La fría fisonomía de los ciudadanos corresponde también a la alegría *decretada*, como la de la virgen a quien un sórdido cálculo de familia une al esposo que su corazón no ha elegido, con los atavíos nupciales sobre el cuerpo y el disgusto reconcentrado en su pecho, coronada de guirnaldas la cabeza y el pesar pintado en su semblante. El extranjero que nos observa, nos creería los hijos de los españoles vencidos en aquel gran día, fastidiados de ver repetirse un recuerdo humillante y odioso. Veinte y cuatro años han trascurrido apenas, desde que aquel memorable día alumbró en Chacabuco un combate de vida o de muerte para la

independencia americana, y ya ni se mentan los nombres ilustres que lo inmortalizaron. ¡Ah! ¡Los pedruscos que cubren aquel suelo sagrado, no han conservado las manchas de la sangre patriota que los salpicó, y el cóndor de los Andes ha dejado de revolotear en torno de ese vasto campo de carnicería en que el amo y el esclavo lucharon con furor!

Centenares de patriotas chilenos, huyendo de los horrores de la esclavitud, habíamos traspasado los Andes en 1814, y conocido todas las penurias y todos los sinsabores que acompañan a una larga emigración. Un ejército al mando del general San Martín, se aprestaba al fin a cruzar los Andes y traer a nuestra desgraciada patria la libertad perdida. Nosotros volamos presurosos a engrosar las filas del ejército libertador. ¡Ay! Entonces la república, la libertad y la patria se nos presentaban radiantes y puras, como son siempre las concepciones del espíritu, cuando la experiencia no ha venido aún a sustituirlas sus tristes realidades, como el frió invierno que nos enseña el monótono y desapacible ramaje del árbol, cuyo lozano verdor nos había antes recreado.

Chilenos y argentinos dejamos la ciudad de Mendoza el 17 de enero de 1817. Teníamos la cordillera al frente, y detrás de ella estaba Chile, la patria querida, nuestras familias y todas nuestras simpatías; los españoles, en medio de nuestro entusiasmo y ardor, se presentaban confusamente a la imaginación como los puntos distantes de un paisaje que el pintor bosqueja. Mas, bien pronto principiamos a escalar con trabajos y padecimientos inauditos, la gigantesca, solitaria e interminable cordillera de los Andes. Él hambre, el frío, el viento glacial que nos helaba la respiración, y la *puna* que agregaba su penosa angustia a tantos padecimientos, formaban la primera página de la terrible campaña que abría el ejército. La victoria de Marengo, que salvó a la Francia, tenía entre sus laureles el paso del San Bernardo. Mil historiadores han

ponderado sus dificultades casi insuperables, y el gran capitán lo ha clasificado como uno de los prodigios que había obrado el ardor francés. Y bien!, el pasaje de la cordillera por un ejército sin pertrechos, sin tiendas, sin capotes, yace oscuro, y apenas una pluma le ha tributado un pasajero asombro! ¡El San Bernardo y los Andes!!! Un solo día de trabajos en aquél, y en seguida la risueña Italia con sus alegres campiñas, sus ciudades y sus encantos. Un día de trabajos inauditos en ésta, en medio de sus erizadas crestas, y luego?... la cordillera siempre, con su soledad espantosa, sus torrentes, sus abismos, sus laderas y sus precipicios; y diez días después?... la cordillera siempre con sus nevados picos, cerrando el paso, coronada de nubes blanquecinas, amenazando por momentos sepultar para siempre entre sus desnudos e inhospitalarios peñascos a los audaces patriotas que osaban escalarlos.

Nuestro ejército, pobremente equipado, cansado de sufrimientos, y extenuado de fatiga, descendió por fin en los días 7, 8 y 9 de febrero al hermoso valle de Aconcagua, y los encuentros del mayor Martínez en la Guardia, y del teniente coronel Necochea en las Coimas, nos hicieron augurar un día de gloria para todo el ejército. Todo el valle estaba en nuestro poder el 10, y el 11 de febrero avistamos a los españoles en la cuesta de Chacabuco, cuyas cumbres coronaban gruesos destacamentos de infantería. Fue preciso vivaquear en presencia de ellos. ¡Noche de alarma y vigilia la del 11! La cuesta de Chacabuco se interponía, como una siniestra mampara, que ocultaba a nuestros ojos la fuerza verdadera de los españoles, los destinos de América y la suerte futura de Chile. Los jefes argentinos y chilenos, bajo un exterior severo e imponente, ocultaban todo el sobresalto que les inspiraba el desenlace de la batalla del día siguiente. Soldados inexpertos y bisoños, iban a medir por la primera vez sus armas con aquellos viejos batallones españoles que habían humillado en Europa las altivas águilas de la guardia imperial de Napoleón.

Si un desastre era el triste resultado de tantos esfuerzos, los argentinos veían consolidarse la dominación española a su lado y expuestos los flancos de la nueva república, mientras que sus fuerzas contenían apenas los ataques de los realistas por el Alto Perú. Los chilenos del ejército, si salvaban de la refriega, tendrían que decir adiós para siempre a la patria que volvían a ver, y a sus sueños de libertad e independencia; y para unos y otros, la muerte honrosa del campo de batalla, era preferible a caer prisioneros y ser tratados como insurgentes. Los gauchos que formaban el valiente regimiento de granaderos a caballo, tendían con desasosiego sus miradas por este horizonte estrecho y limitado por todas partes de cerros, echando menos aquellas inmensas llanuras de su tierra, donde el cielo está pegado a la superficie, donde el sol sale y se entra por entre los pastos y matorrales, y donde no hay barrera ni obstáculo insuperables para el jinete que monta un buen caballo; pero ellos habían probado el filo de sus sables en las Coimas, los españoles eran *maturrangos*, y esta última consideración les hacia aguardar con indiferencia el próximo combate. Los negros del 7 y del 8 dirigían con horror sus inquietas miradas sobre las cúpulas nevadas de la cordillera, que tenían a sus espaldas, en donde el frío había martirizado sus constituciones africanas, y en donde el cabo de guardia había sorprendido al centinela de los puestos avanzados que no respondía al *¡alerta!*... ¡muerto en su puesto, parado con el fusil al brazo, y endurecido por el hielo que le había penetrado las entrañas y suspendido el movimiento de la sangre! mas sabían, porque así se lo repetían sus jefes, que todo negro que cayese prisionero en poder de los españoles, sería trasportado a Lima y vendido para los ingenios de azúcar, y esta sola idea les volvía todo su feroz y brutal coraje. En cuanto a nosotros, oficiales subalternos, nos comunicábamos al oído algunos rumores alarmantes que circulaban, y nos animábamos en voz alta con noticias favorables, deleitándonos con la esperanza de ver

pronto a nuestras familias y entrar en Santiago, en este Santiago, que la ausencia y los padecimientos habían hecho tan querido para nosotros.

II

La noche del once de febrero fue larga, como son largas siempre las noches que preceden a un día que ha de influir poderosamente en nuestra suerte futura. Las diucas del campo, estas aves chilenas cuyo canto matinal y vivificante no habíamos oído en nuestro largo destierro, nos anunciaron al fin la proximidad de la mañana del 12 de febrero; y entre los preparativos del combate, vimos asomarse brillante por entre los picos nevados de los Andes, el sol que iba a ser testigo impasible de nuestra lucha. Los españoles que ocupaban la cumbre de la cuesta, se replegaron al oír sonar la marcha de nuestros tambores. Trepábamos con entusiasmo, reprimiendo el cansancio que nos ocasionaba el ascenso, y alargando el cuello para ver desde su cumbre el valle de Chacabuco, la cuesta de Colina, e imaginarnos, ya que no pudiéramos verlo, aquel Santiago objeto de tantos recuerdos y de tantas esperanzas. Pero, ¡ay! dos filas negras de soldados españoles, ligadas por un parque de artillería y erizadas de fusiles, en que vibraban los rayos del sol, y a su izquierda una extensa línea de caballería, dejaron bien pronto como enclavadas nuestras miradas en el sitio que ocupaban. Un momento después el general O’Higgins estaba en presencia del enemigo; los granaderos a caballo, mandados por el valiente Zapiola, habían ido a arrostrar en vano la metralla del enemigo, no pudiendo salvar el barranco que hacía inaccesibles sus posiciones. Cramer, que había volado con el 8 a sostener la caballería, y Conde con el 7, se hallaron muy luego comprometidos en la refriega. Un momento vaciló el 8; las balas enemigas lo

diezmaban, y el general Soler y el bravo Las Heras, que debían flanquear las posiciones enemigas por un circuito ignorado del enemigo, no parecían aún. ¡Momento de angustia y de excitación para quienes podíamos observar, en medio de los estampidos del cañón, el fuego graneado, las bocanadas de humo que se elevaban de todas partes, y los gritos de nuestros jefes que dirigían las maniobras, restablecían el orden y nos animaban al combate! En fin, en medio de tanto estruendo, vimos cargar a los granaderos a caballo; nuestros jefes gritaron *¡de frente!*, y mil voces confusas, ¡el general Soler! ¡se mueven! ¡disparan!… Ah! ¡qué momento! ¡qué nueva vida! Los granaderos lo arrollaron todo, y el camino de Santiago se presenta libre, aunque sembrado de moribundos y cadáveres, la defensa de las casas de Chacabuco no sirvió sino a hacer más sangrienta una escena sin esto demasiado gloriosa. Efectivamente, ochocientos prisioneros, setecientos muertos, banderas españolas, bagajes, artillería, y el 14 pisando, en fin, el puente de Santiago en triunfo, llenos de sangre, polvo y andrajos!…

¿Qué nos queda mientras tanto de tanta gloria? Tendamos la vista sobre esta época presente, aquí y en los otros puntos de América. Escuchemos los juicios de esta generación ingrata que nos ha sucedido, y extrañado como instrumentos gastados e inútiles; oídla en sus odios, que no turba ya el temor de los enemigos que nosotros destruimos, para que ella se folgase tranquila; oídla echarnos en cara nuestros desaciertos, y los crímenes de algunos, como si debiéramos haber sido en todo superiores a la época en que nos tocó figurar; como si el régimen colonial en que fuimos creados, y la ignorancia y abyección de nuestros padres, nos hubiese dejado solo virtudes; como si hubiese sido posible desarraigar el respeto servil a nuestros tiranos sin violencia; como si las pasiones pudiesen ser tenidas siempre a raya; y como si las grandes revoluciones pudiesen completarse sin sangre, sin violencia,

sin extorsiones, y aun sin crímenes! Vedla hacerse olvidadiza de nuestras largas fatigas, y de nuestros esfuerzos para hacerla independiente y poderosa! ¡Hombres sin patriotismo y sin indulgencia! Un día la historia recogerá con avidez los nombres de todos los que lidiamos juntos en Chacabuco y en otros lugares tan gloriosos como éste; un día el extranjero, porque vosotros no sois capaces, vendrá a recoger los inmortales documentos de nuestras gloriosas hazañas, y desechará con desprecio vuestro abultado catálogo de recriminaciones, solo dignas de figurar en la historia, como un aviso de que eran hombres los que tales cosas y tan grandes hicieron! Un día el viajero que pase la famosa cuesta, verá asociados en el mármol los nombres de O'Higgins y Prieto, Las Heras y Bulnes, Lavalle y San Martín, Necochea y Soler, y tantos otros patriotas ilustres, cuyos nombres os han de sobrevivir, mientras que vosotros pasareis oscuros, sin que nada de grande haga olvidar vuestras miserias de partido, vuestra ingratitud y vuestro egoísmo. Los peruanos recuerdan solo las extorsiones del ejército libertador, y ni las frías formas de la gratitud afectan por nuestros pasados esfuerzos, mientras que nosotros, como si una nación generosa fuese responsable de los desvaríos y pasiones de sus generales, estamos viendo a la desgraciada República Argentina, nuestra antigua amiga, sucumbir despedazada por la guerra civil. ¡Lucha horrorosa y eterna! ¿No habrá de llegar un día de confraternidad, de olvido y de rehabilitación para todos? ¿La tumba solo podrá reunimos?

Si hubiéramos de buscar todos nuestros compañeros de armas en aquel glorioso día; si resucitadas las simpatías que entonces nos unieron, quisiésemos estrecharnos entre nuestros brazos, ¡cuántas desgracias nos contaríamos, cuántas heridas no sangrarían de nuevo, cuántas lágrimas no verteríamos, al ver nuestros destinos tan contrarios, cuan contados los felices, y tantos tan intolerables, tan desapiadados! ¡Deseo inútil, empero! Ilusión engañosa! Toda la América está sembrada de

los gloriosos campeones de Chacabuco. Unos han sucumbido en el cadalso; el destierro o el extrañamiento de la patria ha alejado a los otros; la miseria envilece y degrada a muchos; el crimen ha manchado las bellas páginas de la historia de algunos; tal sale de su largo reposo y sucumbe por salvar la patria de un tirano horroroso; y cual otro, lucha casi sin fruto contra el colosal poder de un suspicaz déspota que ha jurado exterminio a todo soldado de la guerra de la independencia, porque él no oyó nunca silbar las balas españolas, porque su nombre oscuro, su nombre de ayer, no está asociado a los inmortales nombres de los que se ilustraron en Chacabuco, Maipo, Tucumán, Callao, Talcahuano, Junín y Ayacucho! Felices, en extremo felices algunos, si gozando de la estimación de sus conciudadanos, desempeñan destinos honrosos o dirigen con acierto el timón del estado; felices en extremo, los que en el seno de sus familias llevan una vida oscura, pero sin alarmas; felices, mil veces felices, los que pueden volver sus miradas sobre lo pasado, sin desear ver borrado un día deshonroso de la historia de su vida!

Mientras la prensa guarda un criminal silencio sobre nuestros hechos históricos, y mientras se levanta esta generación que no comprende lo que importan para Chile estas salvas y estas banderas que decoran el 12 de febrero, nosotros, cada vez que pase por nuestras cabezas el sol de este augusto día, lo saludaremos con veneración religiosa, y deplorando la suerte que ha cabido a tantos patriotas, cualquiera que sea el país o el color político a que pertenezcan, elevaremos nuestros votos al cielo porque en los cansados días de su vejez, hallen un pan que no esté amasado con lágrimas para su alimento, el abrigo del techo de sus padres y las bendiciones y respeto de sus compatriotas.

Un teniente de artillería en Chacabuco.

Avíos y monturas

(*Mercurio* de 23 de febrero de 1841)

Señores Editores:

Como ya he probado que si no puedo hablar, sé escribir al menos; como en mi anterior comunicado, he mostrado que entiendo de música, a mi modo, aunque este modo no sea el de otros; como viajo para divertir a los curiosos; como cierta especie de público aplaude mis monadas con palmoteos estrepitosos, como dicen que aplaude en el teatro las *nalgas postizas de un Juanillo de farsa*; como me viene la regana de escribir; como nadie tiene derecho de impedírmelo; como hay libertad de imprenta; como tengo amo quien me defienda, a falta de cónsul de Monomopata, de donde soy oriundo; como soy transeúnte; como pertenezco a una sociedad extranjera en que figura un enorme, muy grave y curioso personaje; como ustedes publicarán este comunicado, si no tienen con qué llenar sus columnas, y en fin, como no se me ocurre otro como, he querido comunicar al público las observaciones que tengo hechas durante mis viajes monosóficos y gimnásticos.

Los hombres superficiales que no buscan la razón de las cosas, el público en fin, que es el hombre por mayor, como quien dice por gruesas, me ve cabalgar *sin silla*, usando apenas de una *caronilla colorada* por la decencia, sin sospechar que en conducta tan extraña haya *sus razones de estado* que la

motiven. ¡Oh! el público! Aquí como en todas partes, ve hechos, resultados, formas, palabras; el fondo, la causa no es de su resorte. Viva, coma, diviértase, bostece, trabaje, y lo demás que lo haga otro, para eso es el gobierno. Yo explicaré, pues, lo que nadie exige que se le explique; escribiré, no para que lean, porque he oído decir que no son muchos los que están poseídos de la diariomanía, que tiene hoy enfermo, apestado al mundo civilizado. Si esto no es cierto, no grite contra la calumnia el que no esté suscrito a algún periódico. Si han de apedrearme, *tire la piedra el que no esté manchado de este delito*, que de seguro llegarán pocas. Pero me distraigo,... ¿El público?... ¿La silla?... Sí, sí, la silla, la caronilla colorada sin silla.

Es, pues, el caso que viajando por varios puntos de América, he parado los monos sobre un hecho singular. En cualesquiera de los puntos que he visitado con mis novedosos socios, he creído observar las mismas costumbres estacionarias, las mismas rencillas de partido, el mismo odio a las innovaciones, mismísima intolerancia, en política se entiende, las mismas preocupaciones, el mismo aparato de formas republicanas, con cierto dejo a chivato desde que uno les toma el gusto; en fin, la España por todas partes, no la España de ahora, que se ha dado un buen bautismo de sangre para que no la conozcan, sino la España del otro siglo, como si dijéramos del otro mundo, la España que, recostada en su indolencia, contaba antes los duros americanos para entregarlos a los demás europeos. Mas en una sola cosa difieren los nuevos estados americanos, y en esta sola cosa se descubre una facción nacional, en rudimento, en embrión; pero que ya sirvo a caracterizarlos. Hasta el idioma que a todos los estados es común, se ha doblegado a las nuevas exigencias de los pueblos; se llama *recado* en unas partes, *apero* en otras, *montura* aquí, *avío* más allá. ¿Algún lector testarudo creerá haber adivinado la tal cosa? ¡Que locura!

Este es el único distintivo nacional de las *fracciones*

americanas, y a juzgar del fondo por la forma, en ningún estado de Sud-América hay un espíritu nacional más peludo, más hediondo, más monstruosamente abultado que en la República de Chile.

¿No se acuerda, señor Pinganilla, me decía Santiago, mi sirviente, a propósito de monturas, no se acuerda señor Pinganilla (se guardaría bien el tunante de tratarme de otro modo), no se acuerda señor, me decía, de aquellos gauchos argentinos, tan taimados, con aquellas botas a la rústica, de cuero crudo, aquellos cuerudos aperos, aquellas espolazas tan agudas, y aquellos estribitos, última expresión posible de un estribo? ¿Qué hay de común entre aquello y estas cargas de cueros de carnero tan recortados, y estas estriberas que son al contrario la última exageración posible de un estribo?

Los pueblos, le habría yo contestado, si jamás me hubiese dicho tal cosa, descubren su genio, su espíritu, sus necesidades y su civilización, en la manera y forma de sus equipajes y vestidos. La civilización ha tomado su forma exterior la misma en todas partes. El hombre culto usa fraque, periódicos, reloj, levita, gobiernos constitucionales *donde puede*, literatura nacional, silla, ciencias, etc., etc., etc. Pero los americanos, admitiendo todo aquello, han elevado una solemne protesta contra todo lo que tenga relación con el caballo. Han dicho: «Vosotros *gringos* no sabéis domar un potro, ni pialar un ternero, y no tenéis voto en la materia; afuera silla, chicote y arreos». Todo lo que es muy puesto en razón. Los americanos se han acomodado a su modo en este punto, y también llevan razón. Aquí se ha descubierto el genio de cada pueblo, sus necesidades y su índole. El argentino que sigue a grandes pasos, gracias a su gobierno, la cultura de sus vecinos los pehuenches, usa cueros, caronas de vaca, bolas. En sus espuelas nazarenas, como si dijéramos crucificadoras, con enormes ralas y agudas púas, se descubre de leguas, su gusto favorito de derramar sangre; en sus miniaturas de estribos que

no le aprisionan sino un dedo, su amor a la *libertad*; en todo su sencillo aparato, su sencillez republicana y sus hábitos *democráticos*, su odio a la dominación *francesa*, su nacionalidad *pampera*, su gobierno *federal*; en fin, su admiración por el ilustre Restaurador de las LL., que es el mejor *jinete* del mundo, en lo que debe hacérsele justicia.

En cuanto a los chilenos ¡oh! eso es otra cosa. Como viven al frente de esa estupenda cordillera que ves allí, sus hábitos nacionales participan del carácter de esta naturaleza estupenda: estupendas espuelas, estupendos estribos, estupenda pila de cueros, y sobre este estupendo aparejo, un estupendo campesino. Como no gustan de sangre, y al contrario son grandes aficionados a la *remoleura*, *rrrremuélen* los ijares del pobre rocín, mas sin herirlos como sus vecinos. Como no son tan democráticos como éstos, han consultado la comodidad, el abrigo y la blandura. Su aspecto exterior, un poco chato, sus piernas semi-circularmente abiertas, un tronco medianamente engolfado en los pellones, cuyo vellocino ondea majestuosamente solevantado por el aire, y sus corvas estriberas cual peañas de santo, o bien cual ruedas de un vapor, le dan cierta gravedad aristocrática que le sienta a las mil maravillas. Para comprenderlo mejor, un avío redondo, es una hipérbole de avío, y como todo debe corresponderse, espuelas hiperbólicas, estribos hiperbólicos, etc., lo que servirá a los maestros de retórica para hacer sensible esta figura.

Según un manuscrito araucano que he consultado, allá por los años de 700, las botas de cordillera, que ya han invadido medio muslo, y que amenazan tragarse ambas piernas, eran solo unas polainas que principiaban sobre el tobillo, y ascendían humildemente hasta media pantorrilla; y a fines del siglo pasado, durante la presidencia del señor O'Higgins, padre, las espuelas, un tanto abultadas ya, conservaban, no obstante, su forma de espuela; eran, en fin, el feto de una espuela, y el extranjero que arribaba a estas playas, las

reconocía como tales. Los estribos en tiempo del cura Monardes eran unos cuitados, con puntillas amarillas, que se metían sin duda en una caja, que es la estribera presente, que como lo expresa la palabra estribera, no es el estribo, sino el lugar donde se ponía el estribo, como *costurero*, de costura; *ropero*, donde se pone la ropa. Como en la derrota de Cancha Rayada, los españoles recogieron muchos pellones, una reacción del patriotismo hizo usar dos, *por si acaso*. A medida que la exaltación crecía, se usaron tres, dos abajo de la enjalma y uno arriba. ¿Habías visto, Santiago, escrita la palabra *enjalma*? Tres abajo y dos arriba; cuatro abajo, últimamente, y tres arriba, pujó el acaloramiento nacional, de manera que aventajó por uno el caballo a quien lo cabalga. Como los enemigos de la tranquilidad pública sostienen que el país permanece estacionario, se atribuye a esto que no haya seguido de unos diez años a esta parte la rápida progresión de los pellones, que tenían sobrecogidos de espanto a los carneros que los suministran; mas si la oposición triunfa en las próximas elecciones, es de presumir que el desarrollo siga, pues la siniestra palabra progreso, anda en boca de todos. Los estadistas atribuyen la inmensa expansión de las espuelas y estribos, a la feracidad del clima, y a los rápidos adelantos que ha hecho el país con la revolución, ¡prueba clara de cuanto puede el genio del hombre, cuando las cadenas de la esclavitud no acotan su vuelo!

Me ocurre ahora una idea. Si dentro de quinientos años, se presentase a una sociedad de arqueólogos (que habrá sin duda alguna para entonces) uno de estos rodajones colosos, todo roído y desfigurado por el orín que lo habría dilacerado, encontrado en las excavaciones de un corral, o levantado en la reja del labrador, ¡qué alboroto! ¡qué disputas! ¡qué sabias disertaciones! «Este cuerpo férreo —diría un sabio, calándose las gafas para mejor contemplarlo—, forma circular, diez y media pulgadas de diámetro, uno, dos… diez… veinte…

treinta… cuarenta, cuarenta y siete, y este otro, cuarenta y ocho rayos que parten del centro, agujereado como si hubiese de tornar sobre un eje, es… ha sido, sin duda… —tocaría el sabio— la cosa es clara… representa… simboliza la imagen del sol que adoraban los indios; sus púas representan los doce meses y las cuatro estaciones del año; doce multiplicado por cuatro, cuarenta y ocho cabales: ergo al gabinete de antigüedades araucanas, lo que está probado». Y si alguien desenterraba una carcomida estribera, ¡qué hallazgo! El sistema estaba completo entonces, la duda desaparecía. La veneranda pieza de madera, era la augusta peaña en que reposada el emblema del sol, sus arabescos araucanos, sus relieves, sus águilas, todo lo está indicando. Luego los araucanos conocían el hierro, luego tenían templos, luego mienten los historiadores! Así se han hecho muchos descubrimientos.

¿Algún presumido y mentecato apostará que yo no gusto de avíos redondos, ni monturas cuyanas? Todo lo contrario. Con la civilización se va haciendo el mundo tan uniforme, que ya nada sorprende al viajero en las costumbres de los pueblos. Sería, pues, una lástima que el europeo que hoy se queda con la boca abierta la primera vez que se echa a los ojos un avío redondo, no tuviese esta curiosidad tan peregrina que admirar. Lejos de vituperar estos usos, yo llevo para ostentar en Londres y París, al regreso de mi compañía, apero cuyano, con guarda-montes, botas de potro, libes y chiripá, y un estupendo avío redondo para alborotar medio mundo.

Me despido con una mueca, hasta otra vez, de ustedes señores editores.

Pinganilla

Atendite et videte si est dolor

Sicut dolor meus

(*Mercurio* de 3 de marzo de 1841)

¡Alto birlochero!… Allí, en la *Posada de Francia*. Y tú, Santiago, la maleta. Mi fraque negro, crespón en el sombrero. ¡Pronto, badulaque, que se acerca el acompañamiento!… ¡Infelice criatura!… ¡En la primavera de la vida!… ¡Oh muerte! ¡de qué bienes nos despojas!… ¿Por qué no te llevaste a Bulke, reventado de un estornudo? ¿O a Tokorkan descogotado al hacer una cortesía reverente? ¿O a los dos juntos, si así convenía?… No afearas entonces tu crueldad… ¡Pero *La Bolsa* [3]!… ¡*La Bolsa*!… Santiago, pásame mis guantes negros… ¡Flor sin fragancia, deshojada por el soplo de los aquilones! ¡Luz fosfórica que no calientas!… ¡Existencia sin objeto! ¡Estrella rutilante que nos deslumbraste un momento!… ¡Ay! ¡ay!…

Estas y otras exclamaciones se exhalaban atropelladamente por todos los poros de mi cuerpo, mientras me sacudía el polvo del camino, y Santiago me ayudaba a prepararme dignamente para asistir a los funerales a que había sido invitado. A medio vestir oigo les cantos fúnebres, dejo una bota que iba a calzarme, salto por la ventana a la calle, y caigo en medio de los dolientes. ¿Quién podría describir la luctuosa escena? *El Araucano* [4] iba a la cabeza del duelo; su talante grave, su

paso mesurado, su bastón con casquillo y borlas, todo revelaba un alto carácter. *El Mercurio*, a su izquierda, descubría en su semblante el agudo pesar de un heredero que vé cerrar los ojos al deudo que deja una piltrafa. ¡Qué dolor tan reconcentrado! No salía una gota a la superficie. Seguíase un soldado vejaruco, de mirar y bigote muy retorcido y atisbado [5]. Había costado mucho trabajo sacar a la *Guerra a la tiranía* de la chingana de la Borja, donde se había desmontado. Venía detrás del duelo con *La Justicia* [6] que iba *cubierta*; pero no se hablaban, porque la *Guerra* [7] había sacado de los cuartos redondos a muchas de sus amigas, y hablaba con ellas de sus negocios con tan poca mesura, que *El Araucano* le hizo insinuar sería oportuno se retirase por temor de tropezar con algún vigilante. Se fue vomitando injurias, al Arrayán, seguida de algunos marineros. Justo Estai [8], el amante de la *Justicia*, y un sujeto que no conozco, se secretearon al oído al verla irse, y parecía que se reprimían, excepto el primero que miraba tristemente al cielo, siguiendo con los ojos unos cóndores que revoloteaban en lo alto sobre nuestras cabezas. En una de las posas pude acercarme al cadáver. ¡Dios mío, qué horror! Tenía la malograda *Bolsa* la boca tan abierta, como la momia peruana del gabinete de historia natural de Santiago. ¡Qué flacura!... No, no pudo ser hidropesía su enfermedad... ¡Si no era *La Bolsa*, oh muerte que todo lo acabas!... Era una *fueguera* sin tabaco, una *huayaca* de pobre. ¡Qué mundo éste! dije yo para mi coleto; se me había erizado toda la pelusa. Hube de ocultarme entre los grupos del acompañamiento para ocultar mi turbación; todos se mostraban azorados de catástrofe tan imprevista. ¡Con-sun-ción! decía uno, muy quedito: ¡hacía días que se la veía con la cara enjuta y escuálida! La han dejado, dizque, perecer los iliteratos de aquí y de Santiago. —Hay sospechas de que la han ahorcado, susurraba otro: tiene en el cuello dos listas negras como de soga. —Las ha tenido siempre, reponía un tercero: yo he presenciado la autopsia. ¡Ah! ¡Qué

bárbaros son los médicos! El doctor Paredes fue llamado a efecto, ¡la abrió!… ¡qué digo! la rajó de cabo a rabo, como camisa de roto. Tenía en el estómago dos comunicados que se había merendado de un golpe, y su flaca constitución no había podido resistir…

Engolfados en estas y otras cavilaciones, llegamos a la Cueva del Chivato, donde debía ser inhumada. Dos varas de tierra, dice un autor que no he leído, bastan a contener al ambicioso que hallaba estrecho el mundo. ¡Ah! Dos menguadas cuartas, medidas por un falte, sobraban a la desventurada! El *requiescat in pace* tuvo su merecido amén. ¡Iba a desaparecer para siempre!

El *Araucano*, cuya gravedad y compostura no se había desmentido un momento, tomando un puñado de tierra, dijo a la concurrencia: «Señores: *La Bolsa* ha sido llamada al seno de la nada, de donde se había escapado. Durante sus angustiosos días, no ha sido llenada, ni vaciada, ni removida, ni tocada; no la escamotaron los malhechores, ni la mano del avaro estrechó su garganta, ni el comerciante la hospedó en su caja. Estuvo siempre abierta y… ¡ya lo veis!, abierta se quedó. Ha muerto, señores, y de muerte *prematura y adminícula*. Consolémonos con la reputación sin *tacha* que deja… Sus días eran contados. Para morir hemos nacido. He dicho, señores». Dijo y la tapó entera con el puñado de tierra.

El *Veterano* se incorporó entonces; se apoyó en su espada, tosió, acariciose el bigote, *miró de soslayo, se fue* y no dijo *nada*. El amigo de la *Justicia*, codeó a Justo Estai, que estaba a su lado, inmóvil, los ojos fijos en los cuitados restos. «¡He aquí la vida! —prorrumpió al fin con acento dolorido—. Un momento nos avienta nuestras ilusiones más caras, como el viento sopla y se lleva la vagarosa plumilla que a su merced voltejea en el espacio. ¡*La Bolsa* no existe! Un vacío oscuro, insondable deja en nuestra existencia, como al del diente carcomido que nos arranca el aleve sacamuelas. ¡*La Bolsa* no existe, señores! Pero

su nombre y la sustancia que debió contener, será cara a todo pecho chileno, e idolatrada por todas las generaciones; y el comerciante de la calle Ahumada, el militar valiente, el ministro incorruptible, y el piadoso sacerdote, exclamarán, enternecidos: ¡*La Bolsa*! ¡las bolsas! ¡más y más bolsas !… *La Bolsa* se tiene de pié un momento, cual vejiga inflada por el aire; mas no bien abre la boca, se dobla, se arruga y sucumbe exhausta y anonadada en su caída; mas los cobardes que le negaron su apoyo en sus días de prueba, llevarán el merecido castigo. *La Bolsa* será vengada, señores, no lo dudéis. Un día el viajero que pase la famosa cuesta de Chacabuco, en el pavoroso silencio de la noche oirá una voz sepulcral, escapada de entre la espesura del bosque umbrío, que le dirá para recordarle su crimen: ¡la bolsa o la vida! Y el malaventurado, habrá de largarla, os lo juro por los manes de esta cuitada a quien su egoísmo sacrificó». Dijo, y le espolvoreó unas basuritas, a falta de flores que derramar sobre la huesa. El auditorio quedó estupefacto, herido como del rayo, por estas imágenes tan vivas. Todos se tocaron instintivamente los bolsillos y echaron miradas inquisitivas y desconfiadas sobre sus vecinos, sobrecogidos de espanto, como el auditorio de Massillon cuando describía el juicio final.

Cuando los ánimos se habían serenado un tanto, hubo de hablar *La Justicia*: «Salud y pesetas, señora mía, te fal…»; iba a continuar, pero su garganta se anudó y se puso a llorar como una Magdalena. *El Mercurio* tomó entonces la palabra, pronunció un largo discurso en que estuvo abominando largo rato la indolencia e incuria de los oyentes. Dijo que *La Bolsa* era el canal, el freno, el ojo, el intestino recto y no recuerdo que otras cosas. Mientras hablaba, se iban unos, hablaban de los lotes que rematará Lynch mañana, tosían muchos, un futre jugaba con el bastoncillo y silbaba la zamacueca, y *El Mercurio* seguía con tono almibarado cuando los gritos de ¡Bulke Borrachei! ¡Asnul! [9]… dejaron parado al orador, atrayendo las

miradas de los espectadores. ¡Qué trabajo! Era la *Guerra*, que bajaba de lo de la Borja toda revolcada, desgreñado el pelo, los ojos turbios y medio cerrados, la boca contraída sardónicamente y entre-abierta. No podía tenerse parada. Vino equilibrándose, jurando que todos eran unos borrachos, adulones, infames, vendidos al sultán, que la muerta era una pelleja, cochina, que el *Veterano* era un ca... nasto, que... pero se le mareó el estómago, se fue de hocicos sobre *El Mercurio*, le arrancó un bigote al *Veterano* por enderezarse, atropelló *La Justicia*. Todos se escabulleron. *El Araucano* se alejó indignado, y Justo Estai decía: ¡romántico! ¡muy romántico! a medida que caminaba en fuga para la fonda, y yo seguía a la multitud haciendo mis mementos sobre la escena que había venido a presenciar.

Se equivoca *El Mercurio*, reflexionaba yo, según que caminaba, porque lo que camino se me escurren las reflexiones una a una sin poderlo remediar, ¡se equivoca *El Mercurio*! El mal de *La Bolsa* ha estado en dos cosas: 1.° las Bolsas y 2.° las bolsas. Las Bolsas perjudican a *La Bolsa*, y las bolsas se aprietan cada vez en grave detrimento de *La Bolsa*. Mas claro, por no abrir unas bolsas se cierra *La Bolsa*, a no ser que en las Bolsas se halle un decente medio de no suscribirse a *La Bolsa*. Y el caso es para reflexionado. Se han abierto Bolsas en Santiago y Valparaíso, allí acuden los aficionados a periódicos, y por un peso leen *Bolsa*, *Mercurio*, *Araucano*, *Justicia*, *Veterano*, y por humorada la *Guerra* a veces; luego, ¿quién se ha de suscribir al *Mercurio* que él solo disiparía tres meses de Bolsa? Los demás que no son *bolsenses*, ocurren a las fondas donde se *desayunan*: ¡Mozo! ¡mozo!... *El Mercurio*, y un vaso de agua. ¡Sirva usted pronto! Me río de los proyectos de restringir la prensa en el país, sobre que de suyo es estítica. Abran Bolsas en cada pueblo y entonces no se venderán más números que los que se necesitan para las Bolsas y los cafés. Luego, ábranse Bolsas, y se cerrarán al punto las bolsas, con lo

que se morirán y enmudecerán las *Bolsas* presentes y futuras, que es lo que se quería probar; ergo, tiren y aflojen, aflojen y tiren… ¡*Bolsas*!… Prenda, porque aflojó.

¡Qué barahúnda de periódicos enumeró *El Mercurio* que había en Boston! ¡Ave María! ¿Cómo se leerán al día 90 periódicos los *bostonenses*? Con máquinas de vapor, sin duda, los renglones serán ferrocarriles, y los ojos tirados por el carro motor, irán leyendo a razón de cuatro periódicos por minuto. ¡Este país está muy atrasado! Cuando hayan tantos periódicos y tan grandes como *El Advertiser* se podrán usar, en lugar de pellones, mil abajo de la enjalma y otros mil arriba.

Se quejaba *El Mercurio* de la lentitud de los progresos del país. Como no va como yo a Santiago, no ha visto en la pila de la plaza el símbolo de la República. Medio arrodillada y con las cadenas rotas, está indicando que no es enteramente esclava, ni enteramente libre, ni sal ni agua. Un hombre que por su ropaje parece sacerdote, la tiene que ya la levanta, que ya la deja, y de más a más, le está abriendo la mollera para ponerla una que convenga. ¡Qué talento de escultor! Dentro de doscientos años estará el grupo en el mismo estado, porque han tenido cuidado de hacerlo de mármol.

Pero esta *Guerra*, esta *Guerra*, este *Veterano*, este…, pero no quiero ocuparme de ellos.

Pinganilla

Un jurado de imprenta
(*Mercurio* de 16 de marzo de 1841)

¿Han leído ustedes por vida de sus madres, el número 23 de la *Guerra a la tiranía*? Pues ha sido juzgada la tal, y sentenciada, y por lo tanto será de hoy en adelante una cosa juzgada, consentida y no apelada, ítem más, con apercibimiento, de que doy fe. ¡Oh! si la hubiesen ustedes visto en el tribunal, como me imagino yo que la vi, con estos propios ojos que la tierra se ha de comer. Era cosa de verse. Estaban, vamos, les contaré, estaban los señores *juri* sentados en sus poltronas; unos con una gravedad, vaya, como si ellos no más fuesen en este mundo pecador; otros muelle y negligentemente tirados por ahí en sus asientos; cual hacía describir un círculo dorado a los sellos del reloj, y cual otro se escarbaba los dientes, mirando indiferentemente el cielo raso, por si había telarañas que contemplar. Suena la campanilla, todos se reponen de sus asientos. Movimiento general. Se agrupan los curiosos, la oposición, los cigarreros, los periodiquistas, faltes, una vieja que vende soliman, oblea y su correspondiente pajuela, y que sé yo qué otra raída y diminuta multitud. Distinguíanse entre los grupos de la barra, un señor Samorano, argentino de nación, un otro caballero que lleva el sello del pecado en los hocicos, Astorga, si mal no me acuerdo, por apellido. Ruido de pasos. El alcaide entra trayendo a la moza de una oreja, la cual ocupa luego el banco de los acusados.

Después de un momento de silencio, leído que fue el proceso y la acusación, el presidente pregunta a la acusada si tiene algo que exponer en su favor. Atención general. Todas las miradas se clavan en el banco consabido. Iba a decidirse la causa de la libertad y de la prensa, el despotismo iba a oír una vez más el fulminante, aterrante, altisonante, asesinante acento de los libres. ¡Escuchad y temblad!… «Huena cosa jeñor! —exclamó la cuitada, levantando ambas palmas al cielo—, majantes noiré naa, si no ha de dejir uno lo que piensa del prójimo». Las palabras representan las ideas. ¿Para qué se derramó tanta sangre española, si no había de haber libertad? *Rara temporum felicitate, ubi sentire quœ sentia dicere licet*.

«Yo hago la guerra a la tiranía; no como se ha visto nunca en Chile en estos malhadados tiempos, sino como la van a ver ustedes, después de las elecciones, y de esto nadie puede ofenderse. Tiranía futura, tiranía ideal, tiranía mil veces más tiránica que la más horrorosa tiranía, y si por acaso caen aquí y allá puñadas, tajos y reveses, ¿tengo yo la culpa? Tales son los desastres inevitables de la Guerra; yo quiero abogar al monstruo en su cuna, con su familia, tíos, tías, sobrinos, mujer y demás condimentos. (*Aplausos en la barra dominando la voz del señor Astorga que gritaba desaforadamente: “Está copendo, tá copendo, sí, sí, sí, tá copendo*”.) *La Guerra a la tiranía* —prosiguió más animada—, es guerra a muerte, a degüello; el honor, la vida privada, la decencia, el idioma, los parientes, la mujer, el ejército, los amigos del futuro y presunto tirano, todo debe ser ultrajado, barajado y estropeado. (*Murmullo de aprobación en la barra*.) ¡Memoria ilustre de Cabrera y de don Carlos que combatisteis en España por la sagrada causa, y vos, eminente americano, ilustre Restaurador de las Leyes, inspiradme vuestro heroico valor y vuestros elocuentes conceptos para acabar con el *salvajismo asqueroso y feroz*. A ellos muchachos! ¡Muera el impío, salvaje, asesino, borracho Borrachei! ¡Muera el infame Asn…». «¡Silencio la

muy fregona! —atronó interrumpiéndola la voz del fiscal—; no estamos en Buenos Aires, ni en la Navarra». (*Gritos confusos en la barra: "¡Dejad hablar! ¡Hay tiranía! ¡A la cuestión! ¡A la cuestión! ¿Hata cuándo, pues? ¿Hata cuándo, pues?".*) «Perdone el señor fiscal —continúa la acusada—, me había distraído de mi asunto; con la exaltación, creí un momento que estaba haciendo la guerra; vuelvo a mi defensa. ¡Hem! ¡Hem! Pues, como iba de mi cuento, Asnul y su mujer la…». «¡Afuera! ¡Afuera la desollada! —exclaman tumultuariamente los jueces, a lo que se siguen gritos de la barra: *"¡No hay libertad! ¡Es inútil todo! ¿Pana qué, pues? ¿Pana qué, pues? ¿Pana qué?"*».

El *juri* hizo despejar la barra para deliberar. Debieron ser muy encontradas las opiniones de los jueces; fue muy largo y acalorado el debate. Sonó de nuevo la campanilla, todos se agolparon a las puertas a oír la sentencia. ¡Oh, libertad! ¡Libertad! ¡Cuántos delitos se cometen en tu nombre! ¡Condenada… se me cae la pluma de las manos, condenada a escribir el número 23 y siguientes! ¡Así es la justicia de los hombres! Aquí vaciló la infeliz, púsose pálida como una cera, y mirando a los jueces con una cara… «Señores —les dijo—, *por San Francisco de Asís*, que me escuchen un momento, ¡si yo no hago la guerra! Miren ustedes el jeroglífico de mi periódico, es un pobre diablo que tira al aire, por si caía al vuelo algún asno…». ¡Silencio! ¡A escribir el número 23, 24, 25, y si se nos antoja el 26, hasta el 30! Este último golpe la volvió toda su energía. Se puso furiosa, mesábase los cabellos gritando: «¡Es preciso convencerse de que en Chile no hay libertad de imprenta, que los jueces obran según los intereses de partido, y no por el espíritu de la ley, con dos mil diablos! Yo me iré a Buenos Aires, donde puede escribirse lo que se siente y con el lenguaje correspondiente a tales pensamientos».

Quise acercarme en este momento a manifestarle con mis musarañas mis simpatías y compasión; pero por poco no me descompagina todo la reventada. «Mono asqueroso —me dijo—,

chismoso, mala lengua, que viniste a contar lo de Valparaíso; ve, dile al *Mercurio* que recoja este guante… —¡La indecente, hubieran ustedes visto el corte de mangas que hizo!—. Lo mejor es —prosiguió— que la mayoría está dividida a favor de Tokorkan [10], de modo que el pobre Borrachei no cuenta sino con la minoría, y parte de la mayoría puesto que está dividida. La diablura será saber, cuánto le toca en la división de la *mayoría dividida*, lo menos un *cincuenta por uno*». ¡Qué lenguaje tan comercial! Como que tiene que habérsela con el *Mercurio*, que huele a alquitrán y cajones. Yo la estuve embromando un poco, la dije que a que no hablaba de las clines de caballo en el número 24, y las otras preciosidades de antes, a lo que contestó en verso: «*Burros, burros, burros, burros*». ¡Genio y figura hasta la sepultura! Me sacó la lengua y se fue, y yo se las sacaré a ustedes, y me despido.

Pinganilla

El emigrado

(*Mercurio* de 17 marzo 1841)

¡Polonia! ¡Desdichada Polonia! ¡Polonia, cuyo nombre solo revela al pensamiento contristado todo lo que tiene de sublime el patriotismo, y todas las tribulaciones que pueden abrumar a una generación de héroes; toda la barbarie de los déspotas y la cruel indiferencia del egoísmo de las naciones y de los gobiernos! ¡Polonia! triste Polonia, yo le saludo desde el hogar extraño que me presta su asilo. Nosotros, sí, solamente nosotros sabemos sentir tus angustias, porque la desgracia aguza la facultad de sentir las desgracias ajenas; porque la desgracia simpatiza con la desgracia. Como tus hijos que mendigan hospitalidad en las puertas de las naciones europeas, así vagamos nosotros, sin patria, sin posar tranquilos nuestra vagabunda planta, por la vasta extensión de América que circunda nuestra patria desdichada; los ojos fijos en ella, por sorprenderle un momento de vida, para ayudarla a levantarse, si un momento logra desasir uno solo de sus debilitados brazos de las garras ensangrentadas del monstruo que la ahoga y la despedaza.

¡El destierro! ¡Ah! ¿Quién de vosotros conoce lo que tiene de desapiadado esta desapacible palabra? ¿Habéis, por desgracia, andado vagando prófugos y sin amigos en tierra extraña? ¿Quién sino el que a su pesar se aleja de la patria,

donde queda la casa de sus padres y la escena de sus recuerdos, sabe sentir la insipidez del pan extraño, y la desazón de la mesa en cuyo derredor no se sientan la madre y los hermanos? La fortuna puede en hora buena ofrecer sus goces a precio de oro comprados; pero todo el oro del mundo no hará sentir aquella dicha inexplicable, aquel tranquilo contento con que bajo el techo paterno, a la vista de los más indiferentes objetos, siente uno reproducirse mil reminiscencias vagas, indefinibles, que le retrasan los juegos infantiles, las primeras afecciones y las caricias maternales!

Los argentinos gimen en el destierro, si por ventura escapan del látigo, de los calabozos y el puñal del verdugo de su patria. Por todas partes refieren sus insoportables desgracias, y por todas partes arrostran semblantes fríos que no demuestran piedad, oídos que oyen porque no pueden evitarlo, corazones que compadecen sin simpatía y sin emociones, llegando la frialdad al extremo de poner en duda los hechos mismos que en toda su deformidad el déspota ostenta con impavidez a la faz y en presencia de todos los pueblos, a semejanza del poderoso que ultraja al mendigo que su socorro implora, apellidando superchería la miseria y desvalimiento que se presenta a sus puertas.

El nombre argentino es la fábula de América; pero las desgracias y los horrores que revela, solo son amargos e insoportables para los proscritos que lo llevan. Los americanos de hoy no conocen ya a estos argentinos que, en los tiempos gloriosos de la independencia, hacían resonar sus gritos de libertad en todas las asambleas, se hallaban presentes en todos los combates, y eran los hermanos queridos de los valientes y de los patriotas de todos los pueblos. Mas aquellos días de gloria, de esfuerzos y combates comunes, pasaron, y ahora en todas partes son desconocidos y extranjeros!

Si al anunciarse a sus huéspedes, su apellido trae a la memoria de éstos algún borrado recuerdo, es solo para

revelarle el triste fin de su padre, su hermano o su pariente, a quien lo vieron morir en Chacabuco, Maipú, Callao, Junín o Ayacucho. Y si por desahogarse del peso de sus males presentes vuelve sus miradas a lo pasado, aquellos tiempos gloriosos de la guerra americana, en que sus padres prestaron tan grande apoyo a los chilenos, bolivianos y peruanos, sus huéspedes le echan en cara los males que causaron y las injusticias que diz que cometieron, y humillado y sin saber justificar la ultrajada memoria de sus padres, baja los ojos y cierra sus labios.

Una negra y espantosa cadena de delitos ha eslabonado todos los actos de nuestro verdugo, y después de diez años, su relación no ha llegado todavía a los oídos de los gobiernos y de los pueblos de las demás naciones americanas.

Los cónsules en Buenos Aires presencian diariamente los actos de barbarie que humillan y envilecen a los ciudadanos; ellos han visto morir al ministro Maza en el santuario de las leyes; ellos ven ahora salpicadas las veredas de la sangre de los ancianos y de las niñas, derramada por la caterva furibunda que, cual jauría de perros, anima y azuza nuestro verdugo; ellos saben que estos actos no son la obra de la irritación popular de un momento, sino que es un sistema de gobierno organizado que cada día despliega más y más resortes, a medida que su propia absurdidad lo hace insostenible; todo en fin lo han visto, todo lo ven, y parece que se olvidan de revelarlo a sus gobiernos. Los gobiernos y los pueblos americanos han oído los gritos de nueve provincias, han visto brillar una espada que clamaba venganza; mas aquellos, los gobiernos, las han escarnecido como revoltosas, y los pueblos, sí, los pueblos americanos, no han saludado a los que desafiaban la rabia de su verdugo, ni han sabido animarlos con palabras de consuelo. Ellos ven ahora a aquellas desdichadas próximas a ser aplastadas por la poderosa masa de la fuerza material, ultrajadas por esos soldados estúpidos, y derribadas y

pisoteadas por los caballos de los indios de las pampas, y ni una sola mirada les dirigen, ni una sola muestra de compasión dulcifica sus desgracias.

¡Felices los pueblos que ya se han dado instituciones! Felices, porque ya pueden gozar de sus ventajas, sin curarse de los males de sus hermanos. La República Argentina peleó quince anos por darse independencia a ella misma y ayudar a las otras a adquirirla. No dejó las armas, sino cuando no hubo enemigos que vencer; malbarató el pan de sus hijos y los dejó pobres y desnudos; derramó su sangre a torrentes, y se quedó exhausta y débil; y cuando creyó concluida su larga y laboriosa carrera, cuando volvía a encerrarse en su casa, para arreglarla y hacerla prosperar, un tigre que desde largo tiempo la asechaba, cayó sobre ella en un día aciago y la tomó en sus garras para devorarla. Por toda la América se han oído sus gritos. Nadie ha dado vuelta a buscar el lugar de donde venían.

Cuando un ambicioso dominó al Perú, en Chile se elevaron gritos que proclamaron los grandes principios que la revolución y la independencia habían sancionado, y Buin y Yungay probaron al mundo que tales gritos no eran inútil ni impotente algazara; y mientras que en Buenos Aires se ha alzado un Sila, que gobierna por el asesinato, la proscripción y los salvajes, nadie ha preguntado si aquel pueblo sufría voluntariamente sus desdichas!

¡Felices los pueblos que ya se han dado instituciones!

¡Cosas de estudiantes!

(*Mercurio* de 3 de abril de 1841)

Señores Editores:

Como ustedes han hecho una protesta tan solemne de que no admitirán en sus páginas comunicado alguno que tenga tufo a personalidades, ni sepa a cosa de insulto u otra friolera, reservándose ustedes, como muy dueños que son, el insertar los partos de las mulas argentinas [11], con lo que han hecho protestar al *Tribuno de los bárbaros* no escribir una jota, ni poner unos dos puntos siquiera que lo dejen tan aporreado y peor parado; como ustedes y la *Guerra* tienen al *Tribuno* que ya no parece periódico humano, sino una ambulante protesta contra todo lo obrado, había abandonado mi pluma; y como el *Duende* [12], que ha roto sus demás artículos, la pluma, el tintero y la mesa en que escribía, porque unos hombres de estrechas entendederas, y otros por demasiado anchas, no han querido ni podido comprender lo que en Europa comprende todo el mundo, y lo que acá comprendemos todos los iniciados en escribir para que nos gusten los que tengan ni más anchas ni más angostas que nosotros las susodichas entendederas, yo había roto, y algo peor, unos interesantísimos, comunicadísimos, románticos, clásicos, *juste milieu*, y de todas las infinitas gradaciones de colores, desde lo blanco hasta lo negro, por el orden gradual del arco iris.

¿Para qué sirve la libertad de escribir si no ha de usarse en términos que uno pueda ser leído? Se le quita la sal al cuento, si no se le deja al pobre escritor descargar su saco de basura sobre cuanto lo rodea; y si algo ha desagradado en mi pariente el *Duende*, es que se ha andado con chicas, y por contar lo que no vio en la sala, no ha regalado el oído de los lectores de la *Guerra* con lo que pasaba en el corral, la cocina y todas las oficinas interiores. Si no fuera que, muerto que muere hablando da esperanzas de vida, ¡ah! ya le haría yo el duelo! pero aguardo las cuarenta y ocho horas de la ley.

Hay una esperanza todavía, si bien remotísima; pero nunca jamás amén hubiera tomado yo la abandonada pluma, si un deslenguado, un tuno, no hubiese dicho en mis hocicos, que no hay espíritu verdadero y racional libertad en Chile. ¿Como, bellaco, más bellaco que una mula cuyana, le dije, así se calumnia a un pueblo entero, por no poner el oído a los estallidos en que revienta a cada momento el mal comprendido sentimiento de libertad que hierve, no diré arde, en el pecho de todo ciudadano? ¿No hemos visto a esas masas populares encerradas por la *tiranía* de las leyes en esos diabólicos carros (¡de cuyo abrigo no estamos libres!), arremeter contra sus verdugos, y espirar combatiendo con el *hacha* en la mano, más bien que someterse por más tiempo a la prolongada esclavitud? ¿No hemos visto veinte y cinco números de un periódico que, como veinte y cinco de aquellos atletas, han dado veinte y cinco pruebas irrecusables del espíritu de libertad? ¿No hemos visto en la descarga veinte y cinco que hace la *Guerra a la Tiranía*, dejar el tendal de *Tribunos bárbaros, jenízaros, cónsules, borricos*, que no hay ojos para contemplar tan horrible estrago?

No, señor, hay un endiablado espíritu de libertad. ¿Falta de espíritu de libertad? La materia sólida concedo; ¿pero el espíritu? niego y reniego. Mire usted, le dije, unos estudiantes, a quienes los directores del Instituto Nacional han hecho unas horribles *violaciones de palabras*, llenos del espíritu de

libertad, exclaman: *¿no somos acaso hombres sensibles al placer y al dolor? y si un gobierno desea la felicidad del país, ¿en esta felicidad (como en una factura) no deben estar incluidos todos sus miembros?* ¿Los miembros del país, de la felicidad o del gobierno? ¡Qué niños tan habilosos, ¡preguntar si ellos también no son hombres! Hombres, pues, y muy hombres, y sino allá va este silogismo: el hombre fuma, y solo a él permiten las buenas costumbres hacerlo; a nosotros no se nos despinta el cigarro de la boca en la calle; ergo que lo levante el mismo Villalpando. ¡Niños! Vayan a travesear a la corte, si no quieren estudiar.

¡Bien haya el periódico donde el ciudadano en pañales, el ciudadano chico o grande, puede exponer sus cuitas. *¡No queremos con esto,* continúan los niños, *autorizar una licencia desenfrenada, queremos sí que no se nos restrinja la libertad de los estudios!* ¡Libertad y más libertad! Me parece, sin embargo muy útil la apuntación, y si yo logro ser director del Instituto, lo que solicito hace dos años, presentaré a mis jóvenes por la mañana, la lista de los estudios. Entonces alguno pedirá un poco de gramática a la parrilla, cual un trozo de derecho romano, con una terrible tostada del profesor, y cual un vaso de romanticismo volando los corchos como el champagne o chisporroteando como la chicha baya; en fin, un postre general de novelas, romances de Bukarelli, según el gusto y constitución de cada cual, porque ¿quién mejor que un estudiante *conoce su propio interés, sobre todo si ya ha gustado de los placeres*?… y unos estudiantes, que son capaces de iniciar la incapacidad del rector, con el mismo sin ceremonia que un roto acomoda un peñascazo; unos estudiantes, que no quieren que se les violen sus obligaciones; unos estudiantes que invitan a los ciudadanos a que se armen del garrote para pedir reparación condigna *a las violaciones de palabras* entre directores y estudiantes…

¡Oh! esto es demasiado insoportable. ¡*Guerra* a los

directores, estudiantes míos! Si alguno de ellos se llama Bartolo, por ejemplo, llamadle Bartolokei el baboso; al rector Rectorkal de los bárbaros, que no faltará un periódico, redactado en las pocilgas de las márgenes del Tajamar que admita estas bellezas, y un público que las escuche y las lea con gusto también, como lee otras sin descomponérsele el estómago, con las alusiones asquerosas que le traen a la imaginación los inmundos objetos a que se refieren. Sobre todo, no digáis nada de aquello de que os quejáis; ni en qué consisten las injusticias, ni las palabras que se os han violado; ni como se restringe la libertad de los estudios, que el público que lee la *Guerra a la tiranía* y los directores no necesita saber para juzgar sobre todas estas bagatelas. Decid que son unos bárbaros los tales *borricos, brutos, caprichosos*; hablad en la lengua que la decencia no permite ni entre los ebrios, y veréis concitado el odio contra los autores de *tales maldades e injusticias*.

¡Qué pillos son los que escriben la *Guerra*, cómo conocen la capacidad de sus lectores y las imágenes que deben emplearse para interesarlos!

Pinganilla

Los dieciocho días de Chile
desde la derrota de Cancha-Rayada
hasta la victoria de Maipo
(*Mercurio* de 4 de abril de 1841)

I

Yo dejaré a este conjunto de hombres que imprimen su pensamiento al momento presente, y que llaman una generación, ocuparse de la idea dominante de su época, o seguir su impulsión sin comprenderla; o bien, mal aconsejados, resistirla, queriendo que el día de hoy se someta al que ayer pasó, como si el tiempo no fuese una escala, por donde corre la humanidad, dejando atrás los siglos que son sus tramas, y los días, cual escalones que de progreso en progreso la llevan ascendiendo a su misteriosa mesa.

Veré de paso a *lo pasado* y *lo presente* llamarse partidos, y fin de poder asirse mejor; encarnarse en las personas para darse formas materiales con que disputarse el imperio de las sociedades, y conducirlas cada uno a su modo, al porvenir que les preparan. Veré al primero, ensalzando su unidad antigua, su quietud, su gobierno paternal y su piedad religiosa, echar en cara a su adversario su revolución y sus trastornos, su desorden y su incertidumbre. Veré al segundo, ardiente y lleno de ilusiones, ostentar su ciencia, su juventud, su emancipación

de espíritu y sus esperanzas, culpando a su predecesor de los males que sufre, como de otros tantos escollos con que le ha embarazado la arena. Cerraré los oídos a la grita de aquellos que no tienen suficiente indulgencia para perdonar a la pureza de intención sus deslices, al juicio sus errores, a un bello cuadro sus ligeras manchas.

Olvidareme de los intereses presentes para volver mis ojos a aquellos grandes días en que las sociedades americanas se organizaban en batallones, que traían por enseña *independencia*, la espada de los combates en una mano, el código de las derechos del hombre en la otra, libertad en el alma, animosidad y abnegación en el corazón, y en los labios el grito de guerra con que turbaban la antigua quietud de las colonias, y hacían resonar las vastas soledades americanas.

Si por acaso no sigo, con la fría exactitud de la historia, los movimientos de aquella sociedad que aparejó los caminos de la libertad, tumultuosos y rápidos a veces, como la marcha del vencedor; callados y ocultos como los de la horda de los hombres rojos que vagaban en los bosques primitivos del Michigan, cuando se arrastraban silenciosos y cautos por entre zarzas y matorrales, como la culebra que busca su víctima; si no enumero los varones que sobresalían en aquellas masas, cual dominan las sañudas cimas centrales de los Andes sobre la caterva de cerros secundarios que las rodean, erguidas como si intentaran tocar los cielos, sañudas como si contemplaran lomadas que yacen acostadas a sus pies; si no refiero, en fin, todos los sucesos que entonces acontecieron, si no aprecio debidamente sus consecuencias ¿será mía la culpa solamente? ¿No será la de todos, porque hemos descuidado confiar al papel los grandes recuerdos de aquella época? ¿Culparemos al suelo por donde transitaron sus ejércitos, porque ha dejado borrarse de su superficie las huellas históricas que trazó en ella el cañón y la planta de los combatientes? ¿Querríamos que la naturaleza inanimada fuese más fiel que no hemos sido nosotros, a la

memoria de aquellos hechos, y que ella no cediese a las nobles impresiones de la victoria y de los trabajos de aquellos tiempos heroicos, a los rastros del carro del comercio y al traqueo de la vida positiva de los pueblos?

Seguiré pues las impulsiones de mi corazón; consultaré los pocos datos escritos que encuentro; imploraré en mi auxilio la tradición ya confusa de hechos tan recientes, medio muertos cuando aún pudieran estar palpitantes y rebosando de vida; me aproximaré con religioso encogimiento a estos monumentos vivos, pero mutilados por el plomo y la cuchilla, que han sobrevivido sus compañeros de gloria, para interrogar sus recuerdos, para resucitar en sus grandes ánimos aquel entusiasmo sublime, aquel *viejo* patriotismo que les hizo obrar tantos milagros. Y si por ventura siento, al escuchar de sus labios la requerida relación, conmoverse todo mi ser, y las lágrimas asomarse a mis ojos, envidiándoles su desvalimiento presente, a trueque de haber merecido llevar una sola hoja de los laureles que yo percibo en sus augustas frentes, que los trabajos, más que los años, han rizado; y si todavía puedo darme cuenta a mí mismo de las impresiones que he recibido, señalaré el día en que tales sensaciones experimento, como uno de estos días que están colocados en la trama de una vida para que ella no sea del todo indiferente. «La servidumbre —me he dicho— se mantiene por el olvido de las pasadas glorias; y un pueblo es perdido cuando se ha hecho incrédulo a la religión de los recuerdos».

II

En una bella tarde del mes de marzo, bellas como suelen ser a veces bellos los lugares y los días en que acontecen al hombre grandes desgracias, el ejército libertador-unido

entraba en la plácida llanura que precede por el norte a la entrada de la deliciosa Talca. A la distancia se dibujaba como una cerca viva, la línea de los bosques que sombrean las orillas del Maule, no ya verde azulado cual suele presentarla el lozano y brillante estío. El otoño esmaltaba la vegetación con sus lánguidos matices, anunciando la decadencia periódica de la naturaleza, y entregando una a una las hojas de que se visten los árboles, al despotismo del invierno, que no gusta de la risueña alegría de las otras estaciones. Si el *maiten* resiste sus ataques, si a pesar de sus rigores lleva su verde y brillante traje, ¿no será acaso para enseñarnos que, como él en el mundo físico, pueden encontrarse seres en el mundo moral que no ceden a la común desgracia de los tiempos, y se presentan en el día de la regeneración sin el sello del general envilecimiento? Seres privilegiados que viven de su propia esencia, y en cuya corteza embotan los tiros del tiempo, del poder y de las circunstancias.

Los viejos batallones españoles, diezmados ya por los pasados reveses, combatiendo solo por su salvación, perdida toda esperanza de victoria, se retiraban en la presencia de nuestros soldados victoriosos, como se retira el león a quien la gritería de los cazadores aleja del lugar donde pacen los rebaños en que antes hallaba fácil presa.

De día y de noche caminando para asegurarse el paso del Maule, el ejército español fue alcanzado aquella tarde, y pudo escapar todavía al decreto de inevitable destrucción que pesaba sobre su cabeza. Lo hermoso de la llanura había provocado a nuestra caballería a desplegar ostentosamente toda su fuerza. Pudo haberse consumado entonces de un solo golpe la ruina de los valientes prófugos; pero la misma superabundancia de medios hizo inútil el esfuerzo. La confusión se introdujo en las filas, el sol se ocultó entre siniestras barras que rayaban el horizonte, y los españoles entraron en Talca con la desesperación en el alma, pues que el

desaliento no cabe en corazones castellanos.

¡Tristes fueron los últimos rayos del sol al despedirse de aquel malogrado día! ¡Fatídicas las rojizas nubes que aguardaban su ausencia para encapotar el cielo! Valientes soldados que malograsteis en aquella tarde el momento propicio amenazando a los leones con el día de *mañana*, vosotros habíais triunfado hasta entonces del valor español; pero no conocíais lo que pueden estos insulares cuando no queda medio humano de salvación. ¡Imprudentes! Nunca se puede estrechar impunemente hasta la desesperación al hijo de la antigua Iberia. ¿Os habíais olvidado de lo que hicieron en Sagunto y Numancia, cuando los cartagineses o los romanos los asediaron? ¿No habíais oído lo que en vuestros días hacían en la triste y gloriosa Zaragoza, cuando el brazo de Napoleón la circundaba, para decir a la Europa indignada: «Esta España es mía»? ¡Ah!, ya veréis cómo y en dónde amanece ese *mañana*, con que les anunciáis su próximo e inevitable fin!

La noche había envuelto la naturaleza y los ejércitos en sus sombras. Los gruesos batallones patriotas ocupaban las posiciones militares, y el cañón se arrastraba en medio de las tinieblas, descubriendo su lento paso por el chirrido de sus ruedas, como la culebra de cascabel que anuncia con sus desapacibles sonajas la muerte que lleva aparejada en su mortífera boca. Inmensos bagajes se apiñaban confusamente a la falda de una colina que alza su cabeza en medio de la llanura. Los edecanes, a caballo, partían al galope desde la tienda en que flotaba el pabellón tricolor, a llevar órdenes a los capitanes, y el soldado dormitaba sobre sus laureles sin curarse del momento presente, soñando en el combate del día siguiente. Si la luna hubiese arrojado uno de sus inciertos y pálidos rayos sobre este ejército abrumado de fatiga, sentado en línea, con el arma homicida en la mano, hubiérase visto diseñarse en su adusto semblante la amarga sonrisa de la victoria que presagiaba el orgullo del vencedor, y la confianza,

compañera inseparable de la juventud y de la buena fortuna.

¡Un tiro se oye en los puestos avanzados!... Es sin duda un fusil que se dispara por casualidad, o bien que el centinela dispara a un bulto que no vio, pero que pretexta haber visto para distraerse de la monotonía de la fatiga. ¡Dos tiros!... Eso es algo. ¡Una descarga!... ¡Arriba! El soldado se incorpora despavorido. Los tiros se suceden, se acercan más y más. Se interrogan todos en silencio. El teniente Deza está de los primeros en la vanguardia, hace esfuerzos inútiles para contener la irresistible fuerza que lo empuja. ¡Vano y desacordado empeño! Era una masa compacta de soldados, erizada de puntas, tocando la espalda de los unos con el pecho de los que le suceden, la muerte en las manos y la desesperación en el corazón. ¡La desesperación de un castellano! Era un torrente de lava descendido de algún volcán. ¡Desgraciados de aquellos que quieran impedir su lenta, silenciosa, pero abrasadora marcha!... Los puestos avanzados se replegan sobre los vecinos cuerpos, el terror se difunde por todas las filas con la rapidez instantánea de la conmoción eléctrica, helando a un tiempo el corazón de todos. El batallón número 3 de Chile que, por desgracia, se encuentra en su pasaje, es pulverizado; el 8 de los Andes, abandona sus puestos. La oscuridad lo confunde todo, las órdenes no llegan, y la terrible masa española va a descargar al oído del general en jefe su aterrante grito: «¡Viva el rey!», como la nube de los trópicos que se avanza en medio del cielo para descargar el rayo que atormenta sus entrañas!...

¿Qué fue entonces de aquel ejército tan erguido, qué de aquellos brillantes trenes, qué de aquellos jinetes temerarios que solían jugarse con las bayonetas enemigas? ¡Ah! ¡Vergüenza de Chacabuco y Quechereguas, Cancha-Rayada veía pasar prófugos miserables que no habían sentido caérseles el fusil de las manos! Artillería, equipos inmensos, honor y gloria, todo quedó en poder del que un momento antes excitaba

compasión. El camino de Santiago era estrecho para contener la aterrada y confusa turba de infantes, jefes, generales y caballos que huían despavoridos, atropellándose brutalmente, sin sentir la vergüenza de su fuga, sin volver los ojos hacia atrás. ¡Insensatos! ¿No sabéis que los hechos históricos se escribieron siempre bajo el dictado parcial de la victoria? Chacabuco será de hoy más un pequeño encuentro, en que se os dejó cebaros para engañar vuestra juvenil fogosidad, para haceros caer después en el torpe lazo que os tendían; y los rumores populares culparán hasta ahora a vuestros jefes de haber disipado en la algazara de un festín los momentos consagrados a la vigilia. La desgracia del fuerte aguza el diente de la calumnia. ¿Fuisteis vencidos? Erais, pues, culpables. ¡Tales son los juicios de los pueblos!

El sol que apareciera ansioso a alumbrar aquel *mañana* prometido a la victoria, ¡qué escena humillante venía a presenciar! ¡Pero cuántas máscaras no cayeran en aquella nocturna confusión! ¿Dónde estaban aquellos lucidos campeones que se habían encargado de traer encadenados al carro triunfal a los enemigos de la patria, para ostentar su propia gloria y la ajena humillación en la entrada triunfal que habían prometido a la gozosa Santiago? ¿Dónde?... En el caos, en la ignominia, en las más espantosa confusión; y tal jefe que hasta ayer era el verdugo del soldado, y el terror y el objeto del odio del ciudadano indefenso, por sus demasías y su insoportable orgullo, veíasele ahora implorando cobardemente la protección del tambor, y mendigando humilde la participación del escaso pan del soldado. ¡Triste metamorfosis que haría dudar de la connatural dignidad del hombre, si algunos esfuerzos sobrehumanos y tal proeza heroica no deslumbrasen con su brillo y cubriesen estas oscuras escenas!

¿Hay acaso entre las profundidades insondables del corazón humano, un instinto sin nombre todavía, que le hace exagerar su propia desgracia, y cerrar las avenidas a la esperanza, para

recrearse en lo horroroso de sus sufrimientos? ¿La solicitud que lo devora de comunicar tristes nuevas, nace de su gusto de ver padecer a sus semejantes, o de un impulso dado a su alma para la conservación de la especie? La noticia del desastre que hace inútil e irrisoria la sangre derramada en Chacabuco, llegó por un telégrafo de terrores a la malaventurada Santiago, que no había saciádose todavía de goces y que preparaba las nuevas fiestas para derramar la dicha en que rebosaba. La repentina aparición de Aníbal a las puertas de Roma indefensa, las llamaradas de los pueblos incendiados que señalaba el camino que traía Atila, o la vista del espantoso abismo de la *vorágine* que hace rondar en torno de su boca espumosa a la nave irresistiblemente atraída por su remolino, no causaron espanto igual al que heló a Santiago al escuchar atónita la infausta noticia.

El terror, cual moral epidemia, cunde con horrorosa rapidez con el aire que se respira, e iguala en pocas horas a la mujer tímida y al patriota esforzado; y el invencible soldado que desafió la muerte en cien combates, no atina a desembarazarse de este sortilegio, que encadena su corazón, su valentía y sus miembros. En vano sería buscar entre los estragos del general contagio, aquellas cabezas fuertes a las que no marcan las grandes desgracias, y que la naturaleza misma coloca al frente de los pueblos. El silencio estúpido, el mirar desencajado, el ronco gemido de la desesperación, y el movimiento convulso y sin objeto, fueron los primeros terríficos síntomas de la mortal epidemia. Todos abandonaban maquinalmente el asilo doméstico, impulsados por un genio maléfico que los botaba a la calle, a vagar sin dirección, a preguntar a los transeúntes la que ya sabían, a referir a los amigos y a los indiferentes lo que nadie quisiera escuchar. La naturaleza había embotado sus afectos, la moral olvidaba sus dictados, la decencia sus límites; la necesidad y la ocasión no tentaban al crimen; la propiedad yacía resguardada por su propia inutilidad, y la fuerza

individual recobraba el imperio que las costumbres y las leyes habían abdicado. Todos, en fin, obraban como si la sociedad fuese a disolverse, y sus miembros intentasen dispersarse en los bosques a llevar la vida salvaje.

Partidas de dispersos reanimaban el terror y la alarma por todas partes, y el siniestro aviso se repetía de minuto en minuto, del incontinenti arribo de los enemigos. ¡Cuántos de los que hoy viven tranquilos, en medio de los goces de la paz, examinaron entonces acongojados las palabras que habían soltado, los movimientos de entusiasmo a que se habían abandonado, para presentarlos debidamente en el duro examen que aguardaban! ¡Cuáles otros maldecían el día que, por primera vez, se dijo Patria, y cuáles se arrastraban ante el realista a quien un momento antes habían denunciado ante las autoridades! ¡Alguien hubo que creía ver la airada y sangrienta sombra de San Bruno, señalando con el dedo las víctimas que debían serle inmoladas!

El aullido lastimero del mastín, el llanto del niño abandonado por la madre despavorida, las súplicas llorosas de la niña virginal que solicitaba el amparo del primer hombre que se presenta a sus ojos; la reyerta por arrebatarse un caballo, y el murmullo confuso, y las imprecaciones impías que arrastraba el aire, no bastaran a descubrir todos los horrores de la desesperación de un pueblo. El sol de marzo despedía en tanto sus templados y pálidos rayos, y el ruido sordo de las hojas medio secas que removía el viento, bastaban a imponer silencio, y hacer abandonar los preparativos de la fuga.

III

Hay ciertos seres excéntricos, arrojados por la Providencia en medio de las sociedades humanas, que no tienen colocación

en los días tranquilos, y que nadie acierta a comprenderlos; pero que las grandes calamidades, aquellas grandes crisis que las conmueven por sus cimientos, sacan de la nada de su existencia pasiva, y llaman al lugar en que nadie puede mantenerse entonces por los sacudimientos que estremecen el edificio social. Así Bruto, en Roma tranquila, se presenta como un imbécil, hasta el día que la tiranía de los Tarquinos, apuró la paciencia del pueblo que rey apellidaría la historia, presentando a su genio la escena para que había sido creado. Uno de estos hombres providenciales había que en medio de la desolación universal permanece silencioso y tranquilo, como las olas en el momento que precede a la borrasca. Los brazos cruzados, fijos los ojos, que nada miran, y mordidos, sin sentirlo, los labios, su pensamiento desciende a los abismos que van a sepultar la libertad de su patria. Las penas de la emigración, que conoce, le han hecho jurar no probarlas nunca; los anteriores reveses y los peligros que ha desafiado en servicio del ídolo de su corazón, han cebado su natural osadía. Un grande ejército en sostén de la libertad había como refriado su entusiasmo; no había ya peligros extremados que acometer, ni comisiones a riesgo de la vida que desempeñar, ni imposibles que desmentir. Mas la derrota de Cancha-Rayada le vuelve toda la frenética energía de su carácter. ¿Bendice acaso los males que oprimen a su patria, porque solo van a servir para hacer más glorioso su triunfo? Los españoles cedían ante la superioridad numérica, los reveses los han debilitado, entregan el campo que el valor no puede conservar; mas ahora cederán ellos victoriosos, ante los patriotas vencidos; ellos alentados por el triunfo, y los nuestros amedrentados por la reciente derrota. Los españoles sentirán una vez más que no es en la fuerza material que se apoya la *insurrección*, que ella está escrita en el corazón de los americanos, que la revolución es una misión que les ha encomendado al morir el siglo XVIII, y que la América ha jurada llenarla, y que una derrota, cien

derrotas, no le harán perder nada de la incontrastable fuerza de su resolución.

Manuel Rodríguez se incorpora luego, se echa en cara los momentos que ha perdido, vuela en busca de Vera y de otros patriotas, los arranca del estupor y les inspira nueva vida, predica en las plazas y en los corrillos, se halla presente en todas partes, desmiente la evidencia misma de los hechos, o tiñe con colores más sombríos los males de la patria, para cansar la espantada imaginación, y hacer revivir la energía por la desesperación misma. Sus gritos convocan al espantado pueblo, que cree ver en su frente un signo de salvación. Se apodera de un pabellón tricolor que con Fuentecilla enarbola en medio de la plaza, para que su vista sirva de conjuro a la dolencia mental, como en otro tiempo la serpiente de bronce elevada por Moisés en el desierto, sanara las dolencias corporales del pueblo de Israel. Se habla de última resistencia, de morir o vencer. «¡Oprobio al que abandone los hogares domésticos! ¡Santiago el último campo de batalla!», exclaman, y un rayo de esperanza iluminó el semblante y alentó el aletargado patriotismo.

El general San Martín llega a Santiago cubierto de polvo y desfigurado por las fatigas que ha sufrido. Una multitud inmensa de pueblo lo rodea, lo oprime, y amenaza sofocarlo en las puertas del palacio, en que se desmonta; las oleadas de la multitud desasosegada lo arrastran en su movible torbellino. Las madres quieren saber la suerte que han corrido sus hijos, y las jóvenes esposas le piden cuenta de la viudez en que quedan, por haber dejado partir con él los esposos, que prefirieron las espinas de la gloria a los halagos con que intentaban retenerlos. Los patriotas preguntaban con ansiosa inquietud dónde quedaba el enemigo, si había alguna esperanza, si podría aún salvarse la patria. La aflicción del pueblo pedía palabras de consuelo al que había vencido en Chacabuco, al que podía triunfar todavía, si la victoria no lo había repudiado

para siempre.

Intenta hacerse escuchar, dice algo, pero la mortal incertidumbre está de manifiesto en los semblantes; todos menean la cabeza, expresando el mismo sentimiento. «Oculta toda la extensión de nuestros reveses, ¿para qué fin intenta engañarnos? Todo es perdido». Esto expresan todas las miradas, esto murmuran algunos labios. Mas, un chasque quiere llegar hasta el general. ¡Qué dieran por saber lo que contienen los pliegos que conduce! Los ojos de centenares se clavan furtivamente sobre una firma, que puede ser también supuesta. Uno de los circunstantes hay que respondería de su autenticidad; se le busca, se acerca, lee. «Ella es, en efecto —exclama—; el impertérrito Las Heras ha salvado 4000 veteranos que están prontos para el combate». Las Heras, el valiente Las Heras, el genio tutelar, el salvador de la patria. ¡Napoleón lo habría saludado príncipe de la retirada! ¡La patria que salvó lo desconocerá un día! ¡Oh, repúblicas, repúblicas! ¡Oh, funestas divisiones entre vuestros hijos que os han hecho sinónimas con la ingratitud!

El general San Martín escribía momentos antes al héroe de la retirada: «Por la vuestra de ayer, desde Pelequén, veo el estado de la marcha, y la buena disposición de esa fuerza; pero, ¡por Dios!, no hay que comprometerse. Os sobra valor, mas no tenéis caballería ni artillería. Apuraos a pasar el Maipo, que entonces veremos qué hace Osorio. Las cosas de Santiago están buenas. Yo entro a oraciones. La confianza se restablece, la impresión del susto va pasando y se reúnen muchos dispersos».

«Pero, por Dios, no hay que comprometerse». He aquí el tributo al valor conocido, y la exposición en detalle de los males de la patria. Las Heras tiene asida la única tabla de salvación. ¡Ay de Chile, si la furia del mal tiempo se la arrebata!

IV

La terrible irrupción de Cancha Rayada le dejó, por desgracia de aquella noche, en uno de sus flancos, y los hondos surcos que en las masas españolas abriera el fuego mortífero de sus batallones, fueron el terrible adiós con que se despidió de aquel campo en que la resistencia ya era inútil; y el reto con que el caballero de la libertad aplazara para un otro día la sentencia, por medio del juicio de Dios, entre la América y la España, entre la independencia y la esclavitud. Era fuerza retirarse, y el camino de Lircai iba más derecho, si bien los peligros eran en él más inminentes. 3500 bravos seguían sus órdenes que no sus pasos, porque él marcha el último de todos. ¡Desgraciado el soldado que se separe un paso de la columna cerrada en que se retiran formados! ¡Desdichado de aquél que se detenga a aplacar la sed, que el cansancio y el polvo estimulan! La muerte ha sido colocada por el jefe en todas partes, y ronda en torno de la sagrada columna que guarda el *paladium* de Chile. El soldado marcha en silencio, y solo se oye el paso acompasado de los batallones, mezclado al ronco gruñido del cañón que Blanco Encalada arrastra penosamente. ¡Por qué no gritaron alarma estos cañones cuando pasaban por su frente los que vencían en Cancha Rayada! No se oían ya aquellos cantares tristes y plañideros que el soldado del Plata había aprendido, de los descendientes de los incas, en las guerras del Alto Perú, allá donde tristes recuerdos y tributo ignominioso, han enervado el alma de los que antes fueron libres, y hoy ni el deseo tienen de serlo, por no recoger la libertad que les arrojan por la cara los descendientes de sus antiguos opresores; ni hacia vibrar las hojas de las selvas chilenas, ni estremecía las hondas cavidades de las montañas, aquella canción rival de la Marsellesa con su grito sagrado «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!» repetido como el eco de cien

pueblos, como las plegarias dirigidas al Ser Supremo, o como se repite en nuestra mente la idea que nos domina, el símbolo de nuestras convicciones profundas; ni el aire traía dulcemente al oído, como el de las harpas eolias, los apagados y lánguidos gemidos de la vihuela que anima las horas tristes del soldado americano, trayéndole con sus melodías recuerdos de la vida de las ciudades y sus delicias. ¡Ay! Las balas enemigas habían enmudecido sus cuerdas. La inesperada desgracia de aquella noche infausta, la orfandad de la patria, la incertidumbre del porvenir, y más que todo las severas órdenes, pesaban sobre los labios de todos como un sello de plomo. Y el sol en Quechereguas vino a alumbrar al fin esta masa silenciosa que, a favor de sus albores, empezaba a reconocerse, y a echar de ver entre sus filas caras desconocidas y uniformes de legiones extrañas. Las calladas miradas del soldado saludaron con la venida del día, al héroe que lo conducía; y bien pudiera leerse en su semblante pálido por la fatiga, la rabia del valiente, la conciencia de una alta misión y la expectación de un día de venganza. Dieciocho leguas de penosa y triste marcha, reclamaban un momento de reposo; y mientras el fatigado infante se arroja en tierra para reparar las agotadas fuerzas, tres becerras que por acaso pacían en las praderas inmediatas, sirven a saciar con trágica igualdad el hambre de 3500 hombres. Los mitos griegos que hacían descender a sus héroes de estirpe divina, encubrían entre ficciones la certidumbre de que algo de sobrehumano hay en el corazón de estos tipos de la grandeza y elevación del hombre.

Se dice que viendo en un grupo de jinetes uno de aquellos viejos soldados que desde el año diez hacían frente a los enemigos, se acerca a él, y asiéndole bruscamente del bigote: «¿Dónde huyes —le dice—, iluso, más bien que cobarde, pues te conocí valiente donde quiera que conmigo peleaste? ¿Es nuevo acaso para los soldados de la patria encontrar desastres donde laureles solo presagiaban? ¿No fuisteis vencido en

Huaqui, Vilcapugio, Ayohúma y Aconcagua, y no has triunfado en Tupiza y Cotagaita, en Tucumán y San Lorenzo, en la Guardia y en Chacabuco? La desgracia forma al soldado, y la libertad fue siempre sostenida por la constancia, que la victoria abandona con pesar a los opresores. Vuelve, pues, al puesto que te señaló tu patria; no lleves más allá de los Andes la transitoria humillación de armas, y los españoles nos encontrarán luego terribles como republicanos, indomables como la libertad que defendemos».

El tambor bate de nuevo la marcha, y la fatiga, el hambre, la sed y el cansancio aguzan de nuevo sus dardos, y martirizan con su aguijón insoportable la heroica resignación del soldado. Mas la hospitalaria compasión, que habita los campos, despierta el adormecido patriotismo del rústico labrador; y sea este último sentimiento, sea pura lástima que le inspira la vista de tantos sufrimientos, él ofrece a la movible columna el tosco pan que estaba preparado para su familia, y entrega el rebaño que hacía hasta entonces su módica fortuna.

San Martín recibía el feliz anuncio de la gloriosa retirada cuando en sus oídos resonaban los gritos de la aflicción de la patria, y creía oír a los pueblos argentinos, que le habían confiado sus bravos, repetirle los acentos de la desesperación romana: «¡Varo, devuélveme mis legiones!».

El astuto soldado creyó despertar de un ensueño horroroso, él, que se había constituido responsable ante la América y el siglo, de la suerte de Chile, él, que había desertado de la España para trasmitir a sus compatriotas las artes de la guerra que había aprendido combatiendo las águilas imperiales. ¡No!, nunca vivas y aclamaciones de ejército hirieron más dulcemente el oído del emperador guerrero en la exultación de Austerlitz, como vibraron en el corazón del jefe que había sido desgraciado sin culpa, las gozosas salutaciones que le dirigiera este reducido grupo de valientes, al presentarlo el impertérrito Las Heras al frente de sus batallones. El ejército recibía de

nuevo la inspiración del jefe; este leía escrito en el semblante de sus soldados el detalle sangriento de una próxima victoria.

Proeza como esta debía ser debidamente honrada; y los otros restos del ejército, reunido en el campamento del llano que baña el Maipo, recibieron la humillante orden de presentar sus armas y saludar con los honores reservados al capitán general, a los valientes que habían triunfado de la desgracia común, retrocediendo sin confesarse vencidos. Veíanse en la parada jefes al mando de diez soldados, únicos restos de sus desbaratados escuadrones, expiando la falta que no habían cometido, y jurando por su espada combatir ellos solos, como los antiguos paladines, y estrellarse contra las masas enemigas, para borrar en arroyos de sangre la mancha de cobardes que nunca merecieron.

¡Rodríguez y Las Heras! He ahí las dos piedras que sirvieron de seguro y ancho cimiento a la libertad de Chile. Mal pudiera el uno, sin la poderosa cooperación del otro, salvarla del abismo que Cancha Rayada cavara bajo su pedestal; ni menos sin ellos, los encargados de su salvación acertarían a parar el terrible golpe que la hacía desplomarse. El patriotismo, el entusiasmo y la actividad de una nación entera se habían reconcentrado en el corazón del primero, mientras que la disciplina del ejército, el honor de ambos pabellones y el valor del soldado, habían sido salvados por el otro. En derredor de ambos se reunieron todas las capacidades, y a su sombra y por su impulso, el heroísmo del ciudadano y el coraje del veterano, se reanimaron hasta la exaltación de lo sublime; semejantes a dos fragmentos de nieve que se desprenden de las cimas excelsas de los Andes, y rodando sobre otras nieves, engrosan su volumen, para llevar el espanto y la destrucción a los valles a donde descienden. El uno, empero, fue aplastado por el carro violento de la revolución, y el otro ha sobrevivido a los trabajos gigantescos de aquella época. El uno desaparece de la escena, cuando la patria que había salvado estaba

radiante de gloria, y sonreía de esperanzas y de dicha, como la casta beldad que siente agitarse por la vez primera su pecho virginal por afectos cuyo nombre ignora; el otro permanece en ella para recoger desengaños botados a la cara a puñados, desde cada uno de los pueblos donde por libertarlos derramó su sangre. El uno sirve de modelo del patriotismo y del valor cívico; el otro ofrece un triste ejemplo —¿habré de decirlo?— de la ingratitud de los pueblos, y de las necesidades, duras a veces, pero creídas necesarias por la política que tuvo siempre cerrado su frío corazón al reconocimiento. Hoche, Kleber y Dessaix, vosotros moristeis demasiado temprano para la gloria; pero mil veces afortunados, no alcanzasteis a ver a la república que os había alimentado, bañada en lágrimas, deplorando sus desaciertos y sus víctimas inútiles!

¿Creéis acaso, que maldigo de los que tales lágrimas la hacen derramar? ¿Creéis que vitupero sus desaciertos? ¡Jamás! ¡Jamás! Yo compadezco a aquellos que disfrutando de los bienes de la paz y de la libertad, maldicen a los que se los prepararon. ¡Impíos! ¿No habéis asistido con la historia en la mano, a las luchas terribles de los pueblos que conquistan su porvenir? ¿No habéis oído rodar el carro de la revolución, y en su precipitación hollar al conductor mismo de los caballos fogosos que lo arrastran? Las virtudes de la paz no se hallaron presentes a los grandes sacudimientos sociales; son otras, enérgicas y terribles, ¡ah!, inhumanas, desconsideradas también, sangrientas y criminales a veces; pero necesarias siempre, siempre justificadas por circunstancias, o por la irritación que las grandes pasiones experimentan. ¡Las grandes pasiones!, que solo ellas sirven para sacudir las sociedades y regenerarlas, o bien para traerlas a sus quicios, una vez que se han purificado.

¡Grandes genios de la revolución! El hombre que se ha elevado hasta comprenderos, acata vuestros grandes hechos, deplora los extravíos de las pasiones que encendió la terrible

lucha, y abandona al vulgo la jerga ignominiosa conque cubre su torpe ingratitud, saboreando el beneficio sin agradecerlo, y manifestándose solícitamente interesado en agravios muertos con las circunstancias que los provocaron.

V

Santiago, una vez vuelta así misma, se manifestó grande en su aflicción, como la malaventurada Cartago, cuando le fue revelado el horrible anatema que los celos de su rival victoriosa habían fulminado contra ella; y los prodigios que obró el genio y el patriotismo en los cien días malogrados en Waterloo, se repitieron aquí por un pueblo entero, para que Chile pudiese un día llamarse nación libre e independiente, por la razón o la fuerza. Los preparativos para un combate se precipitan, las falanges se rehacen, abril sucede al desgraciado marzo, y el viento helado del polo trae el ruido de los pasos del enemigo, y el sordo murmullo de amenazas de los vencedores. ¡Españoles!, ¡españoles!, ¡no olvidéis que los vencidos son vuestros hijos! ¡No los reduzcáis a la desesperación!

El 4 de abril el ejército libertador-unido habíase parado en las encrucijadas de los caminos para ofrecer un paso de armas, y batirse a muerte con el que Cancha Rayada había tanto ensoberbecido. En Chacabuco era simplemente el ejército de los Andes; mas ahora es ya otro. ¿Quién ha venido a engrosar sus filas? ¿Quiénes son los héroes que se han brindado a esta unión fraternal, para arrostrar los mismos peligros y acometer los mismos trabajos? Chile se ha mostrado antes semejante a aquel, a quien ladrones alevosos han despojado de sus bienes, y que busca y encuentra el auxilio del hermano, su vecino, que nunca cerró los ojos para no ver desdichas, ni se tapó los oídos con las manos para no escuchar los gemidos del hermano

oprimido; Chile vino a Chacabuco a señalar con el dedo y mostrar a su protector armado los raptores que lo habían despojado; pero en Maipo, Chile vuelto a su casa y en el goce de sus propiedades, se unía a sus serviciales amigos, y les prodigaba los medios de perseguir y castigar a los culpados. Sangre chilena y argentina correría mezclada en adelante, juntos irían a rescatar a otros hermanos, su suerte quedaba unida para siempre, sus glorias y sus quebrantos serían comunes. ¡Ojalá que no llegue un día en que Chile diga tranquilamente desde su casa, a su antiguo hermano de armas, cuando lo vea postrado ante un monstruo que la humanidad, la civilización y la moral proscriben: «Tus desgracias, hermano, me compadecen, ¡creedme!».

El 5 de abril amaneció para Chile, y pasadas algunas horas de movimientos estratégicos, los ejércitos midieron sus mortíferas armas. La historia contará asombrada lo que chilenos, argentinos y españoles hicieron en aquel día. Yo solo añadiré que todos sabían que Maipo era el último campo de batalla, y que la muerte, las cadenas o la victoria, eran los únicos senderos por donde valientes y cobardes podían abandonar la arena; que nuestros soldados, unidos al presentarse en ella, no tenían ya aquella arrogante seguridad que inspiran los triunfos repetidos; que en sus semblantes estaba pintada la tranquilidad del heroísmo, y la protesta de no sobrevivir a la desgracia de sus armas, cubriendo en mares de sangre la tumba de la libertad de Chile.

Os diré, sino lo sabéis, que en la orden que disponía la colocación de los cuerpos para el combate, se prevenía a los jefes que, en el momento de la acción, luego que viesen enarbolar el pabellón nacional de Chile y una bandera blanca, cargasen a la bayoneta y sable en mano al enemigo que tuviesen al frente. ¡Ay de los españoles, si la bandera blanca flota en el aire un momento! ¡Ay de los que sean en Maipo vencidos!

Yo os diré, por fin, que el mortífero cañón estuvo vomitando la muerte horas tras horas; que batallones enteros fueron segados de la haz de la tierra, por la metralla y las desapiadadas lanzas; que millares de bayonetas se envainaron en pechos humanos, y el sable brilló mucho tiempo en los aires y abrió anchas e insanables heridas; que la humanidad y la compasión se alejaron llorando de esta carnicería espantosa, donde los moribundos se arrastraban por el sangriento fango, a ultimar a los moribundos enemigos; que Santiago arrodillada, las manos elevadas al cielo, oraba al Dios de los ejércitos por la salvación de la patria. ¡Madres y esposas que desde la vecina Santiago creíais oír en cada una de las detonaciones lejanas que herían vuestros oídos, el último gemido que exhalaban vuestros hijos y esposos, muchos murieron allí que dejaron en la distante patria, viudas sin amparo, madres sin hijos, hijos sin padres!

Y si por acaso preguntan qué bienes duraderos obtuvo la república hermana que derramó su sangre y prodigó sus tesoros en sostén de los grandes principios que la revolución había proclamado, llevando su auxilio y sus soldados a todas partes donde habían enemigos que combatir y pueblos hermanos que favorecer, y qué ventajas legó a sus hijos, en cambio de los fraternales sacrificios que con tanta solicitud y ardor hizo por las otras repúblicas, decidles que ella obtuvo al fin un tirano que la castigase de haber destruido tantos tiranos; que por la libertad que dio a otros pueblos, a ella le cupo la esclavitud más horrible, más humillante y más inaudita que han presentado los tiempos modernos; que cuando los estados vecinos no la necesitaron, se olvidaron de ella, y la dejaron sucumbir a impulsos de la barbarie y los delitos. Decidles, en fin, lo que el general San Martín después de la batalla de Chacabuco: «Al ejército de los Andes queda para siempre la gloria de decir: “En veinticuatro días hemos hecho una campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo,

concluimos con los tiranos, y dimos la libertad a Chile”».

Los mineros

(*Nacional* de 14 de abril de 1841)

Hay en el seno de las sociedades americanas, una clase excepcional de hombres con un traje, ocupaciones, ideas y costumbres peculiares. Las leyes que los rigen forman un código aparte, y su contacto con la sociedad ordinaria es menos frecuente que el del marinero, que baja a tierra en los intervalos de reposo que median entre las diversas expediciones de su bajel.

El minero reside en medio de los áridos riscos que ocultan los veneros metálicos, por lo común a distancias muy largas de toda habitación humana, rodeado de una naturaleza salvaje y adusta, en las soledades de los cerros, cuyo silencio solo interrumpen los prolongados y mil veces repetidos ecos que responden al estampido trémulo del *tiro*, con que hace volar los peñascos, y que en las hondas y tortuosas excavaciones de las minas, toma un sonido más pavoroso que el del cañón que se oye detonar a la distancia. Privado de todos los goces de la vida de las poblaciones, sumido en las entrañas de la tierra, luchando con la naturaleza, marchando sobre abismos, donde a cada paso puede sepultarse, familiarizado por el peligro que le asedia a toda hora, y lejos del contacto de la mujer, que suaviza las penas de la vida, el carácter del minero participa de la naturaleza dura y sombría que le rodea, su corazón se niega y

se cierra a toda emoción tierna, sus pasiones toman un tinte más fuerte, y su alma se embrutece y pierde toda su elasticidad.

Sus ideas en moral no son menos extrañas y singulares; y nada es más cierto, por más que ello parezca exagerado, que no tiene conciencia del robo, de que lejos de avergonzarse, se vanagloria allá entre sus compañeros, y aun ante sus patrones mismos, con tal que esté seguro de la impunidad. El robo de los metales preciosos, cualquiera que sea su cantidad y su valor, es reputado como una un gaje de su profesión. Familiarizado con la vista de los tesoros que explota para enriquecer con ellos a otro más afortunado, a quien solo le cuestan las diligencia judiciales de *un pedimento*, y quien acaso ayer fue su compañero de trabajo, no se hace escrúpulo de participar con el convencional propietario, de los bienes que la naturaleza prodiga a ciegas, y que solo a él le cuestan sudores y fatigas.

Con un trabajo físico que sin exageración sobrepasa todo otro esfuerzo humano, contando siempre con su sueldo y sus gajes eventuales, y sin ninguno de los goces de la sociedad, necesita de conmociones fuertes para gustar de la existencia, y el juego es por este principio su diversión favorita. Si por fortuna baja a las ciudades a recibir el precio de un futuro año de privaciones y trabajo, la embriaguez, las prodigalidades garbosas, y las debilidades compradas del sexo, le dejan en dos días exhausto de goces y de medios, encaminándose de nuevo a su *faena*, a someterse a la dureza del género de vida que allí se sobrelleva; pero que dulcifica por algún tiempo el recuerdo del brillante y momentáneo paréntesis que le ha precedido, y que hace un contraste tan fuerte con la monotonía normal de su existencia. Sus veladas las pasa reunido a sus compañeros en torno del fogón, que sirve de lumbre, refiriendo o escuchando historias tristes de asesinatos, en que no pocas veces se ha visto implicado, o bien deleitándose con los recuerdos de las orgías, en que se ha hartado de goces y de vino; porque todo

aquello que en la sociedad es reputado criminal y deshonroso, se presenta a los ojos del minero con un ropaje menos repulsivo.

Carece de religión, y de ella no comprende sino muy vagamente, algunas verdades muy triviales, pero intermezcladas con las supersticiones más absurdas y más groseras. Repetidas veces se ve al *apir* que avienta el trigo con que condimenta el alimento de que se mantienen los mineros, llamar al viento con un especial silbido, triste y misterioso; mirar en torno suyo, como si buscase un ente visible, repetir sus silbos, aguardar un momento, y continuar la tarea cuando se imagina que el aire obedece a su llamado. Más viva fe que en Dios mismo, tiene en la aparición de las almas que suelen, en medio del silencio profundo de la noche, hacer rodar los *desmontes*, o dar el hondo y seco quejido con que el *apir* acompaña la descarga del *capacho*; y no hay un viejo minero que muchas veces en su vida, no haya visto asomarse a la boca de una mina antigua, el fantasma de algún *barretero* que arroja afuera su herramienta, haciendo resonar los inmediatos cerros con el sonido plañidero de los hierros, y cuyos huesos se encuentran después en el fondo de una *labor aterrada*, por el desplomamiento del cerro que apretó al infeliz trabajador.

Con traje y habitudes especiales, tiene un fuerte espíritu de cuerpo que le adhiere tenazmente a sus usos y a sus compañeros, por quienes está siempre dispuesto a tomar parte, siendo rarísimo que alguno de ellos sea infiel a las doctrinas de su corporación, vendiendo un robo, o denunciando un complot criminal. Con una vida e ideas semejantes, el minero es un ser indomable, corrompido por principios y por hábito, no conociendo de la sociedad sino lo que tiene de más degradante e innoble. Disimulado, por la necesidad de encubrir sus diarias rapiñas, vengativo por la dureza de su carácter, no reconoce freno que contenga sus pasiones, una vez que las contradicciones del juego, la borrachera o la necesidad las

irritan; y a cada momento está dispuesto a sublevarse contra todo obstáculo, seguro de encontrar solícito y cordial apoyo en sus compañeros.

Tal es el minero en Chile; pero especialmente en Copiapó, donde la riqueza pasmosa de los minerales, ha reunido millares de estos seres desgraciados y temibles a un mismo tiempo. Chañarcillo, en un círculo de pocas cuadras, contiene a veces más de seiscientos, y los alzamientos con el manifiesto designio de saquear las faenas y cometer todo género de excesos, empiezan a hacerse tan frecuentes, no obstante la presencia del juez, que suele ser un militar con fama de valiente para que sea respetado, y del destacamento de línea que reside en la *Placilla*, para mantener el orden, que los mayordomos temen por su vida, y cada día se hace más contingente encontrar hombres de honradez y capacidad que quieran desempeñar aquel destino, amedrentados como están por el peligro continuo de sus vidas.

La causa de los males que se experimentan, y de los más trágicos y alarmantes que pueden sobrevenir aún, viene de la profunda y sistemada inmoralidad de los mineros, de sus pasiones, agriadas por la dureza de la vida que llevan, del embrutecimiento que produce un trabajo penoso y sin mezcla de aquellos goces en que toma parte el corazón, y del cinismo que engendra el aislamiento, y la carencia de otros testigos de sus acciones que los mismos que las aprueban, porque están dispuestos y preparados para repetirlas. Muy diferente de un campamento de soldados, en que la disciplina y la dependencia forzada y absoluta mantienen la moral y el orden, un asiento de minas es una verdadera democracia, en que el mayor número puede hacerse respetar de los pocos, que no ejercen sobre él influencia alguna, que son generalmente odiados, porque son sus fiscales, y que no tienen derecho a exigir otra cosa que el cumplimiento de las tareas a cuyo desempeño están obligados por su salario.

Mientras no se atenúen, pues, aquellas en cuanto sea posible, los dueños de faenas pueden y deben temer de un momento a otro, una matanza o un saqueo. Los delitos pierden de su repugnante fealdad cuando son muchos su perpetradores, la vergüenza y el remordimiento se subdividen hasta hacerse insensibles, y como antes se ha dicho, hay tal espíritu de cuerpo en esta familia, que se hace imposible encontrar entre ellos el origen de un crimen o un robo, haciéndose como se hacen todos sus miembros, un deber profesional de repartírselo en proporciones iguales, por lo que es muy raro que se halle alguno que deseche voluntariamente su parte.

El remedio de males tan graves, no sería sin embargo muy difícil, si hubiese hombres demasiado filántropos, demasiado caritativos y humanos que quisiesen aplicarlo. Una sostenida instrucción religiosa y moral, la constante residencia de dos o más sacerdotes, animados de un celo piadoso y adornados de virtudes edificantes, bastaría a nuestro juicio para reducir en corto tiempo estas almas indómitas, mejorar su suerte y asegurar la vida de muchos y las propiedades de los dueños de faena. Todos ganarían en ello; la civilización y la moral harían una conquista, y la religión salvaría algunos centenares de almas perdidas. En cuanto al mantenimiento de estos benéficos pastores, si los hubiese, los propietarios hallarían ahorro y ventaja en procurarlos; y las larguezas de los mineros harían abundantemente el resto. La religión fue siempre la maestra de las sociedades en su infancia, y la gloria del cristianismo consiste, no solo en haber ofrecido al hombre la perspectiva de una dicha imperecedera, sino también en haber llevado la civilización a los extremos de la tierra, dulcificando las costumbres y sometiendo las pasiones. ¿Se habrá extinguido del todo en nuestro sacerdocio, el piadoso celo que arrastraba en otro tiempo al misionero cristiano a los bosques, a llevar la moral evangélica a los bárbaros feroces que los poblaban,

presentando al mundo como el fruto de sus tareas, sociedades de hombres sometidos por ellos a los preceptos de la moral, que habían desconocido antes? ¿Se habrá entibiado aquella caridad sublime que le hacia buscar los trabajos y apetecer los peligros, para arrancar a la ignorancia y a la idolatría sus víctimas?

La venta de zapatos
(*Mercurio* de 21 de abril de 1841)

¡Si digo que estamos lelos! ¿En qué babilonia infernal, en qué horroroso y confuso caos se han metido ustedes, señores editores de mi alma? ¿Democracia en las colonias españolas? ¡Democracia en Chile! ¡Infelices de nosotros! Ya se vería de las mujeres apuradas el pobre compañero de Beaumont, si se viniese por estos mundos de Dios, a espulgar cómo y en dónde se está acurrucada esta invisible bruja de la democracia, que todos invocan, a quien nadie quiere verla asomar las orejas; y que si se encontraran con ella de manos a boca, como quien dice, no sabrían qué gestos de horror hacer, al verle aquellos bigotazos retorcidos que tiene, aquellos dientes agudos, que anda, cual perro rabioso, enseñando a todos los que intentan incomodarla; aquellas garras de harpía con que despedaza y pulveriza los obstáculos que se oponen a su soberana voluntad, aquella lengua viperina y venenosa con que hiere a los mandatarios, al poder, a todo. ¿Han visto la *Guerra a la Tiranía*?…

—¡Pues bien, democracia, pura y vivita democracia!

¿Dónde encontraría aquel cuitado la democracia para irse allá del otro lado del mundo, a alborotar a aquellas pobres gentes de Europa, con un nuevo librote titulado: *La democracia en la América del Sud*? ¿La buscaría aquí, donde somos más

nobles que Alarico o Carlomagno, donde lo primero que debe preguntar un buen padre de familia, es si su futuro o propuesto yerno es de *buena* familia?

—¡Ay amigos míos! Porque la pureza de la sangre antes de todo…

—Se dice que el tal, pues,… gusta un poco de los naipes… así… malillita… y cuando se acalora el juego… ¿qué quiere usted?… hasta la camisa…

—¡Mocedades!

—Gusta de las mozas de por ahí, y por la punta de las narices se asoma un matiz entre verde y morado, que puede contagiar la familia.

—¡Mocedades!

—Pero, señor, dicen que es ordinario y tosco, que una montura redonda…

—A quién Dios se lo da, San Pedro se lo bendiga.

—Pero la herencia.

—Pero es de *buena* y muy *decente* familia, y ya usted ve, un buen mozo, de buena familia, hijo de D. Diego, que como usted sabe, era hijo de aquel honrado D. Pedro, el catalán, que fue bodegonero en sus principios y grumete o paje de escoba en el buque en que vino, y que sus enemigos decían que era porquerizo en su tierra; pero que después que se enriqueció, se supo que era pariente por línea recta de un noble, muy noble, de qué se yo donde en España. ¡Ay, amigo, esta es parentela que no debe despreciarse!

—¡Democracia! ¡Pura y vivita democracia!

¿La buscaría en estos mayorazgos que tanto honran nuestras instituciones, y que sirven a mantener honradamente a quinientos inquilinos, que han nacido de padres inquilinos, para reproducir generaciones de generaciones de inquilinos,

sin otra voluntad que la del *caballero*; y gozando de la ventaja de labrar un estéril faldeo, por la miseria de un arrendamiento hereditario, con la añadidura de trillar gratis los trigos del *caballero*, recoger gratis los ganados del *caballero*, cosechar gratis las viñas del *caballero*, sembrar gratis los terrenos del *caballero*?

—¡Democracia! ¡Pura y vivita democracia !

¿La buscaría en las elecciones populares, a cuyas mesas viene el hacendado con el *arreo* de mayordomos, inquilinos, dependientes y deudores, a quienes ha repartido, previamente calificados, las listas impresas de electores, que ellos no entienden por que no saben leer, y si saben, porque maldito lo que les va en ello; pero que su patrón les ha recomendado, so pena de expulsarlos de sus tierras, o soplarlos en la cárcel por sus deudas, si las cambian por las contrarias?

—¡Democracia! ¡Pura y vivita democracia!

¿La buscaría en las municipalidades de las ciudades, que desde el tiempo de los romanos han sido el baluarte de la libertad, y el foco de las mejoras en otras partes, pero que entre nosotros, bien puede tragarnos un río, devorarnos un incendio, perecer de hambre una población, como sucede frecuentemente en el sur, o no haber una escuelita para que se desbarbaricen un poco los muchachos de las pequeñas ciudades, sin que esto ni nada las mueva a hacer de su propio motu cosa de provecho, si el gobernador o el intendente no les pasa oficio tras oficio, para que se ocupen de algo?

—¡Democracia! ¡Pura y vivita democracia!

¿La buscaría en la prensa periódica, en esta nuestra bendita república que tiene un diario *único* que llena las tres cuartas partes de variedades, y que si el gobierno no lo sostiene, no pudiera mantenerse, porque entre millón y medio de habitantes, no tiene, salvo el gobierno, cincuenta suscriptores nacionales?

—¡Democracia! ¡Pura y vivita democracia!

¿La buscaría en la milicia nacional que se ha hecho en otros mundos y en otras tierras de por allá el antemural de la libertad, porque en ella reside el pensamiento armado de una nación, pero que entre nosotros solo se compone de bodegoneros abajo, no siendo tolerable, ni nunca visto, ni *decente*, que es lo peor, que un *caballerito* que desciende de buenos padres, y que lleva fraque, y que ya sabe leer y escribir, vaya a enrolarse en sus filas, a rozarse con todo un *roto*, a riesgo de que se le aficione una pulga u otro locatario de la cabeza de un *canalla*? ¡Santo Dios, adónde iríamos a parar? ¡Qué vergüenza! ¡Qué oprobio!

—¡Democracia! ¡Pura y vivita democracia!

¿La buscaría…, pero en dónde la buscaría el atolondrado, sin que hallase desmentido aquel viejo proverbio, desmentido ahora que tantas vejeces están desmentidas, aquel ruin proverbio que dice: «El que busca halla»? Mas si por ventura suya topase conmigo, y lo viera afligido y cansado, busca que busca la escondida democracia, yo le diría:

—Mi buen monsieur, ¿qué anda haciendo por estas puertas tan falsas?

—Ando, monito, por adivinar una adivinanza.

—¿Y, cuál es, mi buen monsieur?

—¡Es donde se halla la democracia!

—*Gavacho asqueroso, chanchero e inmundo*, ¿no veis que la democracia está en todas partes y en ninguna, en la boca de todos y en el alma de nadie?

La democracia existe en Chile, y no encubierta, ni embozada en poncho, ni disfrazada con fraque; se muestra a cara descubierta, aunque de noche, porque la luz del día la perjudica. La democracia está, ¿sabe dónde? *¡En la venta de*

zapatos!

¡Que no se hallara usted un sábado en la noche en la plaza de Santiago, en el extremo más apartado de la Cárcel, el Gobierno y las Cajas, que son para aquella, el mundo, el demonio y la carne, de que huye como de sus tres capitales enemigos! Allí es donde la democracia se ostenta, a la luz de mil antorchas, activa y orgullosa. ¡Qué estrépito! ¡qué movimiento! ¡qué confusión! Allí la igualdad no es una quimera, ni la libertad un nombre vano. Nada de fraques, nada de nobles, ni patrones, ni coches, ni lacayos con galones y penachos, ni clases, ni distinciones, ni calabazas. Igualdad, comercio, industria, todo es una sola cosa, un ser homogéneo, una síntesis; en fin, la república llena de vida y animación, el pueblo soberano, el pueblo rey. El lugar mismo donde esta escena se pasa, lleva las señales del triunfo de la democracia. Diez años ha que existía un portal añejo, sarnoso y chulleco, con la forma de mampata de un vejete español de bragas de pana; de arcos redondos y chatos, como las ideas que cobijaba una empolvada peluca; pero que se dejaba estar ahí, como se han dejado estar entre nosotros las aplastadas ideas y costumbres de aquella España venerada, hasta que el espíritu del siglo le dirigió sus tremebundos ataques. ¡Ira de Dios! Aquí se trabó la lucha entre lo *pasado* y lo *presente*, como ha dicho el que tal novedad hueca ha dicho, entre lo viejo y lo nuevo, entre la revolución y la conquista. ¡Atacar la quieta existencia de aquel ruin monumento de los pasados tiempos! Pero no hubo remedio, el hacha y la azada revolucionaria lo demolieron en un decir Jesús, aunque ya esta medida del tiempo va cayendo en desuso, por desgracia de estos siglos; improvisándose en su lugar uno nuevo, suntuoso como un mensaje de Rosas; elevado y endeble como las ideas de un romántico; deslucido e inconcluso, como la práctica de un proyecto de mejora; y por añadidura ruinoso a los diez años, como todas nuestras instituciones; mas por otra parte, útil para

el momento presente, que es lo que lo constituye eminentemente democrático; amenazando aplastar a sus moradores y a los transeúntes al menor temblor, como todo el aparato de orden y tranquilidad de que gozamos, al menor sacudimiento de una revolución.

Bajo sus elevadas arcadas se han aglomerado las tiendas aristocráticas, la ostentación del lujo, el brillo de las artes, y las elegancias de la moda. Pero ni aquí se echa de menos el triunfo democrático; pues a más de estar a derecha e izquierda flanqueadas por los representantes del bajo comercio, engastados en la muralla, como los santos o imágenes en las calles de Valencia, tienen a su frente los cajones que las han barricado cerrándoles el paso y la luz del sol, y teniéndolas presas bajo una oscura galería que solo por los extremos puede ser invadida.

En la venta de zapatos del sábado, el pueblo llamado tal, el pueblo llano, el tercer estado, el pueblo pillo, trabajador e industrioso, en fin, por si no he dicho nada todavía, aquello que nuestras buenas y decentes gentes llaman canalla, plebe, vulgo, muchedumbre, populacho, chusma, multitud, qué se yo qué otros tratamientos honrosos, se reúne al frente de aquel portal, que es su conquista, a vender sus artefactos, a comprar lo que necesita, a ejercer su industria, su capacidad y su malicia. Aquí las distinciones sociales no le humillan, no lo insulta la riqueza, ni esbirros lo incomodan, ni lo celan importunos vigilantes. La alegría reina en todos los semblantes; no aquella alegría insensata del mozalbete que no piensa, ni de la niña que no tiene seso, sino aquella alegría mesurada, seria del que goza de la vida, del comerciante que gana, del padre que se goza en sus hijos. ¿Queréis aproximaros a este enjambre de vendedores, con sus tiendas improvisadas al aire libre y al rededor de un cabo de vela? Cruzad por entre sus arregladas calles, amuralladas de peinetas, canastas, cuchillería y zarandajas. *Un par de botas güenas*, os gritan de todas partes;

jabón de olor, peinetas, cucharas, unto para botas. *Le vendo un corbatín* susurra uno, *un par de piales buenos* le sopla al oído otro por lo bajo, como si fuera un mueble de contrabando. *Guerra a la tiranía y almanaques*, gritan a lo lejos; mil mujeres hablan; una casera pregunta; cien zapateras le responden; aquella regatea, para ser peor engañada; y en tanto todos ganan, todos mienten y todos venden.

¿Cuánto valen las botas?… pregunta indiscreta. De todas partes os rodean, os estrechan; botas a millares os presentan por los ojos, por tras los hombros, por sobre la cabeza. ¡Cuánto valen las botas! Las botas no tienen valor intrínseco. En cuanto a calidad y obra, se traen de noche para que mejor se examinen; mas, ¿el precio?, el precio está escrito en vuestro semblante. Una mirada de los pies a la cabeza descubre a nuestro comerciante popular todas las sinuosidades de vuestro corazón, y todo lo que valen sus botas. En vuestro embarazo campestre, os rastrea que sois aconcagüino bisoño, y las botas valen, sí, nada menos, cinco pesos. ¿Lleváis el paso inseguro, el sombrero gacho, abobado y novedoso? Os hace hablar: *¿cuánto ofrece?* —¿Hablasteis una palabra?… Un cuyano espantadizo, recién llegado; está apurado. Os dice que quiere vender por vender. *Lléveselas por seis pesos y no hablemos más*. ¿Ofrecéis cuatro? *¡Uena coja eñor! ¡Mas antes no me iga naa; ni robaas que fueran!* ¿Queréis reíros?, pero nadie se ríe. La venta de un par de botas es el acto más solemne del pueblo comercial. En las elecciones nada le va, y por tanto no se afecta; pero aquí es otra cosa, va de la vida; dos o tres pesos pueden írsele de las manos si no compone su cara, sus gestos, sus expresiones y sus movimientos, según lo pide la gravedad del caso *¡Vaya, señor, lléveselas por cinco!* os dice lleno de despecho. ¿Os vais? No importa, os seguirá al cabo del mundo. Ya tiene derecho a unas cuantas pesetas, las que se están aglomerando en su bolsillo. Os ha fijado, y os ha de dar soga hasta que os aburráis de regatear. Ofrecedle dos pesos. ¡Qué espanto! ¡Qué aspavientos!

¡El material solo vale mucha mas! Póngase en un buen medio, ¿que sean tres pesos? ¿No escucháis? Os salen por delante, os atajan. ¿Ofrecéis veinte reales? ¡Ay!, ocho os han birlado, para honrar debidamente el próximo domingo.

Si por acaso veis un grupo de niñas al lado de un farolito rodeado de un cerquillo de zapatos parados en derredor, no creáis que vienen a dar la ley y tratar ligeramente a la vendedora; ni aquí sois descortés hablándolas confidencialmente, aunque a la tarde siguiente no os hablen en la *cañada*, cuando pasen tiesas que tiesas, colgando muellemente del brazo de un guapo galán; porque la plaza de Santiago es el *forum* romano, donde el pueblo es el que manda, el que tiene y el que puede. Sus comicios públicos son la venta de zapatos.

Pinganilla.

La prensa al menudeo
(*Mercurio* del 22 de abril de 1841)

¡Qué baraúnda de periódicos, observaciones, bosquejos y refutaciones! ¡Si ya no nos entendemos en esta Santiago! Desde que Dios echa sus luces, perdonen la frase anticuada, gracias a las ideas liberales, desde que Dios echa sus luces nos aturden y aturullan los gritos de los vendedores. ¡Qué ópera de las calles de Madrid, ni qué berenjena! Aquí es tragedia. Esta mañana salía a mis diligencias y empiezo a oír la gritadera: *Guerra a la tiranía… Sal pualmudes… El Veterano… Membrillos grandes y buenos… El Comilón… Uva negra… Uva blanca… Frijoles por fanegas… El Bosquejo… Papas pualmudes…* En cada esquina hay un cartelón. Me acerco, de paso, a uno al que los muchachos le han arrancado todo un costado; leo en letrones labrados… *quejo de la República…* está bueno, se queja… *sus destinos futuros…* ¡Ay!, no son muy claros… *Esquina de Ramos… liberal… de los teatinos…* ¡Cáspita! ¡Teatinos liberales o liberal de los teatinos! ¡Qué siglo este! El siglo de las transiciones. ¡Cómo marchan los progresos! Que un teatino se haga liberal, comprendo; pero que un liberal sea de los teatinos, ¡qué escándalo! Aquí hay maula. Sigo mi camino, encuentro un cartel completo, y lo devoro: *Imprenta liberal*. *Calle de los Teatinos*.

Así, sí: que los liberales hayan puesto una imprenta entre

los teatinos, ya se comprende; mas un liberal de los teatinos, era una monstruosidad.

Ocurro a la Esquina de la Catedral, que está entre el altar y el trono, como si dijéramos. —*El Bosquejo*, señor. Alarga el *Bosquejo* [13], un bosquejo de viejo; y dos dedos de mi mano escudriñan un bolsillo para entregarle dos reales, que le doy al marcharme. Tengo toda la curiosidad y la inquietud de un mono, y a medida que camino, voy hojeando. Leo: *En medio de los combustibles de desorganización que por todas partes vemos hacinarse, a medida que se acerca la elección del primer magistrado*… ¡Aprieta! Ya se incendió la casa del desafortunado señor Lazo, y ustedes acusan a la pobre inocente municipalidad que no ofende a nadie y vive tranquila sin mezclarse en nada. ¡Hay un proyecto de incendio! ¿Por dónde estallará de nuevo el fuego? Más abajo: *que la nación no puede ser gobernada tranquilamente, sino por el jefe de un ejército*. ¡Qué blasfemia! ¿Quién lo ha dicho? Algún periódico bulnista. ¿*El Mercurio*? Si no dijo tal. ¿*El Araucano*? Si no chista palabra, ni a nadie le dice por ahí te pudras. *El Veterano, la Justicia, el Tribuno*, sin duda.

Hojeo, hojeo, hojeo: *La marcha del país debió ser forzosamente retrógrada bajo un régimen militar*… ¿A qué ojo irá esta pedrada? A un lado, por si acaso, O'Higgins, Prieto, Pinto, Freire, Carrera.

Sigo adelante: *remitidos que tal vez no lo son*… ¡La frescura le alabo! Vaya, no los remito, que en la imprenta los escribo.

Su separación absoluta del gobierno, después de haber dirigido solo (señores Egaña y Bello) *con tanto acierto su marcha por el espacio de cuatro años, es* ¡ah!… *una pérdida irreparable para la nación, que lamenta*… ¡Pobre afligida y desconsolada república!

Alejado constantemente (Bulnes) *del teatro de la sociedad, no ha podido adquirir aquel tacto y finura*… ¡Qué! ¿Con esos

bigotazos que lleva, quiere venir a ser presidente? ¡Qué tiranía, qué despotismo! ¿Con esas manazas con que maneja tan terriblemente la espada, va a firmar decretos? Para ser presidente se necesita un tacto y finura… Y sobre todo tiene el espinazo muy duro ya para aprender a hacer cortesías y comedimientos. Sería un presidente muy tieso, insoportable.

La razón más poderosa que nos hace mirar en la persona del general Bulnes, un ciudadano distante de ocupar la primera magistratura, es que bajo sus auspicios se perpetuaría el estado deplorable de los habitantes de Concepción y de Maule. Esta es la más poderosa, porque *nada ha hecho el general* durante su ministerio, *por mejorar la posición de la tierra misma que le vio nacer*. ¡Adelante!

Nuestros temores no nacen de que el candidato por quien trabaja la administración, sea un general chileno; no haremos jamás semejante injuria al gremio más ilustre de jefes militares que tiene la América, cerrándoles la puerta a la dirección de unos pueblos que a ellos deben en gran parte su existencia. Como he leído mal sin duda, vuelvo atrás: *Forjáronse cadenas de la gratitud y veneración con que los pueblos miraban a sus caudillos, y desde aquí data el funesto influjo que la espada ha ejercido en 20 años en los destinos de la República, y asombra el contemplar a siete repúblicas hermanas, sujetas a otros tantos jefes militares*.

Sigo hojeando: *Si nuestra ley fundamental ha juzgado oportuno excluir al extranjero del mando supremo, con cuanta más razón deberán los pueblos oponerse a la elevación del jefe de un ejercito, que podrá exigir de ella la ciega obediencia que presta el soldado*.

Esto significa… ¡toma si significa!, que con tal que no sea el actual jefe, cualquier otro jefe militar es bueno, porque éste tiene más fresquita la disciplina y a los otros ya puede habérseles olvidado la ciega obediencia del soldado; y que

cualquier otro jefe militar no ha de tener a su disposición el ejército, y que el actual ha de permanecer a la cabeza del ejército durante la presidencia. ¡Adelante, adelante!

¡Chilenos! Os hemos hablado con fidelidad de las causas que produjeron vuestros pasados infortunios (Freire, Priesa, O'Higgins, Pinto), *hemos desarrollado el principio de vuestra prosperidad actual; el difunto ministro* (Portales)… luego, elegid un ministro, ¡un ministro! ¡Ay!, se acabó el *Bosquejo*, y mis dos reales, ¡mis dos reales!

¡*La Guerra a la Tiranía* núm. 30! —¿A ver muchacho? Un realito más.

Epígrafe: *Consejo a los periodistas*. La calumnia señores editores de periódicos nuevos. No saben ustedes lo que desprecian. Hemos visto a las gentes más honradas sucumbir a sus golpes. Crean que no hay chisme tan trivial, que no hay horrores, ni cuento, ni absurdo que no pueda hacerse tragar a los ociosos de una gran ciudad como Santiago, con tal que uno sepa manejarse, y tenemos aquí gentes de una destreza… Al principio un rumorcillo ligero de que nadie hace caso; *pianísimo* murmura, urde y siembra el tiro envenenado. Cualquiera lo recoge, y *piano*, *piano*, os lo desliza diestramente en el oído. El mal está hecho. Se arrastra, camina, y *rinforzando* de boca en boca, se vuelve un demonio; después, de repente y sin saber cómo, veis a la calumnia enderezarse, silbar, hincharse y extenderse a todos lados. Se agita entonces y coge vuelo, remolinea, envuelve, arrastra, estalla y truena, y se convierte, ¡por la misericordia de Dios! en un grito general, en un público *crescendo*, en un coro universal de odio y de proscripción. ¿Quién diablo podría resistirla?… ¿A qué nos viene con estas vejeces la *Guerra*? Hace cerca de un siglo que estas sentencias se dijeron, y desde entonces los cómicos las repiten y todos los hombres, como don Basilio, obran lo mismo.

—¡El *Nacional*! —Allá va eso. Cuando llegue a casa no me

habrá quedado una blanca. ¡Qué periodicazo! Quiero verle el fin por tomarle gusto, según sea teatino o liberal; porque ustedes lo ven, lo que es bueno en un periódico de la oposición, si está en uno ministerial, se vuelve una majadería. ¡*Imprenta de la Opinión*! Esperaba hallar *la del Estado*; pero se consulta a la opinión, sin duda, y este es un gran progreso. ¡Feliz el día en que el Estado esté en la opinión!

Leo más arriba: Una mano de difunto que se estiraba… ¡Ay Dios mío! yo encojo la mía, porque no me la cace. ¿A qué nos vienen a asustar con los difuntos? Para hacer una elección acertada, debe el ciudadano tener el ánimo tranquilo; mas si le hablan a uno de manos de difunto, votará por el mismo Barrabás, por temor a los muertos. Sigo leyendo de atrás para adelante, porque en política es preciso ir aguas arriba, a ver de donde vienen, porque ya se sabe que todos van a la Presidencia. —*M. Bonald*. —Pero ¿no lo publicaron ustedes, señores mercuriales? ¿Querrán hacer entender que el clero no debe meterse muy hondo en las elecciones? ¿Pero, y los liberales? Si en Francia hubiera liberales, ya se guardaría M. de Bonald de hablar así; Thiers o Guizot, la guerra o la paz, ¿qué le importa? Pero los liberales, *liberanos Domine*…

Llego hasta el título, ¿y quién vive?… Nada… ¡Estamos lucidos con periódico que no dice clarito si va a pares o a nones, si son coloradas o azulitas las que tira! Si ya no hay de qué admirarse *en medio de los elementos de desorganización que se hacinan en todas partes*. ¡Y ya llevo dos, tres, cuatro reales de bendita plata gastados! Ojalá que por la misericordia de Dios, saque a la luz la *Guerra*, la nidada de forajidos, forzadores, borrachos y asesinos que deben redactarlo.

Refutación al Bosquejo [14]. —¡Sea por mis pecados y habré de darle un real y un medio! Venga, me lo sorbo. Queda de un solo golpe refutado el *Bosquejo* y la *Refutación*.

¡*El Comilón* [15]! me gritan al oído. —¡Anda con dos mil de

a caballo! Os refuto, sobre que ya no tengo ni moneda ni paciencia!

Fatigado, abrumado de tanta algarabía, me tiro en un asiento, me cubro la cara con ambas manos, y recapacito un largo rato. Todos quieren el bien, todos lo desean; mas no hay quien no lo halle de su parte, no hay uno que lo encuentre entre sus contrarios. Los principios liberales son invocados, lo pasado es abominable, lo presente es insufrible; pero lo venidero es un paraíso terrenal, ¡un encanto! Así pensaron los niños y niñas de todos los tiempos, y los pueblos son siempre unos niños en sus pasiones y en su charla y en sus arrebatos.

Me parece que Santiago fuera un gran caldero, en que se estuviese calentando la opinión para servir al banquete de la presidencia. Los celos, el patriotismo, la venganza, la envida, la ambición, el miedo, y la indiscreción, atizan cada uno por su lado el fuego. El líquido principia poco a poco a entibiarse; se calienta, se remueve y humea, hasta sale una espuma negra, hedionda y espesa, que se desborda y derrama por todas partes, con la *Guerra a la tiranía*, el *Veterano*, el *Comilón*. Sigue hirviendo, la espuma no es tan negra; salen el *Tribuno*, la *Justicia*. Hierve que hierve, se asoma en el hervor el *Mercurio* y el *Araucano*. Atiza la envidia o los celos o cualquier otro el fuego, y se levantan y salen en la espuma las presas grandes; sale un *Bosquejo*, tamaño como una cabeza de cebolla de Teno, una *Refutación* que cae al suelo y se revuelca, unas *Observaciones* [16]. Tanto ha hervido, que el líquido hirviendo apaga, derramándose un tanto, el fuego, y el hervor se disminuye. Entonces aparece el *Elector*, después el *Nacional*, calmados, y conociéndose poco a poco.

Pero veo a la rabia, y la bastarda envidia, y la desacordada indiscreción, que atizan más y más el fuego, y se preparan a trabarse con el resto de la comitiva. ¡Cuidando con no violentar demasiado el hervor, y con que estos demonios se traben, y se derrame el caldo, y tumben patas arriba el caldero, y nos

quemen las piernas a todos! ¡Cuidado! ¡Cuidado!

Pinganilla

El diarismo
(*Nacional* de 15 y 29 de mayo de 1841)

Si uno de aquellos grandes hombres de las antiguas repúblicas griega y romana, si Demóstenes o Cicerón pudiesen reaparecer sobre la tierra y echar una mirada sobre estas sociedades modernas, sobre estas extrañas repúblicas, y estas monarquías republicanas, en que no hay plaza pública para las arengas, ni pueblo ocioso que puede escucharlas; en que todo es movible y transitorio, ideas, instituciones, formas, opiniones; y en que una miserable hoja de papel impresa, contiene el pensamiento del día, el interés del momento, y la palanca poderosa que conmueve la sociedad por sus cimientos, vuelca los tronos, y lleva al mundo de carrera hacia un porvenir desconocido; si estos hombres reaparecieran, decimos, ¡cuál sería su asombro al ver las extrañas mudanzas que el sistema social ha experimentado y los diversos móviles que preparan, contrarían, o dirigen los acontecimientos! El diario es para los pueblos modernos, lo que era el foro para los romanos. La prensa ha sustituido a la tribuna y al púlpito; la escritura a la palabra, y la oración que el orador ateniense acompañaba con la magia de la gesticulación, para mover las pasiones de algunos millares de auditores, se pronuncia hoy ante millares de pueblos que la miran escrita, ya que por las distancias no pueden escucharla. Por el *diarismo* el genio tiene por patria el mundo, y por testigos la humanidad civilizada. Por el diarismo

las grandes acciones reciben palmoteos que las aplaudan por toda la tierra, y los delitos un signo de escándalo y reprobación que se levanta de todas partes; por el diarismo el secreto de los gabinetes se comunica, no de oído en oído, sino de diario en diario, trasmitiéndose a los extremos más apartados del mundo; por el diarismo los pueblos mandan, la opinión se forma, y los gobiernos la siguen mal de su grado. Como Lord Stanley, los periódicos han intimado al poder su famosa amenaza: «nosotros vigilaremos cada uno de vuestros pasos, cada una de vuestras medidas, cada una de vuestras faltas».

Por el diarismo el mundo se identifica. Las naciones, como hermanas ausentes, se comunican sus prosperidades o sus desgracias, para que sean gustadas o sentidas por todos sus miembros; por el diarismo los individuos anuncian sus necesidades y llaman a quien puede satisfacerlas; por el diarismo el comercio se extiende, las noticias y datos que a sus medras interesan, se vulgarizan; y por el diarismo, en fin, el pueblo antes ignorante y privado de medios de cultura, empieza a interesarse en los conocimientos y gustar de la lectura que los instruye y divierte, elevando a todos al goce de las ventajas sociales, y despertando talentos, genios e industrias que sin él, hubieran permanecido en la oscuridad.

Los diarios han ejercido una influencia poderosa en la marcha de la civilización y en el movimiento social que ejecutan los pueblos modernos; y sus ventajas y el inmenso desarrollo que dan a la cultura, artes y comercio, solo pueden ser comparados a los males que por otra parte causan, cuando la efervescencia de las pasiones, el rencor de partido y la irritación alimentan sus páginas.

Las sociedades presentes se han personificado en el diario, y puede decirse que su literatura, sus idiomas y su elocuencia, se resienten de la estrechez de las páginas del diario, de su superficialidad y su valor de circunstancia. La vida de un sabio, bastaba apenas para producir en la antigüedad un libro;

algunas horas son hoy suficientes para que el *artículo* vaya a la prensa, para corregir sus solecismos, su ortografía y sus descuidos en las pruebas.

La historia del diario no va muy lejos de nuestra propia época, si bien puede decirse que su dominio universal se ha establecido recién en nuestros días. La primera *gaceta* conocida es la de Venecia, por los años de 1531, redactada por el gobierno durante las grandes luchas de aquélla época. En 1588, apareció en Inglaterra el *Mercurio inglés*, durante el ministerio de Burleigh, cuando la reina Isabel se preparaba para resistir la grande armada; y durante las grandes turbulencias que precedieron a Cromwell en 1642, aparecieron multitud de periódicos adictos a diversos partidos, y cuyos nombres eran tan extravagantes como estos: *El Jesuita azotado*, *La Lechuza misteriosa*, *El Fumador nocturno*, *El Pichón de Escocia*. Bajo la reina Ana apareció el *Diario*, y fue tomando de día en día mayor importancia, a medida que las agitaciones políticas excitaban la curiosidad pública.

En 1704, en las colonias inglesas, que después se habían de hacer la patria del diario, apareció en Boston un impreso que tenía por título: *Cortas noticias de Boston*, publicadas bajo los auspicios de un maestro de postas llamado Campbell; porque el periódico de Norte América nació en las casas de postas, en los establos de las mulas, teniendo esta circunstancia de nacimiento que hace más exacto el nombre de *mesías* de las nuevas sociedades que se da hoy al *diarismo*. *La Gaceta de Boston*, en que se transformó esta publicación, continuada sin interrupción desde 1718 hasta nuestros días, y otros periódicos establecidos siempre por maestros de postas, fundaron y radicaron el diarismo en la América del Norte, hasta que en 1721 se publicó el periódico titulado: *Noticias corrientes de la nueva Inglaterra*, que gozó de una gran popularidad; el ilustre Franklin, que se diseñaba apenas y se ignoraba aún a sí mismo, tomó parte furtiva o públicamente en su redacción. Este es el

primer periódico que en las colonias inglesas se atrajese la animadversión de la autoridad real, por el espíritu de libertad que respiraban sus publicaciones, primera manifestación de la tendencia revolucionaria que empezaba a tomar la sociedad, y que robusteciéndose de día en día, terminó en la emancipación de aquellas colonias.

En Francia a mediados del siglo pasado existían ya *El Mercurio* y la *Gaceta de Francia*; periódicos sin importancia política y sin manifestación alguna del movimiento social, que se hacía por otras vías, estando aún el diarismo en la infancia, dirigido por el gobierno y ocupado principalmente en discusiones filosóficas, literarias o científicas. Con la revolución el diarismo político tomó su rango, anunciando, explicando y poniendo al alcance todas las doctrinas filosóficas en que se apoyaban las diversas teorías que iban a ensayarse para la formación del nuevo gobierno. Los Lamet, Barnave, y después los Marat y Camilo Desmoulins agitaban las pasiones populares, hasta que el terror hizo callar a los proyectistas y a los furibundos; no habiendo reaparecido el diarismo como una verdadera influencia hasta el *Consulado*, en que brilló unos días, para concluir por extinguirse durante el Imperio. Con la Restauración y la Carta, el diarismo cobró en Francia nuevos bríos; y es desde entonces que puede decirse que se erigió en un verdadero poder, que trabó una lucha la más porfiada y terrible con los Borbones, a quienes echó por tierra al fin, en los gloriosos días de julio. La prensa periódica ha brillado en Francia desde esa época, con un esplendor que nunca ha conocido en otras partes. No hay ingenio que no haya probado su lozanía en las páginas de un diario, ni talento que en ellas no se haya anunciado, ni joven que no le dé un artículo, ni imaginación que no le preste su brillante colorido. Carrel, Mignet, Thiers, Benjamin Constant, Chateaubriand, Guizot, Villemain, Remusat, Duchatel, Salvandy, Dupin, y centenares de insignes políticos, historiadores, filósofos, sabios y literatos han

dado las primicias de sus talentos y de su patriotismo a la prensa periódica; y desde las oficinas de la redacción de un diario han pasado a los bancos ministeriales, o a los liceos de enseñanza pública. El diarismo reina hoy en Francia, si bien empiezan a dejarse percibir algunos signos de decadencia, en la corrupción a que se presta por la excesiva concurrencia de los licitadores a las ventajas sociales que él reporta a los que por su medio adquieren celebridad, más bien que la fortuna que no produce directamente.

Muy avanzada la Europa y la América del Norte en el uso de esta arma de civilización y progreso, las colonias españolas, sin otro contacto que el de la madre patria, apenas tenían conocimiento de ella, si no por la *Gaceta de Madrid*, que venía de tarde en tarde. Sin imprentas, sin ideas, sin intereses que ventilar, sin derechos y por lo general sin conocimiento de ellos, ¿de qué utilidad, ni de qué interés podían ser las publicaciones periódicas, para unas poblaciones que vegetaban en la oscuridad más vergonzosa, y en la inacción de espíritu, consiguiente a un gobierno extraño a los intereses locales, y que hacía de la América del Sur un simple apéndice de la monarquía española? La primera publicación periódica que nos sea conocida en América, es la que con el título de *Estrella del Sud*, se publicó en Montevideo por los años de 806, redactada por algunos emigrados de Buenos Aires. Luego de la invasión inglesa en las costas del Río de la Plata, y del mal resultado que obtuvo, gracias al valor que desplegaron los habitantes de aquella ciudad, se despertó como de sobresalto un espíritu bien pronunciado de independencia y libertad. Habían tanteado sus propias fuerzas, cuyo valor ignoraban hasta entonces, y el contacto de los ingleses, el buen resultado de la revolución norteamericana, y las ideas nuevas que circulaban en los libros franceses, hicieron concebir a algunos patriotas la idea de una insurrección continental, y a este efecto, publicar aquel periódico para despertar el espíritu público y hacerse de

prosélitos.

La revolución del año 10 fue introduciendo, a medida que las otras colonias sacudían el yugo, imprentas en las capitales, y periódicos que expresasen las ideas de los hombres que por sus luces estaban a la cabeza del movimiento revolucionario. El primer periódico que abrió la carrera del diarismo entre nosotros fue la *Aurora de Chile*. La pluma inmortal de Camilo Henriquez alimentó sus páginas, y los admirables conceptos de este escritor han servido a más de una pluma posterior.

Mas el diarismo de entonces debía necesariamente resentirse de las ideas y necesidades de la época. Improvisado para exaltar las pasiones de una sociedad medio muerta por su anterior nulidad política, concitando el odio contra nuestros antiguos dominadores, y difundiendo ideas que más tendían a destruir lo pasado, que a echar los cimientos del nuevo edificio que había de levantarse sobre sus ruinas, pues que esta última tarea estaba confiada a la espada y a los campos de batalla; su lenguaje debía ser amargo, y la exaltada declamación del patriotismo, su medio favorito. Había por otra parte, cierta exageración utópica en los principios que habíamos bebido de las doctrinas francesas del siglo XVIII, que solo una larga experiencia podía rectificar. Las luchas de partido se sucedieron a las luchas de la independencia, y entre las recriminaciones de los vencidos y las protestas de los vencedores, entre las quejas de la oposición y las pretensiones de los que ejercían el poder, el diarismo ha conservado hasta nosotros el carácter que manifestó desde los principios.

Todos los gobiernos americanos, cualquiera que hayan sido por otra parte las ideas de los que los componían, han tenido que luchar con la prensa, y si algunos se han manifestado demasiado nobles y liberales para no intentar coartarla, han tenido al fin que caer a los golpes furibundos que las pasiones han dirigido contra ellos. Hecho es este, que merecería que un día nos ocupásemos con seriedad de examinarlo, a fin de poner

remedios oportunos y libres de toda mira de partido, y en el deseo de asegurarnos las ventajas de la prensa. «¡Ay de las generaciones que las primeras de todas admiten de improviso la libertad de imprenta! —exclama un escritor contemporáneo, que cree, y cree porque es cierto, que no puede haber libertad civil, sin absoluta libertad de imprenta—. La libertad de escribir, así como todas las demás, es tanto más temible cuanto nueva, pues un pueblo que nunca ha oído ventilar en su presencia los negocios del Estado, da crédito al primer demagogo que se presente». Esta es todavía nuestra posición, y continuará siéndolo por mucho tiempo.

Dos hechos hay que merecen notarse, y que sirven a explicar algunos rasgos de nuestros periódicos. El primero es que hay pocas, poquísimas personas con relación a la población general que tengan gusto y hábito de leer periódicos. El segundo es que solo existen periódicos cuando, por una crisis social, es necesario despertar la apatía general de los que con sus sufragios pueden obrar un cambio en la marcha de los negocios públicos. La prensa periódica tiene sus instintos peculiares que la hacen siempre impetuosa, ardiente en sus reproches, y turbulenta en sus medios de acción; mas este rasgo general reúne otros, aquí nacidos de circunstancias que se ligan a nuestro estado de civilización y de incuria. El periódico, improvisado con miras accidentales, necesita irritar las pasiones, sublevar temores y desconfianzas, y aun ofender a las personas que perjudican a sus intereses. Sirviendo una mira política, los principios más sagrados son forzados a suscribir y apoyar los intereses de un partido o de un candidato. La declamación más exagerada y virulenta, hace el fondo de estos escritos, y las palabras tiranía, despotismo, embarazan cada renglón y forman el fondo de cada página; porque se necesitan grandes estímulos para mover los ánimos indiferentes. Tristemente fecunda nuestra historia en hechos vituperables, los partidos se apoderan de ellos para aplicarlos a sus fines y

excitar odiosidades.

Nunca o muy transitoriamente hemos visto organizarse una oposición de la prensa, que en presencia de los actos del gobierno, los vaya examinando sin rencor, sin pasión y sin declamaciones extremadas. Este sistema de oposición, que constituye el poder de la prensa periódica, ilustra a los pueblos sin sublevarlos, y contiene al poder sin amedrentarlo, y sin atreverse a atacarlo, porque no hay ni se encuentra por más que se busque ni motivos, ni pretextos legítimos para desembarazarse de él. Mas ¿qué disculpa merecen a los ojos de la razón aquellos que mojan su pluma en hiel y amenazan, no solo la existencia del orden de cosas establecido, sino que por sus declamaciones amargas, hacen diariamente temer a los que ejercen el poder por su seguridad, y aun por su existencia misma?

Tal es el carácter de la mayor parte de los escritos de la época. Nuestra prensa periódica ha recorrido en el corto espacio de cuatro meses, todas las fases que puede presentar su espíritu y tendencias en los diversos períodos de la civilización y de la libertad de un pueblo. Parece que como una semilla caída en terreno jugoso y bajo un clima tórrido, se ha desarrollado con crecimiento perceptible y arribado en poco tiempo a una madurez muy temprana. Las primeras publicaciones que aparecieron se resentían de cierta trivialidad grosera, cierto espíritu amotinado e insultante, cierta desvergüenza de conceptos y lenguaje que solo podrían caracterizar una época bárbara, de pasiones soeces y de toda falta, de razón y de principios; pero ya fuese que el espíritu nacional estaba más adelantado que estos miserables escritos, ya fuese que no hay hechos suficientemente chocantes para excitar la indignación pública, o ya, en fin, que la grosera exageración con que se zaherían las personas, la moral o la decencia, suscitase una reacción del buen sentido de los lectores, la verdad es que este género de escritos dieron en

cara muy luego; y sus autores han pasado plaza de torpes calumniadores a los ojos de todos los partidos, y han huido una deshonrosa celebridad, teniendo al fin que confesarse incapaces de interesar ni las pasiones ni la razón, ni los intereses de un público dispuesto favorablemente para simpatizar con una oposición osada, pero racional; mordaz, pero sin indignidad ni indecencia llevada al extremo, porque es de notarse que la *oposición* en todas partes, en cualquiera forma de gobierno y cualquiera que sea el partido que domina, tiene un poderoso atractivo para el común de los lectores. Hay algo de osado, de laudable, en atacar al poder material, manifiéstanse tantos visos de patriotismo y decisión en arrostrar la animadversión de los que pueden con tantos medios vengarse, que el pueblo simpatiza fácilmente con estos campeones que revelan el mal presente y ofrecen remedios seguros e infalibles. Todas las grandes reputaciones de la prensa periódica se forman en la oposición; los que se llaman ministeriales están circunscritos a la defensa, a la arma fría del raciocinio y al esclarecimiento de los hechos. La oposición por el contrario, ataca denodadamente, y cuanto más acalorado es su lenguaje, cuanto más audaces son sus golpes, mejor desempeña su tarea, más fascina a sus lectores.

Nuestros periódicos de la época, han llegado a depurarse lo suficiente en cuanto al lenguaje y las personalidades; mas no lo bastante para llegar al convencimiento, y a la acertada discusión de los principios y de los intereses de la República. En la mayor parte de los escritos de esta época, se descubre una tendencia revolucionaria que alarmaría a cualquiera que no conozca la realidad de los hechos y el verdadero estado de la opinión. Apenas hay un partido político que no amenace con la completa subversión del orden público, sino logra hacer triunfar en las elecciones al candidato de su predilección, porque él representa a la nación, y no hay nada de útil para ella, sino se toma de su propio círculo. Hemos visto trabarse

una lucha en la prensa de estos días, sin que se haya avanzado nada, para hacer que la oposición ocupe su verdadero terreno y no quiera apoderase de la nación, a quien contra toda verosimilitud, supone enemiga del general Bulnes, que solo grandes servicios ha hecho para que pudiese merecer esta pretendida desafección. En los estados en que se goza de un largo uso de la prensa, han caído en ridículo estas pretensiones de los periodistas a ser el órgano de la opinión pública. ¿Ni cómo podrán pretenderlo cuando aparecen tantas publicaciones, con miras, principios y modos de apreciar y ver los hechos tan distintos entre sí? A esta falta de mesura, se añade la carencia de principios claros y seguros, que al mismo tiempo que sirvan a favorecer los intereses de partido que defiende, formen la conciencia pública e ilustren la opinión de los demás.

De este vicio radical de nuestra prensa, nace otro no menos funesto para el progreso de las luces y de la discusión detenida. Ocupados los periódicos de recomendar o atacar a los personajes que favorecen o contarían sus miras, han educado, por decirlo así, a los lectores en esta escuela; y todo lo que sale del círculo de las personas, carece de interés y no pica la curiosidad. Lectura, hacienda, historia, etc., son títulos fastidiosos que hacen caer a un periódico de las manos; y aunque esto deba atribuirse en parte a nuestro estado de cultura, los escritores públicos tienen por deber impulsar el progreso, y no contribuir, como lo hacen, a que permanezca estacionario. Mas, ¿cómo podrán estas producciones creadas de prisa, y sin más objeto que favorecer un intento del momento, desempeñar tan alta misión? ¿Puede el lector sensato esperar buena fe, examen filosófico y verdad en los hechos que solo se le presentan para hacerlo interesarse en fines particulares?

De aquí nacen los errores más funestos y la corrupción de ideas más perjudicial. Se examinan en los momentos de las

elecciones actos del gobierno que requerirían un largo estudio, y los hechos más indiferentes se tuercen y adquieren un interés ficticio según los presenta el espíritu de partido, ataviados de un ropaje que los desfigura.

La ligereza de las publicaciones actuales de la prensa estorba la aparición de otras más concienzudas o más extensas. El diario no puede tomar grande extensión; y la *revista* tardará mucho tiempo en aparecer. Hombres animados de verdaderos sentimientos liberales se necesitan para que, tomando con tesón el noble empeño de propagar los *diarios*, luchen largo tiempo con las resistencias que opone la incuria general y el poco interés con que se lee todo aquello que constituye la vida de las sociedades modernas.

Es honroso para nosotros que la libertad de imprenta haya obtenido triunfos tan señalados y haya logrado mantenerse ilesa, aun en circunstancias espinosas; mas para que esto sea un bien duradero, preciso es que el *diarismo* descienda a las costumbres, y sea una necesidad ordinaria de la vida, abrazando todas las ramificaciones de la sociedad, y formando el cartel de todas las opiniones, de todos los intereses y de todas las necesidades del individuo.

El cólera morbus en Santiago
(*Mercurio* de 18 de mayo de 1841)

¡Dichosos ustedes, señores editores, que comen jaibas y congrio fresco! ¡Dichosos, mil veces dichos! Ni una sola mirada de compasión, ni un anuncio, ni una palabra dirigen a los pobres que vamos cayendo aquí uno tras otro, sin que haya quien nos preste el menor auxilio. Pinganilla, también su Pinganilla sucumbirá abandonado del desdeñoso *Mercurio*, que se ha inflado de democracia, de principios y de liberalismo, que no cabe en el pellejo.

El *cólera morbus* ha aparecido aquí en esta malhadada Santiago, y sus estragos son horrorosos. Cada día se aumentan las víctimas, y las casas se cierran porque no queda en ellas alma viviente. La *Imprenta de Colocolo* ha sido cerrada de este modo, y las llaves entregadas a la policía. ¡Que estrago! ¡Qué rapidez! Todos tiemblan por su vida, y el concienzudo y sagaz *Araucano*, se ha encerrado en su casa, a la manera de los francos, cuando aparece la peste en el arrabal de Pera. A nadie abre sus puertas, y cuando más consiente en que le tiren por la gatera, las cartas y oficios que le manda el fraile Aldao, su antiguo amigo, para que anime el entusiasmo patriótico, americano, federal, contra los salvajes, asesinos unitarios.

¡Estoy fatigado! Si Dios es servido llamarme, que se cumpla su santa voluntad; para eso hemos nacido, señores editores;

pero tendré al menos el consuelo en mi hora postrimera, de haber, sí, de haber visitado a los enfermos, como me enseñó mi abuela, ¡que en paz descanse! A todos le he ayudado a bien morir. ¡Pobrecitos! El *Duende* fue el primero a quien atacó la epidemia. Lo vi espirante. ¡Ay amigo!, me dijo, *hay sueños que verdades son*, y se quedó tieso, y negro como un cigarro puro! ¡Qué horror!, se me han quedado atracadas en el oído estas proféticas palabras, me atormentan de día y de noche.

El *Tribuno* cayó a los tres días, y hasta ahora lucha con la enfermedad; tiene el maldito una constitución de perro de campañista. Está sin habla, que es su mayor tormento, y parece que las palabras se le están coagulando en el fondo del alma. Yo le hablaba esta mañana, por ver si reventaba por alguna vía; pero nada, ni una sílaba, que es lo que más nos aflige. Hermano, le decía, ánimo. ¿Bulnes?, encogía los hombros. ¿Pinto?, más los encogía. ¿Qué diablos, y qué quiere entonces? ¿Egaña? Casi me caza de una oreja; anda, dije, que te lleven dos mil de a caballo.

Los estragos se aumentan, y el *cólera* se pasea de barrio en barrio. La *Justicia* fue hallada muerta el otro día, sin que alma nacida se hubiese apercibido de su desaparición. ¿Qué, no tendría parientes esta pobre mujer? El *Veterano* se sintió enfermo por la mañana y a la noche era ánima del purgatorio. Ha testado y deja su espada al orín, y sus campañas al olvido. Estábamos unos poquísimos amigos del difunto, inventariando sus pobrezas cuando oímos el traqueo de cuatro rotos que iban llevando en una escalera, ¡qué dolor!, ¿a quién se imaginan ustedes? Al *Comilón*. ¡Ánima bendita! Lo llevaban a enterrar, según lo había pedido *in artículo mortis*, en el tajamar, en una pila de basura, contra la existencia de la cual había machacado toda su vida. Era una vergüenza, decía, que en Santiago, como si fuese una ciudad turca, se viesen, ni aun en sus alrededores, esas inmundicias que infestan el aire, y sirven con sus efluvios de vehículo a las epidemias. ¡El corazón es muy fiel! Pero

amigo, le decía la persona con quien hablaba, ¡qué quiere usted si todo Santiago es una inmundicia perenne! En otras partes hay sistemas de canales que interceptan un país para la navegación, sistemas de irrigación, sistemas de alumbrado, sistemas de aduanas, aquí hay un sistema de inmundicia *corriente*; y la policía vigila sabiamente a fin de que, como las venas en el cuerpo humano, circule y corra sin tropiezo por todas las manzanas y casas de Santiago; a veces ocurre una estancación, no obstante las precauciones; y el sustancioso y aromático líquido se extravasa por las calles, dando que oler por una semana, a pesar de que sin este regalo hay que olfatear demasiado y sin aspirar muy fuerte a todas horas, y principalmente de noche; sin duda, con motivo del fresco que reina en estas hermosas noches, que la han hecho merecer, como a la Italia en Europa, el renombre de jardín de la América. Mas, volviendo a la estancación, la policía tiene, como en otras partes bombas de incendio, *lancetas* y *lanceteros* para remediar oportunamente el mal; ocurren los encargados de hacer estas operaciones quirúrgicas al lugar donde se ha obrado la coagulación; tantean la parte afectada (generalmente son los albañales) la reconocen, examinan el atracamiento, y entonces, con pleno conocimiento de causa, le arriman lanceta y más lanceta, hasta que con indecible júbilo, se ve correr la cosa por donde debe, y arrastrar en su tránsito la preciosa carga que estaba depositada aguardando la marea para bogar, con destino a tierras lejanas, quedando así, gracias a la vigilancia, restablecido el sistema económico de la ciudad. Algunos médicos de estos que vienen de Europa a hablarnos aquí de higiene, hacen sus reparillos a este bello e ingenioso sistema, hablando de mortalidad espantosa, aire infecto, insalubridad, y otras sandeces que por allá pueden ser buenas; pero no aquí donde uno se muere cuando Dios lo dispone así, aunque no haya causa natural para ello. ¿Ni cómo tocar un ápice a esta creación del arte y del ingenio del hombre, cuando

la ciudad entera ha sido modelada sobre este tipo, y no podría alterarse, sin tener que destruir todas las casas y los cuartos redondos, donde el pobre tiene su morada, su cocina, su dormitorio, y hace su lavado y todas sus necesidades domésticas, dando a los niños que se crían respirando esta atmósfera, aquel tinte lívido y verdoso que les sienta tan bien? ¿Cómo privar a esta multitud de tan inmensas y tan económicas ventajas, sin el gasto de algunos millares de pesos? No sucede lo mismo en Londres y París, no obstante que en una sola casa están establecidas, en sus cinco pisos, cien familias con quinientas personas y los juiciosos médicos dicen, amen; porque saben que donde el egoísmo y la costumbre inveterada hablan, punto en boca.

¡Qué digresión tan recargada esta! Vuelvo, pues, a mis mórbidos muertos. Un incidente aciago, a más de los asaltos del cólera, nos ha robado toda esperanza para lo venidero, la joya de los románticos, el consuelo de los males presentes, la gozosa expectación de la república. Chile se ha quedado sin *Porvenir* [17], como parra sin uvas, como cometa sin cola. ¡Chile está ñecla! ¡Y estamos vivos todavía! Venía el *Porvenir* jadeando con una pieza de barro, que dijo que era la *urna de la indiferencia*, hallada en una tapera de los antiguos; y como se encontrase conmigo, con quien se chanceaba siempre, le dije ¿qué hay de nuevo camarada? ¿por qué tanta prisa? Déjame, déjame, me dijo, ahí ha salido un periódico, tan mustio y deshojado como un *sarmiento*; y se echó a reír con tales ganas, que se le reventó una arteria y murió en el acto, estrellando la tal urna contra las piedras, dejando salirse de su seno una multitud de *ambiciones* que *dormían* adentro. Yo cogí una por de pronto. ¡Qué roñosa era! ¡Qué amohosada! No podía menos. Diez años había estado guardada. Era flexible y blanduzca, un poco ajada ya y pasada de uso; pero buena todavía y servible, al menos para remiendo de otra que no fuese flamante.

Corrimos varios en busca de médicos. Bustonkal estaba

fuera, Sasily en el hospital, Lafarguekanki no parecía; últimamente encontraron al sabio Paredes, que vino sin aliento, le tomó el pulso, le infundió su respiración, le apretó el esófago, le hurgó las vértebras lumbares; pero ¡ay! era tarde, el muerto se había muerto, que era lo peor de todo. ¡Valiente desgracia, dijo Paredes [18]! ¡Ingenio precoz! ¡Se le ha rajado medio a medio el alma a este talento porvenir al hacer una tan arrojada comparación! ¡Creación especial! Fue improvisada para producir esta obra maestra de crítica, agudeza y gusto, ¡y se rompió el molde en que había sido vaciada! —Si ha sido de risa que se ha reventado, le dije, ¿no vé la sangre? Calla zopenco, esa sangre es del alma... y como el médico lo decía, ¡quién se mete en disputas con ellos!

¡Ay! ¡La *Guerra* también, también la *Guerra* ha sucumbido! ¡Qué muerte le dio Dios para escarmiento de pecadores endurecidos! ¡Murió la triste como había vivido, maldiciendo y vomitando pestes! ¡La muerte de los réprobos! Había estado en la cárcel no hacía mucho por sus habladurías y sus testimonios, y le habían condenado a escribir hasta el número 30; pero ella, para ser hasta en esto revoltosa, escribió otro número más, hasta que la sorprendió la muerte. Yo fui a visitarla en el lecho del dolor. ¡Qué cama y qué miseria! He sido envenenada, me dijo, me quema el tósigo las entrañas. ¡Los *forajidos*, los *asesinos*, los *salteadores* me han asesinado!, pero no es tarde, en el infierno aguardo a Bulke, y allá no hay santos liberales que lo favorezcan. —¡Hermana!, déjese de esas cosas, piense en Dios que le va a tomar estrecha cuenta de la mala vida que ha llevado. No haga malos juicios, no la han asesinado, es mal que anda. El *Duende*, la *Justicia*, el *Veterano*, el *Porvenir*, todos han caído de uno en uno, el *Tribuno* está sin habla, y las devastaciones siguen. ¿Le traigo un padre, hermana? —No, por Dios, no! Un vaso de chicha para refrescarme un poco. Confesor no. Tengo mi alma entregada al malo, estoy condenada en vida. Deme chicha baya, con este consuelo

moriré tranquila. —Y mirando el vaso con ojos desencajados, y la boca contraída y lívida, lo empinaba con mano trémula; y al concluir exclamó cobrando aliento: *Quia tu es Deus fortitudo mea*. —¡Ave María!, dije yo santiguándome, Dios te ayude infeliz, y me retiré rezando. Después supe que se había roído los dedos y había muerto en la impenitencia y en la desesperación, maldiciendo a Asnul, a Bulke y a todo cuanto le venía a la memoria.

Hace tres días que se sintió con los síntomas el *Elector*; pero aún no está de peligro. ¡Qué buen sujeto!, sería una lástima su pérdida. Toda la *nación* siente su mal y Dios el de todos. Hubo junta de médicos, y se examinó el vómito; dominaba una bilis reconcentrada, pero poca. Después de muchas consultaciones y disputas, se decidió administrarle una buena dosis de *Mercurio*. ¡Qué efecto le ha hecho! ¡Qué abundancia de humores le hace expeler, y qué corrompidos! A cada nueva deposición le duplican las dosis. ¡*Mercurio* y más *Mercurio*!, y deposiciones y más deposiciones, y cada vez más copiosas. Toda la constitución está, según dice el médico de cabecera, afectada de malos y viciosos humores, y es preciso sustituírselos con la pócima mercurial. Si este sistema de curación sigue, puede quedar bueno el paciente para beneficiar metales por amalgamación; lo que no dejará de serle de utilidad a un amigo suyo, que es su matapesares, que lo asiste y le administra en persona la dosis. ¡Cómo repugnan a los enfermos los remedios! Esta mañana fui a la casa del enfermo, calle de los Teatinos, a informarme de su salud. Le estaban administrando la dosis. ¡Qué gestos hacia! ¡Cómo alejaba la copa! —Ánimo querido, le decían sus amigos: aguante esta, ¡como ha de ser!, todo es preciso, si no se cura se lo lleva el diablo; y el infeliz cerraba los ojos, y tragaba el *Mercurio* como un renegado. Agua, agua, para enjuagarme la boca, decía.

Escaldada tengo el alma con tantas desgracias, y no obstante que no siento yo nada todavía, me parece que me

anda el *Mercurio* por las entrañas, y me estremezco de horror. ¡Avisos de Dios, sin duda, aldabadas de la conciencia! Yo fui creado en el santo temor; pero todo se borra con el tiempo.

Quisiera hacer obras de caridad para hacer algún mérito, mas siento una indecible pereza, y luego no tengo ni un cobre que dar de limosna. No; desde hoy más, nueva vida, Pinganilla de mi alma, las cosas se van poniendo feas. *Vijilate et orate quia nescisti dien necque horam*, y no sea el diablo. Voy a hacerme cofrade de alguna piadosa hermandad, porque me entierren en sagrado como buen cristiano.

Si muere alguno más y si yo caigo, se lo escribiré, señores editores, cuando les cuente el resultado de mi admisión en alguna tercera, que será pronto. Rueguen entretanto por el triste.

Pinganilla

La publicación de libros en Chile
(*Mercurio* de 10 de Junio de 1841)

Con motivo de la publicación que por suscripción se hace en Santiago de la obrita que anunciamos con el título de *Vindicación de la República Argentina*, se nos ocurre echar una ojeada sobre el estado de la impresión de libros en nuestra república; y nos es sensible observar que esta industria, que serviría para apreciar el grado de cultura y la importancia que en ella se da a los libros que sirven de alimento al espíritu, y de vehículo a la difusión de las ideas, está aún en su infancia, prolongando por su atraso el de la instrucción general, medio único de realizar una vez los fines a que conspira la forma de gobierno que hemos adoptado, que consiste en la participación de los bienes de la asociación por el mayor número de asociados. La ignorancia manteniendo el ánimo encorvado bajo su yugo, ahoga todo sentimiento elevado y generoso, y predispone a la servidumbre por el convencimiento mismo de su propia impotencia y desvalimiento.

No conocemos publicación alguna de una regular extensión que haya podido efectuarse hasta ahora en el país, debido a lo costoso que es siempre una impresión, circunstancia que no es relativa a las dificultades inevitables que rodean la introducción de un nuevo ramo de industria en pueblos nacientes, sino que es común a todos los países; habiendo en

Europa motivado el fácil expediente de las impresiones por *suscripción*, con cuya ayuda se han logrado inmensas ventajas, no habiendo obra por extensa y costosa que sea, que no pueda ser publicada, y esto a precios muy acomodados.

En algunas ciudades de América la impresión de libros empieza a ser un ramo de industria nacional, e independiente de los tratados elementales que para las necesidades de los establecimientos de educación se imprimen, se han dado al público considerable número de obras, ya originales, ya traducidas, que contribuyen de un modo influyente y poderoso a difundir los conocimientos entre un gran número de lectores; porque es de notarse que aunque haya todas las facilidades apetecibles para la introducción de libros impresos en Europa, a más del inconveniente del corto número de ejemplares que se introducen de cada obra, hay otro y muy esencial que consiste en no acertarse a traer aquellas que por su corto volumen y sana instrucción, interesaría difundir por todo el territorio de la república. Cualquiera que haya tenido ocasión de viajar por las diversas ciudades y villas de las provincias, habrá observado con sentimiento la escasez de libros y su poca circulación, limitada a un reducido círculo de jóvenes; no careciendo la novela entre los pocos libros que se hacen notar, de un alto y casi exclusivo predominio. Con esta completa falta de lectura y de las ideas que ella despierta o hace nacer, con este abandono del espíritu que pone a la generalidad de nuestras gentes fuera del movimiento de las ideas ¿es extraño que se observe la completa indiferencia por el bien público y la apatía que nos distingue? ¿Hay razón para admirarse de los pocos progresos que hacen la agricultura, las artes o las ciencias, cuando no se ponen en ejercicio los únicos medios de mejora, que son la aplicación a nuestras necesidades de los adelantos que cada momento y con asombroso progreso hace la humana inteligencia en las sociedades europeas?

En vano nos afanaremos por mejorar nuestras habitudes

coloniales, en vano deploraremos nuestro atraso, si no ponemos todos nuestros conatos en la difusión de las luces y de los medios de obtenerlas. Franklin, fundando un periódico, estableciendo una sociedad de lectura, hizo tanto por la emancipación norteamericana, como un ejército o una victoria de los patriotas. Se dictan leyes que favorezcan el desarrollo del pensamiento; pero ellas son nulas en sus efectos, se embotan por sus esfuerzos inútiles y caen en desuso. ¿Queréis que la prensa ejerza su influjo sobre los ánimos del mayor número posible? Preparad lectores; porque sin ellos la prensa será una arma sin filos, un grito para sordos. Preciso es formar la razón pública; y esta es la tarea de las discusiones parlamentarias, de la prensa y de las opiniones individuales.

Contribuir a esta grande obra, trabajar en ella sin cesar es el deber de todo hombre que siente latir su corazón a los solos nombres de civilización, libertad y progreso. Los escritores del siglo dieciocho, haciendo una asombrosa emisión de libros que inundaron de ideas nuevas todas las clases de la sociedad, prepararon e hicieron necesario todo el grande movimiento en que terminó su época, y echaron los indestructibles fundamentos del que en una inmensa escala ha emprendido el siguiente siglo. Empresa semejante tienen que acometer los patriotas de América. La espada destruyó los obstáculos materiales que se oponían al establecimiento de la libertad; mas quedan otros invisibles porque carecen de forma, ocultos porque están aposentados en nosotros mismos, pero que por eso no obstan menos a la realización de la grande obra comenzada en 1810.

Ideas: he aquí en conjunto todo lo que falta para la reconstrucción del nuevo edificio social.

Sobre la lectura de periódicos
(*Mercurio* de 4 de julio y de 7 de agosto de 1841)

I

La mayor parte de los periódicos y diarios que con motivo de las elecciones se habían organizado en Santiago, han desaparecido uno en pos de otro, desde el momento en que caducó el objeto de sus discusiones. Muchos se han despedido formalmente y con la mayor cortesía del público, y otros lo han hecho sin prevenirlo, y la tribuna y el foro se han quedado sin oradores y sin auditorio. Después de tanta agitación, la prensa ha dejado en reposo sus tipos, y el público entra en la vida muerta de la concentración individual.

Nosotros solos quedaremos, a lo que parece, molestando *diariamente* la atención pública, con nuestros buques existentes, nuestros avisos, despacho de aduana, noticias europeas, variedades y tal cual artículo editorial. Nos preguntarán acaso ¿por qué no muchos artículos editoriales? ¿por qué no más animación en la redacción? Nosotros en lugar de ¿por qué? preguntaremos a nuestro turno ¿para qué?

Cuando contemplamos la íntima conexión que tienen las publicaciones periódicas con el progreso material de un

pueblo, de su civilización y libertad; cuando vemos figurar el *diarismo*, como la facción más prominente que caracteriza a nuestro siglo, como que es él mismo toda una civilización; cuando lo vemos erigirse en la hacha que destruye a los déspotas, y en el antemural que protege las libertades públicas; cuando le oímos alzar sus mil voces, y caer los tronos a una sola señal de su dedo; cuando le miramos, en fin, como el instrumento más poderoso del progreso de las sociedades, como que las publicaciones periódicas son la arena en que se discuten en presencia de todos los pueblos las grandes teorías sociales, el canal por donde se derraman los pensamientos de cada uno para servir al bien de todos, el boletín de todos los sucesos contemporáneos, y el ojo siempre abierto para fiscalizar a los gabinetes; cuando contemplamos todas estas cosas y echamos una ojeada sobre nuestro país, no podemos abstenernos de lamentar su atraso a este respecto, y la imposibilidad de apresurar su marcha a los grandes destinos que le están deparados.

En países tan nuevos como el nuestro, en que la instrucción no está generalmente difundida; en que no hay grandes motivos de contacto entre los habitantes; donde los principios en que reposa nuestra forma de gobierno no son suficientemente comprendidos por la mayor parte de los ciudadanos; donde el comercio se arrastra más bien que se mueve, y la industria y la agricultura vegetan lentamente, se necesita, más que en otro país alguno, que los diarios circulen con profusión, difundiendo conocimientos; despertando el espíritu de empresa; comunicando avisos que activen las transacciones comerciales; aplaudiendo al ciudadano benemérito; poniendo en conocimiento de la autoridad los abusos de sus empleados; haciendo decender al conocimiento de todos los decretos y las leyes que deben regir su conducta; y trasmitiendo, en fin, la noticia de los sucesos que se desenvuelven en todos los lugares de la tierra, y cuanto más

pueda contribuir a la mejora social o al entretenimiento provechoso o instrucción del individuo. ¿Basta, empero, establecer periódicos para conseguir resultados tan apetecidos?

La falta de lectores es a nuestro juicio lo que hace tan precaria la existencia y duración de las publicaciones periódicas, y cualquiera que sea el origen de ello, siempre hará poco honor a una nación que empieza a llamar la atención del mundo, y que puede servir de modelo por su regularidad y orden para los demás estados sudamericanos. En el desafortunado país donde el gobierno hace pesar una mano de hierro sobre la prensa periódica, a fin de que no se oigan a lo lejos los gemidos de sus víctimas, hallará pronto disculpa la circunscripción de las publicaciones diarias; pero ¿qué podrá justificar a una nación, como la chilena, que gozando de una larga paz, de prosperidad en su comercio exterior, de consolidación en sus instituciones y extendiendo cada día más y más su influencia sobre los estados vecinos, no tenga sino un diario, y esté suscrito por un estrecho círculo de lectores?

¿Qué juicio formará el europeo de nuestro estado de civilización, el europeo para quien los diarios son el alma de los pueblos, al ver uno en que son tan contados los órganos de sus necesidades e ideas? ¿Cuál será la extrañeza del norteamericano, en cuyo concepto, riqueza, libertad y periódicos son sinónimos, al arribar a nuestras playas y no ver nada de lo que deja en la Unión, donde sus 1500 periódicos llevan la vida y la animación hasta las más apartadas cabañas del labrador? Cualquier juicio que formen, por desfavorable que sea, si no es exacto absolutamente, ¿tendrán por eso menos apariencia de justicia en virtud de los datos que le suministramos?

Para tomar un solo ejemplo de la prodigiosa circulación de los periódicos donde quiera que hay progreso y libertad, y para que este sea análogo a nuestra posición e intereses sociales, lo

escogeremos en nuestro propio continente. La sola ciudad de Boston poseía en 1834, cuarenta y tres diarios, seis almanaques, tres anuarios, una colección semestral, siete trimestrales, cinco bimestrales, veintidós obras mensuales y tres quincenales, sumando en todo noventa publicaciones periódicas, que hallaban suficiente número de suscriptores en una ciudad de 80.000 habitantes; pues habiendo en todas las demás ciudades de la Unión un número igualmente prodigioso de publicaciones, el radio de su circulación no puede extenderse mucho fuera del lugar donde se publican.

Hagamos ahora el parangón entre Boston, simple ciudad y la República de Chile; Boston con 80.000 habitantes y Chile con más de un millón; Boston, simple miembro de un estado de la Confederación, y Chile un estado por sí mismo y que figura con distinción entre los estados sudamericanos; Boston con 43 diarios, y Chile con uno.

¿Qué hace, entre tanto, nuestra juventud que debiera hacer brillar a su país regenerando sus costumbres y preparando los medios de elevarlo en la consideración de los demás pueblos civilizados? ¿Estima en más que sus padres la lectura de estos periódicos que son la síntesis de su siglo y de su posición social? Las personas que han cultivado su inteligencia lo suficiente para juzgar del mérito de los escritos, pueden muy en hora buena explayarse sobre la mediocridad de las publicaciones diarias, cargo que estamos muy lejos de rechazar como infundado; mas nosotros preguntaríamos si el mérito de los artículos podría contribuir a hacer mayor el número de los lectores, y si la elevación misma y la profundidad de las materias no servirían al contrario a retraer de su lectura. Un diario es la expresión de las ideas, sentimiento, cultura y necesidades de un pueblo, su lenguaje por tanto debe estar al nivel de las ideas que representa; todo la que sobrepase esta medida será impopular y exótico. Los diarios no se escriben para las inteligencias escogidas solamente, el gran número

forma su clientela. No obstante, podremos decir a nuestros aristarcos, lo que Lord Lyndhurts en circunstancias semejantes: «venid, pues, a probaros».

Reconocida la insignificancia de las producciones editoriales, siempre habrá en los diarios alimento para excitar el interés del hombre culto. Se encuentra en ellos tanta y tan sorprendente noticia, tanto descubrimiento asombroso, que esto solo bastaría para sostener la curiosidad del hombre común; y si como deben estarlo los más adelantados, están persuadidos que todas las curiosidades modernas marchan a un mismo fin; que los acontecimientos de cada nación son como las páginas de un gran libro, que todos tienen su relación estricta, su orden, su prioridad y su colocación determinada, ¿con cuánto interés no debieran fijarse en este grave movimiento que agita a las sociedades modernas, y que tiene tanta relación y puede influir tan poderosamente en nuestro propio bienestar? La Europa está a punto de empezar una lucha de titanes, cuyo resultado puede comprometer, retardar o acelerar la marcha de le civilización del mundo entero. El Egipto, que la motiva, movido por un brazo inteligente y regenerador, se sacude el polvo de los siglos que lo habían sepultado en el olvido, para tomar de nuevo su antiguo rango de nación culta. La España se despedaza por desprenderse de las trabas con que los siglos de fanatismo y barbarie habían agarrotado su cuerpo, y cada porción de la humanidad tiene su tarea que desempeñar, su vellocino de oro que conquistar.

Si, por otra parte, nos detenemos a contemplar los trastornos y desgracias de que son presa la mayor parte de los estados hispanoamericanos, desde Texas hasta Buenos Aires; los diversos caracteres que se desenvuelven, los males que experimentan, la lucha de ideas y preocupaciones y las escenas de carnicería y barbarie que tenemos tan *cerca* ¿cuánto no debiera ser nuestro interés en seguir día a día la marcha de los acontecimientos que se desarrollan en nuestro derredor, para

simpatizar con ellos, si son conformes a los intereses de los pueblos, o bien para execrar a los que por su ambición infernal sepultan a su patria en la barbarie y en la desmoralización, para alzarse al fin sobre los cadáveres que amontonan y erigirse en amos de los pueblos que han envilecido?

Cada vez que una cuestión social nos agita, vemos aparecer una nube de periódicos que, patrocinando tal partido o tal candidato, lo envilecen, en fuerza de la indignidad de los medios que usan para atraerle prosélitos, y mientras que el patriotismo y el amor a los principios son la empresa que ostenta cada uno de estos paladines de tinta y papel, no vemos una sola doctrina social ventilada en sus columnas, un solo proyecto de mejora propuesto, una mirada echada sobre la educación pública, ni el más leve esfuerzo para mejorar la condición del pueblo, hacerle conocer sus intereses verdaderos, o imprimir a sus hábitos y costumbres la buena dirección que ha de efectuar y llevar a cabo el programa de nuestra revolución. ¿Habrá de extrañarse en vista de esto la profunda ignorancia en que está sumida la parte desvalida de la sociedad y la penosa lentitud con que se desarrollan nuestros fecundos elementos de riqueza? ¿Habrá de culparse al gobierno de semejante atraso? ¿Podría sin el apoyo y activa cooperación de los ciudadanos, intentarlo todo?

Nuestros males no tienen su origen fuera de nosotros mismos; y si nuestra prensa periódica no tiene la importancia y extensión que corresponde a un pueblo culto, si sus publicaciones no salen del rol que ellas tienen en los pueblos más secundarios, no lo achaquemos a causas extrañas de nuestra propia incuria y abandono. Los diarios podrían organizarse bajo un pie más extenso; sus artículos redactarse por plumas hábiles, y sus noticias y parte literaria extenderse a una escala más vasta, si el limitado número de suscriptores no hiciera ruinosa toda tentativa de mejoras.

II

Leemos en el *Valdiviano* una censura, no precisamente del contenido de nuestro número del 4 del pasado, sino de los verdaderos motivos que callábamos que justifican la indiferencia del público por la lectura de periódicos, atribuyéndola a la coacción del gobierno y a las viciosas e inicuas leyes que nos rigen. No extrañamos este lenguaje en la pluma del que en momentos antes ha dicho lo que Montesquieu decía en presencia de un soberano despótico, sin responsabilidad y que comprendía muy bien su posición cuando decía: «el estado soy yo». Podía muy bien decir Montesquieu: «que los gobiernos son los que hacen de los hombres bestias, y de las bestias hombres». ¡Craso y brutal insulto hecho a las tendencias de la humanidad, a la civilización y a la dignidad del hombre! Mal habría hablado así aquel grande escritor, si sobreviviendo a su época, hubiese podido presenciar los resultados del trabajo que se había preparado en sus días y a su vista misma, y en el cual él tomó una gran parte. Hubiera visto entonces que los gobiernos pueden afectar las formas exteriores de una sociedad, influir en su bien o en su desventura temporalmente; pero nunca decidir de sus destinos futuros, nunca cambiarlos en bestias.

Un gobierno americano que a pesar de sus atrocidades se nos pinta a cada momento por el *Valdiviano*, por una singular aberración, como un gobierno digno de imitarse, porque está sobredorado con la palabra mágica de federación, ha intentado hacer bestias del pueblo que oprime. ¿Pero lo ha conseguido? ¡Oh, no! ¡Mil veces no! Se ha rodeado de bestias, si se quiere; ha dado a la sociedad las formas exteriores de la barbarie; pero las tendencias son las mismas. Diez años de zozobras, centenares de ejecuciones, revoluciones sofocadas, una jauría de caníbales para castigar con la muerte un murmullo, una

queja, no han mejorado un ápice su posición.

Una generación entera ha sucumbido en los combates, en las revoluciones, en los cadalsos, en los pontones, en las mazmorras, en el suelo extranjero; pero una nueva generación se ha presentado en la arena, compuesta de los que eran niños cuando la lucha principió, y llevan adelante la obra y su sangre está vertiéndose en los mismos lugares sometidos antes a la fuerza del vencedor. Este hecho solo bastaría al *Valdiviano* a encontrar el despotismo donde verdaderamente se halla.

Pero nos hemos distraído de nuestro asunto, que son las publicaciones periódicas y su limitada propagación en Chile. Para convencer al *Valdiviano* de la injusticia que hace al gobierno vamos a encerrarnos en el estrecho círculo de los hechos. El *Valdiviano* tiene la gloria de existir, no obstante la iniquidad de las leyes, durante el largo período de cerca de ocho años. La empresa ha sido arrojada, sin duda; *practicar el bien*, ha dicho, *fuera del peligro es la virtud de hombres ordinarios; sostener su probidad en medio de los riesgos y las persecuciones, es el efecto de una constancia heroica*. Si el riesgo ha sido continuo, no negará por eso que la persecución no le ha sobrevenido. Las leyes son inicuas, él lo ha dicho, lo dice, y lo que es más, no ha dejado un momento de echar en cara al poder, su despotismo, su tiranía, etc. La ley no le ha alcanzado: ¿está acaso el *Valdiviano* fuera del alcance de la ley? Ha sostenido en medio de los mayores riesgos, según él, los derechos del pueblo; ha debido, pues, ser popular, porque son siempre populares los escritores que defienden contra el poder los derechos de los pueblos. Y bien ¿cuántos suscriptores tiene el *Valdiviano*?

Alguno explicaría la respuesta que nos daría, suponiendo que el caso este no hace regla. Enhorabuena; tomaremos un segundo ejemplo. El diario la *Bolsa*, sin embargo, sucumbió cuando más necesaria era su existencia, y no sucumbió a los golpes del gobierno, sino al cáncer que mina lentamente la vida

de los diarios: la falta de suscriptores. El mal no vino del gobierno, y un diario barato y que debía expresar los deseos de un partido, no pudo sostenerse.

Nosotros prescindimos de los casos en que necesidades del momento estimulan la curiosidad pública, y hacen leer tal o cual papel político improvisado, para servir a un intento determinado. Este no es el diario, este no es, propiamente hablando, el periódico. El diario es la expresión continua, la orden del día de una sociedad; y el escrito polémico no tiene más objeto que un propósito del momento; pasa éste y aquel desaparece.

El *Mercurio* existe hace años, ¿y cómo existe? Existe por la filantropía del gobierno, por la gruesa suscripción con que lo ayuda; sin ella, sin el favor del poder, sería preciso haberlo visto para saber lo que habría sucedido. ¿Qué razones daría el *Valdiviano* para explicar la limitada porción de suscriptores que lo leen. El *Mercurio* no es hostil al gobierno, pero tampoco es su panegirista; no siempre se ocupa de asuntos que interesan a la política interior; si ha tomado parte en las cuestiones de partido, lo ha hecho, sin duda ninguna, con mesura, sin herir intensamente a los que lo impugnaban, puesto que estos lo han inculpado de no saber descender a los hechos, y que el *Valdiviano* lo ha favorecido con un concepto favorable. Muchas publicaciones se han hecho en sus páginas que contrariaban los intentos del gobierno, y algunas que lo atacaban, y de esto no ha formado una queja por la sencilla razón de que esta publicación no tiene un carácter oficial. Nada hay, pues, hasta aquí que manifieste la coacción del gobierno. El *Mercurio* por su posición sirve para instruir a toda la república del movimiento marítimo del puerto más concurrido que posee; para manifestar en sus avisos las necesidades comerciales y económicas de dos ciudades principales; para publicar el movimiento de aduana; para anunciar los fallos de los tribunales. Por el *Mercurio* saben todos los acontecimientos

que llaman la atención del mundo, y las ocurrencias que trasmite la prensa extranjera. El *Mercurio* es, en fin, el órgano por el cual se publica todo lo que a alguno interesa hacer público. Y no es cierto lo que el *Valdiviano* supone gratuitamente, que el *Mercurio no pone en conocimiento del público los sucesos que no están en consonancia con la marcha* (del gobierno) *a que se halla adscripto*. Imputación gratuita, porque tenemos de ello la más completa evidencia. El gobierno sabe las noticias que el *Mercurio* extracta de los periódicos extranjeros cuando lo sabe el *Valdiviano*, es decir, cuando están publicadas; ni sus redactores tienen para su elección otra regla que el interés que se imaginan puedan inspirar. El *Mercurio* no publicó noticias de México cuando el *Valdiviano* extrañaba su silencio, porque en los periódicos extranjeros nada había hasta entonces sobre aquella república.

No es, pues, efecto de las inicuas leyes que nos rigen *el abandono y la falta de espíritu público* que apuntamos antes y que reconoce el *Valdiviano*. Si en lugar de reconocer como principio inconcuso, *que está en manos de los gobiernos volver bestias a los hombres*, reconociera ese otro que solo desmienten casos particulares, *que los gobiernos son la expresión de la sociedad donde existen*; el *Valdiviano* se habría aplicado con mejor éxito a mejorar el espíritu de la sociedad, en lugar de malgastar esa constancia heroica con que ha consagrado su vida a escribir sueños e injusticias. Aquella empresa habría sido eminentemente liberal. Arrostrar el encono del pueblo para echarle en cara su apatía, su indolencia, en lugar de justificarla, es el deber sagrado de los escritores americanos; porque el mal que aqueja a nuestra prensa, es común a todas las antiguas colonias españolas. Aquí está la causa, este es el origen del mal, la indolencia de espíritu que nos dio el sistema colonial. Observe el *Valdiviano* lo que sucede en las colonias inglesas, donde sin duda el gobierno no consiente que se escriba libremente, como nuestras leyes

permiten; observe lo que pasa en el Canadá, en Sandwich, Sydney, Calcuta, y verá allí los periódicos populares por todas partes, en poblaciones infinitamente pequeñas. ¿Y esto por qué? Porque sus habitantes tienen los hábitos y las tendencias de la madre patria, porque un inglés, como un francés, como todo hombre culto no puede vivir sin periódicos, sin saber lo que en el mundo o en derredor suyo pasa, sin alimentar su espíritu, como nosotros alimentamos el cuerpo, sin interesarse por todo lo que es de suyo interesante. Si nosotros no tenemos periódicos es porque nuestros padres no los tuvieron, y porque aún no se establecen y generalizan las nuevas costumbres en nuestra nueva vida, de trabajo de cuerpo y de espíritu, la vida social inteligente. Aquí están pues las causas y la verdadera raíz del mal, aquí es preciso curarlo.

Introduzcamos primero el *diario* entre el catálogo de las necesidades ordinarias de cada ciudadano; empeñémonos en que se habitúe y se interese en saber todo que pasa en el interior y exterior de su país, y después veremos a la prensa periódica sostenida contra el poder, por las raíces que habrá echado en las costumbres del pueblo, que no podrá vivir sin ella, y no por vanas declamaciones que solo logran perjudicarla.

Atraso del teatro en Santiago

(*Mercurio* de 7 de julio de 1841)

El teatro de Santiago ha dejado de ser por la buena suerte de aquella capital, un corral de caballos, en términos más cultos, un circo de equitación. El teatro es, pues, un teatro, y algunas útiles reformas ejecutadas por los empresarios, parecen intentadas para purificarlo de la mancha que al edificio ha debido dejarle la abominación a que ha sido prostituido. El público de Santiago ha estado condenado por algunos meses, a presenciar las exhibiciones de caballos y caballeros, si quería distraerse en algo en el lugar mismo en donde debiera admirar los frutos del ingenio que conmueven su corazón, o maldecir la impericia de los actores que asesinan cuanto por sus manos o su boca pasa, haciendo en esto las debidas excepciones, a fin de dejar al amor propio de cada actor un lugar de refugio que le sirva de sagrado.

No es posible que atinemos con la causa o las causas, porque muchas deben ser sin duda, que hacen que nuestro teatro esté tan pobremente servido. No es culpa del público ciertamente, porque con grandísimo placer hemos notado que siempre hay gusto para esta clase de espectáculos, y a trueque de gozarlos, se resignan los espectadores a tolerar las insipideces de ejecución con que algunos actores deslustran las bellas composiciones que están llamadas a representar.

Cualesquiera gastos que exigiese una *remonta* del personal de la representación dramática, serían a nuestro juicio abundantemente remunerados por la lucida y numerosa concurrencia que se agolparía a participar de los nuevos encantos de la escena. Hablando seriamente, ¿corresponde el teatro actual, a la elevada posición, a los medios, a la cultura y exigencias de la capital del Estado? ¿No hay algo y mucho que desdiga del refinamiento de las costumbres y del buen tono que debiera reinar en él?

Algunos comunicados que hemos insertado antes en nuestras columnas, expresan suficientemente la desazón que el público experimenta al observar la decadencia del teatro que, en diversas épocas anteriores, ha llamado la atención con los talentos de un Cáceres o de un Morante.

Tiempo era ya de remediar tantas faltas. La compañía dramática ha anunciado la próxima llegada del Señor Jiménez, que aspira al tratamiento de artista en su profesión, y que ha dejado en el ánimo de los que le han visto trabajar, impresiones muy favorables y esperanzas muy fundadas de mayores progresos. Mas, esto no bastaría a satisfacer todas las necesidades del teatro. La ejecución debe corresponderse entre todos los que pisan las tablas, y basta el miserable desempeño de un papel subalterno para aguarnos el placer que nos hicieran sentir los talentos superiores de un primer galán o de un héroe de tragedia. Mas aquí nuestra costumbres españolas, pues nosotros mismos no nos atrevemos a llamarlas preocupaciones, vienen a ponernos sus invencibles obstáculos. ¿De dónde reclutar actores? Un joven de modales y de una pasable instrucción, se deshonraría cubriéndose con el ropaje de César o con la librea de un arlequín. El público tiene, pues, que tolerar el aprendizaje largo y poco provechoso que hace un mocito que apenas sabe leer y escribir, que no sabe andar, que levanta los brazos para accionar, que más que hombre parece autómata movido por resortes, que estropea el castellano, y

anuncia declamando y con el brazo elevado en el aire, a guisa de orador romano, que hay gente a la puerta. Así se pagan los desaciertos, y el público lleva su buena parte de castigo por la mancha que hace recaer sobre aquellos que ejercen una habilidad del mismo género de las que animan el lienzo de un pintor, o de aquellas que arrancan vibraciones dulces de las cuerdas de un violín o de un piano. Porque ¿qué otra cosa es el cómico sino un artista que copia la naturaleza, y nos aterra, nos aflige o nos hace reír con esta pintura viva de las costumbres, la historia o los secretos del corazón humano? ¿Sería artista más grande Miguel Angel que Talma? La diferencia estaba en el medio solamente; el uno expresaba con el pincel lo que el otro con la voz y las gesticulaciones, mas ambos eran intérpretes fieles de las sensaciones del corazón, pintores ambos de la naturaleza.

El teatro en los pueblos modernos no es un mero pasatiempo, que no merezca llamar la atención del gobierno y de los patriotas. El teatro es un foco de civilización, menos por el espectáculo que ofrece, que por los elementos que concurren a formarlo; todas las artes le prestan su auxilio, y la poesía y las bellas letras han hecho de él su campo de Marte, en que hacen parada de sus progresos y de sus ingenios. Nosotros, que parece que hemos protestado no ser poetas, es decir filósofos, políticos, moralistas y cronistas, tenemos que pedir prestado a la Francia y a la España sus ingenios para que nos muestren sus costumbres, instituciones, vicios y estado de civilización. Pero siempre ganamos mucho en este préstamo, y una sociedad progresa cuando se la comunica el movimiento de otras. Si no tenemos poesía nacional, tenemos idioma al menos y corazón para sentir, y ya son dos estímulos para gozar las bellezas extranjeras; porque para nosotros y nuestras costumbres americanas, tan extranjero es lo que en España se escribe, como lo que se representa en Francia.

El gobierno tiene comprado un local para la fundación de un

teatro nacional; mas esto no prueba otra cosa, sino que el gobierno siente lo que todo el mundo siente, es decir, la necesidad de que haya un teatro. Así sienten todos los hombres la sensación de lo bueno, y el deseo de poseerlo. ¿Se trata de educación? Todos están de acuerdo en la necesidad de difundirla y en las ventajas que ella proporciona; se proyectan los medios de realizar este deseo, se procede a la ejecución, y aquí empiezan a asomar una tras otra las dificultades. El tiempo trascurre, nuevos motivos de interés llaman la atención, y el deseo común, el bien que todos apetecen, se posterga, se pierde de vista, sin que por eso cada uno sienta menos las ventajas que él proporcionaría. Se necesita, pues, a más de la convicción de la cabeza, la pasión ardiente del corazón que hace desear sin descanso, trabajar sin descanso, y luchar sin descanso, hasta obtener y realizar aquello que es el objeto de su ardor. Por esta razón los gobiernos son tan lentos en realizar porque no tienen sino cabeza que calcula; les falta el corazón que se apasiona, y más bienes ha hecho en estos últimos tiempos el interés o la filantropía individual, que no los conatos del poder público; si bien es cierto que la demarcación y subdivisión del poder en ministerios hace que concurran los talentos y los sentimientos de hombres especiales a hacer florecer aquel ramo que, por sus aptitudes conocidas de antemano se confiá a cada uno de estos encargados.

Canto al incendio de la Compañía

por don Andrés Bello

(*Mercurio* de 15 de julio de 1841)

Hemos leído con la más grata complacencia el canto elegíaco publicado en Santiago con el título de *Incendio de la Compañía*, atribuido, con razón, al autor de los *Principios de ortología y métrica de la lengua castellana*, que tan oportuna instrucción ha difundido en el país. Decir que esta bella composición se hace notable por la pureza del lenguaje, por la propiedad de los giros, y por la más acabada perfección artística, sería revelar el nombre de don Andrés Bello que, en un grado tan eminente, conoce las bellezas del idioma que tan profundamente ha estudiado. Mas, lo que es digno de notarse, porque ello muestra el desapego del autor a las envejecidas máximas del clasicismo rutinario y dogmático, es la clase de metro que para asunto tan grave y melancólico ha escogido, y que en tiempos atrás solo se usaba para la poesía ligera. El tono general de la composición es elevado y lleno de recogimiento, descollando aquí y allí mil pensamientos delicados. Nos parecen sublimes las palabras que dirige al reloj cuando le ve arder también en la vasta pira:

> Y a ti también te devora
> centinela vocinglero,
> atalaya veladora,

que has contado un siglo entero
a la ciudad, hora a hora.

Un siglo contado hora a hora es un pensamiento elevadísimo, y que suscita en el ánimo del lector ideas melancólicas y una especie de temor religioso. Un siglo ha pasado sobre la ciudad, y nosotros habíamos oído sonar las horas que avisaban su lento, pero continuo paso. ¡Cuántas generaciones! ¡Cuántos sucesos ocurridos en estas horas que al fin forman un siglo! Así cree el poeta oír a la incendiada máquina despedirse de la ciudad, diciéndole:

¡Adiós, patria! El cielo ordena
que no más las notas mías
desenvuelvan la cadena
de tus horas y tus días.

Mil y mil formas miré
nacer al aura del mundo,
y florecer a mi pié,
y descender al profundo
abismo de lo que fue.

Y te vi en tu edad primera
dormida esclava, Santiago,
sin que en tu pecho latiera
un sentimiento presago
de tu suerte venidera.

Yo te vi del largo sueño
despertar altiva, ardiente,
y oponer al torvo ceño
de los tiranos, la frente
de quien no conoce dueño.

Vi sobre el pendón hispano
alzarse el de tres colores;
suceder a un yermo un llano

rico de frutos y flores,
y al esclavo el ciudadano.

Santiago, ¡adiós!, ya no más
el aviso diligente
de tu heraldo fiel oirás,
que los sordos pasos cuente
que hacia tu sepulcro das.

Versos como estos harían honor al más favorecido poeta, por la elevación de los conceptos y la fuerza de imaginación que brilla en ellos.

Nos parece muy oportuna la turbación que con el incendio experimentan las cenizas de los difuntos habitantes de aquel colegio, y el lúgubre canto que entonan, que *sordo murmullo lejano semeja*:

Mueven el labio, y después
desmayados ecos gimen;
la luna pasa al través
de sus cuerpos, y no imprimen
huella en el polvo sus pies.

Y *después* nos parece bellísimo, no menos que la pintura de las *ánimas*, tales como la concibe la imaginación de los creyentes. Muy al caso viene en seguida la frase vulgar *no es cosa de este mundo*, que tan expresiva es boca de nuestras gentes, probando con su oportuno uso que nada hay más poético que las expresiones de que usan las gentes del pueblo, y cuyo auxilio no debe despreciar el genio poético, porque ellas suscitan ideas determinadas e imágenes expresivas. No hemos juzgado del mismo modo, por más que hemos querido vencernos, el uso de esta otra frase *grima me da*, no obstante su propiedad, por la falsa acepción que el uso vulgar le da.

Dominados por las impresiones que nos ha causado la

lectura del *Incendio de la Compañía*, hubiéramos deseado que el autor se hubiese extendido más, no obstante que no se presta mucho para ello la materia. Habríamos querido, por ejemplo, que a la descripción del incendio, hubiese precedido la de una escena tranquila, la paz doméstica, el orden que en la ciudad reina, a fin de colocar en un cuadro apacible este terrífico y repentino acontecimiento para herir más fuertemente la imaginación.

Con motivo de estos versos, nos sentimos llamados a observar un hecho que no deja de causarnos alguna impresión, tal es la rareza de los honores que entre nosotros se tributan a las musas. ¿Por qué son tan tardías y tan contadas las ofrendas que se presentan en sus altares? ¿Será cierto que el clima benigno sofoca el vuelo de la imaginación, y que Chile no es tierra de poetas? ¿Falta acaso instrucción suficiente para pulsar con acierto las doradas cuerdas?

No creemos ni lo uno ni lo otro. Moda ha sido desde los tiempos de Montesquieu dar al clima una grande influencia en el carácter de los hombres; pero ya esta *razón suficiente* ha dejado de ser tal, desde que se han visto a los pueblos de las llanuras y a los que coronan las montañas, rivalizar en bravura y amor a la libertad. Y en cuanto a los dotes de imaginación, si la ardiente Italia tiene sus Dantes y sus Tassos, la fría Inglaterra ha ostentado sus Shakespeare y sus Byron que en riqueza poética en nada ceden a los primeros. La Rusia y la Alemania tan buenos poetas tienen como la Francia y la España. ¿Por qué, pues, Chile se exceptuaría de la regla general? México ha tenido su Gorostiza, Cuba su Heredia y Buenos Aires sus Varelas y sus Echeverrías que han excitado algún interés.

No creemos tampoco que sea falta de gusto, o conocimiento del arte, pues este país ha sido muy favorecido de algunos años atrás en los estudios del idioma. Creemos, y queremos decirlo, que predomina en nuestra juventud una especie de

encogimiento y cierta pereza de espíritu, que le hace malograr las bellas dotes de la naturaleza y la buena y sólida instrucción que ha recibido. Si el pueblo en general no gusta mucho de la poesía, es porque nada se hace para hacer nacer la afición a este género de literatura.

Sentimos que la distinguida señora Marín, que en tan buena armonía vive con las hijas de Apolo, no favorezca al público con nuevas producciones que acrecienten el número de sus admiradores, ya que los jóvenes se muestran tan esquivos al grato comercio de las musas.

Napoleón lo manda

Vaudeville de Scribe

(*Mercurio* de 19 julio de 1841)

El vaudeville *Napoleón lo manda*, de Scribe y compañía, fue el asunto que ocupó primordialmente nuestro teatro de anoche; piececita de gusto y llena de sentido común como son la mayor parte de estos *vaudevilles* del teatro de Scribe y que han pasado a nuestro idioma con nombre y todo, puesto que son de fábrica extranjera y nuestra lengua no les tenía preparado un tratamiento *honorable*.

Al ver al señor Peso, con su naturalidad que no copia sin duda la elegancia de modales de la vieja nobleza francesa, pero que tiene al menos la cualidad que más raramente se ve en nuestro teatro, al ver al señor Peso con sus vestidos de corte antiguo y raídos, creíamos ver en él la humillación de aquella usada aristocracia que empezaba a reconciliarse con el imperio flamante de gloria, a cuyo inevitable establecimiento era fuerza resignarse por hambre y por la necesidad de tener patria. La señora Montes de Oca sostuvo el interés de su papel con mucho encanto. Primero era una marquesita radiante de hermosura y juventud, apegada como la que más a sus creencias aristocráticas, despreciando la gloria militar que lo invadía todo, y soñando en condecitos y marqueses del antiguo cuño; pero un rico vestido de mano de la emperatriz, es el

primer escalón que la une con la época en que vive. ¡Ya se ve! Un vestido azul celeste con guarniciones de rosas blancas es una diabólica tentación para una niña bonita, y mal puede resistir la preocupación más arraigada cuando se hiere el talón vulnerable de una mujer de gusto por los adornos; y luego si se presenta un guapo pretendiente, aunque sea de *orden del emperador*, pero siempre muy guapo y de modales afables, cultos y comedidos, puédese en buena hora entablar un coloquio para protestar primero contra la violencia de un emperador intruso, y después para pactar y transigir poco a poco con las circunstancias. Todo esto nos parece muy bien; mas no así la razón que, entre otras, da la marquesita para no gustar del enlace convenido sin su consentimiento, cual es la de no conocer a su novio. Scribe se ha olvidado que en los matrimonios aristocráticos no entra para nada la voluntad de la prometida. Tantos francos de dote, el palacio tal y el título de condesa por una parte, y por otra la renta cual y el mayorazgo tal, hacen las veces de este amor de aldeano que solo sirven para nosotros pobres diablos, sin pergaminos, sin títulos y sin alcurnia. Sea de ello lo que fuere, la marquesita consiente en casarse, y en ir a ver a su esposo en un garito, en un cuerpo de guardia en que puede cortarse el humo de las pipas y en el que se respira *punch* y coñac. ¡Qué humillación para la nobleza del arrabal de Saint Germain! ¡Oh tiempos! ¡He aquí lo que la revolución ha traído! ¡Este imperio de soldados borrachos y sedientos de combates y de sangre! ¡Y la antigua nobleza tener que mezclarse con esta nobleza plebeya, compuesta de tambores, sargentos y soldados elevados a reyes y príncipes! ¡Oh! Sin duda que la escena en que la marquesita entra en el cuerpo de guardia es la más histórica y la más característica. Mas, al fin, oye la narración de los combates que han sido teatro de la bizarría del coronel Ferrier, su futuro de orden del emperador, y luego lee el título de general que da al coronel el que *nunca* se olvidó de la comportación de un soldado de Ulm y

Austerlitz, y su corazón francés, amante de gloria y honores, abjura sus honores de salón aristocrático, se reconcilia con el humo del tabaco y de la pólvora, las dos especies de humo que más están en boga, y hela aquí a la marquesita envanecida, esposa del general Ferrier y pronta para acompañarlo a Berlín, adonde llevan a su esposo la guerra que se ha declarado y la sed de nuevos triunfos.

Y ¿dónde se queda nuestro valiente Bernardo?, soldado viejo de la república y del imperio, *vieux soldat de l'empire qui a vu toutes les capitales de l'Europe, sacre dieu*! ¡*Vive Napoleón*! ¡*Vive l'empereur*! ¡Bravísimo, señor Silva! Es usted un buen soldado lleno de humor y alegría, naturalote y de buena pasta. No titubeamos en decirlo, el señor Silva ha sido el héroe de la función rivalizando en propiedad con la señorita Montes de Oca. El señor Moreno era un buen oficial del imperio, con algunas otras buenas cualidades que una *triste figura*, de lo que lo felicitamos con toda la capacidad de nuestros pulmones y las fuerzas de nuestras manos.

Un defecto hemos notado, que si bien hace un anacronismo en la historia de las vestimentas, hacía más picante el papel del señor Silva. El traje que llevaba pertenece a una época anterior al imperio; es de los tiempos de la monarquía de los Borbones y de principio de la república. El emperador arregló el equipo y vestuario de su ejército bajo el pie que lo vemos en todos los ejércitos modernos: pantalón ancho, casaca, chacó, etc., sobre todo el pelo corto y no con *chapecan* de chicote como lo llevaba anoche el señor Silva.

Por lo demás, la representación ha sido buena, los papeles bien distribuidos, y no ha habido nada que llamase la atención, si no es el poco concurso. Los palcos estaban vacíos y las lunetas presentaban claros espantosos. Sin duda que el público hacía justicia al comunicado del *Otro abonado* que había salido a la defensa de los defectos de nuestra compañía cómica; y, ¡vive Dios! que entraremos en desleal batalla con este

espadachín que nos sale al encuentro. Ya nos estaba fastidiando no cortar a diestro y siniestro, y queremos entregarnos a la innoble pasión de la *murmuración por escrito*, que causa nuestras más caras delicias. ¡Venga el comunicado!

Por lo pronto se me viene a los ojos, y a fe que echan chispas de rabia, aquello de que nuestra *crítica es inconducente*, que está hecha con *impericia e ignorancia*, que es ridículo hacerla y demás a más una *pedantería insufrible*. Vaya de barato este preámbulo y de balde la argumentación que sigue, en que el *Otro abonado*, como si yo hubiese sido en mi vida hombre abonado, concluye, que aunque uno se desgañite diciendo, *fulano hizo mal esto, dijo con impropiedad lo otro*, el defecto quedará en pié, subsistirá siempre. ¿Qué son nuestros cómicos tan testarudos, tan incorregibles, que no habrán de escuchar jamás los reparos que se les hacen para que expresen con propiedad los conceptos que deben vivificar? ¿Les habrá soplado el demonio del orgullo o será tal su incapacidad y falta de talento que no acierten a enmendarse?

¡El teatro dice el *Otro*, necesita, como ninguna otra cosa, ejemplos prácticos! Sin duda que los buenos ejemplos sirven de mucho para formar los grandes actores; pero para los malos, solo son motivos de nuevos e insufribles defectos. La imitación de un mal copista, es peor aun que la inhabilidad espontánea.

Creemos que sería oportunísima una escuela de declamación; no para enseñar cómo debe manifestarse el dolor, ni la desesperación, ni la cólera, cuyo modelo no se encuentra en las escuelas sino en la naturaleza y en la sensibilidad del corazón, sino para quitar a los alumnos todas esas majaderas afectaciones con que por copiar lo que no han entendido, hacen de una escena patética, un motivo de risa y de farsa. Buena sería una tal academia para enseñar la prosodia del lenguaje, explicar el sentido de las palabras y dar dignidad y soltura a los modales; pero muy poco contribuiría a la verdadera y fiel expresión de las afecciones del alma sin darles para ello un

tono amanerado y facticio, que nuestros primeros cómicos no necesitan, porque lo tienen que les rebosa por las costuras de los vestidos. Hay actualmente en París una escuela para los cantores y cantarinas de la ópera, y el público se queja de los pésimos resultados que ha dado. Los actores reproducen sus lecciones enseñadas, sin que el *parterre* sienta aquellas profundas emociones que lo hacía experimentar la habilidad espontánea de algunos seres privilegiados, que sin preparación alguna, se han abierto paso desde los papeles subalternos hasta ocupar el rango a que los destinaba el *genio* y el *talento*.

Pide el *Otro* ejemplos prácticos. Sin duda que es original pedir que haga otro tanto el que halla mala otra cosa. El miserable fabricante de paños que oye llamar ordinaria su bayeta, puede decirnos, hágala usted mejor y hacer que la bayeta sea paño de Sedan. El pintor de puertas que os hace un mamarracho, os dirá que lo hagáis, y si no sabéis hacerlo, helo aquí que se convierte en Miguel Angel o en Ticiano. Estas puerilidades propias de un chiquillo majadero, no importan nada. Si el público no puede subir a las tablas a decir a un actor, esto se hace así, no por eso deja de sentir las bellezas y las imperfecciones. No quiero suponer que todos tienen un gusto formado y cuyo fallo sea siempre acertado. No; pero tienen en cambio sentido común, para apreciar lo que es propio o impropio, y corazón para sentir lo que aflige, alegra o le irrita. Para que el *Abonado* sienta hasta donde llega el imperio del buen sentido y del corazón, le contaremos lo que muchos saben, pero que él ignora acaso. Molière es, como debe saberlo, uno de los genios de la comedia; nadie como él conocía en su tiempo el corazón humano, y nadie pintó con más delicadeza y más profundidad sus virtudes. Pues bien, este grande hombre, antes de presentar en escena sus composiciones, tenía costumbre de leerlas a una criada vieja que de muchos años tenía a su servicio, porque había notado que en los pasajes en que esta pobre mujer, apoyada en el

mango de su escoba, se sonreía, era seguro que el público los aplaudía; mas si ella meneaba la cabeza con señales de desaprobación, bien podía preparase para oír los silbos del público.

¿Qué diremos de un público que se echa a reír cuando un actor hace el último esfuerzo para enternecerlo? Piden para convencerse *ejemplos prácticos*, y voy a darles uno, *tamaño* como un buey. En la función del domingo el señor Moreno, en el 5° acto, había mostrado todas las angustias de un hombre virtuoso que va a morir en un cadalso dejando una esposa idolatrada, entregada a la desesperación y a la venganza de un hermano bárbaro y rencoroso. La marcha fúnebre conmueve los corazones, las lágrimas y la resignación de un padre han enmudecido de compasión a los espectadores; el aparato del suplicio llena a todos de horror, la víctima, en fin, va a desaparecer del teatro, y al ver por última vez a su padre, lanza un gemido lastimero. ¡Bien!, el público ser ríe a carcajadas de este gemido, tan triste y tan profundo. ¿Cómo no se había de reír si parecía un grito de *laucha* que ve un gato que va a cazarla? I sino ¿por qué, pues, se ríe el público? Entremos a examinar este incidente. O el público no sabe sentir, o el actor le robó todas sus ilusiones dándole gato por liebre. Del público puede decir el actor que no entiende de comedias y que no es capaz de desempeñar un papel subalterno, en lo que estamos de acuerdo; mas el público se ha reído cuando se esperaba verle deshacerse en lagrimas y sollozos. ¿Se habría reído si hubiese visto a un preso de la cárcel barriendo en la plaza? No, sin duda. ¿Por qué, se ríe pues, cuando todo está calculado para conmover su corazón? ¡Qué! ¿Una esposa torciéndose las manos de desesperación, un padre virtuoso envilecido, un joven interesante echado por una pasión amorosa en el camino del vicio sin contaminarse, y no obstante, subiendo a un patíbulo para saciar la venganza de un noble cruel, el aparato del suplicio, la música fúnebre, no arrancan del público otros

acentos que la risa y la burla? Señor *Abonado*, si el público hubiese estado leyendo en el silencio del asilo doméstico, esa misma pieza ¿cree usted que al llegar a ese gemido habría soltado la risa? Luego ¿dónde está el mal? Fuerza es buscarlo donde está, en que no se representa bien uno de esos desahogos del alma que llamamos interjecciones; en que no hay vida ni verdad ni naturalidad; en que se ha tomado una afectación de dolor, por la expresión de dolor; una afectación sentimental, por las pasiones del alma, que son la naturaleza misma, sin manera especial.

Reflexionen sobre este hecho nuestros actores, si quieren alguna vez aproximarse a la perfección. No es en el desprecio de la crítica en donde pueden encontrar remedio, es en el estudio de los defectos que se les indican, donde hallarán motivos de aplauso y de buen suceso.

Ahora nos queda solo por decir nuestro nombre, para que el *Abonado*, nos diga el suyo, según lo promete *solemnemente*. ¿Viose nunca majadería de tanto volumen? ¿Será este un duelo? ¿Y nos citan al teatro para esgrimir los floretes? ¡Mas si no sabemos tirar el florete! Tomaremos lecciones allí sin duda. Señor *Abonado*, me llamo *Don Silbos y Palmoteos*, y ¿cuidado! que si se mete en quintas conmigo, le he de hacer zumbar mi nombre de bautismo por los oídos.

Un desafío
Drama de Larra
(*Mercurio* del 22 de julio de 1841)

¡Vaya una buena pieza, una buena función y una buena actriz sobre todo! Los palcos estaban recargados de frutas y de flores, como viejos perales de los trópicos. Qué peras tan maduras había en algunos. Qué ojuelos negros brillaban como carbunclos en otros, que ya me olvidaba de mi metáfora de los perales, con que me estaba saboreando.

El anagrama del célebre y malogrado Mariano Larra que suscribe la traducción del drama titulado *Un desafío*, sería por sí solo una recomendación del mérito de la pieza que pudo excitar el interés de aquel aristarco tan enfadoso para la vanidad de autor, y tan insoportable para las pretensiones de ciertos actores *pretenciosos* en demasía; porque han de saber nuestros lectores, que en España, en donde escribía aquel célebre crítico, hay actores que saben apreciar sus talentos, como por cualquier otra parte.

El asunto del drama está tomado de las costumbres del reinado de Jacobo I, en cuya corte introdujo el favorito Lord Buckingham, el gusto por todo género de disipaciones, galanterías y desórdenes que, como ha dicho muy bien el cartel del teatro, *daban pasto a la vida*. Todos los papeles subalternos, son en esta pieza subalternos en extremo, pues que no se ligan

al asunto principal sino por incidentes muy pasajeros, lo que ha servido para hacer brillar el buen juicio de los miembros de la compañía que los desempeñaban, pues ninguno se ha excedido un punto del rol que debía ejecutar.

Si no he comprendido mal el argumento, el conde Warwick concibe una pasión extremada por Elizabeth Howard, a quien cree viuda hasta el momento en que ella le revela que está casada secretamente con el duque de Besford, en cuyo favor empeña Isabel el valimiento del conde, a fin de que se le indulte de las penas rigorosas en que ha incurrido hiriendo a alguno en un duelo. El duque, reconocido al servicio que aquel le hace, le ofrece una gratitud y una amistad sin límites, y esta amistad tan franca de parte del esposo para con el amante de Isabel, hace el interés de la pieza. La pasión ilegítima de Isabel, que tan mal paga el ardiente afecto de su esposo, no está justificada por antecedente alguno que atenúe su deformidad, si no es la gratitud, que se vé que en concepto del poeta mismo, ha sido reputada bastante. No así la del conde que cuando ha principiado a amarla, la creía viuda y por lo tanto libre de empeño alguno. El drama desarrolla, pues, una pasión ilegítima, sin manchar el carácter de los personajes que de ella participan; porque nada hay en esta pieza que muestre caracteres de personas, ni de época, sino de pasiones como el amor, la desesperación y la venganza. No sería pues ni muy moral, ni muy digna de nuestras costumbres una escena que sin atenuación suficiente, nos ofrece en espectáculo un amor culpable, que sin embargo de serlo, no envilece sino a la víctima leal e inocente, que ni aun ha podido sospecharlo, si el desenlace no bastase a encubrir este defecto. La catástrofe es de un género nuevo, moral y enteramente dramática. El duque instruido por la oficiosa crueldad de Burker, de la infidelidad de su esposa, la abruma con todo lo que un corazón ofendido tiene de más amargo, echándole en cara su traición y la deshonra que sobre él hace recaer. En medio de esta escena aparécese el

conde que expone su vida por arrastrar en su fuga a la culpable esposa de su amigo. El duque, entonces, halla un objeto digno de su enojo; se arroja hacia él, le pide satisfacción de la ofensa, le compele, le arrastra, le empuja hacia fuera; dos tiros de pistola revelan al público la muerte del conde, y el duque la anuncia como un suicidio efectuado para no caer en las manos del mortal enemigo del muerto. La esposa, en tanto, pide también la muerte, la solicita de rodillas; «os abandono —le dice el duque— al remordimiento y a la execración». ¡Sentencia terrible! ¡Desenlace espantoso y lleno de instrucción moral!

Fuese un incidente, fuese una intención, la señora Miranda que de arrodillada que estaba, había quedado impropiamente sentada en el pavimento, añadía con su postura humillante, un grado más de verdad a la vergonzosa condición a que su extravío reducía a la culpable Isabel. Por lo demás, la intriga de la pieza es conducida con habilidad, los incidentes son naturales, las escenas muy dramáticas y las pasiones vehementes y verdaderas.

La señora Miranda ha obtenido un suceso completo y a nuestro juicio merecido. Todos han quedado satisfechos, y deben prometerse nuevos esfuerzos de su parte, para conservar las simpatías con que el público la ha acogido.

Su representación ha sido casi generalmente bien desempeñada, y en algunos pasajes difíciles llevada a una animación y verdad tan natural, como no veíamos de mucho tiempo atrás en las tablas. Su llanto es el de una mujer desgraciada, es decir el llanto que vemos aquí abajo en la vida real, llanto que no se manifiesta para hacer llorar a los que lo presencian, sino para desahogar las penas del corazón. Su ansiedad en el tercer acto, mientras que el esposo que ha deshonrado da al amante las pruebas más incontestables de la adhesión que una noble gratitud inspira, era tanto más interesante cuanto que la escena en que lo manifestaba, se prolongaba a punto de hacer embarazosa la representación

mímica que con tanto arte, expresión y naturalidad ejecutaba la señora Miranda. Sobre todo hay una parte dificilísima que reproduce maravillosamente esta actriz, y es la instancia urgente, las improvisaciones del sentimiento. ¡Qué vida y animación había en la escena en que quiere compeler a la fuga a su amante! Era la naturaleza misma, y en todas las veces que ha debido manifestarse agitada por afecciones o deseos violentos e impetuosos, se ha conservado a la altura de su rol.

Todos han quedado satisfechos, y en su entusiasmo no sabían qué ponderar más, si la propiedad de aquella exclamación que la nobleza de sentimientos de su esposo le arranca: «él cumple con su deber mientras yo lo deshonro» o de aquel: «soy tuya, quiero ser tuya» que en el enajenamiento del amor exhala.

En honor del señor Velazco debemos decir que ha comprendido y desempeñado muy bien su papel, sobre todo en la escena que motiva el desenlace de la pieza, en que instruido de la infidelidad de su esposa, se abandona a la amargura de su posición y al sentimiento de su amor y de su honor ofendido. Hubo un momento, y fue aquel en que el duque de Besford manifiesta en su actitud aquella reconcentración sublime del hondo pesar que le abruma, que creímos ver en el señor Velazco al malogrado y hábil Cáceres, que tan bien solía expresar la energía de estos felices pensamientos. Esto nos hace esperar mucho de los esfuerzos sucesivos del señor Velazco.

El señor Moreno ha manifestado la inteligencia que de costumbre, y la buena gracia y porte de sus modales. La ejecución fue buena en cuanto ha estado de su parte, que como todos saben es cuanto puede exigirse de un actor.

¡Es julio, pascua del pueblo!

(*Mercurio* de 1° de agosto de 1841)

Mes que la Providencia ha hecho ser
el ángel Miguel de la causa de los pueblos.
¡Gloria al mes de julio!

De un amigo.

I

En todos tiempos sintióse el hombre llamado a inclinarse ante la presencia de un gran día, porque su vuelta le hace gozarse en la dicha de sus padres y se engríe con la idea de que ese día lo celebren también sus hijos. Ser descontentadizo y caviloso, halla estrechos los límites de la vida, y quiere trasladarse a los tiempos que para él pasaron, ya que no puede vaticinar las formas del porvenir que aún no existe, hombre o pueblo, que no es posible comprender sino cuando está reunido y conversa con los otros hombres; en su existencia eterna que vive siglos, se pasa la memoria de los sucesos como los eslabones de una cadena, hasta que la pierde de vista en la oscuridad de los tiempos, sin poder descubrir el punto desde donde parte. Mas él conoce los días en que los acontecimientos sobrevinieron, y se regocija con ellos y olvida sus males

presentes. Las fiestas son los capítulos de la historia del pueblo, y las ceremonias símbolos que perpetúan un recuerdo. Así los hijos de la libre Grecia, coronados de yedra, rosa y laureles, cantaban bajo los mirtos de Olimpia las hazañas de sus héroes. Así el pueblo eterno, el pueblo monumento, celebró con cantares y convites la huida del Egipto y el día primero que concibió ser libre, y cruzando las rojas aguas, se internó en el desierto, para ir a descansar a la tierra que mana miel y leche, es decir en la *patria*, donde, sin temor de las miradas de los extraños, el hombre puede reposarse diciendo: «este es mi lugar en la tierra». Así el habitante de las soledades baila en torno de la hoguera, y cuenta las astucias de sus guerreros y celebra la ligereza de sus cazadores.

Todas las naciones de la tierra celebran las estaciones que señalan las revoluciones misteriosas del universo, y las han llamado Pascuas, porque ellas recuerdan el vínculo que une al hombre con el alma del mundo, la alianza de la materia y de la inteligencia, el descenso de la divinidad hasta el hombre, y la apoteosis del hombre que se siente semidiós.

II

Mas he aquí que se cumplen aquellas palabras que en lo antiguo resonaron en el fondo del Asia: «En tu familia serán benditas todas las naciones de la tierra». La causa de los pueblas se aúna, y las vallas que los separan se desmoronan una tras otra. Las naciones se saludan hermanas, y en una época sola celebran la pascua de la Natividad, de la Resurrección y de la Libertad. ¡Ah! que algunos pueblos asisten a las fiestas del extranjero, tristes y cabizbajos porque ellos no tienen fiestas de la libertad, porque los esclavos no cantan sino llorando; pero esperan, porque la esperanza es el sentimiento

íntimo de los destinos de los pueblos!

¿No veis la fisonomía adusta de Julio que pasa todos los años con lento paso, arrastrando el cadáver de César y enseñando a los pueblos el puñal de Bruto? Se llamaba *Quintilius* cuando Roma era libre; pero un tirano le robó el nombre y le dio el de la víctima, y desde entonces repite cada año a los opresores: «¡Yo soy Julio el matador de César!». Así cava el despotismo su tumba creyendo que abre cimientos para erigirse un monumento imperecedero.

¡Dejad que pasen los siglos, oh vosotros pueblos que no sois libres, que un día vendrá en que el fantasma de Julio se presentará sobre los pináculos de las torres, como el ángel exterminador que blandía la espada sobre el castillo de Santángelo! Acordaos dé cómo rompió los cadenas que ataban un brazo a la virgen América, y los gritos que se oyeron entre los bosques de la Pensilvania que los ecos de los mares repitieron, y que dejaron fríos de espanto a los reyes en sus palacios dorados: *¡Todos los hombres nacen iguales!* [19] Acordaos de cuando desde las almenas de la Bastilla, en 1789, animaba al pueblo a la destrucción de aquel baluarte del feudalismo. Julio hizo caer a Robespierre, porque Robespierre era tirano de la revolución y de la libertad.

Dejad que los años pasen y el mundo se conmueva. No os den cuidado las victorias del soldado del San Bernardo y de las Pirámides; si veja a los pueblos, humilla también a los reyes, y sobre sus bandas reales «se ve el polvo de sus pies». Julio pasará todos los años sin hacerse sentir, hasta que una vez se detenga como el águila sobre la América del Sur. Allá en la heroica Tucumán que los *pacaráes* custodian y refrescan los naranjos con su hálito perfumado, donde la hija de las selvas se corona de nardos, lianas y suspiros, los rebeldes por todas partes sucumbían ante los tercios de la España irritada; y cuando la cuchilla iba a descargarse sobre su indefensa garganta, Julio gritó en un concilio: «Somos independientes

para morir siquiera, ya que nunca fuimos libres» [20]. Y diez años después la América toda era libre, y está suelta y sin cadenas.

III

Julio vuelve todos los años a ver el fruto de sus obras, y a lo lejos divisa a la hija del norte, libre, rica y fuerte, gozándose en su dicha y nadando en barquillas famosas en las aguas del Mississippi; pero al sur ¡oh dolor! ve a los pueblos que libertó, debilitándose en luchas sangrientas, y la venganza y la discordia y los odios civiles desgarrando sus entrañas. «Pueblos —les dice—, ¿así usáis de la dicha de ser libres, así malbaratáis mis dones?» Mas nadie le escucha, y la carnicería sigue y la destrucción acrecienta. Mas el genio de Julio tenía una grande obra que realizar, y fijó sus libertadoras miradas en las márgenes del Sena. Una dinastía olvidada había caído en medio de la Francia entre los móviles de destrucción que la Europa coaligada había lanzado sobre ella. Dinastía fósil y desconocida de la joven Francia; pero hubo de aceptarla, como se aceptan las calamidades, porque no hay ánimo ni aliento para rechazarlas. Un día llegó a París la nueva de la aparición del genio de las batallas, y el rey *legítimo*, sentado en su trono y en medio del que él llamaba su pueblo, se halló destronado por un recuerdo y volviose al extranjero, de donde fue lanzado de nuevo para castigar a un pueblo que gimió largo tiempo y esperó, y se comió sus lágrimas largos años. Julio vino, y sopló su aliento a ese pueblo, que sin saber por qué secreto impulso, salió a las calles y combatió sin jefes y sin guías, pero animoso, indomable y resuelto a ser libre a toda costa. Tres días sin descanso luchó hasta que oyó crujir el trono *legítimo*, caer un cetro y rodar hasta el fango la corona de los Capetos. Mas este pueblo no supo cometer atentados inútiles, y al ver salir para

siempre al monarca por la voluntad del extranjero, honor a los vencidos, exclamó, y un coro de pueblo saludó las bayonetas inteligentes.

IV

Ved ahí, pues, a Julio el libertador en quien todos los pueblos esperan, porque nunca lo invocaron en vano. ¡Poetas americanos!, no cantéis ya los meses que traen las flores, los frutos o las nieves. Olvidaos del sañudo invierno y del abrasador estío. Cantad la era de la inteligencia, de la libertad y de los gloriosos hechos de los pueblos. Julio es bello siempre y todos sus días son una pascua continua, que Norte América celebra cuatro días, y los hijos del Plata nueve; catorce celebra en sus días gloriosos la Francia, y treinta celebra ahora, porque en Julio halló siempre remedio a los males que la afligen, y en Julio se desatan las cadenas de los pueblos y reciben escarmiento los poderosos de la tierra.

¡Oh, vosotros, hijos de las ciudades que ocultan los bosques sombríos del Tucumán, vosotros que tenéis en la garganta el cuchillo de un tirano doméstico que amenaza sepultar la civilización y la libertad en una misma tumba; vosotros que ayudasteis a combatir al inmortal Belgrano; vosotros que hicisteis retroceder avergonzados a Laserna y Tristán, sucumbid con gloria, si Julio no os ha sido propicio! Como las creencias religiosas, la libertad tiene sus mártires, la causa de los pueblos sus confesores, y la humanidad y la civilización sus apóstoles. Nuestros padres no desesperaron nunca, porque tuvieron fe en los destinos de su patria y sabían arrostrar la muerte y el cadalso.

Costumbres yankees

(*Mercurio* de 3 de agosto de 1841)

Una discusión curiosa vemos entre dos periódicos norteamericanos, cuyos motivos creemos ininteligibles para todo buen católico que no conozca el rigor de las costumbres y prácticas de los puritanos y las leyes que ellas han engendrado. En el discurso inaugural del presidente Harrison se encontraban estas palabras: «Creo demasiado solemne e importante la ocasión presente, para que parezca disculpable el interés que tengo en expresar a mis conciudadanos mi profunda reverencia por la religión cristiana». Un periódico, de la oposición sin duda, porque la oposición en todos partes sabe sacar jugo a las piedras, prueba convincentemente la falsedad del aserto del presidente, señalándolo a la opinión pública como libertino. ¿Y de qué argumentos se vale? Aquí quisiéramos ver adivinar este enigma al católico más timorato, al beato más *ojigacho* y más observante de las prácticas religiosas. Diría que reniega de Dios y de sus santos, que no oye misa ni compra bula de carne, que no se confiesa ni comulga por pascua florida, que lee malos libros, que no respeta al clero, que… que… que… Pues, señor, nada de eso, ni por un pienso. El *Standard* acusa al presidente Harrison de un ataque espantoso, inaudito, y nunca suficientemente reprobado, hecho contra la religión, las sanas prácticas y las buenas costumbres; lo acusa de una falta no leve, sino enorme,

enormísima, lo acusa, en fin…, no tenemos ánimo suficiente para escribirlo; nos lavamos nosotros las manos para no contaminarnos; que lo diga el *Standard* mismo con sus propias palabras. ¡Oíd o ved católicos lectores míos la fea culpa de que es acusado aquel presidente infortunado!: «El general Harrison y Mr. Jyler —dice el *Standard*—, llegaron de Virginia a Washington en la tarde del domingo anterior a la inauguración…». ¡Qué! ¿Leéis la relación de este pecado monstruoso, sin maldecir al impío, al sacrílego? Pero si vemos que no comprendéis en donde está el delito. ¡Malaventurados *papistas*!, exclamaría compadecido un puritano. Vosotros, que os creéis en el buen camino y nos condenáis sin piedad al infierno, porque no obedecemos al simulacro de Roma que creéis el sucesor de San Pedro y que nosotros miramos como el Anti-Cristo, vosotros que adoráis ídolos en las imágenes, ¿no sabéis en qué ha pecado el general Harrison, cuando llegó en domingo a la ciudad de Washington? Vuestra ceguedad no os deja ver que este general, con la prisa de ser presidente, ha osado viajar en día domingo, en el día del *sábado*, en el día consagrado por el Señor al descanso y a la oración? ¡Así vais, oh vosotros católicos, extraviados en el camino de la perdición, vosotros que en el día del Señor frecuentáis los paseos públicos, concurrís a los teatros, recibís y hacéis visitas y os entregáis a toda clase de diversiones mundanas!

Pero dejemos a un lado lo que diría un puritano contra nuestras prácticas como católicos, y veamos lo que a cargo tan furibundo, a acusación de tanto peso contesta otro puritano, pero puritano ministerial, es decir, encargado de volver lo blanco negro, de poner los cosas a derechas y restablecer los hechos en su verdadero punto de vista. ¡Felices en Norte-América y en todas partes los escritores de la oposición, porque ellos tienen en lo pasado y lo presente, en lo viejo y lo nuevo, en lo negro y lo blanco, en lo cierto y lo dudoso, piedras que hacer llover sobre el gobierno, mientras que los infelices que

han tenido la mala ventura de ponerse de parte del *poder*, están circunscritos a parar un golpe aquí, desenmarañar una impostura allá, o hacerse los desentendidos cuando le mandan por la cara una verdad *cierta*, como si les dieran un gatazo por los hocicos. Defiéndese allí, escapa allá, enredase por acullá… ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué apuros!

Estamos sin proponérnoslo, algo *talcativos* o habladores; volvamos, pues, a la cuestión. El *New-York Commercial Advertiser*, periódico ministerial, según parece por el tiento con que anda en los asuntos que trata, se propone defender al pobre general Harrison de la acusación de haber viajado en domingo, aunque fuese para recibirse de presidente al siguiente día; lo que entre nosotros, buenos y ortodoxos católicos, no solo sería suficiente motivo para viajar en coche, pues en suma los caballos son los que trabajan, sino que también lo haríamos si se nos llegase el caso y sin el menor escrúpulo de conciencia, en una desmayada y lerda bestia que tuviésemos que llevar a remolque con talones, manos, chicote, y gritos para hacerla llegar a tiempo.

El *New York Advertiser* entra en la defensa del acusado, no como entraríamos nosotros, diciendo que esas son *pataratas* que no valen un cigarro de tabaco saña; y que Jesucristo había sido el primero en reírse de esas majaderías, cuando los fariseos le acusaban a sus apóstoles porque andaban cogiendo espigas y comiéndose los granos el día del sábado, contra lo dispuesto en la ley, y que, de más a más se sentaban a la mesa sin lavarse las manos, lo que por otra parte nada tenía de extraño entre gentes de la extracción de los santos apóstoles, que eran proletarios, es decir, gente pobre, pescadores, pueblo en fin. Pero no, señor, el *Advertiser* no se anda con palabrotas, conoce el terreno resbaladizo que pisa, y la gravedad del cargo que va a contestar. Asienta, pues, el principio inconcuso de que «no hay excusa alguna para violaciones flagrantes a innecesarias del sábado cristiano». Reconoce paladina y

explícitamente que no es lícito viajar en domingo; y en esto se conduce el periodista con toda la maña y habilidad necesarias en su difícil tarea: reconocer el cargo, conceder lo mismo que se intenta negar, confundirse entre los acusadores para atraerlos después, que tal ha sido la práctica rutinaria de los buenos escritores desde Cicerón abajo que, como todos saben, era un insigne periodista del tiempo de los romanos.

Mas el apurado *Advertiser of New York* continúa su argumentación sofística, asegurando que «el general Harrison llegó de Richmond a Fredericksburg el sábado a la tarde, y que era indispensable que se hallase en Washington el lunes, por cuya razón era de necesidad continuar el viaje durante el domingo. Preguntarán —continúa—, ¿por qué no arregló las cosas de modo que pudiera llegar el sábado a Washington en lugar de llegar solo a Fredericksburg?

»Así lo hizo ni más ni menos; pero causas independientes de su voluntad dieron al traste con todas sus disposiciones. Esperaba llegar el viernes en la siesta a Petersburgh, a tiempo de encontrar la diligencia de la tarde que viaja a Richmond, la cual para a las tres y media; pero para mayor abundamiento, habían obtenido algunos amigos suyos del agente en Petersburgh la promesa de que la diligencia no partiría hasta las cuatro». Esta promesa hecha a los amigos del que iba viajando en derechura a la presidencia, fue violada sin más acá ni más allá, por un agente de posta, y haciendo partir la diligencia a las tres cuarenta minutos, dejó a mi futuro presidente a la luna de Valencia, pues que él llegó diez minutos después. ¡Oh, lo que valen los minutos! Los austríacos perdieron la batalla de Austerlitz, según el sentir de Napoleón, que se entendía en materia de minutos, por no saber apreciarlos en todo su valor; y un *circa* presidente está a punto de cometer un horrendo pecado, ¡por la miseria de diez minutos!

Sería nunca acabar si contásemos todas las tragedias de

este malhadado viaje, lo que le sucedió con la diligencia del sur, y los contratiempos que le hacían perder los minutos, y cómo se vio forzado, para ir adelante, a encaramarse en un *extra train* o vehículo particular. Lo cierto del caso es que sin poder subir ni bajar, ni estarse quedo, el domingo se acercaba, y detrás venía el lunes en que iba a ser inaugurado a la presidencia, y corría riesgo de no hallarse presente. ¿Qué hacer en tamaño conflicto? ¡Eh!, diríase echándose el *poncho* a la cara cual otro César, a Roma por todo, y pasó el Rubicon, es decir, se echó a viajar como un desatado por esos mundos de Dios, mal que le pesase al domingo; que los periódicos ministeriales sabrían hallar documentos que acreditasen la verdad de lo referido, y presentasen la cosa del modo más decente posible, no olvidando que el general Jackson, cuando venía en camino para ocupar la silla del ejecutivo, este camino tan lleno de ocasiones de distraerse y pecar, participó de dos funciones militares en dos domingos sucesivos, acompañadas de redobles de tambores. ¡Qué desacato!, tocar tambores en domingo y con las detonaciones de artillería. ¡Qué horror! Este sí que era pecado, y el *Standard*, no chistó palabra entonces. Pues así son todos los periódicos.

Nuestros lectores extrañarán algo que este asunto, a nuestro modo de ver tan trivial y de tan poco momento, haya ocupado, no decimos a la oposición, porque en fin eso le viene de derecho, sino que los ministeriales hayan tomado las cosas tan de veras, y hayan ocupado tanto razonamiento y tan menuda exposición de hechos; pero es preciso, para comprender este negocio, conocer como decíamos al principio, las costumbres de los puritanos y las leyes que de ellas han nacido. La observancia del domingo es entre ellos tan estricta, que se escandalizan de la profanación que nosotros hacemos, según ellos, del domingo. No solo no es lícito el menor trabajo corporal, sino que todas las casas se cierran; los teatros, los cafés y los paseos están desiertos, el viajero suspende su

marcha, y no es permitida otra lectura que la de la Biblia, ni otras prácticas que las que tratan de religión y del culto debido a Dios. La ley no se ha mantenido muda, y el magistrado de un lugar está autorizado a detener en su marcha al viajero que camina en domingo, averiguar la causa que motiva esta infracción, y castigarla si no la considera suficientemente justificativa.

El último sainete [21]

(*Mercurio* de 6 de agosto do 1841)

Desgarren, quemen, pulvericen sin compasión y sin que se les escape un ¡ay, pobrecito! ese maldito y detestable sainete que les atrajo tantos silbos; y al director de teatro, recomiendo con todo mi poder e influencia que le den mucho pescozón por el ultraje que ha hecho a tan respetable público, exhibiendo esa escena que ni bestial es, pues que las pobres bestias nunca fueron tachadas de tontas desde los tiempos de Esopo hasta nuestros malhadados días.

La tragedia tiene por objeto conmover profundamente nuestro corazón y excitar la compasión por las grandes desventuras, y la comedia nos echará en cara nuestros vicios, poniendo nuestras costumbres y carácter en ridículo. Mas el sainete fue improvisado al día siguiente de aquel en que un filósofo socarrón descubrió que por nuestra buena ventura todos teníamos entre nuestros elementos constitutivos, una gruesa dosis de tonto, mucho de majadero, tal cual sabor de animalidad, un sí es no es de mentecato y un aire de gaznápiro; todo lo que, lo diré de paso, podrá haber descubierto en sí mismo, si bien en dosis muy diminutas, cada uno de nuestros lectores, excepto aquellos a quienes una mamita muy amorosa, criados que saben su oficio y amigos *aprovechados*, les hayan persuadido de lo contrario, con los cuales individuos, lo digo

con la mayor atención, no me meto, pues harto tienen que hacer con el espejo, el peluquero francés, M. Tiska, y demás ingredientes que constituyen un *dandy*, sin contar una petimetra que les oiga sus almibarados coloquios. ¡Si se habrá quedado alguno estupefacto al saber que tenemos todos nuestra punta de tontos! Pero examínese, estúdiese y verá si se la encuentra cada vez más prominente y más constituyente de su ser cuanto más se observe.

El teatro tiene esto de bueno, que habla a nuestros sentidos, a nuestro corazón y a nuestras ideas. Nos ilumina con un buen alumbrado, que nos permite calar hasta el fondo de los palcos, donde bostezan las gentes retiradas del servicio de la vida, las inválidas, las agregadas al estado mayor, y las licenciadas, mientras se le antoja andarse viviendo por vía de distracción a un mal marido ostentándose en las primeras filas de la guardia joven, tropa alegre y bulliciosa que ansía por los combates y la parada. ¡Qué diestras algunas! ¡Qué manejo en toda arma no prohibida! ¡Qué victorias tan espléndidas! ¡Qué derrotas tan descabelladas! Conozco alguna que se ha quedado dueña del campo de batalla siempre, sin hacer prisioneros siquiera porque el enemigo ha emprendido la retirada antes de medir las armas. ¡Qué triunfo tan barato! ¡Ni de balde!

¿La música? Es espléndida, a toda orquesta, con sus pasajes de tarde en tarde que le hacen cortar a uno el discurso, hasta que muy luego viene el «como iba diciendo», que es un corcho con lacre y alambre para nuestro oído musical. ¿El baile? Graciosísimo y seductor más allá del proscenio. La señorita Pinilla ha hecho un inmenso progreso desde su primera aparición acá. El domingo pasado traía una cintura que no era la de Venus, sin que de ello me quede la menor duda; un vestido que había sido de terciopelo flamante, del largo necesario para indicar la modestia de la que lo llevaba, contra todo lo que algunos curiosos quisiesen en contrario. Bailó con una expresión que me hizo deplorar que no haya tenido ocasión

de aprender *zamacueca*. Esta segunda vez se ha acercado un tantico, como una legua de distancia, a la elegancia y fina sal de su predecesora, por quien somos tanto más apasionados, cuanto que aquellos sus piececitos angelicales, según la idea de los ángeles que yo me tengo formada por los que he visto en los nacimientos, alejan del ánimo todo pensamiento mundano y descomedido, circunstancia que reconciliaría infaliblemente con el baile escénico a su más arrugado y acartonado impugnador; pues a lo que mi parte toca, ni veniales he cometido al mirarlos. Danza muy bien la señorita Pinilla, y pudiera pedir a la señora Montes de Oca una lección de actitud elegante, y dezamacuecadamente noble. ¡Largo el adverbio!

¡Pero este sainete, este sainete que se me viene al ánimo conturbado con la *estesa* de aquí para allá, y el bonete y las pistolas, y el director de teatro! Si me parece que es un sueño, una fantasmagoría infernal, para echarnos en cara nuestro atraso. Bueno es que los actores, concluida la comedia o el drama que nos hace reír o enternecernos como gente decente, diviertan un rato con su sainete esta parte grosera que de bruto tenemos, y que se estaba bostezando de fastidio durante la pieza principal en que no entiende palabra, sino cuando el actor hace una de las suyas, es decir, lo contrario de lo que el autor se propuso; santo y bueno. Nos reímos entonces con la risa gorda, nos reímos a todo lo que es reír; para todo pensamiento para retirarnos contentos de habernos reído bárbaramente o a pierna tendida; pero el sainete del domingo me ha hecho sospechar que soy un animal, un podenco, lo que me ha contristado sin consuelo, porque tenía concebida de mi capacidad la más alta y loable idea, y empezaba a formarme castillos de viento. ¡No me arruinen, señores cómicos! Me matan, si me persuaden que soy un hipopótamo.

¿Por qué no fueron al teatro las señoritas que otras veces embellecen los palcos? ¡Qué lluvia ni que nada! La pérdida que han hecho es irreparable. Hubieran visto y oído a la señorita

Miranda, porque era como cosa de verse y oírse a un tiempo, contestar a un ¿lloras Carlota? un sublime, inimitable ¡yo llorar! sorbiéndose las lágrimas y negando a sollozos que lloraba. ¡Ah, no había de ser mujer! La naturaleza misma y la verdad a gritos. ¡Si la hubiesen visto en una escena que no me acuerdo como era, pero que era muy linda, muy linda, lindísima, cuando le decía al marido no sé qué, que habría conmovido al director de los carros ambulantes! ¡Si hubiesen visto al señor Moreno hincadito, con las manitos en actitud de decir bendito, requebrando a la señora condesa! Verdadera imagen de una ánima del purgatorio. ¡Pobre señor Moreno! ¡Qué lástima me dio! ¡Si hubieran visto, ¿qué digo visto?, oído al apuntador, entusiasmado y exaltándose por momentos, a punto de que me olvidé de los actores, pues que no se les oía nada, y empecé a seguirlo entusiasmado a mi turno y esperando por momentos verlo salir con la concha en la cabeza y el cuaderno en la mano a declamar en las tablas según el papel lo exige! ¡Si hubiesen visto al señor Moreno con su bonete de tres picos y de forma cónica, que debía ser diverso a los comunes de sacristanes por el don apostólico de lenguas que poseía, y que hacía hablar a la Montes de Oca y a la Miranda, y reírse a la primera a más no poder y tosiendo como que no se reía! Si hubiesen visto aquel sainete, aquel asunto, aquel gracejo, aquel conjunto, ¡oh! habrían palmoteado, manoteado, paleado, llorado de enternecimiento, de rabia, de risa, de humillación, de lástima. ¡No! Vengan niñas, vengan al teatro, vengan aunque llueva a cántaros, aunque sus mamitas no quieran, aunque nadie las traiga ¡Vengan! ¡Vengan!

La Nona Sangrienta
Beneficio al Señor Peso
(*Mercurio* de 29 de agosto de 1841)

¡Ay, la *Nona Sangrienta*!... qué horror... la *Nona*... La monja hubiera sido una vulgaridad clásica; monjas hay por todas partes y la idea es prosaica y aplastada; pero la *Nona*, ¡oh! esto es romántico, hiere la imaginación, porque busca una imagen, una forma sensible con qué representarse el sentido de esta palabra, y se abruma el entendimiento discurriendo si nona será sinónimo de la Donna del Lago, la Dueña sangrienta, la mama nona de los chicos, o de *nonnes* del francés, monja en prosa castellana, pero *nona* al frente de la traducción de un drama moderno.

Baste por lo que hace al título, y veamos el fondo y la forma. Catacumbas, venenos, espectros, fantasmas, el desconocido, la visión, las calaveras, el hilo, la antorcha, la polvareda, las llamas, la víctima, los gitanos, el puñal, la muerte, el lecho nupcial, lo horroroso hasta no más, la desesperación, la fatalidad, todos los elementos, accidentes e incidentes que acompañan al drama de nuestros días, lo romántico en fin, porque la *Nona Sangrienta* es un drama romántico desorejado y desaforado a más no poder. ¿Y nosotros vamos a criticarlo? Pero ¿qué diremos en su desventaja? ¿Que peca horrorosamente contra la unidad de acción, de tiempo y de

lugar? ¡Vejeces! Vale tanto como citarle la Biblia, San Agustín, Tertuliano y los concilios a un ateo. Si no cree en nada un romántico, no conoce reglas, ni respeta autoridades ni tradiciones. ¿La verosimilitud? Pero las creaciones de la imaginación son verosímiles desde que ella gusta de crearse un mundo ideal de ficciones, de fantasmas, de preocupaciones populares. ¿La nobleza de los afectos? Mas en el corazón del hombre se aposentan instintos innobles, y los caracteres más sobresalientes en esta sociedad positiva, son los que chocan más de frente contra las leyes ordinarias que la conservan. Los grandes delitos dejan su instrucción también, y no es fuerza que la virtud triunfe en las tablas y sucumba siempre el delito, cuando en la sociedad vemos todo lo contrario, y es más verdadero representarse las cosas tales como son, y no someterse a una justicia poética que, a fuerza de repetirse, se hace improbable, monótona e insípida. El teatro por otra parte es un espectáculo popular, al que todos asisten a distraerse, a gozar más animadamente de la existencia, a recibir sacudimientos más profundos que en la vida ordinaria. ¿Os aterran con exhibiciones espantosas, os erizan los cabellos de horror, os hacen volver la cara de asco, os deslumbran con la siniestra vislumbre de las llamas, os llenan de un placer inefable a la aparición silenciosa de la luna, gustáis de las emociones apasionadas del amor, os turban los terribles desahogos de la venganza, de los odios, de las pasiones llevadas a su última exageración? Pues bien, habéis gozado, habéis sufrido. ¿Qué más queréis?

¿Y qué contestar a estas razones? ¿Qué antes el teatro era más moral en sus fines, más ordenado en sus medios, más conforme a las reglas de la sana crítica, más puro, más sublime en sus concepciones? Enhorabuena. Pero ahora es más animado, más vasto en las fases del asunto que abraza, más poderoso para remover el alma, más atento a conmover los sentidos, y por tanto más completo, aunque sea más

imperfecto.

Sea de ello lo que fuere, el drama romántico es el protestantismo literario. Antes había una ley única, incuestionable, y sostenida por la sanción de los siglos; mas vino Calvino y Lutero en religión, Dumas y Victor Hugo en el drama, y han suscitado el cisma, la herejía, de que nacieron después el deísmo y el ateísmo, y el romantismo en el arte, del que, cuando el caos se desembrolle, veremos salir en materias de teatro, ortodoxos, puritanos, cuáqueros, unitarios y metodistas. ¿Y qué hacer, pues? ¿Habrá de recurrirse a una inquisición? Pero este medio ha caído en desuso, y los gritos de los clásicos, como las hogueras de aquella, no podrán contener la marcha de las ideas; pues que la importancia de la reforma ha sido demostrada hasta la saciedad.

La *Nona Sangrienta* es una buena pieza dramática hasta el cuarto cuadro, en que la escena de los gitanos viene a resfriar el ánimo de los espectadores, con la intercalación de personajes tan episódicos y tan desligados de los antecedentes, sobre todo tan innecesarios al desarrollo de la acción, que sin consultar las reglas de los clásicos, se puede tachar de pésima, por la razón sencilla de que disgusta, resfría y debilita las impresiones recibidas. Nos abstendremos de hacer un prolijo examen de la pieza, porque no poseemos la medida de lo bueno, de lo cabal, en este género de composiciones, y muy mal haríamos en querer medir con vara, una longitud que ha sido medida por estadios, millas romanas, pies de gigantes, o quien sabe qué otra medida cabalística. Figúrense nuestros lectores que la pieza es de magia, ¿y qué entendemos nosotros de los círculos mágicos, ni de cómo se hacen las apariciones y las brujerías? Oíamos en la platea a un grupo de criticones que estaban atisbando la pieza, hallar fuera de propósito y mal zurcida asaz la injerencia en la acción general de Enrique de Rudenz, que aparece en el cuarto acto y muere envenenado en el quinto, sin que se haga mención de él al principio, ni su

muerte conduzca al desenlace de la escena. ¡Boberías clásicas! Sin Enrique no habríamos visto los bellos arrebatos de cólera de un valiente como Conrado, que tiene miedo a las ánimas, pero que no consiente que se le rían en sus hocicos de sus terrores, y que se ríe él mismo cuando acaba de ver y hablar al fantasma, con una risa forzada, horrible, y románticamente satánica; sin Enrique no habríamos visto al fantasma dar señales visibles de ser una criatura viviente y no un espectro, al envenenar a su primo que, calumniándola para con Conrado, le había enajenado su corazón y causado todas sus desgracias. ¿Qué necesidad hay de que todos los personajes principien y acaben la acción? ¿No basta que el héroe principal lo haga? Uno principia su vida con los niños de la escuela, pasa su juventud en los bailes y los estrados; la política, el comercio u otros intereses le traen nuevos interlocutores, la vejez trae después los suyos. El drama de la vida tiene un solo héroe, quizás dos, los demás son accidentes de cada acto. ¿Por qué no ha de entenderse así en el drama escénico la unidad de acción?

Lo que ni clásicos, ni románticos han notado y que me ha tenido en espinas durante toda la pieza, sin duda porque no soy clásico ni romántico, es el papel que desempeñaría el beneficiado. Como la pieza era exhibida a beneficio del señor Peso, me presumía yo, ¡loco de mí! que como en las otras piezas desempeñase el papel principal. Se levanta el telón y se sucede una escena a otra en el primer cuadro. Busco en vano al señor Peso entre los interlocutores. Por un momento creo reconocerlo por la estatura en el santo cardenal que está parado en una pilastra; pero ¡vana esperanza! el guía de las catacumbas lo señala como un esqueleto, y Conrado cuenta su historia. Entre las calaveras no podía estar la suya; ¿dónde, pues, estaba este actor beneficiado? Aparece en el segundo acto el desconocido, embozado en su capa. Vaya! digo, este es el beneficiado; pero se descubre y es el señor Velazco, que desempeña con más bondad y dignidad que misterio su

carácter de genio tutelar de Conrado, a quien salva en los combates, en las catacumbas y en las emboscadas, invisible y visible a un tiempo en todas partes. Aguardo el tercer cuadro, pero en la avant scene no aparece. Descúbrese el templo, y se me clava en la cabeza que es una de las monjas, largas, escuálidas que vislumbro a lo lejos colocadas en hileras en el fondo, y por lo pronto salgo de mi cuidado. Durante el cuarto cuadro no puedo penetrar hasta mi asiento, tal era la apretura y muchedumbre de los espectadores. Me resigno, pues, a pasearme en la sala de refresco, compendiando y clasificando mis reminiscencias para escribir un artículo. ¡Ahí el tiempo lo disipa todo, y ni de uno solo de los comentarios que hice entonces me acuerdo ahora, lo que es grande lástima, porque eran muy profunda y muy sabia y clásicamente preparados. Vuelvo al quinto cuadro, en que hay aquello de los gitanos, la fantasma, los puñales el envenenado y la cita; pero nada del héroe del beneficio, del señor Peso el beneficiado. Espero el desenlace; aquí, me digo, el padre vendrá a salvar a su hija; pero la horrorosa catástrofe se consuma, las llamas rodean el teatro y el beneficiado no parece. Al fin, se oyen rumores de gente afuera de la escena. ¡Ah! ahora sí el señor Peso; pero el telón cae, y me persuado haber distinguido ende el murmullo lejano de aquella comparsa invisible, la voz grave del beneficiado. ¡Esto sí que es romántico! me quedo repitiendo. ¡Esto si que es romántico ! Ni la pieza ni la fantasma son tan románticas como el papel del beneficiado; y con el mayor candor del mundo me pongo a buscar al señor Peso en la platea, temiendo que estuviese entre los espectadores, gozando de su beneficio. Caras largas como la suya veo por unas partes, redondas otras, blancas, morenas, lindas, feas; pero ninguna la del beneficiado. Diviso un grupo de jóvenes en un costado, y concluyo que allí está recibiendo enhorabuenas el héroe de la pieza. Me aproximo y eran los críticos del teatro que estaban acuchillando, aporreando o defendiendo la pieza. Para unos

tenía unidad, complicación extremada en la intriga, cuadros acabados, escenas magníficas; para otros era un embrollo sin atadero, un hacinamiento de inverosimilitudes chocantes, una violación de todas las reglas, en fin una farsa insufrible. Cual ponderaba hasta las nubes la exquisita y bien sentida representación de la señora Miranda, extasiándose en recordar su temor y su espanto tan vivo en las catacumbas, su desesperación y horrorosas convulsiones en el desenlace de la catástrofe; cual otro hallaba un poco floja, sin dejar por eso de ser verdadera, la expresión del señor Jiménez; quien decía sesta, y quien se alargaba sobre tres lunetas, para decir ballesta a algún lejano contenedor; uno me caza del doblez del fraque para que apoye su opinión, y otro me codea para que no me enmarañe en cuestiones tan ajenas del lugar. —¿Y díganme ustedes, les digo, qué hay del señor Peso a quién ando buscando? —¿Al señor Peso? ¿Para qué? —¿Para verlo? —¿Para qué? para felicitarlo por no haber desempeñado papel en su beneficio. —¿Cómo que no? —¿Y el padre de Matilde? —¿Y bien, quién lo ha visto? —¿Quién? —Todos. —¿En su propia forma, y con su propia catadura? —Hombre, y en el baile cuando dijo cuatro palabras? —¡Ah! ya caigo; estaba yo fuera. ¡Viva el beneficiado y la invención!

Las obras de Larra

(*Mercurio* de 31 de agosto de 1841)

La revolución que a nuestra vista se efectúa en la península española, dormida por tantos siglos bajo la influencia letárgica del despotismo que vigilaba su sueño, ha despertado la actividad del pensamiento de sus moradores e improvisado genios que, a la par de sus guerreros, lidiando por destruir las fuerzas materiales que se alzaban en apoyo del oscurantismo, han trabado descomunal batalla contra las costumbres indolentes, las añejas preocupaciones y los arraigados abusos que, más que las mismas leyes e instituciones bárbaras y arbitrarias, prestan poderoso y permanente auxilio a los déspotas, haciendo ilusorias todas las tentativas de mejora que los pueblos o sus representantes intentan para cambiar la condición de una nación. Sin la mejora de las costumbres, las constituciones democráticas son una burla; sin amor por la libertad, las garantías son un nombre vano; sin interés por la cosa pública, la prensa se convierte en instrumento de opresión y el voto universal en sanción del despotismo. De aquí es que en los países que acaban de conquistar su libertad, es necesario, según madama Staël, que la sátira, ridiculizando errores envejecidos, retraiga de ellos a los jóvenes, y que el desengaño producido por la convicción, rectifique las ideas de la edad madura.

Los pueblos que entran de improviso en los caminos que conducen a la libertad, más apego tienen a sus preocupaciones y a sus antiguos hábitos, que amor verdadero y entrañable a la libertad misma; semejantes en esto al entusiasta que envidia las ilusiones y los encantos de la pintura, pero que deja caer el lápiz de la mano cuando se le quiere enseñar el medio de ejecutarlo. Más actos de tiranía y de vigilancia costó a Pedro el Grande hacer cortar a sus rusos sus largas barbas, que los que fueron necesarios para establecer la inquisición en España; y más fatigas y contrariedades indirectas costará entre nosotros establecer un vasto plan de educación primaria, que lo que se habría requerido en otro tiempo para anular la representación nacional.

Quijotes, pues, se necesitan, que buscando aventuras y trabando por doquier caballerescas pendencias, extingan estos últimos restos de una época decrépita, aunque los nuevos paladines hayan de salir molidos y asaz mal parados de la contienda; y la España ha producido ya algunos que han desempeñado con harta gloria la gran misión de su época. El joven don Mariano J. de Larra, de tan cara memoria, es uno de estos espadachines de tinta y papel que acometiendo de recio contra las costumbres rutinarias de su patria, contra un orgullo nacional mezquino y mal alimentado, contra hábitos de pereza y de abandono, supo abrirse paso por entre la enemistad y el odio de sus contemporáneos a quienes hirió de muerte en sus preocupaciones, labrándose una reputación que le sobrevivirá largo tiempo, y que es hoy uno de los raros y gloriosos timbres de la corona literaria de la España moderna.

El justamente llorado Larra no ha escrito un libro, como Cervantes; atento a las necesidades de su época, ha escrito *artículos* en los periódicos. Sabía muy bien que el diario es la voz que resuena siempre, la palabra viva y mordaz, el pregón alto y sonoro con que el escritor denuncia lo malo y resuelve *incontinenti* sobre cada problema, con facilidad y acierto

convenientes. Sabio sin ostentación, profundo sin pedantismo y elocuente sin énfasis, Larra, arrojando diariamente sobre la sociedad los dardos de su sátira punzante, enérgica y correccional, irritado de corazón contra los males de la sociedad, riéndose de rabia y de vergüenza al contemplar a su país aherrojado por las preocupaciones, cuyo peso no acierta a sacudir, aunque haya tenido valor suficiente para arrostrar en los campos de batalla, en las breñas de los cerros y en las emboscadas de los caminos, la rabiosa sed de sangre de los partidarios del despotismo; Larra, en fin, realizando el tipo de Fígaro, a quien hace decir Beaumarchais: «fastidiado de mí mismo, disgustado de los otros, superior a los sucesos, elogiado por los unos, vituperado por los otros, aprovechando el buen tiempo, soportando el malo, burlándome de los tontos, desafiando a los malvados… Usted me ve en fin…» Larra, por último, presente en todas parles, vituperándolo todo, combatiendo a los ministerios que se suceden, mas por hacer que nazca la oposición y oponer trabas a los prestigios del poder en un pueblo acostumbrado al despotismo, que por verdadera malevolencia; arrojando su nombre a los enemigos como un guante de reto, cuando más irritados se muestran con su Fígaro; Larra, decimos, ha introducido en su país y creado a un tiempo un género de literatura que por todas partes se esfuerzan a imitar, y que hace de sus escritos un legado y un patrimonio para los pueblos que hablan la lengua castellana, a cuyas costumbres y necesidades se adaptan maravillosamente. Las sales con que sazona su crítica no son el mayor mérito de estos escritos de circunstancias; hay además una tendencia en ellos tan pronunciada, tan sostenida, de referirlo todo a la política, al descrédito de las ideas viejas, a la difusión y valimiento de las liberales, que puede decirse de aquella, que es la *critica aplicada a los intereses sociales*; y donde quiera que haya gobierno por establecerse, costumbres añejas que combatir, quisquillas de nacionalidad que moderar, e ideas

nuevas que introducir, Larra será el libro ameno, útil e instructivo.

Nosotros somos una segunda, tercera o cuarta edición de la España; no a la manera de los libros que corrigen y aumentan en las reimpresiones, sino como los malos grabados, cuyas últimas estampas salen cargadas de tinta y apenas inteligibles. Sus vicios son los mismos de que adolecemos nosotros, hijos de tal madre, y nuestras costumbres no le van en zaga; así es que lo que allá se ha escrito nos vendrá siempre de perlas.

No es menos importante por lo que respecta al teatro y a la literatura moderna. Poeta dramático a la par de juicioso crítico, ha analizado muchísimas de las piezas originales españolas que se representan en nuestros teatros, y no pocas de las traducciones francesas con que nos favorecen a menudo buenos traductores o detestables copistas; de manera que sus críticas del teatro son tan prácticas o tan convenientes aquí como allá, dándonos reglas de buen gusto, sin pretensiones clásicas, sin desenfreno romántico, no siendo menos importante la pureza, gala y armonía del idioma, del que sus escritos pueden ser reputados como un modelo digno de imitación, en países como los nuestros en que la lengua necesita purificarse de los vicios que a cada paso encontramos en las asalariadas traducciones francesas. Inútil es decir que los otros géneros de poesía que en su tiempo han visto la luz, no han escapado al examen severo de este implacable e imparcial aristarco.

La colección de los artículos de Larra que bajo el seudónimo de Fígaro, aparecieron en el *Pobrecito Hablador*, la *Revista Española*, el *Observador*, la *Revista*, el *Mensajero* y el *Español*, forma hoy día el libro más popular que pueda ofrecerse a los lectores que hablan la lengua castellana, y aun para los extranjeros no carece de interés, si no como un modelo de idioma, como la crítica más picante y más característica de la época y de las costumbres españolas.

Un viaje a Valparaíso
(*Mercurio* de 2, 3, 4, 6 y 7 de septiembre de 1841)

Primera jornada

Cuando el estudioso habitante de Santiago oye ponderar los prodigios que se obran diariamente en Valparaíso, y la metamorfosis que experimentan sus edificios, sustituyéndose como por encanto en un abrir y cerrar de ojos palacios y mansiones inglesas a las mal paradas casillas de antaño; cuando le cuentan que por todas partes se oye la jerigonza de idiomas desconocidos, mezclados al ruido de las olas y a los gritos de marineros y cargadores; cuando le insinúan con voz misteriosa que casi todos estos gringos, gabachos y carcamanes no creen en Dios o adoran a Mahoma, y no obstante andan en dos pies y ganan plata como unos judíos, y tratan y contratan con tanta o más buena fe que un cristiano; sin duda que cuando uno oye tantas y tan extrañas cosas, la gana le viene de ver este Valparaíso tan diferente de lo que son nuestros pueblos del interior, donde se habla la única lengua que debiera hablarse, y donde se cree y profesa unánimemente cuanto debe ser creído y profesado. Amen.

Llevado de esta curiosidad que me tenía todo el día preocupado, y deseoso de correr tierras, ver el mundo y

contemplar el mar, que nunca mis ojos habían visto, vínoseme a la fantasía emprender este viaje al puerto de que tantas cosas buenas se dicen, y aunque se opusiera a ello mi buena mamá que tanto me quiere siempre, hubo de ceder al fin a mis importunas y reiteradas instancias, bien persuadida de que tengo una fuerte inclinación a los viajes, pues había notado desde mi infancia bien tempranas muestras de ello, en mi decidida predilección por las correrías por calles y callejuelas en lugar de aulas y bancas, que todas las fraternales amonestaciones del zurriago y la chancleta no fueron parte a hacerme frecuentar.

Pero lo que mi madre no notó nunca porque es cosa que no se hace notar en Chile, es la invencible propensión que a escribir un viaje tengo; un viaje en que yo sea el héroe y el objeto más puntiagudo que se ofrezca, para tener el gusto de oír mi nombre, y ocuparse de mis aventuras contando cómo fui servido en la posada de Díaz y los propósitos que me tuvo un borracho. He leído algo de viajes y sobre todo diccionarios de geografía. Conozco el reino de Chile, de donde soy oriundo, y esto no de simple vista, ni de relaciones de arrieros y traficantes, sino por las obras más modernas que se publican en España y en Francia, por diccionarios geográficos arreglados *por una sociedad de literatos* y coordinados en conformidad de la *Geografía Universal* de Malte Brun. Leía, por ejemplo, en dicha mi obra favorita: «San Juan de la Frontera, ciudad de Chiquitos en Chile, cerca del lago de Guanacho, situada en un territorio habitado por más de 20.000 indios, con minas de oro, a cuarenta leguas N.O. de Valparaíso» ¡Quién no se siente arrebatado de admiración al ver cómo progresan las ciencias geográficas en Europa, y se asombra de saber que sean hombres y no dioses los que tan sin pretensión publican por amor del público unos libros tan llenos de luces y de instrucción! Me ocurrió, pues, que haría un gran servicio a las letras ayudando con nuevos datos a la formación de tales

libros, y con la bendición de mi madre y el corazón puesto en su lugar, ya que dama de mis pensamientos no tengo, hice a la vela para Valparaíso en uno de esos amarillos birlochos que, más que arrastrarse, se les ve volar por entre piedras y barrancos que parecen escollos y reventazones que la destreza imponderable de estos pilotos a caballo solo pudieran evitar.

Y aquí me impacienta y me desvive el que no haya medios de establecer desde Valparaíso a Santiago, diligencias enormes en que vinieran hacinados por pasajeros, clérigos, niños, viejos y empleados, para hermosear mis descripciones imaginando caracteres de personajes que nadie habría sospechado de naturales ni posibles; pero tengo que encerrar los arranques de mi ingenio dentro del asiento del birlocho, escaso para dos personas, salvo el estrecho espacio que a veces ocupa una botella amiga, para enjugarse los labios del polvo que levantan los veloces caballos.

Era el caso, pues, que, por mi buena ventura, me deparó la suerte, o más bien el capataz del carruaje, un *bon homme* de francés por compañero. Era este un *gabachón* que doce años de residencia en América no habían podido curar de su mala costumbre de serlo; hombre grueso y redondo de cuerpo y alma, dotado de buen humor y con todas las apariencias de ser tan pobre como honrado, calidades que no siempre andan juntas, según me lo ha enseñado la buena de mi madre.

Buen trecho había que estábamos rodilla con rodilla sin dirigirnos la palabra, descontento yo de hombrearme con una persona de apariencia y fisonomía punto menos que vulgar, en lugar de algún alto empleado de aduana o estanco que yo me había prometido, y amilanado él, más que de mi capa, levitón y casquete, de mis modales de caballero que sabe apreciarse y que posee el arte de despreciar a los otros, arte tan bien cultivado en nuestro país; y mucho más tiempo durara nuestro silencio a dúo, si al entrar en lo más crespo de la calle de San Miguel, no hubiesen por casualidad caído las ruedas del

birlocho en un pozo que el fango ocultaba, haciendo saltar una lluvia de barro del que vino a depositarse una gruesa suma en mi ojo derecho y partes adyacentes.

—¡Animal!, dije al birlochero, ¿tan luego aquí se te antojó meterte?

—Con que es la única parte por donde puede pasarse.

—¿Y por aquel lado?

—Si no hay más camino que el que llevo; si me aparto un pelo se pegan para siempre los caballos.

Hube, pues de limpiarme desdeñosamente el ojo, y mi compañero se animó a consolarme diciéndome que para adelante era lo peor.

—¿Cómo lo peor? ¿Hay por ahí algún otro pantano?

—Si esto no es nada, todo el camino es así, y en algunas partes, usted verá cómo está.

—¡Santo cielo!, dije, este es el camino de Valparaíso, por el que se hace tanto comercio y transitan tantos personajes! ¡Oh delicias de Santiago, oh limpieza de sus calles! Lléveme usted a casa.

—Señor, si está bueno, soy baqueano y no ha de suceder nada; más allá hay donde apearse.

—¡Ah! siga usted puesto que es posible andar a pie.

Un mundo de ilusiones se había evaporado con esta perspectiva; habíame propuesto dividir mi viaje en cuadros románticos; el primero debía llamarse *Mi partida* y cualquiera que como yo sea aficionado a versos y amoríos, se imaginará fácilmente todas las ternezas que podían ataviarlo; el segundo, *Un compañero de viaje*, tema fecundo en incidentes y rasgos de ingenio para trazar un carácter original, costumbres raras, etc.; el tercero, *El paisaje*; *La casa de campo*, el cuarto; *El*

encuentro feliz, el quinto, si había alguno que no fuese el de una carreta o una piedra, y así de los demás. ¿Qué me quedaba, mientras tanto, de mi plan de viaje? Mi primer cuadro era la cataplasma de barro en el ojo; el segundo sería, sin duda, el lecho y cobertor de barro debajo del dosel de una rueda; y no me quedaban alientos para imaginarme los demás. Por fortuna me ocurrió que Dios hizo al hombre de barro, y esta fue una verdadera inspiración del genio. Yo también, me dije a mí mismo, haré un viaje de puro barro, y cual otro Prometeo, osaré crear algo.

Las desgracias humanizan a los hombres, y un pelotón de barro en la cara bien puede hacernos embrutecer y por un corto momento descender de nuestra posición de caballeros. Ni me pareció tan villano el compañero francés, ni duró más tiempo nuestro silencio: hablábamos del camino, del barro y de Valparaíso, y muy luego se estableció una amigable inteligencia. Díjome que había ido a Santiago a cobrar unas seis onzas, y que el viaje le costaba tres, entre birlocho, posadas y quince días de demandas y diligencias, lo que me hizo admirar lo que progresa la riqueza del país, y cómo un hombre sin principios podía ganarse en un dos por tres cien pesos con solo el gasto de cincuenta.

En estas y otras pláticas pasábamos pasablemente nuestro tiempo, gracias a mi compañero que hacía un no disputado monopolio de la palabra, pues que, en cuanto a mis derechos de hablar, había yo hecho formal renuncia y traspaso desde que admirando con la boca entreabierta alguna escena tal cual agradable por la combinación de lomadas vestidas de alegre verdura y un paisaje lejano que no carecía de animación, dio un tan recio salto el birlocho, que pegara yo diente con diente, si la mal avisada lengua no se hubiese venido a interponer entre los contrincantes, saliendo la cuitada asaz mal ferida, como es de uso inmemorial y consuetudinario que salgan todos los que se entrometen en querellas ajenas, no obstante lo caritativo y

noble de sus intenciones. ¡Estamos frescos, me dije tristemente, allá en lo más apartado de mi corazón, y recogiendo la magullada lengua al fondo del paladar, que no le sea permitido al pobre viajero desmandarse en abrir la boca, so pena de quedarse inhabilitado para poder contar después lo que le pasa! ¡Si será esta alguna celada tendida a la maledicencia de algún mal aconsejado caminante que con sus murmuraciones intentase hacer menos cómodo el empleo de ingeniero de caminos, que tan gruesa como productiva suma absorbe al erario!

Resuelto a guardar mi mueble para otros usos más caseros, señalé con el dedo una hermosa casa de campo que se divisaba a corta distancia del camino. Es, me dijo mi *cicerone*, del cuñado de un coronel que se mezcló en la revolución del Barón y que era su legítimo y anterior dueño; pero a consecuencia de esto, fueron confiscados y vendidos sus bienes, y el cuñado compró la casa; quien sabe si por hacer buena obra a su hermano o porque le hubiese cobrado cariño a la propiedad aquella. Bastaba esto para hacerme desvanecer toda idea agradable y todo pensamiento de cuadros románticos, de casa de campo y paisaje, desde que se mezclaban con ellos revoluciones, confiscaciones, destierros y todas estas miserias odiosas de nuestra mala vida pasada, a más de que todo contuso y aporreado, como mi cuerpo estaba, y peor acondicionado y en manera alguna enjuto mi ánimo, con los ojos fijos en el barro, viendo en espíritu otros y más tremebundos pantanos, asiéndome de mi compañero cuando era fuerza ir por cuadras enteras sentados de soslayo, contra las leyes de la gravedad y de la buena crianza, a lo que no me había acostumbrado mi desapercibida madre, ¿qué alma de hierro no se necesita para ver con ojos románticos lo que nos rodea, cuando lo positivo, lo real, como es el fango, amenaza sorbernos a cada rato?

Llegamos, por fin, a un lugar que, si mal no me acuerdo,

llaman Monte-Aguirre, en donde una hilera de carretas diseminadas aquí y allí, a lo largo del camino, hubieron de arrancarme una pregunta, mal que le pesase a mi remisa y espantada lengua. Estas carretas, me dijo mi buen compañero, estaban aquí cuando yo vine a Santiago, y cada día andan algunos pasos en el mar insondable de fango en que están sumidas. *Voilà*, que allí están *les petites enfants* de un pobre amigo mío, que hace veintiséis días que salieron de Valparaíso. ¡Pauvres petits!

Estupefacto y boquiabierto hube de quedarme al oír una cosa que me pintaba en tristes imágenes los sufrimientos y las cuitas que me aguardaban. Pié a tierra, le dije a mi compañero, y el birlocho que salve como pueda. Era esta una escena de oprimir el corazón a todo hombre que no sea ni pueda ser ministro, tesorero o celador de caminos. Como unos treinta bueyes muertos, por no tener acaso un cónsul que hiciese oír en tiempo hábil sus mugidos; yugos rotos, lo que ya no espanta, después que rompimos el yugo de la España, que era tan grande; ejes quebrados que anuncian un cambio de ministerio en las carretas; fardos tirados por todas partes, para mostrarnos sin duda lo floreciente de nuestro comercio; y en pos de todo este aparato una cuarentena de infelices desnudos, medio perdidos en el lodo, alentándose con sus gritos y trabajando diariamente para realizar un imposible, en medio de los sufrimientos y las fatigas más inauditas.

Unas carretas enseñan su espaciosa boca, como si pidieran socorro a los pasajeros; otras las tienen inclinadas hacia abajo, como si contemplaran la espesura de los grillos que encadenan sus pies; y cuales otras las tienen fijas en el cielo, cual si intentaran hacer llegar a los oídos de los ministros sus sordos gemidos, pidiendo que se les haga gracia y justicia.

¡Y tan alegres que están en Santiago a la hora de esta!, me decía yo dentro de mí mismo, ¡tan ocupados que están todos en preparar bailes, paradas, y diversiones públicas para las fiestas

cívicas! ¡Quién pudiera traer al futuro ministro de obras públicas, y al futuro presidente, y que contemplen esta escena, y que vean lo que hay que hacer para hacer algo y evitar tantas miserias! Este camino es el único que Chile tenga, ¡el camino que media entre la capital y el puerto! y no puede recorrerse, por meses enteros, sin riesgos, sin demoras y sin pérdidas enormes. Es verdad que las lluvias tan continuas han hecho inevitables estos males; pero a más de que el ingeniero pudo poner el camino en estado de sitio desde entradas de invierno hasta el verano, el más pequeño reparo habría bastado para remediar lo más urgente de los males.

Cuando nuestro vehículo hubo escapado de desaparecer de esta vida, como a cada instante nos lo temíamos, recobramos nuestros asientos y acometimos la subida de la cuesta de Prado, en la que la tiranía colonial de la España abrió un camino duradero y útil, aunque le faltó el esencial requisito de hacerlo con conocimiento de las cortes, por haber sido diferidas algunos siglos antes, y sin previo mensaje de ministros, ni planos y presupuestos tan maduramente meditados como los de los dos caminos de Aconcagua. Es mucha fortuna que nos hayamos librado de aquella mala madrastra que nos chupaba las venas y nos contentaba con caminos y obras públicas, haciéndonos carecer de las elecciones de diputados, de la libertad preciosa de la prensa y de las fiestas del 18 de septiembre. ¡Gastar dinero en caminos y casuchas, cuando era mejor haber dictado una constitución y reunido unas cámaras legislativas, y publicar las memorias de todos los presidentes, que así sabríamos lo que han hecho o dicho, o deseaban que creyesen que querían hacer en el tiempo de su administración! Bajamos, pues, la cuesta y tan de prisa, que parecíamos un gobierno que se viene abajo, llegando en un instante al punto en que se mató un pobre español ha veinte días, no por culpa de la administración, pues que a más de que el derecho de morir es inalienable e imprescriptible, la muerte

nos sorprende donde quiere, y el lugar en que la desventura ocurrió no era hecho a propósito para matarse por cualquiera cosa, y por tanto debe absolvérsele de cargo y culpa.

Segunda jornada

Quiero ahorrar a mis contadísimos lectores la triste narración de mis cuitas; básteles saber que medio vivo, medio muerto llegué a la posada, harto feliz de haber llegado, espantado del temor de ir más adelante, pues que el porvenir se me presentaba fangoso e intransitable; pero la posada era alegre, murallas empapeladas, sofás modestos, pero confortables, un buen español por fondero, lo que era ya un consuelo, buena mesa a *manger* y sirvientes listos y oficiosos.

—Venga la lista, digo con tono de habitante de Santiago.

—No hay lista.

—¿Qué hay de comer?

—Nada, señor.

—Paciencia, dije.

—Se le hará algo, pues, señor.

—Haga usted.

—¿Qué gusta?

—Gusto... gusto, ¿qué hay, pues?

—Gallinas, huevos, carne; se le hará cazuela, huevos, *bisteque*.

—¿Dónde está el diario?

—¿El diario... ?

—*El Mercurio*.

—¿*El Mercurio*?

—Sí señor, *El Mercurio de Valparaíso*, el papel impreso.

—¿El papel impreso?

—¡Llévete Barrabás, amén de una pipa de demonios!

Me parecía que en el camino de Valparaíso podía caerse algún número, aunque olvidaba que en Santiago caían muy pocos, no obstante que al ver las apariencias de aquella sociedad enmascarada en las formas de la civilización, parece que llovieran a torrentes los periódicos. Gran consuelo es que en otras partes ni las formas tienen, y cualquiera que haya estudiado un poco sabe que la forma es preferible a la materia.

Un birlocho a la puerta se desembaraza de un clérigo modesto e incomunicativo por la gravedad de su carácter, por cansancio o por que le daba la gana, y de un caballero, como yo, de capa y de casquete, que se toma la pensión de saludarnos. ¡Qué atención de caballero! Otro birlocho descarga dos gringos, que nos saludan a la inglesa. La conversación se introduce por monosílabos, se anima por grados y se torna franca al fin. Se habla del asunto del día, del estado de los caminos, *god dem...* se escapa con frecuencia de algunas bocas, *sacre dieu*, exclama mi compañero, y yo dejo oír algo tan castizo y tan puro, que nunca me acuerdo de haber hablado mejor el castellano. Uno de los ingleses describe los caminos de vapor y los carriles macadamizados, lamentando que no hayan piedras en la inmediación de nuestros caminos para hacer algo parecido a los últimos, ya que vapores no probarían bien en estos mundos, según lo ha dejado ver el *Chile*. Pondera el galo los caminos de la *France*, por los que viajan a pie todo linaje de personas, hasta las carretas y diligencias. La conversación se enmaraña y de los caminos se pasa a la política; la de ultramar, se entiende, pues la del interior la consideran esperando, como las carretas, que caliente el sol y se seque el suelo. Mi amigo manifiesta ideas que me pasman. La cuestión de Oriente es a causa de una reyerta que tuvieron

los almirantes ingles y francés; pero ya se han hecho amigos, según lo sabe de buena tinta. Su imaginación se calienta con la presencia de un inglés y un torrente de palabras, que se vienen pisando unas a otras, llueven sobre nosotros. *Luis Felipe*, la *France*, *Napoleón*, *le monde*, *le diable*, qué sé yo qué otras cosas se le agolpan; el príncipe de Joinville había muerto, con su propia mano, a un mejicano indefenso y sopládole en el casco una bala de a 80 a un buque inglés que quería acercarse a México; se lo había contado un primo suyo que se había hallado en aquellas alturas, y no había que dudarlo. Nos refirió el caso con tal propiedad, que para hacernos sentir el estrago de la bala, estiró la mano alejando el cuerpo, y puso fuego con el cigarro a una botella de agua, haciendo un horrible *¡boum! ffififl…* con la boca, para que apreciáramos el silbido de aquella bala monstruo. Una guerra en Europa es necesaria, inminente, según él: hay muchos pobres en Francia y es preciso matarlos; por eso Napoleón fue tan grande; la Inglaterra ha descubierto el medio de deshacerse de aquellas malas piezas, mandando todos sus picaros a las colonias.

Parecióme que este hombre estaba en contradicción abierta entre sus ideas y su posición. ¿Habrá sido escritor de periódicos? Uno de los ingleses le repuso que era mejor que esos franceses pobres se viniesen a estas tierras a enriquecerse, en lo que me pareció que había más ironía que buenos deseos, aunque la observación no era muy desatinada, a haberla hecho a derechas.

Después de muchos incidentes que no merecen contarse, nos recogimos a nuestras *aposentadurías*, y a la mañana siguiente estábamos, mi compañero y yo, bregando con el barro del malhadado camino. Contar cuántos vaivenes tuvimos que resistir, cuántos altos y bajos que subir y descender, cuánto barranco, cuánto pantano, amén de una inundación permanente de muchas cuadras, y una calzada de palos por los que saltan las ruedas, haciendo muecas y cabriolas, como si

bailaran la cachucha... Mejor que lecciones de anatomía sirviera un curso desde Valparaíso a Santiago, para saber a punto fijo dónde tiene uno el corazón, el hígado, el pulmón y la pepita del alma, tales son los brincos que cada una de estas entrañas da a cada minuto, revelando el lugar preciso en que se aposentan. Desde que he hecho este viaje se han disipado todas mis dudas sobre la existencia del alma que siento ahora, y aun me atreviera en una junta de médicos a describir su forma y circunstancias.

Pero la prueba más dura nos aguardaba luego; todo lo ocurrido era como el prólogo del drama. Debíamos llegar a Casablanca y para conseguirlo era fuerza, quisiéramos que no, que arremetiésemos con media legua larga de negruzco, espeso y fatídico barro. El guía del birlocho se para a la vista de esta masa encrespada como las olas del Leteo; contempla su fatigosa extensión; parece que quiere sondearla con los ojos y penetrar sus horrorosas profundidades; allí descubre las astas de un buey sumergido en el fango; por allá un pértigo; acullá una rueda; más lejos se divisa una carreta varada, con uno de sus bueyes muertos y cerrando herméticamente el paso con su exánime cadáver. El valiente birlochero, que sabe burlarse de los peligros y evitar sin volver la vista el más ligero encuentro con una piedra, se queda mudo de espanto, y duda de su habilidad; aprieta las cinchas de sus caballos, recorre los arneses, tantea las sopandas y agrega un tercer tiro para remolcar la frágil barquilla. Aquí, dije yo, va a ser Troya, el paso del Beresina, acomodémonos también, y lo primero que me ocurrió, ¡oh rara previsión del hombre! fue guardar mi lengua, pues tenía que hablar y almorzar si salía con bien de este viaje, emprendido en hora menguada y tiempo aciago. ¡Agárrense!, gritó el birlochero, y luego nos vimos surcando las negras ondas con movimiento peristáltico y bruscamente onduloso. Una rueda se trepa en un alto y la otra desciende en un pozo, avanzando el birlocho con más caído que letra

bastardilla; pero tan caído de mi lado que al fin tuve a mi francés sobre mí, lo que me ha hecho reflexionar después todo lo que debe pesar un bloqueo de la Francia sobre un pobre estado americano.

—Por Dios, amigo, que me revienta.

—*Priez le diable, monsieur*.

—Ya me caigo, déjeme sacar este pie.

Y me vi por un momento en línea horizontal con el barro, y con la perspectiva encima del porvenir del francés y del birlocho. El abismo abría ya su ancha boca para tragarme, y me pareció ver por entre las hendiduras del fango millares de diablos que me tendían los brazos con algazara infernal. ¡Así sucumbe la gloria!, exclamé medio llorando. ¡Aquí se sepultan conmigo más ideas liberales que las que podía llevar a cuestas y las que puede tolerar cualquier ministerio! ¡Aquí se hunden mil proyectos de mejoras, se embarran dentro del alma cien artículos de periódico, y lo que es peor mil veces, se deshacen los tiranos de su más implacable enemigo! ¡Oh prendas por mal de la patria malogradas! ¡Oh dones inútiles para la causa americana! *Consumatum est*, almas piadosas… ¡Adiós, dije, mi madre! ¡Adiós mi tobosina dama!…

Cuando ya me sometía a mi cuitado destino, siento cerca de mis narices la parte trasera de un caballo que arrimaban a reculones para servirme de tabla de salvación. Sentirlo, conocerlo y treparme por la cola a lo alto de una mala y *chilpienta* enjalma de arriero, fue todo uno, y recogiendo mi capa, que cubría la anca de la caballería, cogiendo las cortas estriberas, y calándome el casquete, hice tal fuerza de talón y tan recios y descompasados gritos di, que el pobre manco asustado a su turno, arremetió con un espeso cerco de espinas, a donde lo endilgaba con manos, pies y alma, y fue el pobre a echarse de un salto en una zanja de agua que, por bondad de la

Providencia, me estaba allí deparada. ¡Oh ingratitud de las repúblicas!, exclamé sacando el barro que se había depositado en lo hueco de las orejas, y tratando por sacar a la luz del día mis ojos sepultados bajo la gruesa capa de greda y agua. *Así paga el diablo a quien bien le sirve*, me pareció oír murmurar al caballo, que se sacudía el agua, lo que a ser cierto habría sido por su cuenta y no por la mía.

Me dirigí, pues, con triste y mal seguro paso a algún punto de la costa a que había sido arrojado, y no hallando donde poner los pies, fuerza me fue encaramarme a lo más empinado de la puerta de un potrero, desde donde podía dominar la triste escena que me rodeaba, y dar libre curso, no a las lágrimas que eran remisas, sino al agua que destilaba toda mi angustiada persona. Recogido allí de pensamiento y de cuerpo, con la helada mano en la ardiente mejilla, estaba, cual otro Mario contemplando las vicisitudes humanas, de tal manera que si alguno me dirigiera la palabra, sintiérame tentado a decirle: «Ve a Santiago y di que me habéis visto escurriendo agua y barro en el famoso camino de Valparaíso». Pero mis meditaciones iban más de prisa que el agua que destilaban mis miembros, y fue preciso descender hasta el birlocho, y proseguir lo poco de mal camino que nos quedaba hasta Casablanca.

Un almuerzo, un inglés colorado como un ají y un fondero portugués nos salieron luego al encuentro, y hubo algo de conversación entre mi compañero y alguno que encontró en la posada, que merece referirse, sobre todo en un viaje tan inmoral como este, si hemos de llamar inmoral todo lo que peca contra lo que es de uso y costumbre. Hablaban de un pobre viejo que de ambos era conocido, y lamentaba mi socio *ad lidem* su miseria actual y su perdida fortuna, afeando con calor la dureza de corazón de los que en otro tiempo eran sus amigos y a quienes prestó servicios pecuniarios. El interlocutor le contestó que el tal viejo era un borracho y que no era cosa de

quitarse el pan de la boca para alimentarle sus vicios. Un momento después estábamos en marcha y mi compañero me hizo notar el furor de la persona con quien poco antes estaba hablando, y me instruyó de cómo este tal había sido deudor de 600 pesos al abandonado viejo. ¡Qué lección de moral!, qué comentarios hubiera hecho yo, si no se hubiera pegado el birlocho en un nuevo pantano; y este estaba en las calles de Casablanca, que es una población que forma doscientos cincuenta guardias nacionales. ¡Qué! ¿No será mejor la policía de un pueblo en que viven cristianos que la de los campos incultos? Por momentos llegué a persuadirme que era una epidemia o una lepra que cubría la tierra, cuyos estragos no era parte a contener fuerza humana; mas después, con más reflexión me acordé que los habitantes de este lugar eran villanos, y como villanos que eran vivían entre el lodo y la miseria, y que acaso el gobierno de la república no los ha creídos dignos de nombrarles gobernador, y ellos no han sabido cómo se nombra una municipalidad, lo que es tan sencillo; pues es seguro que habiendo gobernador y municipalidad, ni llueve en invierno, ni se convierten en lagunas y ciénagas las calles. Aquí sin embargo la cosa pasaba de raya, diez cuadras, contadas desde la plaza, de fango perpetuo, eterno, inacabable, con todo lo demás que queda referido. ¡*Salut madame*! dijo mi compañero, dirigiéndose a un galponcillo en la esquina de la plaza. Miro y era una virgencita que pedía limosna a los pasantes; ya había tirado con garbo un cuarto a una mujer estropeada, otro a un ciego, porque quería gustar el placer que dicen se goza en socorrer a los afligidos; pero a la virgen, ¿cómo tirarle un cuarto? Me ocurrió que desempeñaría en aquel lugar su carácter de consuelo de los afligidos, y me pareció entonces sublime la idea de ponerla en paraje tan descubierto. Sin embargo, creo que sería más prudente que se retirase a su nicho, por no oír aquellos desahogos no muy piadosos que usan los carreteros.

Pasamos, por fin, la cuestecilla de Calan y a poco rato divisamos los molinos de viento que coronan la cima de la colina de la Placilla. Bien fácil cosa fuera descubrir desde lejos por qué el famoso hidalgo de la Mancha los tomó por gigantes espantables, si como nosotros, principió por verlos de alguna distancia, pues Cervantes sin esto necesitara ocurrir a la especie de demencia de su aventurero para hacer probable la desigual batalla que les libró de cerca. Sea de ello lo que fuere, libre ya de mi encarnizado enemigo, respirando, por fin, después de tantas fatigas, trepando la colina en que se mueven las giratorias aspas de los molinos; divisando el mar, descubriendo una lejana vela y apercibiendo el fanal que me señalan a lo lejos, me acerco gozoso al suspirado Valparaíso, objeto de tan penoso viaje, seguro de que en sus hermosas calles no veré ni fango, ni pantanos. Allí viven extranjeros opulentos; hay un gobierno ilustrado y anheloso por la mejora del país; hay un pueblo civilizado que quisiera dar a sus huéspedes la más ventajosa idea de su cultura, civilización y costumbres; hay comercio que hace apreciar lo que las vías de comunicación influyen en la riqueza pública; hay gente educada, en fin, y con costumbres a la europea y las calles serán un modelo de policía, aseo y esmero, digno de proponerse a la imitación de las demás ciudades del interior que conservan más arraigados sus hábitos coloniales.

Mi llegada

En fin, ya podía ser romántico y dar un título a mi viaje; llegaba al Almendral dejando a mis espaldas las Zorras, el tiro de pistola, y entrando como en triunfo en una calle; pero ¡ay! un nuevo pantano que ondula entre casas de un gusto delicado y elegante. Me parece que es un fatal ensueño y me limpio los ojos por temor de estar durmiendo; pero no hay remedio, es

pantano y muy pantano el que diviso hasta donde la vista alcanza. —¡Por ahí no!, nos grita un vecino,… ¡por aquí… más allá… ahí está un pozo… ahí una piedra… a la derecha… a la izquierda! ¡Virgen de Casablanca!, guardiana de los pantanos, ¿qué maldición pesa sobre mi cabeza?

Este contraste de edificios tan limpios y de gusto tan moderno, formando calles tan inmundas y descuidadas, me sugiere la idea de que es una perceptible imagen de la civilización europea y la rudeza inculta de nuestra América; el arte y la naturaleza; los progresos ajenos y el atraso propio. Las casas son extranjeras o de gusto europeo, las calles sen indígenas y no están bajo la protección de los cónsules. Pregunto despechado al birlochero, qué nombre tiene la tal calle. La Calle Vieja, me dice. Acabáramos, entonces ya pudiera el gobernador, si lo hay, poner en su lugar una nueva, pues que ésta, de tan usada y vieja, ha desaparecido dejando en descubierto el camino sobre que en otro tiempo fue formada.

La hermosa iglesia de la Merced llama de paso mis miradas; dobles columnas y torres de madera pintada, decoran una elegante y primorosa fachada; la calle se hace más espaciosa, los pintados edificios abundan cada vez más, y el fango lo intercepta todo. Un ómnibus está perdido hasta las sopandas; un marinero ebrio canta *God save the king*, incrustado en el barro como sapo del diluvio; las carretas chirrían y los carreteros edifican a los niños y niñas de la vecindad con aquellas palabras que no son sin duda del salmista, porque el salmista nunca estuvo en España. Al fin entre esta batahola infernal, arribamos a duras penas a la plaza de Orrego, que un día será por su exposición al mar que la flanquea por un lado, tan hermosa como la *piazzetta* de San Marcos en Venecia; pero que por ahora no es sino un depósito de basuras y un ciénago desagradable. La calle sigue caracoleando, según que el mar lo permite y los vecinos cerros le dejan lugar, semejante al alma de mi diplomático que se adapta a todo y afecta transigir con

los obstáculos para llevar adelante su objeto. Valparaíso es una anomalía en América, una ciudad sin plan y sin forma, es un verdadero camarón echando patas y antenas en todas direcciones; espaciosa en el Almendral, que forma ahora el tronco; estrecha de cintura en la Cruz de Reyes y el Chivato, hasta cortarse el hilo de sus edificios; haciéndose fuerte contra el mar, en cuyas aguas están mojándose los puntales que sostienen magníficos edificios; introduciendo por las quebradillas sin número, sus callejuelas y sus casitas; trepando sobre las lomadas vecinas, y presentando, como Bolonia, un anfiteatro de edificios; irregular como ninguna, luchando con las olas, y demoliendo diariamente sus cerros para echárselos al mar y salir de la estrechez en que por ambos lados la tienen. Valparaíso con sus vastos almacenes de depósito, sus escasos, pero lindos templecillos con torres brillantes de barniz y pintura; Valparaíso, en fin, tan diferente física y moralmente de las regulares y monótonas ciudades americanas, cortadas todas en ángulos rectos por las calles paralelas que en encontrados sentidos la cruzan, es la Europa acabada de desembarcar y botada en desorden en la playa, es una burla hecha a la profusión de tierras del continente; es una parodia que remeda el exceso de población de otros países; es la miseria con los atavíos de la opulencia; el combate de las costumbres nuevas con las añejas; la invasión lenta, pero irresistible de la civilización y de los hábitos europeos. Valparaíso es una belleza y una monstruosidad, un jardín sin verdura, una playa poblada, un desembarcadero y no un puerto; la puerta de Chile y el gran emporio de su comercio.

Me imaginaba esta ciudad caos después que el trascurso de cincuenta años más haya acumulado una población cuádruple, y la cultura penetrado hasta la policía, que es el último rincón a que puede penetrar un día, con sus calles tortuosas, ascendiendo por espaciosos escalones a Cerro Alegre, tan vistosamente decorado de mansiones inglesas; Bellavista, el

Panteón y el Arrayán, tan célebre por el templo de Baco que corona sus alturas, y al que el marinero concurre reverente a libar a los dioses y ofrecer el humilde holocausto de su razón y de sus pesetas. Este laberinto de Chile, con sus edificios dominándose unos a otros; sus puentes a lo largo de las quebradas que ocultan abismos bajo las plantas del paseante, y que prestarían el auxilio de sus concavidades para los delitos y los asesinatos del drama moderno; me suponía al gobierno local haciendo desmoronar los blandos cerros para formar terraplenes y explanadas, y robando a las olas, con una línea recta, el recodo que desde el muelle hasta el fuerte San Antonio ocupan inútilmente; y avanzando desde este último punto hacia el oriente una fuerte muralla, que como en Barcelona y otros puertos de Europa, pusiese a cubierto el fondeadero de la furia de los vientos que tantas desgracias causan a las mal guardadas embarcaciones. ¡Imaginaciones! ¡Delirios!, diría alguno. Bien; yo me lo imaginaba y la imaginación no es responsable de sus actos como un presidente o un ministro; la imaginación es como un diputado de las cámaras, que puede decir cuanto le venga a cuento, sin temor de verlo adoptado, sobre todo si pertenece a la minoría.

Atraque a la fonda de madame Aubry, grité al birlochero, y heme aquí de un salto en tierra firme, y mezclándome entre una multitud de hijos de la Gringolia y la Gabachera que no reparan que entro yo, yo un hijo de mi madre, noble por ambas puntas, considerado en Santiago, y pretendiente de un alto empleo. Pues, ni por eso, la conversación y los gritos siguen, y en lengua infernal. Esto es intolerable; pero no era así la mesa, cuyos buenos bocados saboreo luego. El burdeos me hace olvidar las tribulaciones del camino, y por momentos no me siento arrepentido de haber descubierto los secretos insondables de esta vía pública. Un sirviente me enseña una pieza, un lecho aseado, y empiezo a envanecerme de ser un hombre tan respetable y tan acomodado. Me abandono

entonces a mi imaginación, y la bahía y sus buques anclados atraen mis curiosas miradas. Los que no han nacido en los puertos han sentido una vez en la vida la sensación de estupor y recogimiento religioso que inspira la inmensidad del océano, y el movimiento perpetuo de las olas que le dan las apariencias de un monstruo viviente de quien se dice que se irrita, se enfurece, se traga los buques, y se calma. La vista del mar nos hace admirar el poder de Dios, como la de un buque de guerra el poder del hombre. Traía a la imaginación la primera escuadra española que arrojó en esta playa a los primeros conquistadores, la de Avendaño en seguida, y los siglos y las vicisitudes que precedieron hasta que la flota chilena, al mando de San Martín y el valiente almirante Cochrane hicieron la vela para aquel Perú de donde antes nos había venido la dominación española; la expedición de Freire a arrojar de Chiloé los últimos restos del poder de la Península, y la tan gloriosa del general Bulnes que desbarató las maquinaciones de un caudillo ambicioso. Todos los grandes movimientos de política exterior que han afectado la república tienen relación con estas aguas que han acariciado las naves chilenas, y oído cordiales bienvenidas y adioses llenos de afección y del interés más profundo a esa bandera tricolor que flamea siempre con honra en las costas del Pacífico, y cuyo cortejo guerrero turbó el silencio de las ondas en las aguas del Callao y del archipiélago.

Contemplaba en seguida esos pabellones de colores tan distintos y que tan diversas naciones representan, reunidos en un apartado punto del globo para ostentar a porfía los productos variados de su industria, los resultados gigantescos de su ciencia, y los dechados imponentes de su poder y de su fuerza. Veíalos disputando nuestras escasas producciones naturales, porque el arte no dará sino muy tarde artefactos que cambiar por las manufacturas extranjeras, y poner a la mejor postura la plata y el oro de nuestras minas que llenan el déficit que en nuestro cargo queda entre la importación y la

exportación. Mas en pos de este movimiento de buques que entran y salen, de este laberinto de fardos y barricas que cubren la playa y obstruyen el paso, veo obrarse otro lento, imperceptible, pero poderoso en su acción, irresistible en su influjo, fecundo y feliz en resultados. Las mercaderías y la concurrencia extranjera afectan como de primera mano los intereses materiales; pero luego obran sobre nuestros ánimos efectos morales que prometen cambiar la faz del país y dar un nuevo y más poderoso impulso a la riqueza nacional y al desarrollo de la inteligencia. Los efectos europeos exhalan un olor de civilización, que esparciéndose en el aire, imprime a todo actividad y movimiento. Se desembarcan luces como se desembarcan géneros; las costumbres se modifican, las preocupaciones religiosas y los hábitos envejecidos pierden insensiblemente su pasada rudeza, dejando que se explayen sentimientos de benevolencia, de fraternidad con todos los pueblos, cualesquiera que por otra parte sean las creencias, que no chocan desde que hombres honrados y laboriosos las profesan. El comercio, absorbiendo todos los momentos de la vida y haciendo de ella una igual repartición entre los trabajos materiales y los cálculos y combinaciones del espíritu, hace necesaria la conservación del orden público para asegurar el éxito de las operaciones mercantiles; y elevando después el comerciante sus miradas hasta las leyes que estorban el desarrollo de la riqueza, empieza a sentirse miembro de la sociedad e interesado vivamente en su mejora y adelanto; de aquí pasa necesariamente a echar menos las que favorecerían los intereses en que él tiene parte; las mejoras, a proponerlas, hacer sentir su necesidad por la prensa y hacer oír su voz en las cámaras que se ocupan de la formación de las leyes, no quedan sino muy pocos pasos, y el pueblo comercial se hace político, activo e influyente. En ninguna profesión de la vida la seguridad personal es más necesaria, el respeto a la propiedad más indispensable, y más perentoria y forzosa la libertad de

obrar y de moverse en todos sentidos. Los pueblos comerciantes son siempre los más amantes de la libertad, que es la base de su existencia y de sus especulaciones. Desde que la Holanda tuvo algunos almacenes, desafió y burló el poder colosal de la España, rica de hombres entonces, señora orgullosa de medio mundo; pero enemigo débil en presencia de un grupo de comerciantes. No fue menos libre la Inglaterra desde que sus bajeles cubrieron los mares, y la hija que vino a arrojar en las playas norteamericanas, como las aves marítimas que incumban su progenie en las islas ignoradas del océano, se alzó robusta desde que el comercio naciente le hubo revelado su fuerza. Es digno de notarse que la ciudad más comerciante entre las colonias españolas de la América del Sud, fue la primera en dar el grito de libertad y la última en dejar las armas de la mano; y no es menos notable su lucha sangrienta, pero obstinada y siempre renovándose, que ha sostenido y sostiene con el monstruo sangriento que se ha sentado sobre ella.

Una hojeada

Amanece muy tarde en Valparaíso, y sería reputado un ocioso o un hombre de campo el que abra puerta o mueva mano antes de las diez de la mañana; esta es la costumbre, y a fe que no es mala. Hallábame en la calle al día siguiente y en un momento había mirado y remirado la bolsa, el muelle, la aduana, subido a los cerros, descendido a la playa, internádome en las quebradas, y medido con asombro calles que solo dos varas de ancho miden. Almacenes y registros, tiendas y dulcerías francesas, rótulos por todas partes, aquí leo *Burnet & Co.*, más allá *J. & A. Grogan*, por allí *Good Habanh cigars*, acullá *Crecey & Ogg ship*, *Chandleers oil and colour stores*, *Best beer & cigars of all kinds*, *William L. Hobson*,

Thompson and Clark provission store. Útil me parece la idea; de este modo se ahorra al gobierno la molestia de numerar las casas, lo que en este laberinto habría parecido necesario, y a los locatarios mantener un portero que es parte integrante del menaje en Santiago; cada uno tiene a la puerta su nombre, y muchas preguntas y respuestas se ahorran. Es lástima que esta costumbre no se generalice, pudiendo ser además una pública escuela de idiomas; pues sé más inglés ahora con todos los rótulos que he leído, que el que se necesita para usar con propiedad el pronombre *god demn*, que según los hablistas es la radical de aquella lengua.

Principio, pues, a observar por dónde aquí se principia la vida comercial. La gente acude en tropel hacia un cierto punto y tan de prisa va, que me imagino que la última seña han dado y la misa va ya por la epístola. ¡Error! Es el correo el lugar a donde se dirigen; me escurro entre los que entran, y busco en las listas una carta que nadie me ha escrito. La *populace* del escritorio llega desalada; se apiña, se embaraza, se agita, se rebulle, grita, abre la puerta de la barra que separa a los empleados de la renta, se cuelan algunos dentro, se apoderan de la correspondencia, todo lo revuelven y desordenan. Un *pastelero* caritativo presta sus servicios gratis, y se erige *sui juri*, en repartidor de cartas. La batahola es infernal, todos hablan a un tiempo, y carcamanes, yanquis y gringos de todas clases fingen hablar en castellano. La confusión de lenguas sobreviene, como en la torre de Babel, hasta que el bueno del administrador pierde paciencia y levanta la voz, como Neptuno para hacer callar los vientos, y logra al fin restablecer el orden necesario para librarse de esta mala raza. Si muchos buques se conjuran a llegar a un tiempo de varios puntos, es seguro que algunas cartas se entregarán a los seis días. Por lo demás, el correo de tierra no llega siempre a la misma hora, ni es seguro que ni tarde ni temprano venga todos los días. Independiente de la monotonía que trae consigo la regularidad absoluta, ¿qué

hacer a las nubes para que nos ahorren sus aguas, al camino para que no se empape en ellas como un abogado en Antonio Gómez y Acevedo, y al Pudagüel para que deje pasar la gente?

Me planto entre el muelle y la aduana; el torbellino de pueblo de fraque o de gorro con pólizas en mano o barriles de alquitrán encima, me empuja, codea, atropella y da vuelta en todos sentidos, sin dejarme contemplar la fachada de la aduana, el caduceo de Mercurio que remata en graciosa torre, los cañones que la circundan y las cadenas que los ligan entre sí. Busco las relaciones que ligan la aduana con los cañones y las cadenas, y ya creía haberlas encontrado cuando un grupo de cargadores me pone de hinojos en las piedras. ¡Cuidado, señor! me dice uno al pasar con el enorme fardo que lleva sobre sus hombros. ¡Eh! replico limpiándome mis rodillas, este es un pueblo material, positivo, hediondo a taberna y a brea; no es a propósito para el cultivo del genio, de las ideas y de los grandes pensamientos; si un literato se presenta, le piden el manifiesto por mayor o por menor de sus efectos y la póliza para sacarlos de almacenes, y todo esto en castellano castizo, según lo previene el nuevo reglamento de aduana. No se piensa, se trabaja, y esta vida me sería insoportable. Por aquí iba en mis reflexiones, cuando entre la multitud de fisonomías que me circundan, blancas, rosadas, cobrizas, pálidas, negras, tostadas o escarlatas, veo la de uno que me causa una vaga impresión. Lo miro, me observa, nos miramos con atención, nos examinamos y nos aproximamos al fin. Era él ¡quién lo creyera! después de tantos años, él, es decir, un pobre mozo que conocí niño en otro tiempo y lo encontraba hombre ahora.

—A propósito, le digo después de pasado el alborozo suyo, que en cuanto a mí me sentía muy elevado para poderme alegrar sin faltar a la decencia, a propósito, necesito que me enseñes lo más curioso de este puerto; ni conozco los malos pasos, ni hay guía de forasteros, ni nombre tienen las calles, ni

número las casas, como en Santiago, donde hay el más completo arreglo a este respecto; necesito ver el museo, la biblioteca, el arsenal, la escuela náutica, el tajamar, el paseo público, el teatro, la lonja, las plazas y todos cuantos monumentos hay dignos de la atención y curiosidad de un viajero.

—Pero yo tengo que ir a bordo.

—¿De qué buque?

—Del que acaba de llegar de Francia.

—Vamos.

—Aguardemos la visita.

Con la visita y dicho y hecho suplico al capitán del puerto y me cuelo en la chalupa. Reman, y estamos a bordo. Un oficialito de marina está haciendo algunas anotaciones. Me informo del objeto.

—Es de la marina inglesa.

—¿Y estos señores no aguardan la visita de la capitanía del puerto?

—No siempre, sobre todo si el buque que entra tiene facha de negrero; además tienen deseos vivísimos de saber de Europa, y se morirían de impaciencia aguardando la visita del puerto; y luego en América se vive sin ceremonia. ¿Si nuestros buques de guerra fueran al Támesis harían allí lo mismo?

—No precisamente lo mismo, hay allí tanta etiqueta que daría cortedad tomarse esa confianza.

—Si son allí gentes muy cultas; no obstante, yo me daría por sentido de este procedimiento.

—¡Qué locura! Haría usted una reclamación al Cónsul que le contestaría con una larga nota diplomática, se manifestaría usted algo descontento; lo descontentarían del todo con una segunda, y seguiría un año la danza, vendría un ultimátum y

atrás un bloqueo, sobre que bailan los marineros por bloquearnos.

—¡Ah! si hay todo eso, ya veo que es mejor no pararse en pequeñeses; seamos buenos huéspedes y perdonemos las flaquezas del prójimo.

Entro al camarote del capitán al tiempo que el marino presenta su manifiesto.

—¡Qué horror! está en francés, le dice el teniente del resguardo.

—Oui.

—No puede presentarlo a la aduana.

—Oui.

—Queda el buque incomunicado hasta que lo haga traducir.

—Oui, oui.

—¿A quién viene consignado?

—Oui, oui.

—Hay un nuevo reglamento que prohíbe la presentación de manifiestos en idioma gabacho.

—Oui, oui, oui.

—¿Ya lo sabía?

—Oui, oui, oui.

Afligido de presenciar esta escena, me improviso intérprete de aduana y traduzco al francés aquello que le dicen; pero, nuevo inconveniente, porque en mi vida las vi más gordas, ni una palabra me entiende, de lo que infiero que no ha estudiado el francés por *Chantreau* como yo. Me doy maña y al fin comprende que sus efectos están en cuarentena, que debe hacer traducir por alguno a quien no conoce un manifiesto de siete pliegos de marquilla que contiene 1000 marcas complicadas que pueden ser cambiadas o adulteradas por

inadvertencia o por inexactitud del traductor; nombres de efectos arrevesados que pueden ser mal vertidos en castellano; y cuando llegue la comprobación de los vistas, salir a la luz la maraña, y a todos los cargos de fraude, ocultación, etc., etc., contestar oui, oui, oui. El pobre gabacho se asombra, murmurando entre dientes, *¡Mon Diue! ¡Mon Dieu! ¡Mon Deu!* pero, no hay remedio; es preciso aguardar la traducción y buscar antes quien la haga, pagarla, pues el que quiera celeste que le cueste, y en ninguna parte del mundo hay traductores de aduana. Se le permite, no obstante, que baje a tierra, y conceden desembarcar las muestras, de las que pagará *in integrum* los derechos y al contado si vende un solo pañuelo, lo que es muy puesto en razón.

Nosotros nos dirigimos al muelle, y mi antiguo camarada, que ignora donde está el teatro, me conduce al paseo público por la quebrada de Elías arriba. Un largo ascenso nos conduce de revuelta a un hermoso jardín, lleno de pilastras piramidales. Me parecen sarcófagos; me acerco y leo «Aquí yace…»

—¡Pero, hombre, este es un cementerio!

—Es el Panteón, donde vienen de paseo las familias.

No me parece mal la idea de asociar así la muerte y la vida; sobre todo cuando nuestros cementerios modernos son tan hermosos, tan amenos; y este es sin duda el punto de vista más bien escogido. Debemos a los protestantes el haber introducido un uso tan digno de la civilización y del decoro, en lugar de aquellos campos santos de los antiguos católicos, tan infectos, tan inmundos y tan innobles. El lindo templecillo que sirve para los últimos oficios, tiene en la puerta una plancha de bronce, que recuerda el nombre de Melgarejo que lo hizo edificar. *Deo erexit V…*

Mi guía me llevaba a Cerro Alegre, en donde se goza de una vista tan imponente. De camino me informo de algunos

pormenores.

—El alumbrado público se hará con gas aquí, le digo, puesto que todo es a la extranjera.

—No hay alumbrado público.

—¿Cómo que no?

—Las noches de luna es inútil, el reflejo del mar basta.

— Y cuando no hay luz que reflejar?

—Entonces los serenos previenen a los tenderos que pongan farol; los que no son tenderos están dentro de sus casas, como no salen ni reciben gente, no participan del gasto, y los dueños de registros, como son extranjeros y no viven en sus vastos almacenes, no lo hacen tampoco, ni se les exige, porque sería eso faltar a las leyes de la hospitalidad. La Planchada y todo el puerto en general suele ser una boca de lobo en las noches nubladas, sin que esto traiga inconveniente alguno, pues los serenos llenan su deber cuidando la propiedad, y los particulares tienen buen cuidado de pisar bien para no romperse las narices de un tropezón.

—¿Y los serenos gritan aquí, donde hay tanto infiel, *Ave María Purísima*?

—No, aquí dicen *¡Viva Chile!* y luego las horas. Cuando tiembla u ocurre un incendio entonces dicen *Ave María Purísima ¡una casa se está quemando! Ave María Purísima ¡un buque a tierra!*

Esto último es verdaderamente religioso, lo demás es una vejez miserable en que se prostituyen palabras que debieran reservarse para los casos de aflicción y de oración pública. En Santiago nos acatarran con una cantinela, que teniendo por objeto avisar las horas, nos deja en ayunas de lo que dicen porque levantan la voz donde nadie escucha y la bajan en lo único interesante. Si pudiera representar en caracteres los

altos y bajos de la voz, tendríais una idea cabal del desentonado canto; de manera que el que no tenga reloj para saber que hora cantan, se queda en blanco.

Pero lo que más me llama la atención es la sustitución del *Viva Chile*, en lugar del antiguo *Ave María*. Aquí hay mucho que ver y deducir. En primer lugar que sería una descortesía estar gritando al oído a cuáqueros, anabaptistas, anglicanos, judíos y moros, toda la noche y a cada cuarto de hora *ave María*, *ave María*; y en segundo lugar, que esta atención y consideración a los errores de sus padres y a la desgracia de haber nacido en mala e incrédula tierra, sin tener en ello más parte que la que tenemos nosotros en haber nacido en la nuestra, prueba que las autoridades locales se penetran cada día más de la necesidad, si no de la justicia de permitir a estos desgraciados que adoren a Dios en Valparaíso como lo adoran en su país, por la misma razón que ellos nos permiten que lo hagamos a nuestro modo en el suyo. No hay peligro de que ningún buen cristiano se vuelva protestante; y si sucediera, por cada uno que diese vuelta su casaca, hay sin eso quinientos que la botan de su proprio motu.

Pero las piernas me flaquean de tanto subir y bajar, y descendemos lentamente con rumbo a la mesa de Madama Aubry. Un nuevo alboroto en la calle real. Los hombres de fraque y levitón van sin sangre, corriendo hacia la Aduana. ¡Incendio!... ¡las bombas!... ¡sublevación por el reglamento nuevo!... ¡Aquí de la guardia!... ¡aquí de la guardia!... grito yo, sin saber lo que se pasa, y echo a correr también por seguir el movimiento universal, y porque no me zampen en el barro con mi fraque de Tisca y mis botines de baile. En frente de la Aduana, en la parte que da a la Planchada, está el grueso de los amotinados; allí llegan refuerzos de todas partes. El peligro o la irritación común nos hace a todos iguales, y los embreados marineros, los soldados británicos, los cargadores, los patrones y dependientes se confunden, se esquivan, se agrupan y se

colocan en dos filas paralelas. Espero ver al caudillo que mande alinearse, pues de todas parten repiten ¡allá están!... ¡den lugar!... ¡pónganse en orden!... Mi compañero detiene de los faldones a un conocido a quien pregunta lo que hay, y le increpa el que tan fácilmente se comprometa en un motín que puede traer serias consecuencias; le indica que pueden llover balas del Barón, de San Antonio, y que la fragata *Chile* está todavía a la vista y puede volver de arribada a castigar a los conjurados que se aprovechan de la ausencia del gobernador.

—¿Qué está usted diciendo de conjurados, balas y gobernador?

—¿Y qué es esto, sino una sedición?

—No sea usted majadero!, es una carrera a pie que corren dos comerciantes hasta Viña del Mar.

—¡Es posible!

¡Den lugar! ¡lugar! gritan de todas partes. La turba se abre, se revuelve y deja ver dos hombres de chaqueta, faja y bastón, que parten en medio de la bulla, las apuestas, las risotadas, el entusiasmo, el alboroto, la alegría y el movimiento general. Unos los siguen en su carrera, otros disputan sobre la probabilidad de que el inglesito joven, delgado y con piernas de zancos, llegue a la meta en el espacio de una hora, que es el convenido; otros menean la cabeza al ver pasar a su adversario que va trota que trota, y que debe llegar en hora y media, atendido su mayor volumen, edad, capital, circunspección, etc. Nuevo atropellamiento en el muelle para verlos pasar por la Cruz de Reyes. ¡Puff! El gringuito lleva una inmensa ventaja. ¡Son tan veleros los buque ingleses y tan veloces sus caballos! Veinte anteojos están fijos en la playa. Nos señalan al primer corredor, y uno menea la cabeza al ponerle la visual al segundo: ¡malo, dice, y muy malo! ya lleva tanta lengua de fuera, y Viña del Mar es lejos, no como quiera.

Abobado y deseoso de aclarar este embrollo, pregunto a alguno, al que tengo a mi lado:

—¿Qué asunto es este? ¿Qué carreras tan desusadas?

—Es que ante ayer un ingles hizo apuesta de ir a Viña del Mar en 30 minutos, y llegó en 27 y medio, otro apostó que llegaría en 27 y llegó en 25 minutos, 49 segundos y 32 terceros.

—Ingleses muy corredores sin duda.

—Es que iban a caballo. ¡Puff!, más corren nuestros guasos. Mañana hay una carrera de chalupas, pasado mañana una de botes, otra de goletas; y últimamente se dice que habrá más tarde una de buques de guerra, sobre todo si la cuestión de Oriente hace subir mucho las apuestas.

Vuélvome a lo de esta Madama Aubry, cuya mesa me tiene enamorado. Pido la sopa, macarroni, sardina, jamón de oso, arenque, salchichón de Génova, chorizo de Estremadura y cuanto más hay que no sea cristiano, que no sea usado, que huela, en fin, a extranjería, a buque, a tierras lejanas. Se habla de todo y no se entiende palabra, hasta que uno entra jadeando, sin aliento, y se descarga de la noticia, que nos repite cien veces, de que el de la hora y media de término se enfermó y hubo de lanzar el alma al subir las Hermanas, sin cuyo accidente hubiera ganado la apuesta, y el de la hora se asió de la cola de un caballo y se hizo remolcar hasta el término de la carrera. Grande bulla y algazara entre los circunstantes. La duda ocurre de quién ha ganado; sostienen que el primero, que el segundo, que los dos, que ninguno; se bebe vino, se establecen principios, se citan leyes, se apuran botellas, el reglamento de aduana, la tarifa, el derecho marítimo, el internacional! ¡Qué batahola!

El paseo de la tarde

La tarde es en Valparaíso la séptima hora del día, como el domingo el séptimo día de la semana, ¡pecado mortal no ir a dar un paseo calle Vieja abajo, para que las piernas recobren toda su elasticidad. Y aquí empiezan a caracterizarse las nacionalidades. Un grupos de caballeros altos, enjutos, pálidos, que a cada triqui dice *Jguers*, *Jguers*, de seguro que son yanquis; si son más rubios, más colorados, si dominan más los anteojos y se les oye: *Jknow*, *Jknow*, son gringos legítimos; si se mueven ligero, con gracia, si se ríen por cada nada, si llevan la corbata *comme ça*, y el pelo *comme ça*, y a todo contestan *c'est bon, très volontiers, grand merci*, ¡oh! estos son prendas muy conocidas; y así de los demás. Si un jinete lleva el medio de la calle, el cuello estirado, apuntalando la cabeza que lleva en la delantera, encorvado el cuerpo, encogidas las piernas, chaqueta colorada y morrioncillo ligero, que galopa a troche y moche por pantanos, altos y bajos, un autómata a caballo, o un apéndice de la bestia que lo lleva, ha de ser por fuerza un marino británico que ha recibido sus primeras lecciones de equitación en las vergas y en las jarcias.

Hago lo que veo, según lo enseña el proverbio, y salgo al paseo de tabla. Encuentro detenido un ómnibus. Hay asiento para el público, y yo soy público, y me cuelo adentro.

—Señor, están tomados todos los asientos, me previene el cochero.

—¿Por quién?

—Por una familia.

—¿Dónde está?

—Ha entrado de visita.

—Ya he tomado mi asiento.

—Tendrá que dejarlo.

—¡No lo dejaré, voto a Sanes! ¿Qué es eso de dejarlo? ¿Sabe usted todo lo que importa el verbo *ómnibus*? ¿Sabe usted gramática latina? ¿Conoce usted lo que anda tirando? Todo un *ómnibus*, ¿eh? de todos, ¿eh? para todos, ¿eh? ¡para mí el primero! ¿eh? ¿eh?

Y a fe que no me moví de mi asiento. La familia ocupó los suyos y hubo de tolerar la presencia de un extraño. Aquí vendría bien lo del encuentro feliz, una conquista, etc., etc.; pero hago gracia a mis lectores de esta parte. Niñas hay por todas partes, y las de Valparaíso no se diferencian de las de Santiago, sino en que estando aquí los jóvenes más ocupados y siendo por lo general del interior, o de países extraños, no se ocupan mucho de zalamerías, cuentan en poco la nobleza de la sangre, la buena estirpe, la buena familia y todo lo que es noble y bueno en todas partes, siendo muy digno de lástima que se vayan corrompiendo las costumbres hasta este punto. Había echado a rodar el público carruaje, y yo a hacerme propicia a la señorita que estaba colindante con mi asiento, una trigueñita agraciada y no muy mal parecida. Ya habíamos pasado todo aquel atolladero de: *la tarde es hermosa, el tiempo se ha asentado, ya es probable que cesen las lluvias*, y todo aquello que de este jaez debe proceder a una declaración en forma, cuando el ómnibus empezó a ir de derecha a izquierda, lo que me hizo conocer que había mucha mar, y antes que el tiempo se emborrachase, hago detener la embarcación y gano tierra, pretextando una diligencia. No más bodas al cielo, había dicho, y me había olvidado de la suerte que tarde o temprano aguarda a los que aman los peligros.

Continué mi paseo a pie, y tan distraído y entretenido con mis reflexiones iba, que sin proponérmelo y sin sentirlo, me hallé fuera de las calles, y no lejos del punto donde una larga fila de carretas se divisaba. Tuve la curiosidad de acercarme a

ellas, y con menos sorpresa que asombro supe por un soldado que eran los carros ambulantes. ¡Los carros ambulantes! Encuentro aciago, sin duda. En fin, no es malo conocer las localidades. Previo el permiso del director, penetro en esta mansión del delito y de la desgracia. Cuento veintiún carros de reforzada y pesada construcción; cuatro están completamente descubiertos porque, según me dicen, no hay lona en Valparaíso con qué cubrirlos; los demás si bien tienen un toldo de arpillera que fue pintada en otro tiempo, no resguardan a sus locatarios de las injurias del tiempo y la lluvia. Uno está ocupado de leña, de víveres otro, tiene otro el oficial, cuatro la tropa, y los diez restantes están ocupados por 130 presidarios. A mi extrañeza de que se haga vivir en espacio tan reducido un número tan grande de hombres, me contestan que se hace por la comodidad y el abrigo, lo que satisface completamente mi pregunta, pues que tan desnudos los veo, que más de treinta están, sin reserva de parte alguna, en cueros vivos, y el resto revela que no tienen quien trabaje por ellos mientras permanecen en ejercicios.

—¿Y el servicio religioso dónde se hace?, pregunto.

—El domingo descansan.

—Así lo hacía Adán y estos se le parecen en su facha y en su pecado. ¡Bien haya quien a los suyos se parece!

—¿A qué serviría suministrarles los auxilios de la religión, a qué confesarse, a qué oír misa? ¿Qué sacerdote de alguna respetabilidad se contraería a predicar a esta canalla una vez a la semana? ¿Qué renta pingue ha acordado el gobierno para ello?

—¡Oh, este presidio será un semillero de liberales! Usted verá la moralidad de estos hombres cuando dejen sus alojamientos actuales.

—¡Qué, señor! Más de un tercio de los que ve han vuelto a

los carros por reincidencia, y no hace muchos días que han traído uno que se ha fugado dos veces, y ha sido condenado tercera vez por los tribunales por nuevos crímenes y aquí ha sido reconocido y saludado por sus compañeros.

—Y dígame usted ¿la comida cómo anda?

—Bien señor, es sencilla pero suficiente, nadie se queja.

—¿Y tienen médico?

—¿Médico? Sí, tienen; pero es muy buscado en el puerto y rara vez viene. Mire usted, aquel preso que ve allí, en el suelo, se hizo pedazos las manos, la cabeza, un brazo y una pierna con los fragmentos de piedras que arrojó un tiro de mina que se le reventó. Se ha llamado al médico repetidas veces, pero en vano; hace quince días que está herido, y no se muere.

—¡Oh la naturaleza es muy próvida!

—La naturaleza en todo caso, el arte es falaz.

—¿Y mueren hombres aquí?

—Sí, suelen morirse; pero se enferman primero.

—Ese es un beneficio de la Providencia, así tienen lugar de arrepentirse de sus pecados y hacer un acto de atrición, ya que no hay sacerdote a mano, que les oiga tan feas culpas como han cometido.

—¿Y siempre ha sido así?

—Siempre, señor; nunca ha venido un sacerdote a auxiliar a un moribundo, no obstante haber sido llamados, y han muerto sin auxilios. Las visitas rarísimas del médico, son un insulto nuevo y una agravación de las dolencias que padecen.

—Bien hecho ¿querría usted que se tratase a un ladrón o a un asesino como a un hombre de bien?

—Cuando el señor Melgarejo fue gobernador, un edecán venía todos los sábados a visitar a los presos, y oír sus quejas para remediarlas. Se les dio una jerga y un vestido. Desde entonces nadie se ha acercado por aquí, ni se sabe si viven o

mueren estos infelices.

—Es lástima que haya ido a embarrarla en Coquimbo este Melgarejo que levantó el fanal, puso su nombre en el cementerio y tenía el candor de creerse obligado a tener noticias verbales del presidio, mucho más cuando se pasa un estado mensual que no deja que apetecer. Permítame que hable a aquellos presos.

—¿Dígame usted, amigo, qué tiempo hace que está usted preso?

—Ya hace alguno, señor.

—¿Y por cuanto tiempo está condenado?

—¡Por cincuenta y cinco años y seis meses!

—¡No es posible!

—Así lo expresa la sentencia.

—¿Y qué delito tan horroroso ha cometido usted?

—¿Qué quiere usted señor; tuve necesidad, y nos robamos, yo y el señor unas vaquitas, por cuyo motivo nos han condenado a dieciocho meses de prisión por cada una.

—Aguarde usted, cincuenta y cin… dieciocho… son allá como… como… unas 37 vacas, es decir que si ustedes se roban ciento habrían sido condenados a ciento cincuenta años de prisión. Si tal legislación existiera, lo que no es creíble, adolecería del defecto de no ser consecuente consigo misma. Si ella aprecia el delito en cada una de sus partes, debía distribuir la pena entre todos los cómplices; por ejemplo: ustedes dos robaron 37 vacas, es decir que cada uno robó dieciocho y media, y sobre este capital debía hacerse el cálculo. Si ocurren varios grados de complicidad, una operación de compañía haría la distribución equitativamente. Pero es inútil, este absurdo no ha existido nunca y ustedes ocultan la verdad. ¿Y usted señor, por cuánto tiempo?

—Yo estoy aquí de tránsito, hasta que salga buque para mi

destino.

—Es este un almacén de depósito. ¿Y a dónde está usted confinado?

—La sentencia me condenaba a ser quemado vivo porque…

—Permítame usted, no me cuente, ¿y luego?

—El gobierno, señor, me la conmutó en ocho años de destierro y a trabajar en Valdivia en la propaganda.

—Bien, pero mire usted, si alguna vez llega a ser inquisidor, acuérdese de que el gobierno lo ha salvado de las llamas, y no vaya usted a tener la curiosidad de ejecutar su sentencia en otro. ¿Y usted amiguito, por cuánto tiempo?

—Por toda la vida.

—¿Y usted?

—No tengo condena.

—¿Y cómo está usted aquí?

—Me han traído.

—¿En depósito, sin duda?

Una hora larga hacía que me había alejado de este agradable espectáculo, y ni una sola palabra se había escapado de mis labios, reflexionando que convendría que el gobierno conociese estos pormenores para que apure la ejecución del proyecto de trasladar a un nuevo presidio a estos bribones que esto y más merecen por sus delitos.

Hubiera querido visitar la aduana, conocer el estado de la plaza, la organización de la milicia y tratamiento que se da a los milicianos que, en su carácter de tales, faltan a sus deberes; el arsenal, la escuela náutica, los colegios, el teatro, el fanal, Playa Ancha, Viña del Mar y demás monumentos y paseos públicos; pero ni encontraba un ocioso en esta ciudad tan ocupada que quisiese acompañarme, ni me era dado permanecer el tiempo necesario para examinarlos con la

detención que merecen. Las nubes entoldaban de nuevo el cielo, el mes de septiembre corría, y el camino de Santiago podía tener el capricho de no dejar correr birlocho por poca agua que le cayese, los asientos de carruaje subían de precio de día en día y mi bolsa bajaba por minutos, de manera de hacerme temer dar luego en un bajío de donde no podrían remolcarme todas las fuerzas navales de la república. A Santiago, me dije a mí mismo, y acto continuo, *ipso facto*, e incontinenti, me dispuse a correr de nuevo los azares de dos tremebundas y fangosas jornadas.

Las funciones teatrales del
18 de septiembre en Santiago
(*Mercurio* de 24 de septiembre de 1841)

La estrechez es un achaque común a todos los lugares de concurrencia pública en Santiago. Estrecha es la sala de la Sociedad Filarmónica para la gente que logra boletos, sin contar con los que se quedan con las ganas de lograrlos; estrechas son las calles en estos días para la multitud de carruajes que transitan por ellas; y estrechísimo el teatro para el pueblo que se agolpa con ansia a sus puertas. La capital se encuentra bajo este respecto como un niño que se estira, un hombre que engorda, o una señora que entra en meses mayores. Los nuevos edificios que se construyan, deben dejarse crecederos.

Ardua tarea sería dar una razón exacta de las cinco funciones teatrales con que nuestra compañía dramática ha contribuido a solemnizar el gran aniversario patriótico. La primera fue un sainetón en tres actos que solo la gracia del señor Silva pudo hacer apenas soportable. Fue la segunda una bellísima composición de Bretón de los Herreros, en que campean a porfía la excelencia de la versificación, la originalidad de los caracteres, y la naturalidad de un enredo no menos sencillo que interesante. En la tercera función se dio un drama sentimental que de un año para otro se pone en tabla

como si su autor (que en paz descanse) hubiese dejado manda expresa para que se exhiba en la noche del 18 de septiembre, de lo que están tan seguros los impresores de carteles de convites que, según sabemos de muy buena tinta, dejan sin desarmar la parte de la plancha en que se anuncia *La Corona de Laurel*. Este drama, por otra parte bien escaso de mérito, y a excepción de unas cuantas sentencias pomposas sobre la fuerza de las leyes, nada tiene que llame la atención, sobre todo después de ser tan repetido y conocido. En esta pieza nos hemos convencido de la justicia con que el *aficionado de marras* comparó con el tono de un misionero la declamación del señor Jiménez, actor sin duda de bastante habilidad y que agradaría mucho si procurase dejar a un lado cierto aire de satisfacción y cierta tosquedad de ademanes que han chocado generalmente en su modo de representar. Creemos que para hacerse buen comediante debería tratar de poner en olvido el método artificial de declamar a que está habituado, y tomar sus lecciones de la misma naturaleza, cuya presencia suele por desgracia echarse menos en nuestro teatro.

La cuarta noche de teatro fue una noche de aburrimiento, de desesperación y de silbidos. *La Comedianta*, pieza que carece de sal, de invención y de todo atractivo, es un libelo atroz contra la espléndida fama literaria del autor de «Las Leyendas Españolas». Y como hasta en las tablas pagan justos por pecadores, el público que estaba ya de mal humor, incluyó en su fallo reprobatorio la bonita petipieza *Los primeros amores* con que terminó la función. Verdad es que así esta piececita como la de *Contigo pan y cebolla*, de Gorostiza, censuran defectos casi desconocidos en nuestra sociedad positiva, material y anti-novelesca, por lo que acaso no han sido bien apreciadas y se ha creído errada su tendencia moral.

Hemos llegado en nuestra rápida e imperfecta reseña a la quinta y última función. Los empresarios, aunque muchísimas veces acreditan no tener ni un adarme de gusto para la

elección de piezas, siquiera esta vez se han dejado arrastrar del instinto de su propio interés, sentimiento que ni del pecho de un empresario de teatro se puede del todo borrar. Resérvase, pues, para la postrera exhibición, un drama del célebre Victor Hugo: *Angelo, tirano de Padua*, primera obra suya que se ha dado en Chile. El solo nombre del autor había excitado la más viva expectación, y el gentío que atestaba el patio, los palcos y la galería era aún mayor que en las noches anteriores. Esta creación elocuente, apasionada, sublime en algunos pasajes, tiernísima en otros y siempre animada e interesante, ha sido acogida con entusiasmo, y se desea verla pronto repetir.

Para entonces esperamos que los actores la tengan mejor aprendida y ensayada, pues ha habido entre ellos quien no sabía palabra de su papel. Lástima nos daba ver al señor Velasco destrozar miserablemente la parte de Angelo Malipieri, recitando conceptos hermosísimos, sin entenderlos ni darles expresión, perdiendo a menudo el hilo del discurso, por más que no se apartaba una vara de la concha del consueta, en torno de la cual giraba, como el hechizado que no puede salir del círculo mágico que le rodea. Ningún papel ha desempeñado mejor la señora Montes de Oca que el de Catalina. Admirable fue el talento que desplegó en el tercer acto, principalmente en la escena del envenenamiento, entre ella, Angelo y Tisbe, y si no recogió más aplausos, sin duda debe atribuirse a que el público no quería perder una palabra de la representación. No ha brillado menos la señora Miranda. La verdad con que expresó su amor intenso, su pasión irresistible hacia Rodolfo, la gracia con que halagó a Angelo para obtener el don de la llave, y sobre todo la inteligencia con que ejecutó el último acto, sin omitir nada de su papel ni excederse en nada, fue reconocida por toda la concurrencia. Estas dos actrices para suplir la debilidad de su voz, harían bien en no decir su papel muy de prisa, pues cuando hablan ligero, apenas se hacen oír en la

mitad del teatro. No nos ha gustado el Homodei del señor Moreno. Una figura menos espantosa, un poco demás sorna en el modo de hablar y en la acción, habrían realizado mejor la idea que nos demanda este ente sombrío y misterioso. El señor Jiménez trabajó bien el papel de Rodolfo, particularmente cuando éste entra en frenesí al oír a Tisbe declarar que ha muerto a Catalina y aun jactarse y decir que otra vez lo haría.

Las decoraciones estrenadas en esta pieza son hermosas y de lo mejor que tiene la colección escénica de nuestro teatro. Para cuando se dé otra vez el Angelo, que, volvemos a decir, deseamos sea muy pronto, será bueno tenga presente el director de escena que el tercer acto de esta pieza pasa de día, y que por consiguiente no debe haber luces encendidas en la cámara de Catalina, como las hubo en la primera representación.

Réstanos hablar de las alocuciones y de la canción nacional, que no somos omniscios para ocuparnos también en la delicada y resbalosa materia de loudues y boleras. ¡Y qué par de malos ratos debe haber pasado S. E. oyendo a don Juan Velazco y a doña Isabel Rodríguez con una niñita anónima, celebrar su elevación al supremo mando! ¡Y qué lindezas no le decían! ¡Vaya! si era de sonrojar a un etíope. Y luego ¿cómo dejar de agradecer la intención que sin duda era laudable?

Acabando por donde comenzaron las funciones, es decir, por la canción nacional, juzgaríamos que el patriotismo estaba dando sus últimas boqueadas, según el desmayo y la languidez con que se entonó el himno de Chile en las noches del 17, 18 y 19. El aparato era imponente y un sordo habría creído que iba a venir abajo la casa. Y toda esa gente que estaba sobre las tablas ¿qué vino a hacer? No hemos podido adivinarlo. Solo dos voces se han oído; los demás eran personajes mudos. La primera noche, al verlos llenar el frente del proscenio en línea recta, se nos figuró que la representación iba a comenzar por una diligencia judicial que llaman *fila* o *rueda de presos*, luego

maliciamos que los directores habrían acordado sujetar la comparsa a revista de comisario. La señora Miranda que debe ser escrupulosa de conciencia, no pudo convenir en salir así a estar de plantón, y por no llevarse ociosa, se puso a accionar, de suerte que la canción nacional salió a guisa de ópera, o más bien como se representaba en el teatro de los griegos y romanos desempeñando unos con la voz y otros con el ademán y el gesto.

La crítica teatral
(*Mercurio* de 8 de noviembre de 1841)

Mucha excitación ha causado el artículo de costumbres que con el título *Doble representación del Pilluelo* insertamos no ha mucho en las columnas de nuestro diario; y si bien es cierto que había en él grandes abusos de pluma, no hemos creído en todas sus partes justa la crítica, y más que ella, la irritación que ha causado en algunos franceses que han creído interesado el honor nacional en los ataques dirigidos al carácter de aquella nación, tan notable por sus grandes cualidades como por la alegre y fácil ligereza que la distingue. No creemos justo el enfado de algunos de los artículos suscripción de un *francés*, no porque haya ofensa en la crítica que a los franceses se dirige, sino porque ella es de tal clase, que por su importancia no puede afectar ni a una nación como la francesa, ni a ninguna otra corporación de individuos.

La crítica en cuestión, a más de carecer de tendencia social y de hacer de una clase de la sociedad francesa un tipo característico de aquella nación, carece de las cualidades que hacen tolerables los dardos de la sátira, que debe emplearse en corregir los abusos y no en encender antipatías que la civilización tiende diariamente a destruir entre las naciones. Pero si la perfección en el teatro no puede existir todavía entre nosotros, como lo ha observado muy bien el último francés que

ha contestado, menos puede haberla en los primeros ensayos que la crítica hace y que por largo tiempo han de pecar por caer en los escollos inevitables en este género de composiciones, cuando a un juicio elevado e ideas sanas no se une un chiste natural y una intención pura.

Materiales abundantísimos para una crítica entretenida, moral y útil prestaría el carácter francés que a grandes calidades une alguna menos aventajada, si de ella hubiese de resultar una lección moral para ellos o para el pueblo. Podría citarse las palabras con que Rousseau, Lebrun, Soulié y mil otros escritores propios los caracterizan, dando de ello abundante materia para el ridículo. Mucho podría decirse sobre las pretensiones de algunos que afectan un solemne e intolerante desprecio por nuestras costumbres, nuestra civilización y nuestra sociedad, pretensiones que ha tenido muy en vista un diputado de las cámaras francesas para aconsejar al gobierno la buena elección de cónsules para los países lejanos, a fin de que con su prudencia eviten las colisiones que a cada momento amenazan turbar la buena armonía de los gobiernos. Podría recordarse el empeño que los diarios franceses y algunas revistas han tomado para hacer aparecer los pueblos americanos en un grado de civilización comparable a la de Argel o Túnez, no economizando los epítetos de bárbaros, salvajes y otros con que nos caracterizan. Podríase, en fin, hacer hincapié en esta susceptibilidad que les hace ocuparse con tanto ardor de un comunicado que cuando más merecía el epíteto de insignificante y majadero y no concluir con dirigir el denuesto de *vil cobarde* al mal caballero que tan desleal ofensa les hace, y una especie de cartel de desafío, en lugar de una buena burla por su mal artículo.

Efectivamente ¿a qué tanto calor? ¿por qué tanta intolerancia? ¿Se ha dicho la mitad de lo que en todas partes se dice contra ellos, de lo que sus buenos y aplaudidos críticos dicen en Francia? ¿Por qué hacer, en fin, un asunto nacional de

un artículo de periódico? Todo esto podría decirse y preguntarse si hubiese interés en ello, y si tales cosas pudiesen traer provecho público o inspirar un vivo interés. Mas, si es impropio este interés excesivo por una ofensa de que ni el país, ni personas de nota en él son responsables, y que siendo infundada rehuye solo en mengua del que la hizo, no es menos cierto que a nuestra crítica nada le conviene menos que excitar odio o desprecio por los extranjeros, que interpolándose diariamente en nuestra población, activan nuestro comercio, introducen manufacturas y contribuyen directamente a la mejora y progreso de nuestra sociedad.

La crítica de las costumbres tiene una misión: depurar el lenguaje, corregir los abusos, perseguir los vicios, difundir las buenas ideas, atacar las preocupaciones que las cierran el paso, y destruyendo todos los escombros que lo pasado nos ha dejado, preparar el porvenir. Chile se ha dado instituciones; su esqueleto gubernativo está formado, hay tranquilidad, los principios fundamentales en que reposa su gobierno están conocidos, ¿qué falta, pues, para llegar a la felicidad social que intentan dichas instituciones establecer? Llevarlo todo a la práctica. Nuestra época es, por tanto, crítica, tiene que ocuparse de hacer efectiva la libertad, el progreso y las instituciones. El ojo de la prensa debe ver todos los abusos, indicar todos los escollos; y no siendo los menores los que nacen de las costumbres, de la apatía o de las preocupaciones, debe encaminarse a desacreditar estos enemigos de todo progreso. Tan alta misión social atribuimos a la crítica que deseáramos que nuestros jóvenes dedicasen a ella sus nacientes ingenios, sin arredrarse por el mal resultado de sus ensayos y el desacierto de sus primeros pasos. Nada creemos que pueda remover la indolente apatía de nuestra prensa actual, si no es la crítica, a veces amarga, de los extravíos de nuestra sociedad, a la que es preciso herir para que despierte de su letargo, para que entre en la vida inteligente, en la vida

social, en la vida democrática a que está llamada.

Muy mal hacen los que, aspirando a una perfección extemporánea y prematura, se arredran de arrojar sus ideas al público por temor de incurrir en la desaprobación de los inteligentes que, puestos en un punto más elevado que nuestra sociedad, no necesitan de los escritos de la prensa, la que en nuestro país debe ser siempre incorrecta y defectuosa, si se quiere que ella sea popular y democrática. Es quimérica la pretensión de ser perfectos cuando estamos en la infancia, y prestar una atención pueril a las formas y a la corrección, cuando el pueblo en general no es idóneo para sentir todavía estas bellezas de detalle, este lujo y estas exterioridades que tanto aprecian los pueblos desde antiguo civilizados.

El escritor americano debe sacrificar al autor en beneficio del adelanto de su país, el amor propio en las aras del patriotismo; hacer brillar la buena intención sin curarse de la fama de buen literato.

Terminaremos observando que el primer articulista francés en las contestaciones que han dado origen a este artículo, ha dirigido ataques a alguna persona que supone autor de la ofensa que lo irritaba, haciendo ciertas indicaciones con respecto a ella que mal podría equivocar a una parte del público sobre la persona a quien se quiere señalar, dirigiendo una especie de reto e insultos mal aplicados a un mal crítico o a un mal escritor. Y bien ¿qué haría el que tales palabras vierte, si la persona a quien las dirige probase que no ha merecido tales epítetos, porque no ha hecho jamás a los franceses ofensa ninguna, ni escrito una palabra que los hiera? Habrá hecho entonces una acción mala, hija de la petulancia, la ligereza y la irreflexión; no habría procedido como buen escritor francés que no critica las personas sino los escritos; habría merecido en fin que se le tratase descortésmente, y nada más.

El Otelo
representado por Casacuberta
(*Mercurio* de 13 de diciembre de 1841)

Por más que diga el cartel del teatro que anuncia la representación de *Otelo*, esta tragedia ha perdido mucho del mérito que le ha acordado el público en años atrás. Cuando Voltaire y La-Harpe clasificaban de *bárbaro* a Shakespeare, se hizo de su *Otelo* una parodia en Francia en que arreglándolo a las ideas que entonces se tenían de las conveniencias teatrales, al estilo clásico y las manías de las declamaciones que caracterizan el siglo XVIII, se quitó al *Otelo* mucho de la ferocidad selvática de las pasiones que su inmortal autor había atribuido a su héroe, a fin de no chocar con las delicadezas de un público acostumbrado ya por Racine y Voltaire a cierto refinamiento y decoro en el crimen mismo, que no consentía ver la realidad de la naturaleza, aun en sus deformidades. Esta traducción de *Otelo*, si tal puede llamarse, pasó al teatro español sufriendo nuevas correcciones y enmendaduras que lo desfiguraron completamente. Desdémona fue sustituida por Edelmira, Yago por Pezaro, y un Loredano fue necesario para llenar los vacíos que de la refinada malicia de Yago, aquel tipo de infamia y de hipocresía, no acertaba a cubrir Pezaro, que nada tiene de hipócrita, salvo su propia aserción. ¡Cómo comparar la naturalidad de la intriga en el *Otelo* de Shakespeare, en que un pañuelo que Otelo ha dado a

Desdémona, es sustraído maliciosamente por Yago para encender los justos celos del feroz africano, y esa diadema y esa carta que tanto los justifican en el nuestro? ¿Qué significa este Loredano tan desligado de la intriga, tan postizo si es posible decirlo? Ni brillan en Edelmira aquellas inocentes y cándidas emociones del amor, ni en los momentos que preceden a la catástrofe los pueriles miedos de morir, los pretextos con que quiere Shakespeare prolongar su vida o salir del mal paso, y que tan bien ha reproducido Victor Hugo en la Catalina de su Angelo.

Basta en cuanto a la pieza. La representación del señor Casacuberta ha sido feliz, terrible hasta poner miedo en los espectadores dos o tres veces, y generalmente bien desempeñada, en cuanto a la mímica, que es tan inteligente, tan expresiva, y tan delicada en este actor. Si la representación muda de los sentimientos; si la realidad que el actor da a las palabras apasionadas que salen de sus labios, adquiere toda su fuerza en las actitudes y en la gesticulación, podemos decir del señor Casacuberta que ha sido pocas veces sobrepasado en los teatros de América. El célebre actor español Lapuerta, no obstante su mérito profesional, admiraba en él está relevante y espontánea cualidad que pone de manifiesto al espectador una multitud de sensaciones que si bien no están expresadas directamente por el autor dramático, se deducen fácilmente del contexto de las palabras, y sirven de imperceptibles gradaciones para pasar de un sentimiento a otro y dar vida y animación a los personajes que necesitan *vivir de algo* mientras que uno tiene la palabra.

El cuarto acto ha sido desempeñado con maestría y el repentino designio de clavar el puñal a Edelmira al alejarse de la escena, dejó helados de espanto a los espectadores. El público ha hecho justicia a las apasionadas emociones de la señora Montes de Oca que ha llenado en la representación su difícil papel con el mayor acierto. Es muy notable el efecto que

la co-representación del señor Casacuberta, obra en el señor Velazco que no acierta a agradar al público sino cuando está acompañado de su nuevo prototipo.

Una palabra sobre las decoraciones. La del senado era de un gusto nuevo; y si en los espaldares de los elevados asientos hubiésemos visto colgados los retratos de Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Joanes Scotus *subtilísimus doctor*, el emperador Teodosio, el papa Hildebrando y Demócrito y Heráclito, riéndose el uno y llorando el otro, habríamos tenido una fiel copia de nuestra cámara de diputados, que creemos es el tipo que el artista ha querido realizar. La idea de aproximar el teatro a nuestras realidades no es mala sin duda; pero ha copiado un modelo muy apolillado, y que desaparecerá tan pronto como haya quien se avergüence de estar discutiendo los intereses del estado en presencia de todos aquellos mamarrachos, y enjaulado en unas balaustradas de gusto encarecido y chocho, que dicen tan mal con los progresos que el buen gusto y la riqueza hacen diariamente.

Una cuestión se suscita naturalmente con motivo de la representación de *Otelo*. La memoria del malogrado Cáceres parece reanimarse en la noble figura de Otelo que él había identificado en Santiago con su propia persona. ¿Quién es entre ambos artistas más trágico, más actor, o más vehemente? ¿Cuál de ambos podía excitar más profundas emociones en el ánimo de los espectadores? Cuestión es esta que todos se hacen, resolviéndola cada uno de los aficionados en pro o en contra, según sus simpatías o sus recuerdos. Nosotros nos guardaremos de pronunciarnos en esta cuestión. Hemos oído una observación y creemos oportuno reproducirla, y es que la reputación de Cáceres es un recuerdo que el tiempo, las simpatías y su temprana muerte han *sublimado*, y mal puede competir con ella una nueva que se nos presenta a nuestras miradas y a nuestras observaciones. Mas siempre será un hecho cierto que el señor Casacuberta es un actor distinguido,

que en el desenvolvimiento de la pasiones, en la completa inteligencia de las palabras, y en la mímica, que es el lenguaje exclusivo del artista, lo que es su patrimonio, su propiedad, es muy digno de la admiración del público; pues las dotes naturales, como son la voz y la presencia, que en nada desfavorecen al señor Casacuberta, y que tanto seducen los sentidos de los espectadores, de nada valen cuando no hay aquellas grandes calidades que caracterizan al artista, sin olvidarnos que hay ciertas relaciones de simpatías, cierta confraternidad entre el público y el actor que aún no ha tenido lugar de desarrollarse.

¡Las bombas!
(*Mercurio* de 17 de diciembre de 1841)

Un *mentís* dado por un cabo de la compañía de bomberos es cosa que no debe contestarse; si saliera de la boca de un sereno que puede hacerlo dormir a uno en lugar seguro hasta que venga el día y se aclare el hecho, pase; pero de un cabo de las bombas de Santiago que no han tenido hasta ahora el gusto de echar con provecho un chorro de agua desde los días de su institución, es un ataque muy ligero y de muy poca consecuencia.

Más que achicar la bomba, sabe achicar denuestos. ¡*Mentís,* el atrevido! ¡Como si los diarios no hubiesen sido inventados ex-profeso para que cada uno sacie su hidrópica gana de mentir! ¡Tenernos por uno de los muchos embusteros que hay en Santiago! ¡Gran picardía por cierto! De lo cual es testigo el *intendente y el juez de policía, quienes…*

Pero las bombas, después de probar que eran las doce y no las once, y después de limpiar la acequia *satisfechas de que no había nada que hacer* (¡oh, qué satisfacción tan sabrosa!) y de haber cumplido con su deber *¡se retiraron!* a desafiar al que diga que no se retiraron. ¡Cuántas veces han gozado las bombas esta dulce satisfacción de no hallar nada que hacer y sobre todo de retirarse! Testigos de ello los muchos embusteros que en cada incendio que ocurre descargan sus tiros

ponzoñosos contra las bombas que siempre cumplen con su deber de retirarse.

Y después de todo ¿a qué conduce este comunicado con su *mentís* que le sirve de introito y su *desafío* de catástrofe? ¿A probar que el establecimiento de bombas está bien servido? ¿Qué no hay mejoras que introducir en su servicio? ¿Qué llegan siempre a tiempo de destapar las acequias en lugar de apagar las llamas ya extinguidas sin su auxilio?

Pero, ¿qué entiende de esto, señor, un cabo de las compañías de las bombas que se ha creído atacado en su persona porque se ha dicho algo sobre las máquinas? ¿Ni qué otros fines nos atribuye este cabo que el de contribuir con nuestras observaciones a la mejora y cuidado de esas bombas que, bien servidas, y sin dejarles gozar de la *satisfacción de retirarse sin haber hecho nada*, que gozan tan a menudo, sean parte a salvar las fortunas de los individuos amenazados diariamente por los incendios? ¡Es mucha gracia culpar a los vecinos de descuido! Por descuido ocurren todos los incendios, y las bombas no son para deliberar sobre las causas que los producen, sino para apagarlos después que han aparecido.

¿Y qué se deduce en sustancia de todo el tenor del comunicado? ¿Qué en las *dos palmas* que están en el convento de Santo Domingo, se fraguó quizá la falsa relación dirigida al *Mercurio*? ¡Y eso es a buscar siempre la persona! ¡la persona! Sin que se sepa quién es el embustero, no puede haber comunicado cabal.

Pero los incendios, cualesquiera que sean las causas que los produzcan, ya sea de descuido o intención del dueño de la casa incendiada, se observan en un instante en cualquiera hora del día o de la noche, y un momento perdido basta para hacer irremediable el mal que puede ser de tal gravedad que deje sumida en la miseria una familia entera. Los medios de contener los estragos de los incendios deben ser tan

expeditivos, como es súbita la voracidad de las llamas e imprevista la calamidad de un incendio. Sin esto, las bombas, los bomberos y los cabos son inútiles y tendrán la satisfacción de retirarse sin hacer nada.

La señal convenida es el toque a fuego en la catedral. ¿Por qué no sonó? ¿Ha previsto este caso la policía? ¿Por qué la señal ha de darse solo en la catedral, y quién está encargado en la catedral de responder inmediatamente al llamamiento de la comandancia? Este caso es grave, pues la demora necesaria para dar la alarma y el tiempo necesario para poner en marcha las bombas, basta para hacer inútil, por demasiado tardío, el auxilio de ellas.

En Valparaíso tenemos algo más adelantado. Hay una campana especial para llamar la compañía de incendios, *cuya cuerda está al alcance de todo el mundo*, y hay premios establecidos para gratificar la prontitud en acudir a las bombas, que son unas máquinas poderosas y activas, y que por su perfección están libres de los accidentes que inutilizan la asistencia de las de Santiago. En el incendio de la casa de Lazo, después de haberse consumido todo el edificio, las bombas no pudieron achicar; y en el de la Compañía no anduvieron más felices.

La ciudad de Santiago es muy extensa, y solo los edificios que rodean la plaza tienen derecho a esperar el auxilio de las bombas. Convendría, pues, tener caballos prontos siempre para tirarlas; convendría multar a los campaneros que no obedecen con prontitud al llamado de los serenos, gratificarlos también, como convendría gratificar al primero que hiciese echar agua en la manzana o calle en que aparece un incendio. En fin, convendría hacer de modo que con la celeridad del rayo pudiesen acudir las bombas al lugar del incendio, y que las campanas, los campaneros, los avisos, el agua y las bombas pudiesen moverse a un tiempo bajo la súbita inspiración del momento.

Creer que las bombas de Santiago y los medios actuales de administrarlas es lo más perfecto conocido, o lo más perfecto posible, o lo único que puede hacerse, es un error que refluye en mengua de quien lo sostiene. En 700 incendios que ocurren anualmente en Londres, los dos tercios son oportunamente extinguidos por las bombas y no hay ciudad de alguna nota en Europa y Norte-América que no tenga sus compañías de seguros de incendio, que por su propio interés salvan las propiedades de este azote inevitable.

Es digno de colacionarse aquí, como un ejemplo que puede ser imitado entre nosotros, que cuando la ciudad de Filadelfia era menos rica y menos poblada que Santiago, se formó a propuesta de Franklin, una sociedad de vecinos para favorecer las casas incendiadas, teniendo cada uno de ellos baldes, escala, cordeles para amarrar y trasportar efectos. Esta sociedad dio origen a otras muchas que por fin hicieron miembros de las sociedades para extinguir incendios a todos los propietarios, pudiéndose decir que no había veinte años después una ciudad en el mundo que contase con medios más seguros de contener un incendio, no ocurriendo pérdidas considerables por los estragos de las llamas, que por la previsión de los vecinos pueden ser detenidas en el momento que aparecen.

No se enoje, pues, mi buen cabo porque aprovechamos a tuerta y derecha toda ocasión que se presenta para atraer la atención del público, de las autoridades, de los propietarios y de los cabos sobre esta importante materia, en la que hemos correspondido a su desafío. Lo invitamos a asistir al primer incendio que ocurra, apostando desde ahora que yo estoy primero que las bombas en el lugar de la quemazón, y a que cuando usted llegue, se ha consumido el edificio entero o se ha cortado el estrago por otros medios. ¡Eh! ¿A qué viene aquí con sus bombas remendadas y carcomidas? ¡No sirven para nada sus bombas! ¡Son unos armatostes inútiles!

Durante el té

(*Mercurio* de 20 de diciembre de 1841)

—Pero mire usted si se le ha invitado para que toque y no para que baile, ¿por qué se le ha de consentir que venga a tomar parte en la tertulia?

—Permítame que le objete que esa distinción misma presupone la desventajosa preocupación que sostengo que existe contra el cultivo de una habilidad que poseída en un grado eminente, le franquearía la entrada en los círculos de más tono en Europa. ¿Dice usted que se le invita para que ejecute, es decir, para que dé nuevo brillo a la reunión con su habilidad, y por qué no se le permitiría bailar también?

—Es que se le paga para que toque, y desde que admite salario no debe prometerse ser considerado como un convidado. ¿Le sirvo a usted una taza?

—Mil gracias. Nueva razón en mi favor. Todo lo que se deduce de eso es que vive de su talento, y su objeción confirma nuevamente lo que decía antes, que nuestras preocupaciones envilecen el cultivo de este precioso arte. Paganini, Mazoni y otras celebridades que tenían asombrado al mundo culto, vivían de su talento también, y solo la aristocracia de Europa habría pretendido ser superior a ellos en los miramientos que se deben a un hombre distinguido, y advierta usted que no se cultiva hasta la perfección un arte sin abstraerse de toda otra

ocupación, por lo que este arte ha de ser un medio único de subsistencia. Luego ejercita su talento embelesando a los que le escuchan, justo es que se le retribuya el tiempo y el trabajo que emplea para hallarse en actitud de causar este placer. ¿Querría usted que cultivase con tanto esmero un arte que nada produjese si no es una improductiva y estéril aprobación? ¿Y deja por cultivarlo con provecho de ser caballero?

—¡Un caballero! ¿Y quién sabe qué clase de hombre es en su tierra?

—¡Oh! Ya sabía yo que aquí habíamos de venir a parar. Pero muy poco nos importa saber lo que era en su tierra. ¿Es aquí un hombre decente por sus modales, su educación, su conducta, y añadiré también, por su semblante o su color? Luego es un caballero como cualquier otro. ¿Quién le responde a usted que la multitud de comerciantes extranjeros que hallan siempre una favorable acogida en nuestros estrados son de mejor extracción que un músico o un pintor? Al menos en estos últimos hay una muestra manifiesta de que han recibido alguna educación; pues para hacer el comercio como se hace aquí, poca instrucción se necesita, según usted puede echarlo de ver entre algunos de nuestros comerciantes.

—Diga usted lo que quiera, pero yo no me atrevería a bailar con él.

—No haría en eso otra cosa que manifestarse fiel a las preocupaciones en que la han educado y que forman una especie de atmósfera de la que no le es dado salir. Y créame usted que no la vitupero. Una niña tiene casi siempre sentimientos generosos, y si procede mal en estos casos es más bien por no atraerse la desaprobación de los otros, que por su propio instinto. Nuestras señoras son inflexibles en este punto y también tienen en ello una especie de razón; encargadas de conservar ilesa la reputación de sus hijas, no quieren tampoco consentirlas que aventuren un paso fuera del camino trillado.

De manera que en último resultado somos nosotros los que creamos estas distinciones odiosas, por orgullo, por vanidad, por rutina y acaso por envidia. El día que un personaje influyente se proponga romper esta valla que hemos levantado al talento, lo seguirán muchos otros animados de sentimientos igualmente nobles, y las señoras, seguras de la aprobación de hombres que les merecen respeto, ofrecerán una parte en los placeres de las tertulias a esos músicos que educan a sus hijas y viven honradamente de su habilidad.

—Ya se ve, que a no ser porque son músicos de profesión, en todo lo demás son lo mismo que los demás jóvenes.

—Pero para ser músico, señorita, es preciso serlo de profesión, pues un aficionado no llega a ser sobresaliente, sino cuando emplea todos sus momentos en el cultivo del arte, y entonces si quiere sacar provecho de su habilidad, perderá sus ventajas en la sociedad. El profesor de dibujo y el abogado se hallan en el mismo caso. ¿Olvida usted que antes se consideraba como deshonroso el ejercicio de la cirugía y de la medicina, y nuestras señoritas de tono miraban en menos a un médico o un cirujano?

—Sí, pero eso era una necedad. ¿Qué tiene ser médico?

—Mas no pensaban así ahora cuarenta años; como no pensarán como usted sobre los artistas dentro de cuarenta años más; ya ve usted lo que se lee en el *Mercurio* de la Rachel en Londres…

—¿Qué la Rachel? No he visto.

—Una célebre actriz francesa que gana siete mil francos por cada representación, y de quien las señoras inglesas solicitan como un honor el ser admitidas en su sociedad. ¿Tampoco bailaría usted con un célebre actor cuyas costumbres y modales no desdijesen de las que convienen a un hombre decente?

—¡Oh, también usted! ¿Cómo había de bailar? Eso no.

—¿Y admitiría en su sociedad y distinguiría con su amistad particular a una actriz con aquellas cualidades?

—¡Mucho menos! Una cómica en casa y mi amiga… ¡Jesús! ¡Quite allá!

—Pues bien, eso que le causa tanto horror a usted, es lo que hacen hoy gentes como la que componen la aristocracia inglesa. Condesas, duquesas con un millón de pesos de capital, si no de renta anual, con la educación más esmerada, con el orgullo más insoportable, con la sociedad de los reyes y de los príncipes, gentes que *llaman canalla* a los hombres honrados que, como su padre de usted, son comerciantes o simples propietarios y a quienes no ofrecerían un asiento en sus palacios, estas gentes comen, pasean, bailan con una actriz, se envidian la sociedad de una cómica señorita, de una Rachel, hija de qué sé yo que miserable.

—¡Pero eso es muy chocante!

—Si, muy chocante para quien tiene preocupaciones arraigadas e ideas recibidas; muy chocante para las personas y las sociedades que, incapaces todavía de apreciar el verdadero mérito, se aferran en atribuirlo a la fortuna legada, a una cosa que llaman nacimiento y que no siempre puede resistir al examen, que sobre todo no es lo que en las monarquías se llama nacimiento…

—¿Quiere usted que vamos al piano?

Así terminó esta discusión que con asombro oí en una de estas noches entre uno de nuestros jóvenes y una amable señorita que nos servía el té. Digo con asombro porque es la primera conversación útil, la primera racional seguida y ocupada de un objeto único que he oído en los días de mi vida mientras se toma el té. ¡Es tan variada por lo ordinario, tan rica en episodios la conversación cuando se toma el té!

—Aquí tiene usted un asiento.

—¿Le gusta a usted cargado? ¿Le sirvo leche? Usted dirá.

—¿Quién dijo que no había comedia el jueves?

—Si Jiménez está con la viruela.

—¡Pobre!

—Sírvase usted una tostadita.

—¿Estuvisteis en la función de la Catedral? ¡Qué bien cantó Lanza!

—Esta mañana se mató un peón en la casa de Lazo.

—¿Qué hubo al fin del incendio? Irían las bombas, por supuesto, y se quedarían en nada.

—¿Le sirvo otra tacita? Si no le ha de hacer mal.

—Pues yo tomo siempre tres.

—Y estas tazas que son tan pequeñas.

—En lo de Lataste hay unas muy grandes.

—¿Vio usted el *Otelo*?

—¡Cómo me gusta la acción del señor Casacuberta!

—En aquel pasaje del cuarto acto, qué cosa tan terrible!

—Pero dicen que es muy inferior a Cáceres, que no grita mucho.

—¿Se acuerdan en qué tiempo murió Cáceres?

—Era más buen mozo.

—Quién sería ese joven que nos ofreció la mano al subir al palco.

—¿Aquel que bailó contigo el domingo?

—¿Ha visto el pañuelo a la Mercedes?, ¡qué rico!, ¿no?

—No me gusta esa clase de manga; mejor es esta.

—¿Al piano?

—Si no toco nada que se me pueda oír.

—Eso es viejo.

—Favor que usted me hace.

Esta es la parte obligada de la que sirve el té; dejo a mis lectores las réplicas que de todas partes se suscitan a dúo, a trío, en coro si hay muchas señoritas, con la festiva alegría de todos, y el dulce sonar de los sorbos y platillos.

Fiestas de la Noche Buena
(*Mercurio* de 26 de diciembre de 1841)

Como una hora hacía que metido en mi cama trabajaba por dormir y tomar el descanso necesario a las fatigas del día, pero en vano; los serenos no se sentían con fuerzas para acallar la grita de la plebe que en gruesos grupos paseaba las calles de Santiago al son de cuernos, canarios, chicharras, tamborinos y cometas. Perdida, en fin, toda esperanza de dormir me resolví a pasear la noche buena; abandoné mi cómodo y célibe lecho, y después de cinco minutos de *toillet* me lancé en la calle. ¡Qué imponente espectáculo! Las calles tapadas de gente de chupaya que marchaba en todas direcciones, el bullicio, el desorden, el redoblado gemir de los bronces de todas las iglesias a impulsos de diestros campaneros, todo, todo, en fin, anunciaba una alarma más bien que la celebridad de la noche buena.

El gran reloj que la ilustre municipalidad regaló para ornato de Santiago y comodidad de sus habitantes, sonaba con grandísimo trabajo las doce, hora en que todos reían y gritaban; hora en que los pretendientes, apurando el último quilate de la elegancia y tocando en ridículo su almibarada ficción, hacían alarde de llevar ocupados sus diestros brazos por el objeto de su cariño, mientras que la guardia de prevención, sacando fuerzas de flaqueza, se afanaba en vano

por igualar las distancias con la cabeza de la columna, para medio oír por lo menos los diálogos dulces o amargos de la mitad de vanguardia, que hablando muy quedito burlaba la vigilancia del femenino jefe; hora, en fin, en que atraído por los ventosos sonidos de un órgano, entré a la Catedral.

Principiaba ya la misa: los petimetres, sin faltar a su costumbre, daban vueltas y revueltas por las largas bóvedas del templo, haciendo algunas paradillas de cuando en cuando, no para oír la misa y sí para distraer con sus monerías a deidades que gracias a los codazos de sus religiosas madres, oían la misa con devoción. Un movimiento general anuncia la conclusión de la misa; me santiguo con agua bendita de la pila para librarme de los malos pensamientos, que siempre me persiguen, y salgo del templo después de haber sufrido mil empujones, pisotadas y malos olores en el estrecho de la puerta.

Un nuevo y sorprendente espectáculo me esperaba a la salida de la iglesia: centenares de individuos católicos, a quienes se les había negado la entrada al templo, como a los excomulgados, porque no vestían frac, dormían como dicen a pierna suelta, sirviéndoles de lecho las duras lozas de las gradas. ¡Qué horror!

La fresca brisa de la madrugada y el ver la Luna clara como el día que yacía en la mitad de su carrera, tranquilizaron un tanto mi exaltada bilis; mis largas y descarnadas piernas, adoloridas por el martirio en que las había tenido durante la misa, me pedían movimiento para su alivio, y como faltaban dos horas para la venida del día, viro por redondo, pongo proa a la Alameda y con viento a bolina llego, para expiación de mis culpas, en un momento.

Allí el populacho cometía mil desórdenes, no se veían más que pleitos, las pedradas silbaban en todas direcciones, arrebataban los pañuelos del cuerpo de las mujeres, sin que las

patrullas y serenos fuesen bastante a contener tan horrendos desórdenes. A poco que había andado se me llegó al lado un descamisado dando fuertes rodillazos a una bandeja; el mozo de *la águila*, me dijo, hay refresco de todas clases, pescado frito con *ensalaa de beteravas*, hay aloja, hay orchata, hay *punche* en leche, hay…

¿Y no hay demonios que carguen contigo majadero?, le dije. ¿A qué se atendrá este *futre pipiolo*?, me contestó. Desesperado le di una trompada, y él me la devolvió con un boyazo tan bien dado que hube de pasar más de cinco minutos de continuada lucha con mi sombrero para poderlo sacar de mi sofocada cabeza.

Llamar un sereno en mi auxilio hubiera sido un disparate, pues mis gritos se hubieran confundido con los sonoros instrumentos de noche buena, o por un segundo *boyazo* del mozo de *la águila*, que ya se envolvía las mangas de su despedazada camisa para emprender conmigo descomunal batalla. Por prudencia, más que por miedo, huí de este infierno hasta que llegué a una pequeña plaza, donde por el silencio y una guardia que allí había, me consideré en puerto de salvamento. Libre de la repugnante estampa del mozo de *la águila*, me puse a contemplar un magnífico edificio que allí hay, edificio destinado a acuñar el móvil de todas las acciones del hombre, y que produciendo tan envidiada mercadería, yace en una total ruina después de tantos años de abandono.

Luego que concluí mis contemplaciones puse el rumbo al puente donde creía encontrar concurrencia no tan riesgosa como la de la Alameda; pero al dar vuelta a una esquina encontré el carretón del Panteón en viaje. Un terror pánico se apoderó de mi corazón, y se me erizaron los cabellos al considerar cuántos desgraciados habían pagado el tributo a la muerte antes de la noche buena dejando a sus familias anegadas en el llanto y la miseria. Acompañé hasta el puente tan fúnebre vehículo y animado de una religiosa compasión

imploré al cielo por las almas de aquellos infelices que pronto debían sepultar sus inanimados restos en el seno del olvido.

Los verduleros y carniceros, conduciendo en sus sucias yeguas las verduras y carne para el consumo de 80.000 almas, entonaban bruscas canciones y con precipitación entraban en la plaza, atropellando a cuantos iban por allí inmediatos.

La del alba era cuando las gentes guiadas por la luz del día entraban en la plaza, y yo entré uno de tantos ¡Qué cosas vi y oí en aquella confusión de Babel de nuestros tiempos! Oí pregonar duraznitos de la Virgen, *porotos* granados, duraznitos de San José, buenas brevas, *cirgüelas* por ciento, *sandillas*, *mate* pelado, huevos frescos, fruta de la grande, etc., etc.; y por último oí que todo lo que se pregonaba era fresco, nuevo, bueno y grande.

Vi que por la puerta del sur de la plaza entraban muchas caritas de noche buena, quiero decir pálidas y desencajadas, que se dirigían *cada uno con su cada una* a comprar claveles, que los pagaban a peso de oro, porque los vendedores se aprovechaban de que el comprador yendo tan bien acompañado, no podía pedir rebaja por un manojo de claveles con albahacas, temeroso de acreditarse de mezquino para su compañerita, que sabe Dios qué afecciones los unían. Vi muchas mesitas cubiertas de un mantel inmundo, donde llegaban los elegantes a tomar *gloriado*, y oí que gritaban *nehee* en coro a cada trago de tan *chivatuna* bebida.

¡Cuántos rostros vi causas de mis desvelos y desvaríos antes de la noche buena, que pasada esta no hacían latir mi corazoncito amante al encararme con ellos! ¡Todo es concluido, le decía a mi capote, ya no hay ilusión! ¡Ah niñas!, no vayan más a la noche buena, una trasnochada causa avería gruesa en nuestros delicados rostros; agobiados de sueño y descompuestos, no podéis voltejear en la Alameda el día de Pascua con la elegancia de costumbre. Otra advertencia les

hiciera, pero temo el desagrado de vuestras madres, quienes tampoco deben ir a la noche buena porque les puede dar el *garrotazo*.

Y vosotros jóvenes que vivís en el siglo XIX, ¿a qué vais a la Noche Buena? ¿Vais a una misa por fiesta de algazara? ¿Vais a pasearos a la Alameda a ser testigos de actos de prostitución, a correr allí un riesgo cierto, y por fin, a rolar entre gente sumida en la embriaguez, a quien la desidia de la policía anima a cometer las mayores tropelías? ¿Vais a la Plaza a que os atropellen o rompan la cabeza con los cestos de papas, cebollas, etc., a tomar mate y *gloriado* y por fin a dar pábulo al hurto?

¡No! Abolid tan aldeana costumbre, dejad para la plebe la Noche Buena, hasta que la policía tome medidas activas para prohibir tamaños desórdenes. Yo prometo no pasear en el resto de mi vida la Noche Buena, pues no me gustan los boyazos por lo poco económicos, y tampoco quiero que me llamen *El Aboyado*.

Los postreros días

(*Mercurio* de 10 de febrero de 1842)

A nadie le ocurriría por cierto, si lo atajasen de improviso para preguntarle cuáles son los postreros días, decir que son los que preceden a la cuaresma. Los postreros días parece que fueran el fin del año o de alguna temporada aciaga, según el placer que excita involuntariamente su aproximación, en todas las clases del pueblo. Los postreros días ocupan hoy el vacío que en nuestras costumbres ha dejado el Carnaval, a que tan apegados eran los cristianos de antaño, no obstante su origen gentílico y las prohibiciones de los papas, vacío que en otros países han llenado los bailes de máscaras, que en Venecia, su patria natal, ocupan un tercio del año, y en Roma los disfraces del mismo género que concluyen con las brillantes corridas de los *moccoletti*, o luces encendidas, que agita el pueblo al retirarse. ¿Y qué bienes ha producido esta estéril supresión de un goce que tan picantes y duraderos recuerdos dejaba en todos los corazones para saborearlos en el resto del año? ¿Quién ha olvidado aquella alegría infantil con que hombres y mujeres, haciendo a un lado la máscara que las conveniencias sociales nos fuerzan a llevar en todo el largo trascurso de un año mortal, se abandonaban a las inocentes libertades del Carnaval? ¿Quién es aquel que no ha saboreado en aquellos tiempos felices, el exquisito placer de vengarse de una vieja taimada que nos estorbaba en los días ordinarios, el acceso al

oído de sus hijas, bautizándola de pies a cabeza con un enorme cántaro de agua, y viéndola hacer horribles gestos, y abrir la desmantelada y oscura boca, mientras los torrentes del no siempre cristalino líquido descendían por su cara y se insinuaban por entre sus vestidos? ¿Quién no se ha complacido contemplando extasiado las queridas formas que hasta entonces se sustraen tenaces al examen, viéndolas dibujarse en despecho del empapado ropaje, en relieves y sinuosidades encantadoras? ¿Quién que tenga necesidad de decir dos palabras a su amada, no echa menos aquella obstinada persecución con que separándola del grupo de las que hacían la acuática defensa del Carnaval, la seguía por corredores, pasadizos y dormitorios, hasta cerrarle toda salida, y verla al fin escurriendo agua, y con las súplicas más fervientes, pedir merced al mismo con quien antes no la había usado ella, y dejarse arrancar acaso un pequeño favor como precio de la capitulación acordada? ¿Quién es aquel, en fin, a quien no le palpita aún el corazón de gozo y no sienta debilitársele las piernas al solo recuerdo de aquellas terribles luchas en que sitiadores y sitiadas bregaban apiñados, y forcejando en opuestos sentidos, hasta caer en fin como un nudo de ranas y en un inmundo pozo en que el barro y el agua ocultaban los atractivos de la belleza, en medio de los alaridos de las niñas y las risotadas de los jóvenes? ¡Oh, felices tiempos de nuestros padres! Tiempos de inocencia y festiva folganza, en que si no era permitido dar el brazo a las señoritas, ni dirigirlas desembozadamente tiernos cumplidos, había tres días del año en que todo el mustio aparato de la terca etiqueta y gravedad española, cedían a impulsos de los torrentes de agua que en todas direcciones se cruzaban, y que servían a ablandar los corazones de las esquivas y desdeñosas beldades, a quienes era permitido tocar y palpar sin ceremonia, sin omitir tirones, violencias, y el uso irresistible y victorioso de la fuerza varonil. ¡Días de verdadera igualdad y fraternidad universal, en que no

había para ninguno puerta cerrada, ni necesidad de más títulos, introductor ni pasaporte para presentarse en una casa, que la oculta provisión de agua ligeramente saturada de colonia o lavanda, y en los que le daban la bienvenida con un duraznazo o un jarro de agua!

Bien prosaicos y positivos son los días que a nosotros nos han cabido. En la lastimosa degeneración de nuestras costumbres, el Carnaval ha perdido toda su natural jovialidad y franqueza; permitido y aun muy decente se considera enfadarse y prodigar denuestos a las hijas de Eva, que en la calle nos rocían con algunas gotas olorosas, y solo en las provincias se ve todavía tal cual reminiscencia de las pasadas glorias de Carnestolendas. Fuerza es abandonar la capital y engolfarse en la Babel de Peñaflor, para tomarse sin impropiedad alguna tímida y recatada libertad con el sexo. En fin, allí se vive sin tantos miramientos; respira uno un aire más puro, y todas las distancias sociales se acercan un poco y se confunden. Reina permanente zambra, y los lejanos y eólicos sonidos de la guitarra, siempre vivificados con el nacional tamboreo, difunden un ambiente de dicha indefinible, y una secreta excitación de placer, que excitan involuntaria sonrisa en los labios, y blandura y condescendencia en el corazón. Si vais a Peñaflor, no omitáis nunca un cortés saludo a cada grupo de lindas o feas criaturas que encontréis a vuestro paso. Sería grosería imperdonable no saludar allí a quienes, si bien no se conocían antes, son vuestras compañeras de viaje, mansión, y distracciones. Cuando os encuentren en las calles de Santiago, no os saludarán, no importa; pero habréis gozado en Peñaflor de su vista, de sus risas alegres, de acompañarlas a la siempre embrollada contradanza, y de oír la grata melodía de sus canciones, que estarán resonando continuamente en vuestro oído, y que aprenderéis al fin a entonar para diversificar la monótona marcha del caballo, cuando os regreséis a la ciudad harto de placeres o de fastidio, según lo prefiráis.

Los postreros días son el fin de las recreaciones de la turba estudiantina, y la víspera de volver al encierro de los molestos y sañudos claustros en que, mal de su grado, ha de romperse los cascos en el empeño de encerrar en ellos lecciones inútiles para el momento presente, y de dudoso e incierto provecho para el porvenir. Son, en fin, las recreaciones el período consagrado al descanso de los abogados, reposo de los empergaminados mamotretos de los expositores, suspensión de las hostilidades abiertas contra el bolsillo de los litigantes en el trascurso del año, tregua de las importunas solicitudes y empeños a los magistrados, que dejan por entonces de hacer justicia, y recargar sus melindrosas conciencias.

Pero todo esto no es el Carnaval, ni nada será parte a consolarnos de su llorada decadencia. Los innovadores, que dieron en hallar la inocente chacota más natural que lo que el buen tono permitía, nos quisieron importar el juego de máscaras, como más propio de la sociedad culta, que en verdad no es otra cosa que un juego de máscaras y disfraces, en que cada uno se reviste de las formas que más convienen con el teatro y la escena en que figura.

Pero se olvidaron que la careta es sofocante y insufrible en medio de los rigores del estío, en que, en oposición a las comarcas europeas, viene a caer el Carnaval, y que no siendo el uso de los disfraces y las máscaras recíproco y común a los dos sexos, se convierte en una miserable *payasería* de parte de los hombres, que se ofrecen por un momento como objeto de curiosidad y de investigación a las mujeres, que se fatigan al fin de ropones y dominós que nada de misterioso ocultan.

Buenos Aires ha sido más feliz que nosotros en este punto, pues libre de innovaciones y de novedades, gracias al buen sentido de la restauración, y persuadida por conducto de su ilustre restaurador, que es el conducto legal y natural por donde se manifiesta la persuasión y la voluntad del pueblo, que el Carnaval es una necesidad imperiosa, una santa y cristiana

costumbre, un goce sabroso de que no debe defraudarse a la sociedad, le ha dado fuerza de ley, y se le han impuesto reglamentos y condiciones que lo hacen la cosa más cómoda y agradable al mismo tiempo. A las nueve de la mañana suena un cañonazo en el fuerte, que prolongan los ecos como si se abrieran las puertas del infierno; mil gritos de alegría resuenan por todas partes, y el pueblo en masa se arroja tumultuariamente a las calles, ostentando la agradable y variada mezcla de negros, mujeres, niños, cargadores y jóvenes, de todas clases y condiciones, que se aprestan gozosos a los porfiados y reñidos combates que les aguardan. Las canastas de huevos, de aguas olorosas o hediondas, según las pida el marchante, proveen a todos de certeros misiles, y las jeringas y bolsas hacen el papel de cañones y metralla. Desgraciado el paquete, el magistrado, el tirano mismo, si intentasen cruzar las calles con fraques a la parisiense, o con vestidos de gala. El pueblo soberano, el pueblo degollador, no gusta de estas modas y esos fraques que se quieren elevar sobre el pueblo de chaqueta, y el pueblo *compadrito*. El sentimiento de la igualdad ultrajado se sublevaría a la vista de estos trajes europeos, y haría llover sobre ellos para humillarlos y hacerlos descender a la igual condición del pueblo, millones de huevos que se estrellarían en los hocicos, en los ojos, en la frente, en el pecho, en todas partes en fin, haciendo destilar de la aturdida persona anchos chorros de agua, de fango, de clara de huevo y de inmundicia. Y cuidado con enojarse, ni manifestar la más ligera señal de disgusto, porque entonces sería declarado canónicamente unitario, asqueroso, inmundo, y nadie respondería de que volvería a ponerse otra vez el provocativo fraque, ni los ajustados calzones. Principiada la general batahola, cada casa se convierte en una fortaleza, cada calle en un cerco formidable de sitiadores. De las azoteas llueven, como de otras tantas almenas, furibundas granizadas de huevos y cubos de agua que

bañan una circunferencia de cuatro varas de la calle; y no faltan osados que apliquen escalas a las murallas para alcanzar en las ventanas y sobre las planas techumbres a las atrincheradas bellezas. Si un inglés acierta a pasar en estos momentos de lucha, no puede desechar el recuerdo de otro carnaval en que, en el año de 1806, hizo llover más *chaya* sobre sus cultas personas, que la que era de esperarse de un pueblo que, según nos lo asegura Walter Scott, en su historia de Napoleón Bonaparte, usa por todo amueblamiento en sus rasas, cabezas de vaca y cueros colgados en lugar de puertas. Los jóvenes aguzan su ingenio en inventar aparatos y máquinas para diluviar los húmedos proyectiles sobre los ya empapados pasantes. De repente un espantoso estruendo viene a estallar sobre sus cabezas, como una granada que revienta; el asustado transeúnte mira despavorido hacia arriba y descubre entonces, en una bolsa que van izando y en la que aún suenan con el movimiento los tarros, piedras y morralla que contiene, la causa ocasional de su alarma. Si hay algo tirado en el suelo, guárdese de levantarlo, es una red para estimularlo a agacharse y descargarle un gatazo en la encorvada espalda. Se ve a veces en una esquina un enorme cartelón impreso, en que la tipografía ostenta sus más raros y abultados caracteres, y en el que se anuncian maravillas en estilo bufo y altisonante; los transeúntes se agrupan a imponerse de su contenido, hasta que un gordo chorro de agua disparado de una ventana fronteriza viene a aleccionarlos y hacerlos menos curiosos. Un tambor os acompaña, a veces por todos los extremos de la ciudad, y donde quiera que vayáis, oiréis a vuestro lado el eterno redoble de la diana que no cesará por más que corráis y os enojéis, mientras no busquéis en vuestra faltriquera razones que lleguen al corazón de un tambor.

La bulla es infernal, la alegría está pintada en todos los semblantes, y la muchedumbre se explaya, viéndose entonces libre, igual, rotas todas las vallas, allanadas las pretensas

jerarquías, y vengándose a sus anchas del trabajo diario, y los respetos y miramientos que los patrones y la necesidad le imponen. Pueblo belicoso, poeta, alegre y bullanguero, se abandona con entusiasmo a esta incruenta guerra civil, a este simulacro de las luchas en que ha vivido siempre. Pero el cañón del fuerte suena y todos interrumpen su ataque o su defensa; el huevo que está en la mano a punto de ser lanzado vuelve al pañuelo de donde salió; las tinas de agua se vacían para meterlas al interior; las azoteas se despueblan, y el pueblo entra en sus domicilios, sin atreverse a importunar a nadie, sin dar voces ni tirar misiles. Las petimetras que habían aprovechado la tarde para hacer su elegante, aunque sencilla *toilette*, no bien oyen el cañonazo, que se presentan en revista en las humedecidas puertas, e infeliz de aquel que osase echar una ligera gota de agua en el blanco vestido de una niña, o en la lustrosa bota del pisaverde; no habría más que probar que había sido un segundo después del cañonazo de la tarde, para que la policía le echase el guante y le escarmentase severamente.

¿Qué tenemos nosotros de comparable con todas estas lindezas, con esta alegría general, con esa chacota y con aquella inocente licencia? Cuando tengamos que rehabilitar lo pasado, como cosa más experimentada que todas las modernas innovaciones y monerías, el carnaval debe ser lo primero que se restablezca en su antiguo esplendor, en seguida los penitentes, catimbados y diabliquejos de las procesiones antiguas, y después otras muchas cosas que recomendaremos oportunamente.

El teatro
durante el año 1841
(*Mercurio* del 11 de febrero de 1842)

Las recreaciones han llegado ya a su término. A toda hora se ven en Santiago llegar a lento paso de todas direcciones, carretas, tras cuyas cortinas vienen apiñadas numerosas familias que de los baños de Colina, de las quintas de Renca, del Salto del Agua, de Peñaflor, se restituyen a sus hogares, a anudar el interrumpido hilo de sus ocupaciones sedentarias. Una guitarra que pulsa alguna de las pasajeras o yace reclinada en un extremo, da muestras sobradas de las ocupaciones que las han retenido por ocho días fuera del recinto de Santiago; sus piernas muellemente arrojadas en el estrecho ámbito del pesado vehículo, no sabrían dar cuenta de las zamacuecas y contradanzas que han ejecutado, y las soñolientas y enronquecidas voces se recienten aún de las canciones amorosas que han repetido mil veces y de las no acostumbradas vigilias que han recargado el pecho. Los magistrados vuelven de sus quintas, o de las villas y ciudades inmediatas, a tomar los bancos de justicia, o continuar la monótona lectura de los autos; y los jóvenes estudiantes, a quienes llaman los catedráticos para la apertura de los nuevos cursos, se manifiestan tardíos y sordos a su llamado. Para los jóvenes hay todavía un día que consagrar al placer, y el *memento homo* con que la Iglesia, cual madre prudente y

cariñosa, echa en cara a sus hijos el pasado abandono y la rienda suelta dada a los placeres mundanos, no reza con ellos, que no son hombres, sino jóvenes estudiantes que se preparan para serlo, pero a quienes aún no obliga el ayuno, ni cometen pecado en abandonarse a sus instintos juveniles.

Todo, pues, vuelve al reposo ordinario, al quietismo habitual. La cuaresma abre su período de penitencia y de arrepentimiento, y el cristiano católico (porque hay algunos desafortunados que no se honran con este último epíteto), se prepara a seguir un curso de vida más conforme con la moral evangélica, seguro de que si no lo logra, otra cuaresma vendrá en que hará el mismo propósito, para no llenarlo como siempre, pero con el consuelo de tener en ello la más santa intención, y de echar al espíritu maligno que lo tienta, la culpa de sus numerosas y flagrantes recaídas.

El teatro, al contrario, ha cerrado su ávida boca, y durante cuarenta días, por lo menos, las pesetas del público buscarán otro derrumbadero para descaminarse. ¡Ojalá que lo hallen tan placentero y tan fecundo en emociones de todo género! Ya que no podemos ocuparnos de lo que hará en lo sucesivo, echemos una ojeada sobre lo que ha hecho en el año escénico que acaba de espirar. No hacen diez años que con un local medianamente magnífico, con una compañía selecta, en que Cáceres o Villalva, Morante o la Samaniego, atraían sucesivamente la atención de los espectadores, los palcos estaban desiertos, y entre la densa humareda de los cigarros, podrían fácilmente enumerarse los contados asistentes de la platea. Había un hermoso teatro para un pueblo que no sabía o no quería apreciarlo. Las sucesivas compañías dramáticas batían luego la retirada, y los empresarios buscaban en las ocupaciones mercantiles el medio de reparar sus quebrantos. ¡Qué espectáculo tan diverso ofrece el teatro de 1841! Una no interrumpida serie de funciones, no ha cansado el gusto del público, que cada vez se ha mostrado más ardiente, más

vivamente interesado. La platea, como los palcos, la galería y aun las callejuelas, han estado continuamente ocupadas por espectadores que las conservan por temporadas. Gran número de familias lamentan el reducido número de palcos; y en las grandes funciones se oye de cuando en cuando, el crujir de una luneta, que se deja arrancar un brazo, a fin de hacer lugar a un supernumerario, que con esta industria logra hacer de dos tres asientos, y colocarse sin ceremonia. Si el local no ha podido recibir sino estas furtivas mejoras, el proscenio se ha enriquecido con decoraciones vistosas y una columnata soberbia, al menos por lo hueca de ella, que así es la soberbia. La naturaleza ha sido consultada en muchos de los adornos y aparatos escénicos, y cuando no se ha tenido la fortuna de encontrar en casa aquella dama, se ha consultado al sentido común, o no se ha consultado a nadie últimamente. Todos los teatros europeos han sido puestos en requisición para dar pábulo a la sed del público por el espectáculo teatral; y Victor Hugo y Larra, Dumas y Bretón de los Herreros, Ducange y Vega, de quien el cartel no se ha descuidado nunca de hacernos saber que es argentino, han presentado humildemente sus producciones a la crítica y los aplausos de nuestro buen público. Los románticos más descabellados se han hombreado en la escena con los más severos críticos, y a tal punto de embrollo ha subido la mezcolanza de piezas de diversas naciones, gustos, edades y escuelas, que no obstante lo mucho que de un año a acá se ha hablado de romanticismo y clasicismo, nadie ha entendido, si de antemano no lo sabía, lo que importan estas dos palabras rivales. Para las niñas, una rosa acomodada en el seno con cierta coquetería y misterio, unos tirabuzones largos y flotantes en su sexo, y en el opuesto bando una corbata añudada con hábil descuido, posturas naturalmente negligentes y lenguaje culto sin parecerlo, es lo más romántico que jamás han visto. Para los viejos es romántico todo lo absurdo y todo lo exagerado, las doctrinas

nuevas, la moda y los principios liberales; los jóvenes llaman clásicas a las feas, a las medianamente viejas; y a la cuaresma, cierta clase de casadas, etc.

El personal de la compañía dramática ha hecho adquisiciones envidiables. La señorita Miranda ha dado ratos gustosos al público, que la acogió con entusiasmo; quizá ella no ha gozado tanta satisfacción, porque aunque la hemos visto reírse a veces, es fama que tras los bastidores es otro mundo de penas y contrariedades que nada tiene de común con las tablas. El señor Jiménez, que no llenó al principio la expectación pública, ha tenido el arte de hacerse progresivamente el favorito mimado de los jóvenes de tono, de las damas y del público en general. Su representación gusta en extremo, y el armonioso y sonoro metal de voz que posee, penetra hasta el corazón del auditorio, lo remueve y le arranca simpatías, que sin tan poderoso instrumento permanecerían dormidas. Su última reaparición en el teatro, ha debido proporcionarle momentos de felicidad verdadera por la estrepitosa bienvenida con que le saludó el público.

El señor Casacuberta se presenta el último en la liza, y en el carácter de Marino Faliera impone silencio al público que se siente desarmar a la sola intimación del talento. Muchos hay aún que no alcanzan a comprenderlo, no obstante sus papeles, en el *Otelo*, la *Jaira*, el *Espía sin saberlo*, en que la naturaleza podría copiarlo; la *Teresa* y los *Seis grados del crimen*, en que la mímica toca los últimos límites posibles, y en la que el talento del protagonista da vida a una pieza que sería una vulgaridad despreciable sin la admirable ejecución del actor.

¿Y qué diremos de aquella especie de encarnizamiento con que el público ha perseguido sin descanso a los actores que han caído de su desgracia, y de aquellos furibundos ataques dirigidos a los empresarios, que más parecían ministros de una administración odiada y retrógrada, que simples especuladores que buscaban su provecho dando entretenimiento al público?

¿Qué de aquellos partidos, pro y contra la Miranda, que tanto articulote han publicado en el *Mercurio*, y tantos que por inadvertencia del Editor fueron a extraviarse en mala parte? Después de las elecciones no ha habido polémica que más atrajese le atención del público, y aun hubo el proyecto de establecer un periódico exprofeso para ocuparse solamente de la crítica del teatro.

Si todo esto no bastase a manifestar cuánto desarrollo ha tomado en estos últimos tiempos el gusto por el teatro, bastaría oír los aplausos que arrancan al público una buena escena o unas palabras acentuadas con el debido énfasis; bastaría oír los silbos que rechiflan a un mal actor y las bataholas que se suscitan en los bancos de la platea, en los palcos y cazuela, para ayudar a la maquinaria a cambiar las decoraciones; bastaría solo asistir una noche al teatro para formarse una idea cabal de los progresos de las costumbres en este ramo. Muchos jóvenes han enriquecido traducciones de piezas que hoy se hallan en boga en Europa, y alguno ha ensayado su musa en la confabulación de una tragedia original. La crítica ha tomado una audacia y *sin ceremonia* alarmante, y apenas hay joven que sepa medianamente amarrarse la corbata y hacer un paso de cuadrilla, que no sepa distinguir las bellezas de una pieza cualquiera, echar a rodar a Dumas, descuartizar a Victor Hugo, y sentir la enorme diferencia entre Cáceres y Casacuberta, y la infinita superioridad de la señorita Miranda a todo lo conocido y por conocer en su sexo y profesión.

Fin tan feliz ha tenido el vencido año cómico, que es de prometerse que el siguiente le exceda en esplendor, y que sucesivamente enriquecido de actores, piezas y decoraciones, los empresarios se ocupen de mejorar la orquesta, que no ha merecido entre tantas reformas, ningún género de atención.

Sabemos que la compañía dramática, o sus principales miembros, se marchan a Valparaíso, a distraer a sus habitantes de las mortificaciones de la cuaresma, que con sus mercedes

no reza, puesto que por concesión especial promiscuan carne y pescado en una misma comida. Deseamos sinceramente que sea tan bien recibida como merece, y que el *Mercurio* nos dé cuenta de las piezas que se representen.

Baile de máscaras

(*Mercurio* de 14 de febrero de 1842)

La brillante juventud de Valparaíso ha manifestado espontáneamente que los recuerdos gloriosos de los grandes hechos de la revolución, no han perdido nada de su vivacidad en el trascurso de algunos años. El 12 de febrero, de tan grata memoria en los fastos de Chile, vive aún en el corazón de los patriotas, y la ardiente sangre de la juventud bulle de regocijo, cuando el acompasado marchar del tiempo toca con su guadaña un día igual a aquel que en su círculo eterno escogió la Providencia para romper las ligaduras que nos aherrojaron al yugo de hierro de una nación europea, y hacernos tomar el rango de hombres libres a que la naturaleza, nuestro propio derecho y las leyes inmutables de la justicia nos hacían acreedores. El 12 de febrero es para Chile el primer cuadro del imponente drama que, desenvolviéndose en Cancha Rayada y Maipo, tuvo por glorioso desenlace a Junín y Ayacucho; la emancipación de Chile, su objeto ostensible; y la libertad de América, su desenlace final.

La brillante reunión de que hemos sido testigos el 12, hace el más alto elogio de nuestra juventud, que ha rivalizado en buen gusto, finura de modales, y entusiasmo por las glorias de su patria, como la más distinguida de cualquiera país civilizado. Un crecido número de jóvenes han acumulado a porfía

abundantes medios para dar al baile del doce todo el brillo que correspondía a la noble conmemoración que lo motivaba. El gusto de las decoraciones, como el orden económico del baile, honran altamente a los directores o encargados del servicio, que se han gozado en las molestias que sus atenciones les imponían, a trueque de dejar satisfecha la concurrencia. El pabellón nacional formaba el más expresivo emblema de Valparaíso, que es la tierra hospitalaria que, en las afortunadas playas que baña el Pacífico, ofrece morada segura y hospitalidad abierta y franca a los hombres de todas las naciones.

Inútil sería detenernos en encomiar el brillo de esta reunión, las gracias de nuestro bello sexo, y los sencillos y elegantes atavíos que daban nuevo realce a su belleza. Cada uno de nuestros jóvenes recuerda con entusiasmo dónde había una cintura que habían ceñido las gracias; dónde brillaban unos ojos, expresión viva de un alma apasionada y tierna; y dónde palpitaba un seno en que la voluptuosidad se envolvía bajo el importuno velo del pudor. Los jóvenes de Santiago que han participado de los embelesos de aquellas horas que con tanta rapidez pasaban, no han sabido qué admirar más, si el buen humor y gracia de los jóvenes de ambos sexos, o el buen tono, sin afectación; la moderación, sin insípida seriedad; o el gusto, sin prolijidad estudiada, que ha hecho su más bello adorno. Los extranjeros que han asistido a ella, no se han manifestado menos satisfechos de los rápidos progresos que la civilización y las buenas costumbres hacen diariamente entre nosotros.

Y ya que con tanta satisfacción nos hemos ocupado de esta brillante reunión, no queremos perder la ocasión de echar una mirada retrospectiva sobre las dos reuniones de máscaras que han precedido a la que nos ocupa. Nada serviría mejor a revelar el progreso diario que hacen entre nosotros los gustos y costumbres europeas, que el contacto con la multitud de

extranjeros residentes introduce o más bien injerta en las nuestras, que el ardoroso fervor con que nuestra juventud se ha librado a este género de diversión tan en boga en todos los países cultos.

Las reuniones de máscaras daban en siglos pasados tal atractivo al carnaval de Venecia, que no obstante las severidades y misterioso y sombrío despotismo de aquella república aristocrática y celosa, la juventud de Europa se agolpaba de todas partes a participar del indecible encanto de aquellas fiestas misteriosas. El gusto por las reuniones de máscaras se introdujo en todos los países cultos, y hoy es uno de los pasatiempos más picantes en los grandes salones de la aristocracia europea. Independientemente del aparato de los caprichosos disfraces, las caricaturas visiblemente ridículas, y los diversos trajes que, por la imitación de los usos en las maneras y el vestir de distintas épocas y lugares, hacen de las máscaras una fingida y sorprendente reunión de personajes de todas las naciones que pueblan la tierra, de las distintas edades de la historia, y de las diversas condiciones y profesiones de la sociedad, hay otro placer más vivo, y este es el único que puede por largo tiempo mantener la ilusión de este gustoso entretenimiento, a saber: el sentimiento de aislamiento, de desconfianza y de curiosidad que excita en el alma esa reunión de figuras extrañas, y que por el esmero del disfraz nos son enteramente desconocidas, aquel temor de declararse a un extraño, o de ser el juguete de las arterías con que una persona conocida se nos oculta, o bien el deseo cada vez más vivo de descubrir a los que nos rodean, cuidando siempre de mantener para todos nuestro propio incógnito. Los numerosos y frecuentes chascos que este disfraz general proporciona a cada momento, la especie de angustia que causa el no poder reconocer a los otros, y las tretas, rodeos y mañas que requiere el no dejarse descubrir, constituyen el verdadero encanto de estas lucidas reuniones. Donde el disfraz no es general, donde

un sexo solamente se presenta como un enigma que sin reciprocidad se ofrece a la curiosa sagacidad del otro, los bailes de máscaras no pueden conservar su ilusión ni su interés, sino mientras dura la fascinación momentánea que causa la novedad de los trajes y el gracejo de un viejo o de un arlequín. Como lo decíamos por broma antes, es una pobre payasería sin encanto y sin duración, y si nuestros jóvenes repitiesen por una temporada sus ensayos, encontrarían luego en la gradual disminución del placer, hasta hacerse molesto e insufrible, las fatigas de la máscara y los disfraces, la comprobación experimental de la verdad que llevamos apuntada.

Sería, pues, necesario que jóvenes y señoritas tomasen la careta, y que el bello sexo hiciese ostentación de sus trajes de vestales, de gitanas, de pastoras de los Alpes, de dueñas de la edad media, de reinas, de sultanas, de odaliscas, y de mil otras figuras en que el cambio de sexo no es uno de los menos picantes disfraces, atendidas las conveniencias y miramientos que las escrupulosas reglas de la decencia exigen, animando con esto el exquisito interés que las máscaras inspiran. Sabemos muy bien que las madres, que creen que la virtud de sus hijas no estaría a cubierto bajo un dominó o un ropaje musulmán, se considerarán defraudadas de sus prerrogativas y de sus derechos, si no pueden seguir paso a paso a sus hijas en el torbellino de un baile de máscaras; pero es a este punto interesante al que nosotros queremos llegar, y nunca omitiremos tocar cuestiones de moral, cuando ellas redundan en debilitar la fuerza de las preocupaciones que nos ha legado una educación o ideas extraviadas, cuando no hubiésemos de obtener otro resultado que inquietar a estas enemigas de todo progreso, las preocupaciones, y disputarles el terreno que tan inmerecidamente ocupan.

¿Hay realmente alguna impropiedad en que las señoritas se confundan con los jóvenes, ocultando a las miradas del público

sus formas y fisonomía natural? Y de seguro que si en los trajes que se adoptan no hay ofensa a la decencia y al pudor, no podrá contestarse afirmativamente o esta pregunta. ¿En qué trepidarían, pues, las señoritas para participar de los disfraces? En Valparaíso, menos que en ninguna otra parte de la república, tendrían que arrostrar con ningún signo de desaprobación. Los extranjeros establecidos entre nosotros, al ver esta brillante reunión, no harían más que recordar las muchas en que ellos, sus esposas, sus hermanas e hijas, han tomado en Europa una parte tan activa en las máscaras. Los libros que diariamente leemos, nos hablan con frecuencia de este hecho tan vulgar, y el teatro nos lo representa a cada momento, y sería demasiada presunción de parte de nuestro bello sexo y de nuestras madres de familia, querer declarar como indecoroso, lo que las costumbres de los pueblos civilizados han recibido y sancionado como honesto y decente. Menos lugar queda para una acción descomedida e impropia en un baile de máscaras, en que detrás de cada careta está apostado un observador de todos los movimientos, que en uno de los bailes ordinarios. Las señoritas están encargadas de su propia conservación, y mala ayuda le prestará siempre la vigilancia inútil de sus madres. Las máscaras, como el baile, y como todos los entretenimientos en que ambos sexos deben mezclarse, tienen por base el respeto de las jóvenes por la conveniencia, y el miramiento debido al bello sexo, como también la pureza y dignidad de éste, que necesita para conservar la estimación de la sociedad, no derogar de los respetos que ella tributa, más que a su belleza y encantos, a su virtud y delicada comportación.

Y digámoslo sin embozo, Valparaíso está llamado por su posición elevada, y por su conducta con los hombres de todas las naciones y de todas las creencias, a ejercer en Chile una benéfica influencia en el refinamiento de las costumbres, y en la adopción de todas aquellas innovaciones, que mal que les

pese a nuestros hombres de antaño, están irrevocablemente sancionadas por el criterio de la humanidad culta, y confirmadas por la moral bien entendida, reclamadas por la dignidad del bello sexo, y acreditadas por la experiencia diaria. Cualquiera que se precie con alguna justicia de observador, puede echar una ojeada comparativa, penetrar en el recinto doméstico, y traslucir las ideas que dominan en los habitantes de este puerto, y persuadirse, por los resultados que obtenga, más que por las formas exteriores de la sociedad, y el gusto y elegancia de los edificios, que en Valparaíso se obra lenta, pero irresistiblemente, una revolución en las costumbres y en las ideas, que servirá de estímulo y de modelo a toda la república a medida que sus resultados se generalicen.

No teman, pues, nuestras jovencitas, ni nuestras matronas tomar los disfraces, que en lugar de las espinas que presienten, las máscaras les tienen preparadas mil dulzuras inocentes que saborearán por mucho tiempo. Nosotros celebraremos sus travesuras, y la gala, el chiste, la novedad, o las rarezas de sus trajes, y desde ahora les ofrecemos presentarnos aforrados de nuestro periódico cuando llegue, como debemos temerlo muy en breve, el día que no sepamos qué hacernos de los números que tiremos.

¡La zamacueca en el teatro!

El masías. El novio en mangas de camisa.

Beneficio del señor Jiménez

(*Mercurio* de 19 de febrero de 1842)

El señor Jiménez ha tenido la feliz ocurrencia de presentarse y de despedirse del público de esta capital con el papel caballeroso del *Doncel de Villena*. Los aficionados hoy a la ejecución de este joven y naciente artista le han perdonado cierta exageración que en sus actitudes expresivas de noble orgullo le desaprobaban antes en su primera aparición en las tablas, ese descompasado abrir los brazos en las exclamaciones…

La pieza ha sido examinada y justamente elogiada en la primera representación, y nada añadiremos a lo que entonces se dijo. El nombre de Larra rodea a sus composiciones de cierto prestigio, de cuya influencia hay pocos que puedan sustraerse. Grande osadía fuera poner tacha a aquel que en todos los dramatistas de su tiempo tantas descubrió. El Cervantes de la regenerada España, tanto por el lenguaje como por el ingenio y la influencia que sus escritos han ejercido sobre su época; el hombre, en fin, que amó hasta suicidarse, reunía en sí los elementos todos que constituyen el autor dramático. Los preceptistas como Boileau y La Harpe han dado tristes pruebas de lo poco que vale el conocimiento profundo

de las reglas del arte cuando no favorecen al genio, cuyo encumbrado vuelo pueden moderar a veces, mas nunca dirigir. Larra, empero, no respetaba en todo su conjunto las pretendidas reglas, y por tanto podía caer en defectos sin derogar de su alta reputación como crítico. ¿No es efectivamente un defecto en el *Masías* la duración de la catástrofe, que resfría al espectador con la presencia de dos moribundos que sobreviven al golpe mortal para apurar las efusiones de un amor que se goza en su misma desdicha?

Pero pasemos al baile que es el objeto principal de nuestro artículo. Hasta ahora solo habíamos visto en la escena las graciosas boleras, la cachucha, la gaviota a veces. Dos danzarinas, que sin duda no rivalizan con Miss Ester, habían arrancado aplausos al público con sus movimientos airosos, sus maniobras acompasadas; pero esta vez ha habido algo más encantador que ha electrizado, o más bien enloquecido al público. Los aplausos han tocado en el frenesí y los gritos de *¡otro! ¡otro!* tenían toda la viva expresión de un deseo popular que quiere ser satisfecho a toda costa. ¿Qué nuevos atractivos tenía el baile para el público, qué nuevas habilidades venían a excitar su admiración? Una bagatela insignificante en la apariencia, pero en realidad una cosa muy grande, y que remueve profundamente los corazones. Un baile popular comprendido de todos, que suscita simpatías, que trae recuerdos gratos, que se liga con nuestra vida y nuestras afecciones, que hace vibrar todas nuestras fibras, que llena el alma de las más dulces emociones, y nos hace sentir la nacionalidad, la patria, el pueblo, la existencia en fin. Era la *zamacueca*; pero la *zamacueca* que se presentaba ante sus amigos, vestida de gala como una novia feliz, ejecutada a toda orquesta, ataviada de mil adornos y acompañada y cortejada por las boleras que la precedían y seguían con sus bulliciosas sonajas y las parleras castañuelas al fin. ¡Oh! ¡no! No se rían los extranjeros que han visto a mil chilenos con la sonrisa en

los labios, palpitante el corazón, siguiendo de hito en hito cada movimiento de la graciosa danzarina, acompañarla con mil golpes acompasados remedando el tamboreo, y haciéndole hurras con los gritos de *¡leña! ¡leña! ¡fuego! ¡fuego! ¡dale! ¡dale!* ¡No! No se burlen de sus frenéticos aplausos, de su alegría infantil. ¡No! El que no es chileno no puede juzgar en tan grave materia, no puede comprender porque no sabe sentir, porque no es esta la cuerda que pone en movimiento sus fibras, porque esta batería galvánica no está montada para él, y por tanto no puede electrizarlo. Observad, sino, al español que bosteza en una luneta mientras se representa el *Otelo* o la *Jaira*, que a dos pasos de la orquesta no ha oído ejecutar una aria del *Tancredo* o una hermosa sinfonía, observadlo cuando esta principia a preludir el acompañamiento de las boleras. Lo veréis entonces removerse y enderezarse en su asiento, animarse sus facciones, brillar sus ojos, y convertirse su habitual gravedad en festiva alegría. Lo veréis volverse todo ojos, todo oídos para gustar del más pequeño movimiento de los danzantes, seguirlos en sus graciosos giros, inclinar su cuerpo, como si fuera a dar airoso movimiento a las castañuelas y apreciar mil bellezas que su baile favorito esconde a los ojos profanos; porque él solo tiene la clave que explica al corazón los misterios que se encierran en aquellos pasos tan ligeros para adelante, para atrás, para los costados, como el voltejeo caprichoso de dos mariposas que juguetean en el aire, en aquellas ondulaciones de los brazos que están sacudiendo las castañuelas, mil bellezas exquisitas, mil gracias encantadoras que se derraman por todo el cuerpo de la que baila, y le forman una atmósfera resplandeciente que brilla en los ojos del espectador iniciado, y que excita en su alma el deleite y la dicha. Si entonces lo miráis más atento, veréis en su fisonomía los caracteres de una melancolía plácida que revela lo que en su alma está pasando. El baile nacional que presencia en tierra extraña le trae a la memoria las márgenes

apacibles del Manzanares, las saladas majas de la Andalucía, los perfiles confusos de las montañas de la Navarra, el cielo azulado de la Extremadura, o las campiñas floridas de Granada; su imaginación excitada por esta cuerda que ha vibrado en su corazón en los días felices de su infancia y susurrado sus dulces acentos durante los plácidos momentos de su amor primero, lo trasporta a la querida España, se pasea en el Prado, ve las cúpulas del Escorial, entra en Madrid, pasa por la puerta del Sol, encuentra a un amigo, se detiene a mirar a una madrileña garbosa que pasa, oye las campanas, conoce el tañido de las de cada templo… ¡Por Dios, no lo distraigáis, es el único momento de dicha inefable que experimenta desde que el puerto de Cádiz o Barcelona vio alejarse la nave que lo traía a la América, de inmerecido y heredado renombre, de desengaño y desaliento para quien viene a conocerla!

Si no os basta este hecho para juzgar cuánto importa un baile nacional, acechad a los emigrados argentinos en los momentos en que reunidos bajo un techo amigo, y olvidando los rigores de un destino harto severo para no haberlo sino gloriosamente merecido, ensayan rehabilitar su nacionalidad y vivir de su patria y de sus recuerdos. El *minué montonero* con sus graciosos alegres, despierta sus adormecidas fantasías; parece que al escuchar su alegre y animada música, salen de un letargo y se sienten llamados a la vida por la armoniosa voz de una hada amiga. La corriente de placer que estos aires nacionales levantan, los arrastra irresistiblemente a pedir la chistosa *media caña*, el intrincado y general *cielito*. ¡Oh! Entonces puede estudiarse toda su nacionalidad, sus tendencias, sus bellas artes en germen, pero fecundas ya en porvenir y en desarrollo. El que pulsa las cuerdas de la tan popular guitarra se abandona a su imaginación, y mil variaciones caprichosas comentan el tema favorito, perdiéndose en mil inspiraciones felices o en repeticiones armónicas y cadenciosas; repite los versos que le han sugerido

sus numerosos poetas, y mientras las parejas se enredan en el intrincado laberinto de las figuras de estos bailes, el cantor recita por no perder momentos en que la poesía se mezcla a las melodías de la música, versitos de cuatro sílabas llenos de malicia y jovialidad.

Los bailarines remedan con el acompasado estallido de los dedos el resonar de las castañuelas, y revelan en sus movimientos expresivos y en los giros de sus brazos su origen andaluz, y las maneras chulitas de sus gauchos y compadritos. Si dejan de bailar es para entonar entre todos el himno nacional, tan conocido en otro tiempo, del guerrero que repite: *¡A la lid, a la lid argentinos!* y concluir maldiciendo al tirano que los aleja de las alegres orillas del majestuoso Plata, que solo él puede correr libre allí, lejos de montañas que estrechen su ancho lecho, y dejando mecerse entre sus ondas, cual canastillos de flores, islillas que tiñen de encarnado los floridos duraznos y embalsaman naranjos silvestres. Brindarán, al refrescar, por la patria, por la caída del tirano. Contarán las glorias de sus antepasados, y se extasiarán contemplando el porvenir que aguarda a su república, magnífico como sus ríos, inmenso como sus llanuras, cuando en medio de sus luchas sangrientas se echen las bases de su civilización original, de igualdad, de tolerancia y libertad que atraerán a su suelo feraz y a sus climas diversos, los millones de hombres que están desbordando en Europa y pidiendo a gritos una nueva patria para no entregarse en los brazos del suicidio y los delitos, a donde por fuerza quieren llevarlos la miseria y la desesperación. Todos rivalizan en expresar un concepto, la prosa gime, el verso se subleva, todos hablan, nadie se entiende, y concluyen con tomar sus sombreros sin despedirse, con la cabeza acalorada, el alma contenta, dilatado el pecho y desahogado el corazón. ¿Qué magia ha obrado este súbdito entusiasmo? ¿Qué tarántula los ha picado?… El *cielito*, la *media caña*… un simple baile nacional.

Esto, pues, importa un baile de *chicoteo*. Todo esto dice la *zamacueca*; esto significa el júbilo de un pueblo entero que con las manos y los bastones ha tamboreado en coro, en masa, a pluralidad, para acompañar con sus golpes acompasados a la bailarina que elevaba al rango de un baile de espectáculo público, la *zamacueca* nacida entre el pueblo, y elevarla a una categoría, a ser un personaje que destierre de los bailes a la desabrida contradanza, al agitado vals y a toda esa caterva de insulsas monerías sin sentido, sin placer, sin verdadero encanto, para apoderarse ella sola de la escena, reanimar los espíritus y dominarlo todo. ¿Y por qué no? ¿Quién osaría disputarle el lugar que el sufragio universal le ha dado? ¿Quién le echaría en cara su origen plebeyo, después que la alta aristocracia de la moda, del tono y el buen gusto la ha hecho el objeto mimado de la predilección de las bellas y el obligado fin de fiesta de toda tertulia en que no se le condene a uno a morirse de puro fastidio? ¿Por qué no había de presentarse en el teatro? ¡Afuera los estirados criticones!

La *zamacueca* es el solaz del pueblo llano, llano porque no tiene el triste en que se le ataje un grano de arena. Después de las duras tareas diarias a que la necesidad lo condena, lo aguarda en la chingana con los brazos abiertos la *zamacueca* su amiga, la esperanza de verla lo alienta en su trabajo, y a fin de poder presentarse en la chingana con el bolsillo un poco provisto para festejarla debida y chamuscadamente es que el pobre proletario se desvive y se afana. Sino no trabajara. ¿Para qué? La *zamacueca* es el único punto de contacto de todas las clases de la sociedad, lo único que hay verdaderamente popular. Baila el pobre como el rico; la dama como la fregona; el roto como el caballero, con la diferencia solo del modo. Los rústicos la bailan con un poco de naturalidad, lo que llamamos a todo trapo, pero así lo hacen todos; cuando se ríen lo hacen a carcajadas, si lloran aturden, si murmuran descuellan, si se enojan matan. Las gentes cultas se andan con más tiento en

todo. Ved una linda y apuesta joven que se para a bailarla. Dobla graciosamente su blanco pañuelo, compónese y desarruga el vestido, echa miradas furtivas al círculo de espectadores; en un santiamén ha contado los jóvenes que van a verla bailar, y visto el lugar que ocupa el predilecto. Sus mejillas se sonrojan, la sonrisa más dulce y más venenosa de que puede disponer asoma en sus traidores y fementidos labios; principia el canto y se lanza como un cisne jugueteando en las aguas, como un esquife dorado; las gracias la acarician y mil amorcillos revolotean ahuyentados por las ondulaciones que el pañuelo describe; su lindo cuerpecillo va en sus graciosas vueltas y revueltas haciendo efectivo punto por punto este precioso verso popular, que es la pintura ideal de la *zamacueca*:

> La culebra en el espino
> se enrosca y se desaparece,
> la mujer que engaña a un hombre
> una corona merece.

Mil aplausos la siguen hasta su asiento. *¡Otro y otra!* y me paro yo. Apenas ocupo el centro de la sala cuando ya empiezo a sentir un hormigueo que me sube de los pies a la cabeza, el placer y la dicha me rebosan por todos los poros. Tuerzo mi pañuelo, retoco el peinado, paseo miradas de orgullo y satisfacción por toda la asamblea, clavo los ojos en la cantora; ¡qué martirio! ¡se ha desafinado la prima! Cambio de postura, una pierna principia a bailar sola, la traigo arrastrando a su puesto, miro a mi compañera que ya pone, ya no pone la mano en el voluptuoso jarrete, las venas se me hinchan, el corazón me late con tal fuerza que me sofoca; respiro fuego, ¡por fin cantan! y todos los objetos terrenos se confunden a mi vista. Me desprendo del pavimento, siento que la sangre se me va a la cabeza, no veo nada, no oigo sino una armonía lejana, lánguida como el amor feliz, me parece que vago en el espacio

acompañado de una sombra celestial de mujer que revolotea en derredor mío, que aparece y desaparece a mi vista; como Sancho en el Clavileño, toco las estrellas, las saco de sus casillas... ¡Eh! ¡pataratas! ¡no valen un cigarro! Los estrepitosos aplausos me vuelven al mundo, a la realidad, a la vida material... ¡Dichosos los que ganan su vida bailando la *zamacueca*!

¿Y el *Novio en mangas de camisa*? Muy agraciado; pero nunca como una *zamacueca* bailada en el teatro por la señorita Montes de Oca, acompañada por toda la orquesta *y tamboreada por mil jóvenes entusiastas*, que aplaudíamos hasta aturdir, y gritábamos a riesgo de desternillarnos.

Las hermanas de la caridad
(*Mercurio* de 21 de febrero de 1842)

La religión, como la política, como las costumbres, como la poesía, tiene un modo de ser especial en armonía siempre con las necesidades de la época, o con la altura de la civilización de los pueblos. Sin cambiar la sustancia de los dogmas que constituyen la creencia, la aplicación de ellos se tiñe de las ideas dominantes. Cada siglo se ha levantado como un intérprete para aplicar las doctrinas a la economía moral de la vida, y sin duda ninguna que si los dogmas no han sufrido alteración en dieciocho siglos en la iglesia ortodoxa, su espíritu ha sido diversamente comprendido en cada uno de ellos.

Al espíritu de fervorosa predicación que diseminó el cristianismo en los primeros siglos, dejando en su rápida marcha sembrada la tierra de mártires que sucumbían en el terrible combate que libraban al despotismo secular del politeísmo, se sucedió el recogimiento contemplativo y ascético de los eremitas y de los monjes sus sucesores, que a la par de formar planteles de nueva vida y de continuar la obra de invasión que debía abarcar todos los extremos de la sociedad, desde el poder que la regía hasta el siervo que parecía no estar comprendido en ella, servían de reclusiones en que las meditaciones de los doctores se abstrajesen de toda distracción para consagrar el pensamiento a la discusión de las verdades

que el cristianismo proclama, combatiendo los errores que los extraviados de la verdadera senda intentaban hacer prevalecer, y formulando las sanas doctrinas que la iglesia debía profesar. Después de estas diversas fases que ha presentado la marcha del cristianismo, y los diversos y sucesivos trabajos de manifestación, predicación, examen y codificación si es posible decirlo, se suceden nuevas épocas y nuevas fases que tienen su espíritu y sus signos especiales. Cuando en la Edad Media hubo completado la ocupación de la Europa, emprende por las cruzadas la conquista del Asia, y vuelto a su patria, cansado de sus inútiles esfuerzos, persigue la herejía con armas más terribles aun que las que empleaba para los infieles, el exterminio. De paciente resignado que fue en su origen, se tornaba más tarde en déspota absoluto que no podía tolerar ningún género de contradicción. A la predicación se sustituyó la conquista, al anatema las hogueras, y no obstante esta contradicción en los medios de ejercer su influencia en la sociedad, los dogmas eran los mismos; pero los hombres que lo aplicaban eran diversos, su civilización y sus ideas enteramente distintas.

Más tarde, cuando la unidad católica del mundo cristiano se rompió por el espíritu del libre examen que echaba los gérmenes del desenvolvimiento rápido de la civilización moderna, de que hoy somos testigos nosotros, las sociedades trabajaron por constituirse de nuevo. Las revoluciones de reorganización principiaron, y los reformadores de todos los países han acudido a desbaratar como escombros inútiles de lo pasado, todas las instituciones que no tenían aplicación inmediata al nuevo orden de cosas.

Entre estas, y es a lo que nos proponemos contraer nuestra atención, se han encontrado las asociaciones monásticas establecidas en la época contemplativa y ascética del cristianismo. Han sobrevivido como *hechos* a todas las diversas fases que él ha presentado hasta establecer en el mundo la

libertad, la igualdad y la humanidad, que son sus últimos resultados. Las casas monásticas han desempeñado en siglos pasados un gran papel en la civilización del mundo, y cuando las tinieblas de la Edad Media habían extendido su negro manto sobre toda la Europa, en los conventos se conservaba, si bien vacilante y débil, la luz en donde debían encenderse cuando sonase la hora del renacimiento los grandes faros que debían iluminarla. Los conventos han sido un semillero de hombres eminentes en los tiempos en que estas casas tenían su significado y su misión en la sociedad. Pero una época ha llegado en que un grito de anatema se ha levantado contra ellos, y las conmociones que han obrado al desplomarse han comprometido el reposo de las sociedades.

No es nuestro ánimo entrar a clasificar la justicia y oportunidad de los recios ataques que de todas partes se han dirigido contra ellos. Basta para nuestro intento estar ciertos de que es un hecho general, repetido, dominante, para que lo atribuyamos a una causa grave y subsistente. La historia de toda la Europa nos lo acredita como tal, y la pasada lucha de la España no es más que la última edición de la obra que Francia, Inglaterra, Alemania y demás países del norte, habían ejecutado antes. Las repúblicas americanas al tratar de organizarse han intentado seguir el mismo sendero, y no son pocas las que se han estrellado en este escollo. La civilización parece mostrarse hostil a las casas monásticas, y los hombres que creen que las sociedades pueden retrogradar o detenerse, se han imaginado que el mal no está en las necesidades de la época, sino en el espíritu innovador de los que llaman filósofos. A estos podría preguntarse, admitiendo su hipótesis ¿por qué existen ahora estas ideas, y no han existido durante la larga serie de siglos en que los conventos han existido sin obstáculo? ¿Por qué se manifiesta en todas partes esta misma prevención? ¿Por qué cada día ejercen estas casas menos influencia en la sociedad? ¿Por qué los hombres mismos que ponen su hombro

para que no caigan estos edificios que amenazan ruina, no hacen tomar a sus hijos el hábito? ¿Por qué escasean las fundaciones pías que en otro tiempo acumulaban tesoros para su esplendor y mantenimiento? ¿Por qué son vencidos a la larga donde quiera que su supresión se ha intentado realizar? ¿Por qué necesitan apoyarse en la autoridad para resistir?

Es muy sencillo, no obstante, responder a estos cargos. Porque están en completa desarmonía con las exigencias de los pueblos. ¿Qué papel desempeñarán las casas monásticas en una sociedad que se ocupa de artes, de industria y de comercio? ¿Qué influencia podrán ejercer en donde se vive de caminos, de navegación, de cámaras, de libertad y de política, donde las discusiones de la prensa lo abrazan y examinan todo, dónde el magisterio de la ciencia ha pasado al dominio de los laicos?

Para que ellas pudiesen subsistir largo tiempo era necesario que tratasen de ponerse de acuerdo con los nuevos intereses, hiciesen sentir a la sociedad los beneficios de su existencia encargándose de ayudarla en alguna de las necesidades que, independientemente de las espirituales que pueden ser ejercidas por el clero, siente hoy tan vivamente en la vida social.

Las corporaciones de religiosos que han hecho una profesión de consagrarse a la enseñanza pública, han encontrado el medio de servir a Dios y a la sociedad a un tiempo. Preparando al hombre para el desempeño de sus deberes en este mundo, e inculcándole los principios morales y las creencias que han de asegurarle su porvenir en el otro, han manifestado que han comprendido su posición, y que ya no es dado existir por existir y que la vida inactiva e infructífera de los claustros, está en contradicción con las ideas y principios dominantes en la sociedad, sin que la moral más severa tenga derecho para desaprobarlas. El cielo y la tierra, el alma y el cuerpo, el pensamiento y el trabajo, son con diversos nombres

las dos divisiones de la existencia del hombre, y estas es preciso atenderlas a un tiempo, sin descuidar la una por contraerse exclusivamente a la otra.

Estas reflexiones nos las ha sugerido el próximo establecimiento en la capital, según se nos asegura, de un monasterio de Hermanas de la Caridad. Dedicadas a servir a Dios, a sus fervientes oraciones unirán la práctica diaria de las obras de caridad más delicadas y sublimes, consagrándose al alivio de los enfermos y de los desvalidos. Esta útil institución traerá al país las mismas ventajas que en todas partes ha producido. Las Ursulinas, las Hermanas de la Caridad y otras instituciones de este género en Francia y otros países, han sido las únicas que han estado fuera del alcance de las revoluciones, y respetadas de todos, han prestado a la humanidad doliente aquellos difíciles y penosos auxilios que sin el entusiasmo fervoroso de la religión, sin la ardiente caridad que ella inspira, y sin la esperanza de las recompensas eternas prometidas a los que se consagran al servicio de sus semejantes, son una carga pesada para los que se ven condenados a desempeñarlas. Las Hermanas de la Caridad, poniendo al servicio de la desgracia la tierna y maternal oficiosidad de su sexo, prodigando a los enfermos puestos a su cuidado aquellas delicadas atenciones que solo la exquisita sensualidad de la mujer puede dictar, habrán transformado bien pronto nuestros hospitales en verdaderas casas de consuelo y de alivio para los desgraciados, y realizado los deseos de los hombres filántropos, que no obstante sus buenos deseos, ven con dolor malograrse todos los esfuerzos de la caridad pública por la indolencia o ineptitud de aquellas personas encargadas de la tarea difícil y penosa de acercarse al lecho del dolor, auxiliar la debilidad y estimulación de los enfermos.

Los hospitales de Francia, servidos por estas mujeres modelos de la más pura y santa caridad cristiana, han llegado a una perfección asombrosa en su economía interior, y

aplaudimos de todo corazón que se establezca cuanto antes en nuestro país una institución que consagrándose útilmente en provecho de la sociedad y comprendiendo el cristianismo en su más pura acepción, se entrega a obras meritorias ante los ojos de Dios y de los hombres.

Nueva representación del Otelo

El espía sin saberlo

(*Mercurio* de 6 de marzo de 1842)

La compañía dramática de Santiago que nos ha favorecido temporalmente con sus escogidas representaciones ha ensayado sus talentos con grande satisfacción del público en tres funciones sucesivas. La correspondencia que el *Mercurio* sostiene con la capital nos ha instruido del éxito de cada una de las exhibiciones del teatro examinando el mérito de las piezas, notando los defectos de ejecución y haciendo honrosos recuerdos de aquellos pasajes que el talento dramático del artista había logrado hacer notables. ¿Por qué nosotros no haríamos lo mismo comunicando al público nuestro juicio y nuestras observaciones sobre lo que tanto interesa a la cultura de nuestras costumbres y al refinamiento del gusto? ¿Por qué no duplicaríamos el placer de las diversiones teatrales reproduciendo por la prensa las sensaciones que nos han hecho experimentar y aventurando nuestros juicios sobre los defectos y bellezas que notásemos? El teatro empieza a interesar profundamente a nuestra población, y la concurrencia que han atraído las precedentes funciones, es una relevante prueba de la decidida afición del público de este puerto por esta clase de espectáculos, y de su buen juicio para apreciar las eminentes cualidades de algunos de nuestros actores.

La representación del *Masías*, que nos hizo gustar de la ejecución del señor Jiménez, a quien favorece tanto el sonoro metal de voz que posee, y de cuyos talentos en germen aún debe prometerse mucho, si se esmera en cultivarlos con acierto y buen gusto, nos preparó para ver presentarse en el *Otelo* al señor Casacuberta, a quien tan merecidos elogios le han prodigado en Santiago. Algunas escenas fueron verdaderamente terribles, y la catástrofe llenó de espanto a los espectadores.

Hemos leído en el *Nacional* de Francia una crítica de esta pieza, representada y rehabilitada en los teatros de París por un actor célebre. Como los críticos de Santiago halla esta composición muy inferior a la de Shakespeare en el lenguaje cultamente salvaje, en sus delicadas manifestaciones del amor, en el refinamiento que choca con el carácter e ideas que deben atribuirse a un aventurero africano. Talma, dice el crítico, representó esta tragedia en los tiempos en que él aún un había comprendido sus propios defectos; mas después que se hubo perfeccionado e introdujo en la escena el estudio rigoroso de los trajes convenientes a las épocas, caracteres y circunstancias, abandonó en el *Otelo* el traje morisco, sustituyéndole el veneciano para hacer desaparecer la inverosimilitud de que cristianos tan fanáticos como los de aquella época y acostumbrados a hacer la guerra a los infieles, se sometiesen voluntariamente y con entusiasmo a ser mandados por uno de los que llevaban el traje musulmán. Al color negro sustituyó el ligeramente tostado de las costas del Mediterráneo, y a la violencia habitual de las pasiones feroces de un bárbaro, la manera fría y compasada de un hombre que había estado harto tiempo en contacto con los cultos caballeros de aquella época para haber adquirido alguna moderación, dejando sin embargo romper de cuando en cuando por entre esta corteza de civilización, terribles estallidos de las pasiones indómitas que desgarraban su seno como las lavas abrazadoras

de un volcán. Realizando en fin, la naturaleza y arreglándole a las leyes de la verosimilitud, el *Otelo* perdió todos sus encantos, y Talma lo abandonó para siempre, como un asunto indigno de su estudio y de sus talentos.

El señor Casacuberta ha seguido en parte el dechado del grande artista, y no obstante sus talentos profesionales que los declaramos con gusto de un orden superior, extrañamos que haya apelado a esta clase de representaciones que están fuera de uso en los teatros más cultos. El drama es el resumidero en que ha venido a hundirse la comedia y la tragedia antigua; todo lo que de aquí sale, como el *Duque de Viseo* y otras piezas del teatro del siglo XVIII, ha perdido todo su prestigio entre los espectadores y no les satisface en despecho de los talentos del artista que se desvive por realizar un imposible, como el de volver a la vida un cadáver que no despierta simpatías.

Pero si sus esfuerzos no han sido bien empleados en esta representación, han llegado a una perfección extrema en la última función que hemos presenciado el viernes. *El espía sin saberlo* es la gloria del señor Casacuberta, es su más asombroso esfuerzo, su papel jefe. En el ex-cura Perrin deseáramos verlo en Madrid u en otro teatro de Europa, seguro de que la crítica más severa no hallaría defectos sino bellezas sin número que notar, y una rara encarnación del actor en el tipo que representa. Nada es más sencillo que su carácter: es un cura bonazo, liberal, inocente como un niño, y lleno de admiración por Napoleón. Caracteres de este género se encuentran muchos en las provincias y lugares apartados de los países de Europa. En Chile hemos tenido un cura Monardes de cándida memoria, y por todas partes encontramos de cuando en cuando ciertos hombres que no han comprendido nada del mal que se desenvuelve en este mundo pecador, y que serían candorosos e inocentes en un presidio o en los carros. Pero nos parece el último grado de perfección de la representación reproducirnos uno de estos caracteres, de

manera de olvidarnos que estamos en el teatro, de no conocer al actor y estar con la boca abierta y la risa en los labios aguardando por momentos alguna *candidez* de este hombre bendito, rodeado de pillos astutos sin sombra de moralidad, haciéndose espión de la policía de un tirano, contando con la mayor buena fe lo que ve y oye, denunciando a sus propios deudos, y todo esto con la intención más pura del mundo, sin sospechar lo que hace y animado de los sentimientos más filantrópicos. Sus actitudes, su voz, su gesticulación tardía, su mirar un poco abobado, sus actitudes tan antiguas y tan provinciales, su risa infantil, y más que todo, la constante observación de su carácter, aun en pormenores insignificantes, hacen al señor Casacuberta un actor de primera nota, y un artista distinguido en esta clase de papeles.

Repartición de premios en el Instituto Nacional

(*Mercurio* de 9 de marzo de 1842)

Hemos recibido de Santiago algunos detalles interesantes sobre la distribución de premios hecha por los profesores del Instituto Nacional y presidida por el ministro de instrucción pública el señor don Manuel Montt. Una numerosa concurrencia de ciudadanos distinguidos y de la juventud más ilustrada de Santiago, se había reunido a presenciar este acto que bajo el ministerio de uno de los más distinguidos alumnos de aquella institución pública, ha asumido la solemnidad que merece, y despertado el interés que debe inspirarnos a todos esta ostentación de las fuerzas inteligentes que prepara el gobierno en el recogimiento de un claustro para difundir las luces por todo el ámbito de la república, y crear una juventud que al llegar a la virilidad se encuentre bien premunida de conocimientos e ideas para desempeñar con gloria la inmensa tarea de elevar a su país y dar a los ministerios, a los tribunales, a la representación nacional, a la prensa y los demás medios de acción sobre la opinión de los individuos y la marcha de los negocios públicos, el impulso que reclama un país consagrado a la liberad, y en donde los sagrados principios que la humanidad ha consignado como axiomas, luchan aún por desembarazarse de la sofocante polvareda que siglos de

ignominiosa memoria han levantado al desplomarse con las instituciones góticas y las ideas retrógradas que habían incubado. ¡Cuánto no ha debido excitar la emulación de aquella juventud, y cuánto no ha debido sentirse elevada en su propia estimación y en la de sus conciudadanos, al verse presidida en nombre del primer representante de la nación, por uno de entre ellos, por el que ayer fue su catedrático y un poco antes su compañero de trabajos y de estudios! Bienes inapreciables del gobierno democrático que llaman de donde quiera el talento y la capacidad; y que una vez colocados en el lugar que pertenece a estos únicos méritos del hombre, provocan a seguirlos a los que se sienten fuertes para resistir a la prueba. Los hombres que se sienten valer por solo sus luces, tienen el instinto de tributar a esta arma que les da tantas glorias, la misma veneración con que el caballero de la edad media contemplaba la espada o la lanza que le hacía triunfar en los combates y en los torneos; y por una mezcla de gratitud y de entusiasmo que no dejaría de hallarse mezclada de un útil amor propio las hace acatar por los demás, y se consagra a difundirlas en la sociedad. Aplaudimos altamente todos sus conatos y esfuerzos.

El pensamiento del señor ministro ha sido el de solemnizar un acto en que él ha brillado en otro tiempo, al asistir a un lugar, como lo dijo en su discurso, *centro de tantas esperanzas y de tantas simpatías*; pero no podemos abstenernos de tachar de un poco de parsimonioso el aparato que ha debido solemnizar esta función, que hubiéramos deseado que tuviese más esplendor que el que puede darle la presencia de un ministro. Los pueblos necesitan fiestas públicas; ellas son la expresión de sus convicciones y los momentos consagrados a la asociación íntima. Solo las fiestas tienen el poder de avivar los recuerdos, de atraer voluntariamente al pueblo a confundirse en un mismo pensamiento aplaudiendo una misma idea. Las edades históricas del mundo han hecho célebres las estaciones

del año como los acontecimientos más memorables que podían mover el corazón de hombres sencillos y rudos; Moisés ordenaba el ritual que cuarenta siglos debían seguir para celebrar la libertad del pueblo escogido; los griegos inmortalizaron el día de la muerte de sus tiranos Harmodio y Aristogitón; los cristianos el nacimiento y la muerte de nuestro Redentor; los franceses revolucionarios el día del asalto de la Bastilla; nosotros el de nuestra emancipación política. En cada una de estas grandes solemnidades hay una idea que domina, una idea que nace de la condición especial de cada pueblo o de cada edad, de su civilización, de sus necesidades y de sus creencias. Unos inmortalizan la naturaleza, otros la libertad, otros las convicciones morales y religiosas, es decir la idea de que la sociedad vive y que alienta su existencia.

Tan íntimamente ligadas están las fiestas con los intereses dominantes de una sociedad, que sería en vano las prescripciones de la ley, la pompa y el fausto material que las acompaña, cuando el recuerdo se debilita y pierde su íntima relación con el modo de ser de un pueblo. Un ejemplo bastará a convencernos. Los santos, es decir, los héroes del cristianismo han dado su nombre a cada uno de los días del año, han excitado la piedad de los fieles en los siglos en que el hombre vivía para el cielo solamente; han interrumpido el trabajo de todos los días para celebrar su memoria; han levantado monumentos costosos en los templos destinados a su adoración; y se han acercado a la divinidad en la veneración y respeto de los fieles. El mundo cristiano ha tenido que ocuparse al fin no solo del cielo sino también de la tierra, del gobierno de las sociedades, de conquistar su libertad civil, de cultivar su espíritu, y de labrarse su felicidad, y desde entonces las fiestas de los santos empiezan a declinar, el pueblo oye sin alborozo la campana que le llama a celebrar su festividad; el jefe de la iglesia, atento a los reclamos de este mismo pueblo cristiano, borra de la lista de los días de guarda, los de las

fiestas de los santos, y los fieles le consagran la debida adoración individualmente, pues que ya no representan un pensamiento público, no excita un recuerdo profundo como en otro tiempo.

¿Y cuáles grandes fiestas se suceden a estas que han quedado fuera de uso? La de Guttenberg en Strasburgo que ha reunido voluntariamente a toda la Alemania, y cuyo estrépito ha resonado en el corazón de todos los hombres cultos del mundo, que tarde o temprano celebrarán al inventor de la prensa a que deben su condición actual, lo mismo que los judíos la Pascua en celebración de su salida de Egipto, lo mismo que los pueblos antiguos, la vuelta del sol a su hemisferio que les libraba de la escasez y las privaciones del invierno.

¿Por qué no convendría dar más solemnidad a esta feria de la inteligencia en Chile, en que cada uno presenta el resultado de sus tareas anuales y lucha por obtener una mirada de aprobación de sus padres, de sus conciudadanos, y de su gobierno? ¿Por qué no se despertaría el interés del público haciéndole comprender por los sentidos como por el convencimiento, por el aparato como por la realidad, cuánto importa en la mente del gobierno el progreso de la educación pública, y cuán caras son las esperanzas que la patria cifra en él?

Las formas en los actos públicos son la expresión exterior de las ideas que representan; el pueblo ve el aparato que acompaña a esta revista de la educación y lo halla grande, interesante; y de allí deduce que la educación es una cosa grande e interesante, y esta idea se queda más profundamente grabada en su mente que lo que podrían hacerlo los discursos más persuasivos y más concluyentes. Hablamos con frecuencia y con interés de la educación pública, de la necesidad de difundirla, de los medios de alentarla; pero se descuidan generalmente estos pequeños resortes que hacen, no obstante,

describir grandes movimientos a la sociedad. No bastan, pues, las rentas que a la instrucción pública se consagran, ni la excelencia de los profesores, ni la abundancia de elementos para difundirla; se necesitan estímulos que hablen a los sentidos, emociones que conmuevan el corazón, premios que exciten la emulación, encomios que eleven el alma y hagan prevalecer el deseo de merecerlos.

Hemos presenciado unos exámenes de provincia; estaba presente el maestro que no carecía de instrucción, un sacerdote, un padre de familia y un joven. La voz de los alumnos que daban un excelente examen se perdía en el ámbito de un extenso patio. ¡Santo Dios! ¡Cómo ha de progresar la educación así! ¿Qué se da en cambio a un niño por sus mortificaciones? ¿Con qué se le paga a un padre la falta que su pequeño trabajo le hace? Es, pues, preciso, indispensable honrar la educación, estimularla por toda clase de medios grandes y pequeños; es necesario darle mucha importancia a los ojos del pueblo para que él la aprecie; es preciso hacer de los exámenes públicos una solemnidad, una fiesta popular.

Escribiendo estas líneas estábamos cuando han llegado a nuestras manos algunos periódicos de Río Janeiro, uno de los cuales describe los exámenes públicos de aquella universidad. Un inmenso salón decorado con suntuosidad y colgado con gusto y magnificencia contenía a los profesores; una multitud de ciudadanos embarazaba el movimiento; la venida del emperador con toda la pompa de un día de tabla fue anunciada por los repiques de los templos; el emperador y el ministro del ramo presidían la ceremonia; el rector pronunció un discurso; hubo besamanos, banquete y regocijos públicos; en fin, nada se economizaba para dar brillo a esta verdadera fiesta nacional.

Por lo demás nuestra repartición de premios no ha dejado que apetecer; el señor Ministro de instrucción pública pronunció un discurso en que exhortó a la juventud a

aprovecharse de las ventajas que le ofrecía el conato del gobierno para dar el lustre merecido a este establecimiento en cuyo buen suceso estaban cifradas las esperanzas de la patria.

El señor don Victorino Lastarria pronunció también una oración que excitó el más profundo interés en el público, tanto por lo luminoso de su exposición, el brillo de las imágenes y la elevación de los conceptos, como por las ideas que desenvolvió, en que hizo sentir de la manera más animada la influencia que los trabajos de los alumnos ejercerían en la suerte futura de su patria; lo que era hoy el imperio de la inteligencia y el alto papel que estaban llamados a hacer en el porvenir. Este discurso ha merecido los más altos elogios de las personas inteligentes y ha labrado al señor Lastarria un título más a la estimación de sus conciudadanos.

De las biografías

(*Mercurio* de 20 de marzo de 1842)

La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época y país dados, es el resumen de la historia contemporánea, iluminada con los animados colores que reflejan las costumbres y hábitos nacionales, las ideas dominantes, las tendencias de la civilización, y la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad. César, Pompeyo y Bruto, no obstante ser contemporáneos, han representado cada uno de ellos uno de los grandes intereses de la sociedad romana, en pugna entonces entre sí y librándose el último combate que debía hacer prevalecer al más fuerte; y en su vida privada, en su carácter especial y en las doctrinas en que habían sido educados, se encuentra más bien la explicación de sus hechos públicos que no en las narraciones simplemente históricas. Cuando se ha estudiado atentamente la vida de Washington, y en ella sus opiniones, su sencillez, su religiosidad y sus convicciones profundas, su amor a la libertad, su respeto a sus conciudadanos y su confianza en la Providencia, nada queda por conocer de aquel período histórico, ni en cuanto al carácter y disposiciones de la sociedad, ni en cuanto a sus hábitos, creencias y modo de ser peculiar. No sin títulos y sin poderosas fuerzas de impulsión se presentan los hombres eminentes en la cima de las sociedades humanas. Un gran talento o un gran

genio permanecería siempre enredado en el dédalo de los asuntos subalternos de la vida, si aprovechándose de la mirada penetrante que el mismo genio les comunica supiese descubrir los intereses que conmueven la sociedad y no se pusiese a la cabeza de aquel que más cuadra con su posición, sus instintos y su capacidad especial.

La biografía es, pues, el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo y de una instrucción más directa y más clara. Mucho trabajo cuesta comprender el enlace de la multitud de acontecimientos que se desenvuelven a un mismo tiempo; pero nada es más fácil, ni hay cosa que excite mayor interés y mueva simpatías más ardientes, que la historia particular de un hombre a cuyo nacimiento asistimos, siguiéndole en seguida en sus juegos infantiles, en sus estudios o en sus ocupaciones en la vida doméstica, hasta que con la edad adecuada le vemos escoger la puerta por donde ha de presentarse en el mundo y anunciarse con timidez a los circunstantes: espectador primero de los sucesos contemporáneos hasta que empieza a inferir lo que ellos significan, instrumento en seguida de las influencias móviles de la sociedad hasta que tiene la revelación completa de su importancia propia, y actor principal después, cuando ha logrado desembarazarse de las trabas que ambiciones rivales y prestigios e influencias anteriores le imponían. Entonces le vemos pararse en el lugar más adecuado y arrojar miradas contemplativas e inteligentes sobre la sociedad, sobre cuyos destinos se siente evocado a ejercer una poderosa y duradera influencia, y luego lanzarse en la escena de la actividad, en las luchas y los trabajos que preparan y producen con los grandes acontecimientos, las revoluciones sociales y el progreso de la humanidad.

Nadie ignora la influencia que sobre dos grandes genios de la época moderna, Franklin en América y Rousseau en Europa, ha ejercido la temprana lectura de las vidas comparadas de

Plutarco. Uno y otro se empaparon en ellas de aquel espíritu público que hacía la existencia de las sociedades griega y romana, del amor por lo grande y lo bello, del sentimiento elevado de la liberad y de la dignidad del hombre; y preparados con la contemplación de las grandes acciones que habían aprendido desde temprano a admirar, se echaron cada uno a su modo y según las necesidades de la sociedad en que vivían, a trabajar en la cosa pública; a resistir el primero a las demasías de un parlamento extranjero y preparar los ánimos para la emancipación de su país, echando las bases de la nueva sociedad independiente; a escudriñar con mano audaz el segundo las bases del poder, enterradas en la gruesa capa de abusos que habían depositado siglos de barbarie y de violencia, a enseñar el tronco carcomido y decrépito que los prestigios del poder ocultaban, y revelar a los pueblos sus derechos tanto tiempo ultrajados, y prepararlos a la gran revolución social, cuyos desarrollos y nuevas fases presenciamos todavía, no sin tomar parte activa en ella.

Tan convencidos estamos de esta poderosa influencia que en el ánimo de los hombres ejerce la narración de los hechos que constituyen la vida de un varón ilustre, que largo tiempo hemos meditado sobre la necesidad de hacer popular en nuestros pueblos americanos la vida de un hombre célebre en los fastos de la humanidad, que en condiciones análogas a las de nuestra sociedad, saliendo de la clase común del pueblo y sin otra preparación que la de un fuerte y decidido amor a su país, se lanzó en la vida pública, purificando las costumbres, desarraigando preocupaciones, y promoviendo con todas sus fuerzas la civilización, la independencia y la libertad de sus conciudadanos. Este hombre es Franklin.

Obrando en este sentido nos proponemos insertar en nuestras páginas algunas biografías de contemporáneos célebres, persuadidos de que ellas explicarán a nuestros lectores más bien que lo que podrían hacerlo largos discursos,

las diversas fases de la política europea, y las pretensiones e ideas que sostienen los partidos en que aquellas sociedades se muestran divididas. Cada día anuncia la prensa periódica entre nosotros los movimientos políticos de la Europa, la caída de un partido y la exaltación de otro y con ellos la dirección de los negocios públicos confiada a tal o cual hombre célebre que está colocado por el consentimiento de sus adictos a la cabeza de un color político. Sin el conocimiento de los intereses e ideas que estos hombres representan, sin conocerlos *personalmente* si es permitido decirlo, por sus antecedentes y su historia particular, el lector americano no encuentra interés en el cambio de un ministerio whig por un ministerio tory en Inglaterra, entre Thiers y Guizot en Francia, entre Cristina y Espartero en España; porque no conoce los grandes intereses que ellos agitan y la marcha probable por los fines conocidos de cada partido, ni los progresos que el poder o el pueblo, la libertad o el trono hacen con ellos [22].

Paseo a Quillota [23]

(*Mercurio* de 31 de marzo, 1 y 2 de abril de 1842)

El paseo de Quillota ha perdido ya su encanto. La Semana Santa finalizada, los habitantes del puerto, familias y dependientes, ingleses, alemanes y jóvenes de todas naciones y creencias, regresan a Valparaíso a ocuparse de la aduana, la correspondencia, las pólizas, los manifiestos, el buque que entra, el vapor que no llega, y toda la *tracasería* del comercio. Como uno de tantos de paseo, a mi regreso me he propuesto gozar de nuevo de las impresiones que he experimentado, refiriendo lo que he visto u oído, algo de lo que allí hice y lo más selecto de lo que pensé, publicando este comunicado, si los señores editores del *Mercurio* me lo permiten.

No tenemos paseos públicos en los alrededores de Valparaíso; y la vida de mostrador, del escritorio o de la aduana, es tan activa, tan sin goces, y lo que es mil veces peor, tan sin interrupción durante todo el largo año, que un triste domingo que se interpone, por lo desierto de las calles y por el silencio que en la población reina, haría creer que Valparaíso es una población de puritanos que guardan el domingo, más que como un día de descanso, como uno de mortificación y ayuno. Hay, pues, un deseo reconcentrado, una ansia creciente de salir una vez al campo a respirar el aire embalsamado de la

vegetación, a esparcir las miradas por un horizonte más ancho, más variado que este mar que vemos por un lado y estos cerros que nos rodean tan de cerca, que parece el recinto de una fortaleza destinada para prisión y secuestro de un pueblo entero.

Por lo que a mí respecta, nacido en la parte más llana de mi país y acostumbrado desde mi infancia a dilatar mis miradas por un país pintoresco, en cuya superficie hay varias ciudades hermosas, unidas por ferrocarriles dos de ellas, y comunicándose las otras por medio de anchos, bien conservados y hermosos caminos; viendo salir el sol entre las copas doradas de los árboles que forman bosques frondosos, y por la tarde reflejar sus oblicuos rayos en la tersa y quieta superficie de un canal navegable, para ocultarse después tras del perfil onduloso de montañas lejanas cuyo color azulado difiere apenas del de la atmósfera; criado en el seno de una ciudad rodeada de la más deliciosa campiña, me siento oprimido por la estrechez del espacio en que vivo; y cuatro años de residencia no han logrado aún desimpresionarme de cierto descontento interior que me tiene en una desazón continuada, que me hace mirar a Valparaíso como un destierro donde estoy condenado a pasar un número de años, y mantener vivo el espíritu de nacionalidad que de ordinario se debilita con una ausencia prolongada de la patria. Los momentos que las atenciones de la casa en que sirvo me dejan desocupado, se me pasan recapitulando sin quererlo los más insignificantes acontecimientos de mi infancia y de mi primera juventud; y atribuyo a la monotonía de este puerto, a su falta de vegetación, al espectáculo de esta naturaleza sin vida, a estas rocas descoloridas y a este cielo y este horizonte limitado el conservar un recuerdo vivo de todos los lugares hermosos de mi país, el recodo del vecino río sombreado por bosquecillos balsámicos, la lancha que cruza arrastrada por la corriente, y el bote de vapor que remonta las aguas río arriba, abriendo con

estrépito un espumoso surco en las apacibles ondas del canal. Cuando una dificultad ocurre en la contabilidad de los libros que llevo, me detengo un momento a pensar en los medios de salvarla, y con el libro abierto ante mis ojos, la pluma en la mano y la mano en la mejilla, me sorprendo un cuarto de hora después excitado en repasar las escenas campestres de mi país, los más mínimos e insignificantes sucesos de mi infancia, las fisonomías de mi familia, los juegos bulliciosos de mis compañeros de colegio, las rubias trenzas y los ojos azules de las señoritas de la vecindad, y mal de mi grado tengo que salir de este mundo imaginario para volver al diario y al libro mayor, y asentar la partida que me había forzado a meditar.

Pero esta vez me olvido de Quillota y del paseo que me proponía describir. El camino de Valparaíso presenta en aquella dirección pocos objetos de interés; el Barón, en donde algunos compañeros de la milicia se cubrieron de gloria cinco años ha, y desde cuya elevación puede echarse una mirada retrospectiva sobre la bahía que tan mal guarda en los temporales sus naves, la creciente masa de edificios parduzcos por el techo que forman el Almendral; la estrecha línea de los que rodean el Puerto; el anfiteatro que forma el Arrayán y lomadas adyacentes, descollando por sobre todo este cuadro la Merced con sus blancas torres en el Almendral, y en el Puerto la Aduana y la Matriz, las mansiones del Cerro Alegre y las pequeñas quintas y jardines que constituyen una especie de franja verde y animada por la parte de tierra.

Desde esta elevación desciende el viajero a las Siete Hermanas, en otro tiempo de siniestro encuentro, abrigo de malhechores y teatro de asesinatos horrorosos que la piedad cristiana recuerda con cruces fijadas en el lugar donde acaecieron, y hoy un pasado indiferente sin otra circunstancia que monótono e igual ascenso y descenso de siete lomadas que han motivado el ante dicho nombre, hasta que más despejada la superficie y más abierto el camino por el penoso trabajo de

los carros ambulantes, los birlochos corren más a sus anchas, y los mal dirigidos caballos de nuestros paisanos cogen de suyo el galope, con no pocas dificultades para el inexperto jinete que sale de la silla a cada instante para sentarse en el pescuezo de la cabalgadura, de donde vuelve a la silla que lo echa a poco andar hacia las ancas, a la derecha o a la izquierda, según que las resultas del camino llevan el caballo en una de aquellas direcciones. El valle de San Pedro es lo primero en donde se divisa un ancho horizonte, un largo espacio de tierra; aquí se encuentra algo de la vida campestre de los americanos del sur, sus vaqueros o campesinos aferradas las piernas en cueros y montados en el caballo que con el lazo constituyen una parte de su ser. Son estos dos instrumentos que la industria americana ha agregado a sus miembros. Como nosotros un anteojo de larga vista o una trompa acústica, ellos han añadido a su mano un lazo y a sus piernas un caballo, y sin duda ninguna que no dispone el saltarín de sus piernas, ni el artesano de sus manos con más destreza que la que despliegan estos hombres en el uso de uno y otro agregado. Causa asombro ver la seguridad con que arrojan el lazo que, en la carrera a todo escape del animal a quien lo dirigen, cae precisamente en la parte de donde acostumbran cogerlo. Mucha vergüenza sería para un vaquero enlazar un toro bravío, sino es de ambas astas y al caballo de las uñas de los pies delanteros. Con mayor placer que el que nos causó el emperador de los mágicos en sus exhibiciones de juegos de manos, veíamos unos traviesos muchachos ensayar su habilidad en la profesión, excitando a correr a los ternerillos, de cuyo grupo procuran hacer que un individuo se anticipe suficiente trecho para que el lazo pueda alcanzarle sin estorbo; en seguida les muestran la puerta del corral, adonde se dirigen presurosos, creyendo librarse de la importunidad de sus perseguidores, pero allí les aguarda una banda ordenada de pequeños laceadores que, en el momento que cruza tirando

corvetas y erizando la cola el taimado ternero, le hacen llover un diluvio de lacitos, que van a disputarse la presa de sus uñas si es chico, si grande los cuernecillos que empiezan a apuntar, haciéndoles darse tremendos porrazos en el suelo, de donde no pocas veces se levantan quebrados y contusos. Así principian su vida el ternero y el hijo del campesino, esquivándose el uno y persiguiéndolo el otro, hasta que la virilidad los reúne de nuevo llenos de fuerza y los pone en contacto por medio del lazo y del caballo que somete a estos audaces campesinos toda la cuadrúpeda creación. Con la interrupción de algunas lomas desapacibles, el camino es despojado más allá de San Pedro, y con una buena hora de marcha se llega a Quillota, fin del viaje que centenares de familias emprenden con tanto interés.

Es Quillota una población reducida, con poca extensión y contadas habitaciones en derredor de la única plaza que tiene; la mayor parte de sus habitantes reside en un arrabal llamado la Calle Larga, que se prolonga por más de dos leguas, alineada por ambos costados de habitaciones mezquinas, pero que abrigan en cambio mujeres lindísimas que por lo general ostentan en sus fisonomías y sin el triste auxilio del arte, la bella mezcla de los colores de la azucena y de la rosa. El clima es delicioso, dando por su temperamento ardiente en el estío y benigno en el invierno, crecimiento y sazón a varios arboles de los trópicos, y el aromático chirimoyo y el verde lúcumo mezclan sus follajes con el naranjo y el limonero, cuyas frutas gozan de merecida reputación por su exquisito refresco en todo el ámbito de la república; y aunque los primeros no podían brindarnos sus frutos, los reemplazan con ventaja las manzanas camuesas que exceden en bondad a todas las que en otras partes he gustado.

A un amigo del país manifesté mi sorpresa de que en población tan reducida existiesen tantos conventos, si bien hoy están casi desamparados, creyendo que solo en las grandes poblaciones podrían mantenerse estas instituciones que

teniendo por instituto la desocupación de sus moradores de toda obra productiva, necesitaban grandes rentas para sostenerse. Este pueblo —me contestó—, es el primer establecimiento español en Chile, y como usted sabrá, los conquistadores traían ballestas y lanzas para conquistar a los indígenas, y frailes para someterlos a la verdadera religión, alimento para el cuerpo y para el alma a un tiempo. Las sucesivas expediciones del Perú que arribaban a Valparaíso después de los desastres de Almagro en Copiapó, y la sublevación de Coquimbo, no hallando un palmo de terreno en lo que ahora es el puerto, pues que entonces estaba ocupado por el mar, establecieron su primer colonia en este lugar, que por la feracidad del terreno y las alturas circunvecinas ofrecían un punto de reunión en caso de un revés en el interior. Mucho después de fundada Santiago, Quillota era todavía establecimiento de mayor importancia y la escala a donde tocaban primero los aventureros que del Perú acudían a establecerse en la nueva conquista. Aquí estaba el cuartel general, los pertrechos de guerra y las provisiones de boca, y aquí se establecieron primero las órdenes monásticas y los jesuitas. Si usted se fija en la fisonomía de la generalidad de los habitantes, encontrará en todas las clases de la sociedad el tipo español sin mezcla alguna de la raza indígena; por eso ve usted en el bajo pueblo dominar el color blanco, con rosadas chapas de colores, no siendo raros los ojos azules y los cabellos rubios. Después que la ciudad de Santiago se aseguró y que la conquista se extendió hacia el sur, Quillota fue decayendo hasta quedar estacionada en una aldea que no ha progresado un paso por carecer de elementos de existencia. La sociedad en general es poco culta, y las costumbres se conservan en el *statu quo* en que la dejaron los españoles. Apenas hay algunos jóvenes de mediana cultura, yéndose de ordinario los que la adquieren a residir en la capital o en el puerto. Las mujeres son un poco urañas, y alimentan una fuerte prevención contra las porteñas,

a quienes niegan el recato y las virtudes de que ellas se consideran adornadas. A su turno las del puerto las desprecian soberanamente, exceptuando es verdad a algunas pocas familias a quienes suponen exentas de la tacha de guasas que ponen a todas las otras. Estas suponen que no hay en Valparaíso niñas tan blancas y tan rosadas como ellas si no es con la ayuda de los afeites, y aquellas que no hay colores más mal empleados, ni beldades menos atractivas que las que moran en Quillota.

Estas explicaciones dejaron satisfecha mi curiosidad; y mi cicerone tuvo la bondad de hacerme partícipe de su alojamiento, con lo que me sacó de no pequeño apuro, pues todas las fondas estaban atestadas de huéspedes, y no había donde establecerse. Nuestros paseos primeros fueron a la Calle Larga, donde pude convencerme de la exactitud de las observaciones de mi amigo en cuanto a la pureza de la raza de estas gentes y de la belleza de las mujeres que tienen, a mi juicio, más encantos que los que sus cultas antagonistas les conceden. Casi en todas las casas hay dos niñas que se acompañan en la vihuela, agregando en algunas una tercera las suaves melodías del arpa; la música que ejecutan no se distingue por la novedad de ella, y las cancioncillas son en corto número y de las que pueden llamarse nacionales por su tono peculiar. Ninguna instrucción se descubre en el canto, y voces dulcísimas pierden todo su hechizo por la falta de conocimientos en el precioso arte de la música. Por lo demás mucha oficiosidad con las visitas, a quienes obsequian con frutas exquisitas y flores que por lo común se van a coger directamente de los árboles y de los jardines. Mi amigo había conocido en Valparaíso a un vecino de Quillota, y pretextando el encargo que de él se suponía traer para hacer a su familia una visita, nos introdujo y se introdujo él mismo en las casas de todas las familias que llevan su apellido en cada una de las que descubría alguna moza bien parecida, so color de informarse

de la residencia de sus pretendidas recomendadas.

En una de nuestras excursiones encontramos en la calle un extravagante figurón, cuyos vestidos y atavío me sorprendieron por su rara originalidad. Consistían aquellos en una especie de sotana negra, un cono cortado en la cabeza del mismo color, la cara desfigurada con rayas de tintas diversas, un sable desenvainado en una mano, y en la otra una fuente en que pedía limosna para el Santísimo Sacramento. Llaman a este farsante un cucurucho, y me pareció una profanación indigna encargar a esta parodia de un clérigo la colecta de los fieles, trayéndome a la memoria las farsas de que nos da una idea Walter Scott en sus puritanos de Escocia, y que tanto excitaban el odio de aquellos fanáticos reformadores contra los papistas que prostituían el culto con estas ridículas monerías. Como manifestase a mi compañero la sorpresa que esto me causaba, todavía se conservan, me dijo, alguna de estas ridiculeces de los tiempos pasados en las provincias y ciudades del interior. No hace cinco años que en Petorca me hallé el día de Corpus y presencié una de estas farsas con que el pueblo bajo cree honrar a la divinidad.

Al Sacramento que llevan los sacerdotes con toda pompa bajo de palio precede una compañía de arlequines a quienes llaman catimbados, vestidos a la morisca con una especie de turbantes puntiagudos engalanados de cintas y espejuelos, que bailan al son de tamboriles y sonajas. Mándalos un cucurucho que se llama el cura, y que lleva el traje clerical con bastón y sable, y van presididos de dos o más diabliquejos, que son los graciosos de la comparsa. Estos últimos personajes van vestidos del modo más ridículo, con una máscara de la cabeza de un chivato con la barba y cuernos de aquel animal, las piernas vestidas de trapos de diversos colores y un látigo en la mano que hacen resonar con chasquidos que repiten a medida que se alejan dando corvetas, o se acercan rápidamente hasta el Santísimo. Cuanto más ridícula es su apostura, cuanto más

extravagantes son sus acciones y movimientos, tanto mayor es la risa de los muchachos y la distracción de los fieles, y por su puesto la celebridad que adquieren por sus gracias y bufonerías. En otras partes hay una comparsa de indios con su cacique que baten ante el Santísimo una bandera española, y ejecutan un concierto infernalmente desapacible, con unas flautas que solo producen un sonido uniforme y monótono. En el norte suelen verse en esta solemnidad hombres disfrazados de toros y otros montados en un caballo hecho de cuero, con el que corren al toro por entre las filas de la procesión. Sin embargo, todas estas mojigangas están hoy relegadas a algunos villorrios insignificantes, y es de esperar que en honor de la religión y de la civilización desaparezcan de todas partes. Aun en Santiago no ha podido desarraigarse de las costumbres populares otras indignidades de este género.

En un pago inmediato llamado Renca, se reúne el paisanaje a caballo en la plazeta inmediata a la iglesia el día de Cuasimodo en que se acostumbra llevar en gran ceremonia el viático a los enfermos. El cura sale a caballo, y la inmensa turba de caballeros que lo acompañan, dan tales carreras, tal polvareda levantan, tantas pechadas dan con los caballos y tal algazara hacen, que más visos tiene de un combate o de unas cañas, que de un acompañamiento de cristianos que reverencian y adoran las sagradas formas.

Estas raras fiestas me trajeron a la memoria algunas leyendas que en mi infancia había leído, en que se referían cosas iguales y aun más extravagantes de los papistas del siglo XIV en Inglaterra, y que referidas por los protestantes y con la mira de inspirar el odio que por tanto tiempo se ha fomentado allí contra los católicos, me habían parecido después exageraciones de partido y calumnias inventadas para denigrarlos. Sin embargo, al ver en estos países remotos conservarse aún restos de estas farsas con que un falso e indiscreto celo había degradado el culto, he creído que el

protestantismo, entre sus males ha traído bienes para el catolicismo a quien ha hecho avergonzar de sus extravíos, purificando sus ritos y desembarazándolo de una gran parte de las supersticiones e idolatrías que lo adulteraban. Empiezo a creer que este ha sido un mal general que las luces de la época moderna ha hecho desaparecer completamente, quedando solo algunas huellas en los límites del mapa del catolicismo.

En una de nuestras visitas nos hablaron del *Pelícano*, asombrándose de que yo no hubiese sabido de antemano que existiese en las costas del Pacífico esta ave marítima de las playas del África que ha dado origen a la bella y tierna ficción que lo ha hecho el emblema del amor divino, por el alimento que con su propia sangre suponen que da a sus polluelos. Mucho interés manifesté, como era de suponerlo, por ver cuanto antes el ave heroína de amor filial; y supe de las personas con quienes hablaba, que se hallaban en casa del cura, que es hombre curioso o ilustrado; sin ocuparme de adquirir más pormenores sobre la materia, dispusimos hacer por la tarde una visita al respetable sacerdote, a fin de ver aquel animal, que por las descripciones de los naturalistas, no deja de inspirar algún interés por la rara provisión de un bolsón en el cuello en donde deposita el pescado que coge y que ha dado lugar a la fábula. Poco después de haber sido introducidos en casa del párroco, que es un buen sacerdote lleno de atención y de finezas para con todos, indicamos el objeto de nuestro viaje, y no fue poco nuestro asombro al encontrarnos con un objeto enteramente distinto del que nos habíamos imaginado. El *Pelícano*, según nos lo enseñó con harta satisfacción el buen cura, es una especie de baúl, colocado en un alto pie de madera que por un extremo termina en una especie de cola y por el otro tiene un mango encorvado, con las formas del cuello de una ave acuática y cuya parte inferior termina en una cabeza tallada, cuyo pico cae sobre un corazón pintado en el frente del cajón. La tapa de este aparato

se abre en dos, y recamadas de adornos y de espejuelos, dan cuando abiertas, a toda la máquina las formas de una ave toscamente figurada. Este es el *Pelícano* objeto de una antigua y tradicional veneración en aquel lugar, a quien se hace una fiesta, pues que había oído aun en Valparaíso invitarse para la fiesta del *Pelícano*, para cuya solemnidad hay rentas y vinculaciones legadas por la piedad de algunas almas devotas.

La forma monstruosa del animal, el sentimiento que simboliza, la veneración de que es el objeto entre aquellas gentes, la antigüedad de su construcción, y la complacencia y un tantico de aire misterioso y crédulo con que el sacerdote nos lo enseñaba, me inspiraron un sentimiento indefinible de admiración y lástima a un tiempo, mezclado de cierto pavor supersticioso al contemplar aquella antigüedad que por los momentos me parecía un monumento de los indígenas y que me habría hecho acusar de la más vergonzosa idolatría a estas buenas gentes, si en el discurso de la conversación no hubiese sabido que era esta armazón el sepulcro que el viernes santo contenía el cadáver de Jesús crucificado, que se bajaba de la cruz con una pantomímica representación de aquel sublime acto, ejecutado por los discípulos del Señor y que tiene por nombre el *descendimiento*. Verdadero drama teatral que solo puede hallar gracia ante la piedad cristiana y que habría creído uno de los misterios que dieron origen al teatro moderno, si no hubiese recordado que en la Palestina en el Santo Sepulcro mismo se hace todos los años este recuerdo en acción de aquel memorable suceso. La ceremonia principia en la noche del viernes santo, que es llamada *nox tenebrosa*. Tan solemne es esta exhibición que no puedo abstenerme de dar aquí algunos de los detalles que recuerdo. Antes de principiar la función, un fraile predica en italiano en la capilla de la *Aparición*, un sermón que principia *In questa notte tenebrosa*, y al momento todas las luces se extinguen, dejando a los concurrentes en la más absoluta oscuridad. Concluido el sermón principia la

procesión con hachas encendidas, llevando entre otros un crucifijo del tamaño del natural y tan exquisitamente trabajado que tiene todas las apariencias de un cadáver humano. La procesión visita la columna de la flagelación, la prisión de Cristo, el altar de la división de los vestidos de nuestro Señor, cantando himnos y predicando un sermón en español y otro en francés en cada una de estas estaciones. Después la procesión se dirige al *Calvario*, dejándose los zapatos en la escala después de visitar todos los lugares en que ocurrió algún hecho notable en los días de la crucifixión, y en seguida principia la ceremonia del *descendimiento*, haciendo un fraile con la mayor compunción y todas las muestras del dolor más profundo el papel de Nicodemus y otro el de José de Arimatea, los cuales se acercan a la cruz y comienzan a desclavar los clavos de que está pendiente Jesús, desprendiendo las piernas y los brazos del Señor con tanta naturalidad que parecen carnes frescas y flexibles, tanta es la perfección con que está preparado. Los supuestos Nicodemus y José de Arimatea llevan el pretendido cadáver envuelto en un sudario a la piedra de la *Unción*, que es la misma en que fue ungido Nuestro Salvador. Entonces se predica un sermón fúnebre en árabe, y luego levantan el ungido y figurado cadáver, y lo depositan en el Santo Sepulcro donde permanece hasta el Sábado Santo. Esta ceremonia, que no obstante la religiosidad de los lugares santos en que se hace, ha encontrado una grande desaprobación de parte de los cristianos sensatos, es la que a mi juicio ha dado lugar a la fiesta del *Pelícano* en Quillota, que es una parodia del *descendimiento*, indigna de ser escrita si no es haciendo llover el ridículo a manos llenas sobre objetos que para todos, cualesquiera que sean nuestros puntos de disidencia en materia de religión, deben sernos sagrados.

Volviendo a nuestro paseo de Quillota, la concurrencia de familias y de jóvenes era cada día más numerosa; las relaciones más estrechas y más frecuentes las partidas de paseo a la Calle

Larga, desde donde regresábamos a las casas de alojamiento a disponernos para el baile de la noche.

Estos momentos de tertulia son deliciosos en Quillota, por cierta intimidad amigable que entre todos los jóvenes reina, y por la mezcla sucesiva de cancioncillas y danzas del país, no siendo en todas partes posible bailar las cuadrillas o el vals, por la escasez de pianos en que ejecutarlos. El zumbido harmonioso del harpa se escapa de todas partes, y el ambiente perfumado con las emanaciones de las frutas y de la vegetación, arrastra en el silencio de la noche las lejanas y armónicas voces del cadencioso acompañamiento de las cancioncillas.

Durante el día hay reuniones de baile no menos estrepitosas, y a veces la noche y el día se dan la mano y se confunden para dar cabida a esta eterna zambra en que los actores se renuevan sin cesar.

Fatigado en uno de estos días de tanto movimiento y abrumado por aquel bullicio sempiterno que imita en voces humanas el eterno murmullo de las olas que se estrellan en las riberas del océano, quise estar un momento conmigo mismo y sustraerme también del torbellino de aquella sociedad dominada de la rabia del placer, y me engolfé en la dilatada huerta que rodea la casa en que nos hallábamos, para buscar la sombra de algún bosquecillo de frutales que me pusiese al abrigo de los rayos del sol. Los rosales y chirimoyos confundían en aquel sitio sus aromas con la fragancia que exhalan las frutas maduras y con las emanaciones de las plantas silvestres que encorvan sus tallos bajo la influencia del sol, formándose de esta confusa mezcla de esencias que esparce la brisa tibia que se levanta del seno de las plantas, como la respiración que la fatiga excita, un olor que sin ser del todo agradable tiene no sé qué de estimulante que trae involuntariamente al ánimo reminiscencias confusas de la niñez, de la naturaleza silvestre, de los viajes que uno ha hecho y de las escenas de los caminos

y de los campos. Un emparrado frondoso convidaba con su grata sombra para entregarme al apetecido reposo, y extendiendo la manta sobre la yerba y apoyando la cabeza en la mano me abandonaba a la recapitulación de la multitud de menudos hechos de que había sido durante tres días consecutivos actor y testigo; parecíame oír todavía el susurro monótono de las conversaciones, interrumpido por los gritos de los jóvenes que animaban al baile como los capitanes a la pelea, el arpa y la guitarra se reproducían en mis oídos con la misma vivacidad que se reproduce la imagen de los objetos luminosos mucho después de haber dejado de contemplarlos. No obstante, a esta fascinación que me traía involuntariamente o la imaginación con mil sonidos confusos los centenares de fisonomías extrañas que había un momento antes dejado en las casas, se mezclaba algo de más vivo que las ilusiones de la fantasía y que tenía toda la intensidad de las realidades. Algo que a pasos se asemejaba y al sonido apenas perceptible de ropaje que barre las disecadas yerbas y que iba haciéndose por instantes más perceptible, atrajo mi atención; y volviendo la cabeza hacia el lado de donde el rumor venía, vi dos señoritas que tomadas del brazo conversando familiarmente con los ojos inclinados con distracción sobre una rosa u otra planta que a su paso encontraban, se dirigían lentamente a las habitaciones. Habíalas visto juntas siempre, y en la noche anterior manifestarse más reciprocidad de afectos que la que es natural entre dos hermanas, a quienes el hábito de vivir juntas, sin disminuir en nada la fraternal afección, hace menos expresivas en sus afectos. Sin cambiar de actitud esperaba yo que se aproximasen, cuando un movimiento de sorpresa y de disgusto detuvo por un momento a las dos amigas.

—Mira, mira, allí viene —dijo la una dando un ligero codazo a su compañera.

—¡El impávido! —contestó la otra, y su fisonomía tomó repentinamente una viva expresión de despecho y de

indignación, realzando al pálido color del rostro el sonrosado que producen las grandes emociones—. Hagámonos —continuó —, que no lo hemos visto y doblemos por aquí.

—Sería peor —repuso la compañera—, nos seguiría y eso es muy solo; desde anoche anda dando vueltas por hablarte.

—Yo no paso por donde él viene, ¡sobre que no puedo verlo!

—Disimula, niña, y pasemos de largo, sigamos conversando.

En esto llegaban a enfrentarse al punto en que yo estaba acostado entre la yerba, y volviendo la vista hacia la parte opuesta del camino vi un joven que se adelantaba a pasos mesurados y como entreteniéndose en mirar las florecillas silvestres que asomaban a los bordes del camino. Una humilde expresión de tímida alegría que su semblante afectaba y las pocas palabras que había oído a las señoritas, me hizo doblar la atención para no perder una sílaba de las palabras que el inmediato encuentro iba a arrancar; y efectivamente, a muy poca distancia de mí llegaron a enfrentarse, y no obstante el empeño de las dos jóvenes, no pudieron evitar el detenerse, porque el joven se les puso por delante.

—Se han dado ustedes un paseo —fueron sus primeras palabras.

—Sí —contestó la que parecía menos afectada del encuentro —, hemos andado caminando.

—Vamos niña —repuso la otra—, que el sol está muy fuerte.

—Quería hablar a usted, señorita.

—No sé qué tenga usted que hablar conmigo, ¡déjenos usted!

—Pero usted me condena sin escucharme, y sin embargo no tiene usted razón.

—Está bien; pero no nos tenga usted en el rayo del sol. ¿Tiene usted algún amigo apostado por ahí para que lo vean conversando conmigo? —Y esto lo decía con cierta expresión

amarga y reconcentrada de ironía y desprecio.

No obstante la intención del joven, ya habían pasado y se marchaban por el lado de donde él había venido, cuando señalándose un bolsillo, dijo, acaso como el último esfuerzo que hacía para detenerlas:

—Mire usted señorita, le traía a usted lo que me pidió.

Las dos niñas se pararon entonces, y aquella a quien se dirigía este aviso dio un paso hacia él y luego retrocedió inmediatamente como arrepentida de haber mostrado tanto interés.

—Démelas usted.

—Pero a condición de que me escuchará usted.

—Démelas, está bueno, ¡démelas!

El joven sacó del bolsillo tres papeles que por sus dobleces parecían cartas, y se aproximó con ellas en la mano a entregarlas, las que le fueron poco menos que arrebatadas, según la vivacidad de movimiento con que se apoderó de ellas la señorita. Apoyada en el brazo de su amiga, registraba con la vista las formas de las cartas y pareció manifestarse satisfecha de su posesión. En seguida, volviéndose hacia atrás y con el brazo izquierdo engarzado en el de su compañera y el derecho pendiente con cierto abandono, volviose hacia el lugar que un poco a su espalda ocupaba el joven, lo que le daba una actitud tan noble como teatral.

—Está bueno —le dijo con una expresión de despecho y de interés que subía por grados—, está bueno, ya las tengo en mi poder, y estoy contenta. Si alguna cosa debo agradecerle a usted, es haberme sacado de la angustia que me causaba el que estuviesen en su poder. ¡Me causa tanta vergüenza haberlas escrito! ¿Y a quién? A un miserable, a un bruto que no ha tenido rubor de jactarse en público de mi indiscreto afecto. ¡Y quién sabe qué más habrá dicho! ¿Cómo me había de imaginar nunca que un hombre que tanto me hablaba de su

cariño, me hiciese sufrir lo que yo he sufrido? Cuando me riñe mi madre por esto y me hacen bromas las amigas, ni sé cómo negar ni qué excusa darles. ¿Qué he de decirles después que lo han visto siempre a mi lado, conversando conmigo y en los bailes han notado la predilección que yo le manifestaba? De dónde sabía yo... pero en fin ya estoy libre y puedo despreciarlo a usted y aborrecerlo. Sí, ¡lo aborrezco!, usted ha llenado de amargura mi corazón, y me deja para siempre dolorosos recuerdos. Pero me ha dado usted una lección terrible que no olvidaré. Ya sabré en adelante el aprecio que debo hacer de las protestas de ustedes, y que no debo tener confianza en ninguno. ¿Qué se proponía usted conmigo? ¿Tener el gusto de ser querido y para esto excitar afectos en el corazón de una niña que no tiene experiencia, para decir de pues L... me quiere, y reírse con esos trompetas tan despreciables como usted? Sí, es cierto, ¿de qué sirve negarlo?, lo quería a usted con una pasión que hacía las delicias de mi vida. ¡Que diga esta cuántas veces le hablaba de usted! Todo el día y a cada momento. He despreciado a otros que valen más que usted y he tenido mil veces que sufrir las reconvenciones de mi madre por mis imprudencias y mi locura. ¡Así me ha pagado! Pero no importa, ya no tiene remedio, sufriré esto hasta que se olvide, y en adelante ya sé cómo he de conducirme. ¡Ir a acordarse de mí, y en qué casa! Que no perdonan a nadie; ¡otras como usted! Eso solo merece; pues yo no soy como ellas. En fin, quédese usted con Dios y nunca se me acerque ni ponga los pies en casa, porque lo he de desairar.

Durante este vehemente discurso, la joven irritada acompañaba con una expresiva gesticulación y con la acción de la mano cada una de sus diversas frases; encendiéndose cada vez más y esforzando la voz cuando un involuntario enternecimiento venía en su despecho a mitigar su cólera. Con las últimas palabras dio las espaldas al joven y tomó apresuradamente el camino que conduce a las habitaciones. El

joven en tanto, permaneció algunos instantes en el mismo puesto, con las manos tomadas por delante y siguiendo con la vista el grupo que se alejaba. Volvió en seguida a tomar la senda que se internaba en la huerta y lo vi meditabundo y distraído desaparecer entre los árboles. La escena que acababa de presenciar me había interesado tan vivamente, que puedo jurar que son las mismas palabras que oí; tan profundamente se me quedaron gravadas. Desde entonces me propuse, aprovechándome de la casual participación en estos secretos, no perder de vista a los interesados en ellos, a fin de ver, si era posible, el desenlace a que arribaban. No me era difícil dar con la morada accidental de aquella joven que tan hondamente había sentido un agravio, y pude verla luego con los ojos un tanto húmedos y encendidos, preludiando en la guitarra una cancioncilla que, si embelesaba con sus suaves melodías a los oyentes, era para mí la expresión de los encontrados afectos que despedazaban su seno.

Las pesadas horas del mediodía pasaban lentamente; la tarde sobrevino y con ella la brisa que atempera los ardores del estío. Los jóvenes principiaban a reunirse, y mil proyectos de diversión para aquella noche dividían a la alegre concurrencia, paseos a los alrededores a pie y a caballo, una serenata en la noche a tal casa, una visita a tal otra. Diversos grupos de jóvenes conocidos me invitaban con instancia para que les acompañase en sus correrías; mas yo seguí la partida de señoritas en que iba mi heroína. Quería estudiar de cerca este bello carácter que un incidente casual me había hecho conocer en toda su energía. Es por lo común monótono el hablar de las americanas que conozco; lo era un tanto el suyo en la conversación ordinaria; pero el despecho del amor propio herido y acaso más del amor burlado, le daban en la escena de la huerta tal animación en sus acciones, y tal cadencia y energía a sus entonaciones, que creo oírla aún y ver agitar su blanca mano extendida cuando decía con tanta expresión: ¡Sí,

lo aborrezco a usted! Durante la larga visita a donde fuimos pude aproximarme a ella y darle conversación. Le hablé de Quillota, de las quillotanas, de las reuniones de Valparaíso, esforzándome en provocar su buen humor; se reía a veces cordialmente; afectaba un vivo interés en dar graciosas réplicas a algunas bromás que le dirigía; pero repentinamente se quedaba seria y tan preocupada que no oía mis palabras. El héroe del encuentro de la mañana estaba siempre a la vista, le vi en largo y animado coloquio con la compañera de su ofendida amiga, y echar furtivas y cautas miradas sobre el grupo que aquellos hacían. La noche se pasó en bailar los concurrentes, cantar las señoritas, suspirar el despedido caballero y acechar yo lo que pasaba en aquellos corazones lacerados. El día siguiente amaneció, y el aviso de la llegada del vapor nos hizo pensar de nuevo en Valparaíso, en la aduana, en la caja y los pesados libros de las indigestas partidas dobles. Volvime, pues, a mi calabozo dorado, al potro del escritorio, repasando en el camino las escenas que había presenciado, las costumbres que había visto, sin olvidar a mi bella enojada, a quien he ofrecido una visita.

A Tourist.

La villa de Yungai
(*Mercurio* de 3 de abril de 1842)

La población se acrecienta en Santiago de una manera sorprendente; los edificios se multiplican, la ciudad se extiende y desbordándose de los antiguos límites trazados por la Cañada al sur y el Mapocho al norte, se prolonga y ensancha por las chimbas y los arrabales del lado opuesto de la alameda, que cada día pone en formación en uno u otro de sus costados algún bonito edificio de dos pisos, con balcón corrido al exterior y con celosías cubiertas para que sin ser vistos sus moradores puedan pasear y detener sus miradas sobre los diversos grupos de familias, jóvenes, frailes, militares y vendedores que pasean en todas direcciones sus largas veredas. Hay en Chile un fuerte sentimiento de unidad que da a la capital una poderosa influencia sobre los demás pueblos de la república. El hacendado del sur se desvive largos años aumentando sus ganados, arreglando sus campos de laboreo hasta que logra poner orden a sus negocios, confiarlos a un mayordomo y desprenderse de la provincia para establecerse en la capital, a hacerse arrastrar ostentosamente por los atronadores empedrados en un brillante rodado, tirado por fogosos caballos y dirigido por un lacayo de librea galoneada, aspirando a imitar o más bien a parodiar la aristocracia europea. El minero del norte se desvela delirando con la aparición del suspirado *alcance* que le dará veinte mil marcos

de plata de una sola quiebra, con los que mandará comprar en Santiago una casa, que echará abajo por antigua, para suplantarla con un nuevo edificio de formas elegantes, habitaciones numerosas, empapelados costosos, muebles de caoba y mármoles. Sueña con el tren, da órdenes al portero de que no está visible para nadie tal día, tiene palco en el teatro, asiento convenido en ciertas mesas redondas, etc. Hasta el payo de la aldea sueña con Santiago, y cuenta las maravillas que en ella ha visto, las tropas, las tiendas, los barberos del tajamar, los almacenes de espuelas y ponchos, las muchas iglesias, en fin lo grande de Santiago, lo material, lo que sus ojos alcanzan a ver y su mente a comprender. Si algún muchachón se desenvuelve en las provincias, si se le ve andar de calle en calle, en las carreras, y en la chingana, y hallarse presente donde quiera que hay un grupo reunido; si es despierto, altivo, un tanto pillo, apenas tenga quince años que abandonará el lugar y se echará a la *ciudad* por antonomasia, que ha sido siempre el objeto de sus deseos y de sus castillos de felicidad. Allí entrará en la clase de roto raso, clase receptáculo de todos los que van a hacer el aprendizaje de la vida de Santiago; de allí pasará a tomar uno de los muchos oficios que ha inventado el pueblo para hacer pasar a ser ayer el día presente, que es lo único que le embaraza. Será *perero*, *cirgüelero*, *uvero*, *duraznero* en verano, *durcero*, *velero*, *bollero* en invierno, y se anunciará al público con el nombre que ha tomado, como si fuera un destino de honor. *Aquí va el durcero*, gritará a todos los paseantes, para que le compren su especie, de cuya venta saca su pasar. Un día llegará a ser falte, en cuya profesión y a merced de su talento, de su viveza, de su elocuencia, podrá vender por diez lo que le cuesta uno y tener el domingo un par de pesos en el bolsillo.

De todos los extremos de la república va a Santiago este movimiento que viene de la circunferencia al centro, ejercido por una poderosa fuerza de atracción. Hay en la capital muchos

millares de hombres de las clases inferiores que se entretienen en ocupaciones miserables, de escasísimo provecho para el momento presente y sin esperanza de porvenir; pero hay también centenares de jóvenes sin otra ocupación que asistir al teatro o a una tertulia, porque perteneciendo a familias que viven de rentas recolectadas sobre arrendamientos o producidas por las crianzas de ganado en el interior, no necesitan trabajar, ni los estimula el espectáculo animador del trabajo de los que los rodean de cerca. El comercio de menudeo es la parte más viva de la existencia de la capital, y el teatro en que se despliega algún movimiento exterior. De estas causas nacen, como en todo, bienes y males. Las maneras y el gusto de la sociedad se refinan; las artes que se afanan para tener contento al lujo, que engendra la cómoda y elegante sociedad, hacen grandes progresos; el teatro toma incremento, sus palcos están siempre llenos y la platea oprimida de espectadores.

En cambio se desarrolla un lujo excesivo, los rentistas dan la ley, y tienen que seguirlos por imitación, por no ser menos, los comerciantes que se afanan por formar un capital, y se mantienen estacionarios, si bien elegantemente equipados los que viven de un empleo, y las familias menos acomodadas. Los jóvenes ricos pueden recibir una educación más cuidada, y la ciudad femenina tiene que estar alerta contra los requiebros de estas bandadas de cortejantes por distracción, por pasar el rato, como dicen, que tan fatales pueden ser a sus encantos.

Como nos sucede no pocas veces, de la fisonomía física de los objetos nos internamos sin sentirlo a andar entrometiéndonos en su contextura moral. Dijimos al principio que la población de Santiago era numerosa, que se desbordaba por todas partes; y esto para comentar el epígrafe de nuestro artículo *La villa de Yungai*. Es el caso que al poniente de Santiago y a una distancia como de diez a once cuadras de la plaza de armas, había una finca de potreros pertenecientes a

un señor Sotomayor que, para venderla con provecho, se propuso dividirla en manzanas, que estuviesen a su vez subdivididas en sitios, para dar un triple valor al terreno. Entre nuestros avisos de ahora meses se repitió uno que anunciaba al público la venta de aquellos pequeños lotes de terreno. La especulación ha tenido los más felices resultados; y una población numerosa se ha reunido para hacer salir del seno de la tierra, cual si hubiese sido sembrada, una hermosa villita, con calles alineadas y espaciosas, alguna de las que lleva ya el nombre de calle de Sotomayor, su correspondiente plaza de Portales, su capilla y sus cientos de edificios, que se están levantando todos a un tiempo, como para un día convenido, presentando el espectáculo más animado por la actividad que reina por todas partes y los grupos de trabajadores que se divisan en todas direcciones sobre los edificios cuya elevación avanza por momentos. Una calle también nueva y muy recta va de la nueva villa a unirse con la de la Catedral estableciendo para lo sucesivo, si hubiesen buenas veredas, el paseo más largo y más agradable que pueda imaginarse.

No ha mucho tiempo que en Montevideo se subdividió una estancia contigua produciendo los mismos resultados; y la población del Cerro es la más numerosa, la más elegante de aquella ciudad en otro tiempo célebre por las murallas que la encerraban. La villa de Yungai ha proporcionado un bien importante, que es establecer un nuevo centro de población; de manera que sus moradores tengan una plaza, un paseo y otros lugares públicos que sirvan para la formación de edificios de gusto y aun de lujo, con la circunstancia de agregar por el camino de Valparaíso, que pasa por su costado norte, un *guangali* inmediato, que vendrá a ser como su arrabal. Veremos los progresos de esta villa, la policía que en ella se establece, la numeración e iluminación de sus calles, su ornato, su alameda etc.

El Museo de Ambas Américas

(*Mercurio* de 8 y de 28 de abril y *Progreso* de 16 de diciembre de 1842)

I

Mucho tiempo hacía que se echaba de menos entre las publicaciones periódicas de Chile una que asumiese el rango de la *revista*, esa especie de eslabón intermediario entre el libro y el diario, y que toman de este último su manera de ser, se acerca al primero por la extensión de sus páginas que permiten al pensador abrazar una cuestión en todas sus fases, con menos concisión que la que exige la foja diaria, sin perder sin embargo nada de la variedad de ésta y de su importancia de circunstancias, lugar y tiempo, que tanto atractivo ejercen sobre el ánimo del lector. El hombre de nuestra época en el dédalo de las diversas exigencias de la sociedad en que vive, mitad material, mitad inteligente, busca en la lectura a más de instrucción y recreo, que la materia de ella le interese y toque de cerca, que tenga relación íntima con las cuestiones sociales y políticas de su época, con los hombres, las costumbres y el país a que pertenece, con la literatura en fin de su idioma que viene a ser como el espejo ustorio en que se reflejan y concretan los rayos de luz que alumbran el mundo intelectual cuya atmósfera respira.

El diario, por su aplicación inmediata a las necesidades materiales del comercio y su consagración a las cuestiones del momento, se resiste a admitir todo otro asunto que requiera alguna dilucidación en su exposición y examen detenido y mayor profundidad en la manera de tratarlo. *El Museo de Ambas Américas* se ofrece a llenar esta laguna en nuestras publicaciones periódicas; y la merecida y bien cimentada reputación literaria de los que encabezan esta empresa, nos responde de antemano de la buena acogida que encontrará entre nuestros conciudadanos, y sobre todo entre la juventud estudiosa que sabe apreciar el mérito de las composiciones literarias y desea hallar una fuente en que saciar su sed de conocimientos útiles y de amena instrucción.

Y como las materias que *El Museo de Ambas Américas* tratará serán de igual interés para todos los pueblos americanos, según lo indica su título y lo corrobora el prospecto que tenemos a la vista, creemos que la circunstancia de publicarse en este puerto, centro de relaciones comerciales y de diaria comunicación con todas las repúblicas del litoral del Pacífico, hará que esta publicación se difunda por todos los extremos de la América antes española, supliendo por todas partes a la necesidad que, como aquí, se siente de un periódico del género de las revistas, que extienda sus miradas inquisitivas por los campos aún incultos de nuestra historia americana, que ejerza una crítica imparcial sobre nuestra literatura actual, y forme un punto de comunicación para las luces, las obras y los escritos que con tanta profusión se esparcen en Europa, y que yacen desconocidos de gran número de lectores americanos.

II

Pocas de nuestras publicaciones periódicas han llenado más satisfactoriamente su programa que lo que lo va haciendo el *Museo de Ambas Américas*. Tres números han visto la luz pública, y cada uno de ellos ha justificado la idea que previamente nos tomábamos de la importancia de este trabajo literario. Llenos de ideas nuevas y de observaciones luminosas están los artículos originales, y desenvueltas aquellas en un lenguaje castizo y limado. Mucho acierto se descubre en la elección de materiales y en la inserción de extractos de otras revistas y obras útiles, mayor interés inspiran las efemérides que forman el almanaque de nuestra historia americana, y no es poca la utilidad del mosaico de máximas morales o pensamientos notables en que concluye. La importancia de esta publicación y el aprovechamiento del público que encuentra en ella una lectura amena y variada, se hará más sensible a medida que el plan que en el prospecto se han trazado los señores editores, se vaya desarrollando con las sucesivas publicaciones. Pero si es grande nuestra satisfacción al ver en planta la publicación de una revista que tan necesaria en todo país en donde haya civilización y que tantos bienes trae a la sociedad y de tan poderoso auxilio es para difundir en ella una sana instrucción, mayor es aun nuestra sorpresa de ser reducida a tan corta extensión la lista de los suscriptores que hasta el número tercero solo ascendían al número de 111. Conocemos tan crecido número de personas que en este puerto, en la capital y otras ciudades tienen derecho de considerarse y ser por los demás consideradas como amantes de las luces, que no habíamos trepidado un momento en presagiar a esta importante publicación los más prósperos resultados; tanto más cuanto que conociendo a los editores, cuyos nombres figuran con honor en varios y muy profundos escritos, algunos de ellos muy conocidos en toda la América del Sud y algunos países de Europa, esperábamos del público en general la más favorable acogida. No obstante que vemos

enrolado en la lista de suscriptores lo más distinguido de la sociedad de Santiago y este puerto, lo que muestra muy bien la alta estimación en que es tenida, creemos que aún esté distante de satisfacer los gastos de la empresa, y mucho menos de llenar la fundada expectación de los señores editores. Y si bien es cierto que aún ha trascurrido corto tiempo para que se generalice entre todos los aficionados a la lectura, no lo es menos que en nuestra sociedad se dé a sentir una perjudicial apatía que desalienta y hace abortar las empresas de que mayor ventaja para la difusión de las luces podíamos prometernos. En efecto ¿qué utilidad no resulta de la difusión y existencia de una publicación que en cortos artículos trata de materias tan diversas, formando con buenos y correctos modelos de lenguaje el gusto del público, difundiendo conocimientos útiles, tratando a veces de asuntos que de cerca nos interesan, poniéndonos al corriente de las mejores producciones de la prensa periódica de los países más cultos, y suministrando en general una lectura tan amena como provechosa? ¿Ni qué libro más interesante puede distraernos de las serias ocupaciones de la vida que aquel que escrito sin miras de partido, se renueva semanalmente ofreciendo nuevos asuntos de detenida meditación o de un honesto recreo?

No es la primera vez que hemos parado la consideración en el estado precario y poco influyente de nuestra prensa periódica, que no pudiendo vivir de sus propias fuerzas, perpetúa su infancia por la imposibilidad en que se halla de tomar un vuelo más elevado y acercarse por su extensión e influencia a la de cualquier otro país del mundo de los que aspiran al tratamiento de civilizados. Nuestros periódicos circulan entre un corto número de aficionados, y aun entre éstos buena parte lee de prestado, haciendo difícil por falta de cooperación las empresas que en mayor provecho del público y de la civilización redundarían si fuesen debidamente estimuladas. En nuestros días no hay libertad ni civilización

posible sin el auxilio de la prensa, mas la prensa no puede existir sin suficiente número de suscriptores. Hay verdadera falta de patriotismo, verdadera falta de civilización, verdadera falta de ideas liberales y de amor por la mejora del pueblo en aquellos que pudiendo dejan de ayudar a los trabajos de la prensa facilitando con su concurrencia el buen resultado de ellos. ¿Cómo puede llamarse con justo título liberal y filántropo el que no siente que es necesario introducir en nuestras costumbres el hábito diario de la lectura, a fin de que extendiéndose progresivamente las ideas y los conocimientos útiles, el pueblo mejore su condición social y adquiera el conocimiento de sus derechos? A cada momento vemos desfallecer las publicaciones que más ventajas prometían, y cerrarse las puertas con desengaño a los nuevos ensayos que las inteligencias, o más activas o más adelantadas, harían en beneficio de la civilización de su país si la publicación de sus tareas no fuese, lejos de ser un trabajo útil, una carga pesada e insoportable; porque motivos muy particulares o un patriotismo exaltado hasta el extravío, se necesita para que un ciudadano consagre sus vigilias y su dinero al servicio del público, y nuestra sociedad está organizada de tal modo hoy día, que del patriotismo nada puede exigirse sin retribución y sin salario. Los trabajos de la inteligencia son los más arduos y que más larga preparación requieren, y por tanto merecen que sean profusamente recompensados.

Muévenos a hacer estas tristes reflexiones, el temor de que la publicación de que nos ocupamos, no obstante los bienes que su existencia puede acarrear a la cultura del país y a su forma literaria, caduque por la exigüidad de sus productos, desalentando a otros de intentar en lo sucesivo y acaso con menos aptitudes que los actuales editores del *Museo de Ambas Américas*, ensayos que con tan buenas premisas se malograron. Contamos con que los buenos patriotas y aquella parte de la sociedad que está a mayor altura de civilización o se siente

dotada de más vivo espíritu público, invite a los tardos y a los remisos a prestar su cooperación a la bella empresa de mantener en el país una revista semanal. Plantas tiernas cuyas raíces no han penetrado aún la superficie de la sociedad, nunca más bien que en sus principios requieren ayuda del patriotismo y del entusiasmo por lo bueno; a aquellas empresas que han de refluir en bien de la sociedad, el tiempo las presta después su sanción y su auxilio, y las ventajas que ya se han palpado, les sirven de garantía de su existencia futura.

III

¡Desgraciada condición la del pensamiento sudamericano que se eleva lo bastante para manifestarnos cuánto podría alcanzar su esfuerzo, y desciende en seguida por haberse apartado demasiado de las ínfimas regiones de donde partió! ¡Palma soberbia que domina las copas de los árboles del bosque, pero que sin apoyos ni compañeros en su elevación, se troncha fácilmente al más ligero soplo!

El *Museo de Ambas Américas* había aparecido en Chile echando, al parecer, fuertes cimientos para fundar una revista sudamericana, llenando un vacío que se siente en la prensa periódica de los estados que en el nuevo mundo hablan la lengua española. Las publicaciones de la prensa han llegado a clasificarse generalmente en cuatro familias distintas. El diario que explota los asuntos que momentáneamente ocupan a la sociedad, la política positiva y el movimiento material; el periódico que reasume a aquel, y se propone tratar un objeto particular o difundir una doctrina; el periódico por lo general es circunscrito y especial. La revista ocupa un término medio entre el periódico y el libro, puesto que trata con detención y madurez los diversos asuntos que interesan al público, difunde

conocimientos y propaga ideas que sus antecesores no pueden desenvolver; la revista es un verdadero prontuario del pensamiento de la época. El libro ocupa el último tramo de la escala sucesiva de las producciones de la prensa.

Ahora, siempre será defectuoso e incompleto el servicio de la prensa entre nosotros, mientras la revista no ocupe un lugar entre sus publicaciones; y es la falta tan generalmente sentida por los amantes de las luces, era la que se había propuesto llenar el señor don Juan García del Río que entre los literatos americanos ocupa un lugar tan distinguido. Nadie en efecto más bien que él podía prometerse llenar este vacío. Escritor correcto a la par que hombre instruido, con una reputación americana, puesto que no era esta la vez primera que ensayaba su pluma en publicaciones destinadas a ser leídas en todo el continente, y conocedor de nuestras ideas, intereses y necesidades, lo que tanto se echa de menos en los escritores europeos, el señor García del Río tenía fundados motivos de prometerse un feliz porvenir para su empresa. Ni podía vituperarse el plan de la obra que en lo general ha llenado cumplidamente el título de *Museo de Ambas Américas*. No es tan rico de datos interesantes ninguno de los pueblos sudamericanos, ni tan desenvuelta su civilización para sostener por sí solo una revista; hay además un sentimiento que si bien no es dominante, empieza ya a hacerse sentir sin embargo por todas partes, y este es cierta simpatía internacional que impele a la parte inteligente de cada sección del continente a inquirir con interés sobre el movimiento intelectual de las otras; y no trepidamos en asegurar que el *Museo de Ambas Américas* se proponía servir de órgano de este sentimiento. Nuestra literatura naciente es más bien que nacional, americana; en todas sus partes la civilización es poco más o menos una misma: el idioma, las costumbres, las ideas y aun los recuerdos históricos no se han trazado límites precisos todavía. La revolución de la independencia es el punto de partida común

de la existencia política de cada una de estas hijas que acaban de tomar posesión de una hijuela del gran patrimonio de Colón; los hombres que figuraron en la división se hallaron en todos los puntos, y los acontecimientos de aquella época interesan a todos a un mismo tiempo. La idea, pues, de establecer una revista americana sin patria propia, estaba fundada en antecedentes bien basados, y Valparaíso era el punto mejor que podría escogerse para difundirla en todo el continente. El resultado, sin embargo, no ha correspondido a tan legítimas anticipaciones; el *Museo*, fiel a su carácter de americano, no podía encarnarse suficientemente en la sociedad que había escogido para punto de apoyo; y los medios de comunicación que existen entre los pueblos diversos del continente, son todavía demasiado inseguros para establecer la periódica remisión de los impresos.

El señor García se queja de no haber encontrado la esperada cooperación del pensamiento chileno; y si nos fuera dado explicar la causa de este suceso, diríamos que la elevación misma de la empresa y alta estima en que la juventud tiene los alcance literarios del redactor del *Museo*, podían ser parte a arredrarla del empeño de coadyuvar a sus trabajos. La generalidad de nuestros jóvenes no tiene aún la conciencia de su propia importancia, y teme incurrir en una crítica que pudiese atribuirles con vislumbre de justicia el pretender, sin capacidad conocida, a ser escuchados como escritores americanos. Si esta explicación no basta, no se nos alcanza otra que pueda ser satisfactoria.

Por estas razones ha zozobrado, a nuestro juicio, una empresa que podría haber traído grande utilidad para muchos pueblos americanos; y nosotros lo sentimos tanto más, cuanto que ella constituía el más bello adorno de la prensa chilena, que por su medio adquiría cierto grado de importancia en los demás estados del continente.

El *Museo de Ambas Américas* has añadido no poca riqueza

al caudal de luces que ya teníamos acumulado generalmente; la América habría encontrado en sus páginas una antorcha que iluminase todas las partes oscuras de su historia y descubriese a los ojos de todo el mundo sus tesoros, sus producciones y sus riquezas; y con el tiempo podríamos prometernos encontrar en el *Museo* el repertorio más completo de datos e ilustraciones sobre todo lo que concierne a esta parte del mundo, poco conocida de los extraños, y no mejor comprendida todavía por los pueblos que la habitan.

Esperemos que tiempos más felices vengan en que el noble y útil pensamiento del señor García del Río pueda realizarse sin tropiezo. Quédale por ahora la gloria de haberlo concebido y de haber puesto toda la capacidad de su inteligencia para llevarlo a efecto. Las resistencias materiales han vencido, sin que esto arguya nada en mengua del mérito de la empresa, ni de la idoneidad del que se propuso llevarla a cabo. [24]

Representación del
drama de espectáculo titulado Victoria
(*Mercurio* de 13 de Abril de 1842)

Y en efecto que nunca se dejó ver drama más grande ni Victoria más angustiada. Antes de cantar el triunfo, botó el taco, los vencidos quedaron dueños del terreno, y los vencedores se escabulleron callandito como si acabasen de hacer una cosa mala. ¡Pueden tanto las lágrimas de la beldad afligida que el sentido común y la envidia se sentirían desarmados!

Hay quien sostenga que esta pieza ha sido zurcida en América y que el autor la había arreglado y coordinado ex profeso para el teatro de Santiago. La índole de su composición es anterior a la introducción en la escena de las verosimilitudes teatrales, de los caracteres y de la intriga dramática. Es una tragedia bufa, según las impresiones que deja; y aunque muy posterior al romanticismo, conserva en su fraseología un sabor clásico de los más rancio. Los medios del autor son tan nuevos como variados. Hay música con acompañamiento de un cañón de a veinticuatro, difuntos que se asustan de estar muertos, y por distraerse se ponen a enamorar a un viviente; principia la escena por morirse los actores, y concluye por una conferencia con el auditorio. La heroína es una aldeana con más leyes y más maulas que bestia de gitano, y en su elevación al rango de

duquesa conserva los modales de una verdulera, no obstante que en todas las posiciones de su vida dramática muestra un profundo conocimiento de las bajezas de una cortesana corrompida, y una erudición vastísima que le hace citar el ejemplo de los romanos cuando querían asesinar a sus mujeres. Nadie muestra avergonzarse, sorprenderse ni asustarse de nada, y no hay calabozo tan seguro que estorbe que se aparezcan en la escena todos los que han sido aprisionados, y aun aquellos que habían muerto. La intriga de la pieza está tomada de la historia de Josef cuando sus hermanos le vendieron por envidia de su virtud. Elihan es el casto Josef, y la duquesa aldeana la mujer de Putifar. La pieza ha mejorado las pruebas del delito; allá se mostraba la capa del joven Josef, y aquí el puñal con que había estado enamorando a la dama; y a fe que en esta corrección hay más conocimiento del corazón humano, pues que un puñal es el cuerpo del delito más irrecusable en un galanteo. Tiene la pieza diversos asuntos, diversos objetos, diversas intrigas, como versos de diversos metros. Hay en ella un retazo de la *Mojigata*, una escena del *Otelo* y un cuadro de la historia del *Hijo pródigo*. La heroína se manifiesta apasionada del hijo, del padre, del ayuda de cámara y del apuntador. Más tarde se descubre su parentesco con el consueta y todos los personajes que figuran en la escena, y concluye, depuesta ya la corona ducal, anunciando al público que acaba de levantarse de la cama.

Razón tenían los actores para escoger esta pieza a fin de mostrar el alcance de sus talentos; y a fe que Casacuberta o Jiménez y aun el mismo Talma se habrían dado por vencidos; mucho más este último que tenía el candor de decir que nunca había alcanzado a comprender el pensamiento de Voltaire en sus tragedias. Aquí es el público el que no ha podido comprender nada, y dividido en bandos opuestos ha silbado, palmoteado, gritado y aplaudido a un tiempo, dejado ver su falta de criterio para juzgar esta pieza. En lo único que se le ha

visto proceder con alguna cordura, es en no haber aplaudido ni silbado a la ex-duquesa que le dirigió la palabra. Su respeto a la mujer impuso silencio a la indignación que la actriz había suscitado. Honor a los vencidos, decían todos callando, honrando mucho esta conducta a *mis amables chilenos*, según decía un panfleto de teatro. Si el público no ha gustado de la pieza, tanto peor para él. Los actores han hecho un prodigio dando la verdadera representación de las palabras de la pieza. ¿Querían acaso que una aldeana marchase con compostura, se riese con moderación y no se rompiese los trapos cuando se enojaba? ¿Querían que un galán como Elihan, este casto Josef, no diese unos dos estrepitosos besos en la mano *alabastrina* que le alargaban, aunque esto hiciese la escena aquella de un ridículo que excitase a náuseas? ¿Cómo evitar que un perro ladrase por aquí, y que por acullá palmoteasen sin son ni ton perturbando a los protagonistas?

Esperamos que los actores hagan un nuevo ensayo de su paciencia y de la moderación del público ilustrado que desprecia los aullidos de la envidia de un club de intolerantes. Para la *claque* habrá cábala, y para los silbos, palmoteos, y ande la fiesta!

Primera polémica literaria

I

Ejercicios populares de la lengua castellana (*Mercurio* de 27 de abril de 1842)

He aquí un buen pensamiento: reunir en una especie de diccionario los errores de lenguaje en que incurre el pueblo y que, apoyados en la costumbre y triunfantes siempre por el apoyo que les presta el asentimiento común, se trasmiten de generación en generación y se perpetúan sin suscitar ni el escándalo de las palabras indecorosas a quienes la moral frunce el entrecejo, ni el ridículo que provocan las pretensiones de cultura de algunas gentes tan ignorantes como atolondradas que usan palabras cuyo sentido no comprenden ni están admitidas en el corto diccionario popular. Tal es la útil idea que un estudioso ha concebido al reunir en el opúsculo que a continuación publicamos, aquellas palabras que el uso popular ha adulterado cambiando unas letras, suprimiendo otras o aplicándolas a ideas muy distintas de las que deben representar, o bien usándolas aún después que en los países y entre las gentes que con más perfección habla el castellano, han caído en desuso y han sido sustituidas por otras nuevas.

Sabido es que cada reino de España, cada sección de América, y aun cada provincia de esta, tienen su pronunciación particular, su prosodia especial, y que hay modismos y locuciones que han sido adoptadas por cierto departamento, cierto lugar, cuyos habitantes se distinguen por estas especialidades. No andaría muy errado quien atribuyese estas degeneraciones al aislamiento de los pueblos, a la falta de lectura que les haga corregir los defectos y errores en que incurren y que, sancionados por el hábito, carecen de una conciencia que los repruebe y los corrija.

Consiguientes a la idea de que estas apuntaciones que nos han sido suministradas son solamente aplicables al común de las gentes, nos abstendremos de elevarnos con respecto a las formas y los límites que toma el idioma entre nosotros, a consideraciones de más gravedad, buenas solo para los estudiosos. Convendría, por ejemplo, saber si hemos de repudiar en nuestro lenguaje hablado o escrito, aquellos giros o modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, y que tan expresivos son, al mismo tiempo que recibimos como buena moneda los que usan los escritores españoles y que han recibido también del pueblo en medio del cual viven. La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero, ¿qué se ha de hacer? todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y quieran que no, enojados y mohínos,

la agregan, y que no hay remedio, y el pueblo triunfa y lo corrompe y ¡lo adultera todo!

Tan cierto es esto, que en la mayor parte de los idiomas modernos ni prójimos son la escritura de las palabras con los sonidos que representa, lo que atribuimos nosotros a que en los siglos bárbaros que han precedido a la cultura de las lenguas vivas, poquísimos eran los que escribían, y estos como literatos, no admitían en lo escrito la corrupción en que veían iba degenerando el habla popular. Llegó el día en que un gran número se sintió con ganas de aprender a escribir y se encontró con que mis señores literatos escribían como el pueblo había hablado quinientos años antes. En balde fue gritar contra el absurdo y pedir que se escribiese como se hablaba. ¡No señor! O escribir como escriben los literatos, o no se enseña a escribir a nadie; y ya ven ustedes que el caso era apretado, y fuerza le fue al pobre pueblo someterse, a trueque de saber algo, a la voluntad de los susodichos letrados. Lo que nos para los monos, es el pensar cómo los españoles han andado siempre tan liberales en su modo de escribir, que han llevado la ortografía tas con tas con el habla, ellos que tan empacados se mostraban contra las otras innovaciones, a no ser que al principio no hubiese literato ninguno, o que hayan acertado en lo que todos los demás pueblos han errado, por la misma razón que han errado en casi todo lo que los otros acertaron. Pero volvamos a nuestro asunto del vocabulario.

Con poca razón achaca Fernández de Herrera a los maestros el descuido y la poca afición que tienen a honrar nuestra lengua. No son los maestros los que corrompen el idioma, son las madres, y al seno de la familia, de donde el mal sale, debía llevarse el remedio. El niño aprende a hablar remedando los sonidos, la acentuación y aun lo que por acá llamamos *tonada*, de los que lo rodean. En vano el pedagogo ha de decirle, no se dice *vía mía* sino *vida mía*, porque luego volverá al regazo materno donde oye a su mamá repetirle *vía*

mía, y para él su madre sabe más que todos los maestros juntos. Si en las grandes ciudades se nota que el habla es más correcta, es porque las mujeres sin saber gramática y de puro presumidas han aprendido a hablar mejor.

Las niñas, quienes por naturaleza tienen el instinto de agradar y la malicia de ocultar a nuestra vista todo síntoma exterior de imperfección, están atisbando siempre el habla de sus allegados y en acecho de los defectos de la suya propia para corregirse. Es un hecho que hemos notado siempre que en las aldeas y ciudades de provincia las mujeres son comúnmente más cultas en su lenguaje y en sus modales que los hombres sus hermanos, parientes o amigos; y cada joven que va de la capital o de los colegios a las provincias, tiene tantas discípulas a quienes da lecciones de idioma sin saberlo, como son las niñas interesadas en escuchar sus discursos, razón por la que consideraríamos más efectivo para corregir los defectos del lenguaje un buen mozo instruido que todos los maestros y las gramáticas reunidos. Los hombres son más cabeza dura y más abandonados. Las niñas enmiendan una palabra desde que le conocen el defecto, con la misma facilidad que reforman un buen vestido desde que la moda ha pasado. Sepan ellas en qué está lo malo, y no haya miedo de que se descuiden en remediarlo. Por eso somos de opinión que si se escribiera un librito en que se recogieran todos los defectos de lenguaje y el modismo o palabra que en su lugar debe usarse, sería visto y no oído, pues todas las puntillosas lo comprarían para salir a la noche al estrado hablando como unos calepinos de correctas.

Si el autor de los *Ejercicios populares* se lleva de nuestro consejo, podrá hacer a su país un servicio importantísimo estudiando los vicios más frecuentes en el hablar común e indicando el correctivo. Si agregase a lo que tiene hecho una persona, cuando más no fuese, de los tiempos y participios irregulares de los verbos en cuya conjugación más se equivoca el pueblo, y algo también sobre los plurales de los nombres de

formación irregular, adquiriría una celebridad piramidal entre la imberbe ralea, y su librito entraría a figurar un rol distinguido entre las esencias, afeites y chucherías de la *toilette*. En las columnas del *Mercurio* son estas indicaciones, no obstante su utilidad, gastar pólvora en salvas, primero porque las niñas no leen el *Mercurio*, sino cuando alguien les cuenta que les han andado por las costumbres, que entonces se alborota el gallinero, y van a ver qué indecencias han dicho para achacárselas a alguno a quien quieren mal o a otro infeliz a quien solo de nombre conocen, porque ya no es la primera que les ha hecho; lo segundo, porque el *Mercurio* tiene la vida de un efímero, nace por la mañana y a la noche está sepultado en el olvido; lo tercero y último, porque los que leen son la espuma y la nata de la sociedad y no sin razón se creen que nada tienen de populares, y desdeñan por tanto esta clase de ejercicios.

De todos modos la idea es útil y el medio de corregir el defecto acertado. La gramática no se ha hecho para el pueblo; los preceptos del maestro entran por un oído del niño y salen por otro, se le enseñará a conocer cómo se dice, pero ya se guardará muy bien de decir como le enseñan; el hábito y el ejemplo dominante podrán siempre más. Mejor es, pues, no andarse con reglas ni con autores; *así es malo*, *de este otro modo es como debe ser*, la noticia cunde por la ciudad o la aldea, se conversa sobre ello, se dice del libro que dice como debe decirse; habla mal uno y le salta al hocico otro con el *copo*, se arma una disputa, se consulta el libro, y si alguno de los literatos litigantes se lleva un par de puñetazos, apostaríamos la camisa que en su vida se olvida de cómo debe decirse. Este es el camino.

II

Se contesta a un comunicado
(*Mercurio* de 7 de mayo de 1812)

El autor del comunicado segundo, que publicamos en nuestro número del martes, nos recomienda que nos abstengamos de dar cabida en nuestras columnas a asuntos como el vocabulario de *Ejercicios populares*; otros consideran que nosotros debimos, al darlo a luz, notar sus defectos, y no faltan malos lectores que hayan entendido que el editorial con que lo anunciamos y el vocabulario eran una misma cosa, ambos hijos de un mismo padre. Ni nos es posible siempre evitar ciertas publicaciones que no dañando a persona determinada, llevan en su misma aparición aparejado su correctivo, ni nos hacemos un deber de hacer la crítica de los materiales que se nos trasmiten para darles publicidad. Dejamos casi siempre al público el cuidado de examinar estas producciones extrañas a la redacción, y, cuando más, nos extendemos a sacar de ellas una generalidad o una idea útil para desenvolverla.

A propósito de los *Ejercicios populares* que insertábamos, quisimos demostrar la utilidad de estos trabajos para la instrucción del pueblo, alias vulgo, y lo acertado del medio adoptado. Quisiéramos además que cuando uno de nuestros jóvenes dedica al público la primera ofrenda de su anhelo por la mejora pública, no sea ésta desechada sin miramiento ni cortesía. La crítica debe corregir y no matar, y por más que digan, más vale un trabajo imperfecto que el que no haya ninguno. El examen revela los defectos, la discusión los determina y el convencimiento final los hace desaparecer. Este camino han llevado todos los progresos humanos. No será de prometerse que nadie emprenda la confección del librito que indicamos en nuestro pre-citado artículo, ya que tan mal parado ha quedado el que primero intentó algo semejante.

Nosotros vamos a defender ahora al caído contra lo que previene el adagio. Por no haber comprendido el objeto y fines enteramente populares del vocabulista, han andado escandalizándose los críticos con la sustitución de la palabra *astronomía* en lugar de *astrología*. ¡Y bien! ¿Es cierto que nuestras gentes vulgares (se entiende que entra en esta clase alguna parte, aunque pequeña, de la que lleva fraque) llaman astrología a la astronomía, y astrólogos a los astrónomos? Cansados estamos de oírlo. Y a propósito de este *cansados* y otros modismos vulgares que ex profeso usamos en nuestro artículo sobre los tan vituperados *Ejercicios populares*, nos ha llenado de satisfacción la indirecta contestación que nos ha dado el comunicado sobre una cuestión que indirectamente proponíamos, a saber, si nosotros debíamos repudiar en nuestro lenguaje hablado o escrito aquellos modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, al mismo tiempo que adoptamos los que usan los escritores españoles. Se ha alegado en el comunicado que el que *aleta* del tejado sea anticuado en España, no es razón para repudiarlo entre nosotros, puesto que esta expresión es usada por toda clase de gentes. Hay en esta solución, una solución liberal aplicable por analogía a nuestra cuestión, y que puede dar origen a muchos y muy interesantes desenvolvimientos.

III

Contestación a un quídam
(*Mercurio* de 19 de mayo de 1842)

En idioma jenízaro y mestizo
diciendo a cada voz yo te bautizo
con el agua del Tajo,

aunque alguno del Sena se la trajo;
y rabie Garcilazo norabuena,
que si él hablaba lengua castellana
yo hablo la lengua que me da la gana.

IRIARTE

Yo conocí en Madrid una condesa
que aprendió a estornudar a la francesa.

ISLA

Aceptamos con costas y perjuicios el cargo que con la aplicación de estos versos nos hace el autor de un comunicado que suscrito *Un quídam* y bajo el epígrafe *Ejercicios populares* insertamos en nuestro número del 12. No nos proponemos demostrar que dicha aplicación es inexacta, ni menos que nosotros vamos por el buen camino cuando hemos querido mostrarnos tan *licenciosamente populares* en materia de lenguaje. En estas cuestiones, como en muchas otras, apelamos a nuestras propias deducciones sacadas de ciertos hechos establecidos, o que pugnan por establecerse, y sin una doctrina o una teoría aprendida en las aulas y recibida como un artículo de fe, sobre cuya evidencia no nos es dado alimentar ningún género de duda, examinamos los hechos que nos rodean; y de su conjunto, de su unidad y de su tendencia sostenida, deducimos *a posteriori* la teoría que les da existencia. Sabemos muy bien que la licencia de nuestras ideas en la materia de que hemos tratado en el artículo que precedió a los *Ejercicios populares* y que tantos comunicados ha improvisado, va a suscitar con nuestras nuevas explicaciones, mayores y más altos clamores de parte de los rigoristas que, apegados a las formas del lenguaje, se curan muy poco de las ideas, los accidentes y vicisitudes que lo modifican. Pero nuestro ánimo es solo explicar la causa sin justificar los efectos; decimos por qué sucede tal cosa, sin entrometernos a averiguar si esta cosa

es buena o mala. Así, cuando se habla de extranjerismos, cuya introducción en el castellano atribuye nuestro *quídam* a los que, iniciados en idiomas extranjeros y sin el *conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir según la versión que más han leído*, obrada por estos medios, no inculcamos sobre la degradación del idioma, sino que acusamos las causas que la motivan, y que la justifican acaso.

Hemos escogido por tema de nuestras observaciones las amargas burlas de Iriarte e Isla, no tan solo por lo que pueden convenirnos, sino porque ellas revelan un hecho que nos servirá de punto de partida. Iriarte e Isla nacieron muy a principios del siglo XVIII, por manera que la invasión del galicismo sobre la unidad del castellano, se ha hecho notar de ciento cincuenta años a esta parte. ¿Por qué no se quejaban entonces Iriarte e Isla, y por qué no se quejan ahora como entonces los gramáticos de los *tartarismos* o los *indianismos* que se introducen en el idioma? Sin duda porque no está amenazado de estas invasiones lejanas. Y luego, si el gálico trata de degradar el español, es por ¿ventura a causa de la vecindad de la España con la Francia? No por cierto, porque en Chile se deja hoy sentir esta maléfica influencia, según lo nota el *quídam*, y ya hay un pueblo en América, cuyo lenguaje va degenerando en un *español-gálico*; de donde se colige que hay una causa general que hace sentir sus efectos donde quiera que se habla la lengua castellana, en la Península como en las repúblicas de América. Y cuando se nos replica que allá como aquí es causada esta revolución por los que, *iniciados en los idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir según la versión que más han leído*, preguntamos ¿por qué los tales estudian con preferencia los idiomas extraños? ¿Qué buscan en ellos que no hallen en el suyo propio? ¿Se quejan los franceses o ingleses de los españolismos que se

introducen en sus idiomas respectivos? ¿Por qué los españoles que no son *puramente* gramáticos, no estudian los admirables modelos de su rica literatura, y van a estudiar las literaturas extranjeras, y luego se lanzan a escribir *según la versión que más han leído*? ¡Oh! ¡Según la versión que más han leído!, he aquí la solución del problema, solución que nuestro *quídam* sin profundizar, sin comprender siquiera, nos arroja con desdén, y creyendo avergonzarnos con ella. Eso es, pues, escriben según la versión que más leen, y no es su culpa si la antigua pureza del castellano se ve empañada desde que él ha consentido en dejar de ser el intérprete de las ideas de que viven hoy los mismos pueblos españoles. Cuando queremos adquirir conocimientos sobre la literatura estudiamos a Blair el inglés, o a Villemain el francés, o a Schlegel el alemán; cuando queremos comprender la historia, vamos a consultar a Vico el italiano, a Herder el alemán, a Guizot el galo, a Thiers el francés; si queremos escuchar los acentos elevados de las musas, los buscamos en la lira de Byron o de Lamartine o de Hugo, o de cualesquiera otro extranjero; si vamos al teatro, allí nos aguarda el mismo Victor Hugo y Dumas y Delavigne y Scribe y hasta Ducange; y en política y en legislación y en ciencias y en todo, sin excluir un solo ramo que tenga relación con el pensamiento, tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma. Parecía que en religión, en historia y costumbres nacionales, hubiésemos de contentarnos con lo que la católica España nos diese de su propio caudal; pero desgraciadamente no es así. Los españoles de hoy traducen los escritos extranjeros que hablan de su propio país, y nunca tuvieron en religión un Bossuet, ni un Chateaubriand, ni un Lamennais. ¿Con qué motivo de interés real y de aplicación práctica a nuestras necesidades actuales, se quiere que vayan a exhumarse esas antiguallas venerandas del padre Isla y Santa Teresa y fray Luis de León y el de Granada, y todos esos modelos tan decantados

que se proponen a la juventud? ¿Para adquirir las formas? ¿Y quién suministra el fondo de las ideas, la materia primera en que han de ensayarse?

Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso; y mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente, que pasarán las aguas y se llevarán en pos de sí estas telarañas fabricadas por un espíritu nacional mezquino y de alcance limitado. Esta es la posición del idioma español que ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz, y en España como en América se ve forzado a sufrir la influencia de los idiomas extraños que lo instruyen y lo aleccionan.

Y no se crea que no sabemos apreciar sus bellezas ni su capacidad; apuntamos solamente un hecho en sus efectos y en su origen; señalamos lo que los puristas en el estrecho círculo en que se han encerrado no alcanzan a comprender, y si presienten la pretendida degradación del idioma, les apuntamos la enormidad de la causa para que no estén en vano dando coces contra el aguijón. Los gritos de unos cuantos (porque unos cuantos serán siempre los que se dediquen a tan estériles estudios) no bastarán a detener el carro que tiran mil caballos. Y no hablamos en esto de memoria, como suele decirse. Vamos a producir nuestras pruebas. Hemos tomado a la ventura el catálogo de una de nuestras librerías, y de cerca de quinientas obras en castellano, solo cincuenta son originales, y entre ellas ocupan un largo espacio obras como éstas: *Avisos de Santa Teresa*, *Camino real de la Cruz*, *Despertador eucarístico*, etc., etc.

En el Instituto Nacional, exceptuando muy pocos casos, todos los libros de que se hace uso para la enseñanza elemental son de origen extranjero, y en el prólogo de una de las

gramáticas formadas entre nosotros, hallamos estas instructivas palabras: «En la analogía me he valido de las gramáticas de Ordinaire, de Lefrane y la que se titula el *Arte explicado*; en sintaxis, el nuevo método de Port-Royal, el curso de lengua latina por Lemarc y la gramática de Lefranc, etc.»

Por manera que los que han renunciado a su propio pensamiento para repetir las tradiciones de sus pedagogos, en lugar de enseñar nuestros *admirables modelos*, debían ocuparse con más aprovechamiento de sus discípulos, en enseñar el arte de importar ideas y los medios de expresarlas, porque esta es la ocupación primordial del castellano. La España aún no está libre hoy de esa cadena que ha pesado sobre su cuello durante tantos siglos: privada por la Inquisición y el despotismo de participar del movimiento de ideas que con el Renacimiento había principiado en todos los otros pueblos; dominada entonces por ese mismo odio a todo lo que era libre y repugnaba con su unidad católica y su reconcentración despótica, que muestran los celosos partidarios de la imposible incolumidad de la lengua, quedose sola en Europa y renunció a su poder marítimo, terrestre, literario y científico; y cuando la mano de la libertad ha venido a despertarla en nuestros tiempos, como despertó a sus colonias, halló a la madre y a las hijas en la miseria y en la ignorancia, sin tradiciones, sin arte y sin ideas. Desde entonces madre e hijas van a buscar al extranjero las luces que han de ilustrarlas; y con cortas diferencias van a la par puliendo cada una de su propia cuenta, porque las necesidades son casi iguales. De aquí nace que la España y sus colonias se alarman con los extranjerismos que deponen en su idioma las ideas que de todas partes importan. Trabájase en España como en Chile en las adquisición de las luces que poseen los extraños, y en España como en Chile se levantan clamores insensatos contra un mal inevitable. El pensamiento está fuertemente atado al idioma en que se vierte, y rarísimos son los hábiles disectores que saben separar el

hueso sin que consigo lleve tal cual resto de la parte fibrosa que lo envolvía. Cuando el pensamiento español se levante, cuando el tardío renacimiento de nuestra literatura se haya consumado, cuando la lengua española produzca como la alemana o la francesa 4000 obras originales al año, entonces desafiará a las otras extrañas que vengan a degradarla y a injertarle sus modismos y sus vocablos.

Sin tratar de mirar en menos los esfuerzos que el naciente ingenio español hace hoy por elevarse y desplegar sus alas, no nos arredraremos de decir que la influencia del pensamiento de la península, será del todo nula entre nosotros; y que teniendo allí que alimentarse y tomar sus formas del extranjero, no se nos podrá exigir cuerdamente que recibamos aquí la mercadería después de haber pagado sus derechos de tránsito por las cabezas de los escritores españoles. En el comercio de las letras, como en el de los artefactos, tenemos comercio libre, y como los españoles importaremos de primera mano, naciendo de esta libertad misma y de otras concausas que en artículo separado señalaremos que, por más que rabie Garcilazo, bastará en América que los escritores, siguiendo el consejo de Boileau, *aprendan a pensar antes de escribir, para que se lancen a escribir según la versión que más hayan leído*, y que así como en tiempo de Moratín se empezaba a conceder sentido común a los que no sabían latín, se conceda hoy criterio y luces a los que no han saludado, porque no lo han creído necesario, a Lope de Vega, ni a Garcilazo, ni a los frailes de León y de Granada.

IV

Segunda contestación a un quídam
(*Mercurio* de 22 de mayo de 1842)

Supongo un pueblo aristócrata en el cual se cultivan las letras; los trabajos de la inteligencia, como los negocios del gobierno, serán dirigidos por una clase soberana. La vida literaria y la existencia política permanece casi enteramente concretada en esta clase, o en las que se le acercan.

TOCQUEVILLE.

En las lenguas como en la política es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades (las del pueblo) como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes que autorizarle en la formación del idioma.

UN QUÍDAM.

Al contraponer estos dos fragmentos nos hemos quedado largo rato con la pluma en la mano recapacitando si es cierto que lo último se ha escrito en una república donde el dogma de la soberanía del pueblo es la base de todas las instituciones y de donde emanan las leyes y el gobierno. No parece sino que un noble inscrito en el libro de oro de Venecia, dijese en el consejo de los Diez: «Es ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes. No podemos, no queremos autorizarle en la formación del lenguaje». ¡Qué es esto por Dios! ¿Dónde está esa autoridad que no consiente en autorizar al pueblo en la formación del lenguaje? ¿Quién es ese que tan ridículo halla confiar al pueblo la decisión de las leyes? He ahí, pues, los resultados; emplead toda vuestra vida en examinar si tal palabra está usada con propiedad, si tal otra es anticuada, si tal modismo es vulgar, si la academia lo ha reprobado, si es

extranjero, o si lo usó Argensola o Juan de los Palotes, y en seguida subíos a la cátedra a decir… ¿qué?… No importa, con tal que lo que se diga esté arreglado a los admirables modelos de la lengua. Ocupaos de las formas y no de las ideas, y así tendréis algún día literatura, así comprenderéis la sociedad en que vivimos, y las formas de gobierno que hemos adoptado.

Creemos sin embargo, que la palabra pueblo tomada en un sentido aristocráticamente falso, ha contribuido al extravío de ideas que notamos. Si hay un cuerpo político que haga las leyes, no es porque sea ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes, como lo practicaban las ciudades antiguas, sino porque representando al pueblo y salido de su seno, se entiende que expresa su voluntad y su querer en las leyes que promulga. Decimos lo mismo con respecto a la lengua: si hay en España una academia que reúna en un diccionario las palabras que el uso general del pueblo ya tiene sancionadas, no es porque ella autorice su uso, ni forme el lenguaje con sus decisiones, sino porque recoge como en un armario las palabras cuyo uso está autorizado unánimemente por el pueblo mismo y por los poetas. Cuando los idiomas, romances y prosistas en su infancia, llevaban el epíteto de vulgares con que el latín los oprimía, se formaron esas academias que reunieron e incorporaron la lengua nacional en un vocabulario que ha ido creciendo según que se extendía el círculo de ideas que representaban. En Inglaterra nunca ha habido academia, y no obstante ser el inglés el idioma más cosmopolita y más sin conciencia para arrebatar palabras a todos los idiomas, no ha habido allí tal babel ni tal babilonia como el *quídam* y Hermosilla se lo temen. En Francia hay una ilustrada academia de la lengua; pero a más de que se ocupa de asuntos más serios que recopilar palabras, su diccionario no hace fe, y muchos hay, escritos y publicados sin su anuencia que son más abundantes de frases y de modismos, y que por tanto son más populares. Otro tanto sucederá en España cuando sea más barata la

impresión de libros, y aun ahora empieza a suceder.

Cuando hemos señalado la influencia que la literatura francesa ejerce sobre nuestras ideas, y por consecuencia en nuestra manera de expresarlas, hemos creído indicar las causas que perturban el lenguaje, y la noble disculpa que hallarán a los ojos de la cultura intelectual, ya que la gramática se muestra tan terca, los que embebecidos en los idiomas extraños de que sacan abundante nutrimiento, andan perezosos en consultar a los escritores originales que no pueden ofrecerles sino formas heladas y estériles. Quisiéramos que nuestro antagonista, ahorrándonos cuestiones que no lo son en realidad, examinase los elementos que constituyen nuestra propia lengua, para que se convenza de que los pueblos en masa y no las academias forman los idiomas. Encontraría entonces impresos en el nuestro las huellas de todos los pueblos que han habitado, colonizado o subyugado la península. El idioma de un pueblo es el más completo monumento histórico de sus diversas épocas y de las ideas que lo han alimentado; y a cada faz de su civilización, a cada período de su existencia, reviste nuevas formas, toma nuevos giros y se impregna de diverso espíritu. Cuando Roma conoció la civilización griega, el latín abrió sus puertas a las palabras que le traían nuevas ideas; a su turno la civilización latina apoyada en las legiones romanas encarnó su idioma en los pueblos conquistados; el francés recibió de la emigración griega de Constantinopla un fuerte sacudimiento; y el inglés ha continuado, después de haberse impregnado de voces hebreas, latinas y griegas en sus estudios de la Biblia, al regreso de cada buque importando una palabra más para su diccionario.

Pero una influencia más poderosa, porque es más popular, empieza a sentirse en todos los idiomas modernos y que el castellano en América sufre también, en razón de la nueva organización que las sociedades modernas han recibido. Los idiomas vuelven hoy a su cuna, al pueblo, al vulgo, y después

de haberse revestido por largo tiempo el traje bordado de las cortes, después de haberse amanerado y pulido para arengar a los reyes y a las corporaciones, se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quien los escritores se dirigen, y ennoblecen sus modismos, sus frases y sus valientes y expresivas figuras. El panteísmo de todas las civilizaciones, de todas las literaturas que las investigaciones de los modernos construyen; la mezcla y la fusión de las ideas de todos los pueblos en una idea común, como la que empieza a prepararse; el contacto diario de todas las naciones que mantienen el comercio; la necesidad de estudiar varios idiomas; la incorrección y superficialidad de la prensa periódica y las diversas escuelas literarias; en fin, el advenimiento de tantos hombres nuevos, audaces y emprendedores, hacen vacilar todas las reglas establecidas, adulteran las formas primitivas y excepcionales de cada idioma, y forman un caos que no desembrollarán los gritos de los gramáticos todos, hasta que el tiempo y el progreso hayan sacado al arte como los idiomas, de la crisis que hoy experimentan. En vano será decirle a Victor Hugo, que asesina el idioma, que aprenda a escribir. Inútil; seguirá adelante con paso firme arrastrando en pos de sí a la multitud encantada, hasta ir a sentarse, quieran que no, en las sillas académicas. ¿Qué hacer, Dios mío, con un Dumas que solo sabe leer y escribir y se mete a componer dramas y se sienta tranquilo en una luneta, a esperar los aplausos que en efecto le prodiga el público más quisquilloso y más inteligente del mundo? ¿Qué hacer? Darle un asiento en la academia y dejarlo.

Un escritor francés que ha conquistado también una silla en esa academia de sabios, arrojando a la luz pública un libro que a su turno ha echado un torrente de luces sobre la condición de las sociedades modernas y de las antiguas, de las sociedades aristocráticas y de las democráticas, ha caracterizado admirablemente el tono de los escritos y de la literatura de

ambas sociedades. Hablando de la primera dice: «El *estilo* en ellas parecerá tan importante como la *idea*, la *forma* como el *fondo*; su tono será correcto, moderado, sostenido. El espíritu marchará allí con un paso siempre noble, rara vez con un aire vivo; y los escritores se empeñarán más bien en *perfeccionar* que en *producir*». Hablando de la segunda: «Tomando en su conjunto, dice, la literatura de las sociedades democráticas, no podría, como en los tiempos de la aristocracia, presentar la imagen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte, encontrándose por el contrario descuidada la *forma* y a veces *despreciada*. El estilo se mostrará, por lo general, extravagante, incorrecto, sobrecargado y flojo, y casi siempre atrevido y vehemente». Y bien, ¿a cuál de estas dos épocas quieren nuestros puristas pertenecer en la forma de sus escritos? ¿A la aristocrática, eh? Pero mal que les pese no lo han de catar; porque he aquí que nos presentamos nosotros y arrojando al público una improvisación sin arte, sin reglas, hija sola de profundas convicciones, logramos llamar la atención de algunos, y sentándonos en la prensa periódica estamos diariamente degradando el idioma, introduciendo galicismos; pero al mismo tiempo ocupándonos de los intereses del público, dirigiéndole la palabra, aclarando sus cuestiones, excitándolo al progreso. Y cuando los inteligentes pregunten quién es el que así viola todas las reglas y se presenta tan *sans façon* ante un público ilustrado, les dirán que es un advenedizo, salido de la oscuridad de una provincia, un verdadero *quídam*, que no ha obtenido los honores del colegio, ni ha saludado la gramática. Pero esto no vale nada. A *cada uno según sus obras*, esta es la ley que rige en la república de las letras y la sociedad democrática. Y lo que sucede hoy sucederá mañana; porque la forma de nuestras instituciones hace necesarias estas aberraciones, y el estado de nuestra civilización actual no pide ni consiente otra cosa. Cuando la prensa periódica, única literatura nacional, se haya desenvuelto, cuando cada provincia

levante una prensa, y cada partido un periódico, entonces la babel ha de ser más completa, como lo es en todos los países democráticos.

¡Mire usted, en países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto que solo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa! ¡Y cuando las naciones civilizadas desatan todos sus andamios para construir otros nuevos, cuya forma no se les revela aún, nosotros aquí apegándonos a las formas viejas de un idioma exhumado ayer de entre los escombros del despotismo político y religioso, y volviendo recién a la vida de los pueblos modernos, a la libertad y al progreso! Y luego achacando a atraso «el de un pueblo americano en otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se ve degenerando el castellano en un dialecto español-gálico»… Entendámonos. Si se habla de los periódicos que redacta el puñal del tirano, convenido, porque allí no hay un hombre ilustrado, un hombre de conciencia; si se habla de lo que escriben los que representan la civilización de aquel país, convenido también; pero hay que notar un hecho, y es que esos literatos, *bastardos* como se quiere, han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria; y nosotros, con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los *admirables modelos*, con la posesión de nuestro castizo idioma, no hemos sabido hacer uno solo, lo que es uno, que parecemos perláticos con ojos para ver, y juicio sano para criticar y para admirar con la boca abierta lo que hacen otros, y sin alientos ni capacidad de mover una mano para imitarlos. ¿A qué causa atribuir tamaño fenómeno?… ¿Al clima que hiela las almas?… ¿A la atmósfera que sofoca y embota la imaginación?… ¡Bella solución por cierto, que no solo condena a la impotencia y a la esterilidad la generación presente, sino que insulta a las

venideras, y pronuncia sobre ellas un fallo tan injusto como arbitrario! No, no es el clima, que es variado y risueño, y ha cobijado almas enérgicas y guerreros valientes. No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilazo; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y

la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.

Más bien que contestar a nuestro antagonista, hemos querido combatir doctrinas que están generalmente admitidas como inconcusas; y cuando se nos acusa de incorrectos y de *gálicos*, hemos sin negarlo, sin paliarlo siquiera, mostrado la irresistible arma que nos causa esas heridas. Hemos querido en cuanto a formas manifestarnos como somos, ignorantes por principios, por convicciones, dejando las cuestiones de palabras, según decía Herder, *para los que no están instruidos sino en palabras*; y como el zapador que pone fuego a la mecha, aguardamos impasibles la explosión de la mina, sonriéndonos de antemano de la sorpresa y de la rabia del enemigo que en sus atrincheramientos se siente herido, sin saber de donde ni por quién.

V

El comunicado del otro quídam
(*Mercurio* de 3 de junio de 1842)

Le patriotisme exclusif, qui n'est que l'égoïsme des peuples, n'a pas de moins fatales conséquences que l'égoïsme individuel.

DE LAMENNAIS.

Mucho tiempo había que el *Mercurio* no suscitaba una cuestión que interesase vivamente al lector y le hiciese seguir con ahínco las sucesivas publicaciones de la prensa: devorar el

comunicado, improbar el artículo editorial, aplaudir una réplica victoriosa, festejar un golpe en regla, leer en corro, vivir, en fin, del pensamiento de la prensa, seguirlo en cada uno de sus desenvolvimientos, y en cada una de sus faces. ¡Viva la polémica! Campo de batalla de la civilización en que así se baten las ideas como las preocupaciones, las doctrinas recibidas como el pensamiento o los desvaríos individuales.

El pueblo escucha, cree al principio lo que cada uno de los contendientes alega, la duda sobreviene, se establecen comparaciones, y el juicio propio aleccionado concede la victoria a quien o más razón lleva, o más profundas impresiones deja. Suelen los antagonistas en lugar de razones tirarse tierra a la cara, arañarse también, y no faltan ocasiones en que se hacen heridas profundas y duraderas. Falta de ejercicio… maneras un poco francas, un tanto rudas si se quiere. Pero la continuación,… el hábito,… la cortesía,… la risa de los espectadores también, el criterio, en fin, todo contribuye a quitarle a esta lucha caballerosa lo que de áspero tiene en sus principios. Son las personalidades la arena y el limo que arrastran las aguas del torrente.

Nos hemos visto, pues, metidos y sin saber cómo en una alta y peliaguda cuestión de idioma, de gramática, de literatura y aun de sociabilidad; porque tal es el enlace y la trabazón de las ideas, que no es posible hablar de idioma sin saber *quién lo habla o escribe, para qué, para quiénes, dónde, cómo y cuándo*. Esto es lo que veremos al menos en el discurso de esta polémica. Pero ya que nos veíamos cogidos en la red, quisimos poner la cuestión en términos que removiese los ánimos, suscitase antipatías y aficiones, a fin de que todos los que se interesan en esta materia prestasen atento oído a lo que se iba a decir por ambas partes, y no sucediese lo que de ordinario con los trabajos de la prensa periódica, que pasan de día claro delante de nosotros como las aves nocturnas cruzan el cielo en el silencio de la noche, sin que nadie se fije en ellas. Y por

cierto merece ser considerada; se trata de saber qué estudios ha de desenvolver nuestro joven pensamiento, qué fuente debe alimentarlo y qué giro ha de tomar nuestro lenguaje; si a este respecto hay doctrinas sancionadas entre nosotros, si tienen el apoyo de grandes y justificados nombres y la sanción de pensadores de primer orden, si hay doctrinas rivales, si cuentan éstas con el apoyo de la filosofía y la sanción de los hechos. ¿Hay en esto una pretensión insensata y presuntuosa? Eso es al menos lo que dice cada siglo, cada forma de arte, cuando se les presentan sus sucesores a disputarles el predominio de la sociedad.

Voltaire llamaba bárbaro, borracho a Shakespeare, Boileau fanático a Milton; los académicos franceses no habían oído jamás nombrar a Hugo, aunque después su nombre literario llenaba el mundo. Un poco después la Academia ha recibido en su seno a este innovador ignorante, y el borracho Shakespeare y el fanático Milton han arrancado el cetro a los que con asco los rechazaban.

Grande fermentación ha causado nuestro artículo del 22 de mayo, y bueno fuera que no hubiéramos logrado nuestro intento cuando poníamos todos los medios de conseguirlo; pero la primera manifestación que de esta efervescencia ha salido a luz, suscrita por *Otro Quídam*, nos saca fuera de la cuestión literaria y nos lleva a otra social, a la que iremos de mil amores, porque lo creemos no solo necesario, sino también útil y laudable.

Revela el *Otro Quídam* una profunda irritación de ánimo, una cólera reconcentrada que la risa sardónica y la punzante ironía y la amarga burla que afecta, no alcanzan a encubrir. ¿Qué ha podido irritarlo tanto? ¿Qué? ¡La cuestión literaria! ¡Santo Dios! No merecía la pena de incomodarse por ella; mas hay una palabra que a nuestro juicio lo explica todo. El patriotismo exclusivo, es decir, el egoísmo de los pueblos de que habla Lamennais.

El autor del comunicado pregunta quién es el redactor que viene a enseñar doctrinas tan peregrinas, y nosotros vamos a contestarle. Es uno de los redactores del *Mercurio* y no dé un paso adelante, porque le está vedado; es un redactor de un diario que ha abrazado un partido en una cuestión literaria, es el redactor de un diario que al hacerse cargo de esta tarea, no ha venido a la tierra como un ser descendido del planeta Saturno para hallar que la tierra es chica, que los hombres son como las hormigas de su planeta. No; el redactor del *Mercurio* ha revestido el saco que debe llevar el escritor público en los pueblos americanos llenos de vicios, de preocupaciones, de indolencia, educados para el despotismo, la inacción y el retroceso, y sin pretender ser llamado un oráculo, ha manifestado francamente sus opiniones, ha levantado su voz contra un abuso, contra una costumbre añeja y retrógrada; a la policía le ha dicho, nuestras calles son inmundas e intransitables, componedlas; a la municipalidad, no tenemos caminos, no tenemos teatros, no tenemos alumbrado, levantaos, cumplid con vuestros deberes; al gobierno le ha dicho, los carros ambulantes son una monstruosidad, remediadla; a la juventud, habéis estudiado, ocupaos de las ideas de nuestra época, servid a la patria con vuestras luces, ilustrad al público con vuestros escritos. Ha ridiculizado lo que era ridículo a todas luces, aplaudido todo lo que mostraba visos de merecerlo, ha manifestado sus opiniones en las cuestiones de política interna y externa, sin penetrar jamás en el santuario de la vida privada; ha deplorado la muerte de los buenos ciudadanos como Salas y como Pereira, y recordado siempre con veneración la memoria de los héroes de la independencia, cualesquiera que, por otra parte, hayan sido sus opiniones políticas y la afección o desafección del gobierno para con ellos; ha hecho, en fin, lo que cualquiera otro hubiera hecho en su lugar, es decir, cumplir con los deberes que impone la redacción de un diario que debe ocuparse en todos y en cada

uno de los intereses de la sociedad, fomentar el bien, perseguir los abusos, ridiculizar las preocupaciones y las malas costumbres y expresar libremente sus opiniones.

Cuando este redactor del *Mercurio* ha visto una producción útil, la ha anunciado en el diario con encomio, sin permitirse observación alguna que revelase sus defectos; si una sociedad se ha formado, ha ponderado su utilidad; si un verso ha aparecido, lo ha elogiado y recomendado a los jóvenes para su imitación, y cualquiera que sea el juicio que de las cosas que hayan llamado su atención ha formado, cualquiera que fuese el asunto en que se haya ocupado, el redactor del *Mercurio* ha tenido particular empeño en sembrar aquí y allí doctrinas sanas de liberalismo, porque está convencido que los periódicos deben ser el vehículo por donde los principios de libertad desciendan hasta el pueblo como el rocío de la mañana, para vivificarlo y animarlo al bien y al progreso. El redactor del *Mercurio* ha podido medir sus palabras no por la utilidad que para la regeneración social podían traer, sino por la tenacidad de las resistencias que suscitaría en el ánimo de algunos, y ha desdeñado este fácil camino que puede proporcionar mucha popularidad; ha tomado por el contrario el sendero que han trazado todos los hombres de corazón y de principios en los pueblos que, como los nuestros, marchan al cambio radical de costumbres y de ideas.

VI

Los redactores al Otro Quídam
(*Mercurio* de 5 de junio de 1842)

Un hermoso libro que ha producido nuestra imprenta circula felizmente con profusión en el país, libro que contiene

útiles lecciones para los que saben entenderlo. Hablamos de los artículos de costumbres de don Mariano José de Larra, en los cuales está trazada en caracteres indelebles la marcha que deben seguir los que trabajen en la mejora de los países españoles, los que entienden que es preciso despejar el suelo para sembrar la semilla de la libertad. Su patriótico sistema, dictado por la primera necesidad de un pueblo que recién sale de las manos de un despotismo secular, ha sido seguido en España y en América. El *Otro Quídam* que tan celoso se muestra del nombre chileno, gusta, sin embargo, de oír a Larra humillar a sus propios paisanos, halla muy justo y muy laudable que un español levante en el seno de la España su voz iracunda y eche en cara a su nación su atraso, se burle de sus costumbres, de su pobreza y de su ignorancia, y que con sus sales punzantes haga de su patria el objeto de lástima de todas las naciones. ¿Qué moral saca de su lectura? ¿Cree que Larra escribió en España sus inmortales artículos para darle a él asunto de risa? ¿Cree que los muchos que le han seguido y de cuyo lenguaje castizo se muestra tan prendado, han hallado por muy gustoso el martirizar a su nación, degradarla, arrastrarla por los suelos? ¡Insensatos, Larra en tales manos no es más que un chusco impávido *que escribe muy bien el castellano*! Pero ese Larra, cuyas palabras parecen tan limadas y que por solo eso es apreciado en algo, es un modelo que todos los escritores públicos, en América como en España, deben afanarse en imitar; es el campeón de la juventud que habla el idioma español hoy, que ama a su patria, la América o la España, no importa; que la hiere, que la sacude para que se irrite, se incorpore, se levante y marche en el ancho camino de progresos que le han abierto la civilización y la libertad de las otras naciones. Es el alma virgen de la democracia que levanta su voz contra la sociedad caduca y retrógrada en que ha nacido, que llena de energía y con el alma pura de un ángel, se irrita contra el vicio y las preocupaciones y la indolencia del

pueblo, y que con la risa de la desesperación en los labios se burla de su pasado y de sus literatos, llueve sobre ellos los dardos de su sátira, destilando sangre y veneno. Hallan muy hermoso en España aquel lenguaje, y cuando el escritor en América, que en cada sección de las suyas tiene mil llagas podridas que curar, cuando el *Mercurio* dice que no tenemos poesía, que no hemos escrito un solo verso, no por incapacidad, sino por la mala tendencia de los estudios, entonces se levanta el *patriotismo del Otro Quídam* echando espumarajos y diciendo a grandes voces: venga acá el redactor del *Mercurio*, ¿quién es su padre? ¿Dónde ha nacido? ¿En la capital o en las provincias? ¿De este lado o del otro de los Andes? ¿Tiene usted carta de nacionalidad para atreverse a decir que no hemos hecho versos? ¿Tiene usted patente para tener ojos y juicio y opiniones? ¿Cómo insulta a la nación diciendo lo que sucede, para que se remedie el mal o se averigüe su causa? ¡Pobrezas que harían avergonzar a cualquier hombre culto, patriota y verdadero amante de su país! ¡Miserias que la juventud ilustrada debe desechar con el asco que merecen! ¡Preocupaciones en que nos crió el régimen colonial odiando a todo lo que no era español y despótico y católico! Así nos educaron para sobrellevar sin murmurar el bloqueo continental en que estuvieron las costas americanas durante tres siglos, en que no oímos hablar de los extranjeros sino como de unos monstruos, herejes y condenados, y cuando la independencia abrió nuestro puerto al comercio, empezamos a buscar entre nosotros mismos dónde se alzaba un cerro de por medio, dónde se atravesaba un río, para decir: allí, del otro lado, están los extranjeros que hemos de aborrecer ahora; porque nos ha quedado un fondo de odio que no sabemos dónde ponerlo para que dé todos sus intereses. Así la España, por odio a los extranjeros, se quedó encerrada en su Península; pobre después de haber sido rica, débil, despreciada, cuando había sido el terror de la Europa; ignorante, cuando su antigua

literatura había ido a inspirar la de otras naciones; sin industria, después que sus fábricas sirvieron a todos de modelo; pero desnuda de ideas y de vestido, se envolvía en su roto manto y calentaba sus manos ateridas en las hogueras de la inquisición, encendidas para abrasar en ellas las ideas que se desenvolvían en el extranjero; ¡todo por odio a los extranjeros! Nosotros seguimos ahora sus huellas, ahora que ella ha abandonado ese camino, los americanos divididos en pequeños grupos de españoles hostiles, se miran de reojo, no se tratan, no se comunican; si un grupo perece a manos del despotismo, los otros no lo saben, no le tienden una mano, no inquieren por qué padece tanto. ¿Para qué?, son extranjeros. Extranjeros que fueron hermanos para libertarse juntos; extranjeros que hablan un idioma, que tienen una religión, un origen, unas costumbres, un gobierno, un solo fin. ¡Extranjeros! ¡Así marchamos a la libertad, a la asociación americana, a la emancipación! ¡Qué piezas para constituir naciones que necesitan abrir sus brazos a los extranjeros de todo el mundo, cuánto y aun más a sus propios hermanos! La juventud va por el mismo camino y se llama no obstante liberal, progresista. ¡Dios nos ampare!

Es, pues, un sentimiento colonial el que, envuelto en el ropaje del patriotismo, ha hecho al *Otro Quídam* atufarse tanto con la lectura de nuestro último artículo sobre idioma. Es retrógrado preguntar de dónde viene el que escribe y en dónde ha nacido, para saber si tiene razón; es impropio en un hombre civilizado, humano y liberal, insultar a una nación entera que combate por su libertad, como combatió por la independencia de muchos, porque se ha dicho de ella que tiene poesía; es desleal citar entre comillas, como nuestras, palabras suyas y que quiere hacer pasar al lado de las nuestras. Esto, en el lenguaje hablado, se llama calumnia. Es manifestarse muy ajeno de las cuestiones literarias de nuestra época, el admirarse tanto de que haya quien sostenga doctrinas como las

nuestras; es muy material entender que, al hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato, para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y de gratitud; el ostracismo supone un mérito y virtudes tan encumbradas que amenazan sofocar la libertad de la república. Es malicioso aplicar a este lo que decimos de Hermosilla, el retrógrado absolutista que ha escrito un infame libro que debía ser quemado, y no andar de modelo de lenguaje entre las manos de nuestra juventud; finalmente, es muy poco decoroso para quien sale lanza en ristre a defender una cuestión, no tener nada que decir en apoyo de ella, y después de enseñar una palabra, *engarrotamiento*, para mostrar que debía decirse *dado garrote* por *agarrotado* que dijimos, concluir con no sacar nada de ese fondo de luces que debemos suponer le hace menospreciar nuestras observaciones y desfigurarlas, sacándolas de sus quicios y medida; porque, al fin y al postre ¿de qué se trata entre nosotros? De unas doctrinas absurdas en materia de idioma, ¿no es esto? ¿Por qué, pues, azuzar contra el que las sostiene el perro del patriotismo exclusivo, y hacer una guerra internacional de una simple querella de literatura? ¿Y para esto escoger por campo de batalla su propia casa, donde todas las ventajas están de su parte? Hemos tocado una cuestión de idioma; hay pro y contra. La parte más racional, mejor cimentada, la hemos dejado a nuestros contrarios; nos hemos reservado la más escabrosa, la que cuenta con menos antecedentes, la más absurda. ¿Habrá partido más ventajoso? ¿Por qué irritarse tanto? Por lo que antes hemos dicho, por un sentimiento extraviado, por ver en el *Mercurio* no un periódico sino un hombre, y a este suponerlo manchado con el baldón de extranjero!

Pero en vano son esos gritos impotentes. Chile no verá eso en aquel que penetrándose de los verdaderos intereses de la sociedad en que vive, contribuye con su grano de arena a la regeneración social, a la ilustración y al progreso. Día llegará,

pues, en que el *Otro Quídam* y el redactor del *Mercurio* puedan presentar ante las aras de la patria sus títulos de nacionalidad.

Hemos vuelto digresión por digresión en la cuestión literaria, estamos a mano. Nuestros lectores nos perdonarán que, como un candidato popular para la cámara de los comunes en Inglaterra, hayamos subido al tablado a defendernos y probar que si no tenemos títulos para aspirar a la consideración pública, nada hemos hecho que el verdadero patriotismo tenga derecho de desaprobar. Seremos, pues, en adelante el *Mercurio* y nada más que el *Mercurio*. A él y no a la persona del redactor deben dirigirse los ataques.

VII

Scènes de la vie privée et publique des animaux
Études de moeurs contemporaines
(*Mercurio* de 22 de junio de 1842)

Esopo, Fedro, Lafontaine, Iriarte y otros fabulistas habían en diversas épocas del mundo y en diversas lenguas, pintado las propensiones, vicios y virtudes de los animales aplicando a la sociedad de los hombres la moral que de aquellas observaciones deducían. Hoy, que todo se hace al revés de lo que hacían nuestros antepasados, se ha dado en la flor de pintar en los animales los vicios y ridículo de los hombres, formando un ramo nuevo de literatura que, si no se le confunde con el apólogo, no tiene aún nombre reconocido. Hace cosa de dos años que se principió en París la publicación de la *Vida pública y privada de los animales descrita por ellos mismos*, en papel marquilla y con tan hermosas láminas que es una maravilla. Plumas como la de Jorge Sand y Balzac, y buriles tales como el de Grandville, han dado a esta célebre

composición una reputación verdaderamente europea. Asombra en efecto ver el profundo estudio que de los caracteres exteriores de las pasiones humanas se ha hecho, y la admirable fidelidad con que han sido delineadas en los animales. La escena de la publicación principia por la reunión de un congreso general tenido por los animales de la *menajería* y diputados de las provincias reunidos en el Jardín de Plantas a la luz de las estrellas, en el que después de serios debates y de haber hecho su elogio el burro, la mula obtiene para la presidencia el sufragio universal. Ocupa la silla, y los animales domésticos, inofensivos, se colocan a la derecha, que como todos saben, es el lado en que en las cámaras francesas están sentados los partidarios del gobierno. Allí está el generoso caballo, el tímido ciervo, el noble elefante, el manso y astudo carnero, el inmundo chancho y el lúbrico chivato. Sobresalen en la izquierda, entre los miembros de la oposición, el león temible, el tigre carnicero, el lobo hambriento y otras categorías montaraces e independientes. El centro lo forman los animales rastreros, sin carácter conocido y sin opinión propia, tales como la tortuga, la culebra, el alacrán, el sapo y otras alimañas de este jaez. La astuta zorra se ha colocado al pie de la mesa del presidente por no comprometerse con ningún partido; el mono y el loro son los redactores de las sesiones, el uno imita la acción y el otro repite las palabras. Hay un momento de silencio, la discusión principia, el camaleón sube a la tribuna, y en lenguaje muy limado y castizo expone a la honorable representación que tiene entonces, como siempre, el honor de ser del parecer de todo el mundo. Pero le sucede el león como orador de la oposición y da tal rugido que la consternación se introduce en la derecha; dispárase el ciervo, da un bufido de espanto el caballo, el perro aúlla, y la zorra se va poco a poco acercando a la izquierda por si se van a las manos; el orador vomita pestes contra los hombres que tienen esclavizados a los animales, hace llover dicterios y

sarcasmos sobre los cobardes que se han sometido a su imperio para ser devorados unos en pos de otros; pinta con nobles rasgos la independencia de los bosques, la vida patriarcal, las escenas de la naturaleza, e invita a toda la honorable asamblea a romper el ignominioso yugo de la servidumbre y seguirlo a los campos. La izquierda prorrumpe en aplausos, mientras que los diputados de la derecha se miran unos a otros; la zorra admira la tonante elocuencia del orador y convida a un gallo y a otras aves domésticas a apoyar la moción; el lobo está mirando de hito en hito al carnero, como si ya lo viese fuera de la garantía de la fuerza legal. La discusión continúa y la atención de la asamblea se distrae hasta sofocar la voz de no se qué orador oscuro que pondera las ventajas de la vida civilizada, *con los cuchicheos* de la conversación. Sería interminable referir todos los sucesos de esta memorable sesión que concluye en arreglarse la redacción de la *Vida pública y privada de los animales* para ejemplo de los hombres.

La *Historia de una liebre* principia la publicación. ¡Cuánto ha padecido, cuántos ultrajes ha tolerado por no desagradar al rey! Es esta una historia de una belleza inimitable, ¡y qué láminas! La liebre tiene un desafío con un gallo pisaverde. ¡Qué terror en la cara de la liebre! ¡qué cobarde! pero el padrino que es tío Dogo su amigo, le dice que es preciso batirse por el honor, le pone la pistola en la mano, apunta temblando la liebre, aprieta los ojos, da vuelta la cara, dispara sin saber lo que se hace, y ¡oh dolor! mata al gallo más valiente que se conoce en diez leguas a la redonda. ¡Una liebre mata a un gallo!

Mil historias, a cual más picante, forman la colección. *Historia de una gata inglesa*, célebre crítica de las costumbres de las mujeres de la vieja aristocracia de Inglaterra. Se enamora aquella de un gato francés llamado Brisquet, muy petimetre, un dandy secretario de la embajada. La seduce este, la cita a un tejado, y en los coloquios amorosos, abrazos y

tirones, sáltansele del bolsillo las instrucciones privadas de su gabinete, que llegan a manos de Lord Palmerston y le instruyen que la paz armada de la Francia, los nuevos alistamientos, los preparativos militares, son una farsa, y el tratado de 14 de julio se concluye, y los asuntos de Oriente se arreglan por las potencias, sin consultar a la Francia. ¡De estos y aun menores accidentes depende a veces la suerte de las naciones! ¡Qué moral para los pueblos!

Aventuras de una mariposa. ¡Cómo pintar en un extremo de la tela de mi artículo, su viaje sentimental de París a Baden, sus amores aéreos y fantásticos, su casamiento y su subsiguiente muerte!

La medicina tiene sus representantes, la cirugía sus cadáveres que disecar. El *doctor Cuervo* hace de su pico escalpelo, y en un dos por tres en junta numerosa de facultativos se hace la autopsia, examinan las entrañas del muerto, toma cada uno un miembro; este se propone demostrar el nervio simpático, que separa cuidadosamente de las carnes que lo encubren; aquel saca un ojo para ver el aparato óptico; otro escudriña el cerebro, y todos en fin se retiran a poner por escrito en una memoria su disertación, porque es cosa esta de *masticarla y digerirla* despacio, cogen el vuelo pausadamente como conviene a la facultad, y queda sobre el anfiteatro, en lugar del cadáver, la armazón huesosa, limpia y monda. ¡Oh médicos!

Se sigue un tribunal de justicia. Hay una demanda entre el lobo y un cordero, a quien no se le oye por falta de testigos que acrediten la verdad del ultraje que ha intentado hacerle el lobo. El perro pastor es tachado por su conocida enemistad con el lobo. Vuelve el cordero a sus campos y el lobo a sus antiguas mañas, y un día logra por fin comerse al cordero. Aquí de la justicia que protege siempre al débil contra el opresor; los gendarmes echan el guante al criminal, lo meten en un calabozo, se sigue su causa, se le confronta con la víctima,

confiesa su delito, se compone con Dios haciendo una buena confesión, y al día siguiente mi don Lobo es ahorcado en la plaza pública. El pueblo se divierte, y el cordero comido ya está comido, y el que la hace que la pague, y los ciegos cantan al día siguiente la aventura:

Vous dans les sentiers du crime
Qui pourriez être entraînés
Par cet exemple, apprenez
Que celui qui fait le mal
Est un méchant animal.

Hay *la historia del asno, el ratón filósofo, recuerdos de una corneja vieja, historia de un lagarto, viaje de un león de África a París*, y otros muchos temas de composiciones llenas de sal y verdad. Sería nunca acabar el intentar dar de ellas una relación ni abreviada siquiera.

La crítica literaria no está libre de figurar entre los animales. Un loro clásico repite lo que ha leído en Boileau, La Harpe y una traducción de Hermosilla, y da vueltas en su aro, y haya república, haya democracia, él canta con un aplomo imperturbable: *lorito real, para la España y no para Portugal*,

Toquen, toquen
Clarinetes y cajas,
Que pasa el rey
Para su casa.

Un perro rabioso ladra a todos los escritores, a los actores, a la empresa y al gobierno; la rabia le ahoga, se muerde él mismo la lengua y se envenena. Quien tal hace que tal pague, y con la vara que mides serás medido, y quien a cuchillo mata ¡a cuchillo muere! Remitimos por mayores detalles a nuestros lectores al libro publicado en diciembre en París, *Hetzel Paulin*, calle del Seine, 33.

Lo que más nos ha sorprendido en esta colección y de lo que nos habíamos abstenido de hablar hasta ahora, es de la composición que lleva por título *Los Gallos Literatos*, que nos proponemos traducir porque creemos que agradará tanto más a nuestros lectores, cuanto que hoy se ha despertado la atención pública con la cuestión de romanticismo y clasicismo, los antiguos y los modernos, los puristas, los innovadores y qué se yo qué otra pamplina de este jaez. Ya se imaginarán nuestros lectores cuánto talento habrá desplegado en los gallos literatos George Sand, este corifeo hembra de los que no han dejado títere con cabeza, ni cosa en su lugar con el estrafalario romanticismo. Pero es lástima que no podamos reproducirlo todo, por exceder de los límites de una publicación periódica.

VIII

Los Gallos Literatos
Memorias inéditas de una gallina de Guinea que vivió diez años en la República del Gallinero.
(*Mercurio* de 23 de junio de 1842)

El león, que por la gracia de Dios había nacido rey de los animales, y hoy sirve de objeto de curiosidad en los anfiteatros y en las casas de fieras (gracias a los principios liberales y a las luces de la filosofía que han reintegrado a la creación bruta en su antigua libertad), mantenía el boato de su corte sacrificando a los indefensos animales; gustaba mucho de la carne de ciervo, que es tan sabrosa y regalada para todos los déspotas, y en su mesa eran servidos los miembros palpitantes de los mejores de sus vasallos. Sus histriones, para complacerlo, escribían la historia de los animales y no se cansaban de ponderar la timidez del ciervo, la inocencia del cordero y lo

sabroso de la sangre del hombre. Así se ha escrito hasta hoy la historia política de todos los estados, y así escribieron Plinio y Bufon la del Gallo y su familia. Se engullían un pollo, se sorbían un par de huevos, y con los dedos tintos aún en la grasa que la víctima destilaba, escribían que el Gallo debía ser un animal muy bueno, puesto que tan golosos platos proporcionaba. No solo es necesario ser un animal para escribir la historia de los animales, sino que también es preciso serlo del mismo género y especie, si bien es cierto que conviene que el historiador sea de una familia diversa, de manera que ni peque por parcial ni vaya a tocar en el extremo de ser hostil…

Sigue aquí la historia de la Gallina de Guinea, su patria, su familia, su esclavitud; es transportada en un buque negrero a la isla de Santo Domingo, es destinada a un gallinero donde permanece hasta la insurrección de los negros que pasan a cuchillo a todos los gallos blancos; la reconoce Toussaint de l'Ouverture, la salva de la matanza y la pone en libertad. Durante su cautiverio se dedica, como Esopo, a estudiar la historia, aprende gramática latina, y hace apuntaciones sobre los sucesos contemporáneos de la república gallinácea, etc.; y prosigue la historia.

El gallo propiamente hablando no es animal, por la misma razón que el hombre no es animal sino persona. Se le parece en creerse el objeto principal de la creación, le iguala en eso de echar plantas, y le excede solo en pequeñez y orgullo. Vedle marchar, ¡qué mesura! ¡qué garbo!, no le cedería el paso ni a un asturiano, sobre todo, si es absolutista. En lugar de un espadín, lleva dos, como un portugués, y por quítame allá estas pajas, ¡zas! una cuchillada al prójimo, y arda Troya. Como el hombre gusta de la danza y de la música, no hay pollita que sus ojos vean, a quien no le cante una copla y le baile la tarántula. Intolerante y celoso, jamás consiente que en su gallinero cante otro gallo, y si la mala ventura lleva otro extraño a sus estados, debe este, si no quiere morir acribillado, andar tan alicaído y

cabizbajo, y sobre todo cantar tan piano, que no excite la rivalidad de los nacionales, de donde ha venido el decir, *anda como pollo en corral ajeno*.

Amante de gloria y sediento de sangre y de combates, su vida es una campaña abierta contra todos los individuos de su especie, salvo la parte femenina, que puede decir de él con justicia que nada quita lo valiente a lo cortés, porque sabe leer en el corazón de las chicas, y no es persona que se deje decir dos veces esto ando queriendo, sin otorgarlo con tanta solicitud y tan de buen talante, que es fuerza decirle ¡basta, por Dios, basta! Amar y pelear es su vida; cada día un duelo, cada hora una aventura amorosa, de manera que a juzgarlo por este lado es todavía un caballero de la edad media. Devoto a la vez y supersticioso, entona sus cánticos de alabanza por la mañana y en medio del día le intimida el vuelo de gavilanes y halcones cuya presencia supone ser un mal agüero para su raza. Libre en la esclavitud, gusta del contacto del hombre, cuyo dominio sufre sin agradecer el favor ni resentirse del agravio. De tal manera está connaturalizado con su actual estado, que no hay memoria de que haya llevado en los bosques la vida salvaje. Habitante de todos los climas ha tenido parte en muchos y muy grandes sucesos. Acompañaba a Esculapio en la Grecia, y en casa de Caifás hizo, con una gran carcajada repetida tres veces, caer en el golpe a un viejecillo que se calentaba a orillas del fuego. Los Galos antiguos lo tuvieron en grande estima y todos los pueblos del mundo le hallan de un sabor exquisito y gustan de su compañía, por lo que han dado en decir, *Dios los cría y ellos se juntan*.

Las diversas naciones de gallos que cubren la tierra se distinguen entre sí como los hombres por sus usos y costumbres. Sobresalen los ingleses por su talla esbelta y delicada, su cutis colorado y su extremado valor. Se han derramado por todo el mundo, han ocupado todo el norte de la América, tienen muchas islas bajo su dominio, y por poco que

hagan, llegará día que no cante en toda la redondez del mundo otro gallo que el inglés. Un gallazo Chino, tamaño como jayán, cometió una vez la imprudencia de cantar en tono más que de soprano, lo que oído por los gallos ingleses que se han introducido en los gallineros de la India, dio bastante motivo para suscitar su insaciable codicia, y después de rondar largo tiempo por los límites del Catay y de haber derramado en las playas opio para envenenar a los habitantes, lograron al fin atraerlo a la pelea y se ha trabado un furioso combate que dura todavía. El gallo francés es igualmente bizarro, y tan altivo que solo gusta posarse en lo alto de las banderas y en la parte superior del escudo de armas de su nación. Un tiempo hubo en que cedió su puesto a una águila formidable; pero los gallos insulares cayeron sobre ella, la maniataron y la condujeron a una ínsula remota, en donde murió la triste encadenada a una roca. En premio de tan insigne servicio concedió el galo a los insulares el imperio de los mares y la influencia en la política de las demás naciones, de que gozan sin rivales. Es el gallo francés el más culto del mundo, y tan humano que ya no gusta de pelear, contentándose solamente con cacarear y cantar. Se suscita una cuestión en el Oriente, y el galo enfurecido bate las alas, se mira las espuelas y canta furibundo que se declara en *paz armada*; lo embastillan en el corral y entonces ¡ira de Dios! qué cacareo y qué bulla infernal; pero los gallos ingleses, se comen solos el trigo del Egipto; sus amos lo embastillan, sin hacer caso de su sempiterno cantar. En cambio del poder que no le dan sus doradas espuelas, se desquita con imponer la moda a todos los otros gallos, y nadie se sustrae al yugo de sus sastres. Viste con elegancia; prefiere los colores oscuros; lleva la barba rasurada, la cabeza al uso persa, el cuello desnudo y las extremidades recortadas. Sobresale en el arte del peluquero, no tiene rival en la confección de los pasteles, y es diestrísimo en el manejo del florete; porque a falta de enemigos exteriores se bate con los suyos en duelo singular. Este y el

inglés son llamados finos, para distinguirlos de otra raza que se conoce bajo el honroso dictado de brutos. Se encuentran estos últimos derramados por todo el continente colombiano, y descienden de la degenerada estirpe castellana. Poco aliñados en sus vestidos, usan del color ceniciento que lleva el mismo nombre de su raza. Son graves, testarudos, un tanto perezosos, y tan apegados a lo viejo, que en lugar de ir adelante van para atrás. En cuanto al valor no han cobrado mucha fama, si bien es cierto que han tenido pollos que se las han tenido tiesas a los más pintados europeos; el duelo está prohibido entre ellos, y todas sus aspiraciones se reducen a comer, engordar y fecundar a sus gallinas, para lo cual tienen admirables aptitudes. Son sin embargo preferibles a los ingleses y franceses para la cazuela y el estofado, por cuya razón son muy estimados de todos los habitantes del mundo, que concurren a sus puertos a desplumarlos. Desde que se sublevaron Santo Domingo y las otras colonias, se han ocupado siempre en disputar sobre quién sube más arriba en el árbol de dormir, a fin de estercolar a los que quedan más abajo. A pesar de todo esto, los gallitos más nuevos empiezan a abandonar las prácticas de sus abuelos, se aliñan y se afeitan a la francesa y buscan su alimento con la prontitud y actividad inglesa. De aquí han nacido dos bandos en sus repúblicas, que amenazan turbar la incierta paz de que a veces gozan. Compónese el uno de los gallos que ya no se cuecen a dos hervores, los franciscanos y los castellanos puros, con tal cual gallito novel, a quien le ha soplado el diablo por echarla de viejo; forman el otro los pollos de pitón, de casta mestiza de fino y bruto; algunas jacas de estaca retorcida que simpatizan con toda clase de novedades, y uno que otro pollo desgaritado, que ha escapado con la cola de menos de las garras de alguna zorra monstruo cebada en comerse los gallos más atisbados [25]. Uno de estos desplumados, no bien se repuso del miedo de haber visto la zorra tan de cerca, cuando se echó a cantar con

tan buena gana y de una manera tan desusada, que los gallos de toda la vecindad se alborotaron sobre manera. Unos decían que no lo hacía mal para su edad, otros le achacaban el no conocer la escala diatónica ni por las tapas; pero nuestro gallo sin curarse ni poco ni mucho de estas habladurías, apenas amanecía Dios, se ponía a cantar como si estuviera en su gallinero; y hubiera cantado su vida, si por su mala estrella no hubiese dicho al entonar un himno a la libertad *Ki-ki-ri-kó*, en lugar de decir *Ko-ko-ro-kó*, que era el uso consuetudinario de aquel país.

Aquí fue la tremolina. ¡Qué bulla! ¡qué alboroto! ¡qué cacareo! no parecía sino que hubiesen visto las patas de la zorra. Todos los gallos del lugar cayeron sobre él y lo rodearon y estrecharon de manera, que a no ser de tan buena ley, habría tomado las de Villadiego. El uno le arrima ambas espuelas, el otro le arranca las plumas de la naciente cola, y todos a porfía lo llenan de denuestos y de dicterios.

—Pero amigos —les dijo el cuitado—, ¿qué furor es ese? ¿qué mal os he causado?

—¡Impávido! —le respondieron—, trapalón, mestizo, advenedizo, jenízaro y rabón, ¿qué es eso de *Ki-ki-ri-kó*? ¿qué falta de respeto a la sonora, castiza y correcta música de nuestros padres? ¿No basta ya que los malditos herejotes de los gallos ingleses y franceses nos coman el trigo, sino que también han de venir a introducirnos en el canto sus extranjerismos?

—Señores —contestaba el atribulado *cantorcillo*—, sosiéguense vuesas mercedes, y entendámonos. Yo gusto de cantar y vivo de eso, y canto como Dios me da a entender.

—Falta usted a las reglas, desafina los tonos, y se separa de la doctrina de nuestros mejores cantores.

—¿Qué cantores ni qué calabazas? Veamos, ¿qué doctrina siguen vuesas mercedes, y qué modelos imitan?

—Nosotros imitamos, contestaron algunos, el sublime cantar del *gallo de la Pasión* que le cantó a San Pedro, echándole en cara su fea culpa con tal elocuencia, que el Santo traidor, movido de lo limado del estilo y lo castizo de las frases, se echó a llorar a lágrima viva y a moco tendido, confesando su delito y haciendo penitencia. ¡Eso sí que era cantar! ¿Qué viene usted aquí con su *Ki-ki-ri-kí*, ni su *Ki-ki-ri-kó*? Eso no huele a Castilla la Vieja, no es antiguo y por tanto no merece escucharse.

Afligido y mohíno por demás trajeran con tan eruditos razonamientos a nuestro cantor novel, si hubiese cosa en este mundo que lo pusiera de mal talante. En verdad que de aventuras peores había salido con vida. Después de algunas vueltas y revueltas maliciosas en el estrecho círculo que le habían formado, a manera de salida de gallo fino, encaró a uno de los de la rueda, diciéndole en tono amigable y sumiso:

—¿Cante vuesa merced según las reglas que dejó escritas el *gallo de la Pasión*?

A lo que contestó el tal, después de haber garganteado con garbo:

—De muy buena gana lo hiciera, más por darle una lección que por complacerlo, si no anduviera con *pepita*.

—Lo siento en el alma y lo compadezco. ¿Y vuesa merced? —dirigiéndose a otro de los circunstantes que a la sazón estaba parado en una pata, jugando con la otra con las plumas de la pechuga—, ¿no me endilgará por el buen camino?

Pero este le descargó por toda contestación tan recias puñaladas, que bien dejó traslucir que era discípulo de San Pedro, quien tajó una oreja al judío Malco en ocasión semejante.

—Gracias, señor, por la cortesía —contestó el rabón—; eso se llama poner las cosas a derechas.

En esto dares y tomares se avanzó hacia el centro con paso

mesurado un gallo que tenía fama de muy castellano, y después de entonar el *do, re, mi, fa, sol*, del canto llano, dijo en tono de bajo un *Chriiis—to—nacióooooo*, tan afinado, que hizo prorrumpir a la asamblea en mil bravos y aplausos.

—Esta es una ligera muestra —añadió pavoneándose de satisfacción en un ronco recitado—, de lo que puede el estudio de los buenos modelos cuando se hace con aprovechamiento.

Me reservo para después dar al público las reglas, porque nada es más útil al gallinero que cantar bien, aunque no tenga un grano que llevar a la boca, y esté amenazado de que se introduzca en su seno la zorra. Nos hemos asociado en número de ocho gallos, todos, a Dios gracias, buenos y leales castellanos, y solo aguardamos que llegue un compañero que tiene espuelas *metálicas*, para principiar nuestras tareas en la grande obra de salvar a la república del mal mayor que podía sobrevenirla, cual es de que se adultere el hermoso canto del *gallo de la Pasión*, pidiendo al soberano que nombre, a la manera del protomedicato, un tribunal en que se examinen los gallos que hayan de cantar en público, y que estos sean escogidos entre los que hayan estudiado en la Sorbona o en Salamanca [26].

IX

La cuestión literaria [27]
(Mercurio de 23 de junio de 1842)

> *El escritor no es el hombre de una nación; el filósofo pertenece a todos los países, a sus ojos no hay limites, no hay términos divisorios; la humanidad es y debe ser para él una gran familia.*

LORD AGIROF.

Una cuestión, cuando es una simple cuestión, es considerada la mayor parte del tiempo como una cuestión, y nada más. Pero hay cuestiones de cuestiones; hay cuestiones que hacen furor. Las hay espesas y de suyo enmarañadas, el trasluz de las cuales nada se ve; puede escribirse encima de ellas, *non plus ultra*, nada hay más allá. Entre estas pudiera muy bien clasificarse la cuestión *literaria*. No sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre; aquí las más son cuestiones de persona. En vez de buscar libros que confirmen una opinión, la primera diligencia que se hace es saber quién es el autor del artículo contrario; y las más de las cuestiones que he visto se han decidido por este estilo, mas yo encuentro en esto el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darse honor unos a otros, se dan mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazmerreír del público. Muchos tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. He aquí las causas de la oposición que, así en política como en literatura, hallamos en nuestro pueblo a las innovaciones; queremos el fin sin el medio, y esta la razón de su poca solidez.

Han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educación, que no podían menos de indignar a los hombres sensatos de fines del siglo pasado y aun de principios de este. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas, hijas de una religión mal entendida y del espíritu represor que ahogó, en España como aquí, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habían llegado a establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del gobierno, era una pauta de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados a no discurrir, a no sentir,

nuestros abuelos no permitían discurrir ni sentir a sus hijos. Hace años que secuaces mezquinos de la antigua rutina mirábamos con horror toda innovación; encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de restituir al genio su indispensable libertad; diose empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso. Nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente a la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta a las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni muchos menos idólatras, nos decidimos a amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello. Se ha dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica y en política, aumentar ideas nuevas a las viejas y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, es haber perdido la cabeza.

Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado, a fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; imposible es hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, solo servirá para que el pesado y monótono estilo anticuado no deje arrebatarse de un arranque solo de calor y patriotismo. El que una voz no sea castellana es para nosotros objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza, de usar tal o cual combinación

de sílabas para entenderse; desde el momento que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena. En esta parte diremos de buena fe lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que estropeaba la lengua de Garcilazo: que si él habla la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana. Ni reconocemos magisterio literario en ningún país, menos en ningún hombre, menos en ninguna época. Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la *expresión* y nada a la *idea*, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso al alcance de la multitud ignorante aún; literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que constituimos; toda de *verdad*, como es de *verdad* nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza misma; joven en fin, como el estado que constituimos. Libertad en literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra. El entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y de lo sublime. No es la palabra sublime, séalo el pensamiento, parta derecho al corazón, apodérese de él, y la palabra lo será también.

He aquí verdades que no comprendieron los escritores españoles del siglo pasado; quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas y vestirlas con la lengua propia; es decir que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron salvar del antiguo naufragio la expresión, esto es, representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales, pero esta lengua desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años y con el progreso que había de representar; esta lengua tan rica antiguamente, había venido a ser pobre para las necesidades nuevas. Se ha inculpado a Cienfuegos de haber respetado poco la lengua.

¿Qué mucho si Cienfuegos era el primer poeta filosófico que tenían los españoles, el primero que había tenido que luchar con su instrumento y que le había roto mil veces en un momento de cólera o impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habría de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones *a quienes nos vemos forzados a imitar*, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Los escritores modernos franceses han roto las antiguas cadenas de la sintaxis francesa. *Notre Dame de Paris* ha hecho verdaderamente una revolución en la lengua francesa. Pero al fin, aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de querer adivinar todo, y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a las que sabían más que ellas.

X

¡Raro descubrimiento!
(Mercurio de 30 de junio de 1842)

En nuestro número de 25 de junio publicamos un remitido que traía por epígrafe: *La cuestión literaria*. Desde nuestra primera lectura del borrador, sentíamos una satisfacción que al principio debíamos atribuir naturalmente a la conformidad de las ideas en él vertidas con algunas de las que otra vez hemos manifestado sobre literatura, y que tanta oposición encontraron por entonces. Pero esta explicación no bastaba; no solo las ideas nos eran familiares y conocidas, sino que aun las mismas palabras nos parecía haberlas oído o leído alguna vez. Reminiscencias vagas, pero no menos efectivas, no hacían

prever lo que aún no habíamos leído del discurso, como si fuese esto o una producción propia, o una segunda o tercera lectura de algún autor conocido. Sorprendidos de un fenómeno tan extraño, no obstante la oportunidad del remitido que se refiere a un hecho presente y privativo de nuestra polémica pasada, nos desvivíamos por averiguar la causa, cuando nos llamó la atención el tema de la composición y el autor cuyo nombre nos es enteramente desconocido. Efectivamente, el *Lord Agirof* no figura ni entre los miembros de la cámara de los pares, ni entre los escritores ingleses de alguna nombradía. *Agirof*… *Agirof*… ¿Si será un anagrama? Veamos: Ga iros… Ga-ro-fi… *¡Fígaro!* ¡Oh descubrimiento! Ya teníamos un cabo del hilo conductor. Solo faltaba comprobarlo. Nos abalanzamos sobre el *Fígaro*, y registra y hojea en todos sentidos sin saber donde hallar el texto citado, dimos al fin, por casualidad y con la indecible satisfacción de aquel que gritaba: ¡ya la hallé! ¡ya la hallé! en la página 169 del tomo 1.° de la edición de Valparaíso de las obras de *Larra*, con aquellas palabras. Un rayo de luz venía a iluminarnos. Continuamos nuestras investigaciones y habiendo sorprendido un plagio aquí, otro acullá, hemos venido a descubrir después de dos días de trabajo, ¿lo creerán nuestros lectores?… que el comunicado titulado *La cuestión literaria* es de cabo a rabo y sin más alteración que la de algunas palabras, un plagio de Larra en que el ladrón no se ha tomado más trabajo que el de coordinarlo de manera que resultase de los diversos fragmentos de que se ha servido, un todo completo y perfectamente aplicable a la cuestión que ha agitado la prensa en estos días. Tan curioso nos ha parecido este nuevo modo de resucitar a un muerto y hacerlo tomar parte en nuestras querellas literarias, que hemos creído que no desagradaría a nuestros lectores el que reimprimamos el antedicho comunicado, a fin de que con el auxilio de las notas y con el Larra en la mano puedan comprobar la exactitud de nuestras observaciones.

Una vez hecho este descubrimiento que, sin vanidad sea dicho, hace no poco honor a nuestra laboriosa sagacidad, cuando se trata de descubrir un plagio y echárselo por los hocicos al que lo haya perpetrado, nos aprovecharemos de las doctrinas de Larra para apoyar en el concepto de nuestros contrarios en principios literarios nuestras propias doctrinas; pues en cuanto a nosotros, debemos declarar que las opiniones e ideas de don Mariano José de Larra no tienen el peso de una autoridad, y cuando más lo consideramos como un hecho que acredita que la joven España, por la boca de aquel célebre crítico ha desechado, y aun más, negado la existencia de una literatura modelo en España; como nosotros y antes que nosotros, ha pronunciado un decreto de divorcio con lo pasado, y hecho sentir la necesidad de echarse en nuevas vías para alcanzar una regeneración en las ideas y en la literatura; como nosotros ha declarado la incompetencia de un idioma vetusto para expresar las nuevas ideas; como nosotros, en fin, ha recomendado la libertad en idioma y literatura, como en política. Los que con tanta prevención y desdén combatieron nuestros principios, pueden rectificar con esta lectura los más claros de entre sus conceptos, y convencerse de que en idioma y literatura vamos más atrás que la España de un siglo por lo menos, y que se han propuesto la rehabilitación del español, cuando los legítimos tenedores de él han abandonado este estéril trabajo.

Muy más de acuerdo hubiéramos andado en nuestra polémica, si hubiésemos definido bien nuestros principios filosóficos. Nosotros creemos en el progreso, es decir, creemos que el hombre, la sociedad, los idiomas, la naturaleza misma, marchan a la perfectibilidad, que por tanto es absurdo volver los ojos atrás, y buscar en un siglo pasado modelos de lenguaje, como si cupiese en lo posible que el idioma hubiese llegado a su perfección en una época a todas luces inculta, cual es la que citan nuestros antagonistas; como si los idiomas, expresión de

las ideas, no marchasen con ellas; como si en una época de regeneración social, el idioma legado por lo pasado había de escapar a la innovación y la revolución.

Deseáramos que nuestros antagonistas examinasen con detención las tendencias de Larra en todos sus escritos, y los principios francos y progresivos que ha manifestado en literatura, aprovechando desde ahora las indicaciones que ha hecho sobre la polémica literaria y la manera de manejarla en España, para que se convenzan de que algo, mucho, si no todo lo que ridiculizaba allí, se reproduce en nosotros mismos, con tan admirable consecuencia que podría decirse aquello de *hijos de tigre, overos salen*.

Nota del Editor

Dio origen a esta polémica, como se ve en el primer artículo de Sarmiento, la publicación que hizo el *Mercurio* de un pequeño vocabulario de palabras que se consideraba mal empleadas por la falsa significación que se les atribuía en Chile, o que ya no debían usarse por estar anticuadas en España; aunque anónimo, se sabe que su autor fue don Pedro Fernández Garfias, profesor que había sido de latín y gramática castellana en el Instituto Nacional.

El artículo de Sarmiento recomendó el vocabulario por su forma popular y práctica, adecuada para corregir los vicios del lenguaje en la gente que no puede hacer estudios gramaticales detenido, y sin aceptar el rigorismo de su autor, proclamó el imperio de la voluntad popular en el desarrollo y modificaciones que reciben los idiomas, señalando como única función de los gramáticos y de las academias la de codificar incertándolas en sus diccionarios, las nuevas voces y modismos que cada día el pueblo sanciona con su uso.

Una correspondencia suscrita *Un Recoleto* y que apareció en el *Mercurio* de 1.° de mayo, impugnó el vocabulario; otra correspondencia del día 3, firmada con las iniciales *T.E.R.L.* le hizo también algunas rectificaciones atinadas, y a estilo de gramáticos para quienes no es tolerable la disidencia de opiniones cuando se trata de vocablos, concluía así: «Suplicamos a ustedes, señores editores, en nombre de nuestro hermoso idioma castellano, en nombre del sentido común y del buen gusto rudamente ultrajados por nuestro *ejercitante*, no presten sus columnas a ulteriores publicaciones de este género».

Sarmiento defendió al anónimo autor de los *Ejercicios* de ataques tan descomedidos e inconducentes, pero junto con defenderlo volvió a plantear la cuestión de si debían autorizarse las licencias populares en materia de lenguaje. A su elucidación, decidiéndose por la negativa, dedicó don Andrés Bello en el *Mercurio* del 12 de mayo un artículo que por no aparecer en sus *Obras* reproducimos en seguida:

«Ejercicios populares de lengua castellana

»Esperando ver su continuación en otro número para dar más interés a algunas observaciones que desde luego pensé dirigir al *Mercurio*, he visto entre tanto dos refutaciones (contraídas solo a dichos *Ejercicios*) y bruscamente depresiva la segunda del laudable interés en ofrecer algo de útil a la instrucción popular; pues tanto de las observaciones acertadas que se hagan en semejante materia, como de una fundada y cortés impugnación de los errores, el público iliterato saca no poco fruto.

»Esta consideración me hace añadir el fundamento de lo que a mi juicio se ha criticado muy a la ligera, y aun de lo que se ha omitido en las contestaciones anteriores; no pudiendo

menos que disentir al mismo tiempo de los ilustrados redactores del *Mercurio* en la parte de su artículo que precede a los *Ejercicios*, en que se muestran tan licenciosamente populares en cuanto a lo que debe ser el lenguaje, como rigorista y algún tanto arbitrario el autor de aquellos.

»A la verdad que nos para las mientes (no que *los monos*) el avanzado aserto de los redactores, atribuyendo a la soberanía del pueblo todo su predominio en el lenguaje; pues parece tan opuesto al buen sentido, y tan absurdo y arbitrario, como lo que añade del oficio de los gramáticos. Jamás han sido ni serán excluidas de una dicción castigada, las palabras nuevas y modismos del pueblo que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua; pero ese pueblo que se invoca no es el que introduce los extranjerismos, como dicen los redactores; pues, ignorante de otras lenguas, no tiene de donde sacarlos. Semejante plaga para la claridad y pureza del español es tan solo trasmitida por los que iniciados en idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir, según la versión que más han leído,

En idioma jenízaro y mestizo
Diciendo a cada voz: yo te bautizo
Con el agua del Tajo,
Aunque alguno del Sena se la trajo
Y rabie Garcilazo norabuena;
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

IRIARTE.

»Contra estos reclaman justamente los gramáticos, no como conservadores de tradiciones y rutinas, en expresión de los redactores, sino como custodios filósofos a quienes está encargado, por útil convención de la sociedad, fijar las palabras

empleadas por la gente culta, y establecer su dependencia y coordinación en el discurso, de modo que revele fielmente la expresión del pensamiento. De lo contrario, admitidas las locuciones exóticas, los giros, opuestos al genio de nuestra lengua, y aquellas chocarreras vulgaridades a idiotismos del populacho, vendríamos a caer en la oscuridad y el embrollo, a que seguiría la degradación; como no deja de notarse ya en un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se ve degenerado el castellano en un dialecto español-gálico que parece decir de aquella sociedad lo que el padre Isla de la matritense,

> Yo conocí en Madrid una condesa
> Que aprendió a estornudar a la francesa.

»Si el estilo es el hombre, según Montaigne, ¿cómo podría permitirse al pueblo la formación a su antojo del lenguaje, resultando que cada cual vendría a tener el suyo, y concluiríamos por otra Babel? En las lenguas como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma. En vano claman por esa libertad romántico-licenciosa de lenguaje, los que por prurito de novedad o por eximirse del trabajo de estudiar su lengua, quisieran hablar y escribir a su discreción. Consúltese en último comprobante del juicio expuesto, cómo hablan y escriben los pueblos cultos que tienen un antiguo idioma, y se verá que el italiano, el español, el francés de nuestros días, es el mismo del Ariosto y del Tasso, de Lope de Vega y de Cervantes, de Voltaire y de Rousseau.

»Pero pasemos ya a los *Ejercicios populares de lengua castellana*. El autor incurre en algunas equivocaciones, ya por

el principio erróneo de que no deben usarse en Chile palabras anticuadas en España, ya porque confunde la acepción de otras con la de equivalentes que no pueden serlo. En cuanto a lo primero, dejarían de usarse en España por la misma razón las palabras que se anticúan en Chile y demás puntos de la Península, reduciendo así a mezquino caudal una lengua tan rica; así no hay por qué repudiar, a lo menos en el lenguaje hablado, las palabras criticadas, *abusión, acarreto, acriminar, acuerdo, adolorido, agravación, aleta, alindarse, alado, arbitrar, arrancada, arrebato, acecho*. Con mucha menos razón las voces *acezar*, que expresa más que jadear, esto es, respirar con suma dificultad; *ansiedad, inquietud, y ansia*, deseo vehemente; *apertura* de colegios, de clases, etc., y *abertura* de objetos materiales, como de mesa, pared; *arredrar*, es retraer a uno de lo intentado o comenzado, y *atemorizar* es infundir temor; *artero* se aplica a lo falaz y engañoso, y *astuto* a lo sagaz y premeditado; *asiduidad* es tesón, constancia; *frecuencia* es repetición de actos que pueden ser interrumpidos; así puede uno asistir con frecuencia al colegio, pero no con asiduidad; *arrinconado*, dice mucho más que *retirado*; oigamos sino a Ercilla, despidiéndose de las musas en su canto 27:

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que pare aquí la pluma.

»¡Cuán viva imagen nos presenta aquí la expresión *arrinconado*! Reemplazada por retirado, quedaría una insípida vulgaridad. Finalmente las palabras *asonada*, *avenencia*, ni aun están anticuadas en el Diccionario.

Un quídam.»

En defensa de Bello, aludido aunque muy honrosamente

para él, al final de la segunda contestación que su articulo obtuvo, salió a romper lanzas uno de sus discípulos en una correspondencia entre burlesca y agresiva a Sarmiento, la cual se publicó en el *Mercurio* de 27 de mayo con la firma de *Otro Quídam*. Después, en 28 y en 6 de junio, don José María Núñez, el discípulo de Bello más aprovechado en gramática castellana, publicó dos artículos, anónimo uno y firmado *Un Quídam* el otro, defendiendo el de su maestro con abundancia de citas y de textos, en que se ve la mano de éste.

El E.

Las minas
El mineral de las Condes
(*Mercurio* de 4 de mayo de 1842)

Mientras que el Perú se halla cercado de enemigos, y la República Argentina arrancándose las entrañas con sus propias manos en la horrible lucha que no podemos averiguar si está al terminarse actualmente o va a principiar con nuevo encarnizamiento, ¿de qué creerán en tierra de extranjis que nos ocupamos nosotros? ¡Friolera!... De descubrimientos estupendos, de minas de plata y de lavaderos en que el oro da a la rodilla. ¡Bendito sea nuestro Chile que de tantos bienes disfruta, y a quien las bendiciones del cielo le vienen como llovidas! Tranquilidad interior, gobierno constitucional, un partido retrógrado nulo, uno liberal moderado, una administración que se anda ten con ten con los progresos y la rutina, ¿qué más quieren? ¡Qué más han de querer! ¡Minitas! de donde salgan sendas barras de plata y de cobre, y el oro que no haya más que apretarlo en la Moneda y echárselo al bolsillo... Pues allá les van minas.

Muy alborotado está Santiago, y hasta por acá llega la conmoción que han excitado los recientes descubrimientos de minas. No se habla ya de otra cosa en los cafés, en la Bolsa y en las tertulias, que de las minas de la *Planchada*, del *Durazno*, de *Aculeo*, de la *Laguna* y de *Viña del Mar*, y que sé yo que

otros lugares, y del *cachi* y la ganga y el tofo y el pedimento, y el escribano, y el cateo, y otros términos o inusitados hasta ahora por estos alrededores, o empleados para fines muy distintos, como aquello del escribano, etc. Y no se diga otra vez que los chilenos somos de carácter apático y poco susceptibles de entusiasmo por lo bueno, porque por vida mía que andan ahora las cabezas vulcanizadas, y centenares hay que no ponen los pies desde la casa del que sabe del descubrimiento, a la del tinterillo en fechos de minas que da la fórmula del pedimento, y de allí a la oficina del escribano socarrón que se engulle los dos pesos de la partida de registro y la nota al margen del cargo, y desde allí a la casa de agencias; y de la casa de agencias a la casa de los socios, y de la casa de los socios a cualquier otra parte que no sea la propia casa, a donde llegan fatigados y contentos soñando en millones y en abundancia futura.

Habíamos dicho en uno de nuestros anteriores números que la afición a la explotación de minas se comunicaba rápidamente desde las provincias del norte, en donde con tan pingües resultados se había efectuado hasta ahora, y en efecto, que los progresos son más colosales de lo que habríamos podido figurarnos. Diversos cateos se han emprendido en todas direcciones, y entre otros más o menos afortunados en su éxito, descuella como un gigante que amenaza ahogarnos en plata, el emprendido por el señor don Pedro Vargas en la serranía de *Dehesa*. Es esta una larga corrida de cerros que de tiempo inmemorial ha sido explotada como mineral de plata. Encuéntranse en esta extensión las minas de *Quempo* y *Santa Elena* abandonadas, y las de *San Francisco*, *Valenzuela* y los *Piches*, que producen algunos metales. Con rumbo, pues, hacia aquel cerro de buena fama echaron a andar dos cateadores, cuyos nombres nos será permitido ignorar hasta que empiecen a brillar al reflejo de los marcos de piña que tocarán de las minas que han tenido la buena fortuna de hallar. Ambos cogieron diversos senderos de guanacos, y pica aquí, quiebra

una piedra acullá, llegaron un poco entrada la noche al punto de reunión que de antemano se habían señalado. Cómo ha ido por ahí, fue la recíproca pregunta de ambos explotadores. Mal, el uno, regular, el otro, se contestaron ambos. Cada uno tiró al suelo su hierro, y sacó de la bolsa las piedras que habían tomado de las vetas picadas. Las del uno valían poca cosa, que en términos que no sean de minería quiere decir que no valían maldita la cosa; las del otro excitaron el interés de su compañero, más inteligente en la materia si bien menos afortunado en el cateo. Sentía al tacto una cosa que clavaba, que es mucho sentir en metales; pero la luz no ayudaba y fue preciso emplazar para el día siguiente un examen de ojo más prolijo. Echó Dios sus luces, y con ellas pudieron ver nuestros mineros que era nada menos que barra de plata lo que tan ásperamente se hacía sentir la víspera. Reconocerla y hallarse en el lugar de donde había sido sacada fue cosa de un decir Jesús, y los golpes se sucedían y las *colpas* saltaban que era un contento, con cuya abundante provisión volvieron gozosos y sin saber por donde empezar su cuento a casa del patrón. ¿Para qué es decir que este saltó de un brinco en su caballo, y sin ver si era faldeo o reventazón, repechó hasta el bendito cerro que tan apetecida fruta contenía? Examinando el picado halló que eran una multitud de *guías* paralelas que cruzaban un *farellón*, sin forma de veta; pero aquí vino la ciencia minera a pronunciar su diagnóstico y pronóstico. Es regla segura entre las gentes de la profesión, que cuando va una veta y un farellón se atraviesa, se ramifica aquella en guías hasta que el susodicho farellón las *recuesta*, y las guías se *empalman* hasta formar de nuevo la subdividida veta.

Con el auxilio de tan comprobado axioma se continuó con tesón la excavación, y dicho y hecho, no pasaron muchos días sin que apareciese el suspirado *empalme* en una veta como de una tercia, con sus *cajas* arregladas, y una guía de cuatro dedos; la primera de barra de *plata-blanca*, y la otra de *plomos*,

que no son otra cosa, por la misericordia de Dios, que la misma plata oxidada. Como quien no quiere la cosa y solo por ver en qué paraban las guías, se ha sacado una carguita de barra, de unos ocho mil marcos por cajón, cinco de calidad un poco más ordinaria, y veinte de metal de trescientos a cuatrocientos marcos. A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. ¡Amén!

El olor metálico de las referidas cargas se sobrepuso en Santiago a todos los otros olores conocidos y diariamente olidos, y empezó a agitar las cabezas de los que lo trascendían. Primero entre pocos con mucho misterio, y después entre trescientos con mayor sigilo aun, se convino en anticiparse a los demás en los pedimentos, con cargo de horas y minutos. El escribano hacía en el ínterin la olla gorda, y ya se preparaba medio Santiago a ir a ver y repartirse el cerro y tomar posesión de él, cuando ¡sus! el temporal; y cuando las nubes se levantaron, el cerro estaba tapado de nieve hasta los pies. Es sabido que los cerros minerales se enojan cuando desconocen gente, y ocultan la riqueza que encierran cuando van a buscarla los avarientos, que es lo que esta vez ha sucedido, sin que de ello quede la menor duda, a juicio de inteligentes.

En sucesivos cateos, en las inmediaciones del descubrimiento, se han encontrado nuevas vetas con distintas direcciones, y cuyos metales prometen acercar a la capital a unas pocas leguas otro Chañarcillo. Está el cerro de la *Planchada* en los límites de la hacienda de las señoras *Condes*, como a doce o catorce leguas al noroeste de Santiago. Circundado de otras ramificaciones subalternas de los Andes, tiene dicho cerro un ascenso un tanto fragoso, elevándose en explanadas o mesetas hasta formar en su cumbre un perfil desigual y en partes sinuoso. Corre en dirección de sur a norte desnudo de vegetación, y permanece durante el invierno cubierto de nieves; hay en las inmediaciones leñas y pasto abundante, y en la base se encuentra el agua necesaria. El panizo es del color que llaman los mineros plomizo, variándose

con el azufrado y otros distintos. La veta descubridora corre de sur a norte, y el metal precioso está contenido en aquella ganga cuantiosa llamada *cachi* por los mineros, y que tan pródiga de plata se ha mostrado en casi todos los minerales de Chile. Es el *cachi* una sustancia blanca, dura y luciente, de la familia del pedernal, a la que nuestros nietos elevarán sin duda ninguna una estatua. El *cachi* es el genio tutelar de Chile; haya *cachi* en una veta y es seguro que a dos por tres se encontrará la bienaventurada barra de plata, a quien sirve de satélite, de cuna, de lecho y de seguro precursor. Tiene la veta principal tres cuartas de ancho en la superficie, y no son de menos extensión las otras posteriormente descubiertas; la del señor Hidalgo es reputada entre estas por los inteligentes, como una de las que más abundancia de metal prometen.

Hemos tenido la *fortuna* de ver una de las *colpas* del mineral extraídas, y son de apariencia y peso y sustancia tal que bastarían a enfermar de envidia y avaricia al corazón más desprendido de las vanidades mundanas. No nos sorprende por tanto el que se hayan hecho más de trescientos pedimentos en unos pocos días, no obstante que ni aún es posible averiguar si habrá cerro *bruto* suficiente para repartir cual reliquia bendita entre tanto devoto penitente. La Providencia, empero, que no quiere que nosotros demos cabida entre los móviles de nuestra conducta al puro entusiasmo, se sirvió mandar un temporal el día en que se había dispuesto ir a tomar posesión del cerro, que yace hoy envuelto en su helado manto de blanca nieve, sin que sea posible ir a molestarlo hasta la próxima primavera. Nosotros nos reservaremos para entonces describir todos los nuevos descubrimientos que en él se hagan, los pedimentos inútiles, los pleitos para abogados y escribanos muy útiles, y las piñas y barras que veamos desfilar en majestuosa procesión para el muelle, y pasar del muelle al bote, y del bote al buque que partirá de nuestras costas para no volver a traer a su país natal estas hijas ingratas que sin derramar una lágrima de

enternecimiento nos abandonan.

El oro ¡Dios nos asista!
Cómo se descubrió la mina de La Leona
(*Mercurio* de 5 de mayo de 1842)

¡Qué guano ni qué calabazas! Como aquella sustancia en las islas guaneras, como los granos de arena en las playas del mar, se encuentra el oro en nuestras tierras, en nuestras montañas, en nuestros jardines y en el material terroso de nuestras casas. Los que edifican, los que labran la tierra, aguarden unos pocos días no más, no remuevan el suelo, que todo él está saturado de oro finísimo y tan abundante que su cosecha bastará, según dicen todos, a hacer bajar el valor de este precioso metal en todos los puntos de la tierra. Tendremos muy luego palacios de oro, como los de las *Mil y una noches*, templos de oro, estatuas de oro, y vajilla de oro en nuestras habitaciones. Luego una inmigración de brazos asombrosa, porque capitales ¿para qué? y todas las comodidades europeas, y el lujo del Asia, y los tributos de toda la tierra que vendrán a ofrecérnoslos humildemente en cambio de una pequeña parte del metal que contiene nuestra tierra. Y todo esto y otras delicias, sin más trabajo de nuestra parte que abandonar el fraque y ponernos el *culero*, para no estropear el calzón, y sentarnos a la orilla de los arroyos a lavar la tierra, y extraerle las pepas de oro que contiene, cual del tamaño de una lenteja, cual como un grano de mostaza, cuales microscópicas, y cuales como una almendra. El peón que haga la labor, no estará atenido al triste

sueldo que hoy lo hace un verdadero ilota, y con las economías furtivas que hará *de lo que se le pegue*, podrá decir: yo también soy patrón, con la misma inspiración de aquel que al sentir el genio rebullirse dentro de sí, exclamó: *Io anche sono pittore*.

¡No les parezca chanza! Uno de estos días un francés se presenta en el palacio del Presidente, desmelenado el pelo, cubierto de polvo y *jadeando* de cansancio, y con aquella entusiástica petulancia que forma el rasgo más característico de su nación, insta por ser introducido hasta el Presidente, grita, patea, se desvive, es urgente, urgentísimo hablarle, corre mucha prisa. Lo introducen y sus primeras palabras son:

—¡Protección, señor!

—¿Qué se le ofrece?

—¡Protección! ¡protección!

—¿Qué hay hombre? ¿Quién lo persigue?

—¡Protección!… ¡Oro! en gran *cantité*!

—¿Está usted loco?

—Señor, he visto… he descubierto, todas las tierras de Chile… tierras auríferas… oro… oro… oro… tengo el secreto…, es pasmoso… oro, señor…

—Veamos, sosiéguese usted, siéntese señor, qué es lo que hay, entendámonos…

Nuestro francés es un mineralogista consumado, ha recorrido nuestras sierras y nuestros valles, ha examinado las tierras que cubren la superficie de Peñuelas y Viña del Mar, y por un procedimiento *à lui*, ha encontrado el medio de extraer el oro que contienen en una cantidad verdaderamente asombrosa. Y no crean nuestros lectores que se trata de la piedra filosofal. No, se han repetido los ensayos ante personas inteligentes, se han mandado traer tierras de distintos puntos, y todas o casi todas dan una ley de 10, de 20 y aun de 30

pesotes por carga de tierra. ¡Santo Dios, el fabuloso *Dorado* viene a realizarse a nuestra vista! ¡Diez pesos por carga de tierra, donde se pueden extraer millones de millones de cargas, y lo que es más sin perjudicar a la agricultura, ni a las poblaciones, ni a los pastos, ni escavar la tierra a grandes profundidades! ¡Basta solo ir con una mala mula o una carreta quebrada, cargar su poco de tierra y llevarla a donde le han hallado busilis, y recibir en cambio sendas onzas, libras, arrobas o quintales de oro!

Si no hay tanto oro como se supone, hay al menos en las probabilidades que se presentan de ser una cosa estupendamente extraordinaria, materia suficiente para volvernos locos a todos. Se han hecho más de cien pedimentos, y lo que es más todavía, otros extranjeros se han presentado pidiendo la propiedad del descubrimiento de las minas, y del procedimiento del beneficio. A estos hemos oído que hay grandes probabilidades de que las tierras auríferas de Chile sean por lo menos más ricas que los arenales de la Siberia, y que solo falta para la completa seguridad de los especuladores, que los ensayos en grande correspondan a lo que prometen los resultados de los que se han hecho en pequeño. Agregan además que no todas las tierras de Peñuelas, Viña del Mar e inmediaciones están igualmente impregnadas de partículas de oro, pues vienen las capas auríferas en anchas vetas en cuyos alrededores no se encuentra nada. Por lo que, y por otros datos que tenemos, convendría que los aficionados al oro, y que tantos lo son, no se molesten mucho por ahora, ni abran tanta boca, hasta que el negocio del procedimiento en grande no se haya comprobado y establecido mejor.

Y ya que nos hemos ocupado de minas, diremos todo lo que sabemos a este respecto. Una grande asociación de mineros, improvisada por el espíritu de asociación que se difunde en Santiago y se introduce en todas las clases de la sociedad, se ha reunido para emprender un trabajo colosal, cual es el de

desaguar una laguna encantada cuyo fondo está, o debe estar según todos los datos, cubierto de la arena más preciosa que se ha conocido hasta ahora, la arena que los poetas españoles han celebrado en el Guadalquivir, y la que la prosa inglesa extrae de Guinea, la Costa de Oro y el Senegal, la arena dorada. Dicen que en esta laguna se han visto siempre visiones sobrenaturales, luces azuladas que brillan en el fondo, y la tradición cuenta que en su seno ocultaron los antiguos sus tesoros para salvarlos de la rapacidad de los conquistadores. Pero los empresarios no se han atenido a estos datos, no obstante la grave importancia de ellos. Han observado la calidad de las tierras auríferas de las montañas que circundan el misterioso lago, que por su posición central viene a ser una taza en que se depositan los aluviones que arrastran las lluvias, y donde por tanto debe depositarse el rico y pesado sedimento. Con estos y otros datos positivos, se ha emprendido un barreno en una parte en que un terreno más bajo se presta al desagüe de la laguna, y a medida que la obra adelanta, crecen las esperanzas de los empresarios, pues que las acciones que al principio se brindaban por doscientos pesos, hay hoy, según es fama, quien ha desechado como un insulto, la oferta de cien onzas que le han hecho por las suyas. ¡Bien haya los que tienen mina, a quienes ni deslumbran encantamientos, ni persiguen encantadores!

Los trabajos en minerales de cobres abundan por todas partes y producen ingentes quintales por cajón. Las minas antiguas y desiertas se rehabilitan, y enjambres de cateadores recorren los cerros en todas direcciones. Ni se circunscribe a los alrededores de este puerto, ni a Santiago el entusiasmo por las minas. La invasión del norte llega hasta Rancagua, y numerosos pedimentos de vetas nuevas acreditan que no sin razón se ha echado a la población en este sendero de industria que tantos bienes y tan sazonados frutos le promete.

Los antiguos minerales de la *Leona* y la *Leoncita* sostienen

con dorado brillo la reputación de que por siglos han gozado. Es la primera de estas minas de muy elaborada explotación, descendiendo sus piques y extendiéndose sus frontones a una grande profundidad y extensión. Varias plazetas interiores muestran las grandes masas de metal que en otro tiempo se han extraído de ella, y para que sus oscuras cavernas, sus aterradas labores hagan sobre la imaginación todo su efecto, no falta una historia que de boca en boca haya traído la tradición hasta nuestros días, explicando cómo y por qué se llamó la *Leona* y la otra la *Leoncita*. Vamos a contarlo a nuestros lectores. Había un santo fraile que en sus peregrinaciones por aquellas alturas, al pasar por do las vetas de oro corren, dijo en tono profético: *Aquí está la perdición de los hombres y la cosecha de Satanás*. Pero no es este el cuento todavía. Había en los términos de Rancagua un buen español que tenía una pingüe hacienda, unas hijas como unas perlas, y una recua de esclavos que labraban las tierras de aquella y obedecían los mandatos de estas; y como sucede con todos los animales domésticos que con el contacto del hombre civilizado cambian sus colores, la raza africana que en su origen había sido negra como un azabache, fue degenerando, con el andar del tiempo y gracias al clima y otras circunstancias aun más influyentes, en una hermosa progenie de zambos y mulatos, que si no era por el traje, podían confundirse al fin con los mismos amos en la blancura de su tez y en el azul de sus ojos. Aun hay más que observar y que sería digno de la consideración de los naturalistas en la domesticidad de los esclavos, y es que la vista frecuente de los amos y lo presente que los tienen las madres, imprime a los hijos de las esclavas tal aire de familia y tal semejanza de facciones con los hijos de los amos, que bastaría esto a confundir en conjeturas a los que no saben la influencia que ejerce este contacto de los amos con su servidumbre, y que sirve a operar esta obra de asimilación que está ejecutando diariamente la naturaleza, y que imprime

su carácter no solo a las familias, sino a las naciones enteras, pudiendo conocerse de a leguas un inglés, un español o un ruso. Pero en quien brillaba más este secreto de la naturaleza era en Josesito, lindo mulatillo de tez encarnada, cabello dorado y ojos celestes, que había sido en su infancia el ¡ay Jesús! de los amos, el huésped del estrado y el compañero inseparable de juegos infantiles y correrías por el campo de las señoritas de la casa. Crecieron estas en años y en beldad, y nuestro Josesito en hermosura y gentileza tal, que excitaba los celos de sus compañeros de esclavitud, y la rabia de los caballeritos de la vecindad que le llamaban el mulato José, para echarle en cara en medio de la distinción que gozaba, la bajeza de su extracción. Pero con quien más se daba Josesito era con una de las niñas menores, a quien los amos lo habían dado para su servicio. Gustaba esta de su compañía, y mientras eran ambos niños, se veía siempre a José buscando nidos de pajaritos para llevar a su señorita, persiguiendo a los cabritillos que a ella se le antojaba pillar, o haciendo carretas para llevar las muñecas a paseo a la vecina huerta. Llegó la pubertad y no se separaron la linda ama y el hermoso criado; pero el buen viejo observó que la niña faltaba horas enteras de dentro de casa, las rosas de sus mejillas se marchitaban y su delicada cintura cambiaba rápidamente. No dice la tradición qué hizo Josesito para incurrir en el desagrado de su amo; lo que hay de averiguado es que un día estaban friendo aceite para pringar a José en castigo de una gran maldad, cuando alguno vino a decir al amo que el delincuente se había escapado y ganado el monte.

En efecto, andaba José cimarroneando por los inmediatos cerros dos largos días había, hambriento, desgarrado por las espinas y echando menos la casa de sus amos, cuando el bramido de una Leona que venía con un cachorrillo siguiendo sus rastros, le anunció que aún no lo había hecho todo con salvarse del pringue del aceite y del chirreo de sus carnes.

Echó a andar despavorido por las fragosidades de la sierra; pero cada vez que daba vuelta hacia atrás, sus miradas encontraban las de la Leona que lo seguía como su sombra o como remordimiento que acompaña al criminal. Corría, corría José, y la Leona siempre atrás, ya lo alcanzaba, ya estaba a pocos pasos de él. Ya se preparaba a dar el fatal salto, cuando José le tiró el poncho; la Leona no hizo más que oler el poncho y pasó; tirole el sombrero, y la Leona lo olió y pasó; le tiró el ceñidor, y la Leona lo olió y pasó, hasta que al fin lo alcanzó, y el triste José hizo cara a defenderse con un cuchillito que tenía, pero la Leona le dio un manotón que le desgarró la mitad del pecho, y se lo comiera vivo, si un vaquero que acertaba a andar por las inmediaciones, no acudiera a los gritos del infeliz y espantase a la fiera y llevase a José moribundo a su rancho, donde expiró el cuitado pronunciando el nombre de su señorita.

El vaquero convocó a todos los vaqueros de las inmediaciones, y con cien perros fueron a la caza de la Leona que había vuelto a su guarida, que rodearon los vaqueros y estrecharon de cerca los perros que la acometían y la mordían hasta que medio vencida en tan desigual combate, apenas oponía resistencia. Entonces el más atrevido de los vaqueros echó pie a tierra, y cogiendo una piedra iba a tirársela; pero ¡qué piedra tan pesada! la mira y ve el oro brillando a los rayos del sol; coge otra por más liviana, y lo mismo, oro brillando. Ello es que mataron a la Leona y descubrieron la mina a que dio su nombre. El cachorrillo se disparó luego que vio muerta a su madre, y tanta prisa se dio, que no le dieron caza los perros hasta una legua de distancia; y allí donde lo mataron había otra mina de oro, que se llamó de su nombre la *Leoncita*. Por manera que el amo de José pudo decir: *¡No hay bien que por mal no venga!*

Teatro para Valparaíso
(*Mercurio* de 10 de mayo de 1842)

El teatro ha dejado caer su telón el domingo para no levantarlo por un tiempo indefinido. La compañía dramática se disuelve; entrega al señor Jiménez a la de Santiago de donde lo había tomado prestado, y ella anuncia marcharse al norte. El señor Casacuberta ha encontrado entre la parte inteligente de los espectadores, la acogida a que sus talentos le hacen acreedor; pero si este distinguido actor no tiene otras razones, a más de la expectativa de algunas funciones en los teatros improvisados de las provincias, para escoger el rol de actor ambulante, le aconsejaríamos sin vacilar que se incorporase a la compañía dramática de Santiago, que lo recibiría, tanto como el público y los empresarios, con el interés que inspira una buena adquisición. Preciso es que el señor Casacuberta se convenza de que el gusto por el teatro no se ha despertado aún en nuestras provincias, y que por tanto es sumamente difícil mantener una compañía dramática en ellas.

La representación de la disuelta compañía dramática ha gustado generalmente al público, que ha hallado en el teatro un pasatiempo para las noches de función. No diremos que el concurso ha sido siempre proporcionado, sobre todo en señoras, a la numerosa población de este puerto, a la capacidad y talentos de los principales actores, ni a la falta de

otras distracciones; pero lo que nadie podrá estorbarnos que digamos es, que para lo que era el local, harta era la concurrencia, y que para tal nido, tal pájaro. ¿Se había visto nunca un teatro más indecente, más estrecho y más acorralado? ¿Cómo puede exigirse que las ilusiones de la representación escénica causen todo su efecto en el público, cuando ni las decoraciones, ni la extensión, ni la orquesta, ni el local, están calculados para producir ninguna sensación agradable? Y sino juzguen nuestros lectores por la descripción que del teatro vamos a darle.

Tiene el teatro de Valparaíso, es decir, de la primera ciudad mercante del Pacífico, la área de un reñidero de gallos, en cuya extensión se incluye el proscenio, la orquesta, la platea, palcos y cazuela, con tal simetría, que un marino que se hallaba en esta última, arrojó la otra noche por distracción el pucho de su cigarro en medio del proscenio. Los hombres de talla de granaderos encuentran en el techo quien les avise con su contacto que es preciso quitarse el sombrero ante el público. Las balaustradas, colgaduras y aposentadurías corresponden a la fachada y proporciones del ruin edificio, que para mayor mengua está como lugar impuro, en lo más apartado de un rincón. ¿Y a quién culparemos de esta falta de aseo y comodidad en un lugar de concurrencia pública y que debiera presentarse como un dechado de la cultura y pulimento de los habitantes que tan esmerados se muestran en la condecoración de sus propias habitaciones? ¿Será por ventura a los extranjeros residentes, a quienes se les da un comino de que tengamos teatro, ni costumbres, ni cultura, con tal que tengamos pesetas que darles en cambio de los productos de su industria? ¿Será a los actores dramáticos que vienen cada año a visitarnos y arman a toda prisa su tendejón, calculado para los pocos días de su permanencia en ésta? ¿Habremos de culpar al público que se compone de individuos y que cada individuo no ha de levantar un teatro?

No hay duda que a las autoridades debemos echar en cara su falta de espíritu público, y su poco anhelo por la mejora de las costumbres. Las municipalidades en Europa y en todo país culto están encargadas de proveer a la mejora y mantenimiento correspondiente de los teatros. Los periódicos de Francia nos instruyen a cada momento de las erogaciones que hacen, las medidas que toman las autoridades para levantar teatros en los pueblos en que no existen, o reparar, extender y embellecer los ya construidos; y todo esto con la misma dedicación y el mismo interés que si se tratase de un canal o un ferrocarril; porque están íntimamente persuadidos que tanto importa para la moralidad de las costumbres y la mejora intelectual de la sociedad la perfección del teatro, como la de las vías de comunicación para el desenvolvimiento material. Y no porque no estén escritos estos deberes del poder municipal, ni se le haya de pedir cuenta a sus individuos, están éstos menos obligados a cuidar del fomento de todo aquello que contribuya al embellecimiento y mejora de la ciudad. Es la municipalidad el representante del espíritu público y a ella le toca realizar cuanto los buenos ciudadanos desean, exigen las circunstancias y apunta la necesidad. Bien sabemos que el poder municipal entre nosotros es débil y está en su acción casi subordinado a la acción del ejecutivo. Pero si su acción encuentra obstáculos, ¿son estos de tal naturaleza que no puedan alterarse de manera alguna y lo absuelvan de toda inculpación de negligencia en el desempeño de sus deberes?

No es esta la primera vez que insistimos en la necesidad de que la municipalidad se ocupe de los intereses públicos, que tan vergonzosamente yacen en el más completo abandono; y si nuestras inculpaciones son injustas, no se nos negará el derecho de hacerlas desde que nunca se ha creído esta corporación obligada a satisfacer a sus comitentes de las razones que justifican su inacción. Hemos sufrido en el invierno pasado todas las incomodidades que acarrea el tránsito

obstruido y enteramente imposibilitado por el fango inevitable en un país lluvioso y en calles abandonadas hasta el extremo. Sobrevino el verano, nos sorprende de nuevo el invierno, y los males se repiten sin que para estorbarlos se tome una medida activa y poderosa. Hemos hecho sentir la falta de alumbrado público y otros inconvenientes en la economía interior de la población y todo con los mismos resultados. ¿Podrá satisfacer a estos cargos la municipalidad exponiendo que carece de fondos? De manera ninguna. Ella y todas las municipalidades de la República, están en el deber de hacer sentir a la representación nacional por medio del ejecutivo, la mala organización y la escasez de sus rentas, para que se arbitren medios de proveer a las necesidades que experimentan. La ciudad es una de las partes que componen el estado, y en ella es donde deben ejecutarse las mejoras que constituyen en su conjunto el progreso de la riqueza y la cultura de la nación entera. ¿Podrá decirse que Valparaíso, la ciudad más comerciante y más acaudalada de Chile, no tiene con qué empedrar su única calle; que sus rentas no bastan a mantener un sistema de alumbrado público; que se halla imposibilitada de levantar un teatro para proporcionar medios de distracción tan necesarios como honestos? Pues entonces es preciso decir que la economía de las rentas generales es lo más absurdo que puede existir; que tal sistema no puede perpetuarse sin tener estacionarias las ciudades, y mantenerlas en la imposibilidad de proveer a su mejora, tanto intelectual como material; que es preciso remediar inmediatamente un abuso de tanta consideración y poner a las municipalidades o a quien desempeñe las funciones que a ellas les pertenecen, en la posibilidad de llenar sus deberes y satisfacer cuanto antes a las exigencias de las poblaciones, que en lugar de seguir en lo que toca al común el mismo progreso que se nota en la propiedad particular, no parece sino que retrogradan o están abandonadas a sí mismas y sin una autoridad que vigile en su

mejora y adelantamiento. Pero estos, y lo más que el interés público exija, es preciso que una municipalidad lo diga de voz en cuello, y exponiendo de un modo palpable las dificultades que la rodean, reclame el pronto remedio de tamaños males.

Mientras esto no suceda, mientras no veamos entablada la construcción de tantas obras como las que la necesidad de todos los días reclaman, será en vano que se nos diga que la municipalidad *tiene pensado* empedrar la calle Vieja, levantar un teatro en la plaza de Orrego, etc., etc., porque ni esto ni lo más que prometa, remedia ni un ápice los males que sufrimos.

Las gallinas y los pavos

Necrología

(*Mercurio* de 19 de junio de 1842)

¡Sí, señor, un artículo para las gallinas! ¿Los hay para los literatos intrusos, para los juristas de *in illo*, y no habrá un plumazo para tanto pavo gordo y tanta gallina nueva que mueren en los corrales de Santiago y Valparaíso, y cuyos malogrados restos tachonan aquí las playas del Pacífico, en la capital las mefíticas que no risueñas riberas del Mapocho? ¡Escena silenciosa de desolación y de despojos animales que así se insinúa al alma por las narices, como por la retina! ¡Víctimas dignas de mejor suerte, que ni inmoló famélica zorra, ni guillotinó la estólida mano del cocinero! El ángel exterminador ha batido sus alas sobre el pueblo gallináceo y hecho pesar sobre él el azote del cólera. Una epidemia rastrera y pedestre, como la prosa de los que tienen miedo de ser bombásticos, se arrastra por el suelo a guisa de reptil inmundo, exhalando su pestífero hálito a la altura de nuestras pantorrillas y cebando su envenenado diente, ¿en quién?... en cuitadas y mansas gallinas y en la pavónea estirpe. ¡Una y mil veces feliz el hombre que respira a mayor altura, y que impasible ve a sus plantas los estragos que causa el cólera sobre los que, como las aves domésticas, no hacen uso de las alas por temor de salirse de los límites que les ha trazado la servidumbre!

Son horribles los estragos que la ignota enfermedad hace en todos esos malhadados alrededores. Los gallineros se despueblan; los goces de la mesa han perdido todos sus encantos desde que no está a la cabeza de la línea central de viandas el ostentoso pavo, flanqueado de dorados pollos y despatadas gallinas que le hacen la corte. Los que escapan de la muerte, los proscribe el temor de la infección; y un decreto temporal de expulsión condena a gozar del derecho de vivir, a toda la familia alada que ha consentido en morar al lado del hombre.

Hay cuarentena y estado de sitio. ¡Pobres gallinas!

¡Los facultativos no están acordes sobre las causas que producen tan espantable fenómeno! Atribúyenlo los unos a las exhalaciones gaseosas y un tanto mefíticas que salen de las acequias de Santiago, y que por lo gruesas no pueden elevarse a las regiones superiores como los vapores que se condensan en nubes, esparciéndose por el haz de la tierra a manera de un manto espeso de aire pútrido que mata a todos los seres que viven a dos cuartas del suelo. Esos tales aconsejan a la policía que se ocupe en tomar disposiciones sobre mejorar el sistema de sentinas, por ser ya insuficiente para la numerosa población de la capital, si no quiere exponerse a que la masa de exhalaciones vaya creciendo a la altura que pase la de los hombres, y les prive de respirar aire atmosférico o los obligue a andar con zancos. Otros opinan… qué se yo qué opinan, teorías más o menos plausibles, conjeturas de la ciencia de las conjeturas. Lo que hay de cierto es que las gallinas y pavos que después de muertos han tenido suficiente presencia de ánimo para sufrir una autopsia sin menear pata, han descubierto a la facultad médica el corazón inflamado y el hígado enfermo; de donde se ha deducido que la enfermedad que se lleva a millares a estas criaturas, es hipocondría complicada con mal de hígado. ¡Oh!, si los enfermos de nuestra especie se persuadieran de las ventajas de enseñar su interior al

facultativo, ya se guardarían de querer morirse!

Esta enfermedad, sin embargo, no es nueva. En diversos años han aparecido en las provincias del sur de Chile, y en algunos otros estados de América. Si mal no nos acordamos, en Centro-América llevó sus estragos hasta los ganados vacunos, haciendo inútiles todas las precauciones para salvar a los animales en los países infestados.

Las aves domésticas, inspeccionadas como los demás animales muertos, mostraron constantemente la misma inflamación en el corazón, el hígado y los intestinos. Un médico que sin duda era muy aficionado a las presas, ensayó con el más feliz éxito un preservativo muy sencillo, que recomendamos a nuestros lectores que tengan gallinero. Consistía en poner en el corral una artesa de agua mezclada con agrio de limón.

El teatro
como elemento de cultura
(*Mercurio* de 20 de junio de 1842)

No es esta la vez primera que llamamos la atención del público sobre esta parte de nuestra organización social que yace hasta hoy tan desatendida por la administración, y como abandonada al esfuerzo de su propia y espontánea vegetación. Y no se nos acuse de temerarios al llamar a los teatros parte, y no tan despreciable, de nuestra organización social, porque lo son en efecto y muy principal, como vamos a intentar demostrarlo. No es el teatro una simple diversión pública, como las riñas de gallos y los circos de equitación, un mero espectáculo. Mayor y más encumbrado rango ocupa en la sociedad, puesto que no solo tienden sus exhibiciones al deleite de los sentidos, sino también a conmover el corazón y aleccionar el espíritu de los concurrentes. El teatro actual, si bien no puede entre nosotros ser la expresión de nuestra literatura, y la arena a que el ingenio americano descienda a obstar a la ovación con que el aplauso general premia el acierto y el talento, no por eso deja de llenar un grande y saludable objeto, sirviendo al público como de un liceo en que se le exponen los trabajos que mayor boga y nombradía han alcanzado en los dos teatros del mundo que más afinidad tienen con las necesidades e ideas de nuestra sociedad, tales como el teatro francés y el español. ¿Qué medio podría

imaginarse más adecuado para hacernos partícipes de los fruto más bien sazonados de la civilización europea, que esta lectura accionada, este soplo de vida comunicado a las ideas y pasiones que agitan nuestra sociedad, de la misma manera y por las mismas causas que agitan la sociedad para la cual han sido escritas? Porque, no obstante los ligeros y pasajeros extravíos del teatro moderno, no solamente puede decirse de él que en su conjunto representa las necesidades sociales de la época, sino que tiene además una visible tendencia a la regeneración de las costumbres y de las ideas, que hace su verdadero título de gloria. Y aun entre nosotros mismos se deja sentir esa íntima relación que existe entre el espectador y el dramatista, que da vida y existencia al pensamiento que intenta desenvolver aquel. Busquemos sino la causa que ha hecho caer entre nosotros, lo mismo que en Europa ha caído, el teatro clásico, la tragedia heroica y la comedia de costumbres, tal como se entendía en tiempo de Moratín; preguntemos por qué no pueden exhibirse hoy *el Viejo y la Niña, el Barón, el Otelo, el Duque de Viseo*, y otras piezas de este género, y por qué conmueven hasta lo más hondo del corazón *la Teresa, el Angelo, Hernani*, o por qué agradan tanto las composiciones de Bretón? ¿Quién le ha dicho al público que aquellas obras pertenecen a una escuela pasada, y estas otras a una moderna? ¿Por qué, dado caso que lo supiera, había de dejar de agradarle lo que no agrada ya en Europa, siendo el placer que nos causan las ideas y sentimientos expresados en las composiciones dramáticas, un movimiento espontáneo del alma? ¿Por qué, sino porque existe esa íntima afinidad entre la sociedad y sus escritores, entre el público y sus dramatistas?

El público en general no sabrá darse cuenta de los motivos; pero aplaudirá o se manifestará indiferente, según que los sentimientos o ideas que se expresen hagan o no vibrar las cuerdas de su corazón. Detengámonos un momento ante el teatro español, del que casi puede decirse que se resume en

Bretón de los Herreros. Casi no hay una sola de sus piezas que no proclame un principio, que no ataque una preocupación, y estos principios por establecerse en España, y estas preocupaciones atacadas allá, son los mismos principios que proclamamos aquí y las mismas preocupaciones que tenemos que destruir. El teatro español, como el teatro francés, trabajan por destruir toda preocupación de clases, toda tiranía, ya sea pública o doméstica, y elevar en su lugar la libertad individual del uno y del otro sexo, y en dar en la sociedad la influencia y el lugar que al mérito real corresponde. Por esto, y por mil otros puntos de contacto de la literatura dramática de la Francia, o de la España que sigue hoy sus pasos en el camino de la regeneración, con nuestras necesidades, es que el teatro es una verdadera escuela en que por medio de los sentidos y del corazón, llegan a nuestro espíritu ideas que necesitamos para la misma obra de la regeneración de nuestras costumbres. Preocupados de esta influencia poderosa y vital que el teatro ejerce entre nosotros, haríamos voluntariamente abstracción de otras consideraciones, a nuestro juicio secundarias, si todas ellas no contribuyesen de consuno a hacer de este espectáculo un resorte de moralidad que no es parte a debilitar tal cual ligera mancha, como todas las que necesariamente empañan las mejores creaciones de la humana inteligencia. ¡Qué! ¿No es otro espectáculo igualmente digno de atraer las miradas del magistrado que tiene la conciencia de los deberes que el cargo que ejerce le impone, esta reunión de ciudadanos de todas las clases y jerarquías sociales, esta miniatura de la sociedad atraída por un objeto común, participando de las mismas sensaciones, de los mismos placeres y de las mismas ideas? ¿No le llena de una justa satisfacción esta concurrencia de talentos que se asocian para elevar al público en sus gustos y en sus recreos a la altura de los pueblos más cultos de la tierra? ¿No se siente envanecido al ver descender en nuestra escena con las más felices creaciones del espíritu humano, a

Hugo y a Dumas, a Larra y a Bretón? ¿No ve llegar diariamente de los extremos más apartados de América, actores que como Casacuberta y Fedriani, como Jiménez y Rendon, vienen a ensayar sus talentos ante un público que sabe comprenderlos? ¿No siente vibrar el arco de Guzmán, y respirar melodías al clarinete de Zapiola para embellecer con las creaciones de la musa de Rossini, Bellini y Donizetti, esta verdadera fiesta popular en que se educa un pueblo, lima sus costumbres y adquiere nuevos hábitos?

Y mientras tanto ¿qué pueden decir las autoridades constituidas, municipalidad, intendencia, gobierno, cualesquiera que ellas sean, qué pueden decir, qué han hecho o qué hacen al presente para ayudar al desarrollo del teatro, para hacer que llene la alta misión a que está destinado? ¿Qué ha hecho la administración de la ciudad de Santiago, o la de Valparaíso para que pueda decirse que los que la desempeñan conocen sus deberes, o comprenden lo que el teatro importa? Nosotros lo diremos: ¡nada, nada absolutamente! El teatro yace a merced de especuladores particulares, sin protección de las municipalidades, en Valparaíso dando sus exhibiciones contingentes y casuales en un corral, y en Santiago en un patio que mañana será reclamado por los propietarios. No parece sino que es el teatro un advenedizo en Chile que, como el árabe errante, levanta provisionalmente su tienda de campaña en un lugar, pronto a abandonarlo para establecerse en otra parte.

En vano la policía ha de gritar al proletario, no bebáis, no perdáis en un momento de borrachera el fruto del sudor que ha corrido de vuestra frente durante las largas horas de una semana entera; en vano se dirá a los hombres de todas las clases, no malbaratéis en el juego el pan, la fortuna de vuestros hijos; en vano! El hombre necesita gozar de la existencia, escaparse un momento de la insipidez de la vida ordinaria; necesita exaltarse, padecer a trueque de gozar. El proletario se emborracha y saborea la felicidad un momento, el proletario y

el hacendado juegan y gozan en la fiebre y en los calofríos de los diversos azares de la suerte. El gobierno ilustrado que conoce esta tendencia irresistible, esta necesidad de gozar y conmoverse que siente el hombre en cualquiera condición que la vida lo encuentre, no pide lo que racionalmente no debe pedirse; abre nuevos respiraderos para que se desahoguen estas propensiones innatas en el hombre. Establece y fomenta los lugares públicos de solaz y de reunión, erige teatros, difunde la educación en el pueblo, fomenta las luces, abre el paso, sin distinción, a todos los hombres que han nacido para elevarse, ya sea por la industria o la gloria o el saber; porque si las preocupaciones les cierran el paso, será jefe de bandoleros el que podría haber ceñido sus sienes en las filas del ejército; tahúr el que se siente aquejado de la sed de riqueza; embaucador y malvado el que posea el ingenio sin cultivo y sin aplicación. Así es como se fomenta la moral; así como se mejoran las costumbres; así como se regenera la sociedad.

¿En qué piensan nuestros municipales cuando se niegan a las propuestas que se les hacen para realizar los teatros que ellos no pueden o no quieren erigir? ¿No se imaginan que la estrechez del local de un teatro impide la concurrencia, cerrando por la subida entrada la puerta a millares de jóvenes que van a ahogar en los lupanares y en diversiones impuras e inmorales el hastío que los consume? ¿No piensan que la nobleza y extensión de un edificio, como las decoraciones del teatro, como los encantos de la música, como la presencia del público, dejan en el ánimo ideas de ennoblecimiento personal que van elevando al hombre en su propio concepto y mejorando insensiblemente su ser? ¿No se convencen, por fin, que de su indolencia, de su abandono, resultan males que están labrando en distintas vías la sociedad, y retardando la mejora de las costumbres, y que ésta se extienda a la clase más numerosa, que es la que pide en su ignorancia y en su corrupción, el apoyo de la autoridad para salir del fango en que está hundida?

¡Ah, municipales, hombres sin corazón y sin entrañas; hombres sin amor por el pueblo, sin conciencia de vuestros deberes, guardáis los tesoros municipales para entregarlos intactos a vuestros sucesores!

¡Qué felicidad la de este mundo!

Contestación a don Eleili [28]

(*Mercurio* de 24 de junio de 1842)

I

Señores editores: Sírvanse ustedes insertar en las columnas de su acreditado diario el trozo siguiente copiado de un autor contemporáneo. Más adelante diré a ustedes quién es el autor, cuál es el mérito que tiene y el objeto con que pedimos a ustedes que hagan su inserción. El trozo es como sigue: «¡Qué siglo aquel que nace al morir Luis XIV y que muere al principiar el consulado de Bonaparte! Él ha satisfecho las condiciones exigidas por la historia, ha sido grande y nuevo; no se asemeja a ninguno de sus antecesores, ni aun a los dos más cercanos a él, ni al decimosexto, ni al decimoséptimo. Este es un campeón distinto que no viste las mismas armas, ni enseña la misma divisa. Tiene más audacia, más impetuosidad, *lleva la cerviz más alta* (il porte la tête plus haut), ambiciona más que ella la gloria y el bullicio y las diversiones; tiene un espíritu que si no es más grande, es por lo menos más vasto; es más orador que poeta, es filósofo y guerrero, razonador apasionado, generoso, cruel; ni cristiano, ni ateo, lleno de fe en sí mismo y en Dios, revolucionario y aspirante a fundar en el mundo novedades; amable, terrible y nacido para hacer de su destino

una mezcla de lo serio y de lo cómico; vicioso, heroico, llega al término de la carrera extenuado de fatiga, de placeres, de sacrificios y de heridas, meritorio, victorioso. Cerrad las puertas de marfil tras de este guerrero fatigado. Él *reposa* ya en los campos elíseos gozando en ellos de la luz pura y viva que arrojan la gloria y la inmortalidad; ha pasado por el juicio de Dios, sus méritos han pesado más que sus culpas, ha sido juzgado y absuelto y glorificado. Al presente contempla a su joven hijo entre las luchas de la vida, y espera con orgullo la certidumbre de ser sobrepasado por su heredero».

Prometí decir a ustedes, señores editores, quién es el autor de este bellísimo trozo, y lo haré. Mr. E. Lerminier es quien ha escrito esas palabras en el capítulo 32, parte 2.ª de su obra titulada: *De la influencia de la filosofía del siglo XVIII sobre la legislación y la sociabilidad del siglo XIX*, publicada en París en 1838.

Vamos adelante, señores editores; tengan ustedes un poco de paciencia, porque yo soy calmoso y me gusta divertirme con los sabios *que no son ilusos*, y que por eso saben bien todo lo que hay que saber en este mundo. Pues, señores editores, el tal Lerminier es un autorcillo francés que debe ser de muy poca importancia, puesto que lo conocemos tan poco en la eminentemente ilustrada América del Sud. Ya se vé, él no ha escrito sobre gramática o métrica como Hermosilla y como Sicilia, y esta es la razón sin duda que lo aleja de nuestras simpatías. Además de eso, solo habla en sus libros de ideas, de pueblos, de humanidad, de ciencias, de leyes morales, de vastas teorías, ¡puf, qué algarabía y vaciedades para nosotros, que en esto de letras hacemos mucho cuando juntamos las dos más insignificantes del alfabeto, y que con esto solo merecemos los aplausos de los demás!

Sin embargo, en Europa, donde estas cosas de literatura van tan mal, ni falta quien alabe a Lerminier; así es que *Larra*, dice: «Escribir y crear en el centro de la civilización y de la

publicidad como Hugo y Lerminier, es escribir». Villemain, en su examen crítico de un libro sobre los poetas de la decadencia romana, publicado por Nisard, inserto en la *Revista de París* del año 39, decía también de él: «Uno de los hombres que entre nosotros ha comprendido mejor las cuestiones del estilo, y ha sabido en el suyo combinar de un modo admirable las grandes cualidades del orador y del escritor, es Mr. Lerminier, joven de genio destinado a crecer en la posteridad; Mr. Nisard, que es su amigo y su discípulo, etc., etc.» Abel Hugo en la *Enciclopedia de Marsella* ha escrito: «En estos últimos días hemos tenido una gran novedad, Mr. Lerminier ha publicado su obra titulada *Cartas filosóficas y políticas dirigidas a un berlinés*. Nadie como él ha levantado tan alto en estos últimos años la enseñanza que corresponde al espíritu de nuestro siglo. Él es en Francia el que representa la joven escuela filosófica. Su estilo eminentemente correcto y bien tratado, nervioso y elevado, conciso y punzante, lo hace un modelo. Ya con la palabra del profesor, ya con la pluma del escritor, sabe mostrar su raro talento para hablar y para escribir». No acabaría, señores editores, si quisiese copiar todo lo que han dicho en alabanza de este escritor los hombres más notables de Francia, Pedro y Julio Leroux, Sainte-Beuve, Quinet, Reynand (Juan), Emmanuel y otros mil. Saint-Marc de Girardin en sus *Noticias políticas y literarias de la Alemania*, hace de Lerminier un gran elogio, y aun le pide venia para escribir sobre un asunto tratado ya por éste. Para concluir citaremos a Le Mennais: «La Francia es el país de los grandes prosistas. No necesito nombrar los que cuenta en las filas de la generación madura, son conocidos del mundo; entre los de la nueva descuellan muchos, y uno es Mr. Lerminier, cuya valentía y corrección de estilo lo hacen un escritor igual a los mejores que tenemos».

¿Qué tal, señores editores, había sido hombre de importancia el tal Lerminier, eh? Pues a este *diablo se le ocurrió dar cerviz al siglo XVIII*, y ya ustedes ven que si la tuvo

un siglo, la puede tener, aunque chiquita, un día, y que este día muy bien ha podido ser, como otro cualquiera, el 25 de mayo de 1810. ¿Qué dirán ahora, señores editores, los lectores del *Mercurio* de la profunda sabiduría y vastos conocimientos de aquel antiguo amigo de ustedes, *don Eleili*, que nos decía ex-cátedra, *que la idea de dar cerviz a un día o siglo no se le había ocurrido al mismo diablo*? Y vean ustedes, se le había ocurrido a un Lerminier nada menos… Pero lo cierto es que Lerminier no debe ser lo que dicen, pues que sin leerlo conocen tan bien los defectos de su estilo nuestros sabios profundos, *positivos, estudiosos, no ilusos*. ¡*Qué felicidad la de este mundo!*

No habría dicho Lerminier el tal absurdo si hubiera tenido al lado, como tuvo el pobrecillo redactor del *Mercurio*, uno de estos sabios no ilusos, un *don Eleili* por ejemplo, tan avezado en esto de estilos que encuentra absurdos escapados a la pluma de Lerminier, imitados o adivinados más bien por el pobrecito redactor que ustedes tienen en su diario. ¿Qué tal? ¡Estos hombres *no ilusos*, son un portento! *¡Qué felicidad la de este mundo!*

Parece, señores editores, que el tal Lerminier diera a entender también en el trozo citado que el siglo XVIII tenía *asentaderas, vientre, intestinos*; pero abandonamos el examen de estas partes complicadas a *don Eleili*, que según parece es algo amigo de andar por ellas; mientras que esto de *subir a la cabeza* es para él como hebreo para un normando. Ahora va a tronar nuestro hombre contra la fama de Lerminier, y éste se volverá loco sin duda cuando sepa que ha perdido las simpatías de *don Eleili*; pero no hay cuidado, que el trueno ha de ser en tono tiple, porque en esto de literatura y de ciencias me parece (esto es, juzgando por el artículo que ustedes publicaron) que nuestro hombre no alcanza a otro tono. ¡Ya se vé, si es tan *agudo*! Daríamos cualquier cosa por oírle cantar ahora en su contralto alguna quintilla contra Lerminier, de esas muy lindas que le hacen pasar por *una capacidad*, y que de cuando en

cuando regala *aux dames de sa connaissance comme un bouquet parfumé*. ¡Es tan diestra *esta capacidad* para vencer las dificultades que presenta el agarrar por un tanto *la rosada aurora, la fragante rosa, el brillante coral* y otras lindezas como estas que ella inventa, llevada por sus barruntos de poeta! Además, estos trabajos le granjean aplausos encantadores y sin peligro, porque no salen de *l'intimité de la famille*, y todos dicen en coro ¡qué travieso! ¡qué vivo! y yo que no sé hacer quintillas, sino décimas, digo con envidia *¡qué felicidad la de este mundo!*

Ahora, señores editores, para saber si Lerminier ha dicho bien o mal diciendo que el siglo XVIII tiene cerviz, nos resta averiguar un punto esencial, punto que forma el fondo de las cuestiones literarias de nuestra época, y que bien elucidado, va a hacernos palpable lo infame y ridículo del estilo y de las ideas bombástico-galas. Veamos pues. ¿Tendrá o no tendrá bigotes el señor Lerminier? Aquí es, señores editores, donde se conoce el atraso y la ignorancia de estos franceses bárbaros que se entremeten en cuestiones de literatura sin asentar primero las bases reales, positivas y *no ilusorias* del asunto; bases que forman el todo de la cuestión, lo único que ella tiene de importante para el público y para la civilización. ¡Así son estos franceses ilusos, creen saberlo todo y nada saben, y quien los ve, tan pretenciosos, mentecatos y vacíos! ¡Miren ustedes lo que serán, hablan de un escritor y se ocupan solo de su escuela, de su estilo, de sus ideas y principios, mientras tanto las dos cuestiones más lindas, importantes y esenciales, que constituyen el fondo de la ciencia y de la literatura, y con las cuales se quiere saber nada menos que si el escritor usa bigotes y si es de las orillas del Sena, de la Provenza o de la Bretaña, quedan abandonadas, oscuras y confusas! Mas, ¿cómo no, de dónde van a sacar ese *saber vasto* que para esto último se necesita? Mientras tanto que para hacer lo que ellos hacen basta charlar y *alucinarse*. ¡Qué distinta iría la civilización

francesa si tuviera la bondad *don Eleili* de mandar a *París* de cuando en cuando uno de esos *articulitos sabrosos y acertados* que sabe hacer sobre estilo! *¡Qué felicidad la de este mundo!*

Me olvidaba, señores editores, de hacer notar a ustedes lo erudito que se ha mostrado *don Eleili* en la crítica que hizo de la voz *engendrar* aplicada al tiempo, a los siglos y los días. Pero no se acordó, sin duda, que Leibnitz ha sido aplaudido por toda la Europa por haber dicho: «El presente, hijo del pasado, *engendra* al porvenir». Decimos que no se acordó de esto *don Eleili*, porque no nos atrevemos a suponer que no le supiera *una capacidad* tan eminente como la suya, tan instruida en lo que es Europa, que no se le escapa ni el más pobre del último *gamin*, como se lo ha probado a ustedes en otra vez que los visitó. ¡Oh!, él sabe bien todo esto. *¡Qué felicidad la de este mundo!*

¡Ea, jóvenes ilusos que habíais empezado a gustar y a admirar el estilo y las ideas de Lerminier, de Hugo, de Cousin y demás diablos de los de esta escuela ilusa, tirad esos libros y si queréis aprender estilo y nutriros de ideas y teorías vastas, esperad los remitidos que de cuando en cuando os quiera dar *don Eleili*! Sois unos perversos en no hacerle caso y en tomar por maestro a esos innovadores corruptores de nuestras antiguas reglas. Ya veréis cómo os va con *Eleili* el día que salgáis imitando a Lerminier y Victor Hugo con vuestro estilo; os ha de pasar lo que al redactor del *Mercurio*, os ha de hacer pedazos con *un lindo, sabio y erudito* comunicado; salvo el que salga algún otro iluso como yo diciéndole que no gaste pólvora en gallinazos, que lo que él critica en el redactor del *Mercurio* o en otro pobre diablo, está en Lerminier y en Leibnitz, y que el dirigir contra éstos sus certeros tiros es más propio de su *gran capacidad*. Por ahora, diréis vosotros lo que yo, que le ha sucedido lo que a Hamlet, tiró una estocada para matar a un ratón y mató a un hombre; le tiró al *Mercurio* y dio en Leibnitz y en Lerminier. ¡Qué gloria! ¡Qué estudios tan vastos manifestó

con esto! Cómo no he de repetir a cada instante *¡qué felicidad la de este inundo!*

Para todo evento, jóvenes que os estáis volviendo ilusos en Chile y que estáis haciendo sociedades para ocuparos de *literatura o teorías de democracia*, y que empezáis a pensar con seriedad en las cosas de antaño y en las de ogaño, os voy a dar una ecuación algebraica que os servirá cuando *don Eleili* se os vaya encima; aquí la tenéis *Eleili = l + i*, *l + i = li*; ya veis que el resultado es que *li* no es palabra, no siendo palabra no representa idea; luego podéis decir *li = 0*; entonces ya tenéis sacadas por el método algebraico dos ideas — *Eleili* y *cero*, y de estas dos ideas decid lo que yo digo: Dios los cría y ellos se juntan. *¡Qué felicidad la de este mundo!*

II

Recordarán nuestros lectores el análisis crítico que un tal *don Eleili* hizo de nuestro editorial del 25 de mayo, en el que se nos notaron estas palabras: «he aquí uno de esos días soberanos que llevan la *cerviz erguida*», a lo cual añadía el del comunicado: «esta es una creación de ingenio en virtud de la cual tenemos por lo pronto un día con cerviz, idea que hasta ahora no le había ocurrido ni al mismo diablo, porque ni éste podría designar cuál es el cuello o el vientre del día…» Un comunicado que registramos después en nuestras columnas, probó hasta la evidencia, hasta la saciedad y hasta el oprobio, que el mal estaba en que nuestro pobre crítico no había leído un solo autor que mereciese la pena de ser citado, y como lo notaron entonces, que le había acontecido lo que a Hamlet, que por matar una rata mató a un hombre. En fin, que era el crítico un pobre preocupado y malicioso, y nada más.

Le quedaba la palabra *notabilidades* para hacer fuego en

retirada, «pues no se encuentra en el Diccionario la definición de *notabilidades*». Pues bien, para hacerle entregar esta última carta, un periódico español, el *Corresponsal*, de donde hemos tomado una noticia que publicamos en el *Mercurio* del 6, hablando de un concierto en beneficio de los polacos emigrados, dice: «cantaron varias *notabilidades* musicales, y entre ellas Miss Adelaide Kemble».

Esperamos que *don Eleili* mande un comunicado a España, porque allá nadie lo hará, previniendo que la palabra *notabilidades* no se encuentra en el Diccionario.

Pobre crítica y pobre crítico, ¿qué os ha quedado? Un poco de vergüenza en el fondo del corazón y harta gana de encontrar una oportunidad para volvernos la pelota.

¡Qué felicidad la de la crítica literaria!

¡Qué costalada!

El drama

Intrigar para morir

(*Mercurio* de 11 de julio de 1842)

Sentado en mi luneta y sin más dedicación que a lo que pasaba en el proscenio, había creído haber bebido cuanto iba a representarse, tal era el deseo que me inspiraba la tal pieza que jamás había visto… Pero, como dicen y se verificó cabalmente en mí, el hombre propone y Dios dispone; yo atendí muy poco; no se crea que ha sido por sueño, pues que nunca me duermo en el teatro, porque si la pieza es mala, me hago el sordo y tiendo la vista por los palcos, dejándola a ella clavarse adonde le dé gana, en lo que a veces no suele tener mal gusto… Cuando me he cansado de mirar una bella, la dejo y me voy a otra, sin que por esto ninguna se me haya enojado, a lo menos que yo sepa. Pero, como es cierto también que las cosas tienen su principio y fin, principio y concluyo, y concluyo donde he principiado. Entonces me digo: no pasarás de aquí sin cortar una cuerda que te ata. Yo en esto soy dócil; esas cuerdas débiles para otros, son vigorosas para mí, porque al fin uno tiene que seguir su destino, que en este mundo es darse contra una esquina, siempre que uno tiene la fatalidad de encontrarla. De balde uno varía de caminos, o busca los sin esquinas, ¡nada!, hasta que al fin de tantas vueltas y revueltas se viene uno a estrellar en alguna por más embozada que estuviese; el fin de la mariposa… El que dijo: a tu prójimo contra una

esquina, dijo una verdad; pero no tan absoluta y tan general como la que yo digo, a ti mismo contra una esquina. No se crea que por esto pretendo alzar un sistema, ni mucho menos el que haya alguien tan material, que se figure que las esquinas de nuestras calles, en las cuales deja la *perspicaz* policía… son las piedras imanes de la suerte, con las cuales debe uno topar cuando el viento lo empuje, según y como lo pille…

Mi amigo que no es menos aficionado al drama que a las minas, pues al fin estas los producen más frecuentemente, me dijo varias veces que escribiese un artículo sobre el tal drama. Yo le contesté, como era muy regular, que no había puesto bastante cuidado, y así no podía aventurar una narración que tal vez afearía un original indigno de tan fatal suerte. Repasemos en nuestra memoria los actos, me respondió, y veamos si puedo ayudarte para la realización del artículo.

Se da un gran baile, prosiguió, en casa del general Vargas, y antes de concluirse, uno de los convidados sale de él y escala la habitación de Mariana, esposa del general. Una camarera es su cómplice y lo recibe en el mismo cuarto de Mariana, en el cuarto que era el testigo de su secreto, y en el cual escondía los recuerdos de su amante… Este hombre, gran malvado, pues que era conde, no sé por qué instinto, tal vez el de la curiosidad, toma unos papeles que estaban en un cajón de un tocador. Estos papeles sin duda los dejaba Mariana para que los leyese algún día su esposo. ¡Prevención bien acertada, particularmente cuando se deja un cajón abierto! Mariana fatigada del baile, viene a descansar a su cuarto, llena de los recuerdos de su Alfonso, llena de una pasión que la devoraba sin cesar, porque al fin, se casó sin amor, con un anciano. Alfonso viene a dar el último adiós a su amada; él parte, él la llama perjura porque le engañó, perjura porque mintió delante del cura matrimonial… En fin, él quiere marcharse porque el mundo conspira contra él… Mas ella… Mariana, le habla con la pasión más ardiente, se resuelve y proyectan partir. ¡Partir!…

Alfonso va a volver para irse con su querida a otros países, en que no conozcan más cosas familiares que los ríos extensos, mares sin fin, lo que Dios ha creado para los hombre aburridos de los hombres… la naturaleza… ¡Pobre Mariana! Habláis en seguida de Alfonso, creéis que nadie os escucha y el conde de Valflondo os sorprende… El demonio encarnado en hombre tienes a tu vista; te echa en cara tu amor, te amenaza con declararlo a tu marido, y en medio de su culpa doble, te pretende seducir por el apetito carnal, por la amenaza y la violencia. Logra al fin una carta para Alfonso, y al llegar éste por Mariana, en vez de ella, le mandan partir… Mariana en tanto se desespera, llama al conspirador que lleva arrancado por fuerza lo que basta para perder a un hombre.

El segundo acto, que es un baile de máscaras en que estas no hacen más interesante el drama, produce la circunstancia de ser entregadas al general por el conde las cartas de Alfonso, pues que Mariana, reconvenida por su perseguidor, le despreciaba. El general, enfurecido, viene por Mariana que acaba de conocer y hablar de su amor a Alfonso; llega el conde, Mariana se desmaya, y Alfonso reclama su amante, se arranca la máscara y diciendo: esta mujer me pertenece, se desafía con el anciano… Y el conde contempla su obra con la alegría misma con que el demonio debe contemplar a los malvados como él cuando se haya hecho dueño de sus fétidas almas.

—Permíteme te diga que yo no puedo admitir estos bailes de máscaras en los dramas a presencia del público, mucho más cuando son tan largos. Esto hace perder el mérito a la pieza representada, porque no se puede atender a dos cosas a un tiempo, los actores y los máscaras… Pero continuad.

—En el tercer acto el general deja sus disposiciones al que creía miraba por su honor; le arranca el juramento de que lo vengará si muere, y se despide de él, quedándose éste riendo… Llega Mariana, le pregunta el lugar del desafío; él no quiere decírselo, se le humilla, pero en vano. El monstruo sigue

impertérrito y con calma, lee unos papeles, Mariana se los quita y promete quemarlos en la estufa si no le menciona el lugar del desafío; se pone perplejo, saca el puñal, mas en esto se oyen dos tiros, y se ven también arder los papeles en el fuego… Entonces el tigre agarra su presa con el puñal alzado; llega el venturoso Alfonso, cayendo en tierra la infeliz Mariana, y huyendo el conde con el testamento que alcanzó a tomar del suelo.

En el cuarto y último, unos del pueblo hablan de una mendiga delirante a quien se le ve ya alegre, ya desesperada. Un hombre proscrito, obligado a ocultarse para vengarse, un hombre arruinado, carcomido su corazón por los pesares, viene a estos lugares, conoce a Mariana a pesar del estado de mendiga que llevaba… Mas esta no le conocía… estaba loca… Y esto atiza su venganza, y entonces oculto, espera que por esa plaza pase el conde… Viene, reparte órdenes para tomar a esa mujer, se queda solo y entonces… Alfonso le mata de un balazo; la muerte del conde hace que Mariana reconozca a Alfonso, se abrazan, y la justicia se apodera de Alfonso… Alfonso se habrá vengado, y ya no temía morir. He aquí todo lo principal.

Pues bien; la pieza es buena; tiene bastante interés, bastante fuego en la pintura de las pasiones; está impregnada de bellos pensamientos y de golpes maestros en los modos de intentar. Sin embargo, dudamos de que pueda existir en la naturaleza un monstruo, no es hombre, como el conde; y dudamos también de que ese delirio tan largo de Mariana sea muy natural; y si no nos engañamos ¡se parece al de *La educanda en Londres*! El señor Fedriani, la señora Miranda y Jiménez lo han hecho bien. Aunque el primero es un actor de algún mérito, tiene con todo un defecto, cual es el de apretar los dientes, hasta tal grado que no se le entiende lo que dice. Falto de fuego, no sirve para papeles apasionados, sino para aquellos de un tono casi igual y de un carácter frío. En el papel que representó en el *Arte de conspirar* lo hizo a pedir de boca,

inmejorablemente. Lograré también esta oportunidad para decir algo sobre el señor Rendon. Este actor es un barba excelente y un gracioso muy bueno; como el señor Fedriani, comprende muy bien su papel; pero fuera de estos caracteres no ha sido muy feliz. Puede citarse el del *Chismoso*, aunque esta pieza no tiene tanto mérito como se cree. A pesar de todo esto podemos decirnos contentos, al haber tenido estos dos buenos actores en nuestro teatro. La empresa parece que ha comprendido su posición y ha ensanchado su bolsillo más que antes.

El mulato
Drama de Alejandro Dumas
(*Mercurio* de 15 de julio de 1842)

¿Si será esta pieza también una de las del catálogo de las inmorales, que han llenado de escrúpulos y de escándalo a algunos aristarcos tan melindrosos y castos, que no han podido tolerar la tercera representación de *Un Desafío*, la segunda de *Intrigar para morir*, y otras del teatro moderno, en que los escritores del presente siglo han dado en la flor de pintar la sociedad tal como es, y las pasiones con sus verdaderos colores, y los extravíos de los hombres, tales como los han padecido los mismos que los critican? Es verdad que si fueran un chistosísimo sainete, cuyo pie forzado es burlarse los hijos de sus padres de la manera más soez y brutal, o pintar la vida de los *cuartos*, con tal verdad y gracia que hace subir el rubor a las mejillas aun de los jóvenes más versados; si fuera, digo, un chistosísimo sainete en el que hay palos a la mujer, cuchilladas, alusiones, palabras y aun actos de una imprudencia y obscenidad que dejan muy atrás a lo que acontece entre la sociedad más inmunda del bajo pueblo, vaya, eso pase, que al cabo divierte y hace reír con aquella risa homérica, aquellas risotadas que ahogan la voz de Silva o la de Lecaros; al fin el sainete no es traducido, y no tiene nada de romántico, y nos lo legaron nuestros padres, y es cosa española y antigua. Tan buena cosa es un chistoso sainete, tan santa y tan moral, que

habría sido una falta imperdonable someterlo a la censura. Tienen pasaporte y entrada libres de derechos. El sainete se presenta con la *cerviz tan erguida*, como dijo aquel que lo dijo, como pudiera llevarla la más descarada cortesana; no obstante que su asunto es casi siempre la inmoralidad misma, que sus palabras son las que nuestras verduleras tendrían vergüenza de usar delante de gente. Pero el sainete es un amigo antiguo, un miembro de la familia, y no haya miedo que se levante una voz contra él.

Pero vamos al *Mulato*, porque la palabra sola ya está revelando un fondo de inmoralidad intolerable. Y no es friolera, mulato trae su origen de mula, mezcla de dos razas distintas que producen entre el caballo y el burro la mula, y entre el hombre blanco y la mujer negra el mulato. Ya verán nuestros mulatos todo el honor que les han hecho los caballeros que inventaron la palabra. Ahora un mulato, cubierto de gloria que a fuerza de heroísmo ha arrancado títulos de nobleza; un mulato dotado de las calidades más elevadas, de una de esa educaciones labradas pacientemente en las luchas y esfuerzos de un alma noble que no ha querido someterse a las injusticias de la suerte; un mulato que en todos los puntos en que el verdadero mérito puede ostentarse no conoce rivales, y que con sus perfecciones hace resaltar más la torpeza, aturdimiento, bajeza y necedad de su hermano noble; un mulato, en fin, cuya elevación de alma arranca aplausos prolongados de parte del público, y hace que una condesa le presente una mano que ha codiciado en vano un noble, es un asunto bien subversivo e inmoral por cierto. Este ejemplo pudiera tentar a una señorita de ilustre cuna a prescindir de algunas voces vagas sobre los abuelos o bisabuelos de un joven honrado, y echar un borrón en la familia. Es verdad que el mulato del drama es muy rico, y podría perdonársele hasta cierto punto su origen, cuya oscuridad puede dorar con sendas talegas.

Y bien, los padres de familia de cierto calibre y alcurnia que han visto esta pieza que tanto ha aplaudido el público, ¿han salido del teatro resueltos a dar la mano de sus hijas, no diré a un mulato, sino a un joven honrado, de talento y de una mediana fortuna, sin preguntar primero, quién fue su padre, y de qué familia desciende? Sin duda que no. Esa es pues la moralidad y la inmoralidad del teatro, y esa la influencia directa que sobre las costumbres ejerce. No hay una señorita, que yo conozca al menos, que haya salido del teatro derecho a enamorarse perdida y apasionadamente de nadie, por haber presenciado las manifestaciones ardientes y apasionadas con que la señorita Miranda reviste las palabras de amor de su papel; nadie ha cometido un asesinato, ni se ha suicidado, por haber visto cometer estos delitos en el teatro; como ninguno ha sido ni más franco, ni más leal, ni más caballero que lo que era antes de asistir a las representaciones del teatro moderno. El teatro representa con colores vivos y en una escala mayor quizá que el natural, los caracteres notables y las pasiones violentas. Creo no equivocarme en decir que el drama es de suyo inmoral, porque las acciones morales y las pasiones ordenadas nada tienen de dramáticas. Se necesitan virtudes grandes y pasiones fuertes y rebeldes para mover el corazón del espectador, porque si no fueran esos alicientes no se movería de su casa. La moralidad resulta del contraste y de las consecuencias, que el dramatista endereza siempre a un buen fin, en lo que únicamente se separa del orden regular de las cosas humanas. Hay pocas escenas de las que nuestro teatro actual pone a nuestra vista, que no ocurran aquí en la vida real, y que no circulen de boca en boca, en los estrados, entre las señoras y entre las señoritas, con la circunstancia de que estas escenas reales no acaban casi nunca, como los dramas, con dar una muestra más o menos directa de lo que se llama la justicia poética. Sucede una desgracia en una familia; seduce un joven a una niña, sufre ésta las consecuencias de su indiscreción; se

comete una injusticia atroz, se despide de una casa con baldón a un joven honrado porque un padre no lo ha hallado suficientemente noble para yerno; una madre escandaliza a sus hijas con una conducta reprensible, etc.; ¿qué castigo sigue a esto? ¿En qué catástrofe concluye? De ordinario en ninguna; se susurra, se repite el hecho escandaloso, se adultera, se calumnia muchas veces al menos culpable; así es el mundo. La moralidad que nace del espectáculo de las acciones malas, tanto en el teatro como en la vida, está solamente en ese sentimiento interno que nos hace desaprobar el vicio, y no fue muy lerdo el que dijo: es necesario que haya escándalo; pero ¡ay de aquel por quien el escándalo viniere! Nunca hemos visto aplaudir en el teatro la expresión de una idea inmoral, mientras que instintivamente y como arrastrado de un poder mágico, el público acoge con aplauso y satisfacción cualquier pensamiento noble y elevado, como cuando el mulato hecha en cara a su padre su egoísmo de noble, su insensibilidad de padre y su dureza de corazón. Esto nace de que la moral no está en las tablas sino en la platea y en los palcos; desde allí sube al proscenio y se exhala en palabras y acciones que reproducen los actores. Tan cierto es esto que la inmoralidad de ciertas piezas francesas no nos choca tanto por su inmoralidad misma, cuanto porque esa clase de inmoralidad no se produce en nuestra sociedad.

Hay gentes que están persuadidas que puede restablecerse la ficticia moralidad de la comedia antigua; pero para que sintiesen su error bastaría hacerlos asistir a una serie de representaciones del teatro de Moratín, y es seguro que al segundo acto se quedarían dormidos; por la razón muy sencilla de que tales composiciones pertenecen a un gusto, a una época y a unas necesidades que no son las nuestras; y si los dramas de la escuela moderna no nos cuadran en todos respectos, es porque no son la expresión sino por incidencia y por coincidencia de nuestras propias costumbres y tendencias. Se

nos presentan a cada momento en el teatro acontecimientos que, aunque fingidos, tienen su tipo en sociedades antiguas, numerosas, y por tanto fecundos en ejemplos notables de grandes extravíos, de sucesos raros y de pasiones trágicas.

No envidio mucho el alto honor que ha cabido a los señores censores del teatro, que están colocados en la disyuntiva o de aprobar todas las piezas que han obtenido alguna celebridad en el mundo literario, o de truncarlas a su arbitrio, o de negarles del todo su visto bueno, a fin de complacer a la severidad de los que creen que un drama puede corromper las costumbres. Pero en esto se corre por desgracia el riesgo de privarnos de lo más brillante de nuestro teatro moderno, y condenarnos a mascar el corcho de algunas piezas que por insulsas pueden pasar sin oposición.

No he querido abogar por los dramas modernos todos, ni presentarlos como verdaderos modelos de perfección en el arte dramático. Nuestros dramas actuales tienen más defectos, más descarríos de su verdadero objeto, que los que se dejan ver a los ojos del vulgo de los críticos; pero estas son las condiciones necesarias de una época de revolución que todo lo aja, lo exagera y lo lleva hasta la monstruosidad. El teatro moderno en Europa se está formando actualmente; lucha con doctrinas anticuadas y con resistencias acaloradas; es joven y por tanto tiene los enojos, los acaloramientos y los extravíos de la juventud; el medio de madurarlo no es, pues, someterlo de nuevo al yugo que intenta romper; el tiempo, la sociedad, la crítica, y sobre todo el triunfo de los principios que pugnan por establecerse en la sociedad, serán en adelante sus maestros y sus preceptistas; pretender otra cosa es pretender imposibles. Valiera más cerrar los teatros.

Segunda polémica literaria

I

El prospecto del Semanario de Santiago
(*Mercurio* de 19 de julio de 1842)

Sentimos una grata satisfacción al anunciar a nuestros lectores la bien acogida aparición de un periódico semanal en Santiago, que tiene el inestimable mérito de que todos sus redactores son chilenos, movidos por el aliciente del crédito y prosperidad de la patria. Los redactores reconocen que en un país que empieza su existencia política, deben admitirse favorablemente, aun los más imperfectos ensayos, siempre que propendan al bien general, no siendo de otro modo como han principiado esas grandes naciones, cuya sabiduría y prosperidad nos llenan hoy de admiración. Todo pueblo tiene su infancia como todo individuo. Por débiles y vacilantes que sean sus primeros pasos, ¡felices aquellos que le excitan a darlos! Poco a poco los irá afirmando, y si no desfallece su constancia, al cabo de algunos años se asombrarán de sus progresos.

Estos principios, tan francos y tan sin pretensión, nos agradan tanto más cuanto que, independientemente de su utilidad en nuestros países, y su verdad intrínseca, nos parecen

una traducción de los que no ha mucho manifestamos sobre una cuestión literaria, aconsejando a la juventud consagrarse a los trabajos del espíritu, sin arredrarse por la falta de corrección y perfección artística de sus ensayos; perfección de todo punto imposible, por falta de bases, es decir de una literatura y una ciencia formadas. De esta manera se propagan verdades útiles, y pasan a las convicciones íntimas de todos «sin que se sepa por qué poros del espíritu se han introducido». Y sin que nosotros nos consideremos felices por haber excitado a la juventud más de una vez a dar estos primeros pasos, *porque no es cosa fácil gozar de la felicidad de este mundo* [29], creemos que es el deber de los que escriben para un pueblo, despertar la concurrencia de pensamientos útiles para la sociedad, y sacudir a las cabezas inteligentes del sueño de una inacción perjudicial. Muy neciamente preocupado debe ser el joven que en nuestra joven América pretenda desde su primera aparición en las tablas de la prensa, adquirir el pomposo renombre de autor o de escritor correcto.

Esta es la obra del tiempo, de la crítica, y sobre todo de la civilización general; porque la cultura del público influye y se refleja en el lenguaje de los escritores, para llenar la fórmula: la literatura es la expresión del progreso de una sociedad, y donde los escritores fuesen de una esfera muy superior a la de los lectores, habría una anomalía que rompería todo vínculo entre los pensamientos escritos y la inteligencia del público, y una aberración de las leyes generales.

El *Semanario*, al hacer una reseña de todas las publicaciones periódicas de la prensa actual, acomodando a cada una de ellas un epíteto característico, dice que el público ha creído encontrar en sus *páginas algo que no sea de un interés tan efímero, generalmente hablando, como el Mercurio de Valparaíso*, y debemos decirlo francamente, los pensamientos que pone en la mente de los lectores del *Semanario* no nos parecen de una ingenuidad ni de una verdad

incontestables.

El *Mercurio* ha sido hasta hoy en su sección *Correspondencia*, la expresión del pensamiento y de las necesidades de Santiago, y no es nuestra culpa si no ha llenado los deseos de los redactores del *Semanario*. En cuanto a la parte editorial, si no ha sido tan profunda ni tan erudita como correspondía a la altura de nuestra civilización, creemos que ha tenido un carácter de franqueza en la emisión de ideas regeneradoras, que bien puede hacer disimulable la falta de aquellas otras dotes. Cuando nos ocupábamos de polémica política fuimos saludados por algunos de nuestros co-escritores con los epítetos de metafísicos y de principistas, y creemos no haber desmerecido en lo sucesivo esta última clasificación. Efectivamente, apoyar nuestros pensamientos sobre los intereses del momento que han llamado nuestra atención en aquellos principios que guían a las sociedades libres que nos sirven de norma, y atacar con mano firme las costumbres y preocupaciones que obstan a nuestra regeneración social; llamar diariamente por la amonestación, por el convencimiento, por las pullas, a la juventud a ocuparse de los intereses de su país; aplaudir toda mejora útil, todo progreso en nuestras costumbres, todo movimiento regenerador, toda publicación útil, tal ha sido la tarea constante que ha desempeñado el *Mercurio*.

¿Por qué serían de un interés tan efímero sus publicaciones? ¿Serían acaso de un interés tan efímero las materias de que se ha ocupado? ¿Puede decirse que el *Mercurio* como diario no ha ejercido influencia ninguna, aun sobre esos mismos redactores del *Semanario*? ¡Pero que se interroguen, que dejen a un lado toda pretensión de espontaneidad absoluta en su empresa, que recuerden los antecedentes, que rastreen el móvil que los ha asociado, no obstante que entre ellos existen disconformidades de opiniones políticas, y que digan después que el *Mercurio* ha sido de un interés tan efímero como lo pretenden! Hay en las

palabras que comentamos más ligereza que la que querrían confesar sus autores, no obstante las frases paliativas que siguen, con las que parece han querido atenuar la impresión que debían causar las primeras; pero mejor habría sido haberlas borrado y poner otras más francas y más exactas.

Es una lástima, para nosotros al menos, no poder retrasar la marcha constante de nuestros escritos, la tendencia verdaderamente liberal que los ha caracterizado, y los resultados que conocidamente han producido alguna vez para contestar a esta acusación. Pero si esto no nos es posible, aguardaremos que el público halle en el *Semanario* lo que tiene tantos motivos de esperar, sea esto dicho sin lisonja, que nosotros le ayudaremos de vez en cuando en sus exploraciones.

Y lo diremos una vez por todas, si nos detenemos a examinar las publicaciones que en este periódico, como en cualquiera otro vean la luz, no se nos atribuya a una mezquina y vanidosa pretensión de apocar el mérito ajeno, y de erigirnos en jueces de más alta capacidad y de luces más extensas; porque si habría ridiculez suma en esto por nuestra parte, no habría menos torpeza de parte de los que nos hacen tan infundada imputación; ni traeríamos a la memoria de nuestros lectores la conducta circunspecta que hemos guardado siempre al anunciar las publicaciones de otros.

Bástenos decir que no reconocemos nosotros ni reconoce la época en que vivimos, tan grande número de verdades absolutas, que no sean materia de cuestión las opiniones que sobre los asuntos que nos tocan de cerca, vierte la prensa periódica. Los que escriben para la prensa, no son por lo general inventores, su tarea es generalizar verdades expuestas en libros, y su solo trabajo y talento, hacer de ellas aplicaciones exactas y conformes a los intereses de la sociedad para quien escriben. Las doctrinas políticas, literarias, etc., que manifiesta un escritor de periódicos, revelan cuando más las fuentes de que se alimenta, el partido o la escuela a que pertenece; suyas

son tan solo las aplicaciones.

Y si esto es cierto en Europa, en América es de una verdad sin excepción; nuestro pensamiento es muy joven y muy inexperto aún. Los colegios no dan luces, enseñan solo los caminos de adquirirlas, y no pocas veces los cierran y embarazan, inculcando ciertas doctrinas de escuelas, que los jóvenes abrazan con el calor y el fanatismo que engendra la falta de comparación. Lo que un escritor americano cree ser y es en efecto un pensamiento suyo, no tardará mucho en verlo escrito en un libro europeo, mejor fundado, más generalizado y más desenvuelto. Si todos nuestros jóvenes estuviesen persuadidos de estas humildes verdades, no veríamos a cada paso el escándalo que da nuestra polémica periodística con la irritación que excita una idea nueva, y los insultos y vejaciones que llueven sobre el que la emite, o el que pone en duda la verdad de ciertas doctrinas recibidas por la generalidad como inconcusas.

Nuestra época es una época de libertad, y por tanto de tolerancia; donde no hay tolerancia no hay libertad; donde no se puede salir de los caminos trillados por temor de que le salgan al encuentro bandas de salteadores fanáticos, no hay descubrimiento, no hay progreso. Si un escritor no logra que sus opiniones sean adoptadas, tendrá siquiera, como lo han indicado los del *Semanario*, la gloria de haber promovido la discusión, porque de la discusión nace la verdad. Se discute en nuestras cámaras representativas, se discute en la prensa, que también es representativa; y solo los muy bisoños atribuyen la contradicción, la polémica y la crítica, a pasiones y motivos indignos de ser citados.

Por lo demás, creemos que el *Semanario* será de una grande utilidad para la cultura y progreso de la capital. La ciudad de Santiago, no obstante la civilización que en ella se desenvuelve rápidamente, está muy incompletamente representada en sus publicaciones periódicas, y debemos decirlo, a juzgarla por este

signo aparente, se muestra en una escala muy inferior a otras ciudades del mismo rango en América.

El *Semanario* suplirá en parte este defecto, y prepara el camino para la fundación del diario, que a la emisión del pensamiento, reúne el fomento de los intereses materiales y el movimiento comercial. No será de poco auxilio también para nuestros diarios que tendrán alguna vez con quién agarrarse en cuestiones o políticas o literarias, y vivir de algo, luchando como es el fuerte de la prensa periódica, y tirando a diestro y siniestro, no importa contra quién ni por qué motivo.

II

El romanticismo según el Semanario
(*Mercurio* de 23 de julio de 1842)

Allá en tiempo de entonces y en tierras no muy remotas, cupo a un catalán de poca paciencia y mucha brutalidad, ejercitarse en la profesión de arriero. A veces el peón de la ronda venía a avisarle que una mula se había extraviado en la noche, con lo que nuestro patrón se enfurecía y hacía, rechinando los dientes, esta habitual exclamación: ¡y el mejor macho de la tropa!, aunque fuese una garrapata en cuenta de mula. Sucedió una vez que al ponerse en marcha la recua, llegó a saber que faltaba una mula, y tal fue su saña que balbuceando apenas, tal era su cólera: ¡y el mejor macho de la tropa!, echó mano de un trabuco, e interponiéndose entre el peón a quien acusaba de la pérdida, y la mula que éste cabalgaba, gritó al capataz de la tropa con acento andaluz: a las Pampas del macho muerto a parar, que aquí se quedan dos tigres. Los tigres eran él y el peón, quien andaba humilde y cabizbajo dando vuelta a una prudente distancia, por ver de

acercarse a su mula. Viendo que la cosa se prolongaba y el testarudo catalán se interponía siempre entre él y la bestia, mostrándole la boca del trabuco, cual tigre que enseña las anchas fauces entreabiertas, hubo de tomar su partido, y envolviéndose la manta en el brazo izquierdo y resbalando el cuchillo con la diestra, le dirigió a su antagonista esta sencilla pregunta: ¿tiene, patrón, muy adentro las tripas? Palabras mágicas que hicieron dar dos brincos, poner pies en polvorosa a nuestro guapetón, despejar los alrededores de la mula, y marchando el peón derecho al estribo, montar, endilgar hacia el camino y poner suavemente espuelas, volviendo el significativo y parlero cuchillo a la vaina. El andaluz permanecía plantado en un lugar mirándolo alejarse, y exclamando por momentos: ¡y el mejor macho de la tropa! ¡y el mejor macho de la tropa! Cuando nosotros vamos a medirnos con nuestro trabuco con uno que nos ha perdido el mejor macho de la tropa, cual es el romanticismo, diremos también al público: A la Pampas del macho muerto a parar, que aquí se quedan dos tigres. Esta vez los tigres son *El Mercurio* y *El Semanario*; y aunque no sabemos si *El Mercurio* tiene tripas, y a qué hondura las lleva, haremos sin vacilar el reto consabido. El público, pues, que va a ser testigo (porque no se ha de alejar por más que se lo pidamos) de tan sanguinolenta refriega, no vaya a imaginarse que van a venirse a las manos las ciudades de Valparaíso y Santiago; que de una parte militan los extranjeros, y de otra los nacionales; que dos naciones se declaran guerra a muerte; que el mundo en fin está ya para concluirse. No, señor, todo lo que hay entre manos es que un pobre diablo llamado *Semanario*, y otro pobre diablo llamado *Mercurio*, van a discutir algunas cuestiones de interés para ellos o sus redactores y para el público; y lo más que sucederá, es que si no andan con prudencia habrá por una y otra parte mojicones dados y recibidos, contusiones y peladuras; porque, ¡vive Dios!, que estamos esta vez resueltos a aceptar todo de

parte de nuestros contrarios, y pagar al contado, a cuatro días vista toda letra que nos presenten. El público curioso, vea, escuche y ríase, que no poco habrá de ambas partes que le dé materia de risa.

Por no guardar orden en materia alguna, y para imitar a aquel romántico que principiaba una comedia por el tercer acto, vamos a acometer a nuestro enemigo por el segundo número, y en el número segundo por el artículo *Romanticismo*, que tiene trazas de ser el artículo de fondo, la piedra angular, y la joya preciosa de la corona real que ciñe sus sienes.

Un artículo *Romanticismo* escrito el año de 1842, es decir después de diez que la escuela romántica en Europa fue enterrada y sepultada al lado de su antecesor en literatura, el clasicismo, porque ambos son ánimas del otro mundo, que Dios bendiga; después de diez años que dejó de oírse el último tiro en la polémica que su aparición suscitó; después de que la historia de la literatura lo ha recogido entre sus anales; después que la filosofía ha hecho la autopsia de su cadáver, poniendo en buen lugar las partes nobles de su cuerpo, y ocultando bajo la tierra las corruptibles e indignas; después en fin, que la escuela socialista o progresista se ha parado sobre el pedestal firme y seguro de las necesidades de la sociedad, las tendencias liberales y la elaboración del porvenir del mundo, ¿qué condiciones debía reunir un artículo *Romanticismo*, escrito en América, en un periódico sesudo y con pretensiones de literario, redactado por jóvenes que salen a la palestra voluntaria y deliberadamente a ostentar sus luces?

Creemos que lo primero habría sido echar una rápida ojeada sobre el estado de la literatura hasta momentos antes de su aparición, trazar el itinerario de su marcha, definirlo, formular sus principios, revelar sus tendencias, y después de exponernos sus aciertos y trazar el cuadro de sus extravíos, indicando por fin la nueva escuela que le ha sucedido, lo que de él ha adoptado, y lo que de él vive aún, clasificarlo

filosóficamente entre las diversas fases de la civilización moderna, para ocuparse en seguida de bosquejar los caracteres principales que debe reunir la literatura hoy en conformidad con las necesidades y tendencias de nuestro siglo. Al escritor americano que desempeñase esta tarea, le habríamos dado sin vacilar el tratamiento de literato, de hombre de luces, de escritor de su siglo, y de pensador concienzudo; porque para merecer el nombre de literato, no basta haber aprendido leer a Horacio y Virgilio, ni saber de pe a pa lo que dijo Boileau y La Harpe, y las vejeces que después ha repetido Hermosilla. Se necesita además estar muy al corriente de los escritos de la época, del pro y del contra de las cuestiones literarias que se han ventilado en Europa; y dado caso que crea necesario apoyarse en autoridades, tomarlas entre los grandes hombres de la civilización moderna, que saben más cada uno de ellos, y cuyas opiniones son de más peso, que las de cualquiera autor de siglos que no nos pertenecen que ya han muerto para nosotros; y mucha mengua sería en un escritor moderno, salirnos a cada paso con Estacio, *Coliseo*, Pradon, Horacio, Moratín, y otras reputaciones de antaño, sin decirnos nunca nada de lo que hacen, dicen o piensan los escritores de nuestra época, dejándonos sospecha que en lugar de ser un literato de su siglo, es un arqueologista, o algún escapado de una época pasada que va recién por el cristo de los conocimientos que deben adornar a hombre de letras de nuestros días.

Esto supuesto, vamos a ver cómo entiende el *Semanario* la palabra romanticismo.

Después de recopilar las diversas acepciones que el vulgo le ha dado entre nosotros, deja traslucir que el romanticismo lo forman las abominables piezas dramáticas denominadas románticas, llenas de «extravagancias y de incidentes inverosímiles, condecoradas con títulos retumbantes, con bufones vestidos de reales insignias, y distribuidas en seis,

siete y aun ocho cuadros; estupendos mamarrachos, que si aumentan sus divisiones es solo para prolongar nuestro fastidio hasta lo infinito».

Y no diga el *Semanario* que le hacemos decir lo que no ha pensado; en todo su artículo *Romanticismo* no hay más palabras que las anteriores que pretendan clasificar aquella fase de la literatura moderna; no se encuentra una sola observación filosófica, una sola consideración de época, pueblo o circunstancia. El romanticismo es para el *Semanario* lo absurdo, lo inverosímil, lo defectuoso, lo abominable, lo fastidioso, lo extravagante; todo aquello, en fin, que es contrario a la razón, a la naturaleza y a la verdad.

Bien; nosotros vamos a adoptar la misma manera de explicar otros grandes movimientos de la inteligencia humana. La revolución francesa, que ha cambiado la faz del mundo, fue el desenfreno de las pasiones más abominables, el robo, el degüello, la impiedad, la depravación de las costumbres, la aniquilación de todo principio moral. Y en ella se vieron las matanzas de septiembre, las *noyades*, las metralladas, la guillotina ambulante, Robespierre, Marat, la conquista a sangre y fuego, y el saqueo de las ciudades y los excesos de una soldadesca victoriosa.

Otra explicación.

La independencia americana ha sido el germen de la guerra civil más espantosa, de los delitos más execrables, del despotismo militar más odioso. Los padres se han visto perseguidos por sus hijos, las familias divididas en bandos, las fortunas destruidas, las leyes violadas, sumidas familias enteras en la indigencia; y en la mayor parte de la América, después de 30 años de matanzas y de violencias, de atentados y de atrocidades, no se vé todavía aparecer la bonanza que la independencia prometía.

Otra explicación más concluyente para el *Semanario*. El

cristianismo ha sido la manzana de la discordia entre los pueblos. Desde su cuna ha estado dividido en sectas que han ensangrentado la tierra durante dieciocho siglos; por su causa murieron más de veinte millones de hombres mártires; por su causa se echó la Europa sobre el Asia, y perecieron inútilmente cien ejércitos de cruzados, la flor de la Europa; en nombre del cristianismo se hicieron las horribles matanzas de la Saint-Barthélemy, en que la mitad de la población de Francia se echó sobre la otra mitad a los doce del día, y degolló al padre anciano y al inocente niño, a la esposa en brazos de su esposo, a la hija en el seno de la moribunda madre, hasta que la sangre humana que de las casas particulares salía, llegó a formar ríos que corrían por las calles de París. En nombre del cristianismo se erigió la inquisición en cuyas llamas y en presencia de los pueblos y bajo la autorización de las leyes, se han quemado vivos más de treinta mil hombres de saber y de luces; en nombre del cristianismo se han perseguido las leyes y puéstole una mordaza a la lengua y un peso enorme al pensamiento; en fin, en el nombre del cristianismo se han ensangrentado los pueblos y cometido los más abominables excesos.

Venga ahora el romanticismo del *Semanario*. El romanticismo está representado por «las abominables piezas dramáticas, denominadas románticas, llenas de extravagancias y de incidentes inverosímiles, condecoradas con títulos retumbantes, con bufones vestidos de reales insignias, distribuidas en cinco, seis y siete, y aun ocho cuadros; estupendos mamarrachos, que si aumentan sus divisiones es solo para prolongar nuestro fastidio hasta el infinito». Esto como lo anterior es cierto.

¿Pero será cierto que la revolución europea, hija de la filosofía y del estudio de los derechos del hombre, no fuese otra cosa que lo que hemos hecho notar en el cuadro que acabamos de trazar?

¿Será cierto que la revolución de la independencia que

tantas esperanzas alimentaba, que tenía por objeto la emancipación de un mundo entero y la realización de las ideas más colosales que puede abrigar el hombre, no sea otra cosa que un tejido de miserias e iniquidades?

¿Será cierto que el cristianismo, ese don precioso del cielo que había sido prometido al hombre como el remedio de sus males en la tierra y la recompensa de su virtud para la otra vida, no haya traído otros resultados que dividir a los hombres, malquistarlos y hacerlos feroces y sanguinarios?

¿Será cierto que la forma que la literatura tomó en el país más culto del mundo, sancionada por genios de primer orden, no fuese otra cosa que absurdos, inverosimilitud, extravagancia y necedad, como si el siglo más sabio que ha alumbrado la tierra, solo pudiese engendrar, lo que el patán menos avisado reconoce por monstruoso y falso?

Pero al hombre que tal pensara, que tal dijera, ¿qué debiera contestársele? A tales hombre se les da la espalda, se les deja con sus manías.

No nos proponemos rehabilitar el romanticismo, porque esta es una tarea inútil; el romanticismo no expresa hoy nada, y es una vulgaridad ocuparse de él como de una cosa existente. Queremos reducir a razón a algunos que se proponen morder su memoria, obedeciendo a un instinto ciego de malquerencia y de obstinación que se funda en bases muy deleznables. Queremos saber para qué fin se ha escrito este artículo, *Romanticismo* del *Semanario*, y ver a qué clase de escritos se ha de aplicar aquello de «llenos de frases ampulosas, pero vacías de sentido común, con que el falso mérito pretende a menudo encontrar el difícil camino de la gloria».

Todo lo andaremos con método, con examen; tendremos ocupación para algunos días.

III

Continúa el análisis del artículo Romanticismo (*Mercurio* de 26 de julio de 1842)

Hemos visto que las cosas más grandes y los más nobles principios tienen en su aplicación a la práctica, en la lucha para echar por tierra las resistencias que a su triunfo oponen los hombres y las ideas recibidas, su lado odioso, extravagante, ridículo y despreciable; y que el cristianismo mismo no ha podido salvarse de esta ley general de todas las grandes innovaciones, no obstante la divinidad de su origen, la santidad de sus dogmas, y la sublime elevación y remoto alcance de sus fines. Condición es de la naturaleza humana, que no ha de dar un paso hacia su perfectibilidad, que no ha de salirse del camino trillado hasta entonces, sin extraviarse de su rumbo, sin caer en precipicios y sin vagar sin norte seguro en la incertidumbre y en el error. Pero, ¿habrán de juzgarse sus procedimientos por este lado débil, y tomarse el extravío por el rumbo, el efecto inmediato por la causa remota? Porque al romper el romanticismo las estrechas y arbitrarias cadenas de una escuela servilmente imitadora de tiempos, costumbres y hombres que no nos pertenecen; al intentar formar un arte, hijo de su época y de sus historias, ha caído en absurdos y extravagancias como el esclavo que ansioso de gozar la libertad se abandona a los goces de una desenfrenada licencia, ¿se dirá que es en el fondo el absurdo y extravagancia misma, que la libertad es la licencia y la anarquía? Es verdad que juicios de este género suelen escaparse a ciertos hombres cuya pequeñez y poco alcance les hace mirar con odio todo aquello que sale del estrecho círculo de las ideas que se han incrustado en su cerebro petrificado y endurecido por las preocupaciones, e incapaces de recibir nuevas impresiones. Pero el filósofo, el

hombre que piensa, no juzga así, y cuando ha cesado de oírse el clamoreo de los combatientes, cuando la polvareda de las pasiones encontradas se han disipado, examina con imparcialidad los hechos, dando su parte de influencia en ellos, a las debilidades humanas, a circunstancias aciagas, a necesidades dolorosas; pero sin confundir el principio innovador con los estragos momentáneos y los imperdonables extravíos en que han caído los hombres encargados de la innovación. Esto hace el filósofo y el hombre de principios; esto ha hecho Guizot, cuando ha tratado del cristianismo como innovación civilizadora; esto Thiers y Miguet y Aquiles Roche, cuando han trazado la historia de aquella revolución terrible, cuyo estampido va repitiéndose de pueblo en pueblo como los ecos del lejano trueno que se reproduce de serranía en serranía. Esto debiera hacer el literato que ponga a la cabeza de un artículo la palabra romanticismo, que representa una grande revolución en literatura, un grande sacudimiento de la inteligencia, y que tuvo en sus filas y a su frente nombres respetables, nombres que brillan todavía como los astros más luminosos del firmamento de la literatura moderna.

Pero, ¿qué diremos de un escritor que compara al romanticismo, tendencia, extravío o como quiera llamarlo, de una nación, de una época entera, con los versos de qué sé yo qué Estacio competidor de Virgilio? ¿Qué diremos del hombre que pone en un mismo punto de vista las obras de Pradon y las de Victor Hugo, Dumas y otras reputaciones esclarecidas? ¿Dónde están los Racines y los Virgilios modernos atacados por el romanticismo? Inútil es que tal escritor no diga en seguida que no quiere alistarse *ciegamente* en las banderas del clasicismo *rigoroso*, ni denigrar al romanticismo, inútil; porque tales escritores no son ni románticos, ni clásicos, ni literatos, ni escritores, ni cosa que lo valga. Son unos hombres a quienes cuando niños les pusieron el arte en la mano, y más tarde a Blair, después cogieron a Boileau, y una noche vino a visitarlos

un tal Hermosilla, y un día les vino la gana de escribir, y necesitando de descargar ciertos golpecillos de bola por tablas, le apuntaron al romanticismo, que al cabo el muerto no habla, y dijeron… preciosidades; dijeron que «las composiciones de Inarco Celenio parecen adquirir más brillo con el trascurso del tiempo», es decir que no hay teatro español o americano, francés o alemán, que no haya puesto en escena y repita en funciones extraordinarias sus comedias; y que los absurdos de la escuela romántica no han pasado de las riberas del Sena y aún allí yacen hundidos en el polvo.

Es verdad que «nadie tal vez estará más fastidiado que ellos de los innumerables sonetos llorones a Filis, las insulsas églogas pastorales; y pocos hallarán más chocante el que se cometan inverosimilitudes tan garrafales como la de hacer conspirar a los enemigos del César en su propio palacio»; pero jamás perdonarán tampoco al escritor que no disponga sus planes alumbrado por la luz de la razón, invente sus escenas alumbrado por la luz de la razón, medite sus expresiones alumbrado por la luz de la razón. Eso sí, razón y más razón. Todos los que han escrito dramas absurdos, incoherentes, inverosímiles y monstruosos, como Hugo, Dumas, y la caterva de románticos, eran irracionales, sin sentido común, ni criterio. Ignoraban las reglas, porque por allá no andan como entre nosotros, Boileau y Hermosilla, Horacio y Virgilio en manos hasta de los muchachos; y porque el siglo XIX era en sus principios, en sus manifestaciones literarias, un siglo oscuro, irracional, bárbaro, puesto que no sabía lo que todos saben e incurría en extravíos y errores que el sentido común desaprueba y condena.

Pero entremos en cuentas, señores míos, y abandonemos por un momento esas ropas teatrales de magister de que nos revestimos, para aparecer unos colosos y unos tipos de rectitud, de juicio, de conocimiento de las reglas de la crítica y de las condiciones de la literatura. Recojamos por un instante

la cola de pavo real con que deslumbramos a la muchedumbre, y mirémonos las patas. ¿Quiénes somos nosotros? ¿Quiénes? ¿Con qué títulos nos presentamos a juzgar tan severamente el romanticismo? ¿Tenemos talento? Corriente. ¿Genio? Niego. ¿Sabemos algo? Veamos lo que sabemos. Pero no, no nos humillemos mutuamente entrando a inventariar nuestras pobrezas. Hagamos solo una pregunta, que ella será suficiente para hacer bajar los ojos a estas ranas que están reprendiendo con su bullanga al sol de la civilización que pasa tan lejos de ellas en su carrera imperturbable que no se detiene a escucharlas. Hagamos en secreto un examen de conciencia y un apuntito ligero de todo lo que sabemos aquí en América; de todos los libros europeos que nos han llegado a las manos, todas las doctrinas que hemos bebido, todas las fuentes de saber que hemos consultado; atribuyámonos entre objetos de difícil avaluación todo el talento que queramos; su chispa de genio también, aunque hayamos ocultado tanto la posesión de este raro tesoro, que nadie haya llegado a sospecharlo. ¿Qué somos, con todo nuestro pequeño hato, al lado de un escritor más adocenado de esos que criticamos como románticos? ¿No habrán leído ellos lo mismo que nosotros, ellos que viven en el foco más ardiente de la civilización del mundo, recibiendo el pan en la puerta del horno?

Digan la verdad estos aristarcos hinchados por haber leído unos cuantos mamotretos viejos ¿creen de buena fe que tienen más luces, más capacidad, más sólida instrucción que aquellos? Y si no, ¿cómo se atreven tan descaradamente a levantar su voz, que debiera enmudecer, para desarrajar contra una faz de la literatura moderna, no contra un escritor que al cabo no es más que un hombre, sino contra un siglo entero, contra una forma literaria que ha tenido por patrones a genios de primer orden y por sectarios a centenares de talentos distinguidos? ¿En qué Chimborazo del mundo filosófico nos hemos parado para ver a nuestros pies con ojos desdeñosos a todo un Victor

Hugo, que si un día tiene el buen humor de hacer algunas apuntaciones y decir privadamente: he escrito un libro, da en esto una orden a la prensa para que exclame con su trompeta sonora como la del ángel de la resurrección final: ¡Atención pueblos civilizados! ¡Hay un grande acontecimiento literario! ¡Hugo se digna hablar! ¡Ha escrito un libro! ¡Descubrámonos!... Y todas las prensas del mundo van repitiendo este grito de alerta: ¡Hugo ha escrito un libro! ¡Hugo ha escrito un libro! ¿Qué son los más floridos de nuestros aciertos literarios, con los de aquellos cuyos errores vituperamos? ¿Qué son? Lo que según la enérgica expresión popular es la suela de los zapatos de un hombre grande comparada con el cerebro de un cuitado. Mírense en este espejo los que tiran coces y reveces contra el romanticismo. Bajen un poco esa insolente cabeza. No; es poco todavía, bájenla más, más todavía. «Los eunucos para desear la mujer de su amo, inclinan primero la cabeza hasta el suelo».

No usamos de estas expresiones tan fuertes por imponer un ciego respeto en favor de una escuela muerta, ni rodear de prestigios imponentes a hombres que tienen harto mérito para cometer errores disculpables en una época eminentemente revolucionaria, en que todos los edificios viejos son atacados y destruidos para reconstruirlos con más simetría y bajo un plan más vasto y conforme a las necesidades de la gran familia que va a habitarlos. No queremos tampoco disputar a nadie el derecho de crítica, derecho sagrado que pertenece a todos, y de cuyo visto bueno no están exentas las grandes reputaciones ni los grandes hombres. No; queremos que no se insulte ni se aje el principio innovador, y se confundan en un mismo rincón las ideas regeneradoras y los extravíos y exageraciones en que incurren los artífices; queremos que se nos separe la cizaña de la buena simiente, para depositar la última en nuestro granero; queremos, en fin, que se nos hable en nombre del arte actual, o del que debe suceder al romantismo, y no en nombre de

Horacio y Virgilio e Inarco Celenio, que nada tienen que ver con nuestras necesidades sociales.

La crítica europea cebó su diente en las carnes del romanticismo cuando este monstruo de cien cabezas estaba lleno de vida; la polémica se encendió como una guerra civil, y aun hasta nosotros han llegado fragmentos de los misiles con que se herían los contendientes. Al razonamiento se sucedió la burla, el sarcasmo y la calumnia; pero no fue el caduco e impotente clasicismo quien tuvo la gloria de darle el golpe mortal; la tumba lo había reclamado hacía tiempo; fue otro campeón más joven, más ardiente y más temible; fue la escuela progresista la que se apoderó del campo de batalla y se apropió los despojos de los contendientes.

Para escribir, pues, sobre el romanticismo después de su muerte, era preciso haber estudiado un poco su biografía; y si se quería poner sobre su sepulcro un epitafio, no debía encargarse de esta tarea el que menos lo conocía en sus días, y el que no ha oído de él sino la relación de sus faltas, sin saber nada de sus virtudes. No se insulta a los muertos, y la oración fúnebre nunca fue encomendada a los detractores del difunto.

Si el romanticismo tuvo en vida enemigos, ¿qué diremos de los que salen a los diez años después a dar gritos al aire? Diremos que estos tales tienen la suerte de andar siempre atrasados en las horas. Hablan de Horacio y Virgilio, cuando ya nadie se acuerda de sus discípulos; de Racine y Moratín cuando han sido suplantados por los escritores románticos; y de estos cuando ellos mismos han abandonado el título; no porque se avergüencen de llamarse así, sino porque nadie se acuerde de aquel epíteto. Más vergüenza diera llamarse clásicos si no se usase el paliativo de clásicos *no rigorosos*, es decir, un poquito flojito; pues, desabrochado, si calzón corto, ni hebilla, sino con la levita a la *derniere*, con sus visos de románticos, con sus barruntos de nada, en fin.

No ha mucho que la *Revista de Valparaíso* publicó un artículo *Clasicismo y romanticismo*, y extrañamos mucho que no lo hayan visto los del *Semanario*, porque a haberlo visto no habrían salido con esta miseria. Allí estaba tomado bajo el punto de vista filosófico, y apreciado en sus causas y efectos. Según el autor de aquel trabajo, tenía relación con el arte dramático, con la historia y el lenguaje. Había, pues, paño en que cortar. ¿Por qué no le han metido el diente? ¿Por duro? ¿Porque, o aquello era un tejido de falsedades, o el artículo *Romanticismo*, que criticamos, es muy poca cosa? Quizá suceda que hayan juzgado indecoroso ocuparse de una producción tan *efímera*, en lo que habrán obrado muy acertadamente.

Luego tomaremos este artículo *Romanticismo* por la otra oreja, pues cuando nos arremangamos de veras para entrar en polémica, es nuestra mala costumbre *dormírnosles* una semana entera, hasta que sale otro número del periódico semanal con quien nos las habemos, a decirnos: basta con ese que ya llora, aquí estoy yo.

Veremos cómo ha criticado el *Ruy Blas* de Victor Hugo y dónde le ha hallado defectos.

IV

Paréntesis formado por una correspondencia imparcial (*Mercurio* de 21 de julio de 1842)

Hemos visto salir los números uno y dos del *Semanario de Santiago*, y en ellos hemos también leído artículos originales de jóvenes chilenos, que dan a conocer las buenas intenciones de sus autores por los adelantos de la patria. Ellos han comenzado una época, por decirlo así, en Chile, han roto de una vez las ataduras con que su apocamiento, su desconfianza en sus

fuerzas por tanto tiempo les había tenido amarrados. Agobiados por el pasado, estimulados por el presente y animados por el porvenir, su pensamiento se levanta, y su noble ambición lo escribe. No es su periódico puramente de circunstancias como lo han sido los pasados, es un periódico de progreso, es un periódico original en sus formas y en su objeto. La nación debe apreciarlo como uno de los destellos de la civilización de nuestro siglo, y la juventud leerlo como producto nativo. Pero jamás nuestra nacionalidad debe ahogar nuestros sentimientos; debemos siempre tachar lo que se desvía de la senda progresiva, lo que por ser dicho en boca de una juventud de mérito, puede alucinar y torcer los caminos designados por el siglo. Hagamos una guerra de principios, no insultemos las intenciones, indaguemos las consecuencias, y combatamos las opiniones con el raciocinio. Tal debe ser la marcha de los opositores a ciertas ideas de los que escriben el *Semanario*.

En la *Gaceta del Comercio* hemos leído la crítica del primer número, crítica en parte justa, y en parte dictada tan solamente por un sentimiento exclusivo que encuentra malo lo que no es él, semejante a un Quijote que con lanza en ristre y a caballo, cree no tener igual en el palenque; y sin embargo encuentra luego una lección que lo corre. En el segundo número del *Semanario*, entre varios artículos, hemos leído uno titulado *Romanticismo*, asunto tan gastado ya en otros pueblos, que nadie hace alto al oírlo nombrar; mas entre nosotros no sucede así, porque todavía se paran las orejas al escucharlo. Algunos lo consideran como un desafío al mundo literario, en que se ha tirado el guante sin recogerlo la sociedad. Otros lo consideran como un duelo admitido ya, y en el cual se bate con la sociedad, sin vencerse ni uno ni otro, semejante a dos gigantes, que pretenden tragarse; otros en fin, y a cuyo número pertenecemos, no encuentran en el romanticismo sino un modo de pensar y un modo de expresar estos pensamientos conforme a la época, a la civilización y a las costumbres. ¿Hay en esto

algo de extraordinario? ¿Puede el siglo volver atrás para dejar de ser lo que es? ¿Cada hombre no ha de ser más que un hombre de los tiempos de Homero, Virgilo y Boileau? Tal modo de raciocinar, si se resolviese por la afirmativa, nos induciría a adoptar su política, su religión, y aquellas costumbres depravadas que la ilustración del siglo no deja de motejar. ¿Por qué no admitimos también estos legados, por qué nos separamos de lo que sus cabezas crearon, sus corazones creyeron y sus palabras aplaudían? Se desecha todo esto, por lo menos se modifica, y sin embargo se quiere hacer tremolar sobre nuestro suelo la bandera de su literatura en toda su extensión. Los retrógrados gritan al mundo de voz en cuello: «hombres del siglo, vosotros no tenéis del presente más que la cara y vida, volved a lo pasado y allí encontraréis el molde de vuestro pensamiento, porque ellos como anteriores a vosotros, os dieron reglas que debéis respetar, sin embargo de que ellos no se atuvieron a ninguna; pensad como pensaron, o de lo contrario seréis unos herejes». He aquí la sentencia inexorable de un clásico que cae sobre la frente de un romántico que pensando lo que debió, pensó mal; he aquí la ley que aplica un hombre sin autoridad, porque los primeros ni la consideran como tal, ni pretendieron hacerla cumplir como único modo de pensar, encomendando a un hombre su cumplimiento o no, bajo la pena del ostracismo.

Basta de ideas generales; y entremos a revisar las opiniones del articulista que nos las ha motivado con su artículo *Romanticismo*.

Si hay algún pueblo para quien el romanticismo venga mejor, es cabalmente para Chile; por consiguiente, cualquiera limitación de esta literatura, es un paso atrás, y un elemento de mal gusto. El autor del artículo toma un término medio entre las dos escuelas, como en política los serviles suelen disfrazar su opinión llamándose moderados, o del justo medio, sin atender a la atracción de los extremos. La palabra romántico

según dice él, ha significado en Chile todo, ha sido una palabra universal en sus aplicaciones y su existencia. De manera que en Chile no se ha sabido verdaderamente lo que es, ni se sabrá, si como pretende el autor, el romanticismo ha de hundirse muy pronto en el olvido. Encuentra la causa de esta falta de discernimiento en las piezas que en el coliseo de Santiago se han representado y que han sido aplaudidas por la sencilla razón de no haberse podido comprender. Esta salida es algo semejante a la de un diputado que dijo no asistía a las sesiones porque eran muy temprano y gustaba dormir. Atreverse a decir que la no inteligencia de un drama atraía aplausos por el gusto exquisito de no haber entendido, es un absurdo a que le condujo su tenacidad en no ceder a favor del mérito de algunos dramas; así como el diputado no dice que es la falta de sueldo la que no le hace asistir, el señor articulista no dice tampoco que es la bondad del drama lo que las más veces excita aplausos. Se contenta con decir que la unidad de tiempo no debe guardarse, y por esta razón no le disgusta *Los 30 años de un jugador*, en que se da una lección terrible, que es lo que debe hacer el autor. Muy lejos estamos de ensalzar esta obra que, como de Ducange, lleva en su frontispicio el sello del mal gusto y la carencia absoluta de poesía en los caracteres apasionados que pinta, y el muchas veces errado conocimiento del corazón humano. Don Justo Medio toma por su cuenta el de *Ruy Blas* de Victor Hugo haciendo notar las inverosimilitudes de que está plagado este drama. En esta pieza vemos nosotros un principio social desenvuelto, un producto de la igualdad. El lacayo es un hombre plebeyo, su amante es una reina aristocrática; y sin embargo se quieren, porque el ignorante tiene pasiones y la reina desprecia su rango, pisoteando la nobleza y elevando a un lacayo que la ama. Bien puede haber exageración en este drama, pero hay poesía, y dice a cualquier plebeyo: «tú puedes amar a una reina o puedes ser presidente de Chile». Si el autor no está por *esa imaginación atrevida* que

como el águila se remonta a mundos desconocidos, si quiere un autor menos poético, pero más dramático, estréllese con Dumas, Soulié, Scribe y otros. No escoja tampoco las menos buenas piezas, como lo ha hecho con Victor Hugo, no sea cobarde, busque siempre el lado más fuerte, y su triunfo podrá ser entonces más brillante. Las piezas que se han representado en el teatro no son unos monstruos, no todas han sido como la *Monja Sangrienta*. Ni en el *Paje* deja de haber verosimilitud porque un hijo, sin saberlo, se enamora de su madre, siguiendo en esto lo que vulgarmente se llama el oficio de la sangre. En el *Pablo Jones* de Dumas hay un bello carácter pintado; en *Teresa* una pasión, un carácter generoso como el del general, una pintura de un alma pura y cándida como la de la angelical Amelia. En *Catalina Howard* encontrará un pensamiento sublime, digno de Calderón, el remordimiento personificado castigando la ambición de una mujer. En el Angelo de Hugo, de ese poeta destello del mejor poeta español, Calderón, verá grandes pasiones y bien pintadas. En la *Clotilde* de Soulié verá la venganza de una mujer ofendida y su generosidad, y al mismo tiempo la corrupción de la aristocracia. En el *Arte de conspirar* del célebre Scribe, verá pintado un carácter diplomático con toda su sagacidad. En fin hay otras piezas que sería fastidioso enumerar, que no son unos monstruos, señor Justo Medio, y algunas que tal vez lo son como la mayor parte de las del indigesto Ducange que se han puesto en escena. Y no se diga que todas estas piezas carecen de fin moral, porque sería asentar un absurdo, si es que siempre se ha de divisar esta tendencia en las obras dramáticas.

Estamos de acuerdo con el articulista en la existencia de piezas malas y autores malos, porque nadie ha podido imaginarse que el que es romántico sin talento sea un buen autor. De todo se encuentra en la viña del Señor. Negamos, a pesar de esto, la brillantez que encuentra en las obras de Moratín que han decaído así enteramente, porque además de

ser tal el destino de las comedias de costumbres, el siglo no ha hallado placer en ellas; tal vez poca poesía, pero sí buena versificación, purismo y chiste. El *Sí de las Niñas*, como que es la mejor, suele representarse más comúnmente. Las obras de Victor Hugo, Dumas y otros, sí vivirán eternamente, como las de Lope de Vega, Calderón, Rojas y otros del teatro antiguo español; si alguna vez la opinión las ha hundido en el olvido, renacerán con más vigor y recobrarán su esplendor. Ni es verdad que el romanticismo haya amenazado invadirlo todo, sino que realmente lo ha invadido a despecho del articulista, y de lo que él llama razón y filosofía. Si algún día sucede a esta escuela otra, no habrá por qué admirarse, porque en esto se sigue el orden natural de las cosas, que rechaza siempre lo que no es de la época; tal es la ley del progreso. Por consiguiente, hallamos que el epitafio que él piensa poner en la lápida del sepulcro del romanticismo, no quedará grabado más que en el papel que dio a luz el profético pensamiento del autor. Nosotros pondremos un epitafio en la losa de una tumba que ya existe.

Aquí un clásico descansa
que murió con la esperanza
de ver en un gran abismo
sumido el romanticismo.

La huesa se lo tragó,
mas él consigo llevó
sus reglas, en donde yerta
espera su boca abierta,
que así pintan la esperanza
del que en la tumba descansa.

A continuación del artículo que impugnamos, viene una elegía que es como un reflejo del primero. Si no hay en ella grandes defectos, no hay tampoco bellezas de ninguna clase.

Es poco más o menos la repetición de las elegías de los clásicos; su versificación no muy fluida, no tiene mucho mérito. Hay un afecto pintado con ternura, pero tal vez con frialdad. Sin embargo, su autor es un poeta de quien Chile espera más, y que según parece satisfará sus esperanzas.

V

Continúa el examen del artículo *Romanticismo* (*Mercurio* de 28 de julio de 1842)

Hemos dicho que el romanticismo había muerto diez años había; este es un hecho histórico, conocido de todos los que saben lo que sucede en nuestros tiempos. Si más tarde se ha hablado de él, es porque según las distancias de espacio y de civilización, la impulsión que desde el punto céntrico de la literatura de la época se comunica al pensamiento, llega más tarde o más temprano a sentirse en cada pueblo. El año de 1833 escribía Fortoul estas palabras sobre el romanticismo: «el momento en que escribo se presta, a mi modo de ver, maravillosamente a las condiciones de la crítica. El arte, después de haber combatido, se reposa. La muchedumbre da la espalda a los combatientes, y la cara a los jueces del campo. Se ha puesto el sol que alumbró esta dura jornada, y alcanzan a distinguirse ya en medio de las sombras que cubren la llanura, qué banderas han sido abandonadas, qué cadáveres magnánimos son presa de los cuervos; en el silencio universal, nadie dice, qué trompeta ha sido la última en sonar. Al pie de aquellas montañas, todo se ha extinguido; luz, ruido y movimiento de los combatientes». Pero para el *Semanario* está vivo, porque ha oído rumores vagos entre las gentes del vulgo sobre algunas cosas que le han sorprendido y maravillado a

veces sin saber de qué punto vienen. El *Semanario* ha querido tirar su piedra, y después de lanzada a la ventura, presentársenos jadeando de extenuación y fatiga, y lleno de satisfacción y orgullo, como el último que ha abandonado la persecución, a contarnos cómo les cortó las manos a tres, a cuatro enemigos; no les cortó las cabezas, dice, porque ya se las habían cortado otros, diez días antes. ¡Qué valiente muchacho! Más adelante veremos dónde está el romanticismo que se ha propuesto combatir, y a ese no es difícil que logre inutilizarle las manos; pero la cabeza está muy lejos de su alcance para que pueda tocarle un pelo.

No entraremos esta vez a explicar el romanticismo, porque hemos dicho que el *Semanario* no es ni clásico siquiera. La *Revista de Valparaíso*, con cuyas doctrinas literarias simpatizamos, les ha tirado el guante, y ninguno de sus redactores se ha movido a recogerlo, por desprecio sin duda, por respeto tal vez. Hay faltas de lenguaje, y cuando ella se ha presentado ante aquel rígido tribunal, los jueces han puesto al pie del memorial, *preséntese en debida forma*, y se han reclinado majestuosamente sobre sus sillones, satisfechos de haber conservado ilesa la dignidad de su magistratura. Esperemos, pues, que los que hacen esperar al público que sus producciones no sean tan *efímeras* como las nuestras; los que señalan con el dedo «aquellos escritos llenos de frases ampulosas, pero vacíos de sentido común»; los que «entienden lo que van diciendo», abandonen esos gestos de desprecio con que contestan a todo, y que tanto sirven para encubrir la vaciedad presuntuosa como el saber que desdeña manifestarse. Nosotros a imitación del Ingenioso Hidalgo acometeremos estos odres tan repletos, cual si fueran gigantes espantables, y les haremos derramar por las heridas lo que el cerrado gollete nos niega.

Cuando decimos *Semanario*, nos limitaremos por ahora al artículo *Romanticismo*, porque hay otro entre sus columnas

que nos servirá como la pata del gato que cogía el mono para escarbar el fuego. Entre las varias críticas sobre teatro, hay una que arrancó a la *Gaceta* muy cordiales simpatías. El crítico elogiaba en *El Mulato* la tendencia verdaderamente social de aquella composición, su moralidad, su reivindicación del hombre de color, su hostilidad a las clases aristocráticas.

Ahora bien, ¿en qué arte poético de Aristóteles, Horacio, Boileau o Hermosilla había encontrado el autor de aquella crítica, este requisito esencial de un drama? La Fedra, La Atalía, o las obras de Inarco Celenio, que adquieren cada día más brillo (en los estantes) ¿descubren esa tendencia a rehabilitar al hombre que sufre por las preocupaciones de la sociedad, al genio que se rebulle en el fango en que lo han echado desigualdades ficticias, y llega a abrirse paso por entre los obstáculos y colocarse en el punto elevado que le corresponde? ¿Dónde está el plebeyo, el mulato, el lacayo, que dice, yo también soy hombre en el teatro clásico, y se presenta en la sociedad de los favorecidos de las leyes sociales a probarles que él, el mulato, tiene más genio, más talento, más virtudes, más magnanimidad que el poderoso, noble, corrompido, estúpido, y sin un solo sentimiento generoso? ¿Dónde encontró el modelo de esa protesta contra una división de clase ridícula e impotente? ¿En qué escuela se ha inspirado el autor de aquella crítica? Que nos responda, que no se calle también. ¿En dónde? ¿Veamos? En la nueva escuela, en la escuela *socialista*, cuyas doctrinas no ha hallado escritas en un libro; pero que se le revelan por el espectáculo de nuestras necesidades sociales, por las simpatías de nuestro corazón; porque ya empieza a avergonzarse de que el plebeyo, el mulato, con talento, con virtudes, sea despreciado y mantenido en una inferioridad inmerecida. No queremos pasar adelante, que esto nos basta. Veamos ahora si el romanticismo estableció esta condición del arte. Cuando se pasó el furor de la innovación, el romanticismo fue clasificado por un hombre

eminente que no se había alistado en sus filas, con esta frase sencilla, la libertad del pensamiento; otros lo llamaron la rehabilitación, es decir, una protesta enérgica y solemne contra las categorías en que el antiguo espíritu social había encerrado la creación; la admisión de las cosas despreciadas, odiadas y miradas con asco, sin excluir lo feo en el orden físico, lo malo en el orden moral, lo extraño en el orden intelectual. El romanticismo era, pues, una verdadera insurrección literaria como las políticas que le han precedido. Ha destruido todas las antiguas barreras que se creían inamovibles, lo ha revuelto y destruido todo. Pero no construyó nada tampoco, y desapareció el día que concluyó su tarea. ¿Quién le ha sucedido en el lugar que dejó desamparado? ¿Quién aspira al menos a sucederle? El *socialismo*, perdónennos la palabra; el socialismo, es decir la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren. De esa escuela puso en Francia la piedra primera Beranger, combatiendo por el pueblo; y en España, Bretón de los Herreros que ha combatido en el teatro a los carlistas, a las preocupaciones retrógradas, hablando el nuevo lenguaje que adopta hoy la España, que no arroja de las tablas la incorrección popular, las chocarrerías y vulgaridades del pueblo. Fíjese el que quiera en las composiciones de Bretón de los Herreros, muy subalternas en otros respectos, pero con una tendencia social tangible y manifiesta. Los *seminaristas* dirán que todo esto son vulgaridades, frases ampulosas. No importa, vamos adelante.

El poderoso genio de Victor Hugo después de haber hecho pedazos y pulverizado todas las cadenas literarias, tanto las que oprimían como las que no estorbaban o eran innecesarias, porque ese es el carácter de toda revolución, sintió la necesidad de reconstruir, y de hacer servir el nuevo arte a

enderezar los entuertos de la sociedad. Quiso pintar una sociedad caduca, un edificio social que se desmorona, una nobleza decrépita y sin virtudes, una monarquía próxima a su ruina, y en este fango y entre esta podredumbre, colocar al hombre del pueblo, es decir al pueblo mismo, o al hombre de genio que se esconde bajo los harapos del vulgo, pero que comprende, porque siente los males que pesan sobre la nación; el hombre del pueblo que dice entre dientes meneando la cabeza: ¡si yo fuera rey! ¡si yo fuera ministro! ¡si yo fuera favorito! Este hombre lo encuentra Victor Hugo envuelto en la librea de un lacayo: le presenta la oportunidad de ser ministro, de ser favorito, y entonces el hombre lacayo porque nació pobre, toma la dignidad del genio, echa del palacio real a puntapiés a la turba de nobles venales y corrompidos, como Cromwell a los miembros del parlamento largo, y se propone salvar la monarquía introduciendo el orden, y remediando los males de la nación que él ha presenciado, sentido y sufrido, como presencian, sienten y sufren todos los oprimidos. Hugo desempeña la idea admirablemente; el lacayo ministro, pone en todas partes el sello del genio y de la audacia. Pero para desatar la intriga, para producir un trivial efecto teatral, hace al fin que el lacayo con la conciencia de su poder, de su genio y del amor de la reina, se someta a su antiguo amo, y vuelva a vestir la librea, destruyendo Hugo, como por juguete, toda la grande obra que había comenzado con tanto brillo, y que se había propuesto realizar.

Ya llegamos a donde queríamos. Venga ahora el *Semanario*, que «no puede menos de rebelarse contra Victor Hugo, cuando en *Ruy Blas* nos pinta un lacayo (atención), que nunca ha sido más que un lacayo locamente enamorado de una reina (¡atención! ¡atención!) y preñado el corazón de pensamientos y aspiraciones (¡atención ahora!) que apenas cabrían en el alma de uno de los más orgullosos grandes de España». Suplico a los que lean esto que tengan a la vista el artículo *Romanticismo*

del *Semanario*. «Semejantes monstruosidades, dice, no existen en la naturaleza». Lean lo que sigue, que choca al entendimiento del autor del artículo.

¿Qué quiere decir *un lacayo que nunca ha sido más que un lacayo*? ¿Querría que hubiese sido siquiera licenciado, o hidalgo, o rico, o qué querría que hubiese sido antes? Esto es lo más groseramente estúpido que se ha escrito jamás. ¿Con que la librea de lacayo puede destruir en el hombre el genio y la audacia que son dotes naturales? ¿Cree acaso que se necesita haber cursado las aulas y estudiado a los clásicos para tener sentido común, perspicacia y miras encumbradas? ¿Duda de que la organización privilegiada de Napoleón se habrá encontrado más de una vez bajo los andrajos de un mendigo? ¿Cuántos papas han sido lacayos? ¿Cuántos grandes caudillos pastores? ¿Cuántos reyes grandes no han sabido leer? Durante las revoluciones, ¿cuántos millares de Ruy Blas han aparecido los primeros por sus talentos, por sus virtudes, por su genio, por su valor? El *Semanario* atribuirá al colegio los extraordinarios talentos de Napoleón, que al fin no llevó nunca la librea del lacayo; pero ¿y Junot el tambor, y Lannes el sargento, y Kleber, que fue el primero en comprender a Napoleón, y Cambrone que no sabía leer, y el rey Murat hijo de un hostelero, y todos los generales guerrilleros de la guerra de la península; y el Príncipe de la Paz, tipo de Ruy Blas, y Mehemet Alí, que ha civilizado su patria venciendo las preocupaciones y las resistencias nacionales, y comprendiendo todo lo que el genio más colosal puede alcanzar, y O’Conell, y…? ¡Eh!, da asco ponerse a combatir semejantes torpezas. La guerra de la independencia americana nos había familiarizado con estos *Ruy Blas*, que han aprovechado la ocasión de un sacudimiento social para manifestarse, tomar un fusil y acabar una campaña, generales, gobernadores, representantes del pueblo, y no hay república en América que no tenga hasta hoy generales y diplomáticos que han sido en su origen verdaderos

lacayos. Era preciso que todo un clásico viniese a ultrajar la naturaleza humana, a tomar el hábito por el monje, a desmentir la historia contemporánea y la de todos los tiempos. Y luego, hallar absurdo que un lacayo de genio conciba más alto que un grande de España estúpido. ¡Un grande de España! ¿Cuál es el grande de España que ha tenido capacidad y talentos medianos siquiera en estos tiempos? La generalidad de los hombres eminentes de España han sido plebeyos. ¡Se asombra de que un lacayo se atreva a enamorarse de una reina! Pídanos la lista de las reinas que han prodigado sus favores a lacayos y cocineros, y se la pasaremos gustosos; pídanos la lista de los favoritos en las monarquías absolutas, y de los eunucos y hombres del vulgo en el imperio romano, hombres verdaderamente grandes que han sido elevados al poder por los más raros caprichos, y se han mostrado dignos de su posición, y se la daremos.

Pero no, el autor de todas estas basuras no ha visto en la librea de un lacayo, sino la librea; un lacayo no puede tener más talento que su amo, y más capacidad que el que ha escrito el artículo *Romanticismo*.

Este literato ha tomado el lacayo por nada más que el lacayo. No ha visto que un lacayo es el peón, el artesano, el marino, el bodegonero, el roto, el hombre, en fin, que se halla mal colocado en la sociedad, y que sin embargo puede ser un hombre extraordinario. No sabe que un muchacho criado en la calle veía pintar una vez, y dijo inspirado, yo también sé pintar, y ese muchacho fue Correggio; no sabe que Pascal, un niño, resolvió los problemas que su padre, un matemático de reputación, no había podido resolver en 10 años de trabajo. No sabe que la mayor parte de los hombres de genio han nacido lacayos.

Si fuera grande de España, ¡vaya!, si hubiera estado en un colegio, ¡vaya!, si hubiese nacido vínculo, ¡pase! ¡Qué crítica, qué filosofía, qué conocimiento de la época en que vive y de la

naturaleza del hombre! ¡Qué pieza para rebelarse contra Victor Hugo, para atacar el romanticismo, para ponerse al frente de una publicación periódica, para hablar de «escritos llenos de frases ampulosas y vacíos de sentido común», para llamarse literato! Pero no se le dé cuidado; ya le irá tomando el peso a la tarea que ha emprendido tan solapadamente. Veremos en qué paran «las frases ampulosas». Lo hemos tomado por los cabezones y sacudido de ambas orejas. Mañana lo pondremos patas arriba para que se le vea el rabo al artículo *Romanticismo*. Veremos con qué fin lo escribieron y dónde han visto en Chile el romanticismo.

VI

Concluye el análisis del artículo Romanticismo (*Mercurio* de 29 de julio de 1842)

«Y si encontramos tales defectos (los de *Ruy Blas*), dice el *Semanario*, en las obras de los fundadores del romanticismo, ¿qué diremos de sus imitadores?». ¿Qué ha de decir que no sea un tejido de vulgaridades que no hay chiquillo estudiante que no pueda repetir, *que todo extremo es vicioso*? ¡Oh, Pedro Grullo de feliz memoria! Pero vamos a cuentas. ¿Con qué motivo se escribió el artículo *Romanticismo* ? ¿Qué antecedente inmediato lo ha motivado? O escriben ustedes por escribir, es decir el *arte por el arte*, y entonces son románticos, o escriben para servir a la ilustración, y entonces son unos pobres diablos, porque después que la *Revista de Valparaíso* ha analizado histórica y filosóficamente el romanticismo, el artículo del *Semanario* que no refutaba nada, era escupir al cielo. ¿Con qué fin se escribió el artículo romanticismo, pues? ¡Vamos, confiésenlo! ¿Se resisten, eh? Pues bien. Venga el

deponente y cómplice *Jotabeche*. El *Mercurio* es el romántico sobre quien llueven de una parte las burlas, de la otra los razonamientos, pero de una y otra las mismas doctrinas, los mismos principios; el uno ha visto en el teatro el galicismo personificado con su lenguaje mestizo, ha visto al afrancesado; el otro ha visto *bruler las intelectualidades* por los progresos *humanitarios*; el uno no entiende lo que va diciendo, y pregunta en qué castellano está escrita la *Revista*; el otro nota aquellos escritos llenos de frases ampulosas, pero vacíos de sentido común, con que el falso mérito pretende a menudo encontrar el difícil camino de la gloria; el uno dice que solo basta, para ser romántico, tirar tajos y reveses contra la aristocracia; el otro observa, que es el perpetuo destino de esta canalla (los románticos) no acercarse en lo bueno jamás a sus modelos, excederlos en lo malo.

Según, pues, estas declaraciones, resulta que es el *Mercurio*, y después de él la *Gaceta*, por afinidad, el blanco a donde se dirigían estos tiros, unos a las claras, los otros encapotados, cual píldora envuelta en insípida oblea. Probaremos ahora que estos ataques se fundan en la ignorancia supina de lo que es el romanticismo. Nos permitirá el *Semanario* que defendamos nuestras opiniones, aunque haya una buena dosis de arrogancia y presunción de nuestra parte en suponernos objeto digno de su persecución. Nunca persiguió el noble león a los insectos y alimañas.

«No ha mucho tiempo, dice el *Semanario*, que esta palabra romanticismo se repetía a cada momento entre nosotros, y sin que nadie entendiese su verdadero significado, oímos llamar románticos a los *escritos*, etc.» Y en efecto, en la *Guerra a la Tiranía*, en el *Elector*, y en varias publicaciones de ahora un año, vemos repetida con frecuencia esta palabra. Escribía artículos románticos Justo Estai y algunos otros, entre ellos hubo uno que atrajo un poco la atención, titulado *12 de febrero de 1817*. Los que blasonan ahora de literatos clásicos no

rigorosos, lo saludaron con el nombre de romántico, y no hallándole galicismos, lo declararon tolerable; otros lo hallaron bueno; y no faltaron algunos que lo aclamasen hermoso; lo cierto del caso es que a su autor le sirvió de carta de introducción para muchos. Pero vamos a lo que importa. ¿Era romántico aquel artículo? Que señalen en él los *seminaristas* los absurdos en que la *canalla* de los imitadores incurre. ¿Era tan romántico como ellos son clásicos ni literatos? Si a alguna escuela pertenecía es a la socialista, que no escribe para escribir como la romántica, ni para imitar maquinalmente como la clásica, sino para servir los intereses de la sociedad. El autor de aquel artículo echó un rayo de luz sobre un acontecimiento histórico y nacional; y describiéndolo por las sensaciones, despertó en todas las almas sensibles un sentimiento generoso de gloria, de patriotismo, de libertad; e hizo revivir aquellos tiempos de lucha, de combates, de emigración y de regreso a la patria, con todos sus colores y sus inefables alegrías. Imploró piedad por los héroes de la independencia que gemían en el destierro y en la desgracia, y logró conmover muchos corazones. El *Mercurio* siguió poco después una tendencia igual; y cuando hubo de tratar de cuestiones de partido, invocó principios democráticos en apoyo del que adoptó; combatió las tendencias retrógradas como las exaltaciones de un liberalismo que no tenía por base el presente, sino los recuerdos y las tradiciones de otra época, y con «frases ampulosas y desnudas de sentido común», logró que la multitud lo aplaudiese; sin duda, como dice el *Semanario*, por la misma razón que no lo comprendía. El caso es que por la misma coincidencia que ha hecho que el *Semanario* nazca cuando el *Mercurio* ponía en duda el saber de los pretendidos clásicos, muchos luminares de las prensa periódica se extinguieron antes de tocar en el horizonte, sin que ninguno, aunque no conviniese con sus doctrinas, le gritase entonces las verdades que ha tenido la mortificación de escuchar después. Es verdad que «como

nunca podrá, según el *Semanario*, existir una *fascinación duradera* en el espíritu humano, a no ser producida *por un mérito verdadero*, la efervescencia causada por la *novedad*, se disipa bien pronto, la severa razón vuelve a sentarse sobre su trono, pronuncia su fallo inexorable, y lo que arrancaba aplausos al principio, se mira luego con indiferencia; a la indiferencia se sucede la aversión o la burla, y últimamente el ídolo que recibiera los inciensos universales se sepulta en un olvido sempiterno». Rasgo lleno de verdad y que honra efectivamente al que lo ha envuelto en los pañales del artículo *Romanticismo*, para indicar con esa sola palabra cual era el tipo que describía. Las conversaciones particulares de los *seminaristas* confirman esta interpretación. Pero más completo hubiera sido el cuadro si hubiese añadido las palabras de una mujer alemana: «la multitud es hostil a la demostración *de las ideas nuevas*; el demostrador debe tener la paciencia y la vigilancia de la *defensiva*; una inalterable firmeza contra la tristeza, el aburrimiento y el disgusto que inspiran la astucia, la estupidez, la pedantería y la inmovilidad». Si tal hubiesen agregado, nosotros alentados por estas palabras consoladoras, habríamos exclamado cuando menos con un cierto escritor del siglo pasado: «es preciso en todo país dejar que hable la *canalla* literaria; sería mejor que no hablase; pero como no se le puede tapar la boca…».

Pero dejémonos de estas necedades. Nuestro único objeto era demostrar que en todos tiempos, en todas materias, hemos guardado una unidad de principios literarios que nos atrevemos a desafiar a todos nuestros denigradores que desmientan. Hemos sido siempre y seremos eternamente socialistas, es decir, haciendo concurrir el arte, la ciencia y la política, o lo que es lo mismo, los sentimientos del corazón, las luces de la inteligencia y la actividad de la acción, al establecimiento de un gobierno democrático fundado en bases sólidas, en el triunfo de la libertad y de todas las doctrinas

liberales, en la realización, en fin, de los santos fines de nuestra revolución. Dirá el *Semanario* que todo esto es una bambolla, que son frases ampulosas; pero que se guarde de atacarnos por esa parte porque no ha de quedar muy bien parado. Entre estas ideas tomadas *al vuelo*, como han dicho algunos benditos, y revestidas de frases ampulosas, tenemos la de propender a la igualdad, contribuyendo a la mejora intelectual de las masas; y si el *Semanario* tuviese principios, filosofía y respeto por el hombre, cualquiera que sea el punto de la sociedad de donde venga, no hubiera tenido la impertinencia de decir que un hombre no podía ser grande, porque nunca había sido más que un lacayo; es decir porque no había nacido grande de España, porque era del pueblo o porque no había recibido las borlas doctorales. Que recuerde el *Semanario*, lo que contestábamos al *Elector* y al *Liberal* en la polémica de elecciones sobre la falta de conocimientos y estudios que echaban en cara a uno de los candidatos, y verá desde entonces trazada nuestra escuela literaria. La rehabilitación de todo hombre por la capacidad que posea, capacidad de gloria, capacidad de talento, capacidad de industria, capacidad de influencia, capacidad de saber.

Que recorran todas nuestras publicaciones una por una, que vean lo que hemos escrito sobre teatro, es decir sobre el arte, y verán brillar en ello la antorcha que nos guía en todo; que lean algunas efímeras publicaciones, como el *12 de febrero*, el *5 de abril*, el *9 de julio*, el *25 de mayo*, y que digan los pretensos clásicos si alguna vez su corazón se ha conmovido para tributar a la libertad estos homenajes. Verdad es que dirán que en aquellos artículos *bombásticos* no hay tanta poesía, tantas imágenes, tantos sentimientos generosos como en un *suspiro y una flor o los versos a una madre*, que en la efímera prosa no hay poesía como en los amartillados versos. Que recorran nuestros artículos de costumbres y encontrarán en ellos estampado el mismo sello. Que relean, en fin, nuestros

pensamientos sobre política, y hallarán en todas partes la misma tendencia, el mismo fin, la mejora de la sociedad y el establecimiento de la libertad, y el triunfo del mérito tal como se presente. Después de eso, pásense la palabra para gritar y repetir, *ideas cogidas al vuelo*, *ideas cogidas al vuelo*.

Creemos lo dicho suficiente para hacer comprender al *Semanario* que estamos en guardia contra sus ataques; que no apreciamos sino como una pobreza su artículo *Romanticismo*; que negamos a su autor el título de literato que pretende, y que se lo hemos de hacer pedazos cada vez que se nos presente con insulseces de este género; que no tiene el *apostolado de redactores*, principios fijos, ni objeto común, y por tanto sus páginas han de ser una olla podrida en que haya de todo: romanticismo, porque no lo conoce ni por las patas; clasicismo por las palabras estéticas, las frases éticas y los períodos raquíticos de sus discursos y las ideas chochas y desmoladas que vierte; socialismo, porque hay algunos liberales entre ellos que tienen ideas más avanzadas.

Propagando en unos artículos ideas retrógradas, en otros ideas liberales, porque no hay comunidad de principios, porque al escribir no se propusieron, porque no pueden realizar, una idea útil a la sociedad. Todas las escuelas van a tener sus representantes; en cada página y en cada escrito hallaremos el caos de tendencias y de principios.

Ya verán nuestros adversarios que no podría juzgarse cuál es mayor si nuestra arrogancia o nuestra falta de comedimiento; pero hemos querido probar que estamos prontos a batirnos con todas armas; a bien que este es asunto de *estudiantes* en que nadie se interesa. Puesto que los proverbios sirven de reglas literarias, haremos presente que no nos hemos olvidado de aquel otro, el que dice lo que quiere, oye lo que no quiere. ¡Con que digan no más que estamos esperando ver por dónde revienta esa postema! ¿Desprecios y desdenes? ¡Puf!, ese es nuestro plato favorito. ¿Raciocinios,

ideas, luces? Las analizaremos. ¿Faltas de lenguaje? Tanto mejor, les probaremos que no conocen de la misa la media en filosofía del lenguaje; que no tienen estilo propio, que no lo han de tener jamás, y que mientras ellos pretendan representar la literatura nacional, no se ha de ver una chispa de pensamiento ni de espontaneidad.

Puede ser que cuando les hayamos batido bien el cobre, y hayan pasado los arrebatos y acaloramientos de una polémica literaria, entremos con la calma de la razón a manifestar cómo esos estudios podridos que llaman clásicos, y que no son más que atrasados, influyen en las opiniones del público y de los que piensan en el porvenir del país; cómo la falta de filosofía en los estudios, es decir, de aquella filosofía que tiene por definición: la filosofía es la ciencia de la vida, de aquella filosofía que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en las tendencias de los partidos, en la dirección de la política. Mostraremos por qué esa juventud tiene el corazón helado para todo sentimiento de libertad puro, sin ataque ni defensa de personas; por qué no simpatiza con la causa de los principios liberales; por qué no se mueve por ellos; por qué no vive de nada ni representa nada; por qué hace farsa de las loquerías de San Andrés, donde los principios que ellos representan juegan a la chueca con cabezas humanas. Entonces veremos en nombre de quién se ha levantado la inquisición política, y ahogado en sangre las luces, la libertad, la moda, el romanticismo, y todas esas bagatelas.

Mas para combatirnos ahora apelarán a ciertos móviles conocidos; suscitarán las preocupaciones retrógradas, y el nacionalismo tal como se muestra entre el vulgo español, exclusivo, iliberal; hablarán de que hombres de luces ya no leen como antes las páginas del *Mercurio*; apelarán a la autoridad de nombres respetables para envolverse; harán en fin todo lo que las pasiones mortificadas, el espíritu de cuerpo

hace y ha hecho siempre en iguales casos. Hagan lo que les dé la gana. Nosotros apretaremos el paso un poco, menudearemos nuestros golpes como cuando la polémica de elecciones, y confiamos, más en la bondad de nuestra causa que en nuestras propias fuerzas, que hemos de hacer revivir el brillo pasado del *Mercurio*, a expensas de nuestros adversarios, aunque después se siente *ostentosamente la razón sobre su trono y pronuncie su fallo inexorable*, y aunque *lo que arrancaba aplausos al principio, se mire luego con indiferencia*. ¡Escriban otro artículo *Romanticismo*, y vean en seguida dónde se sientan!

VII

Las intenciones del Semanario
(*Mercurio* de 30 de julio de 1842)

Un curioso hecho se hace notar en las publicaciones del *Semanario*, que nos trae a la memoria una época no muy remota en que tuvimos que combatir una rara preocupación que dominaba a todos los periodistas y panfletistas. Cualquiera que fuese el partido a que perteneciesen, cualesquiera que fuesen las opiniones que manifestasen, era la nación la que hablaba por boca de ellos, y la nación la que quería esto o lo otro; de manera que había tres naciones en una: una verde, una negra y otra blanca, y otra que no entraba en cuenta y era la más grande, que era la nación de los indiferentes, la nación de los que ni ganan ni pierden, la nación encargada de gritar: ¡murió el rey! ¡viva el rey! sea Pedro o Juan de los Palotes el que se siente en la silla. Ahora el *Semanario* es el representante del público; se ha cambiado la palabra y aunque el público recién empiece a tener noticia de que tal *Semanario* existe, el público y no los redactores juzga, aprueba o aplaude

sus producciones. Por ejemplo, querían en el primer número tirarnos un garbancito, y decían muy candorosamente: «no porque nosotros lo digamos, sino porque el público espera hallar en nuestras producciones escritos (y aquí le salían los colores a la cara al *Semanario*) de un interés menos efímero que los del *Mercurio*». ¡Oh!, es el público un mueble muy elástico y que se presta a todo lo que quieren hacer de él los que escriben.

Más adelante, querían hablar de nuestros galicismos, de nuestro lenguaje mestizo, ¿y qué hicieron?, criticar un sainete titulado *La francesa y el español* en el cual vieron el galicismo personificado. Y no es esto decir que el autor se hubiese propuesto pintar el galicismo, no; él ha pintado en las tablas un pobre francés; pero el público, ¡oh público útil para encubrir las ideas y designios propios!, el público no ha querido ver la caricatura del francés, sino la del afrancesado, es decir, el *Mercurio*. El público, que está tan interesado como los redactores del *Semanario* en hacer la guerra al *Mercurio*, y que se ocupa de galicismos y de frases ampulosas, es el que no quiere ver las cosas como son, y las ve como le conviene al *Semanario*; ve lo que el autor no ha soñado siquiera, lo que el Semanario desea que vea.

Pero a poco andar se le vieron las uñas al lobo. Luego no más se quitan la máscara y se desatan contra la empresa del teatro porque consiente, ¡oh escándalo! ¡oh abominación!, que unos nombres que el público no ha visto siquiera, estén escritos en francés. Desaparezcan, pues, *Uranie*, *Polimnie*, *Terpsichore*, etc., y leamos en su lugar, *Urania*, *Polimnia*, *Terpsícore*. ¡Qué bello rasgo de patriotismo! Mañana han de querer que se rompan todos los mapas de geografía que estén en francés, y se prohíban los libros que estén en francés, a fin de que el galicismo, el afrancesamiento, el horrible y abominable contagio del extranjerismo, no cunda.

De manera que habiendo necesidad de hacer algo, de decir

algo, ahí está don público prontito, saltando como perro de agua, mirando de hito en hito a quien tira la pelota para ir a recogerla.

Nosotros que no creemos en naciones, ni en público, traducimos todas estas frases de esta manera: los redactores del *Semanario*, quieren habérselas con nosotros, y se las habrán, porque el que ataca al can ataca al sabadán, y el público no se mete en esas niñerías; gusta que se rompan los cuernos los escritores, y sacar él solo la utilidad oyendo el pro y el contra de las cuestiones que se ventilan. Con que déjense de público los señores del *Semanario*, que nosotros también tenemos nuestro publiquito, diminuto, pero joven, ilustrado y amigo de su tiempo y de las cosas que no huelen a tocino rancio como el clasicismo.

VIII

Volvamos todos a la moderación
(*Mercurio* de 31 de julio de 1842)

Hemos terminado la discusión de una cuestión de literatura, a la que hemos dado todos los caracteres y la acrimonia de una cuestión personal. Cuando hemos usado de un lenguaje cáustico y descomedido con los que tienen o profesan diversos principios literarios que nosotros, nos creemos en el deber de satisfacer al público sobre los motivos que nos han echado en esta vía tortuosa y que conduce sin duda a extravíos muy deplorables.

El *Mercurio*, o sus editores, han resistido siempre a la tentación de volver agravio por agravio, y nadie puede desconocer una moderación que no se ha desmentido jamás. Si alguna vez se echó este diario en el tumultuoso mar de las

discusiones de partido, sus esfuerzos todos propendieron a sacar las cuestiones del campo de las personalidades; no atacó a ningún escritor como hombre privado, ni penetró más allá de los límites de la vida pública cuando se ocupaba de los hombres que representaban los diversos colores políticos; hizo más todavía, trabajó por todos los medios que el razonamiento y la sátira proporcionan a un escritor, para desacreditar en el público el lenguaje cáustico y personal de muchos periódicos de la época; y no ha faltado quien atribuyese entonces al *Mercurio* una saludable influencia para mitigar el ardor casi inevitable en las discusiones de partido. El *Mercurio* ha guardado siempre un silencio decoroso cuando han llovido sobre sus editores, no solo sarcasmos, sino injurias que habrían dado materia para juicios de imprenta. Existen en ésta comunicados que por decencia se han dejado de publicar. ¿Ha hablado alguna vez el *Mercurio* sobre educación primaria? Al momento han llovido sobre sus redactores ultrajes personales de un carácter odioso. ¿Ha escrito sobre literatura? Ha sucedido lo mismo. ¿Se ha organizado un nuevo periódico en la capital? Muy luego aparece la pretensión de concitar el menosprecio y la risa pública contra los editores del *Mercurio*. En un figurín ridículo de teatro, los editores del *Semanario* ven el *galicismo personificado*, el *lenguaje mestizo*, y eso a los 20 días de haber sido saludado el *Mercurio* con los mismos epítetos. Prevalece, pues, una falta de consideración entre los que escriben, un deseo de rebajarse recíprocamente que hace muy poco honor a nuestra prensa periódica; tanto más perjudicial cuanto que los escritores públicos están en América encargados de una alta misión civilizadora y social, y por miramiento al traje que revisten, más bien que por su importancia intrínseca, debieran conservárseles ciertos fueros y guardarse cierta mesura con ellos. Harto enojosa es de suyo la tarea para rodearla todavía de nuevas espinas.

El *Mercurio* ha querido una vez por todas salirse de madre,

y volver con usura los rigores y los menosprecios que se le prodigan, para hacer sentir una vez a sus contrarios todo lo que hay de mortificante en esos abusos de la prensa, y que la experiencia propia les dé una regla de la mesura que conviene en todas las cosas. Hoy sentirán, pues, lo que importa el axioma fundamental de la moral cristiana: no hagáis a otros lo que no quisierais que os hagan a vosotros mismos.

El Mercurio ha llenado un deber para consigo mismo; y sus editores han querido mostrar que también ellos tienen pasiones que soltar como perros rabiosos, desdenes que prodigar, y palabras descorteses que vomitar. La prensa periódica ganará mucho en ello, aunque los editores del *Mercurio* pierdan algo en la tentativa. Un hombre gusta más de ser aborrecido que despreciado, porque lo primero revela fuerza y lo último impotencia.

Ya es tiempo, pues, de que la prensa periódica entre en sus verdaderos límites, que los editores se olviden de sí mismos por ocuparse del público, objeto de sus trabajos. Esto y el convencimiento de que pueden coexistir doctrinas y opiniones contrarias, hará que se economicen artículos insidiosos o inútiles, alusiones y personalidades perjudiciales, desdenes y provocaciones infundadas. Muy ancho es el espacio de la inteligencia en Chile para que la emisión del pensamiento se dilate a su placer; ni es necesario que sucumban unos escritos para que tengan lugar y aceptación otros. Todos pueden vivir a un tiempo. El monopolio de las ideas y la uniformidad de opiniones no existe sino en las monarquías absolutas y en los países ignorantes, y Chile no es ni lo uno ni lo otro.

Respetémonos mutuamente, y no llenemos de escándalo al público, que necesita lecciones de prudencia en los que escriben y no el espectáculo de pasiones desenfrenadas; pero que este respeto sea mutuo, porque si un diario se contiene siempre en los límites de la moderación, y los *corresponsales* y los demás periódicos no lo hacen; si el uno sabe sufrir y los

otros herir; si el uno pide siempre misericordia y los demás lo hacen objeto de escarnio, entonces el público menosprecia al cobarde que, pudiendo, no vuelve los golpes, y se deja vilipendiar y estropear.

Necesitábamos hacer esta declaración al terminar una discusión que ha motivado mucha irritación. El duelo en Europa ha traído el inmenso bien de hacer a todos los hombres corteses, porque saben que a continuación de la última sílaba de un insulto o de un desdén, está la punta de un florete o el plomo de una bala. Nuestra polémica traerá también esas consecuencias. Nos respetaremos, y ande la danza.

IX

Segunda correspondencia de un imparcial
(*Mercurio* de 7 de agosto de 1842)

Acabamos de leer el número cuarto del *Semanario*, en que se les da una buena zurra a los diarios de Valparaíso por las publicaciones que han hecho en la cuestión del romanticismo. Apostaríamos a que no se quedan callados sus redactadores, porque, como dice Larra, para esto de contestar son muy bien criados los periodistas. Pero temiendo que tal vez vendrá recién rodando la contestación por la cuesta de Prado rogamos a usted se sirva insertar las siguientes observaciones a buena cuenta y sin perjuicio de las acciones que entablarán los interesados.

El *Semanario*, que fue quien dio origen a la cuestión sobre el romanticismo, que, con permiso de usted, ha aburrido a muchos lectores, es sin embargo, el mismo que después de haber alzado bandera de paz sus adversarios, se queda todavía en el campo, y les tira por la espalda con balas de cañón. ¡Pero

vea usted lo que es ser clásico! Todo esto hace el *Semanario* del modo más honesto y pacífico, sujeto siempre a las reglas del arte, y sin descomponer su grave semblante, ni alterar su acompasada marcha. ¡Estos malditos románticos todo lo dicen a gritos, y escriben siempre en ocho cuadros; así cómo no han de ser insultantes! Pero un escritor clásico llama *famélico* a su adversario con el mayor sosiego, le dice charlatán en cuatro palabras muy sonoras, sobre todo hace a un lado mañosamente la cuestión que se trata, y de este modo ¿quién no le ha de alabar su moderación? Los redactores del *Mercurio* y de la *Gaceta* son unos plebeyos, entre otros motivos porque dicen *cancha* en vez de *palestra*, faltando así a los respetos que se deben a unos señores que solo escriben en los breves momentos que les dejan de descanso sus atenciones. Son unos insolentes porque llaman ignorantes a unos patriotas; son, en fin, enemigos de la comunidad porque dicen sin empacho sus opiniones delante de los representantes de la juventud chilena. ¿No es verdad, señores redactores del *Semanario*, que ustedes nos representan?

Pero basta de ironías. La cuestión del romanticismo que se ha presentado entre nosotros como caída de las nubes, y que parece tan impropia en la época actual y en una ciudad tan positiva como Valparaíso, ha sido, sin embargo, de mucho provecho. Bajo la apariencia de una cuestión literaria, se han desarrollado principios sociales que le importa a la juventud estudiosa no perder nunca de vista; y se han despertado esas dos tendencias que se hacen la guerra en todas las sociedades, y que en la nuestra parecían estar adormecidas, a saber: la del *progreso* y la del *statu quo*. Por supuesto que ha habido golpes bruscos y sonidos ásperos tanto de una parte como de otra. Esto era natural, aunque no sea digno de alabanza; y por esta razón nos ha chocado sobre manera que en vez de ocuparse el *Semanario* de la verdadera cuestión, en vez de refutar las doctrinas de sus adversarios, y de hacer explícitamente su

profesión de fe, salga ahora haciéndose el ofendido, y guardando siempre silencio sobre la cuestión literaria. Extrañamos que aspire a la palma de la moderación sin aspirar al mismo tiempo a la del triunfo, o a la de la franqueza para mostrar sus opiniones; y crece nuestra sorpresa cuando consideramos que el *Semanario* tampoco puede exigir del público que le reconozca moderación, porque ¿cuál ha sido su conducta en la cuestión? Su primer artículo sobre el romanticismo, lejos de ser una explanación de esta escuela, y una justa apreciación de su mérito, no fue tal vez más que un pretexto para dirigir tiros personales que todo el mundo comprendió; al menos esta clasificación de ese artículo es la única que puede disculpar su superficialidad, y dejar bien parada la reputación literaria de sus autores. El segundo artículo que se registró en el número tercero del *Semanario*, no fue sino una pura sátira contra el redactor del *Mercurio*; y el que ahora nos ha venido en el número cuarto, aunque no es burlesco, es seriamente insultante. ¿Con qué títulos, pues, quiere el *Semanario* que se le tenga por moderado? ¿Con qué motivo prescinde de la cuestión después de haberla provocado? ¿Qué significa ese aire de importancia y ese tono de superioridad cuando no ha dicho hasta ahora una palabra sobre el asunto? Concluyamos. La conducta que hasta aquí ha observado el *Semanario* lo hace responsable del giro que puede tomar en adelante la cuestión. Él ha cortado la discusión literaria, fomentando al mismo tiempo antipatías; y ha privado al público de sus luces, sin acreditarse por eso en ningún otro sentido. En una palabra, si los redactores del *Semanario* no son en realidad retrógrados, al menos han cometido un error muy grave al principiar su carrera; error que lamentamos sinceramente y que deseáramos lo pudiesen corregir en adelante.

X

Conclusión
(*Mercurio* de 8 de agosto de 1842)

Hemos leído en el número cuarto del *Semanario* de Santiago un artículo *Semanario*, en que la comunidad reverenda, que supone sin razón que la odiamos, nos ha honrado con los más gratos recuerdos. El *Semanario* no es responsable de todo lo que ha escrito en sus números anteriores, puesto que en ninguno de ellos había puesto su razón periódica. En el cuarto número, y eso en la cuarta página, recién desciende la comunidad reunida a hablar al público bajo el epígrafe *Seminario*. Se nos viene a la memoria aquellas peleas de las mujeres del pueblo en las que después de darse sendos puñetazos y mesarse recíprocamente los cabellos, la más estropeada concluye con una descarga de denuestos sobre su afortunada antagonista, que diera margen a nueva y más cruda refriega, si no sintiese la tal lo indigno que es el meterse con barraganas plumas y gente ordinaria, «pues yo no soy como ella, la muy desollada, la… la…».

«El *Semanario* seguirá adelante su camino; cuando salga a la palestra un caballero (sobre todo si es grande de España), dará una contestación atenta; cuando el impugnador sea un hombre *de cancha*, un lacayo, un chuquiso, un plumo, un ordinario, desdeñará de combatir con él, el desollado, el famélico, el degollador, el…». Tiene razón el *Semanario*; sus redactores «no están en el caso de ofrecerse en espectáculo al pueblo como histriones de farsa». No; ellos son gente rica y acomodada, llevan una vida decente y recogida, y sobre todo son caballeros de muy noble alcurnia. Eso de ofrecerse en espectáculo como histriones de farsa, queda para los redactorcillos famélicos, a quienes se puede sin rubor y sin

remordimiento, por quítame allá estas pajas, sacar a la palestra con todos sus pelos y señales, con sus bigotes, la aldea donde nacieron, la presunción, la ignorancia, el extranjerismo, la casa en que viven, el salario que ganan. Ahí está *don Eleili*, el *Otro quídam* y los demás reverendos de la comunidad que les enseñarán cómo debe tratarse a toda la *canalla* de los imitadores de los románticos; gente ruin, gente *de cancha* que hace de los desdenes de los nobles su plato favorito, gente descarada que «no conserva sentimientos de delicadeza y de pundonor»; a esos sí, no haya miedo, escúpanles la cara, y cuando hablen de literatura y de idioma, sáquenlos de una pata a la palestra y díganle al público: *véanle la figura al que habla de idioma; ¿en qué aldea ha nacido este portento*?, que al cabo no tiene padre ni madre, ni perro que le ladre. Pero si acosado, cansado al fin de sufrir y de ser ofrecido en espectáculo como un histrión de farsa, agarra a su turno a uno del montón y lo hace presa de su diente emponzoñado, y le dice apretándole el gaznate: aquí me has de decir si sois hombre o sois mujer, y le hace echar tanta lengua; entonces, ¡ay, Señor de mi alma! ¡qué escándalo! ¡qué infamia! ¡que villanía!, atreverse el menguado, el famélico, el histrión, a hacer lo que nosotros no más tenemos derecho de hacer. ¿Quién lo ha autorizado al menguado a pagar en la misma moneda a los literatos como los *Quídam* y los *Eleili*? ¿Se olvida que esta no es su aldea, que debe andar como pollo en corral ajeno, con el sombrero en la mano, con la vista en el suelo?

¡Oh, es mucha ley del embudo, pues que la del talión es una barbarie inaudita, digna de tiempos oscuros! No sean benditos, señores del *Semanario*, que si no fueran caballeros de vida tan decente y recogida, les diríamos sin tantita pena que no sean zonzos. El *Mercurio* no se ha ocupado de personalidades jamás, y ustedes siempre; y aunque hombres *de cancha*, prometemos (*parole d’honneur*) probárselo, si dan sus nombres y nosotros los nuestros. Cuando el *Mercurio* ha usado un lenguaje

cáustico, ofensivo y mortificante, no ha designado persona, y tan bien le viene el sayo a uno de la comunidad como a otro; mientras que en la contestación tan decorosa que ustedes dan, como en los antecedentes artículos que tienen relación con el *Mercurio*, ustedes designan con el dedo, por todos los accidentes que pueden caracterizarla, la personan quien se dirigen; de manera que no hay perro ni gato en Chile que no sepa el nombre, la filiación, la procedencia y milagros de los redactores del *Mercurio*. Aun cuando imitábamos la táctica *inmoral* de nuestros adversarios, no hemos llegado a designar persona alguna, mientras que los del *Semanario* cuando afectan adoptar la que nos ha caracterizado siempre, descubren todavía la pata de que cojean. Lea cualquiera el artículo de fondo del *Semanario*, y hallará lo menos doce alusiones a persona determinada. Lean los más virulentos artículos del *Mercurio* y busquen una sola.

Pero doblemos esta hoja; reconozcamos mutuamente nuestros extravíos y prometamos la enmienda; porque sino volveremos a las andadas, y ¡vive Dios!… pero no, nada, nada, paz Señor, paz, concordia entre redactores cristianos, ¡aunque algunos sean mulatos!

¿Y qué me dicen de las derrotas sufridas en anteriores contiendas? ¡Oh!, estos *casteçaos* son *muita* cosa. Son incorregibles. Va sucediendo en Chile con el romanticismo lo que ha sucedido con ciertos escritos llenos de *frases ampulosas y vacíos de ciencia y de cordura, repletos tan solo de una presunción necia y de locuaz charlatanería*. ¿No lo ven?, y sigue todavía la cantinela con lo de *famélico*, y lo de *pluma tornasol de pavo real*, *fantasma hueca*, y *hombre de cancha*, y voto… ¡Quién pudiera dorarles el pico a estos jilgueros! Es verdad que seguros del triunfo entrarían en una polémica sobre el romanticismo; no precisamente sobre el romanticismo, porque están en acuerdo en muchas ideas, como la *Gaceta* que vino en apoyo nuestro con toda la artillería gruesa, los bagajes,

trenes y almacenes de guerra; pero sí en otra cuestión, sobre saber, por ejemplo, quién lleva una vida más decente y más recogida, quien principió con la táctica *inmoral*, dónde nació el *Mercurio*, quién lo parió.

Pero no hay que esperar enmienda. Son estos caballeros como aquella mujer que, no pudiendo decirle a su marido piojoso porque se estaba ahogando, sacaba ambas manos afuera del agua y le hacía con las uñas indicaciones bien claras de lo que ya no podían los labios pronunciar. Así está el *Semanario*; ya que lo zabullimos en el romanticismo, nos está haciendo con las manos: *vacíos de ciencia, repletos de charlatanería, famélicos de pan, frases ampulosas*. ¡Anda con Dios!

Pero, por la Virgen, dejémonos de estas cosas; ¡ya basta! No vuelva el *Semanario* a escribir sobre esta odiosa materia, porque, sin que esté en nuestra mano remediarlo, le hemos de contestar al canto, y para quitarnos de ruidos es mejor no acordase de que existe tal *Mercurio*, para que nosotros nos olvidemos que existe tal *Semanario*. El porrazo ha sido de aquellos que no se borran en seis meses; que para entonces, si vuelven a hablar de bigotes, nos llegará de Francia una magnífica carabina de doce tiros, cosa de que a la menor provocación le pegamos al apostolado, a la odiada comunidad, tal descarga que *pas un* no quede parado para contar el acuerdo [30].

Diálogo entre el editor y el redactor
(*Mercurio* de 27 de julio de 1842)

El sol iba ya a esconderse en el seno de las ondas del Pacífico que una siniestra brisa del norte empezaba a agitar; las aves marítimas anunciaban con su huida la proximidad de una borrasca; los buques anclados en la rada de uno de los puertos occidentales de la América del Sud se mecían sobre el turbado elemento; y el monótono silbo de los contramaestres llamaba a la tripulación para preparar las naves contra los embates del viento, cuya fuerza suele arrastrarlas, en despecho de las encorvadas anclas, hasta las peñas de la playa donde más de una se ha visto estrellarse en la oscuridad de la noche, haciendo saltar en el aire en horrorosa y confusa mezcla, astillas, agua, sesos y sangre.

Mientras en el exterior se preparaba esta escena, otra igualmente sombría tenía lugar en el recinto de una imprenta. Un hombre se paseaba agitadamente a lo largo de la oficina principal. A la luz de los relámpagos, cuyo fulgor instantáneo penetraba por las ventanas del norte, podía descubrirse la inquietud y el profundo descontento que se manifestaba en su semblante. Al menor rumor de pasos en la inmediata escalera, sus negras y pobladas cejas se fruncían, y sus ojos redondos y airados se clavaban en la entrada, como si esperase a alguien que le interesara demasiado. Una vez se presentó el regente de

la imprenta. ¿Qué se ofrece?, fue la inhospedable salutación que recibió.

—Señor, todo el trabajo está terminado; pero faltan dos columnas, y no hay material.

—¡Y que no caiga un rayo, voto a tal! Maldita profesión. Qué redactor del…

—Pero señor, por qué no…

—Retírese usted.

Y después de cerrar los puños y hacer estremecer el entablado de una patada, los paseos de un extremo al otro continuaban con mayor velocidad. Es imposible, continuaba en voz baja, acreditar de esta manera el diario. ¡Estos escritores de América! Y luego son tan… Pero el sonido acompasado de pasos que ascendían las escalas le interrumpió el hilo de su monólogo dejándole clavado en el pavimento, los brazos cruzados, los ojos de nuevo fijos en la puerta. Un hombre penetró por ella embozado en la capa hasta los ojos.

—Habrá usted ido a darse un paseo por el Tivolí —le dijo el primero con una compostura de semblante, con un esfuerzo amargo de sonrisa civil, que no era parte a encubrir la cólera, el reproche y la ironía que encerraban estas cortas palabras, al parecer amigables.

—No; he estado durmiendo —fue la indiferente contestación arrojada de paso, al dirigirse a un sofá, que estaba en el extremo opuesto.

—¡Durmiendo! —murmuró el primero, con una prolongada interjección a dientes apretados, con que los españoles expresan sus más fuertes emociones, y que la hipócrita cultura del lenguaje escrito se niega a admitir—. ¡Durmiendo! —y sacudía la cabeza siguiéndolo con la vista hasta el momento en que el otro se arrojaba sobre los almohadones de crin, siempre embozado y en ademán de entregarse de nuevo al sueño. Un relámpago habría diseñado en este instante en las facciones del

que estaba parado la rabia de un demonio; pero ni sobrevino un relámpago, ni podían discernirse las fisonomías a la moribunda luz del crepúsculo.

El recién venido era un joven de apariencia desapacible, una de tantas fisonomías mal bosquejadas, que rara vez atraen las miradas de las bellas; que llevan un sello de reprobación para el mundo de los placeres; y que fuerzan a los que la llevan a reconcentrarse en sí mismos, a estudiar la sociedad, a observar y pensar. Por lo demás, facciones raras, ceño pronto a fruncirse a la más leve impresión, frente desigual y prematuramente surcada de arrugas, más bien que rastros de la edad, estragos de los combates del corazón, del espíritu, y de las pasiones acaso. Era, en fin, el redactor del diario. Era el redactor del diario que aquel día no había entregado material, con harta mortificación del editor, a quien hemos visto pasearse inquieto y contrariado por esta inoportuna falta.

Después de un momento de silencio y de algunos paseos, el editor dijo, paseándose siempre y como si no se tratase más que de hablar de algo.

—¡Ha visto usted qué tiempo! ¡Tendremos averías esta noche!

—De lo que me alegraría mucho.

—¡Es buena!

—Tendríamos mañana materia para un artículo lleno de detalles horrorosos que llenaría tres columnas y haría andar el diario de mano en mano.

—Pero hombre, ¡qué! ¿falta sobre qué escribir?

—Que interese, no sé sobre qué.

—Quizá por eso no ha mandado usted nada hoy, y faltan dos columnas.

—Ponga usted en ellas biografías.

—Pondré que el redactor ha estado durmiendo, si usted

gusta; que se quedó dormido pensando en qué escribir que interesase.

—Ponga usted lo que le dé la gana. ¿Sobre qué quiere usted que escriba? ¿Sobre caminos? ¿sobre policía? ¿sobre teatros? ¿sobre política? ¿sobre qué? ¿Cuáles son los intereses que se agitan? ¿Cuáles las cuestiones que se ventilan? ¿De qué quiere usted que viva la prensa? ¿De andar recogiendo la basura de otros diarios y de biografías? A más de eso, no todos los días está uno para escribir y hoy he amanecido con un humor de perro. Y luego trae tantas amarguras el escribir.

—Podemos mañana decir eso, que ha estado usted con un humor de perro. Porque, dejémonos de tonteras, faltan dos columnas, y no hay materiales. Un diario consume; es la boca hambrienta de un estómago estragado; tiene hambre, devora y nunca se sacia.

—¡Siempre escribir! Sí; un diario será todo lo que usted quiera; pero para quien lo lleva es un tablado en que a cada momento está expuesto a la vergüenza pública; un diario es un teatro en cuya platea todos tienen el derecho de silbar al protagonista, con la diferencia de que en los teatros comunes silba el público, y aquí insulta el primero a quien se le ocurre hacerlo; allá se contentan con silbar, aquí le escupen en la cara en presencia de un pueblo entero. En el teatro se reciben aplausos que compensan, en el diario nunca se ve una palabra de aprobación. En aquel se alcanza verdadera gloria, en este la única a que es dado aspirar, es a la de saber arrostrar la afrenta con moderación; así se llama esta rara y cobarde virtud del diarista, ¡moderación! La vida del teatro empieza a ser acatada y honrada, por más que preocupaciones añejas afecten menospreciarla; la vida de la prensa periódica es altamente vilipendiada, no obstante el alto honor que en términos generales se finge prodigarle. ¡Escribir para los diarios entre nosotros! El que escribe un libro puede cerrar con confianza los oídos a la crítica, no pasará mucho tiempo sin que el

criterio público le haga justicia; el que escribe un periódico ni esa esperanza tiene, sus más brillantes escritos como los menos interesantes, mueren con el día en que ven la luz. El diarista es anónimo, como son anónimos los que le ultrajan; pero la bofetada que según las reglas de la decencia periodística, debe recibir sin pestañar, la recibe en público, y aunque no se conozca la mano que la da, nunca deja de saberse cual es la mejilla que la recibe; y el que por no aparecer incivil y acaso por falta de ánimos, no osaría faltar a la más insignificante de las ritualidades de la cortesía para con el hombre más despreciable, ni escrúpulos se le hace vomitar dicterios contra un diarista. La profesión del diarista es en último resultado una profesión infame, y conocer la infamia y no evitarla es ser infame realmente, es merecerla. ¡Y escriba usted así! Escriba cada día y sobre cada palabra que empieza a circular en el público, y dele usted vida y animación. Ponga usted al frente de su artículo, *correos*, y con esta palabra llene dos columnas sin repetir lo que ya se ha dicho, porque le gritarán plagiario, sin sustraerla del interés del momento, porque nadie lo leerá; sin detenerse a pensar un momento, porque pasará la oportunidad; sin que le falte una coma, porque le gritarán ignorante, escritorcillo. Escriba usted con independencia y con la mira de ser útil, y le lloverán dicterios…

—Pero, amigo —le repuso el otro que se había parado a oír a su interlocutor—, permítame que se lo diga, es usted un poco bilioso para escribir, y luego toma las cosas tan a pecho, usa usted de tanta franqueza en emitir sus pensamientos. Es preciso andarse con tiento, y no contrariar a nadie. Si usted se llevara de mi consejo…

—Haría una tontera. Valdría más no escribir nada. Quisiera usted que pactase con todo, que no tuviese opinión propia, que no atacase todo extravío y toda preocupación, que el diario se convirtiese en un coro de aplausos y de encomios que a fuerza de repetirlos harían dormir a la vanidad más necia.

—Pero se puede decir lo mismo con suavidad y mesura.

—Sí; querría usted que el trabajo de la prensa periódica fuese como un raudal manso y apacible, que vaya besando tímidamente los pies a las malezas que lo cercan; que evite los escollos, vuelva hacia atrás y se pierda en rodeos y revueltas, por falta de energía para arrostrar los obstáculos. Pero ríase usted de eso. En los campos que riega el pensamiento, como en los de la naturaleza, esos raudales contemplativos no tienen un fin conocido, corrompen todo lo que tocan, cubren la tierra de ciénagas y de putrefacción y mueren al fin, después de haberlo pervertido todo en la estancación y en la nulidad; en lugar de que aquellos que acometen osadamente con las resistencias y se estrellan contra las rocas, las conmueven al fin, las arrastran, las liman lentamente, le quitan sus asperezas, y despejando así su alvéolo, van derecho a los mares, fertilizando todo lo que tocan a su paso, derramando la vida y sirviendo de canales de civilización y de comercio. Escribir para escribir, es la profesión de los vanidosos y de los indiferentes sin principios y sin verdadero patriotismo; escribir para insultar es la de los malvados y la de los estúpidos; escribir para regenerar es el deber de los que estudian las necesidades de la época en que viven.

—No es mala la comparación, pero me faltan dos columnas para el diario de mañana, y si usted quisiera…

—¿Me sacará usted de paciencia, ¡voto va!, y me hará maldecir de mi suerte y de la enfadosa profesión que ejerzo? E incorporándose y poniéndose de pie, echándose la capa bajo el brazo, ¿sabe usted, continuó, todo lo que hay de amargo en encontrarse solo en la tierra, sin antecedentes, sin porvenir, en medio de una sociedad que lo rechaza de todas partes; sin que una afección tierna siquiera penetre con sus miradas de simpatía hasta el fondo del corazón que se siente irse helando poco a poco, secándose a fuerza de estar cerrado a los afectos que ligan a la generalidad de los hombres con la sociedad en

que viven? ¿Sabe usted lo que es verse hecho el blanco de calumnias odiosas que no atacan los escritos sino la moralidad privada del escritor? ¿Sabe usted lo que es vivir en un mundo ideal, en un mundo de ilusiones fantásticas, explotando diariamente el campo de los principios sociales, arrostrando odios vulgares, recibiendo punzadas, a trueque de servir con provecho la causa de la regeneración de las ideas y de las costumbres? ¿Sabe usted lo que es amar la libertad como a una querida doliente y enfermiza, y verla zozobrar allí, caer acullá, y oír cada día que trascurre el ronco retumbar del edificio que se desploma, sin poderle prestar ayuda, sin poder pedir socorro en favor de los que perecen, perdiendo una tras otra toda esperanza de salvación, y viendo surgir sobre los abismos en que se sepulta, un despotismo asiático, que cuando se haya establecido tranquilamente, secádose la sangre en que hoy nada, servirá de modelo y suscitará imitadores por todas partes? ¿Sabe usted cuánto desconsuelo trae simpatizar con la juventud, propendiendo a elevarla siempre a la influencia inteligente, en países conmovidos y en los que el verdadero saber está en proporción de la distancia en que las ideas y los hábitos se hallan del antiguo sistema, excitándola siempre a emprender los trabajos que la pertenecen, y recibir por toda contestación ultrajes personales, e interpretaciones que revelan malquerencia e injusticia?

No ha mucho que cierta polémica conmovió a una parte de la sociedad en mi contra porque no me tembló la mano al escribir verdades útiles. ¿Cuál ha sido el resultado? A los pocos días apareció el prospecto del *Semanario* de Santiago y muy en breve verá el público el de un diario que hacía tan notable falta. La historia del movimiento literario dirá alguna vez qué causas sugirieron el pensamiento de esas publicaciones; pero los presentes tendrán buen cuidado de ocultárselo a sí mismos, y de llover dicterios sobre el que los ha promovido.

Un momento de silencio sucedió a este desahogo acalorado.

El editor se había quedado parado, pensativo, inmóvil. Al fin dando algunos pasos, dijo: yo también he vivido en un tiempo de esos ensueños de regeneración y libertad. He combatido, me he sacrificado, me he arruinado, y al fin me ve usted aquí arrojado de mi patria a dos mil leguas de distancia, desengañado y aprendiendo en la ruda escuela de la experiencia a tomar la sociedad como es y los sucesos como vienen. No creo en nada, no espero nada, y no pienso por tanto sino en mí mismo… Pero dejemos esto que me tiene afectado, y llene sus dos columnas como Dios lo ayude.

Los amores del poeta

Drama de Carlos Bello

(*Mercurio* de 1° de septiembre de 1842)

El domingo 29 una inmensa concurrencia se dirigía ansiosa y animada al teatro de la capital, la plazuela de la Universidad estaba obstruida de rodados; la distribución de lunetas se hacía difícil por la demanda misma, y la inquietud del público hubiera querido dispensarse de las melodías de la orquesta a trueque de ver cuanto antes levantarse el telón. Había una pieza nueva, y *Los Amores del Poeta* eran un primer paso que el ingenio nacional daba en la difícil carrera del drama. Íbamos a gozar el placer, por desgracia harto raro en nuestros teatros, de dividir nuestro interés entre el autor y los actores, entre las ideas y el espectáculo. *Los Amores del Poeta* se presentaban como el prólogo de la naciente existencia de una literatura nacional. Si la primera manifestación era desgraciada, fuerza era abandonar por un tiempo la esperanza de gozar de nuevas creaciones de ingenios chilenos. Una esperanza burlada, un mal éxito en los principios desalienta a los que pudieran seguir los pasos del que tomó la delantera. Por fortuna la representación de *Los Amores del Poeta* ha dejado satisfecho al público, y su autor recibido por recompensa aplausos tan cordiales como merecidos. La prolongada exigencia de los espectadores por conocer al autor fue satisfecha, y la ovación que el entusiasmo de sus conciudadanos ha acordado al

estimable joven don Carlos Bello, es un estímulo para nuestra juventud y un lauro que adorna las sienes del joven literato. Le saludamos nosotros cordialmente, y le envidiamos el goce supremo que le estaba deparado.

No es nuestro ánimo hacer la crítica de la interesante composición. El arte entre nosotros es un niño que marcha con vacilante paso, y la crítica misma, esta dirección tan fácil en otras partes, es todavía un poco empírica, y por tanto brusca e insegura. No se manosean las flores, ni van a contarse sus pétalos para ver si están cabales. Se goza del perfume que exhalan y del bello colorido que las engalana. *Los Amores del Poeta* son una verdadera flor, que ha echado la tierna planta de la literatura nacional, acerquémonos a ella con el temor de ajarla y de malograr el fruto fecundo que encierra en su seno. Esto no quita al hablar de su mérito, abramos juicios que en nada la deslucen; pues que ni la perfección en el arte dramático es nuestro lote, ni las obras de los mayores ingenios contemporáneos están exentas de defectos. Ni haremos al joven Bello el disfavor de negarle la franca manifestación de nuestro sentir, empeñándonos en hacer resaltar las bellezas de su trabajo, y al mismo tiempo apartando los ojos con estudiado disimulo, y como si temiéramos ofenderle, de aquello que no excita nuestra aprobación.

Antes de hablar de los personajes, diremos algo del lugar de la escena, que se pasa en Francia y no en Chile, entre franceses y no americanos. Tributo que sin pensarlo pagaremos largo tiempo a la literatura de aquella nación, de donde sacamos nuestro más sustancial alimento, prueba más que irrecusable de que el día que se alce en nuestro horizonte el astro de la verdadera literatura nacional tardará mucho todavía. Nuestra civilización es europea; pensamos y sentimos con cabezas y corazones europeos. El duelo francés, el Napoleón y las guerras francesas, nombres y costumbres francesas, forman el lazo y los nudos que atan esas varias

escenas de *Los Amores del Poeta*. ¿Por qué consagrar lo más florido de nuestros pensamientos para revestir con ellos a una nación que desdeñaría nuestros aplausos mismos? ¿Por qué trasladarse a un suelo extranjero a sentir y manifestar las más dulces emociones que pueden agitar un corazón noble? ¿Por qué, en fin, desdeñar esta tierra que también tiene flores que coger, si bien un tanto agrestes, pero que elegidas con discernimiento, pueden servir para entretejer muy bellas y vistosas guirnaldas? La lucha de la independencia ha dejado muchos de esos soldados, como Fiercour, que no conocen otra galantería que torcerse los bigotes, ni más medios de ganar un corazón que amenazar con el filo del sable a los que quieran disputarlo. Fiercour es en eso más americano que francés, aunque sea de los tiempos del imperio. Ni mujeres oprimidas nos faltan, ni el poeta se haría desear, si tomamos en el poeta, como el autor lo ha tomado, al joven de talento que tiene un corazón apasionado que consagrar a la libertad y a la belleza. Pero en lugar de hacer lo que nosotros hubiéramos querido que hiciese, hizo el joven Bello lo que él deseaba hacer, y sin duda que no nos sentimos inclinados a disputarle el derecho de elegir. Quisiéramos no obstante, que si, como lo desean todos y lo esperamos nosotros, nos arroja otra vez otro puñado de flores, las coja en el suelo de América y no pase los mares, que hartas y no siempre lozanas nos viene de aquellas tierras remotas.

La composición, o el esqueleto del drama, es sencillo; americano también en esto; nuestra vida presenta pocas veces la complicación de sucesos, ni la sutileza de las intrigas que forman la vida de las sociedades viejas. Por esto la exposición ha parecido larga, y aun pesada, pues que tenía necesariamente que echar un cimiento, tan indispensable en un edificio pequeño como en uno grande; pero una vez concluido, el edificio se eleva rápidamente, y siendo cortos los materiales acumulados, y poco numerosa la familia, es preciso techarlo

luego, arribando como de carrera a un desenlace que no puede demorarse. Nada de esto hubiera sucedido, si su escena la hubiese puesto por estas inmediaciones como se lo decíamos nosotros, si su matón lo hubiese tomado de nuestro ejército, y si su intriga la hubiese sacado del fondo de nuestra sociedad. Pero, no señor, se le antojó irse con su bella imaginación a andarse calavereando por Francia, y con el caudal que aquí entre los suyos habría sido rico, se fue allá a parecer pobre y poco avezado en los manejos, usos e intrigas de aquellos pueblos decrépitos y de gustos estragados. Nadie se lo pudo quitar de la cabeza, y se fue nomás, como el pichón de Lafontaine a correr, dizque, tierras, dejando a su consorte, que lo arrullaba cariñosamente. Déjenlo al ingrato con su tema.

El carácter de Fiercour es, si bien excepcional, muy natural sin embargo; la intermisión de Dorman necesaria; y la mujer, es la mujer nuestra, como la francesa, colocada cualquiera de ambas en la posición de Matilde. ¡Es tan natural en la mujer dejarse amedrentar y tiranizar por la porfía de un hombre audaz y obstinado! ¡Hay tanto desamparo para una viuda joven aun en el interior de su propia casa! ¡Y luego un convento, presenta tantas apariencias de seguridad contra las persecuciones de un amante que se ha erigido en tirano y en verdugo! Pero no, que aún no está segura allí; entonces la tumba; sí, *la tumba es fría; pero tranquila y segura*; bello concepto sugerido por la desesperación y el desaliento; triste consuelo del que ha abandonado a su pesar toda esperanza de felicidad.

Pero se nos queda el héroe, Gressey, con su amor tan reconcentrado, con esa enfermedad que destruye el cuerpo, como el fuego lento de una hoguera que, por no poder exhalarse exteriormente, está calcinando las paredes que la encierran. Gressey, que, como un americano, no sabe manejar el florete ni la pistola; pero sabe arrostar con frente serena la muerte, sin desesperar de darla también a su enemigo;

Gressey, tan apasionado y tan respetuoso, y cuyas quejas, no obstante la vehemencia del sentimiento que las inspira, no van hasta querer suscitar el remordimiento, ni la vergüenza en el corazón de la persona amada; Gressey, en fin, a quien solo aguardan días sin aurora ni luz, noche sin sueño, tormentos sin tregua, una existencia toda sin amor… es la joya más bella que el joven dramatista ha engastado en su diadema.

Completaremos estas observaciones de detalle, por donde otros acaso habrán empezado, dejando a cada personaje en el lugar en que el dueño los ha colocado. Gressey es un joven poeta enamorado de Matilde de Edmonville, joven viuda a quien corteja un espantable gayan de soldadón, que la custodia y oprime; el cual instruido de la preferencia que Matilde da a Gressey, consiente en dejarle vivir, a condición de que aquella le despida por medio de una carta, que él mismo le dicta. Gressey, viendo en el repentino desvío de su amada la obra de Fiercour, jura vengarse y lo provoca a un desafío; pero un desafío en que nada vale ser muy diestro en las armas, pues que es a muerte, dos pasos de distancia y una sola bala para ser disparada. Gressey quiere aprovechar los cortos momentos de que aún puede disponer para ver por la última vez a la amada ingrata que lo ha despedido de su casa, y recibe la declaración de un amor que solo es inferior al suyo. La hora convenida para el duelo suena, y el honor y la venganza lo arrastran a morir amado o a matar, para gozar de la que ha saboreado anticipadamente. Un tiro de pistola anuncia la catástrofe, y a la desesperación de la hermosa y desconsolada viuda, se suceden los transportes de la dicha de poder amarse sin zozobra, libres de la odiada presencia de un competidor y un amante temible. He aquí toda la trama, limitada y desnuda de acción, si se quiere, pero rica en bellezas de detalle, en sentimientos elevados y en afectos profundos y hondamente sentidos. No; en eso de sentir y sentir con verdad y elevación, el joven Bello ha descubierto un riquísimo tesoro, que bien

explotado, pudiera hacer la fortuna de muchos codiciosos. Hay secretos del corazón que ha sorprendido nuestro artista, que la filosofía no habría desdeñado como sus más bellas concepciones. La mujer que teme no encontrar a su amante en el cielo, es la mujer cristiana que quisiera la felicidad en la otra vida, de la única manera que sabe concebirla y gozarla en esta, es decir, amando y proponiéndose amar eternamente. La descripción de Granada está llena de sentimiento y poesía; las ideas de Gressey sobre el duelo, la muerte, Napoleón, la guerra, son las que abriga todo corazón generoso. ¿Porqué ciertos aristarcos en el teatro, estorbaron que se aplaudiesen aquellas amargas palabras, sobre la carrera y el uniforme militar?

¡Habrase visto picardía! ¡No queréis que palpite de gozo el corazón al entregarse al dulce ensueño de ver un día desaparecer la guerra del haz de la tierra, y que se mire con horror a los que hacían profesión de matar hombres! ¿No queréis? Pues bien, yo quiero aplaudir más alto que lo que puede alcanzar la voz humana, la filantrópica, caritativa y humana prevención de Gressey contra la guerra y las casacas, a no ser que luchen por la libertad; para lo que no se necesitan soldados, sino pueblos llenos de su santo espíritu.

El lenguaje de *Los Amores del Poeta* tiene toda la naturalidad y desaliño artístico que conviene al drama, y toda la armonía, al mismo tiempo, de una prosa poética. Las palabras y los acentos hieren los oídos como el susurro de una ligera cascada, los cantos de las aves y el sonido de las hojas que agita la blanda brisa de la tarde. A fuerza de bellezas de estilo, de imágenes, que como espejos ustorios reconcentran en un punto luminoso todos los rayos de una idea; a fuerza de seducciones, y de fascinarnos con pensamientos bellísimos e ideas que nos sorprenden o nos halagan, el joven Bello ha conseguido tenernos sentados en nuestros asientos, los ojos fijos, deprimido el aliento, y la boca entreabierta, sin echar de

ver que sus personajes se movían poco, que las primeras escenas se andaban con pereza, no obstante que la aparición del coronel daba ya al primer acto cierta tintura dramática que hasta entonces no había tenido. ¡Lo qué pueden las agradables mentiras!

En fin, añadiremos por conclusión, que *Los Amores del Poeta* leídos alrededor de la confortable chimenea, sorbiendo de vez en cuando un trago de té, y teniendo por auditorio a jóvenes inteligentes y señoritas que se pican de sensibles, proporciona el rato más delicioso que es posible disfrutar.

Se lo recomendamos a todos los que como nosotros, puedan hurtarse un ratito la pieza manuscrita, y escabullirse con ella en el bolsillo.

Las fiestas
del 18 de septiembre en Santiago
(*Mercurio* de 25 de septiembre de 1842)

Las manifestaciones de regocijo público que hemos presenciado en Santiago con motivo de la celebración del 18 de septiembre de este año, nos van a hacer escribir algunos renglones, no tanto para describirlas, como para comunicar las impresiones que hemos recibido.

No entraremos en detalles sobre el *Te Deum*, sobre las vulgarísimas exhibiciones pirotécnicas en la plaza principal, formación de tropas, paseo a la Pampilla, y demás diversiones y ceremonias de regla en todos los aniversarios que nadie ignora. Solo hablaremos de la mayor ostentación que ha hecho en estos días la capital de su creciente cultura y prosperidad, y de las nuevas galas con que se ha presentado en bailes y paseos.

Es en estos lugares y en estos días donde se conoce el grado de civilización a que ha llegado Santiago. En la tarde del 17 ofrecía la Alameda un espectáculo digno de una capital europea. La concurrencia era inmensa, y la espaciosa calle de la Cañada, parecía estrecha para tanto carruaje que iba y venía, tantas cuadrillas de a caballo y el numeroso concurso de gente a pie. Mientras se paseaban alegremente por las calles centrales de la alameda las parejas de señoras y caballeros, vestidos todos con la mayor elegancia, una espesa y dilatada

línea de carruajes se extendía a lo largo del costado de los álamos, donde estaban dejándose ver muchas bellas en clase de espectadoras. Se hizo notable el brillante coche del Presidente de la República, tirado por seis hermosos caballos, y conducido por jóvenes vestidos de cazadores a la inglesa. La escolta que lo acompañaba, llevaba un lujoso uniforme; pero, preciso es decirlo, esta escolta con los sables desnudos y en medio de un pueblo pacífico entregado a los placeres, formaba un contraste, que aunque brillante para lo general de los concurrentes, debía desagradar a los amigos de las formas democráticas.

En los costados de la Alameda y en los lugares por donde pasaba la concurrencia que vuelve de la Pampilla, es donde se ve verdaderamente al pueblo chileno. Al lado de los brillantes carruajes ocupados por elegantes, se ve un pesado carretón arrastrado por bueyes, que muestra por sus anchas bocas mujeres de tostado rostro que ríen y cantan, al son de la vihuela, canciones nacionales, y que hacen recordar la alegría y desenvoltura andaluza. Y al lado de una cabalgata de caballeros vestidos a la europea, se ven otras con el original avío chileno en toda su exageración; pero todos luciendo los hermosos caballos del país y satisfechos de llamar la atención. En fin, en la vasta reunión de objetos tan variados que presenta la Cañada en estos días, y en su animación y movimiento incesante, hay una verdadera novedad, y un no sé qué particular que solo habla al corazón de prosperidad pública y del bienestar de los habitantes. Esa multitud de sensaciones que generalmente se experimentan en las numerosas reuniones y que no producen sino un sentimiento vago e indefinido, concurren esta vez en un solo punto, y dejan en el fondo del corazón un solo sentimiento: el de la prosperidad del pueblo chileno. ¡Cuántos proscriptos de las repúblicas hermanas, y asilados en Chile, habrán exhalado involuntariamente un suspiro en medio de la alegría general, al comparar este país

tranquilo y feliz, con su desgraciada patria!

Pasados los tres primeros días que son de paseo y de movimiento, dieron principio los bailes con uno que tuvo lugar en el teatro el martes por la noche.

Ha sido una idea feliz y un paso de adelantamiento, la trasformación que se ha hecho de la platea del teatro en un salón de baile. Este hermoso local fue estrenado de un modo digno, porque además del desahogo con que admitió una numerosa concurrencia, hicieron todo su efecto las decoraciones con que se le había adornado. Los colores nacionales brillaban en todos los tapices y colgaduras, y el salón presentaba una vista magnífica. La concurrencia fue numerosa y escogida, y reinó en ella el mayor orden y animación. Los otros dos bailes que deben darse en el mismo local, completarán a satisfacción del público las diversiones del 18 de septiembre de este año.

No debemos omitir ahora una observación que domina a todas las demás que puedan hacerse en los días del 18, y que tiene un interés particular. Tal es el ver la alteración que ha sufrido esta fiesta nacional con el trascurso de los años. En sus principios debió ser una fiesta enteramente patriótica, y por tanto, debía tener mucho de oficial. Pero a proporción que se han ido debilitando los gloriosos recuerdos del año 10, y de la guerra de la independencia, se ha hecho más popular nuestro aniversario, y ha perdido al mismo tiempo mucha parte de su carácter político. Esta fiesta es hoy una fiesta verdaderamente nacional, en que se sacude en masa todo el pueblo, y en que se afana por gozar desde el miserable gañán hasta el opulento hacendado. El pueblo no mira ya en este día, un día de recuerdos y de homenaje a nuestros héroes; sino un día de gozar, un día suyo que nadie le puede quitar, y que ya es una necesidad para él. Nos han dicho que esos que injustamente llamamos rotos, se mostraron altamente desagradados en la noche del 17 porque los fuegos no estuvieron buenos; como si

los fuegos formasen un derecho político o envolviesen una de esas cuestiones de salarios o de pan que suelen agitar a *John Bull*. Este sentimiento tan popular, basta que sea tal, para que merezca fijar la atención y servir de base a una institución de grandes consecuencias. ¿Qué eran los juegos olímpicos, ese bello pasatiempo de los griegos, en que se premiaba la fuerza del cuerpo y la virtud del alma, sino una fiesta nacional? Sin embargo, ella daba tal vez más guerreros a la Grecia que la mejor de nuestras escuelas militares, y más patriotas y buenos ciudadanos que todas nuestras leyes de educación. Como esa institución no podía acomodarse a los grandes pueblos, sino a los países nacientes, las naciones modernas de la Europa no han conservado de ella sino un recuerdo parcial; tal es el premio que reparte la ciudad de Londres y otras capitales a sus mejores artistas. Pero entre nosotros sería de la mayor utilidad una institución que tuviese por objeto estimular el talento y el amor a la gloria en las clases más bajas de la sociedad, y el 18 de septiembre se brinda perfectamente para servir a este fin, sin perder nada de su carácter patriótico. La fiesta que se celebra en este día, hasta ahora no es más que una fiesta sensual, en que solo se satisfacen y promueven los instintos groseros; la virtud y el talento y el amor a la gloria, no tienen parte alguna en ella. Recién en este año hemos visto algo que salga de esta clasificación en el certamen literario abierto por una sociedad particular. ¡Pero cuánto más no podría hacerse! ¡Cuán fácil no sería al gobierno realzar gradualmente los placeres de este día, dándoles un objeto de utilidad pública! ¡Qué! ¿No será tiempo aún de dar un poco de alma a nuestro pueblo grosero y de dirigir sus inclinaciones a un noble fin? Renovar a imitar los juegos olímpicos, es una idea ambiciosa que a muchos parecerá un imposible; pero establecer premios el 18 de septiembre para el que sobresalga en las letras, en las artes, y sobre todo en aquel género de talentos a que puede aspirar la última clase del pueblo, es una cosa bien fácil de

ejecutar. Que se comience una vez por algo siquiera, y cada año se irá ensanchando una institución tan ventajosa, y sus resultados excederán tal vez a nuestras esperanzas.

He aquí las consideraciones a que nos ha conducido involuntariamente el aniversario del 18 de septiembre, dignas por cierto, de formar por sí solas un asunto separado, y de ser tratado con mayor extensión. Pero no es esta la oportunidad de hacerlo.

Reminiscencias
de la vida literaria
(*Nueva Revista de Buenos Aires*, 1881)

Escribieron al autor de estos apuntes casi a un tiempo, luego después de la muerte del ilustre hombre de estado de Chile, don Manuel Montt, tanto su hijo don Pedro, distinguido *debater* de la Cámara de Diputados, el señor Balmaceda, ex-plenipotenciario en la Argentina, y la señora de Toro amiga de la familia, que la víspera de morir, mostrándose muy alegre y comunicativo el enfermo, les entretuvo largamente contándoles las aventuras de su viejo amigo Sarmiento en sus primeros años de vida política y literaria en Chile, sus horas y manera de sentarse y escribir, con mil anécdotas que refería riéndose, y gustando de comunicarlas a sus oyentes, como muestra del aprecio que le conserva.

Este incidente puso al autor en camino de referir algo que a aquellos tiempos se ligare, y coordinó en las siguientes reminiscencias.

I

Decía una dama hablando de la vida de las provincias, que allí viven apenas los hombres, o más bien están ya medio

muertos, si el trabajo material no los absorbe. Siéntanse a tomar mate horas, permanecen sentados, inmóviles medio día, y si van a un café, es para sentarse de nuevo en silencio, fumar un cigarro tras otro, y dejar trascurrir el día. Ni diarios, ni libros, ni ópera, ni alguno de tantos movimientos intelectuales que solicitan en los grandes centros, y son otros tantos componentes de la existencia.

Como el extremo opuesto, otra es la vida de los que escriben; y era de ver al doctor Vélez, cuando preparaba los trabajos y estudios que formaron el Código de Comercio. Había rejuvenecido diez años, hablaba del código con entusiasmo, y desgraciado el amigo, si no era aficionado, que le cayese a las manos, porque tomándolo de un botón para que no se le escapase (esta era invención nuestra) le decía: ¿sabe usted lo que son los papeles de crédito? y contestándose a sí mismo, le espetaba el capítulo entero sobre los papeles de crédito, que estaba ordenándose en su cabeza antes de ponerlo por escrito.

Por estos entusiasmos pasan más que nadie los escritores públicos, y más que todos los que entran en alguna de esas polémicas literarias o políticas que exaltan el espíritu, y nos hacen vivir de la lucha y de las ideas. El libro sabe más que el autor, solía decir el doctor Vélez; y a mí me ha sucedido a veces, asombrarme a los años de lo que he escrito, muy superior a mis fuerzas y conocimientos de ahora, y aun dudar un rato si no sería algún plagio, no obstante que tengo la conciencia de que no cometí ninguno a sabiendas, ni como Molière diciendo: tomo mi bien donde lo encuentro.

Pero hubo una época en que este estado de exaltación del espíritu alcanzaba a muchos, a todos casi, y fue la de la emigración argentina a Chile. Escribieron por necesidad y sentirse capaces sin duda, Vicente F. López, Miguel Piñero, J. M. Gutierrez, Alberdi, J. Carlos Gomez, y tantos otros.

¿Qué extraño que escribiese yo, si desde el primer ensayo

encontraré tal aprobación del público, que un artículo anónimo en el *Mercurio* de Valparaíso fue en verdad un acontecimiento político y literario por aquellos mundos y en aquellos tiempos? La rehabilitación de San Martín y un escritor salieron de ahí; el pasado y el porvenir.

Todos los emigrados participaban de aquella seguridad y conciencia de sí mismos que sentían los más aventajados; no obstante que había a la sazón en Chile, universidad, colegios, y no solo jóvenes instruidos, sino escritores notables como don Andrés Bello, García del Río y otros.

Las emigraciones por causas políticas o religiosas han producido en todos tiempos este estado febril que ha llevado la civilización o el movimiento intelectual de un país a otro. Así se explica cómo los árabes han acarreado civilizaciones; así los Estados Unidos son el fruto de las persecuciones religiosas en la Inglaterra. Un oficialito puntano, teniente de milicias, de familia decente, pero que no sabía leer, cosa muy común en San Luis entonces, me decía con su acento golpeado y la mayor convicción: ¿pero ha visto usted, amigo, chilenos más bárbaros que estos? Y yo tenía que convenir en efecto, que entre todos los chilenos del mundo, aquellos eran los más bárbaros.

Don Vicente López había llevado en clase de allegado un medio pariente suyo, quien vino cierto día, después de varios de separación, a pedirle algún libro así como para enseñar geografía, porque, le dijo: he puesto un colegio en Talca. —¡Pero animal, Si tú apenas sabes leer! —¡Eh! ¿qué quiere? por allá todos creen que siendo pariente de usted, del escritor López…

La verdad es que hicimos muchísimo bien a Chile, despertando a la juventud, iniciando mejoras, creando diarios, escribiendo; y escribiendo cosas buenas, hijas de esa misma exaltación febril del espíritu, como se ve en el *Facundo*, en la *Oración* a Casacuberta, y en cien artículos de la prensa de

diversas plumas, que llevaban la agitación hasta Bolivia, residencia de Mitre, Frias, Paunero; hasta el Perú, donde tomaban interés todas las gentes de letras en aquellos debates.

En 1864, al pasar por puertos intermedios el vapor que llevaba en el palo mayor la bandera argentina, anuncio de ir a bordo un ministro, las poblaciones estaban en los puertos para saludarlo y conocerlo. Bartolito Mitre, Juan Lavalle, Halbach, preguntaban asombrados: ¿qué significa esta popularidad en todos estos puertos? Esta es una reputación, les decía, de ahora veinte años atrás, que ustedes no conocen en la República Argentina; es del escritor del *Mercurio*, el *Progreso*, etc., etc., en Chile.

De regreso por el Atlántico, iguales manifestaciones en Pará, Bahía, etc. Esta es otra reputación distinta, les decía, es la del *Ejército Grande* y la polémica con Rosas.

II

Quiero contar cómo se sostenían aquellas polémicas puramente literarias a veces, y cómo se apasionaban las poblaciones, siguiendo las peripecias de duelos en que corría mucha tinta, y entre galicismos y barbarismos se cruzaban excelentes y buenas ideas.

Estaba establecida mi reputación de escritor en Chile, gracias a un magnífico artículo de entrada en escena, al favor de un ministro de mucho poder, y a la lisura y franqueza de decir todo lo que le viene a uno al magín y baja a la punta de la pluma, pues que si no es tonto, o demasiado ignorante o fatuo, y con tal que tenga su chispa de ingeniatura, ha de salir bien por fuerza el que tenga las dotes naturales. Pero el favor público y oficial, la infatuación producida por situación tan nueva, inspiraban al escritor novel audacias que se hacían al

fin intolerables, a las gazmoñas una vez por alguna burla, a los clérigos por alguna alusión poco piadosa, al país, en fin, por las razones que cada zote tiene de hallar el suyo irreprochable, y muy impertinente al extranjero que pretenda que es posible que se parezca a tantos otros.

La juventud universitaria se sentía ajada con la idea de incapacidad nacional que argüía el ser argentinos todos los escritores; bien es verdad que muchos reputados literatos, tenían a menos escribir para diarios… ¡Folicularios!

Ocurría esto por los tiempos aquellas en que llegaba a Chile la primera oleada del romanticismo; y que con pasaderos actores, el teatro repetía el *Hernani*, el *Podestá de Padua*, y las demás piezas de Victor Hugo. Reinaba a la sazón en las aulas de la universidad, Hermosilla, purista español y enemigo jurado del galicismo, como ferviente adorador de los tres unidades, etc.; y tales enormidades debimos enjaretar, López que no creía en Cervantes, y yo que hallaba a Larra mejor que a Moratín, en favor del drama y de la escuela romántica y contra la gramática, que no pudieron llevarlo con paciencia los que de entendidos se preciaban; y doce literatos, ni uno menos de doce, se pasaron la palabra para vengar tanta afrenta, y produjeron a escote entre los alaridos de la montaña… *El Semanario de Santiago* con el resuelto propósito de acabar con la cuyana chocarrería y poner a buen recaudo a los tales románticos de allende y de aquende, conservando en su no eclipsada fama a los Moratines y demás plagiarios del empíreo clásico.

Todavía me acuerdo del alborozo con que me aparecí en casa de Vicente López, que departía en el patio con Miguel Piñero, alzando en alto un papel, diciendo a gritos y a saltos: ¡tenemos fiesta! Un periódico nuevo contra nosotros, que escriben Talavera, Tocornal, Sanfuentes, Lastarria, Bello hijo, etc., etc., hasta doce [31].

¡Un periódico contra nosotros… y los románticos! A Piñero que se reía a carcajadas de mis muecas: ¡chut!, le repetía yo, ¡no nos espante la caza! Les vamos a dar una sableada. López desde la *Gaceta* de Valparaíso (que redactaba), vendrá detrás con la gruesa artillería, las carronadas, los razonamientos, las citas de autores y demás, mientras que yo, desde el *Mercurio*… déjenmelos a mí guerrillarlos todos los días, y ya verá usted el desparramo que vamos a hacer.

Y manos a la obra. Nada más cortés ni más salamero que el artículo del *Mercurio* (no había diarios en Santiago), aplaudiendo la aparición oportuna y necesaria, que ya se hacía esperar demasiado, de una publicación *hebdomadaria*, escrita en lenguaje castizo y correcto por la ilustrada juventud chilena… (¡ah, pícaros! decía yo, mientras escribía estos cumplidos, ¡ya me las pagarán!)

En efecto, en el segundo número se les escapó decir: escritores extranjeros, y aún me parece que famélicos, hablando sin el debido respeto de Victor Hugo y comparsa romántica… ¡Ira de Dios! ¡Todavía siento sabrosa la mano que movió aquella vengadora pluma! ¡Qué tunda! ¡y qué iniquidad a la vez!

Figúrense ustedes que ellos daban el sábado un artículo que había pasado tres veces por la criba, y se publicaba con *licencia del ordinario*, como los antiguos libros, mientras que el *Mercurio* se les dormía desde el lunes de una pieza hasta el sábado, que salía el nuevo número del *Semanario* ya todo acontecido y aboyado, y con el brazo en guardia para los nuevos zurriagazos que se aguardaba.

El *Mercurio* era una especie de revolver, tum… tum… tum… seis tiros a la semana.

Estos artículos, no habiendo diario en Santiago, *¡oh témpora!* llegaban de Valparaíso, y despertado el interés por el primero, al día siguiente llegaba un segundo más incisivo,

seguido de otro más contundente.

El efecto era desastroso. En una antigua casa de la plaza de armas del lado del este, que fue después imprenta del *Progreso*, y es hoy un palacio monsardé corrido, estaba la oficina de correos, y el de Valparaíso llegaba a las siete de la mañana trayendo el *Mercurio*.

Toda persona que sentía rebullirse allá en sus adentros el patriotismo chileno, que es un patriotismo asaz reacio, acudía a esa hora al correo, y desde mi balcón (recoba del sur) como en territorio extranjero y con anteojo de largo alcance, podía divisar la mancha negra con puntos blancos de gente devorando, no que leyendo, el recién llegado *Mercurio*. ¡Qué crispaciones de nervios! ¡qué sacudidas a guisa de protesta, y amenazas de hacer pedazos al sarcástico diario! Uno de los Viales vino a decirme de parte de don Manuel Montt, el ministro —¡dígale que si está en su juicio!, que las piedras bailan en las calles. —¡Y en efecto bailaban los guijarros del empedrado de puro patriotas! Pero era el caso que cuando llegaba a Santiago impreso el artículo improbado, ya iba en camino otro; y que se estaba a la sazón imprimiendo otro en Valparaíso, del mismo jaez y catadura de la tropilla; y no se había inventado aún el telégrafo para decirles: ¡bárbaros! no publiquen el tercero, que me va a matar.

Agregábase a la fatalidad de las distancias para mal de mis pecados, la presencia en Valparaíso de un literato granadino [32], que gustaba apasionadamente de aquellos escritos y se levantaba a las siete para ir a leer de primera mano en la imprenta los manuscritos recién llegados, y reírse a más y mejor de las diabluras que contenían. Llega mi carta a Rivadeneira pidiendo por gracia que suprimieran tal o cual frase que dejaba presentir desde Santiago el efecto de una carda sobre el cutis de mis clásicos contendientes en particular y del público santiaguino en general, que nada entendía de la materia de la disputa; pero el granadino decía: —yo cargo con

la responsabilidad de conservarla tal como está. ¡No hay que tocar el manuscrito! Toda la sal del cuento está en esa palabra, o frase que quiere suprimir. —¡Y yo en Santiago esperando a mi vez la llegada del *Mercurio*!, y entre trances y agonías, abriéndolo cautelosamente, desdoblándolo, y llegando con mirada furtiva a la columna del diario más o menos donde debía estar la malaventurada frase, y… ¡oh horror! y ahí estaba, íntegra, tangible, brillante por su brutal oportunidad!

¡Ah! ¡no sé como no me morí esos días a fuerza de sustos! Y sin embargo, ¡lo que son las cosas de este mundo! al tercer día estaba furioso todo Santiago; al cuarto empezaba a aburrirse de estar enojado; al quinto una ligera sonrisa desarrugó algunos mustios y sañudos semblantes, y tantas desvergüenzas les dijo a los literatos chilenos el *Mercurio*, y tan bien fundadas eran sus razones, que el público sensato acabó por reírse, y cuando *les rieurs* están de vuestro lado, el pleito está ganado. Santiago acabó por celebrar la invención, el chiste, las burlas a clásicos, Moratines castizos, puristas y Hermosillas. La victoria quedó por los cuyanos, disipándose el sanedrín de los doce apóstoles, a quienes no fue dado por entonces el don de lenguas, quedándose con la suya pegada; y anunciando que se iban a tomar los baños al campo, cada uno por su lado, con lo que acabó el *Semanario*, después de haber vivido lo que viven las rosas; doce números. Nunca se habló más de él.

III

Imposible dar una nuestra de las armas corteses usadas en aquellos torneos. Llevábamosle al vulgo escritor grande ventaja. Reinaban aún en aquellas apartadas costas Raynal y Mably, sin que estuviera del todo desautorizado el *Contrato social*. Los más adelantados iban por Benjamín Constant.

Nosotros llevábamos, yo al menos, en el bolsillo, a Lerminier, Pedro Leroux, Tocqueville, Guizot, y por allá consultábamos el *Diccionario de la Conversación* y muchos otros prontuarios.

Llegó un libro, hoy clásico de la literatura ligera francesa, *Les animaux peints par eux mêmes*. A guisa de exposición y prólogo trae un solemne congreso de los animales que preside el león. Forman la oposición todos los carnívoros y rapaces, teniendo a la sazón la palabra el tigre; forman la derecha los sostenedores de todo gobierno constitucional desde el buey, el carnero, el camello, y toda la gente cornuda y de pesebre; ocupa la parte baja, la canalla sin opinión propia, lo que entonces se llamaba *le ventre*, es decir, todos los reptiles, tortugas, sapos y culebras, etc. La zorra se ha colocado al centro, de manera de no comprometerse con ningún partido, etc. Este es el testo francés. Pero era preciso agregarle un capítulo especial para pintar ciertos literatos hostiles de Chile, y ponerlos en exhibición como si fuera traducido del original. Contamos, pues, la historia del *Gallo*, animal definido por Aristóteles, bípedo célebre en los tiempos heroicos como emblema del valor, de la galantería más tarde, de donde sale la palabra *coqueta*, de *coq-gallear*, ostentar belleza, garbo y elegancia. Compañero de Esculapio, tiene un gran papel en la pasión cantándole tres veces a San Pedro cuando hubo negado tres veces, lo que las mujeres negarán diez, a saber que lo conocen, o las han visto con *él*. Suministra muchas frases a la lengua: oír cantar el gallo y no saber dónde, otro gallo te cantará. Gallos de mala ralea, es de posterior advenimiento.

El gallo es francés, de donde gallus, galo, gálico, galicismo, por el hablar afrancesado; las armas de la república lo tuvieron por emblema, y su vigilancia es el símbolo de la policía.

Pero hay gallos de gallos. El gallo que vino a América, decía el cuento, llamado gallo castellano, viste de jerga gris, como padre franciscano. Llámanles brutos a sus descendientes para

distinguirlos del gallo inglés, que llaman fino por ser extranjero. A Chile se habían introducido recientemente algunos pollos mestizos, que no eran tan castizos como los brutos refinados del país, y por tanto no hablaban tan bien el castellano. Es de advertir que les achacaban a los argentinos sus galicismos, y que el gramático, gramaturgo de entonces, era uno a quien llamaban Taita Lucas [33], un poco despaturrado, y muy hueco de vanidad con su purismo exótico, a fuerza de ser castellano rancio.

Promueve éste un certamen sobre lenguaje, y el polluelo extranjero que se anda agazapando como pollo en corral ajeno, es provocado a singular combate para mostrar sus galas de estilo. Sale a la palestra, y haciendo de tripas corazón canta con voz tiple: un *¡ki, ki, ri, kiiii!* provocando la risa y el desdén de la gente castiza, es decir, de los gallos brutos que hallaban afrancesado aquel canto, y chocarrero y vulgar además.

Canta algún otro, y ya, ya, dicen moviendo la cabeza los jueces del campo, pase su desaliñado *¡ko… ko… ro… kooo!* por tolerable. Pero aquello no es castizo ni correcto. Avánzase entonces con aire de padre prior una jaca castellana despaturrada (ya el público está reconociendo a Taita Lucas el gramático), con sus enormes y retorcidos espolones, con su franciscano plumaje de bruto refinado, y con voz grave y con su ganguera exclama: *¡Chriiis… to, na… cióoooooo!*

Aquel *Christo nacióoooo* arranca los aplausos furibundos de los literatos. Se dicen unos a otros congratulándose: esto sí que es castellano castizo, anterior aun a Cervantes, contemporáneo del Arcipreste de Hita y los romanceros, y en fin de todos los grandes escritores, que nada que valga y dure (sino es el inmortal manchego), han escrito.

Don Andrés Bello aplaudía como el golpe maestro de la composición la *h* del Cristo, sin la cual el Cristo nació que oyen las comadres en el canto del gallo, pierde su significado

tradicional. Lastarria se pasa a nuestras filas con armas y bagajes, y la polémica toma nuevas formas.

IV

Como es de la exaltación cerebral que trae en los escritores aquel continuo ocuparse de ciertas ideas de lo que venimos hablando, no terminaré estos apuntes hechos a la ligera sin contar una escena a cuyo recuerdo se me erizarían todavía los pelos, si los conservara.

Entre tanta pieza romántica, diose un dramón llamado la *Nona Sangrienta*, en que los asesinatos, los esbirros, las mazmorras que se hunden y llenan el teatro de polvo, y los faroles de serenos o espías o bandidos fugaces o fugitivos, se cruzan en todas direcciones. No me acuerdo del asunto, sino que era un tejido de horrores. Debía mandar mi artículo al día siguiente a Valparaíso. De regreso del teatro, y con el sombrero encasquetado y la cholla montada con tan gordos disparates, escribí la crítica del drama archiromántico, riéndome a carcajadas de los elogios burlones que le prodigaba para más realzar su fealdad; y como buen obrero que ha sacado su tarea, me entregué luego de acabada, en brazos de Morfeo, para usar de una rancia y muy gastada y gustada figura.

Dormía como un bienaventurado mozo que era, a puño cerrado y con la sinceridad que pongo en todas las cosas; cuando *burundum*... un sacudimiento horrible de temblor, lo que es tan frecuente en Chile. Vivía yo en un segundo piso y estaban lejos las escalas. Incorporeme, quise pararme al lado de la cama, y sentí que se había hundido el piso de madera; y el doctor Quiroga Rosas, que vivía conmigo, había puesto su bulto en salvo, sin decirme una palabra. ¡Y vaya usted a creer en la amistad! Pero no era ocasión de andarse en quejas. Me armé

de valor, y palpando cautelosamente con los pies desnudos el piso a lo largo de las murallas, sentí que estaban los arranques de las vigas, y de viga en viga, y caminando de costado con ambos brazos tendidos a lo largo de las murallas para sostenerme, llegué a la puerta que estaba abierta, como debía haberla dejado naturalmente Quiroga; pero cuando iba a tomar el portante, un esbirro me pone al rostro un farol de los que había visto en la *Nona Sangrienta*, y me pregunta de sopetón y autoritariamente: ¿quién es usted?

Pues, ¿eh? es lo mismo, me decía para mí, que me estoy preguntando también yo, ¿quien soy? Yo debo ser alguno de los actores de la *Nona Sangrienta*, que era lo último de que me acordaba, a quien el esbirro del farol le pregunta: ¿quién es usted? pero no me acuerdo cómo se llamaba el actor, y por eso… —¿Quién es señor? —me repitió el esbirro o fantasma, poniéndome blandamente la mano sobre el hombro. —Bueno, ¡reconozcámonos!…

Todo esto pasa en un segundo. En el proscenio el arco de una gran bóveda daba frenta hacia la platea como telón de fondo, y en el segundo plano pasaba la escena. Aquí estaba al revés el arco detrás del esbirro, y más atrás un paisaje con una pila y una línea de palacios, estrellas en la parte de cielo que se alcanzaba a ver. Ocurríame, pues, que el caso mío sucedía detrás de bastidores; pero me sentía ya otro hombre, y en lugar de contestar a la reiterada pregunta ¿quién es usted? yo le hice a mi vez una muy solapada al chino: —dígame, amigo, ¿ha temblado? —Tamblao? No, señor. —¡Um! ¡entonces es pesadilla, decididamente he salido huyendo dormido a causa de esta maldita *Nona Sangrienta*!

Le di las gracias al sereno de la galería que me había salvado de caerme corriendo dormido, entré al cuarto, desperté a Quiroga que roncaba como un serafín, nos reímos a desternillarnos de tan pavorosa aventura. Poco después fundé en Santiago el *Progreso*, primer diario de aquella capital, que

con el brillo de su prensa alumbra los escritos de sus literatos y la escurana de sus pensadores. ¡Pero tiempos como aquellos y polémica y escritos como los de entonces! Con pueblos enteros por espectadores apasionados, justicieros cuando les arrancan a tirones la justicia, pero justicia al fin; como sucedió con el antes detestado San Martín en Chile, que fue restablecido a la cabeza de la lista militar, y conmemorada su imagen en la estatua ecuestre de bronce que decora la cañada de Santiago, una de las más bellas alamedas de América. La señal de esta rehabilitación la dio un desconocido *teniente de Artillería*, que ha poco se supo ser su servidor [34].

Notas

[1] Texto ilegible en original. (N. del E. D.)

[2] Texto ilegible en original. (N. del E. D.)

[3] Diario liberal pipiolo que habían publicado en Valparaíso don Rafael Bilbao y don Pedro F. Vicuña. *El Editor*.

[4] Periódico oficial. *El E.*

[5] Alude al *Veterano*, periódico de que habla más adelante, partidario de la candidatura de don Joaquín Tocornal y redactado por don Andrés Torres, quien, sin embargo de aquel título, no era militar. *El E.*

[6] Periódico partidario de la candidatura del general Bulnes. *El E.*

[7] La *Guerra a la tiranía*, periódico como su nombre lo indica, implacable contra la administración del general Prieto, la familia de éste, el general Bulnes y sus amigos políticos; publicábalo un antiguo pipiolo, don Pedro Chacon Moran, con la colaboración asidua del coronel don Pedro Godoy, don José Joaquín Vallejos, don Manuel Talavera y otros jóvenes. *El E.*

[8] Sobre-nombre de don Miguel de la Barra. *El E.*

[9] Sobre-nombres que la *Guerra a la tiranía* daba al general Bulnes y al presidente Prieto. *El E*.

[10] Don Joaquín Tocornal, a quien designaba con aquel sobre-nombre la *Guerra a la Tiranía*. *El E*.

[11] Alude a un articulillo que con el título de *Fenómeno Singular*, había publicado el *Mercurio* de 16 de marzo anterior, y en el cual se hacía burla de don Martín Orjera, redactor de *El Tribuno*, y popularmente conocido con ese seudónimo. *El E*.

[12] Don Rafael Menvielle había publicado en el *Mercurio*, bajo el seudónimo del *Duende* algunos artículos ligeros sobre política y costumbres, y si bien eran muy moderados, se levantó tal grita contra ellos entre los amigos del señor Tocornal, que tuvo que suspenderlos, explicándolo así al público. *El E*.

[13] *Bosquejo de la marcha de la República y de la influencia militar en sus destinos*, folleto en pro de la candidatura del señor Tocornal, atribuido a don Juan Enrique Ramírez. *El E*.

[14] *Refutación al papel titulado Bosquejo de la marcha de la República, etc.*; escrita por don Miguel de la Barra. El E.

[15] Periódico del cual solo aparecieron dos números; sin color político teñido. El E.

[16] *Algunas observaciones arregladas a los principios y a la opinión de los pueblos de Chile*; a favor de la candidatura del general Pinto, y atribuidas a don Pedro F. Vicuña. *El E*.

[17] Periódico que sostuvo la candidatura Tocornal, redactado por don M. A. Tocornal y don J. E. Ramírez. *El E*.

[18] Cuarterón limeño, sangrador, curandero y bochinchero

político que ha muerto hace pocos años en Valparaíso. *El E*.

[19] Acta de la independencia norteamericana, de 4 de julio.

[20] Declaración de la independencia de las provincias unidas del 9 de Julio de 1816.

[21] ¿Cuál fue ese sainete? No podemos decirlo. En agosto de 1841 no había ningún diario en Santiago, y las funciones de teatro solo se anunciaban por carteles pegados en las esquinas de las calles y repartidos a los transeúntes, carteles que no se conservan en la Biblioteca Nacional; pero cualquiera que fuese el sainete, la crítica del artículo es general contra la compañía que funcionaba en aquel año. *El E.*

[22] El Mercurio publicó entonces una multitud de biografías de algunas celebridades contemporáneas de Europa y América, sirviéndoles de prefacio este artículo. *El E.*

[23] «No sabemos si en todo hemos traducido bien los pensamientos del autor, que sabrá disculpar las libertades que en algunas frases nos hemos tomado para pasar al castellano sus pensamientos». Con tal advertencia publicó este artículo el señor Sarmiento para hacerlo pasar por obra de un yanqui, pero con tan poco cuidado mantiene su ficción que al principiar el acápite tercero se declara miliciano chileno. *El E.*

[24] Del *Museo de Ambas Américas* salieron 3 tomos de 490 páginas cada uno; de los 231 artículos que comprende, 230 son de su redactor don Juan García del Río. *El E.*

[25] Fui testigo en un gallinero de una reyerta muy singular. *El autor.*

[26] Aunque anunciada la continuación de este artículo, no llegó a publicarse. *El E.*

[27] Este artículo, como se declara en el siguiente, está formado de frases tomadas a los artículos de Larra; el señor Sarmiento lo reimprimió anotado, pero no teniendo ya objeto esas referencias, las suprimimos consultando la claridad tipográfica, seguros también de que será fácil al que lo desee y que conozca medianamente a Fígaro, descubrir a cual de sus artículos pertenece cada frase. *El E.*

[28] D. Rafael Menvielle que con ese seudónimo publicó una crítica, en el *Mercurio* de 6 de junio, de algunas palabras y frases de un editorial de Sarmiento sobre el 25 de mayo. *El E.*

[29] Alusión al artículo del señor Menvielle, cuya contestación se registra en el artículo *¡Qué felicidad la de este mundo! El E.*

[30] El *Semanario* comenzó a salir el 4 de julio de 1842. Concluyó en el núm. 31, el 2 de febrero de 1843, con la salida a vacaciones de sus redactores, y promesa de continuarlo después, la cual no llegaron a cumplir. Fueron sus redactores: Bello, Francisco; García Reyes, Antonio; Lastarria, J. Victorino; Núñez, José María; Prieto, Joaquín; Ramírez, J. Enrique; Sanfuentes, Salvador; Talavera, Manuel; Tocornal, M. Antonio; Vallejos, J. Joaquín; y Varas, Antonio. Sobre sus artículos origen de la polémica anterior, véase lo que apuntamos en el *Discurso Preliminar*. *El E.*

[31] Véase la nota [30] donde hemos puesto los nombres de los escritores del *Semanario*. Suprimimos, con acuerdo del señor Sarmiento, a quien rectificamos sobre este punto cuando estuvo aquí, cuatro líneas que contienen cinco nombres que son otros tantos errores de detalle que en nada afectan a la frescura de recuerdos que el artículo revela y que él ponía a la cuenta de su infelicidad para retener nombres propios. *El E.*

[32] El célebre don Juan García del Río que redactaba a la

sazón el *Museo de Ambas Américas*, que se publicaba en la misma imprenta del *Mercurio*. *El E*.

[33] Había entonces efectivamente en Santiago, un maestro de latín así por mal nombre llamado, pero no fue a él a quien aludió en el artículo recordado, sino a uno de los redactores del *Semanario*. *El E.*

[34] Aunque este artículo correspondería a otro tomo de las obras del señor Sarmiento, le damos aquí cabida por la materia de que trata, completando las dos polémicas literarias a que especialmente se refiere. *El E.*